

Annotation

Como hijo del difunto Gran Lord Akkarin, salvador de la ciudad, y de Sonea, célebre maga negra de orígenes humildes, Lorkin quiere estar a la altura de este legado de heroísmo y aventuras, y dejar su huella en el mundo. Por eso se presenta voluntario para asistir a Danyyl en su nuevo cargo de embajador del Gremio en Sachaka, un país que sigue gobernado por crueles magos negros.

Cuando llega la noticia de que Lorkin ha desaparecido, Sonea está ansiosa por salir en su búsqueda, pero sabe que abandonar la ciudad le costaría el destierro de por vida. Además, su amigo Cery necesita ayuda. Casi todos los miembros de su familia han sido víctimas de asesinatos, los últimos de una oleada de muertes que asola a los líderes de los Ladrones. Y pronto Cery descubre indicios de que el misterioso Cazaladrones recurre a la magia...

Tal vez un miembro del Gremio obedece a un impulso justiciero para eliminar a los Ladrones uno por uno, o tal vez vuelve a merodear un renegado por las calles de Imardin. Pero esta vez posee un control absoluto sobre sus poderes mágicos... y está dispuesto a usarlos para matar.

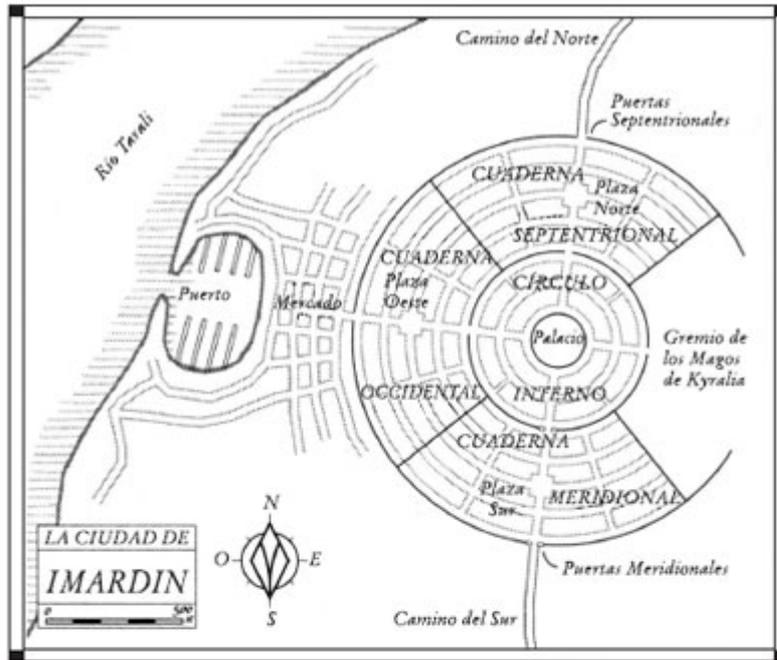
TRUDI CANAVAN

LA MISIÓN DEL
EMBAJADOR

La espía Traidora, 1

Traducción de
Carlos Abreu Fetter

PLAZA  JANÉS



PRIMERA PARTE

1

Lo viejo y lo nuevo

La composición más popular y citada del poeta Rewin, que destacó sobre el populacho de Ciudad Nueva, se titulaba *Canto de la ciudad*. Describía todo lo que uno podía oír por la noche en Imardin si se paraba a escuchar: una combinación de sonidos incesante, apagada y lejana. Voces. Canciones. Una carcajada. Un gemido. Un grito ahogado. Un alarido.

En la oscuridad de la Cuaderna nueva de Imardin, un hombre recordó el poema. Se detuvo a escuchar, pero en vez de absorber el canto de la ciudad, se concentró en un eco discordante. Un sonido que estaba fuera de lugar. Un sonido que no se repetía. El hombre soltó un resoplido suave y luego reanudó la marcha.

Unos pasos más adelante, algo surgió de entre las sombras y se interpuso en su camino. Se trataba de una figura masculina que se erguía amenazadora ante él. Un destello de luz se reflejó en el filo de una navaja.

—Vamos, el dinero —dijo una voz áspera, llena de determinación.

El hombre se quedó callado, sin mover un músculo. Podía parecer que estaba paralizado de espanto. O bien que se había quedado abstraído en sus pensamientos.

Cuando al fin se movió, lo hizo con una velocidad asombrosa. Un chasquido, el restallido de una manga, y el atracador cayó de rodillas, jadeando. La navaja repiqueteó en el suelo. El hombre dio unas palmaditas en el hombro a su agresor.

—Lo siento. Has elegido mal la noche y la víctima, y no hace falta que te explique por qué.

Cuando el atracador se desplomó boca abajo sobre el pavimento, el hombre pasó por encima de él y continuó andando. Se detuvo por un momento y miró hacia atrás, al otro lado de la calle.

—¡Yep! Gol, se supone que eres mi guardaespaldas.

Otra figura voluminosa salió de las sombras y se acercó a toda prisa al hombre para caminar a su lado.

—Yo diría que no necesitas uno, Cery. Me estoy volviendo lento con la edad. Soy yo quien debería pagarte a ti para que me protegieras.

Cery frunció el ceño.

—Sigues teniendo el oído y la vista agudos, ¿no?

Gol torció el gesto.

—Tan agudos como los tuyos —replicó con hosquedad.

—Muy cierto. —Cery suspiró—. Debería retirarme. Pero los ladrones nunca llegan a retirarse.

—Salvo cuando dejan de ser ladrones.

—Salvo cuando se convierten en cadáveres —lo corrigió Cery.

—Pero tú no eres un ladrón común y corriente. Me parece que las reglas son distintas para ti. No empezaste de la manera habitual, así que, ¿por qué ibas a acabar de la manera habitual?

—Ojalá los demás estuvieran de acuerdo contigo.

—Eso digo yo. La ciudad sería un lugar mejor.

—¿Si todo el mundo estuviera de acuerdo contigo? ¡Ja!

—Mejor para mí, por lo menos.

Cery soltó una risita y prosiguió su camino. Gol lo siguió a unos pocos pasos de distancia. «Disimula bien su miedo —pensó Cery—. Siempre lo ha hecho. Pero seguramente cree que es posible que ninguno de los dos llegue con vida al amanecer. Han muerto demasiados de los nuestros.»

Más de la mitad de los ladrones —los jefes de los bajos fondos de Imardin— había perdido la vida durante los últimos años. Cada uno había fallecido de forma distinta, y la mayoría por causas no naturales: apuñalados, envenenados, arrojados desde un edificio alto, quemados en un incendio, ahogados o aplastados en el derrumbamiento de un túnel. Algunos aseguraban que había un solo responsable que se tomaba la justicia por su mano, al que llamaban el Cazaladrones. Otros creían que se trataba de ajustes de cuentas entre los propios ladrones.

Según Gol, no se hacían apuestas sobre quién sería el siguiente en morir, sino sobre cómo moriría.

Naturalmente, los ladrones jóvenes habían ocupado el lugar de los mayores, a veces de forma pacífica, a veces después de una lucha sangrienta pero breve. Eso era de esperar. Pero ni siquiera los recién llegados más audaces estaban a salvo de los asesinatos. Corrían tanto peligro de convertirse en la próxima víctima como los ladrones de más edad.

No existía una conexión evidente entre los asesinatos. Aunque había muchas rencillas entre los ladrones, ninguna justificaba tantas muertes. Y aunque los atentados contra la vida de los ladrones no eran raros, sí lo era que tuvieran éxito, que el asesino o los asesinos no se jactaran de ello y que nadie presenciara su crimen.

«En otra época habríamos celebrado una reunión, discutido estrategias, trabajado juntos. Pero ha pasado tanto tiempo desde que los ladrones dejamos de cooperar unos con otros que dudo que ahora supiéramos cómo hacerlo.»

Él había visto venir el cambio durante los días anteriores a la derrota de los invasores ichanis, pero no había imaginado que ocurriría tan deprisa. En cuanto se derogó la Purga —el éxodo forzoso anual de las personas sin hogar de la ciudad a las barriadas—, se declaró que las barriadas formaban parte de la ciudad, por lo que las viejas fronteras quedaron obsoletas. Las alianzas entre ladrones se debilitaron y surgieron nuevas rivalidades. Ladrones que habían luchado codo con codo para salvar la ciudad durante la invasión se volvieron unos contra otros a fin de defender su territorio, resarcirse de lo que otros les habían arrebatado y aprovechar nuevas oportunidades.

Cery pasó junto a cuatro jóvenes que holgazaneaban apoyados en una pared, allí donde el

callejón desembocaba en una calle más ancha. Estos lo miraron de arriba abajo y sus ojos se posaron en el pequeño medallón que Cery llevaba prendido a la capa y que lo distinguía como un ladrón. Todos a una le dedicaron un saludo respetuoso con la cabeza. Cery correspondió al gesto y se detuvo en la entrada del callejón, esperando a que Gol pasara junto a los jóvenes y lo alcanzara. El guardaespaldas había decidido hacía años que podía detectar mejor los posibles peligros si no caminaba justo al lado de Cery, y que este era capaz de ocuparse de casi todos los encuentros cuerpo a cuerpo por sí solo.

Mientras Cery aguardaba, bajó la vista hacia una línea roja pintada que atravesaba la entrada del callejón y sonrió, divertido. Tras decretar que las barriadas pertenecían a la ciudad, el rey había intentado tomar el control sobre ellas, con mayor o menor éxito. Las reformas en algunas zonas llevaron al aumento en el precio de los alquileres, lo que, junto con el derribo de las casas inestables, confinó a los pobres en áreas cada vez más reducidas de la ciudad. Estos se atrincheraron en aquellos lugares, se adueñaron de ellos y, como animales acorralados, los defendían con uñas y dientes. Bautizaban sus barrios con nombres como Callesnegras y Fuertemorada. Ahora había líneas divisorias, algunas de ellas pintadas, otras conocidas solo por su fama, que ningún guardia de la ciudad se atrevía a traspasar, salvo en compañía de varios compañeros, e incluso entonces cabía esperar que los atacaran. Solo la presencia de un mago garantizaba su seguridad.

Cuando su guardaespaldas llegó junto a él, Cery se volvió y juntos empezaron a cruzar la calle ancha. Pasó un carro alumbrado por dos faroles que se balanceaban. Los guardias, siempre presentes, patrullaban lámpara en mano en parejas, nunca demasiado lejos del grupo que tenían delante o del siguiente.

Aquella era una vía nueva, que atravesaba la parte más conflictiva de la ciudad, conocida como Malavida. Cualquiera que circulara por ella corría el riesgo de que los habitantes de uno y otro lado le robaran y acabaran clavándole un cuchillo. Pero la calzada era ancha, lo que ofrecía a los atracadores pocos lugares donde ocultarse, y los túneles de abajo, que en otro tiempo constituían la red subterránea llamada el Camino de los Ladrones, habían sido cegados durante la construcción de la calle. Muchos de los edificios antiguos de ambos lados, en los que la gente vivía hacinada, habían sido demolidos, y en su lugar se habían erigido otros más grandes y seguros que pertenecían a los mercaderes.

Con Malavida partida en dos, sus vitales vías de comunicación interna habían quedado cortadas. Aunque Cery estaba convencido de que se estaba intentando excavar túneles nuevos, la mitad de la población local se había visto obligada a instalarse en otros barrios conflictivos, mientras la otra parte quedaba dividida por la calle principal. Malavida, frecuentada en otra época por visitantes que acudían en busca de casas de juego o prostitutas baratas sin amilanarse ante el riesgo de que les robaran o asesinaran, tenía los días contados.

Cery, como de costumbre, se sentía incómodo al raso. El encuentro con el atracador lo había dejado intranquilo.

—¿Crees que lo han enviado para ponerme a prueba? —le preguntó a Gol.

Gol no respondió enseguida, y su largo silencio le indicó a Cery que estaba reflexionando con detenimiento sobre el asunto.

—Lo dudo. Lo más probable es que haya tenido un golpe letal de mala suerte.

Cery asintió. «Estoy de acuerdo. Pero los tiempos han cambiado. La ciudad ha cambiado. A

veces es como vivir en un país extranjero. O como me imagino que sería vivir en otra ciudad, pues nunca he salido de Imardin. Es como si ya no la conociera. Rigen reglas distintas. El peligro acecha donde uno menos se lo espera. Y, después de todo, estoy a punto de conocer al ladrón más temido de Imardin.»

—¡Eh, usted! —gritó alguien.

Dos guardias se les acercaron con aire decidido, uno de ellos sujetando el farol en alto. Tras calcular la distancia que lo separaba del otro lado de la calzada, Cery suspiró y se detuvo.

—¿Yo? —preguntó, volviéndose hacia los guardias. Gol permaneció callado.

El guardia más alto se detuvo un paso más cerca de él que su compañero bajo y robusto. No respondió, pero tras mirar alternativamente a Gol y a Cery, acabó fijando la vista en este último.

—Nombre y dirección —ordenó.

—Cery, Camino del Río, Ladonorte —contestó Cery.

—¿Los dos?

—Sí. Gol es mi criado. Y mi guardaespaldas.

El guardia asintió sin apenas mirar a Gol.

—¿Adónde se dirigen?

—A una audiencia con el rey.

El guardia que no hablaba aspiró bruscamente, lo que le valió una mirada de su superior. Cery los observó, divertido al comprobar que ambos intentaban —en vano— disimular la consternación y el miedo. Tenía instrucciones de dar esta información, y aunque era totalmente inverosímil, al parecer el guardia se la había creído. O, más probablemente, había entendido que se trataba de un mensaje cifrado.

El guardia más alto irguió la espalda.

—Entonces, prosigan su camino. Y... vayan con cuidado.

Cery apartó la mirada de ellos y, seguido muy de cerca por Gol, echó a andar a través de la calle. Se preguntó si el mensaje había revelado al guardia exactamente con quién iba a reunirse, o si este solo tenía órdenes de no detener o entretener a quien pronunciara aquella frase.

Fuera como fuese, Cery dudaba que Gol y él hubiesen acertado a topar con el único guardia corrupto de la calle. Siempre había habido guardias dispuestos a colaborar con los ladrones, pero ahora la corrupción estaba más arraigada y extendida que nunca. En la Guardia había hombres honestos e íntegros que pugnaban por desenmascarar y castigar a los delincuentes infiltrados en sus propias filas, pero era una batalla que hacía tiempo que estaban perdiendo.

«Todo el mundo está enzarzado en algún tipo de lucha intestina. La Guardia combate la corrupción, las Casas contienden entre sí, los aprendices y magos ricos del Gremio discuten constantemente con los pobres, las Tierras Aliadas no se ponen de acuerdo respecto a lo que hay que hacer con Sachaka, y los ladrones están en guerra unos con otros. A Farén todo esto le habría parecido de lo más entretenido.»

Pero Farén había muerto. A diferencia de los otros ladrones, había fallecido a causa de una infección de pulmón perfectamente normal un invierno, cinco años atrás. Antes de eso, Cery había estado unos años sin hablar con él. El hombre que Farén había preparado para que lo sucediera había tomado las riendas de su imperio criminal sin rivalidades ni derramamientos de sangre. El hombre conocido como Skellin.

El hombre a quien Cery iba a conocer esa noche.

Mientras avanzaba por la zona más pequeña del barrio dividido de Malavida, haciendo caso omiso de las llamadas de las prostitutas y los chicos trileros, Cery pensó en lo que sabía acerca de Skellin. Farén había acogido a la madre de su sucesor cuando Skellin era solo un niño, pero se ignoraba si la mujer había sido amante, esposa o empleada de Farén. El viejo ladrón los había mantenido cerca de sí pero ocultos, como la mayoría de los ladrones tenía que hacer con sus seres queridos. Skellin se había revelado como un hombre de talento. Se había hecho cargo de muchas iniciativas de los bajos fondos y había emprendido algunas propias, con muy pocos fracasos. Tenía fama de inteligente e inflexible. Cery no creía que Farén hubiera aprobado la crueldad extrema de Skellin. Por otro lado, las historias que se contaban sobre él seguramente se adornaban conforme pasaban de boca en boca, así que no había manera de determinar hasta qué punto aquella fama era merecida.

Por lo que Cery sabía, no existía un animal llamado «skellin». El sucesor de Farén había sido el primer ladrón en romper con la tradición de adoptar el nombre de un animal. Eso no significaba necesariamente que «Skellin» fuera su nombre auténtico, claro está. Quienes así lo creían lo consideraban valiente por haberlo hecho público. A los demás les daba igual.

Doblaron una esquina y llegaron a una zona más limpia del barrio. En realidad, solo era más limpia en apariencia. Tras las puertas de aquellas casas sólidas y bien cuidadas vivían prostitutas de alta categoría, vendedores de objetos robados, contrabandistas y asesinos. Los ladrones habían descubierto que la Guardia —que tenía que vigilar una superficie muy grande con pocos hombres— no indagaba mucho si las apariencias eran respetables. La Guardia, a su vez, al igual que ciertos hombres y mujeres acaudalados de las Casas que tenían contactos de negocios algo turbios, había aprendido a distraer a los ciudadanos bienintencionados de su incapacidad para enfrentarse al problema haciendo donativos a sus proyectos benéficos preferidos.

Entre ellos estaban los hospitales dirigidos por Sonea, que seguía siendo una heroína para los pobres pese a que los ricos solo hablaban de los esfuerzos y sacrificios realizados por Akkarin durante la Invasión ichani. Cery se preguntaba a menudo si ella tenía idea de qué parte del dinero donado a su causa procedía de prácticas corruptas. Y, si lo sabía, ¿le importaba?

Gol y él aminoraron el paso al llegar a la intersección de las calles especificadas en las indicaciones que le habían enviado a Cery. En la esquina se encontraron con un espectáculo extraño.

Una extensión de verde salpicada de colores vivos ocupaba el espacio en que antes se alzaba una casa. Plantas de todos los tamaños crecían entre los viejos cimientos y las paredes desmoronadas. Todo ello estaba iluminado por cientos de lámparas colgadas. Cery rió entre dientes al recordar por fin dónde había oído antes el nombre «Casa Soleada». El edificio había quedado destruido durante la Invasión ichani, y el propietario no podía permitirse reconstruirlo. Se había instalado en el sótano de las ruinas y se dedicaba durante todo el día a ayudar a su querido jardín a invadirlo todo, y a los vecinos a entrar y disfrutar de él.

Aunque era un escenario insólito para una reunión de ladrones, Cery veía en él algunas

ventajas. Era un espacio relativamente abierto —nadie podía acercarse o escuchar la conversación sin que lo descubrieran— y a la vez lo bastante público para que cualquier pelea o agresión tuviera testigos, lo que con un poco de suerte impediría que se cometieran actos de traición y violencia.

Según las instrucciones, tenía que esperar junto a la estatua. Cuando Cery y Gol entraron en el jardín, vieron una figura de piedra que se erguía sobre un pedestal en medio de las ruinas. Estaba esculpida en piedra negra vetada de gris y blanco. Representaba un hombre vestido con una capa y orientado hacia el este pero con la mirada dirigida hacia el norte. Al acercarse, Cery se percató de que había algo en aquella efigie que le resultaba familiar.

«Se supone que es Akkarin —comprendió, estupefacto—. Tiene la cara vuelta hacia el Gremio pero sus ojos miran hacia Sachaka. —Se inclinó hacia la estatua para examinar las facciones—. La verdad es que no se le parece mucho.»

Gol emitió un leve sonido de advertencia, y Cery devolvió su atención de inmediato a su entorno. Un hombre caminaba hacia ellos, con otro a la zaga.

«¿Será Skellin? Se nota claramente que es extranjero.» No obstante, aquel hombre no pertenecía a ninguna raza que Cery conociera. El forastero tenía el rostro alargado y enjuto, con unos pómulos y una barbilla que se estrechaban hasta acabar en punta. Esto ocasionaba que sus labios, sorprendentemente curvos, parecieran demasiado grandes para su cara. Sin embargo, sus ojos y sus cejas angulosas eran proporcionados, casi hermosos. Tenía la tez más oscura de lo que era habitual entre los elyneos o los sachakanos, pero en vez del negro azulado de un lonmario típico, presentaba un matiz rojizo. Su cabello era de un rojo mucho más apagado que los tonos vibrantes tan frecuentes en los elyneos.

«Es como si se hubiera caído en una cuba de tinte y no se hubiera lavado del todo —pensó Cery—. Yo diría que tiene unos veinticinco años.»

—Bienvenido a mi hogar, Cery de Ladonorte —dijo el hombre, sin el menor asomo de acento extranjero—. Soy Skellin. Skellin el Ladrón, o Skellin el Sucio Extranjero, según la persona con la que hables y su grado de intoxicación.

Cery no estaba seguro de cómo responder a eso.

—¿Cómo prefieres que te llame?

La sonrisa de Skellin se ensanchó.

—Skellin a secas. No soy muy aficionado a los títulos pomposos. —Posó la vista en Gol.

—Mi guardaespaldas —explicó Cery.

Skellin asintió mirando a Gol a manera de saludo antes de volverse de nuevo hacia Cery.

—¿Podemos hablar en privado?

—Desde luego —contestó Cery. Hizo una señal con la cabeza a Gol, que se retiró hasta donde no alcanzaba a oírlos. El acompañante de Skellin hizo lo mismo.

El otro ladrón se acercó a un muro bajo de las ruinas y se sentó.

—Es una lástima que los ladrones de esta ciudad ya no nos reunamos con frecuencia para

trabajar juntos —comentó—. Como en los viejos tiempos. —Clavó los ojos en Cery—. Tú antes conocías las viejas tradiciones y seguías las reglas antiguas. ¿Las echas de menos?

Cery se encogió de hombros.

—Se producen cambios continuamente. Pierdes algo pero ganas otra cosa.

Skellin arqueó una de sus elegantes cejas.

—¿Las ganancias superan las pérdidas?

—Más para unos que para otros. La partición no me ha beneficiado mucho, pero sigo manteniendo acuerdos con otros ladrones.

—Me alegro de oírlo. ¿Crees que hay alguna posibilidad de que tú y yo lleguemos a un acuerdo?

—Siempre hay alguna posibilidad. —Cery sonrió—. Depende de lo que propongas.

Skellin asintió.

—Claro. —Hizo una pausa y su expresión se tornó seria—. Quiero hacerte dos proposiciones. La primera se la he hecho a varios otros ladrones, y todos han aceptado.

Una súbita oleada de interés recorrió a Cery. «¿Todos? Por otra parte, no ha aclarado a cuántos se refiere con “varios” .»

—¿Has oído hablar del Cazaladrones? —preguntó Skellin.

—¿Y quién no?

—Creo que existe de verdad.

—¿Una sola persona ha matado a todos esos ladrones? —Cery enarcó las cejas, sin molestarse un ápice en disimular su incredulidad.

—Sí —dijo Skellin con firmeza, sosteniéndole la mirada—. Si investigas un poco, si preguntas a las personas que han visto algo, sin duda te darás cuenta de que se aprecian semejanzas entre los asesinatos.

«Tendré que pedirle a Gol que vuelva a hacer averiguaciones sobre el asunto —pensó Cery. Entonces se le ocurrió una posibilidad—. Espero que Skellin no crea que el hecho de que ayudara al Gran Lord Akkarin a localizar a los espías sachakanos antes de la Invasión ichani implica que soy capaz de encontrar al tal Cazaladrones si él me lo pide. Resultaba muy fácil identificarlos en cuanto uno sabía qué estaba buscando. El Cazaladrones es harina de otro costal.»

—Entonces... ¿qué pretendes hacer al respecto?

—Quiero que, si oyes algo acerca del Cazaladrones, me lo comuniques. Tengo entendido que muchos ladrones no se hablan entre sí, así que me ofrezco como recopilador de información sobre el Cazaladrones. Tal vez, con la colaboración de todos, consiga libraros de él. O, por lo menos, advertir a todos aquellos a quienes vaya a atacar.

Cery sonrió.

—Esto último no me parece un objetivo demasiado realista.

Skellin se encogió de hombros.

—Sí, siempre cabe la posibilidad de que un ladrón no transmita una advertencia si sabe que el Cazaladrones va a matar a un rival. Pero no olvides que cada ladrón eliminado es una fuente de información menos, una información que podría ayudarnos a desembarazarnos del Cazador y a la vez garantizar nuestra seguridad.

—Encontrarían enseguida un sustituto para ese ladrón eliminado.

Skellin frunció el entrecejo.

—Sí, así es, alguien que quizá sabría menos que su predecesor.

—No te preocupes. —Cery sacudió la cabeza—. Por el momento, no odio tanto a nadie como para hacerle eso.

El otro hombre esbozó una sonrisa.

—Entonces, ¿trato hecho?

Cery reflexionó. Aunque no le gustaban las actividades a las que se dedicaba Skellin, habría sido una tontería rechazar su oferta. El hombre solo quería información relacionada con el Cazaladrones, nada más. Y no estaba exigiéndole un pacto o una promesa: si Cery no le comunicaba información que podría poner en peligro su seguridad o su negocio, nadie tendría derecho a acusarlo de haber faltado a su palabra.

—Sí —respondió—. Eso puedo hacerlo.

—Hemos llegado a un acuerdo —dijo Skellin, ampliando su sonrisa—. Ahora veamos si consigo que sean dos. —Se frotó las manos—. Estoy seguro de que conoces el producto principal que importo y vendo.

Sin molestarse en ocultar su desagrado, Cery movió afirmativamente la cabeza.

—Craña. O «carroña», como la llaman algunos. No es algo que me interese. Y me han contado que controlas totalmente el negocio.

Skellin asintió.

—Así es. Cuando Farén murió, me dejó un territorio cada vez más reducido. Necesitaba encontrar una manera de arraigarme y reforzar mi liderazgo. Probé oficios diferentes. La venta de craña era algo nuevo, algo que no se había intentado antes. Me sorprendió la rapidez con que los kyralianos se aficionaron a ella. Ha resultado ser muy lucrativo, y no solo para mí. A las Casas no les va nada mal con el alquiler de las casas de braseros. —Skellin hizo una pausa—. Tú también podrías sacar tajada de este pequeño pastel, Cery de Ladonorte.

—Llámame Cery a secas. —Cery adoptó una expresión severa—. Me halagas, pero la mayoría de los habitantes de Ladonorte son demasiado pobres para comprar craña. Es un vicio para ricos.

—Pero Ladonorte está prosperando, gracias a tu trabajo, y la craña baja de precio conforme se hace más accesible.

Cery reprimió una sonrisa cínica al oír el elogio.

—Aún no ha prosperado bastante. Y su progreso se estancaría si se introdujera la craña demasiado pronto y demasiado deprisa. —«Si de mí dependiera, no se introduciría nunca.» Había visto lo que la droga hacía a los hombres y mujeres que se volvían adictos al placer que producía; se olvidaban de comer y beber y de alimentar a sus hijos, salvo para administrarles un poco de la sustancia a fin de que dejaran de quejarse de hambre. «Pero no soy tan tonto como para creer que podré mantener Ladonorte a salvo de la craña para siempre. Si no la distribuyo yo, lo hará otro. Tengo que encontrar un modo de hacerlo sin perjudicar a demasiada gente»—. Ya habrá un momento para introducir la craña en Ladonorte —aseveró Cery—. Y cuando llegue ese momento, sabré a quién acudir.

—No tardes mucho, Cery —le advirtió Skellin—. La craña es popular porque es una novedad y está de moda, pero acabará siendo como el bol, un vicio más de la ciudad, cultivado y elaborado por cualquiera. Para entonces, espero haber establecido otros negocios con los que ganarme la vida. —Se quedó callado por un momento y desvió la mirada—. Negocios antiguos y tradicionales, propios de un ladrón honorable. O tal vez algo legal. —Se volvió y sonrió, aunque con un atisbo de insatisfacción en su mirada.

«Tal vez haya un hombre honrado ahí dentro —pensó Cery—. Si no había previsto que el consumo de craña se extendiera tan deprisa, quizá no esperaba que causara tanto daño... Pero eso no me convencerá de meterme en el negocio.»

La sonrisa de Skellin se desvaneció para dar paso a una expresión ceñuda.

—Ahí fuera hay personas a las que les gustaría ocupar tu lugar, Cery. La craña podría ser tu mejor defensa contra ellas, como lo fue para mí.

—Siempre habrá gente ahí fuera que quiera quitarme de en medio —repuso Cery—. Me marcharé cuando lo considere oportuno.

Sus palabras parecieron hacer gracia al otro ladrón.

—¿De verdad crees que tendrás la oportunidad de elegir el momento y el lugar?

—Sí.

—¿También a tu sucesor?

—Sí.

Skellin soltó una risita.

—Me gusta tu seguridad. Farén también estaba muy seguro de sí mismo. No se equivocaba del todo: tuvo la posibilidad de elegir a su sucesor.

—Era un hombre astuto.

—Me habló mucho de ti. —La curiosidad asomó a los ojos de Skellin—. Me contó que no llegaste a convertirte en ladrón por el camino habitual. Que el Gran Lord Akkarin así lo dispuso.

Cery resistió el impulso de mirar la estatua.

—Todos los ladrones obtienen poder prestando servicios a personas poderosas. Yo tuve la suerte de intercambiar favores con alguien muy poderoso.

Skellin arqueó las cejas.

—¿Llegó a enseñarte magia?

A Cery se le escapó una carcajada.

—¡Ojalá!

—Pero si te criaste con la Maga Negra Sonea y alcanzaste tu posición con la ayuda del Gran Lord anterior... Algo habrás aprendido.

—La magia no funciona así —explicó Cery. «Aunque seguro que ya lo sabe»—. Tienes que poseer dotes para ello, y que alguien te enseñe a utilizarlas. No basta con observar a alguien para aprender.

Skellin se llevó un dedo a la barbilla y contempló a Cery con aire pensativo.

—Pero sigues teniendo contactos en el Gremio, ¿verdad?

Cery sacudió la cabeza.

—Hace años que no veo a Sonea.

—Qué decepción, después de lo que hicisteis tú y todos los ladrones para ayudarlos. —Skellin esbozó una sonrisa torcida—. Me temo que tu reputación como amigo de los magos no responde a la realidad, Cery.

—Es lo que pasa con las reputaciones. Por lo general.

Skellin asintió.

—Así es. Bien, he disfrutado con nuestra charla y te he planteado mis propuestas. Hemos cerrado un trato, por lo menos. Espero que cerremos otro a su debido tiempo. —Se puso de pie—. Gracias por reunirte conmigo, Cery de Ladonorte.

—Gracias por invitarme. Buena suerte con la captura del Cazaladrones.

Skellin sonrió y se despidió con un gesto cortés de la cabeza antes de dar media vuelta y marcharse a paso tranquilo por donde había venido. Cery lo observó por un momento y echó otro vistazo rápido a la estatua. Definitivamente no se le parecía mucho.

—¿Cómo ha ido? —murmuró Gol cuando Cery se le acercó.

—Tal como esperaba —respondió Cery—. Salvo porque...

—¿Salvo porque...? —repitió Gol al advertir que Cery no terminaba la frase.

—Hemos acordado compartir información sobre el Cazaladrones.

—¿O sea que existe?

—Es lo que cree Skellin. —Cery se encogió de hombros. Cruzaron la calle y emprendieron el regreso hacia Malavida dando grandes zancadas—. Pero eso no ha sido lo más raro.

—¿Ah, no?

—Me ha preguntado si Akkarin me enseñó magia.

Gol guardó silencio por un momento.

—Eso no es tan raro. Recuerda que Farén mantuvo oculta a Sonea antes de entregarla al Gremio, con la esperanza de que hiciera magia para él. Skellin debe de estar enterado de todo eso.

—¿Crees que le gustaría tener un mago particular?

—Desde luego. Aunque obviamente no quiere contratarte a ti, puesto que eres un ladrón. Tal vez piensa que puede pedir favores al Gremio a través de ti.

—Le he dicho que hace años que no veo a Sonea. —Cery rió entre dientes—. La próxima vez que me tope con ella, a lo mejor le pregunto si quiere echar una mano a uno de mis amigos ladrones, solo para ver la cara que pone.

Más adelante, en el callejón, de súbito apareció una figura que se dirigía rápidamente hacia ellos. Cery tomó nota mentalmente de las vías de escape y los escondrijos posibles que había alrededor.

—Deberías decirle que Skellin ha estado haciendo averiguaciones —le aconsejó Gol—. Es posible que intente reclutar a otro. Y quizá lo consiga. No todos los magos son tan incorruptibles como Sonea. —Gol aminoró la marcha—. Ese... es Neg.

El alivio por no tener que lidiar con otro atracador dio paso a la preocupación. Neg se había quedado custodiando la guarida principal de Cery. Prefería eso a deambular por las calles, pues los espacios abiertos lo ponían nervioso.

El guardia los había visto. Neg estaba resollando cuando llegó junto a ellos. En su rostro se vislumbraba algo blanco, y a Cery se le cayó el alma muy por debajo del nivel de la calle cuando vio qué era. Un vendaje.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Cery, en una voz que apenas reconoció.

—Lo... lo siento —jadeó Neg—. Malas noticias. —Respiró hondo, soltó el aire con brusquedad y sacudió la cabeza—. No sé cómo decírtelo.

—Dilo —le ordenó Cery.

—Han muertos. Todos. Selia. Los chicos. No he podido ver al asesino. Ha conseguido entrar. No sé cómo. No hay cerraduras rotas. Cuando he llegado a... —Mientras Neg continuaba balbuciendo, disculpándose y justificándose atropelladamente, a Cery empezaron a zumbarle los oídos. Por un momento, su mente se esforzó por encontrar otra explicación. «Debe de estar equivocado. Se ha golpeado la cabeza y está delirando. Lo ha soñado.»

Pero se obligó a afrontar los hechos más probables. Lo que había temido durante años, su peor pesadilla, se había hecho realidad.

Alguien había conseguido atravesar todas las puertas, sorteando a los guardias y las medidas de seguridad, y había asesinado a su familia.

2

Contactos cuestionables

Despertó mucho más temprano que de costumbre. Aún faltaban unas horas para el amanecer. Sonea parpadeó en la oscuridad y se preguntó qué la había arrancado del sueño. ¿Una pesadilla? ¿O un ruido real la había puesto alerta repentinamente en plena noche?

Entonces percibió un sonido, leve pero innegable, procedente de la habitación contigua.

Con el corazón acelerado y un cosquilleo en el cuero cabelludo, se levantó y se acercó silenciosamente a la puerta del dormitorio. Al otro lado se oyó un paso, y luego otro. Ella agarró el pomo de la puerta, invocó su energía, generó un escudo de magia y respiró hondo.

El pomo giró sin hacer ruido. Ella entreabrió la puerta hacia dentro y echó un vistazo al exterior. Bajo la tenue luz de la luna que se filtraba por entre los visillos, vislumbró una figura que caminaba de un lado a otro de la sala de invitados. Era un hombre de baja estatura que reconoció de inmediato. La invadió un gran alivio.

—Cery —dijo, abriendo la puerta del todo—. ¿Quién si no se colaría en mis aposentos a altas horas de la noche?

El ladrón se volvió hacia ella.

—Sonea... —Inspiró profundamente, pero no dijo nada más. Se produjo una larga pausa, y ella frunció el entrecejo. No era propio de él titubear. ¿Había acudido a pedirle un favor que sabía que no le gustaría?

Ella se concentró y creó un pequeño globo de luz apenas lo bastante intensa para inundar la habitación de un resplandor suave. Por un momento se le cortó la respiración. Cery tenía el rostro surcado de arrugas. Los años de peligros y preocupaciones que le había acarreado su vida de ladrón lo habían hecho envejecer más deprisa que ningún otro conocido de Sonea.

«Yo estoy muy marcada por la edad —pensó—, pero las batallas que he tenido que librar están relacionadas con disputas mezquinas entre magos, no con sobrevivir en el mundo inhóspito y a menudo cruel de los bajos fondos.»

—Bueno... ¿y qué te trae por el Gremio en plena noche? —preguntó, saliendo a la sala de invitados.

Él la miró con aire reflexivo.

—Nunca me preguntas cómo logro entrar aquí sin que me descubran.

—No quiero saberlo. No quiero arriesgarme a que otra persona descubra la manera, en el caso improbable de que yo permita que alguien me lea la mente.

Él asintió.

—Ah. ¿Cómo va todo por aquí?

Ella se encogió de hombros.

—Igual. Los aprendices ricos riñen con los pobres. Y ahora que algunos de los ex aprendices pobres se han graduado y convertido en magos, han llevado las riñas a un nuevo nivel que tenemos que tomar en serio. Dentro de unos días nos reuniremos para deliberar sobre una petición de abolir la norma que prohíbe que aprendices y magos se relacionen con delincuentes o personas de mala reputación. Si la iniciativa tiene éxito, ya no estaré quebrantando una norma al hablar contigo.

—¿Podré entrar por la puerta principal y solicitar audiencia formalmente?

—Sí. Aunque esa posibilidad quitaría el sueño a los magos superiores durante un tiempo. Apuesto a que desearían no haber permitido nunca que miembros de las clases bajas ingresaran en el Gremio.

—Siempre supimos que se arrepentirían de ello —dijo Cery. Suspiró y desvió la mirada—. He llegado a desear que la Purga no se hubiera derogado.

Sonea frunció el entrecejo y cruzó los brazos, con una punzada de ira e incredulidad.

—No hablarás en serio.

—Todo ha cambiado a peor. —Se acercó a una ventana y apartó uno de los visillos, que no reveló otra cosa que la negrura del otro lado.

—¿Y eso es por la derogación de la Purga? —Ella contempló la espalda de Cery con los ojos entornados—. ¿No tiene nada que ver con cierto vicio nuevo que está destrozando la vida de muchos imardianos, tanto ricos como pobres?

—¿La craña?

—Sí. La Purga mataba a cientos, pero la craña ha matado a miles y esclavizado a muchos más. —Veía las víctimas a diario en los hospitales. No se trataba solo de las personas atrapadas en las garras de la droga, sino también de sus padres, cónyuges, hermanos, hijos y amigos desesperados.

«Y, que yo sepa, igual Cery es uno de los ladrones que la importan y la venden», pensó sin poder evitarlo, y no por primera vez.

—Dicen que hace que todo te dé igual —murmuró Cery, volviéndose hacia ella—. Te quita las preocupaciones. El miedo. La... pena. —La voz se le entrecortó al pronunciar esta última palabra, y Sonea notó de pronto que todos sus sentidos se agudizaban.

—¿Qué ocurre, Cery? ¿Por qué has venido?

Él respiró hondo y exhaló despacio.

—Mi familia —respondió—. Los asesinaron anoche.

Sonea se tambaleó hacia atrás. La embargó un dolor terrible, que le recordó que algunas pérdidas nunca se olvidan... ni deben olvidarse. Pero se contuvo. No le sería de ninguna ayuda a Cery si dejaba que el dolor la consumiera. Él era la viva imagen de la impotencia. Sus ojos reflejaban una conmoción y una angustia manifiestas. Se abalanzó hacia él y lo abrazó. Cery se puso rígido por unos instantes, antes de abandonarse en sus brazos.

—Son gajes del oficio —dijo—. Los ladrones hacemos todo lo posible por proteger a los nuestros, pero el peligro siempre está ahí. Vesta me dejó porque no podía soportarlo. No aguantaba estar encerrada. Selia era más fuerte, más valiente. Después de todo aquello por lo que había pasado, no merecía... Y los chicos...

Vesta había sido la primera esposa de Cery. Era inteligente, pero irritable y propensa a las rabietas. Cery hacía mejor pareja con Selia, una mujer serena, con la sensatez tranquila de quien observaba el mundo con ojos abiertos pero comprensivos. Sonea lo sujetó mientras los sollozos sacudían su cuerpo, y notó que a ella también se le agolpaban las lágrimas en los ojos. «¿Soy capaz de imaginar lo que se siente al perder a un hijo? Conozco el temor a perderlos, pero no el dolor de la pérdida real. Creo que sería peor de lo que puedo imaginar. Saber que tus hijos nunca llegarán a crecer... Pero... ¿Qué hay de su otra hija? Aunque ya debe de ser adulta.»

—¿Anyi está bien? —preguntó.

Cery se quedó inmóvil y se apartó de ella. Su rostro tenso reflejaba una gran indecisión.

—No lo sé. He dejado que la gente crea que Vesta y Anyi no me importan desde que se marcharon, por su propia seguridad, aunque de vez en cuando me encargo de que mi camino y el de Anyi se crucen, para que al menos siga reconociéndome. —Sacudió la cabeza—. Quienes han hecho esto han conseguido entrar sin que se lo impidieran las mejores cerraduras que pueden encontrarse en el mercado ni personas que gozan de toda mi confianza. Lo tenían todo bien estudiado. Quizá estén informados acerca de Anyi. O a lo mejor saben que existe, pero no dónde encontrarla. Si voy a verla para averiguar cómo está, podría conducirlos hasta ella.

—¿Podrías hacerle llegar una advertencia?

Él arrugó el entrecejo.

—Sí. Tal vez... —Suspiró—. Tengo que intentarlo.

—¿Qué le indicarás que haga?

—Esconderse.

—Entonces dará igual que los conduzcas hasta ella, ¿no? De cualquier manera tendrá que esconderse.

Cery se quedó pensativo.

—Supongo que sí.

Sonea sonrió, y un brillo de determinación asomó a sus ojos. Ahora él tenía todo el cuerpo tenso. Le dirigió una mirada de disculpa.

—Anda, vete —dijo ella—. Y no vuelvas a tardar tanto en visitarme.

Él consiguió esbozar una sonrisa.

—Te lo prometo. Ah. Hay algo más. Es solo una nimiedad, pero Skellin, uno de los ladrones, está deseando tener a un mago a su servicio. Es un proveedor de craña, así que cerciérate de que ninguno de tus magos tenga debilidad por esa porquería.

—No son mis magos, Cery —le recordó ella, no por primera vez.

En vez de dedicarle su sonrisa habitual, él respondió con una mueca.

—Ya. En fin. A menos que quieras enterarte de cómo entro y salgo de aquí, más vale que te vayas de la habitación.

Sonea puso los ojos en blanco antes de encaminarse hacia la puerta de su alcoba. Se volvió antes de cerrarla.

—Buenas noches, Cery. Siento mucho lo de tu familia, y espero que Anyi esté sana y salva.

Él asintió y tragó saliva.

—Yo también.

Ella cerró la puerta tras de sí y esperó. Se oyeron unos golpes sordos en la sala de invitados, seguidos del silencio. Ella contó hasta cien y abrió la puerta de nuevo. La sala estaba desierta. Sonea no vio rastro alguno de su entrada o su salida.

La oscuridad al otro lado de las ventanas ya no era tan impenetrable. Se había teñido de gris, y se intuía una silueta en la débil claridad del alba. Sonea dio un paso hacia ella y se detuvo. ¿Aquello era la mole cuadrada de la residencia del Gran Lord, o se lo estaba imaginando? Fuera como fuese, la idea le provocó un escalofrío.

«Basta. Él no está allí.»

Balkan había vivido en aquel edificio durante los últimos veinte años. Ella a menudo se preguntaba si sentía la presencia del morador anterior, pero nunca había hablado con él del asunto, pues sabía que esto habría supuesto una falta de tacto.

«Él está en lo alto de la colina. Detrás de ti.»

Se volvió y dirigió la vista más allá de las paredes. Contempló en su imaginación las nuevas y relucientes lápidas blancas entre el gris del antiguo cementerio. Una vieja añoranza se apoderó de ella, pero intentó reprimirla. Tenía muchas cosas que hacer. Sin embargo, era temprano; apenas estaba amaneciendo. Tenía tiempo. Y hacía mucho que no iba allí. La terrible noticia de Cery despertó en ella la necesidad de... ¿de qué? Tal vez de mostrar respeto hacia su pérdida recordando la suya propia. Necesitaba hacer algo más que seguir de forma mecánica su rutina diaria fingiendo que no había ocurrido algo espantoso.

Tras regresar a su alcoba, se lavó y se cambió a toda prisa, se cubrió los hombros con una capa —negro sobre negro—, salió sigilosamente por la puerta principal de su habitación, recorrió lo más silenciosamente posible el pasillo del alojamiento de los magos hacia el portal y enfiló el sendero que conducía al cementerio.

Habían trazado caminos nuevos desde la última vez que ella había visitado el lugar, con lord Rothen, hacía más de veinte años. Habían arrancado las malas hierbas, pero el Gremio había dejado en pie un muro de árboles protectores en torno a las tumbas más alejadas del centro. Se fijó en las placas lisas de piedra recién tallada. Había visto cómo colocaban algunas de ellas, pero no todas. Cuando un mago moría, la magia que aún contenía se liberaba, y si era abundante, consumía el cuerpo por completo. Por eso las tumbas antiguas habían constituido un misterio. Si no había cuerpo que enterrar, ¿por qué había sepulcros allí?

El redescubrimiento de la magia negra había respondido a esta pregunta. La energía mágica que los magos de la antigüedad conservaban en el momento de morir era absorbida por un

mago negro, de modo que quedaba un cadáver que sepultar.

Ahora que la magia negra ya no era un tabú, aunque estaba controlada de manera estricta, los entierros habían vuelto a ser populares. La tarea de asimilar los restos de energía mágica de los fallecidos recayó en los dos magos negros del Gremio, ella y el Mago Negro Kallen.

Cuando Sonea tomaba para sí la magia que le quedaba a un mago al morir, consideraba que era su deber asistir a sus funerales. «Me pregunto si Kallen se sentirá también obligado a ello cuando un mago lo elige a él.» Se acercó a una losa sencilla, sin adornos, y secó el rocío de una esquina con calor mágico para sentarse en ella. Sus ojos se posaron en el nombre que tenía grabado: Akkarin. «Te habría divertido ver cuántos magos que se oponían rotundamente a la recuperación del uso de la magia negra recurren a ella al final de sus días, para que sus restos mortales puedan descomponerse bajo tierra. Tal vez habrías llegado a la conclusión, como yo, de que permitir que la magia que te queda consuma tu cuerpo es lo más apropiado para un mago.» Echó una ojeada a las tumbas recientes, cada vez más recargadas —y considerablemente más baratas— que encargaba el Gremio.

Leyó la inscripción de la losa en que estaba sentada. Un nombre, un título, un nombre de una Casa, un nombre de familia. Después, alguien había añadido, en letras pequeñas, como de mala gana, las palabras «Padre de Lorkin». Sin embargo, el nombre de ella brillaba por su ausencia. «Y nunca figurará, mientras tu familia tenga voz en este asunto, Akkarin. Pero al menos han aceptado a tu hijo.»

Dejó a un lado la amargura y pensó en Cery y su familia durante un rato, dejándose invadir por la reminiscencia de la pena y el dolor de la conmiseración, mientras los recuerdos, algunos agradables, otros no, se arremolinaban en su mente. Al cabo, el sonido de unos pasos la arrancó de sus pensamientos y ella cayó en la cuenta de que ya era pleno día.

Se volvió y sonrió al ver que era Rothen quien caminaba hacia ella. Su rostro rugoso estaba crispado de preocupación, pero enseguida se relajó con una expresión de alivio.

—Sonea —dijo e hizo una pausa para recuperar el aliento—. Ha venido a verte un mensajero. Nadie sabía dónde estabas.

—Y seguro que eso ha ocasionado un barullo y una agitación innecesarios.

Él la miró con el ceño fruncido.

—No es un buen momento para dar motivos al Gremio para que empiece a desconfiar de una maga de baja cuna, Sonea, teniendo en cuenta los cambios en las normas que están a punto de proponerse.

—¿Acaso alguna vez es buen momento para eso? —Ella se levantó y suspiró—. Además, no he destruido el Gremio ni he esclavizado a todos los kyralianos, ¿verdad? Solo he salido a dar un paseo. Eso no tiene nada de siniestro. —Clavó los ojos en él—. Hace veinte años que no viajo fuera de la ciudad, y solo he salido de los terrenos del Gremio para trabajar en los hospitales. ¿No es suficiente?

—Para algunos, no. Y desde luego no para Kallen.

Sonea se encogió de hombros.

—Es lo que cabe esperar de Kallen. Forma parte de su trabajo. —Enlazó su brazo con el del

anciano y ambos echaron a andar por el sendero—. No te preocupes por Kallen, Rothen. Sé cómo lidiar con él. Además, no se atreverá a quejarse de que yo visite la tumba de Akkarin.

—Deberías haberle dejado un mensaje a Jonna diciéndole adónde ibas.

—Lo sé, pero estas cosas suelen surgir de forma espontánea.

Él le escrutó el rostro.

—¿Te encuentras bien?

Sonea le sonrió.

—Sí. Tengo un hijo vivo a quien le van bien las cosas, hospitales en la ciudad en los que puedo realizar buenas acciones, y te tengo a ti. ¿Qué más necesito?

Rothen reflexionó por un momento.

—¿Un esposo?

Ella se rió.

—Claro que no necesito un esposo. Ni siquiera estoy segura de querer uno. Creía que me sentiría sola cuando Lorkin se mudó de mis aposentos, pero he descubierto que me gusta disponer de más tiempo para mí. Un esposo... sería un estorbo.

Rothen soltó una risita.

«O una debilidad de la que podría aprovecharse un enemigo», pensó ella de forma casi automática. Sin embargo, este pensamiento se debía más a que aún tenía fresca en la memoria la noticia de Cery que a la existencia de una amenaza real. Aunque no le faltaban enemigos ni mucho menos, estos simplemente le tenían aversión por su origen humilde o por temor a la magia negra que practicaba. Nada de esto los llevaría al extremo de hacer daño a alguno de sus seres queridos. «De lo contrario, ya habrían atacado a Lorkin.»

Al pensar en su hijo, acudieron a su mente recuerdos de su infancia. Recuerdos mezclados, de cuando era pequeño y de cuando tenía unos años más; de cuando estaba contento y de cuando estaba desilusionado; y se adueñó de ella una tensión que le resultaba conocida, una sensación en parte de alegría y en parte de dolor. Cuando él se quedaba callado y caviloso, a Sonea le recordaba mucho a su padre. Por otro lado, su seguridad en sí mismo, su faceta encantadora, testaruda y locuaz, era tan ajena a Akkarin que ella solo podía ver en él a una persona única, individual y diferente de todas las demás. Rothen, por el contrario, sostenía que la parte testaruda y locuaz de su personalidad la había heredado sin duda alguna de ella.

Cuando emergieron del bosque, Sonea bajó la vista hacia el terreno del Gremio. Ante ellos se alzaba el alojamiento de los magos, un edificio alargado y rectangular que albergaba a quienes habían decidido vivir en las instalaciones gremiales. Sonea sintió una ligera oleada de orgullo por haber salvado aquella estructura, junto con Akkarin. Luego, como de costumbre, la invadieron la tristeza y el pesar por el precio que habían tenido que pagar. Si hubieran dejado que el edificio se derrumbara matando a quienes aún estaban dentro, y en vez de protegerlo hubieran absorbido la energía de la Arena, Akkarin tal vez habría sobrevivido.

«Pero habría dado igual la cantidad de energía que hubiéramos acumulado. Una vez herido, él habría preferido cederme toda su magia y morir de todos modos a sanarse a sí mismo, o dejar

que lo sanara yo, y correr el riesgo de que los ichanis nos derrotaran. Además, por mucha energía que yo hubiera absorbido, no habría tenido tiempo de vencer a Kariko y sanar a Akkarin. —Arrugó el entrecejo—. Quizá Lorkin no haya sacado su parte testaruda de mí, después de todo.»

—¿Te sientes tentada de pronunciarte en favor de la petición? —preguntó Rothen mientras empezaban a descender por el camino—. Sé que eres partidaria de abolir esa regla.

Ella negó con la cabeza.

—¿Por qué no? —inquirió Rothen con una sonrisa.

—Podría resultar contraproducente para la causa. Al fin y al cabo, alguien que se crió en las barriadas y más tarde quebrantó un voto, aprendió magia prohibida y desafió la autoridad de los magos superiores y del rey hasta tal punto que se vieron obligados a enviarla al exilio no incita precisamente a confiar en los magos de clase baja.

—Salvaste el país.

—Ayudé a Akkarin a salvar el país. Eso es muy distinto.

Rothen torció el gesto.

—Desempeñaste un papel tan importante como él, y asestaste el golpe final. Eso deberían recordarlo.

—Y Akkarin se sacrificó. Aunque yo no hubiera nacido en las barriadas ni fuera mujer, me resultaría muy difícil competir con eso. —Se encogió de hombros—. No me interesan la gratitud o el reconocimiento, Rothen. Lo único que me importa son Lorkin y los hospitales. Además de ti, por supuesto.

Él asintió.

—Pero ¿y si te dijera que lord Regin se ha ofrecido a representar a quienes se oponen a la petición?

A Sonea se le revolvió el estómago al oír ese nombre. Aunque el aprendiz que la había atormentado durante sus primeros años en la universidad era ya un hombre maduro, casado y con dos hijas adultas, y la había tratado con cortesía y respeto en todo momento desde la Invasión ichani, a ella le había quedado un poso de desconfianza y antipatía hacia él.

—No me sorprende —comentó—. Siempre ha sido un estirado.

—Cierto, aunque su carácter ha mejorado mucho desde vuestra época de aprendices.

—De acuerdo, es un estirado con buenos modales.

Rothen rió entre dientes.

—¿Empiezas ya a sentirte tentada?

Ella sacudió la cabeza de nuevo.

—Pues más vale que te prepares para que sondeen tu opinión sobre el asunto —le advirtió él—. Muchos querrán conocer tu punto de vista y te pedirán consejo.

Cuando llegaron al patio, Sonea suspiró.

—Lo dudo. Pero, por si acaso tienes razón, pensaré cómo responder a cualquier pregunta que me hagan. Tampoco quiero convertirme en un obstáculo para los peticionarios.

«Y si Regin va a representar a la oposición, será mejor que esté atenta por si recurre a alguna artimaña. Puede que hayan mejorado sus modales, pero él sigue siendo tan inteligente y taimado como siempre.»

En la calle Gliar Oeste, en la Cuaderna Septentrional, había una sastrería pequeña y ordenada desde donde aquellos que tenían los contactos adecuados podían acceder a unas habitaciones privadas en la planta superior en las que se ofrecía entretenimiento a los hombres jóvenes y ricos de la ciudad.

Lorkin había ido allí por primera vez hacía cuatro años, con Dekker, su amigo y compañero aprendiz, y sus otros camaradas. Como siempre, la idea se le había ocurrido a Dekker. Era el más audaz de los amigos de Lorkin, aunque la audacia era un rasgo típico de la mayoría de los guerreros jóvenes. En cuanto al resto del grupo, el alquimista Sherran siempre se apuntaba a todo lo que Dekker proponía, mientras que los sanadores Reater y Orlon no se dejaban llevar tan fácilmente por el mal camino. Quizá era natural que los sanadores se comportaran con prudencia. Fuera cual fuese el motivo, Lorkin solo había accedido a acompañar a Dekker porque ellos dos no se habían negado.

Cuatro años después, todos se habían graduado como magos, y la sastrería era su lugar de encuentro favorito. Aquel día, Perler había llevado a Jalie, su prima de Elyne, a que visitara el local por primera vez.

—Así que esta es la sastrería de la que he oído hablar tanto —comentó una joven, paseando la vista por la habitación. Los muebles eran piezas de calidad pero gastadas que habían desechado las casas más ricas de la ciudad. Los cuadros y las mamparas de las ventanas eran ordinarias tanto por su ejecución como por las escenas que representaban.

—Sí —respondió Dekker—. Aquí encontrarás todos los deleites que puedas desear.

—A cambio de un precio —dijo ella, mirándolo de reojo.

—Un precio que quizá estemos dispuestos a pagar por ti, dado el placer que nos proporciona tu compañía.

Ella sonrió.

—¡Eres una ricura!

—No sin la aprobación de su primo mayor —añadió Perler, posando la vista en Dekker con expresión impasible.

—Por supuesto —dijo el chico más joven, inclinándose ligeramente hacia Perler.

—Bien, ¿qué deleites ofrecen aquí? —preguntó Jalie a Dekker.

Él agitó la mano.

—Placeres del cuerpo, placeres de la mente.

—¿De la mente?

—¡Bueno! Que nos traigan un brasero —propuso Sherran, con los ojos brillantes—. Un poco de craña nos relajará a todos.

—No —dijo Lorkin. Al oír que una respuesta idéntica salía al mismo tiempo de otra boca, movió la cabeza en señal de gratitud hacia Orlon, a quien la droga repugnaba tanto como a él.

La habían probado en una ocasión, y la experiencia había resultado inquietante para Lorkin. No era por el modo en que había hecho aflorar el lado más cruel de Dekker, que había comenzado a tomar el pelo y a atormentar a la chica que estaba loca por él en aquel entonces, sino por el hecho de que este comportamiento no había molestado en absoluto a Lorkin. De hecho, le había parecido gracioso, aunque más tarde no acertaba a entender por qué.

Aquel día el encaprichamiento de la chica se había evaporado y había nacido el idilio de Sherran con la craña. Antes, Sherran obedecía a Dekker en todo. Desde aquel momento, solo lo hacía si lo que Dekker le pedía no se interponía entre la craña y él.

—Mejor tomemos una copa —propuso Perler—. Un poco de vino.

—¿Los magos beben? —preguntó Jalie—. Creía que lo tenían prohibido.

—No lo tenemos prohibido —le explicó Reater—, pero no es aconsejable que nos emborrachemos. Podemos perder el control de nuestra magia tanto como de nuestro estómago o nuestra vejiga.

—Entiendo —dijo ella—. ¿O sea que el Gremio tiene que asegurarse de que los plebis que admite no sean unos borrachos?

Los demás fijaron la vista en Lorkin, que sonrió, consciente de que no lo miraban porque su madre fuera una «plebi», sino porque sabían que si hacían más de un par de bromas sobre las clases bajas, él se marcharía.

—Seguramente hay más borrachos entre los finolis que entre los plebis —le dijo Dekker—. Tenemos maneras de ocuparnos de ellos. ¿Qué vino os apetece tomar?

Lorkin apartó la mirada mientras la conversación derivaba hacia las variedades de vino. «Plebis» y «finolis» eran los calificativos que los aprendices pobres y ricos habían empezado a dedicarse unos a otros después de que el Gremio decidiera aceptar en la universidad a estudiantes que no pertenecían a las Casas. Habían adoptado el epíteto «plebi» porque en realidad ninguno de los aprendices de clase baja era pobre. Todos los aprendices recibían una asignación generosa por parte del Gremio, al igual que los magos, que además podían complementar su sueldo por medios mágicos o de otro tipo. Había que inventar una expresión, y esta resultó ser poco halagüeña, por lo que los plebis contraatacaron con un apodo para los aprendices procedentes de las Casas. Lorkin tuvo que reconocer que era un apodo apropiado.

Lorkin no encajaba en ninguno de los dos grupos. Su madre había nacido en las barriadas, y su padre, en el seno de una de las Casas más poderosas de Imardin. Él se había criado en el Gremio, lejos tanto de las manipulaciones y los compromisos políticos de las Casas como de la dura vida de las barriadas. Casi todos sus amigos eran finolis. Si bien no había rehuido la amistad de los plebis deliberadamente, la mayoría de ellos, aunque no parecía tenerle ojeriza como a los finolis, apenas le dirigía la palabra. Solo al cabo de unos años, cuando Lorkin contaba con un círculo sólido de amigos finolis, se percató de que los plebis se sentían intimidados por

él, o, más bien, por la figura de su difunto padre.

—¿Y cómo es Sachaka? ¿De verdad siguen teniendo esclavos?

Lorkin devolvió su atención de golpe a la conversación y se estremeció. El nombre del país de donde procedía el asesino de su padre le provocó un escalofrío. Sin embargo, esta sensación, que antes no era más que fruto del miedo, ahora venía acompañada de una excitación extraña. Después de la Invasión ichani, las Tierras Aliadas habían dirigido la mirada al vecino del que antes se desentendían. Magos y diplomáticos se habían aventurado a viajar a Sachaka con la intención de evitar futuros conflictos a través de negociaciones, relaciones comerciales y pactos. Cuando regresaban, ofrecían descripciones de una cultura exótica y un paisaje aún más exótico.

—Así es —respondió Perler. Lorkin irguió ligeramente la espalda. El hermano mayor de Reater había vuelto de Sachaka hacía unas semanas, tras pasar un año trabajando como ayudante del embajador del Gremio en Sachaka—. Aunque a la mayoría ni se les ve. Las túnicas desaparecen de tu habitación y más tarde vuelven a aparecer, limpias, pero nunca ves a quien se las lleva. Al esclavo personal que te asignan sí lo ves, claro. Todos tenemos uno.

—¿O sea que tenías un esclavo? —preguntó Sherran—. ¿Eso no va contra las leyes del rey?

—No nos pertenecen —puntualizó Perler, encogiéndose de hombros—. Los sachakanos no saben tratar a los criados como es debido, así que no nos queda otro remedio que permitir que nos asignen esclavos. De lo contrario, tendríamos que lavar la ropa y cocinar nosotros mismos.

—Y eso sería terrible —comentó Lorkin con espanto fingido. Aunque la tía de su madre era su sirvienta, y sus parientes eran criados de familias ricas, poseían una dignidad y una iniciativa que él respetaba. Había tomado la determinación de que, si algún día tenía que realizar tareas domésticas, no se sentiría tan humillado por ello como sus compañeros magos.

Perler lo miró y sacudió la cabeza.

—No tendríamos tiempo de encargarnos de ello personalmente. Siempre hay mucho trabajo que hacer. Ah, aquí llegan las bebidas.

—¿Qué clase de trabajo? —preguntó Orlon mientras servían vasos de vino o agua y se los pasaban unos a otros en torno a la mesa.

—Negociar acuerdos comerciales, animar a los sachakanos a abolir la esclavitud para que puedan incorporarse a las Tierras Aliadas, permanecer al tanto de la política sachakana... El embajador Maron había oído hablar de un grupo de rebeldes y quería averiguar más sobre ellos, hasta que tuvo que regresar para solucionar los problemas de su familia.

—Parece aburrido —comentó Dekker.

—De hecho, era bastante emocionante. —Perler sonrió de oreja a oreja—. A veces me daba un poco de miedo, pero tenía la sensación de que estábamos llevando a cabo..., bueno, una misión histórica. Algo que marcaría la diferencia, que cambiaría la situación a mejor.

Un extraño estremecimiento recorrió a Lorkin.

—¿Crees que empiezan a entrar en razón respecto a la esclavitud? —inquirió.

Perler se encogió de hombros.

—Algunos sí, pero cuesta saber si fingen estar de acuerdo por cortesía o para obtener algo de nosotros. Maron cree que resultaría mucho más fácil convencerlos de que renunciaran a la esclavitud que a la magia negra.

—Será complicado convencerlos de que renuncien a la magia negra mientras nosotros contemos con dos magos negros —señaló Reater—. Parece un poco hipócrita.

—En cuanto ellos prohíban la magia negra, nosotros lo haremos también —aseveró Perler.

Dekker se volvió hacia Lorkin con una sonrisa burlona.

—Si eso ocurre, Lorkin nunca sucederá a su madre en el cargo.

Lorkin soltó un resoplido desdeñoso.

—Como si ella fuera a permitírmelo. Preferiría mil veces que la sucediera como director de los hospitales.

—¿Tan malo sería eso? —preguntó Orlon en voz baja—. Que te hayas inclinado por la alquimia no significa que no puedas echar una mano a los sanadores.

—Hace falta un espíritu de entrega total e inquebrantable para dirigir algo como un hospital —observó Lorkin—. Yo carezco de él, aunque me gustaría tenerlo.

—¿Por qué? —quiso saber Jalie.

Lorkin abrió las manos hacia los lados.

—Me gustaría hacer algo útil con mi vida.

—¡Bah! —dijo Dekker—. Si puedes permitirte llevar una vida regalada, ¿por qué no hacerlo?

—¿Por aburrimiento? —aventuró Orlon.

—¿Quién está aburrido? —terció una nueva voz femenina.

Un escalofrío totalmente distinto le bajó a Lorkin por la espalda. Notó que se le cortaba el aliento en la garganta y que el estómago se le tensaba de un modo desagradable. Todos se volvieron para ver a una joven morena que entraba por la puerta. Esta sonrió mientras paseaba la mirada por la habitación. Cuando sus ojos se posaron en los de Lorkin, su sonrisa vaciló, pero solo por un momento.

—Beriya. —Él pronunció su nombre casi sin querer, y al instante le repugnó aquel gemido débil y patético que había salido de sus labios.

—Ven, siéntate con nosotros —la invitó Dekker.

«No», tenía ganas de decir Lorkin, pero se suponía que debía haber superado su ruptura con Beriya. Hacía dos años que su familia se la había llevado a Elyne. Cuando la chica se sentó, Lorkin desvió la mirada como si no estuviera interesado en ella e intentó relajar los músculos que se le habían puesto rígidos en el instante en que había oído su voz. Es decir, casi todos.

Ella era la primera mujer de la que se había enamorado y, hasta la fecha, la única. Se veían siempre que se les presentaba la ocasión, abiertamente o en secreto. Lorkin pensaba en ella durante todas sus horas de vigilia, y Beriya aseguraba que le ocurría lo mismo. Él habría hecho

cualquier cosa por ella.

Algunas personas los habían alentado a seguir adelante, mientras que otras habían intentado, sin demasiado entusiasmo, ayudarlo a mantener los pies en la tierra, al menos en lo relativo a sus estudios de magia. El problema residía en que ni su madre ni la familia de Beriya tenían motivos para desaprobare la relación. Y resultó que él era una de aquellas personas que se dejaban arrastrar por sus emociones cuando se enamoraban, hasta tal punto que ni el apoyo que recibía ni los sermones severos (ni siquiera los de lord Rothen, a quien él respetaba y quería como si fuera su abuelo favorito) bastaban para mantenerlo anclado en la realidad. Todos habían decidido esperar a que recobrará un grado de sensatez que le permitiera concentrarse en algo que no fuera Beriya para ayudarlo después a ponerse al día en su formación.

Entonces la prima de ella los había sorprendido juntos en la cama, y su familia había insistido en que se casaran lo antes posible. Les daba igual que él, por ser mago, contara con medios para evitar que Beriya quedara embarazada. Si no se casaban, cualquier pretendiente futuro la consideraría «estropeada».

Lorkin y su madre habían accedido. Era Beriya quien se había negado.

También se negó a verlo. Cuando un día él consiguió acorralarla por fin, ella le confesó que nunca lo había querido, que le había dado alas porque había oído que los magos podían hacer el amor sin peligro de engendrar un niño. Le aseguró que sentía haberle mentido.

Su madre le dijo que el dolor que sentía era lo más parecido a la enfermedad que la mayoría de los magos podía experimentar. La mejor cura era el tiempo y el cariño de los familiares y amigos. A continuación había descrito el comportamiento de Beriya en unos términos que él no se habría atrevido a emplear en presencia de la mayoría de sus conocidos.

Por fortuna, la familia de Beriya se la había llevado a Elyne, por lo que, cuando la pena remitió lo suficiente para convertirse en rabia, ella ya se encontraba muy lejos. Lorkin había jurado no volver a enamorarse, pero cuando una chica de su clase de alquimia había mostrado interés en él, su determinación había flaqueado. Le gustaba el carácter pragmático de la joven. Era todo aquello que Beriya no era. Una hipocresía extraña anidaba en la cultura kyaliana: nadie esperaba que las magas permanecieran célibes. Sin embargo, para cuando se percató de que no la quería, ella estaba totalmente prendada de él. Lorkin había hecho todo lo posible por poner fin a la relación con la mayor delicadeza posible, pero sabía que ahora ella le guardaba un rencor profundo.

El amor, concluyó, era algo muy enrevesado.

Beriya se acercó a una silla y se sentó con elegancia.

—¿Y bien? ¿Quién está aburrido? —preguntó.

Mientras los demás se hacían los desentendidos, Lorkin reflexionó sobre ella y las lecciones que él había aprendido. Durante el año anterior, había conocido a unas cuantas mujeres que eran tan buenas conversadoras como amantes, y no pedía nada más. Descubrió que prefería esta clase de relaciones. Los amoríos de Dekker, que siempre acababan en desengaño y escándalo —cuando no en algo peor—, no lo atraían. Por otro lado el matrimonio sin afecto al que los padres de Reater habían condenado a su hijo era su peor pesadilla.

«Hace ya un tiempo que la familia de mi padre no intenta buscarme una prometida. A lo mejor

se han dado cuenta de cuánto divierte a mi madre dar al traste con todos los planes que hacen para mí. Aunque estoy seguro de que no sabotearía nada que me interesara de verdad.»

Obligó a sus pensamientos a volver al presente mientras la conversación derivaba hacia las aventuras de amigos comunes de Beriya y Dekker. Lorkin escuchó, dejando pasar la tarde. Finalmente, los dos sanadores se marcharon para visitar el hipódromo nuevo, y Beriya se fue a probarse un vestido que había encargado. Dekker, Sherran y Jalie se dirigieron a pie hacia sus respectivas casas familiares, que se encontraban en la misma calle principal del Círculo Interno, de modo que Lorkin tuvo que volver al Gremio solo.

Mientras caminaba por las calles del Círculo Interno, Lorkin contemplaba meditabundo los imponentes edificios. Aquel sitio había sido siempre su hogar. Él nunca había vivido en otro lado. Nunca había estado en el extranjero. Ni siquiera había salido de la ciudad. Más adelante, se divisaban las puertas del Gremio.

«¿Son los barrotes de mi jaula, o un muro que me protege del peligro? —Al otro lado estaba la fachada de la universidad, donde sus padres habían combatido contra los magos negros de Sachaka en una última batalla desesperada—. Aquellos magos no eran más que ichanis, la versión sachakana de los malhechores desterrados. ¿Cómo habría terminado esa batalla si hubieran sido ashakis, guerreros nobles que dominan la magia negra? Tuvimos suerte de ganar aquella batalla. Todo el mundo lo sabe. Tal vez el Mago Negro Kallen y mi madre no puedan salvarnos si los sachakanos deciden lanzar una invasión como es debido.»

Una figura que le resultaba conocida se acercaba a las puertas desde el interior. Cuando el hombre las franqueó, Lorkin sonrió. Conocía a lord Dannyl a través de su madre y de lord Rothen. Hacía tiempo que no veía al historiador. Como de costumbre, Dannyl iba distraído, con el ceño fruncido, y Lorkin sabía que el mago veterano era perfectamente capaz de cruzarse con él sin siquiera verlo.

Lord Dannyl, lo llamó Lorkin, sin elevar mucho su voz mental. La comunicación telepática no estaba bien vista, pues todos los magos, tanto amigos como enemigos, podían percibirla. Sin embargo, llamar a otro mago por su nombre se consideraba aceptable, pues con ello no se proporcionaba demasiada información a quien estuviera escuchando.

El mago de gran estatura alzó la mirada y, al ver a Lorkin, su expresión ceñuda desapareció. Caminaron el uno hacia el otro y se encontraron en la entrada de la calle en que vivía Dannyl.

—Lord Lorkin. ¿Cómo va todo?

Lorkin se encogió de hombros.

—Bastante bien. ¿Y qué tal va su investigación?

Dannyl bajó la vista hacia el fajo de papeles que llevaba.

—La Gran Biblioteca ha enviado unos documentos que yo esperaba que ofrecieran más detalles sobre el estado en que quedó Imardin tras la muerte de Tagin.

Lorkin asintió, aunque no recordaba quién era Tagin. Dannyl llevaba tanto tiempo inmerso en la historia de la magia que a menudo olvidaba que otras personas no conocían los pormenores tan bien como él. «Debe de ser un alivio saber a qué quieres dedicarte —pensó Lorkin—, sin preguntarte constantemente qué vas a hacer con tu vida.»

—¿Cómo... cómo se le ocurrió la idea de escribir una historia de la magia? —preguntó Lorkin.

Dannyl lo miró y se encogió de hombros.

—La tarea me eligió a mí —respondió—. A veces desearía que no lo hubiera hecho, pero entonces me encuentro con un dato nuevo —esbozó una sonrisa irónica— y me acuerdo de lo importante que es que no se pierda el pasado. Podemos aprender mucho de la historia, y quizá algún día descubra un secreto que nos sea provechoso.

—¿Como la magia negra? —aventuró Lorkin.

Dannyl hizo una mueca.

—Mejor algo que no implique tantos riesgos y sacrificios.

A Lorkin el corazón le dio un vuelco.

—¿Otro tipo de magia defensiva? Sería estupendo descubrir algo así. —«No solo permitiría al Gremio dejar de utilizar la magia negra, sino que nos ayudaría a defendernos de los sachakanos, o a convencerlos de que renuncien a la magia negra y a la esclavitud y se unan a las Tierras Aliadas. Si yo descubriera algo así... Pero la idea es de Dannyl, no mía...»

Dannyl hizo un gesto vago.

—Quizá no descubra nada en absoluto. Pero investigar la verdad, ponerla por escrito y conservarla es para mí un éxito más que suficiente.

«Bueno... Si a Dannyl le da igual... ¿Le importaría que otra persona buscara una alternativa a la magia negra? ¿Le importaría que lo hiciera yo?» Un cosquilleo de esperanza descendió por el espinazo de Lorkin, que respiró hondo.

—¿Podría... podría echar un vistazo a lo que lleva hecho hasta ahora?

El mago veterano arqueó las cejas.

—Por supuesto. Me interesaría conocer tu opinión al respecto. Podrías reparar en algo que yo he pasado por alto. —Dirigió la vista calle abajo y se encogió de hombros—. ¿Por qué no almuerzas con Tayend y conmigo? Después te enseñaré mis notas y fuentes y te explicaré las lagunas que intento rellenar en la historia.

Lorkin asintió, casi sin darse cuenta.

—Gracias. —Si regresaba a su habitación en el Gremio, acabaría dedicando la mitad del tiempo a pensar con amargura en Beriya y la otra mitad a intentar convencerse de que estaba mejor sin ella—. Estoy seguro de que será fascinante.

Dannyl hizo un gesto en dirección a su casa, un edificio suntuoso de dos plantas que alquilaba desde que se había retirado de su puesto como embajador del Gremio en Elyne. Aunque se sabía que Dannyl y Tayend eran más que amigos, se hablaba poco de ello últimamente. Dannyl había decidido vivir en la ciudad y no en el recinto del Gremio pues, como él decía, «tenemos una especie de acuerdo: el Gremio hace la vista gorda, y nosotros no le damos motivos para dejar de hacerlo».

—¿Tienes que volver primero al Gremio?

Lorkin negó con la cabeza.

—No, pero si usted necesita avisar a Tayend y a los criados...

—No, no les molestará. Tayend lleva a casa visitas inesperadas constantemente. La servidumbre ya está acostumbrada.

Le hizo señas de que lo siguiera, echó a andar hacia su casa y Lorkin acomodó su paso para caminar junto a él.

3

Lugares seguros, destinos peligrosos

—Siempre tiene el escritorio hecho un caos —le comentó Tayend a Lorkin.

Dannyl miró con el entrecejo fruncido al académico, que desplegó una gran sonrisa al tiempo que las pocas líneas que le surcaban la frente se suavizaban. «Nadie diría que tiene más de cuarenta años —pensó Dannyl—. Yo me estoy convirtiendo en un esqueleto arrugado, y en cambio Tayend...» Tenía mejor aspecto que nunca, advirtió Dannyl. Había engordado un poco, pero le sentaba bien.

—Solo parece desordenado —se defendió Dannyl, no por primera vez—. Sé dónde está todo.

Tayend soltó una risita.

—Estoy seguro de que es solo una estratagema para asegurarse de que nadie le robe su investigación ni sus ideas. —Sonrió a Lorkin—. En fin, no dejes que te mate de aburrimiento. Si notas que se te empieza a secar la mente, ven a charlar conmigo y abriremos otra botella de vino.

Lorkin le devolvió la sonrisa y asintió.

—Así lo haré.

Tras agitar la mano para despedirse, el académico salió de la habitación con un andar desenfadado. Dannyl, reprimiendo el impulso de poner los ojos en blanco, suspiró y se volvió hacia el hijo de Sonea. El joven estaba ojeando las pilas de documentos y libros que se alzaban sobre el escritorio de Dannyl con aire dubitativo.

—Hay orden en la locura —le aseguró Dannyl—. Comienza en la parte de atrás. Esa primera pila contiene todo lo relacionado con los documentos más antiguos sobre magia. Abundan las descripciones de lugares como la Tumba de las Lágrimas Blancas y las conjeturas, basadas en los jeroglíficos, sobre aquello para lo que se usaba la magia. —Dannyl sacó los bosquejos que había hecho Tayend cuando habían visitado las Tumbas, más de veinte años atrás. Señaló el jeroglífico de un hombre arrodillado ante una mujer, que estaba tocando las palmas de sus manos levantadas—. Este jeroglífico significa «magia superior».

—¿Magia negra?

—Tal vez. Pero también podría ser magia sanadora. Quizá solo sea una casualidad que nuestros predecesores llamaran «magia superior» a la magia negra. —Dannyl rebuscó en la pila de papeles y extrajo otro esbozo, esta vez de una media luna y una mano.

—¿Qué es eso? —preguntó Lorkin.

—Un símbolo que encontramos en Armje, una ciudad en ruinas. Era un emblema que representaba a la familia real de la ciudad, del mismo modo que los incas simbolizan las Casas de Kyralia. Se cree que Armje está abandonada desde hace más de dos mil años.

—¿Sobre qué estaba trazado el símbolo?

—Estaba grabado en los dinteles de varias casas, y en una ocasión lo vimos en lo que me imagino que era un anillo de sangre. —Dannyl sonrió al recordar a Dem Ladeiri, el excéntrico noble coleccionista junto con el que Tayend y él se habían alojado en un viejo castillo de las montañas de Elyne, cerca de Armje. La sonrisa se borró de sus labios cuando le vino a la memoria la caverna subterránea que había encontrado en las ruinas, denominada «Cámara del Castigo Último». Unas extrañas paredes cristalinas lo habían atacado con magia y lo habrían matado si Tayend no se lo hubiera llevado a rastras justo cuando su escudo se había debilitado.

Akkarin, el Gran Lord anterior, había pedido a Dannyl que mantuviera la Cámara en secreto para evitar que otros magos acudieran allí, poniendo sus vidas en peligro. Después de la Invasión ichani, Dannyl le había hablado de la caverna a Balkan, el nuevo Gran Lord, que le había ordenado que pusiese por escrito lo que sabía, pero que no lo divulgara. Cuando el libro estuviera terminado, Balkan se replantearía la posibilidad de informar a otros sobre aquel lugar.

«¿Habrá enviado Balkan a alguien a investigar? Dudo que el guerrero pueda resistir la tentación de intentar averiguar cómo funciona la Cámara, sobre todo por el potencial que tiene como arma defensiva.»

—Entonces, ¿sabían elaborar anillos de sangre hace dos mil años?

Dannyl alzó la vista hacia Lorkin y asintió.

—Y quizá muchas otras cosas. Pero esos conocimientos se han perdido. —Señaló la segunda pila, más pequeña que la primera—. Esto es todo lo que tengo sobre la época anterior a la conquista de Kyralia y Elyne por parte del Imperio sachakano, hace unos mil años. Los pocos documentos de que disponemos se conservan solo porque son copias, y parecen indicar que solo había dos o tres magos, cuyas habilidades y poderes eran limitados.

—Así que si las personas que sabían fabricar anillos de sangre y lo que era la magia superior murieron sin transmitir estos conocimientos...

—Bien porque no confiaban en nadie lo suficiente para enseñárselo, bien porque nunca encontraron a alguien lo bastante dotado para aprender.

Lorkin se quedó pensativo; Dannyl advirtió, aliviado, que no parecía en absoluto aburrido. El joven mago dirigió su atención a la tercera pila.

—Tres siglos de dominación sachakana —le dijo Dannyl—. He conseguido que tengamos más del doble de información sobre aquella época, aunque no me ha resultado muy difícil, pues teníamos muy poca.

—Una época en que los kyralianos eran esclavos —dijo Lorkin con expresión sombría.

—Y esclavistas —le recordó Dannyl—. Creo que los sachakanos trajeron la magia superior a Kyralia.

Lorkin lo miró con incredulidad.

—¿Me está diciendo que enseñaron magia negra a sus enemigos?

—¿Por qué no? Tras la conquista, Kyralia pasó a formar parte del Imperio. Los sachakanos no mataron a todos los nobles, solo a quienes no juraron lealtad al Imperio. Sin duda hubo

matrimonios mixtos y herederos mestizos. Trescientos años es mucho tiempo. Los kyralianos seguramente eran ciudadanos de Sachaka.

—Pero aun así lucharon por reconquistar su país y librarse de la esclavitud.

—Sí. —Dannyl dio unas palmaditas a la parte superior de la pila—. Y eso consta claramente en documentos y cartas anteriores y posteriores a la decisión del emperador de conceder la independencia a Kyralia y Elyne. Ambos países abolieron la esclavitud, no sin topar con cierta resistencia.

Lorkin contempló el montón de libros, documentos y notas.

—Eso no es lo que nos enseñan en la universidad.

Dannyl rió entre dientes.

—No. Y la versión de la historia que te enseñaron era incluso menos aséptica que la que estudié yo cuando era aprendiz. —Dio unos golpecitos con el dedo a la pila siguiente—. A mi generación nunca le explicaron que en otros tiempos los magos kyralianos utilizaban la magia negra para absorber energía de sus aprendices a cambio de sus enseñanzas sobre magia. Fue una realidad que nos costó mucho aceptar.

El mago joven observó la cuarta pila de volúmenes con una curiosidad cautelosa.

—¿Son los libros que mi padre encontró debajo del Gremio?

—Algunos son copias de esos libros, pero expurgados de información peligrosa sobre la magia negra.

—¿Cómo va a escribir una historia de aquella época sin incluir información sobre magia negra?

Dannyl se encogió de hombros.

—Mientras no incluya instrucciones, no habrá peligro de que alguien aprenda a utilizarla a partir de mis escritos.

—Pero... mi madre dice que la magia negra se aprende de la mente de un mago negro. No puede aprenderse en los libros, ¿verdad?

—Creemos que no, pero no queremos arriesgarnos.

Lorkin asintió con aire reflexivo.

—Entonces... ¿lo que sigue es la guerra Sachakana? La pila de libros es muy alta.

—En efecto. —Dannyl contempló el considerable cúmulo de libros y documentos que se elevaba junto al de la «independencia»—. Hice correr la voz de que quería documentos de la época, y desde entonces no dejo de recibir diarios, cuentas y registros de todas las Tierras Aliadas. —En lo alto de la pila había un librito que él había encontrado en la Gran Biblioteca veinte años atrás y que le había abierto los ojos a la posibilidad de que la versión de la historia que se conocía en el Gremio fuera errónea.

—Debe usted de tener ese período bien documentado.

—No del todo —respondió Dannyl—. Muy pocos de estos documentos son originarios de

Kyralia. Todavía quedan lagunas en la historia. Sabemos que los magos kyralianos expulsaron a los invasores sachakanos, ganaron la guerra y luego conquistaron Sachaka y la gobernaron durante un tiempo. Sabemos que el páramo que debilitó el país no fue creado sino hasta varios años después de la guerra. Pero no sabemos cómo mantuvieron a los magos sachakanos bajo control, ni cómo crearon el páramo. —«¿Y cuál es el tesoro que los elyneos aseguraban haber prestado o entregado a los kyralianos y que se perdió entonces, junto con sus secretos?» A Dannyl lo invadió una frustración que le resultaba conocida y curiosamente agradable. Todavía quedaban misterios por explorar, y aquel era uno de los más intrigantes.

—¿Por qué no tiene documentos de Kyralia?

Dannyl suspiró.

—Es posible que fueran destruidos cuando el Gremio prohibió la magia negra. O quizá se perdieron durante la guerra. Se ha tergiversado gran parte de la historia. Por ejemplo, nos enseñan que Imardin quedó arrasada durante la guerra Sachakana, pero dispongo de mapas de antes y después de la guerra que muestran un trazado similar de las calles. Unos cientos de años después, sin embargo, tenemos un trazado totalmente distinto, el que conocemos en la actualidad.

—Entonces... O la datación de los mapas es incorrecta, o algo arrasó la ciudad más tarde. ¿Ocurrió algún suceso notable después de la guerra Sachakana?

Dannyl asintió y cogió el libro superior de la pila siguiente, que era mucho más pequeña.

—Hummm —dijo Lorkin cuando lo reconoció—. El Registro del Gremio. —Abrió mucho los ojos al comprender—. ¡Lo hizo el Aprendiz Loco! —Extendió la mano, cogió el libro y lo abrió por las entradas del final—. «Todo ha terminado —leyó—. Cuando Alyk me dio la noticia, no me atreví a creerla, pero hace una hora he ascendido las escaleras de la atalaya y he visto la verdad con mis propios ojos. Es cierto. Tagin ha muerto. Solo él podía desatar semejante destrucción en sus últimos momentos de vida.» Su energía se liberó y devastó la ciudad.

Dannyl suspiró, sacudió la cabeza, le quitó el libro a Lorkin y lo depositó de nuevo en lo alto de la pila.

—Tagin acababa de derrotar al Gremio. No podía quedarle tanta energía como para arrasar una ciudad.

—Tal vez lo subestima usted, como hizo claramente el Gremio en aquel entonces. —El joven mago enarcó las cejas con expectación. Aquella actitud desafiante estuvo a punto de arrancar una sonrisa a Dannyl. Lorkin había sido un aprendiz inteligente, siempre dispuesto a poner en duda lo que decían sus profesores.

—Tal vez. —Dannyl bajó la vista al pequeño montón de documentos y libros—. El Gremio... Bueno, es como si no solo se hubiera propuesto ocultar todos los conocimientos sobre magia negra, sino también el hecho humillante de que un simple aprendiz por poco había acabado con ellos. De no ser por el archivero Gilken, ni siquiera contaríamos con los libros que encontró Akkarin para averiguar lo que ocurrió.

Gilken había guardado y enterrado información sobre la magia negra por temor a que el Gremio pudiera necesitarla algún día para defender el país. «Gozamos de quinientos años de paz que nos permitieron olvidar los documentos ocultos, que alguna vez habíamos utilizado la magia negra y que, al otro lado de las montañas, nuestros viejos enemigos, los sachakanos, aún

la practicaban. Si Akkarin no hubiera encontrado esos libros ni aprendido magia negra, ahora estaríamos muertos o esclavizados.»

—La última pila —dijo Lorkin.

Dannyl vio que el joven había posado la vista en un cuaderno grueso con tapas de piel que estaba en un extremo de la mesa.

—Sí. —Dannyl lo cogió—. Contiene los testimonios que recabé entre quienes vivieron la Invasión ichani.

—¿Incluido el de mi madre?

—Por supuesto.

Lorkin movió la cabeza afirmativamente y le dedicó una sonrisa irónica.

—Bueno, esa debe de ser la parte de la historia sobre la que no necesita investigar más.

—No —convino Dannyl.

El mago joven paseó la mirada por los montones de libros, documentos y registros.

—Me gustaría leer lo que tiene. Y... ¿hay alguna manera en que pueda ayudarle a investigar?

Dannyl miró a Lorkin, sorprendido. Nunca habría imaginado que el hijo de Sonea estuviera interesado en la historia. Tal vez el muchacho se aburría y buscaba algo en lo que entretenerse. Podía perder el interés rápidamente, sobre todo cuando se percatara de que Dannyl ya había agotado todas las fuentes de información. Había muy pocas posibilidades de que alguno de ellos consiguiera rellenar los huecos de la historia.

«Si pierde interés, nadie saldrá perjudicado. No veo ningún motivo para no darle una oportunidad.»

Además, una mirada fresca, un enfoque distinto, quizá le ayudaría a hacer nuevos descubrimientos.

Por otro lado, sería positivo que alguien en Kyrulia se familiarizara con el trabajo que Dannyl había realizado hasta la fecha, por si este decidía marcharse en busca de nuevas fuentes.

«Cosa que podría ocurrir más pronto que tarde.»

Desde la Invasión ichani, Sachaka y Kyrulia se vigilaban mutuamente con mucha atención. Por fortuna, ambas partes tenían un gran interés en evitar conflictos futuros. Ambos habían enviado a un embajador y un ayudante al otro país. Sin embargo, no se permitía a ningún otro mago que cruzara la frontera.

A lo largo de los años, Dannyl había interrogado a los embajadores del Gremio y les había pedido que le enviaran material para su libro. Le habían proporcionado algo de información, pero no sabían qué buscar, y lo que le enviaban contenía alusiones tentadoras a documentos no censurados con un punto de vista inédito respecto a los acontecimientos históricos.

Aunque el puesto de embajador quedaba vacante cada pocos años, Dannyl nunca lo había solicitado, en parte por miedo. La perspectiva de internarse en una tierra de magos negros lo intimidaba. Estaba acostumbrado a contarse entre las personas poderosas de la sociedad. En

Sachaka no solo sería débil y vulnerable, sino que, según todos los testimonios, los magos superiores sachakanos sentían aversión, desconfianza o desdén hacia los magos sin conocimientos de magia negra.

No obstante, según le habían contado, empezaban a habituarse a esta idea. Últimamente trataban a los embajadores del Gremio con más respeto. De hecho, habían protestado cuando el embajador más reciente había tenido que regresar a Kyralia por los problemas financieros de su familia. Incluso le habían cobrado afecto.

Por tanto, hacía falta un nuevo embajador, y a Dannyl le resultaba demasiado difícil resistir la tentación. Ya había ejercido el cargo antes, en Elyne, así que confiaba en que los magos superiores consideraran la posibilidad de ofrecerle el puesto. Si las cosas no salían bien, siempre podía regresar a Kyralia antes de lo previsto; no habría sido el primero. Mientras estuviera en Sachaka podría buscar documentos que solventaran las lagunas de su historia de la magia y tal vez descubrir nuevas crónicas mágicas.

—¿Lord Dannyl?

Dannyl alzó la vista hacia Lorkin y sonrió.

—Estaré encantado de contar con la ayuda de otro mago para mi investigación. ¿Cuándo quieres empezar?

—¿Mañana mismo le vendría bien? —Lorkin dirigió la mirada hacia la mesa—. Algo me dice que tendré que leer mucho.

—Por supuesto que me viene bien —respondió Dannyl—. Aunque... deberíamos preguntar a Tayend cuáles son sus planes. Vayamos a hablar con él... y a bebernos esa botella de vino.

Mientras guiaba al joven mago a la sala de invitados donde Tayend solía relajarse por las tardes, Dannyl dejó que sus pensamientos vagaran de nuevo hacia Sachaka.

«Se me han acabado las fuentes. No se me ocurre ningún otro lugar donde buscar las piezas que le faltan a mi historia. Por fin se me presenta una oportunidad, y creo que tengo el valor suficiente para aprovecharla.»

Sin embargo, la otra razón por la que nunca se había planteado seriamente visitar Sachaka era que eso implicaba separarse de Tayend durante un tiempo. El académico tendría que pedir permiso al rey de Elyne para viajar a Sachaka, y era poco probable que el monarca se lo concediera. Esto se debía, por un lado, a que Tayend no era muy conocido ni influyente en la corte, y tampoco lo había sido antes de mudarse a Kyralia para vivir con Dannyl. Por otro lado, se debía a que era un «doncel», un hombre a quien atraían más los hombres que las mujeres. La sociedad sachakana no era tan tolerante con los donceles como la elynea. En esto se asemejaba más a la sociedad kyraliana, que echaba tierra sobre estas cuestiones y fingía que no existían. El rey de Elyne no querría correr el riesgo de ofender a un país que todavía podía derrotar fácilmente al suyo enviando allí a un hombre cuyo comportamiento les parecería inaceptable.

«Pero ¿y yo? ¿Por qué estoy tan seguro de que el Gremio no me rechazaría para el puesto por la misma razón?»

Lo cierto era que a Tayend no se le daba tan bien como a Dannyl disimular lo que era. No mucho después de establecerse en Imardin, el académico se había hecho con un círculo de

amigos. Le había alegrado descubrir que había tantos donceles en las Casas kyralianas como entre la clase dominante de Elyne, y ellos habían adoptado con entusiasmo su costumbre elynea de celebrar fiestas. Se hacían llamar el Club Secreto, un nombre que no reflejaba precisamente la realidad. Muchas personas de la sociedad kyraliana sabían de su existencia, y varias habían expresado su desaprobación.

Dannyl sabía que la incomodidad que sentía derivaba de los largos años en que había encubierto su auténtica naturaleza. «Tal vez soy un cobarde, o tal vez demasiado prudente, pero prefiero que mi vida privada siga siendo... bueno, privada. Pero Tayend nunca me dejó elegir. Nunca me preguntó cómo quería vivir, o si me parecía bien que toda Kyralia supiera lo que somos.»

Sin embargo, esta no era la única causa de su rencor. Con los años, Tayend prestaba cada vez más atención a sus amigos. Aunque había algunos miembros del grupo con los que Dannyl se llevaba bien, en su mayoría eran niños mimados de clase alta. Y en ocasiones Tayend se comportaba más como ellos que como el joven con quien Dannyl había viajado hacía años.

Dannyl suspiró. No quería viajar con el hombre en el que se había convertido Tayend. Temía que el hecho de convivir los dos solos en otro país acabara por distanciarlos para siempre. Por otra parte, no podía evitar preguntarse si pasar un tiempo separados ayudaría a cada uno a apreciar más la compañía del otro.

«Pero, aunque quizá estar unas semanas o meses sin vernos nos haría bien, ¿sobreviviría nuestra relación a dos años de separación?»

Cuando entró en la sala de invitados y se encontró con que Tayend ya había abierto la botella y se había bebido la mitad del contenido, sacudió la cabeza.

Si quería llegar a rellenar algún día los huecos de la historia de la magia que estaba escribiendo —la gran obra de su vida—, no podía quedarse cruzado de brazos esperando que alguien le mandara el registro o documento preciso. Tendría que buscar las respuestas por sí mismo, aunque eso significara arriesgar el pellejo o marcharse sin Tayend.

«De una cosa estoy seguro: pese a todos los aspectos de Tayend que no me gustan, él me importa lo suficiente como para no querer poner su vida en peligro. Él querrá acompañarme, y yo me negaré a llevármelo conmigo.»

Y esto no haría muy feliz a Tayend. No lo haría feliz en absoluto.

Ella no había crecido desde la última vez que Cery la había visto. Su cabello negro, con un corte irregular y lleno de trasquilones, apenas le llegaba a los hombros. El flequillo, peinado marcadamente hacia un lado, le tapaba una de las cejas rectas como tajos. Y sus ojos..., esos ojos que hacían que le flaquearan las fuerzas desde la primera vez que los había visto, oscuros y expresivos.

Pero en aquel momento no expresaban más que una determinación despiadada y férrea mientras la joven regateaba con un cliente a quien ella prácticamente doblaba en estatura y peso. Aunque Cery no alcanzaba a oír lo que decían, la seguridad en sí misma y la actitud desafiante de la chica despertaron en él un orgullo absurdo.

«Anyi, mi hija —pensó—. Mi única hija mujer. Y ahora, es toda la descendencia que me queda...»

Sintió que algo se desgarraba en su interior cuando los recuerdos del cuerpo destrozado de su hijo se agolparon en su mente. Los ahuyentó, pero la sensación de angustia y miedo permaneció. No podía permitir que el dolor lo distrajera, tanto por el bien de su hija como por el suyo propio. Por lo que sabía, alguien podía estar vigilándolo, aguardando un momento de debilidad, preparado para atacar.

—¿Qué debo hacer, Gol? —murmuró. Se encontraban en un reservado en la planta superior de una casa de bol, con vistas al mercado del que formaba parte el puesto de su hija.

El guardaespaldas se removió en su asiento y comenzó a volverse hacia la ventana, pero se detuvo. Posó en Cery una mirada cargada de incertidumbre.

—No lo sé. Creo que es peligroso hablar con ella, y también no hacerlo.

—Y perder el tiempo intentando decidir equivale a no hacerlo.

—Sí. ¿Hasta qué punto te fías de Donia?

Cery meditó sobre la pregunta de Gol. La propietaria de la casa de bol, que ofrecía varios «servicios» adicionales, era una vieja amiga de la infancia. Cery la había ayudado a montar el local cuando su esposo Harrin, otro viejo amigo de Cery, había muerto cinco años atrás a causa de la fiebre. Sus hombres impedían que las bandas la extorsionaran a cambio de protección. Aunque no la hubiera conocido hacía tiempo, o aunque ella no se hubiera mostrado agradecida por la ayuda que le había prestado, Donia le debía dinero y estaba lo bastante familiarizada con las costumbres de los ladrones para saber que traicionarlos traía consecuencias.

—Más que a nadie.

Gol soltó una risotada breve.

—Eso no es mucho.

—No, pero ya le he pedido que no pierda de vista a Anyi, aunque ella no sabe por qué. Hasta ahora no me ha defraudado.

—Entonces no parecerá raro que pidas que traigan a la chica para hablar con ella en persona, ¿verdad?

—Raro, no, pero... le picará la curiosidad. —Cery suspiró—. Acabemos con esto de una vez.

Gol irguió la espalda.

—Voy a ocuparme de esto y a cerciorarme de que nadie esté escuchando.

Cery contempló al hombre por unos instantes y asintió. Echó un vistazo por la ventana al tiempo que su guardaespaldas se encaminaba hacia la puerta y se percató de que un nuevo cliente había reemplazado al anterior. Anyi observaba al hombre mientras este deslizaba el dedo por la hoja de uno de sus cuchillos para probar el filo.

—Y asegúrate de que el puesto esté vigilado mientras ella se encuentre allí.

—Por supuesto.

Unos minutos más tarde, cuatro hombres salieron de la casa de bol y se acercaron al puesto de Anyi. Cery advirtió que los otros comerciantes fingían no haber reparado en ellos. Uno de los

hombres le dijo algo a Anyi. Ella sacudió la cabeza y lo fulminó con la mirada. Cuando el tipo extendió el brazo, ella retrocedió y, veloz como el rayo, desenfundó un cuchillo y lo amenazó con él. El hombre alzó las manos con las palmas hacia delante.

Siguió una larga conversación. Anyi bajó el cuchillo despacio, pero no lo guardó ni apartó los ojos del hombre. En un par de ocasiones, miró fugazmente hacia la casa de bol. Finalmente, mientras él se apartaba de su puesto, ella pasó de largo y se dirigió a la casa de bol, envainando el cuchillo.

Cery soltó el aire que había estado conteniendo y se percató de que tenía el estómago revuelto y el corazón desbocado. De pronto deseó haber dormido un poco la noche anterior. Quería estar totalmente alerta, para no cometer el menor error ni perderse un solo momento de ese encuentro con su hija que esperaba estar en condiciones de mantener. Hacía años que no hablaba con ella, desde que era una niña. Ahora era una joven. Seguramente los hombres intentaban llamar su atención y llevársela a la cama...

«Mejor no pensar mucho en eso», se dijo.

Oyó voces y pasos que se acercaban por la escalera que conducía al reservado. Respiró hondo y se volvió hacia la puerta. Al cabo de un momento de silencio, una voz masculina conocida animó a alguien a seguir subiendo, y se oyeron las pisadas de un único par de pies.

Cuando ella asomó la cabeza por el vano de la puerta, Cery se planteó la posibilidad de sonreír, pero sabía que no sería capaz de reunir los ánimos suficientes para resultar convincente. Decidió limitarse a fijar la vista en ella con lo que esperaba que fuera una seriedad cordial.

Ella parpadeó, abrió mucho los ojos y, con el ceño fruncido, entró en la habitación con grandes zancadas.

—¡Tú! —exclamó—. ¡Tenía que haber imaginado que eras tú!

Sus ojos relampaguearon, acusadores y llenos de rabia. Se detuvo a unos pasos de distancia. Él aguantó sin pestañear la mirada de Anyi, aunque lo asaltó un sentimiento de culpa que conocía bien.

—Sí. Yo —respondió—. Siéntate. Tengo que hablar contigo.

—¡Pues yo no quiero hablar contigo! —declaró ella, y dio media vuelta para marcharse.

—En realidad no tienes alternativa.

Anyi se detuvo y miró hacia atrás, achicando los ojos. Se volvió lentamente de cara a él y cruzó los brazos.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó antes de exhalar un suspiro teatral que estuvo a punto de hacer sonreír a Cery. La resignación hosca y teñida de desprecio era algo que muchos hombres con hijas de su edad tenían que soportar. Sin embargo, la resignación de Anyi nacía más del conocimiento de que él era un ladrón que de su respeto por la autoridad paterna.

—Prevenirte. Tu vida corre... aún más peligro que de costumbre. Hay muchas posibilidades de que alguien intente matarte pronto.

La expresión de ella no cambió.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué?

Él se encogió de hombros.

—Por la simple y desafortunada razón de que eres mi hija.

—Pues hasta ahora me las he arreglado bastante bien para sobrevivir.

—Esto es distinto. Es mucho más... fuerte.

Anyi puso los ojos en blanco.

—Ya nadie usa esa palabra.

—Entonces yo soy un don nadie. —Arrugó el entrecejo—. Estoy hablando en serio, Anyi. ¿Crees que pondría en peligro nuestras vidas reuniéndome contigo si no estuviera convencido de que sería peor no hacerlo?

El desprecio y la rabia se esfumaron del rostro de la joven, dejándola sin una expresión que él pudiera interpretar. Entonces apartó la mirada.

—¿Por qué estás tan seguro?

Él inspiró y exhaló despacio. «Porque mi esposa y mis hijos han muerto. —Sintió un dolor cada vez más intenso en su interior al pensar en ello—. No estoy seguro de poder decirlo en voz alta.»

—Porque, desde anoche, eres la única hija que me queda con vida.

Ella abrió mucho los ojos, lentamente, conforme asimilaba la noticia. Tragó en seco y cerró los párpados. Permaneció inmóvil por un momento, con una arruga entre las cejas. Luego abrió los ojos y clavó en él la misma mirada de antes.

—¿Se lo has dicho a Sonea?

Él frunció el ceño al oír la pregunta. ¿A qué venía aquello? La madre de la chica siempre había estado un poco celosa de Sonea, tal vez porque intuía que en el pasado él había estado enamorado de la joven de las barriadas que había llegado a ser maga. Cery dudaba que Anyi hubiera heredado los celos de Vesta. ¿O es que sabía más de lo que debía sobre el vínculo secreto que su padre mantenía con el Gremio?

¿Cómo responder a una pregunta así? ¿Convenía responder, en realidad? Cery pensó en cambiar de tema, pero se percató de que sentía curiosidad por saber cómo reaccionaría ella ante la verdad.

—Pues sí —le dijo, y se encogió de hombros—. Y también la he informado de otras cuestiones.

Anyi asintió en silencio, lo que resultó frustrante para Cery, pues no revelaba los motivos por los que le había hecho aquella pregunta. Ella suspiró y desplazó su peso de una pierna a otra.

—¿Qué sugieres que haga?

—¿Hay algún lugar seguro al que puedas ir? ¿Personas en quienes confíes? Te ofrecería protección, pero... Bueno, digamos que la decisión de tu madre de dejarme resultó ser correcta y... —Al percibir la amargura en su voz, pasó a otras razones—. Es posible que mi propia gente

me haya traicionado. Convendría que no dependieras de ellos. Excepto de Gol, claro. Aunque... sería prudente que tuviéramos una forma de ponernos en contacto.

Ella movió la cabeza afirmativamente, y Cery se animó al ver que se erguía con determinación.

—Estaré bien —le aseguró Anyi—. Tengo... amigos. —Sus labios se apretaron hasta quedar reducidos a una línea fina. Él supuso que eso era todo lo que pensaba decirle. Buena decisión.

—Bien —dijo, y se puso de pie—. Cuídate, Anyi.

Ella lo contempló, pensativa, y por un momento la comisura de su boca se movió ligeramente. Cery concibió la súbita esperanza de que su hija comprendiera por qué se había mantenido alejado de ella durante tantos años.

Entonces Anyi giró sobre sus talones y salió a toda prisa de la habitación, sin esperar a que él le diera permiso y sin despedirse.

Nuevos compromisos

Los árboles y arbustos de los jardines del Gremio refrescaban y atenuaban el viento de finales de verano, convirtiéndolo en una brisa agradable. En un compartimento del jardín, a la generosa sombra de un gran árbol de pachi ornamental, Lorkin y Dekker estaban repantigados en dos de los asientos colocados aquí y allá para el descanso de los magos. Mientras su resaca daba sus últimos coletazos, Lorkin se reclinó en el respaldo y cerró los ojos. El canto de los pájaros se mezclaba con voces y pisadas lejanas... y con los insultos y protestas estridentes que sonaban detrás de él.

Dekker se volvió al mismo tiempo que Lorkin. A su espalda se alzaba un muro de arbustos y árboles, por lo que ambos se pusieron de pie para echar un vistazo por encima del follaje. Al otro lado, cuatro muchachos habían rodeado a otro y propinaban empujones a su víctima.

—Ple-bi ton-to —cantaban—, está muy so-lo, churreto-so, siempre hedion-do.

—¡Yep! —gritó Dekker—. ¡Dejadlo en paz, u os apunto como voluntarios para echar una mano en los hospitales!

Lorkin hizo una mueca. A su madre nunca la había hecho muy feliz la idea de lady Vinara de castigar a los aprendices obligándolos a ayudar en los hospitales. Opinaba que estas tareas nunca les parecerían dignas o nobles si se les inculcaba el deseo de evitarlas. Por otro lado, nunca disponía de voluntarios suficientes, así que se abstenía de protestar. Algunos de los aprendices que le habían enviado a modo de castigo habían acabado por elegir la disciplina de la sanación, estimulados por la experiencia de trabajar con ella, pero sus compañeros se burlaban disimuladamente de ellos.

Los aprendices mascullaron una disculpa y salieron disparados en direcciones distintas. Cuando Lorkin y Dekker se sentaron de nuevo, dos magos aparecieron en la entrada del compartimento del jardín.

—¡Ah! Me parecía haber oído tu voz, Dekker —dijo Reater. La expresión de preocupación de Perler se desvaneció en cuanto reconoció a los amigos de su hermano—. ¿Os importa que os hagamos compañía?

—En absoluto —respondió Dekker, y señaló el banco que tenía enfrente.

Lorkin pasó la mirada de un hermano a otro, preguntándose por qué Perler tenía el entrecejo fruncido cuando había llegado. A Reater parecía alegrarle demasiado haber topado con ellos.

—Perler ha recibido una mala noticia esta mañana —dijo Reater y se volvió hacia su hermano—. Cuéntaselo.

Perler dirigió la vista hacia Reater.

—No es mala para ti, espero. —Como su hermano se encogió de hombros por toda respuesta, Perler suspiró y miró a Dekker—. Lord Maron ha dimitido. Resolver los problemas de su familia

le llevará más tiempo del que creía. Así que no voy a regresar a Sachaka.

—¿No serás ayudante del nuevo embajador? —inquirió Lorkin.

Perler alzó los hombros.

—Podría si quisiera, pero... —Fijó los ojos en su hermano—. Yo también tengo asuntos familiares de los que ocuparme.

Reater torció el gesto.

—Y ¿quién lo sustituirá? —preguntó Dekker.

—Dicen que lord Dannyl ha solicitado el puesto. —Reater desplegó una amplia sonrisa—. A lo mejor quiere ver qué tal están allí los...

—Reater —lo interrumpió Perler con severidad.

—¿Qué pasa? Todo el mundo sabe que es un doncel.

—Lo que no significa que tus chistes chabacanos sobre ello tengan gracia. Madura de una vez. —Puso los ojos en blanco—. Además, lord Dannyl no querrá ir allí. Está demasiado ocupado con la investigación para su libro.

A Lorkin el corazón le dio un brinco.

—Anoche me dijo que su investigación avanzaba muy despacio. Tal vez esté deseando ir a investigar a Sachaka.

Reater lanzó a su hermano una mirada de soslayo.

—¿Eso te hace cambiar de opinión? ¡Ay! —Se frotó la parte del brazo en que Perler acababa de pegarle un puñetazo—. Eso duele.

—De eso se trata. —Perler se quedó meditabundo—. Será interesante ver si alguien se presenta voluntario para ser su ayudante. Quizá la mayoría de la gente esté dispuesta a pasar por alto las costumbres de lord Dannyl, pero seguramente muy pocos se atreverían a dar que hablar ofreciéndose como ayudantes.

Lorkin se encogió de hombros.

—Yo iría. —Todas las miradas se posaron en él. Lorkin recorrió con la vista sus rostros escandalizados y se rió—. No, no soy un doncel, pero es fácil llevarse bien con lord Dannyl, y su investigación es interesante... y digna de llevarse a cabo. Sería un orgullo para mí participar en ella. —Para su sorpresa, los demás seguían pareciendo preocupados. Excepto Perler, advirtió.

—Pero... Sachaka —dijo Reater.

—¿Crees que sería sensato? —preguntó Dekker.

Lorkin miró a uno y luego al otro.

—Si Perler sobrevivió, ¿por qué no yo?

—Porque tus padres mataron a varios sachakanos hace unos años —señaló Dekker en un tono que daba a entender que Lorkin era un necio—. Tienden a ofenderse por esas cosas.

Lorkin extendió las manos hacia los lados en un gesto que abarcaba el Gremio.

—Todos los magos mataron sachakanos en batalla, al igual que los aprendices. ¿En qué se diferencia de esto lo que hicieron mis padres?

Dekker abrió la boca, pero ningún sonido salió de ella antes de que la cerrara de nuevo. Se volvió hacia Perler, que se rió entre dientes.

—A mí no me mires; esta vez no puedo ayudarte —dijo el mago de mayor edad—. Quizá los padres de Lorkin lo hagan parecer un poco más interesante que otros magos a ojos de los sachakanos, pero mientras no se dedique a refregárselo constantemente, dudo que corra más peligro del que corría yo. —Clavó la vista en Lorkin—. Aun así, yo dejaría la decisión en manos de los magos superiores. Tal vez conozcan una razón oculta para que no vayas.

Lorkin fijó los ojos en Dekker con aire triunfal. Su amigo lo miró, frunció el entrecejo y sacudió la cabeza.

—No vayas a ofrecerte voluntario solo para demostrar que me equivoco.

Lorkin soltó una risotada.

—¿Me crees capaz de hacer una cosa así?

—Probablemente. —Dekker esbozó una sonrisa sardónica—. O solo para incordiarme. Conociendo a tu familia, acabarás desempeñando un papel decisivo para convencer a los sachakanos de que abandonen la esclavitud y se unan a las Tierras Aliadas. Ya me veo enseñando habilidades de guerrero a aprendices sachakanos.

Lorkin se aguantó las ganas de hacer una mueca y se obligó a sonreír. «Ya estamos otra vez, con las expectativas de que haré algo importante. Pero eso nunca ocurrirá mientras me quede en el Gremio sin mover un dedo.»

—No está mal para empezar —dijo—. ¿Algo más?

Dekker emitió un sonido desagradable y desvió la mirada.

—Inventa un vino que no dé resaca y te lo perdonaré todo.

Tras entrar en la universidad, Sonea y Rothen atravesaron el vestíbulo trasero hasta el pasillo principal. Conducía directamente a una sala enorme de tres pisos situada en el centro del edificio y conocida como el Gran Salón. La cubierta superior, formada por paneles de vidrio, dejaba que la luz inundara el espacio.

La sala contenía un edificio más antiguo y sencillo: el Salón Gremial. Había sido la sede original del Gremio, y cuando se había construido en torno a él la estructura más monumental de la universidad, se habían derribado las paredes interiores del viejo edificio y el espacio se había acondicionado como una sala en que se celebraban las reuniones periódicas y alguna que otra Vista.

Se había convocado para aquel día una Vista a puertas abiertas, lo que significaba que, aunque solo los magos superiores estaban obligados a asistir, cualquier otro mago era libre de hacerlo. A Sonea la animó y a la vez consternó ver la gran multitud de magos que aguardaban al fondo de la sala. «Me alegra ver que el asunto interesa a tantas personas, pero dudo que muchas de

ellas estén a favor de la petición.»

Los magos superiores se arremolinaban en torno a la entrada lateral del Salón Gremial. El Gran Lord Balkan, de pie con los brazos cruzados, miraba con el ceño fruncido al hombre que hablaba con él. Su túnica blanca realzaba su estatura y su anchura de espaldas, pero también delataba la flacidez y la ligera gordura de un cuerpo que antes era musculoso. Sonea supuso que sus obligaciones como Gran Lord le impedían practicar sus habilidades de guerrero. Aunque las batallas mágicas tampoco eran lo mejor para mantener en forma a un mago.

El hombre a quien miraba con el ceño fruncido era el administrador Osen. Sonea no podía ver el azul de la túnica de administrador sin recordar a su predecesor con una punzada de culpabilidad y tristeza. El administrador Lorlen había muerto durante la Invasión ichani. Aunque Osen era tan eficiente como Lorlen, carecía de su calidez humana. Además, nunca la había perdonado por haber aprendido magia negra y acompañado a Akkarin en su exilio.

Otros tres magos esperaban juntos, pacientemente, observando a los demás. Repararon en que Sonea y Rothen se acercaban. Ella le había cobrado afecto a lord Peakin, el líder de alquimistas, a lo largo de los últimos veinte años. Tenía la mente abierta y una gran inventiva, y con la edad se había acomodado en su papel y se había revelado como un hombre compasivo y con un sentido del humor irónico. Lady Vinara había sobrevivido a la guerra y parecía determinada a ser líder de sanadores durante muchos años más, pese a su edad avanzada. Su cabello había encanecido por completo y su piel era una masa de arrugas, pero seguía teniendo una mirada intensa y alerta.

La visión del líder de guerreros siempre despertaba una sensación de amargura e inquietud en Sonea. Aunque lord Garrel se ocupaba de los asuntos relacionados con su disciplina sin grandes escándalos o fracasos, y siempre mostraba hacia ella una actitud fría pero correcta, Sonea no podía olvidar que él había permitido que Regin, su aprendiz adoptivo, la atormentara durante sus primeros años en la universidad, e incluso lo había animado a ello. Quizá habría podido disculparlo de no ser porque estaba implicado también en el desalojo de zonas de las barriadas por parte de las Casas kyalianas, en manipulaciones políticas descaradas y, según los rumores, en tratos lucrativos con los ladrones.

«¿Cómo puedo juzgarlo cuando he recibido a un ladrón en mis aposentos esta mañana? Pero Cery es diferente. Al menos, eso espero. Confío en que aún tenga principios, límites que no esté dispuesto a cruzar. Además, no estoy involucrada en sus manejos. Solo soy amiga suya.»

Cerca de los líderes de las disciplinas estaban otros tres magos. Dos de ellos eran directores de estudios, lord Telano y lord Erayk, y el tercero era el rector Jerrik. El anciano apenas había cambiado. Seguía siendo un hombre gruñón y avinagrado, y las arrugas le conferían una expresión ceñuda permanente, incluso en las raras ocasiones en que sonreía. Había hecho acudir a Sonea a su despacho varias veces en los últimos años, a causa de las bromas pesadas que los aprendices se jugaban unos a otros y de las que Lorkin era víctima tan a menudo como autor. «Apuesto a que es un alivio para él que Lorkin y sus amigos se hayan graduado.»

Era evidente que Rothen, en su calidad de líder de estudios de alquimia, tenía la intención de entablar conversación con estos tres magos. A Sonea siempre le había hecho gracia la tendencia de los magos superiores a juntarse con los de su mismo rango. Sin embargo, cuando divisó una figura que se dirigía hacia ellos con grandes zancadas y que llevaba una túnica negra, como ella, no sintió el menor deseo de hablar con él.

«El Mago Negro Kallen.»

Después de que el Gremio seleccionara a los magos superiores que debían ocupar el lugar de quienes habían perecido durante la Invasión ichani, se había abierto un largo debate sobre cómo abordar la cuestión de la magia negra... y de ella. Sabían que este conocimiento no debía volver a perderse, pues cabía la posibilidad de que los sachakanos intentaran invadir Kyralia de nuevo, pero temían que las mismas personas a quienes permitieran conservar dicho conocimiento intentaran tomar el control del país.

Al fin y al cabo, es lo que había ocurrido en el pasado cuando Tagin, el Aprendiz Loco, había aprendido magia negra y había estado a punto de destruir el Gremio. Los miembros de aquel entonces habían decidido prohibir por completo la magia negra para evitar que alguien abusara de nuevo de ese poder.

Por desgracia, eso había dejado el Gremio y las Tierras Aliadas expuestos a un ataque.

La solución del Gremio actual consistía en permitir que solo dos magos supiesen magia negra. El uno podía impedir que el otro se hiciera con el poder. A cada uno se le encargaba que vigilara a su compañero por si este mostraba algún asomo de ambiciones malignas. Interrogaban con frecuencia a los criados y les leían la mente para cerciorarse de que el mago o la maga a quien servían no estuviera fortaleciéndose.

A Sonea no le quedaba otro remedio que acceder. Después de todo, no podía desaprender magia negra. Le habían presentado a varios candidatos para el puesto de su guardián y le habían pedido su opinión al respecto. No le había caído bien ni mal Kallen, a quien no había conocido antes, pues era embajador en Lan en la época anterior a la invasión. Sin embargo, los magos superiores habían visto algo en él que les había gustado, y ella pronto había descubierto que era su dedicación incansable a cualquier misión que se le asignara.

Desafortunadamente, ella era ahora el objetivo de su misión en el Gremio. Aunque él nunca la trataba con descortesía, su actitud escrutadora incesante resultaba agotadora. Le habría parecido halagadora de no ser tan irritante, además de absolutamente innecesaria. «Fue una buena decisión. Cuando yo ya no esté, alguien tendrá que sustituirme. Espero que el Gremio elija bien, pero si no lo hace tal vez la cautela de Kallen lo salve.»

Mantuvo la atención puesta en Kallen mientras este se aproximaba. Él le devolvió la mirada con el rostro impasible. Sonea no había observado a Kallen con el mismo celo con que él la había vigilado. No era fácil, con un hijo a quien criar y varios hospitales que dirigir. Aun así, adoptaba un aire de vigilancia atenta en presencia de Kallen, a fin de tranquilizar a los pocos magos que pudieran pensar que necesitaba tanta supervisión como la chica exiliada de las barriadas que había alcanzado muy pronto una posición de poder que estaba muy por encima de lo que merecía.

Al percatarse de que el murmullo de voces que la rodeaba cesaba por un momento, devolvió su atención al administrador Osen.

—El director de aprendices Narren está en Elyne, y los consejeros del rey no asistirán —les informó—. Puesto que todos los demás estamos presentes, sugiero que comencemos.

Los magos superiores accedieron al Salón Gremial por la entrada lateral y ocuparon sus sitios. Los asientos habían sido construidos en gradas al fondo de la sala. Las personas de mayor jerarquía debían colocarse en las gradas superiores, y los de rango inferior, a nivel del suelo. Sonea se sentó en su lugar, junto a lord Balkan, y observó cómo la sala se llenaba de magos. Dos grupos pequeños se formaron a cada lado de lo que se consideraba la parte delantera del

salón, el espacio situado frente a los magos superiores. Uno de ellos estaba integrado por los peticionarios, y el otro por la oposición. El resto de los magos se acomodó en asientos a ambos lados de la sala.

Cuando todos habían ocupado su sitio, Osen dio comienzo a la Vista.

—Llamo al frente a lord Pendel, líder de los peticionarios, para que exponga sus argumentos.

Un joven apuesto, cuyo padre administraba un negocio grande de metalurgia, se dirigió al frente de la sala.

—Cuando, hace dos décadas, se permitió que hombres y mujeres de las clases bajas de Imardin ingresaran en el Gremio, se promulgaron muchas leyes sabias y prácticas —empezó a leer Pendel en una hoja de papel que sujetaba con fuerza—. Pero un cambio tan inesperado e inevitablemente precipitado en las costumbres del Gremio introdujo también, como es lógico, algunas reglas que con el tiempo hemos podido comprobar que son poco prácticas. —Sonea advirtió complacida que el joven hablaba con voz firme y clara. Era un buen portavoz de los peticionarios—. Una de dichas reglas establece que ni los aprendices ni los magos deben relacionarse con delincuentes o personas de mala fama —prosiguió Pendel—. Si bien ha habido casos de aprendices que han sido expulsados del Gremio merecidamente y a quienes se ha negado el acceso a la magia debido a su relación prolongada con individuos o grupos abyectos de la ciudad, se han dado muchos más casos en que la interpretación de esta norma ha dado lugar a injusticias. En los últimos veinte años, estos casos han demostrado que la interpretación de la expresión «de mala fama» incluye a cualquiera de origen humilde. Esto ha separado injustamente a varias personas de sus padres, causando una aflicción y un rencor innecesarios. —Pendel hizo una pausa para pasear la vista por la sala—. Esta regla retrata al Gremio como una institución hipócrita, ya que nunca se ha castigado a magos de clase alta por incumplirla, pese a que algunos de ellos frecuentan las casas de juego, las casas de braseros y los burdeles. —Alzó la mirada hacia los magos superiores y esbozó una sonrisa nerviosa—. A pesar de ello, no exigimos que se someta a los magos y aprendices de clase alta a una vigilancia o unas restricciones más estrictas. Solo pedimos que se derogue la regla en vigor para que quienes procedemos de las clases bajas podamos visitar a nuestros familiares y amigos sin ser castigados por ello. —Hizo una reverencia—. Gracias por escuchar nuestra petición.

Osen asintió y se volvió hacia el otro grupo reducido de magos que se encontraba a un lado de la parte delantera de la sala.

—Llamo a lord Regin, portavoz de quienes se oponen a la derogación, a pasar al frente y exponer su réplica.

Cuando el hombre se separó del resto del grupo, Sonea notó que una antigua antipatía se reavivaba en su interior, trayendo consigo recuerdos de cuando él la hostigaba, la engañaba y sabotaba su trabajo, de una ocasión en que la tomaron por ladrona tras encontrar una pluma robada entre sus pertenencias y de los rumores crueles que circularon sobre ella cuando se corrió la voz de que mantenía con Rothen algo más que una relación entre aprendiz y maestro.

Estos recuerdos le provocaron rabia, pero otros la hicieron estremecerse; recuerdos de una persecución por los pasillos de la universidad, de una pandilla de aprendices que la acorralaron, la torturaron, humillaron y dejaron sin fuerzas, tanto mágicas como físicas.

El líder de esa pandilla, el cerebro detrás de todos los sufrimientos que había tenido que soportar durante sus primeros años en la universidad, había sido Regin. Aunque ella lo había

desafiado y lo había vencido en un combate justo en la Arena, aunque él había arriesgado la vida valientemente durante la Invasión ichani, y aunque incluso le había pedido perdón por todo lo que le había hecho, ella no era capaz de mirarlo sin que le vinieran reminiscencias de la humillación y el miedo que había padecido. Y estos sentimientos iban acompañados de ira y animadversión.

«Debería superarlo —pensó—, pero no estoy segura de que pueda, del mismo modo que dudo que deje de llenarme de soberbia cada vez que presentan a uno de los magos de las Casas sin anunciar su nombre de familia ni su título.»

Además de admitir alumnos que no pertenecieran a las Casas, el Gremio había decidido que los nombres de familia y de las Casas ya no se mencionarían durante las ceremonias. Se esperaba de todos los que se convirtieran en magos que pusieran en peligro su vida en defensa de las Tierras Aliadas, por lo que todos merecían el mismo respeto. Puesto que los imardianos de origen plebeyo carecían de nombre familiar o de una de las Casas, la costumbre de pronunciar los nombres de quienes sí los tenían se abandonó por completo.

Si Regin se sintió menospreciado por la omisión de su nombre de familia y de Casa, no dio muestra alguna de ello. Tampoco lo incomodaba en absoluto ser el centro de atención en aquel momento. Casi parecía aburrido. No llevaba notas, pero recorrió la sala con la mirada una vez y comenzó a hablar.

—Antes de plantearnos si conviene cambiar o abolir esta norma, les pedimos que recuerden por qué se promulgó. No fue para impedir que las buenas personas visitaran a sus familiares, ni siquiera para estropear las diversiones nocturnas inofensivas, sino para evitar que magos de cualquier origen o condición se vieran impulsados a cometer actos delictivos o a realizar trabajos ilícitos. La norma es tanto una medida disuasoria como una directriz de conducta. Abolirla implicaría perder una motivación valiosa para que los magos hagan frente a quienes intentan reclutarlos o corromperlos.

Mientras Regin continuaba con su alegato, Sonea lo contempló pensativa. Recordaba al joven aprendiz que se había jugado la vida ofreciéndose como cebo para cazar a un ichani, durante la invasión. Desde entonces, él se había mostrado siempre muy respetuoso con ella, e incluso se pronunciaba en su favor de vez en cuando.

«Así que Rothen cree que el carácter de Regin ha mejorado —pensó—. Aun así, yo sigo sin fiarme de él, pues sé cómo era en su época de aprendiz. Estoy convencida de que si se enterara de que he hablado con un ladrón que ha entrado clandestinamente nada menos que en los terrenos del Gremio, sería el primero en denunciarme por romper esta regla.»

—Corresponde a los magos superiores interpretar si un individuo es un delincuente o una persona de mala fama, y si conviene o no hacer algo al respecto —prosiguió Regin—. En vez de derogar la norma, deberíamos ser más concienzudos y justos al investigar las actividades de todos los aprendices y magos.

«Lo más irritante es que no le falta razón —se dijo Sonea—. Si abolimos esta regla, nos resultará más difícil impedir que los magos se involucren en tramas de los bajos fondos. Pero el Gremio no está aplicando la norma de una manera lo bastante coherente para tener efectos apreciables. Como medida disuasoria es casi inútil, pues los aprendices ricos saben que pueden infringirla y quedar impunes. Si nos deshacemos de ella, dejaremos de perder el tiempo preocupándonos por los aprendices cuyas madres son prostitutas y tal vez empezaremos a investigar un poco más a fondo a los magos cuyas familias ricas mantienen tratos con

ladrones.»

Regin terminó e hizo una reverencia. Mientras caminaba para reunirse con el grupo de quienes se oponían a la petición, el administrador Osen salió al frente.

—Este asunto requiere mayor discusión y deliberación —dijo a la asamblea de magos—. Además, no queda claro si la cuestión debe ser resuelta por los magos superiores o sometida a voto general. Por tanto, aplazaré la decisión hasta que esté convencido de qué camino es el más acertado, y haya dado a todo aquel que desee proporcionarme información o asesoramiento sobre el tema la oportunidad de reunirse conmigo. —Se inclinó ante el público—. Declaro finalizada la Vista.

Sonea tardó varios minutos en descender hasta el suelo del salón, pues lady Vinara decidió interrogarla sobre el material que utilizaban los hospitales. Cuando por fin logró zafarse de ella, se encontró con Rothen, que no estaba muy lejos. Cuando él se le acercó, a ella se le cayó el alma a los pies. Hacía mucho tiempo que no veía en el rostro de Rothen aquella expresión que había aprendido a reconocer al instante. La que adoptaba cuando Lorkin se metía en algún lío.

—¿Qué ha hecho ahora? —murmuró, mirando alrededor para asegurarse de que no hubiera nadie lo bastante cerca para oírla. Para entonces la sala estaba prácticamente vacía. Solo quedaban Osen y su ayudante.

—Acabo de enterarme de que lord Dannyl ha solicitado el puesto de embajador del Gremio en Sachaka —le informó Rothen.

«Entonces eso es todo.» Sintió una oleada de alivio.

—Es algo inesperado, pero no del todo sorprendente. Ya ha sido embajador antes. ¿Ha terminado su libro o lo ha dejado inconcluso?

Rothen sacudió la cabeza.

—Creo que ni una cosa ni la otra. Seguramente quiere ir allí para explorar nuevas pistas.

—Claro. Me pregunto si... —Se interrumpió al advertir que aún tenía la expresión de quien se disponía a comunicar una mala noticia—. ¿Qué ocurre?

Rothen torció el gesto.

—Lorkin se ha ofrecido voluntario para ser su ayudante.

Sonea se quedó paralizada.

«Lorkin.

»En Sachaka.

»Lorkin se ha ofrecido voluntario para ir a Sachaka.»

Se percató de que se había quedado mirándolo con la boca abierta, así que la cerró. El corazón le latía con fuerza. Sentía náuseas. Rothen la tomó del brazo, y juntos salieron del Salón Gremial y se alejaron de la multitud de magos que se habían quedado frente a la puerta, discutiendo la petición. Sonea apenas reparó en ellos.

«Lorkin, entre los sachakanos. Lo matarán. No..., no se atreverían. Pero allí existe la obligación

de vengar la muerte de los familiares, aunque se tratara de desterrados. Y si la venganza no puede recaer sobre el asesino, debe cobrarse contra su descendencia...»

De pronto se llenó de determinación. Los sachakanos no harían daño a su hijo, sencillamente porque ella no permitiría que Lorkin cometiera una estupidez tan peligrosa.

—Osen nunca lo consentirá —dijo casi sin darse cuenta.

—¿Por qué no? No puede oponerse solo por ser Lorkin hijo de quien es.

—Apelaré ante los magos superiores. Sin duda ellos saben que él correría más peligro que cualquier otro mago, lo que lo convertiría en un lastre. Dannyl no puede dedicar todo su tiempo a proteger a Lorkin. Y es posible que los sachakanos se nieguen a tratar con Dannyl en cuanto se enteren de quién era el padre de su ayudante.

Rothen asintió.

—Todas ellas son razones muy convincentes, pero tal vez si no le dijeras una palabra sobre el asunto, Lorkin tendría tiempo de pensar en todos los problemas con que podría encontrarse y acabaría por cambiar de idea. Me temo que, cuanto más te esfuerces por impedir que Lorkin se vaya, más decidido estará a marcharse.

—No puedo arriesgarme a que no entre en razón. —Lo miró con fijeza—. ¿Cómo te sentirías si lo dejaras marchar y le ocurriera algo?

Rothen guardó silencio por un momento e hizo una mueca.

—De acuerdo. Supongo que entonces tenemos mucho trabajo que hacer.

Ella sintió una oleada de afecto hacia él y sonrió.

—Gracias, Rothen.

Dannyl recorrió el comedor con la vista y exhaló un suspiro de satisfacción. Una de las ventajas de renunciar a su habitación en el Gremio para instalarse en una casa del Círculo Interno había sido la de disponer por fin de espacio. Aunque ahora se gastaba en el alquiler buena parte de sus ingresos como mago, el lujo de tener tantas habitaciones valía la pena. No solo contaba con un espacioso despacho propio y con aquel comedor decorado con tan buen gusto, sino también con una biblioteca personal y cuartos para invitados. No es que muchas de sus visitas se quedaran a dormir; solo algún que otro académico interesado en la historia de Dannyl. Tayend, en cambio, invitaba con frecuencia a sus amigos kyalianos y elyneos a pasar la noche en casa.

«¿Cómo serán las casas sachakanas? —se preguntó—. Debería averiguarlo antes de irme. Si es que me voy.»

El administrador Osen había dicho que no veía motivos para no otorgar a Dannyl el puesto de embajador del Gremio en Sachaka, ya que estaba perfectamente capacitado para ello y nadie más lo había solicitado.

«Añoraré este lugar, a pesar de todo. Estoy seguro de que habrá momentos en que echaré en falta poder coger un libro de mi biblioteca, o encargarme mi plato favorito al bueno de Yerak, o...»

Alzó la mirada al oír unos pasos que se acercaban a la habitación. Hubo una pausa, y Tayend

asomó la cabeza por el arco de la entrada.

—¿Quién es usted, y dónde está el auténtico lord Dannyl?

Dannyl frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—¿De qué hablas?

—He visto tu escritorio. —El académico entró en el comedor, contemplando a Dannyl con suspicacia fingida—. Está ordenado.

—Ah. —Dannyl soltó una risita—. Ahora te lo cuento. Siéntate. Yerak nos espera, y tengo demasiada hambre para extenderme en explicaciones.

Mientras Tayend tomaba asiento, Dannyl envió un poco de magia al gong del comedor para que el macillo golpeará el disco con suavidad.

—¿Has ido hoy al Gremio? —preguntó Tayend.

—Sí.

—¿A por libros nuevos?

—No, he tenido una reunión con el administrador Osen.

—¿De veras? ¿Para hablar de qué?

La puerta de la cocina se abrió, lo que libró a Dannyl de responder. Varios criados entraron en fila con fuentes humeantes y cuencos con comida. Dannyl y Tayend llenaron sus platos y empezaron a comer.

—¿Qué has hecho hoy? —preguntó Dannyl entre bocado y bocado.

El académico se encogió de hombros y relató una anécdota que le había contado otro expatriado elyneo a quien había visitado aquella mañana, sobre unos traficantes de craña vindeanos que habían probado su mercancía y habían sido encontrados delirando desnudos junto a un río.

—Bueno, ¿qué tenía que decirte el administrador Osen? —inquirió Tayend cuando los criados retiraron los platos.

Dannyl se quedó callado por un momento y respiró hondo. «No puedo seguir posponiendo esto.» Miró a Tayend y adoptó una expresión seria.

—Ha dicho que no hay otros aspirantes al puesto de embajador del Gremio en Sachaka, así que probablemente me lo concederán a mí.

Tayend parpadeó y abrió la boca de par en par.

—¿Embajador? —repitió—. ¿En Sachaka? No hablarás en serio.

—Pues sí.

Tayend apartó la vista, con los ojos centelleando de entusiasmo.

—¡Nunca he estado en Sachaka! Y ni siquiera hace falta viajar por mar para ir allí.

Dannyl sacudió la cabeza.

—Tú no irás, Tayend.

—¿Que no iré? —Tayend fijó la mirada en él—. ¡Claro que iré!

—Ojalá pudiera llevarte conmigo, pero... —Dannyl separó las manos en un gesto de impotencia—. Todas las visitas a Sachaka deben contar con la autorización del Gremio o del rey.

—Entonces solicitaré autorización a mi rey.

Dannyl sacudió la cabeza de nuevo.

—No, Tayend. Yo... preferiría que no lo hicieras. En primer lugar, es un país peligroso, y aunque los magos y la mayoría de los mercaderes regresan con vida, nadie sabe aún cómo reaccionarían los sachakanos si un no-mago noble pisara su territorio.

—Pues lo averiguaremos.

—También hay que tener en cuenta el decoro. Por lo que he podido descubrir, los sachakanos, si bien no aceptan a los donceles, no acostumbran a condenarlos a muerte. Sin embargo, nos consideran de categoría inferior, y suelen negarse a relacionarse con personas a las que creen muy por debajo de ellos en la jerarquía social. Esto no me ayudará mucho en el desempeño de mis funciones ni en mi búsqueda de documentos históricos.

—No se enterarán si somos discretos —insistió Tayend. Luego arrugó el entrecejo y clavó la vista en Dannyl—. Por eso estás haciendo esto, ¿verdad? ¡Para avanzar en tu investigación!

—Claro. ¿Creías que de pronto me habían entrado ganas de volver a ser embajador, o de vivir en Sachaka?

Tayend se puso de pie y comenzó a caminar de un lado a otro de la habitación.

—Ahora lo entiendo todo. —Se detuvo—. ¿Durante cuánto tiempo tendrás que ejercer el cargo?

—Dos años, pero puedo regresar antes en caso necesario. Y venir de visita.

Tayend echó a andar de nuevo, dándose golpecitos en la barbilla con el dedo. De pronto, frunció el ceño.

—¿Quién será tu ayudante?

Dannyl sonrió.

—Lord Lorkin se ha mostrado interesado.

Los hombros de Tayend se relajaron.

—Bueno, menos mal. Queda totalmente descartado que él te haya seducido para que me dejes.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Oh, el hijo de Sonea se ha ganado una reputación entre las señoritas, desde que amainó el escándalo por lo de aquella chica. Probablemente la historia se exageró mucho, como siempre,

pero hay más de una a quien le gustaría averiguarlo por sí misma.

Dannyl sintió una ligera curiosidad.

—¿De veras? ¿Y por qué no lo intentan?

—Por lo visto el chico es muy exigente.

Dannyl se reclinó en su silla.

—Entonces, ¿tendré que mantenerlo vigilado en Sachaka o no?

Una expresión socarrona asomó al rostro del académico.

—Podría vigilarlo yo. De ese modo tú podrías concentrarte en tu investigación.

—No, Tayend.

Una sombra de rabia y frustración cruzó la cara de Tayend, que respiró hondo y soltó el aire con un bufido.

—Más vale que cambies de idea —dijo—. Y también has de saber que si no lo haces, yo...

—Hizo una pausa y enderezó la espalda—. Tal vez, cuando regreses a Kyralia dentro de dos años, no me encuentres aquí.

Dannyl contempló a su amante, de repente sin saber qué decir. El corazón le había dado un vuelco al oír la amenaza, pero algo lo impulsó a guardar silencio. Tal vez fue el hecho de que Tayend no estuviera intentando convencerlo de que se quedara. Solo quería aprovechar la oportunidad de emprender otra aventura.

El académico le devolvió la mirada con los ojos muy abiertos. A continuación, sacudió la cabeza, dio media vuelta y salió de la habitación con aire decidido.

5

Preparativos

Cery extendió el brazo para tocar la muralla, entre nostálgico y divertido. En otro tiempo, las defensas exteriores de la ciudad habían sido un símbolo de la división entre ricos y pobres, una barrera que, después de que la Purga de cada invierno expulsara hacia las barriadas a los vagabundos y a quienes vivían hacinados en los refugios de la ciudad, solo los ladrones y sus amigos podían franquear.

Ahora no eran para los imardianos más que un vestigio del pasado. Formaban parte de la estructura de una de las propiedades de Cery, un almacén extenso en que los importadores guardaban su mercancía, tanto legal como de contrabando. Todavía existían algunas entradas a la red de pasadizos subterráneos conocida como el Camino de los Ladrones, pero se usaban muy poco. Él las había mantenido solo por si necesitaba una vía de escape, pero en la actualidad un ladrón que utilizara el camino tenía tantas probabilidades de meterse en líos como de huir de ellos.

Cery se apartó de la muralla y se sentó. Había decidido que la habitación bien equipada que tenía en la planta superior del almacén era un sitio tan bueno para instalarse como cualquier otro. Regresar a su vieja guarida era impensable. Aunque no le hubiera traído recuerdos dolorosos, no era lo bastante segura. Ninguna otra de sus madrigueras estaba mejor protegida, pero al menos cabía la posibilidad de que el asesino de su familia desconociera su ubicación.

Sin embargo, no tenía la menor intención de permanecer escondido. Como siempre, cada vez que se internara en la ciudad, ya fuera en su propio barrio o en alguna otra zona, alguien podía atacarlo, lo que lo llevaba a preguntarse si se equivocaba al dar por sentado que él había sido el auténtico objetivo del asesino.

«No. Aunque hayan esperado a que me marchara para matar a mi familia, yo era el auténtico objetivo. Ni Selia ni los chicos tenían enemigos.»

Notó una opresión en el pecho al pensar en ellos, y por un momento sintió que se ahogaba. De algún modo consiguió canalizar aquella aflicción asfixiante y transformarla en una furia profunda y creciente. Si el asesino, los asesinos o quien los había contratado pretendían hacer daño a Cery, lo habían logrado. Y pagarían por ello. Esto significaba que era más importante para Cery averiguar quién había matado a su familia y por qué que saber cómo habían conseguido descubrir su guarida y penetrar en ella.

Inspiró profunda y largamente varias veces. Gol había dicho que quizá el Cazaladrones los había asesinado, pero Cery había descartado esta posibilidad. El legendario justiciero no atacaba ni mataba a las familias de los ladrones para castigarlos. Solo mataba a ladrones.

Un tintineo leve llegó hasta sus oídos, y al identificar el ritmo se puso de pie, se acercó a un tubo que sobresalía de la pared y aplicó la oreja a él. La voz que resonaba en su interior, aunque distorsionada, resultaba reconocible. Cery comenzó a moverse de un lado a otro de la habitación tirando de palancas y haciendo girar pomos hasta que una parte de la pared se abrió

como una puerta. Gol pasó al otro lado.

—¿Cómo te ha ido? —preguntó Cery, acomodándose en su silla. Gol ocupó el asiento situado enfrente y se frotó las manos.

—Ya empiezan a circular rumores. No sé si uno de los nuestros se ha ido de la lengua o si el cuchillo ha estado fanfarroneando. —Cery asintió. A algunos asesinos les gustaba presumir de sus víctimas cuando eran personas destacadas, como si esto demostrara lo astutos que eran—. Dudo que Anyi haya dicho nada —añadió Gol.

—Tal vez lo haya hecho, si no le quedaba otro remedio. ¿Has realizado la ronda de visitas de siempre? —Gol movió la cabeza afirmativamente—. ¿Y cómo van los negocios?

Cery se echó hacia atrás en su silla y escuchó mientras su guardaespaldas y amigo le refería dónde había estado y con quién había hablado desde que había salido aquella mañana. Le costaba prestar atención a las palabras de Gol, pero hizo un esfuerzo por concentrarse. Para su alivio, los negocios en su barrio parecían marchar como de costumbre. Gol aún no había descubierto indicios de que alguien estuviera aprovechándose del desconsuelo de Cery.

—En fin —dijo Gol—. Y ahora, ¿qué vas a hacer?

Cery se encogió de hombros.

—Nada. Es evidente que alguien espera que yo reaccione de alguna manera. No voy a darle esa satisfacción. Continuaré ocupándome de mis asuntos como siempre.

Gol frunció el ceño, abrió la boca y la cerró sin decir nada. Cery esbozó una sonrisa forzada.

—Oh, no creas que no estoy alterado por el asesinato de mi familia, Gol. Ya me vengaré. Pero el que allanó la guarida, sea quien sea, es un tipo inteligente y cuidadoso. Averiguar de quién se trata y por qué lo hizo me llevará un tiempo.

—En cuanto le echemos el guante al cuchillo, sabremos quién le pagó —le aseguró Gol.

—Ya veremos. Tengo el presentimiento de que hará falta algo más que eso.

Gol asintió y arrugó el entrecejo.

—¿Algo más? —preguntó Cery.

El hombretón se mordió el labio y suspiró.

—Bueno... ¿Te acuerdas de que Neg opinaba que utilizaron la magia para entrar en tu guarida?

—Sí —respondió Cery con expresión ceñuda.

—Dern está de acuerdo con él. Dice que no hay señales de que forzaran las cerraduras, pues al fabricarlas metió un poco de masilla en ellas y está intacta.

Dern era el cerrajero que había diseñado e instalado el sistema de cerraduras en la guarida de Cery.

—¿No cabe la posibilidad de que el intruso fuera muy hábil para forzar cerraduras, o incluso de que lo hiciera el propio Dern?

Gol negó con la cabeza.

—Me ha enseñado una palanca que solo habría girado si la cerradura hubiera sido abierta desde dentro, es decir, desde dentro de la cerradura, lo que solo podía hacerse por medio de la magia. Le he preguntado por qué se molestó en colocar esa pieza, y me ha dicho que para curarse en salud. Nunca garantiza que sus cerraduras sean a prueba de magia, así que, si alguna vez las fuerzan, necesita demostrar que esta ha sido la causa. No sé... Me parece que esto es ir un poco demasiado lejos. Tal vez se lo esté inventando todo para cubrirse las espaldas.

«O tal vez no.» Cery sintió un cosquilleo en la piel. Quizá había estado equivocado. Quizá sí que era importante averiguar cómo los asesinos habían conseguido llegar hasta su familia.

Interrogaría a Dern él mismo y examinaría la cerradura para cerciorarse. Pero si resultaba ser cierto, tendría una pista sobre la identidad del asesino de su familia. Una pista que, aunque inquietante, sería al menos un punto de partida.

—Necesito charlar con nuestro cerrajero.

Gol asintió.

—Me encargaré de ello ahora mismo.

Perler sonrió y saludó con un movimiento de la cabeza a Lorkin cuando este entró en la habitación. Lord Maron, en cambio, puso mala cara.

—Gracias por recibirnos pese a haberle avisado con tan poca antelación —dijo lord Danyl. Señaló con un gesto las escasas mesas y sillas que constituían el mobiliario de la pequeña sala de la universidad que Osen había habilitado para la reunión, y todos se sentaron.

La atención de Maron pasó de Lorkin a Danyl, y el hombre sonrió.

—Debe de estar muy seguro de que los magos superiores aceptarán la petición de Lorkin de acompañarle a Sachaka —dijo—, y de que desoirán las protestas de la Maga Negra Sonea.

Danyl se rió entre dientes.

—No estoy del todo seguro. Nunca subestimo la influencia de su madre, y es posible que existan factores desconocidos para nosotros que pueden influir en los otros magos superiores. Pero si esperamos a que tomen la decisión antes de instruir a Lorkin, tal vez no esté lo bastante bien informado cuando llegue el momento de partir, y eso sería un error.

—Lo mismo ocurriría con el sustituto de Lorkin, si deciden no dejar que él viaje a Sachaka.

Danyl movió la cabeza en señal de conformidad.

—Yo habría traído a un posible sustituto, pero nadie más se ha ofrecido voluntario.

—Bueno, si eso sucede, yo encontraré a otro ayudante, lo instruiré y se lo enviaré cuando esté listo —se ofreció Maron.

—Eso sería estupendo —dijo Danyl, asintiendo con gratitud.

Lorkin mantenía una expresión neutra. Le irritaba un poco que hablaran de él como si no estuviera presente. Por otro lado, habrían podido excluirlo de la reunión, por lo que le estaba agradecido a Danyl por invitarlo a asistir.

—Bien, ¿por dónde empezar? —dijo Maron, abriendo una cartera y extrayendo varios papeles—. Estas son las notas que recopilé anoche, para incorporarlas a las de mis predecesores. ¿Tiene todos los informes de los embajadores del Gremio anteriores?

—Sí, y los he leído en su totalidad. Me han parecido fascinantes.

Maron rió por lo bajo, con sarcasmo.

—Sachaka es muy distinta de Kyralia y del resto de las Tierras Aliadas. Las diferencias más obvias derivan de la práctica habitual de la magia negra y de la esclavitud, pero hay otras más sutiles. El concepto que tienen de sus mujeres, por ejemplo. Aunque los hombres se muestran muy protectores con las mujeres de su familia, sienten desconfianza y miedo hacia las demás. Tienen la extraña creencia de que, cuando no están con hombres, se reúnen para tramar toda clase de maldades. Algunos incluso piensan que existe una organización o secta secreta que raptó a las mujeres y les altera la mente con magia para imbuirlas de sus ideas.

—¿Da usted crédito a esas historias? —preguntó Lorkin.

Maron se encogió de hombros.

—Lo más probable es que sea una exageración, un cuento de miedo para evitar que las mujeres se junten a cotillear o intercambiar ideas sobre cómo manipular a sus esposos. —Soltó una risita, y acto seguido suspiró y adoptó un aire triste—. Las pocas que llegué a conocer eran sumisas y solitarias. Acabé por echar de menos la compañía de mujeres cultas y seguras de sí mismas, aunque me temo que lo superaré en cuanto pase un tiempo con mi hermana. —Agitó la mano—. Me estoy yendo por las ramas. Lo importante es saber que no debe dirigir la palabra a una mujer a menos que le inviten a hablar con ella.

El ex embajador continuó con su explicación, y Lorkin empezó a tomar apuntes en una libreta encuadernada en piel que conservaba de su época de aprendiz. Maron pasó del tema de las mujeres al del matrimonio, la vida familiar y la herencia, después al de las alianzas complejas y los conflictos entre los principales linajes sachakanos, y finalmente al del protocolo que había que seguir ante el rey.

—Antes Sachaka estaba gobernada por un emperador —señaló Dannyl—. Ahora tienen un rey. Solo he conseguido determinar que el cambio se produjo durante los primeros siglos posteriores a la guerra Sachakana. ¿Sabe usted cuándo tuvo lugar exactamente, y por qué los sachakanos no volvieron a llamar «emperador» a su gobernante cuando recuperaron su soberanía?

—Me temo que no se me ocurrió preguntárselo a nadie —reconoció Maron—. Me pareció más prudente no aludir demasiado abiertamente a la época en que el Gremio dominaba Sachaka. Todavía hay mucho resentimiento por ello, aunque... —Hizo una pausa y arrugó el entrecejo—. Me imagino que esto se debe más al páramo que a los cambios que el Gremio introdujo, o intentó introducir sin éxito, en su sociedad.

—¿Saben cómo se originó el páramo? —inquirió Dannyl.

Maron sacudió la cabeza.

—Si lo saben, nunca me lo mencionaron. Tendrá que plantearles estas preguntas usted mismo. Pero tenga cuidado al elegir la manera y el momento. Por lo que he visto, sus rencores duran mucho tiempo.

Dannyl echó una mirada fugaz a Lorkin.

—¿Cree que será peligroso para Lorkin entrar en Sachaka?

Lorkin dejó de tomar notas por un momento y alzó la vista hacia el ex embajador. El corazón empezó a latirle un poco más deprisa. Notó un picor en la piel.

Maron contempló a Lorkin, meditabundo.

—Lógicamente, no más que para cualquier otro mago joven. No obstante, yo no mencionaría mucho el nombre de tu padre —le aconsejó a Lorkin—. Lo respetarían como defensor de Kyralia, pero no por lo que ocurrió antes. Por otro lado, reconocen que Dakova, el ichani a quien Akkarin mató, era un desterrado y un insensato por haber esclavizado a un mago extranjero, por lo que merecía morir. Creo que el único que podría sentirse obligado a vengar la muerte de Dakova sería su hermano, que pereció durante la invasión.

Lorkin asintió, sintiendo que el alivio disminuía la tensión de su cuerpo.

—Aun así —dijo Dannyl—, ¿debe contar Lorkin con que los sachakanos o sus esclavos se mostrarán poco dispuestos a colaborar con él?

—Desde luego. —Maron sonrió y miró a Perler, que hizo una mueca—. A veces se mostrarán poco dispuestos a colaborar contigo, seas quien seas. Al margen de los problemas relacionados con la posición y la jerarquía social, cuesta acostumbrarse a los esclavos. En ocasiones es posible que no puedan hacer lo que ustedes les pidan, pero no se lo dirán porque eso significaría desobedecer una orden. Tienen que aprender a interpretar sus palabras y sus actos; hay señales y gestos con los que acabarán familiarizándose. Ahora les explicaré cuál es la mejor manera de formular una orden.

A continuación comenzó a detallarles un código de conducta complicado pero sorprendentemente lógico para tratar con esclavos, y a Lorkin le molestó oír poco después unos golpes en la puerta. Dannyl hizo un ademán, y esta se abrió de golpe. A Lorkin se le encogió ligeramente el corazón al reconocer al mago que se encontraba al otro lado.

«Oh, no. ¿Qué habrá hecho ahora mi madre?»

—Lamento interrumpirles —dijo lord Rothen, contrayendo su rostro arrugado en una sonrisa—. ¿Puedo hablar un momento con lord Lorkin?

—Por supuesto, lord Rothen —dijo Dannyl con una amplia sonrisa. Fijó la vista en Lorkin y movió la cabeza en dirección al mago anciano—. Anda.

Lorkin se levantó, conteniendo un suspiro.

—Volveré lo antes posible —les aseguró a los demás, se acercó a la puerta y pasó junto a Rothen para salir al pasillo. Cuando la puerta se cerró, Lorkin cruzó los brazos, preparándose para el sermón inminente.

Rothen, como de costumbre, parecía serio y divertido a la vez.

—¿Estás seguro de que quieres ir a Sachaka, Lorkin? —preguntó en voz baja—. ¿No lo haces solo para fastidiar a tu madre?

—Sí —respondió Lorkin—. Y no. Quiero ir, y no intento fastidiar a mi madre.

El viejo mago asintió, pensativo.

—¿Eres consciente de los riesgos?

—Claro.

—Así que reconoces que hay riesgos.

«Ja. ¡Me ha pillado!» Lorkin tuvo que reprimir una sonrisa mientras lo invadía una oleada de afecto hacia el anciano. Durante toda su vida, Rothen había estado allí, cuidando de él cuando las obligaciones de su madre la apartaban de su lado, ayudándolo cuando necesitaba defensa o apoyo, sermoneándolo y de vez en cuando castigándolo cuando hacía alguna tontería o infringía las normas del Gremio.

Este caso era distinto, y debía dejárselo claro a Rothen. Lorkin no estaba infringiendo norma alguna. Solo tenía que convencer a su viejo amigo y protector de que no pretendía hacer una tontería.

—Claro que hay riesgos; todo lo que hace un mago entraña riesgos —replicó Lorkin, repitiendo una frase que Rothen solía decir a los aprendices.

El mago anciano entornó los párpados.

—Pero ¿son demasiado grandes?

—Eso tendrán que decidirlo los magos superiores —respondió Lorkin.

—¿Y tú aceptarás su decisión, sea cual sea?

—Por supuesto.

Rothen bajó la vista y, cuando sus ojos se posaron de nuevo en los de Lorkin, destilaban comprensión.

—Entiendo que quieras hacer algo con tu vida. No cabe duda de que hay muchas expectativas puestas en ti. Sabes que Sonea y yo siempre hemos querido que vivas a salvo y feliz, ¿verdad?

Lorkin asintió.

—Ya se te presentarán otras oportunidades de dejar huella en el mundo —le dijo Rothen—, de maneras satisfactorias y mucho menos peligrosas. Solo necesitas tener paciencia y estar listo para aprovechar esas oportunidades cuando surjan.

—Y así lo haré. Tengo toda la intención de salir vivo de Sachaka y regresar para desempeñar el papel que el destino me depare —aseveró Lorkin—, pero ahora mismo lo que quiero hacer es esto.

Rothen miró fijamente a Lorkin en silencio, antes de encogerse de hombros y retroceder un paso.

—Si estás seguro y has reflexionado sobre todas las consecuencias... Ah, antes de que se me olvide: tu madre me ha pedido que te diga que quiere que cenes con ella esta noche.

Lorkin ahogó un gruñido.

—Gracias. Allí estaré.

«Como si pudiera negarme», pensó. La experiencia le había enseñado que rechazar una invitación a cenar era algo que su madre no perdonaba con facilidad. Hacía cinco años había faltado a una cena —no totalmente por culpa suya—, y ella aún se las ingeniaba para hacerlo sentir culpable por ello.

Rothen dio media vuelta para marcharse. Lorkin se volvió hacia la puerta, se detuvo y dirigió la mirada hacia atrás.

—¿Cenarás con nosotros, Rothen?

El anciano se paró para volver la vista atrás y sonrió.

—Oh, no. Ella quiere tenerte solo para ella esta noche.

Esta vez Lorkin no logró contener un gruñido. Mientras enviaba magia hacia el pomo de la puerta para abrirla, oyó que Rothen reía entre dientes al alejarse.

Sonea observó al hombre que estaba sentado frente a ella, al otro lado de la mesa, y se preguntó, no por primera vez aquella tarde, por qué se había tomado la molestia de ir a verla. Intentar influir en el voto de los magos superiores respecto a la petición era algo normal y previsible tanto entre los peticionarios como entre quienes se oponían. Pero sin duda el sentido de su voto era evidente, habida cuenta de que sus orígenes y sus simpatías estaban con las clases bajas. ¿Por qué perdía aquel hombre el tiempo, cuando le habría resultado más provechoso persuadir a otros magos superiores para que se pusieran de su parte?

—La norma se ha aplicado de forma claramente injusta, sobre todo en el caso de algunos aprendices de clase baja —concedió Regin—, pero el hecho es que algunos proceden realmente de familias implicadas en actividades delictivas.

—Yo sano con frecuencia a personas implicadas en actividades delictivas —alegó ella—. Y conozco a personas de la ciudad que se ganan la vida por medios no precisamente legales. Eso no me convierte en delincuente. Un mago tampoco se convierte en delincuente solo porque dé la casualidad de que un pariente suyo lo sea. Creo que solo cabe exigir a un mago o aprendiz que se comporte como nosotros queremos.

—Ojalá pudiéramos contar con ello —repuso Regin—, pero lo cierto respecto a todos los aprendices o magos, independientemente de su origen o fortuna, es que aquellos que entran en contacto, a través de amigos o familiares, con personas y actividades deshonestas tienen más posibilidades de caer en la tentación de delinquir que los demás. —Torció el gesto—. Creo que esta norma los ayuda, sobre todo cuando son incapaces de ayudarse a sí mismos. Puede servirles de excusa para zafarse de una situación en que otros los están presionando.

—O puede impulsarlos a rebelarse, si consideran que la norma se mantiene injustamente. O, si la infringen sin querer, pueden llegar a la conclusión de que, ya que han quebrantado una, no importará mucho si quebrantan otra. También están los que consideran que lo más emocionante es lo que está prohibido.

—Por eso mismo necesitamos el efecto disuasorio de la norma.

—¿Disuasorio o, contra lo que podría parecer, estimulante? —Suspiró—. El punto débil de esta norma es que se aplica de manera desigual, y dudo que eso tenga solución.

—Estoy de acuerdo en que este es el punto débil, pero no creo que no tenga solución. —Regin se reclinó en su silla y cerró los ojos—. El problema es que las cosas han cambiado. La delincuencia se ha filtrado en las clases altas como la humedad por las paredes. Necesitamos la norma para controlarlos a ellos, no a las clases bajas.

Sonea arqueó las cejas.

—No creerá que las personas de clase alta no jugaban ni iban con prostitutas antes, ¿verdad? Podría contarle algunas historias...

—No. —Regin abrió los ojos y la miró—. No estoy hablando del libertinaje habitual. Se trata de algo más grave. Más desagradable. Y mucho más organizado.

Sonea abrió la boca para pedirle que le aclarara a qué se refería, pero unos golpes en la puerta la interrumpieron. Se volvió y envió un poco de magia para descorrer el pestillo. Cuando la puerta se abrió hacia dentro, ella se animó al ver a Jonna entrar en la habitación con una gran fuente repleta de comida.

La tía y criada de Sonea pasó la vista de ella a Regin y le dedicó una reverencia cortés.

—Lord Regin. —Depositó la fuente en la mesa y, tras mirar fugazmente a Sonea, retrocedió un paso.

—No se vaya por mí. —Regin se puso de pie y se volvió hacia Sonea—. Ya regresaré en otro momento. —Inclinó la cabeza—. Gracias por escucharme con atención, Maga Negra Sonea.

—Buenas noches, lord Regin —respondió ella.

Jonna se hizo a un lado para dejarlo pasar. Cuando la puerta se cerró tras él, la mujer enarcó una ceja.

—¿Os he interrumpido? —preguntó.

—Sí, pero no importa.

Mientras su tía colocaba los platos y cubiertos sobre la mesa, Sonea suspiró y paseó la mirada por la estancia.

La primera vez que había estado en las habitaciones del alojamiento de los magos, la había impresionado su suntuosidad, pero no había notado nada raro en su tamaño. En aquel entonces no sabía que eran pequeñas en comparación con las de las casas en que vivía la mayoría de los hombres y mujeres de clase alta. Cada aposento constaba de entre dos y cuatro habitaciones, según lo numerosa que fuera la familia del mago, y las habitaciones eran de dimensiones modestas.

Aunque algunos se quejaban de vez en cuando, casi todos los magos estaban dispuestos a vivir en alojamientos tan reducidos con tal de residir en el Gremio. Se habían adaptado a las restricciones. En vez de en un comedor, las comidas se servían en una mesa baja situada frente a las sillas de la sala de invitados. Las únicas excepciones eran las comidas formales del Gremio, que se servían en una larga mesa en el Salón de Banquetes, en un edificio construido a tal efecto.

Pero había otra excepción: el pequeño comedor en la residencia del Gran Lord.

A Sonea le vino a la memoria un recuerdo de aquella habitación, junto con sabores que hacía años que no probaba. Se preguntó, y no por primera vez, qué había sido de Takan, el criado de Akkarin, un ex esclavo que cocinaba de maravilla. No lo había visto ni había tenido noticias suyas desde la invasión. Siempre había albergado la esperanza de que hubiera sobrevivido.

Jonna se sentó con un profundo suspiro de alivio. Sonea bajó la vista a la comida que empezaba a enfriarse sobre la mesa. No se trataba de platos exóticos, sino de guisos que solían prepararse en las cocinas del Gremio. Ella frunció el entrecejo. Tendría que haber sido Lorkin quien interrumpiera a Regin.

—No tardará en llegar —le aseguró Jonna, adivinando el motivo de su preocupación—. No se atrevería a faltar a una cena con su madre.

Sonea soltó un resoplido.

—Parece bastante empeñado en desafiarme y conseguir que lo maten en Sachaka. ¿Por qué iba a preocuparle faltar a una simple cena?

—Porque tendría que darme explicaciones a mí también —contestó Jonna.

Sonea miró a su tía a los ojos y sonrió.

—Vete a descansar. Si no, acabaré mareándote con mis quejas.

—No me mareo con facilidad. Además, si no viene no podemos dejar que toda esta comida se desperdicie.

—Sabes que esperaré hasta que se haya echado a perder, así que no tiene sentido que las dos pasemos hambre mientras esperamos. Vete. A Ranek debe de estar rugiéndole el estómago.

—Esta noche trabajará hasta tarde y cenará en el alojamiento de los sirvientes. —Jonna se levantó y, tras examinar la librería, sacó un trapo de su uniforme y comenzó a pasarlo sobre un estante.

«Es muy tozuda», pensó Sonea. Después de alojarse en el Gremio para ayudarla con el embarazo, el parto y la maternidad, Jonna y Ranek se habían establecido allí y habían encontrado trabajo, Jonna como criada de Sonea, y Ranek con los sastres de túnicas. Sus dos hijos se habían criado allí, habían jugado con Lorkin y al final habían obtenido empleos bien pagados como sirvientes en casas ricas de la ciudad. Jonna estaba muy satisfecha de ello. Era lo máximo a lo que podía aspirar alguien de su clase social. Convertirse en mago era la única manera en que alguien que no perteneciera a las Casas podía pasar a formar parte de las clases altas.

Un golpe en la puerta atrajo su atención. Sonea respiró hondo y proyectó un poco de magia hacia el pestillo de la puerta, que se abrió con un chasquido. Lorkin entró con aspecto contrito. Ella suspiró aliviada.

—Siento llegar tarde —dijo él—. Madre, Jonna. —Saludó a ambas con un gesto de la cabeza—. La reunión se ha alargado hasta hace unos minutos.

—Pues llegas justo a tiempo —afirmó Jonna, acercándose a la puerta—. Si hubieras tardado un poco más, me habría comido tu cena.

—¿Por qué no nos acompañas? —preguntó él con una sonrisa esperanzada.

Ella lo miró largamente.

—¿Para que las dos te riñamos por tu mala cabeza?

Él parpadeó y sonrió, avergonzado.

—Buenas noches, Jonna.

Ella sorbió, divertida, antes de salir discretamente por la puerta y cerrarla tras sí.

Sonea posó los ojos en él. Él le devolvió la mirada por un instante antes de pasearla por la habitación.

—¿Ha cambiado algo aquí? —preguntó.

—No. —Señaló la otra silla—. Siéntate. Come. No tiene sentido dejar que la cena se enfríe aún más.

Él asintió y empezaron a llenarse los platos de comida. Sonea advirtió que Lorkin comía con su buen apetito habitual. ¿O es que tenía prisa por zafarse de la mandona de su madre, para que ella no le recordara cosas que él no quería oír, como los riesgos que implicaba viajar a Sachaka?

Cuando la cena terminó y Lorkin parecía un poco más relajado, ella abordó el tema que sin duda él sabía que era el motivo de la invitación.

—Bien —comenzó—. ¿Por qué Sachaka?

El joven parpadeó y se volvió para mirarla a los ojos.

—Porque... porque es el sitio al que quiero ir.

—Pero ¿por qué quieres ir allí, habiendo tantos otros lugares? Es el más peligroso de todos, sobre todo para ti.

—Lord Maron no opina lo mismo. Tampoco lord Danyl. Al menos no creen que sea más peligroso para mí que para cualquier otro.

Sonea le escrutó el rostro.

—Eso es porque ellos no creen en nada hasta que ven pruebas de ello. La única manera en que pueden tener pruebas de que es peligroso para ti ir a Sachaka consiste en llevarte allí y que te pase algo malo.

Él entornó los párpados.

—Entonces tú tampoco las tienes.

—Pruebas de ese tipo, no. —Forzó una sonrisa—. No sería precisamente una madre responsable si te llevara a Sachaka para poner a prueba mi creencia de que es peligroso.

—Entonces, ¿cómo sabes que es peligroso?

—Por lo que tu padre me contó. Por lo que los embajadores y mercaderes del Gremio han confirmado posteriormente. Todos coinciden en que los sachakanos están obligados por su código de honor a vengar la muerte de un miembro de su familia, aunque no apreciaran a ese miembro de la familia, o aunque este fuera un desterrado.

—Pero los embajadores del Gremio lo investigaron. Dijeron que los familiares de Kariko y Dakova no querían vengarse. Sus hermanos habían sido un lastre para ellos; se sentían claramente aliviados por su muerte.

—También dijeron que la audaz invasión lanzada por sus hermanos le había granjeado cierta admiración a la familia, pese a que eran desterrados y la invasión fracasó. —Sonea se encogió de hombros—. Es más fácil profesar gratitud y lealtad a alguien cuando está muerto. Debes tener presente que los embajadores solo hablaron con algunos miembros de la familia, no con todos. Si el cabeza de familia expresó un punto de vista, los que no estaban de acuerdo con él sin duda optaron por callar.

—Pero tampoco pueden actuar contra los deseos del cabeza de familia —señaló Lorkin.

—No de forma que quede claro que ellos son los responsables.

Lorkin sacudió la cabeza, lleno de frustración.

—Nadie va a envenenar mi comida ni a cortarme el cuello mientras duermo. Aunque yo no fuera capaz de utilizar la magia para combatir los efectos de lo primero o para protegerme de lo segundo, nadie se atreverá a poner en peligro la paz entre ambos países.

—O tal vez vean en ti la excusa perfecta para romperla. —Sonea se inclinó hacia delante—. Podrían considerar una ofensa que el Gremio envíe allí al hijo de Akkarin. Tu pequeño viaje de placer puede dar al traste con todo aquello por lo que el Gremio ha trabajado desde la invasión.

Él abrió mucho los ojos y luego se puso muy serio.

—No se trata de un viaje de placer. Quiero... quiero ayudar a lord Dannyl. Creo que lo que intenta hacer es... es... podría sernos útil. Si estudiamos el pasado, tal vez descubramos conocimientos nuevos, una magia nueva que nos ayude a defendernos. Quizá ya no tengamos que practicar la magia negra.

Por un momento, Sonea se quedó sin habla. La sorpresa cedió el paso a un sentimiento de culpa.

—No querrás emprender una búsqueda para salvarme o algo por el estilo, ¿verdad? —preguntó, con voz involuntariamente débil.

—¡No! —Negó con la cabeza—. Descubrir un tipo de magia así nos ayudaría a todos. Tal vez incluso a los sachakanos. Si no necesitaran la magia negra, quizá serían menos reacios a acabar con la esclavitud.

Sonea asintió.

—Me da la impresión de que cualquiera podría ir en busca de esta magia nueva. Lord Dannyl ya la está buscando. ¿Por qué tienes que ir tú concretamente?

Lorkin reflexionó por un momento.

—A lord Dannyl solo le interesa rellenar las lagunas de la historia. A mí me interesa más el uso que podemos dar a esa historia, a ese conocimiento, en la actualidad. Y en el futuro.

Ella sintió que un escalofrío bajaba por su espalda. Una búsqueda de conocimientos de magia. Era justo lo que había incitado a Akkarin a explorar el mundo y, más tarde, a adentrarse en

Sachaka. Y aquella búsqueda había acabado muy, muy mal.

—La misma sed de conocimiento llevó a tu padre a convertirse en esclavo —dijo—. Y tuvo suerte de que no lo llevara también a la muerte.

Una expresión pensativa cruzó el rostro de Lorkin, que acto seguido irguió la espalda y meneó la cabeza.

—Pero esto es diferente. Yo no voy a internarme en un país hostil sin permiso y sin saber nada sobre él. El Gremio sabe hoy en día mucho más sobre los sachakanos. Los sachakanos saben más sobre nosotros.

—El Gremio solo sabe lo que los sachakanos quieren que sepa. Tengo la sospecha, no, la certeza, de que ocultan muchas cosas a nuestros embajadores. Estos no pueden estar totalmente seguros de que estarás a salvo allí.

Él movió afirmativamente la cabeza.

—No negaré que existen ciertos riesgos. Pero corresponde a los magos superiores determinar si esos riesgos son más grandes para mí que para los demás.

«Tiene dudas —pensó Sonea—. No cierra los ojos a los riesgos a los que se expone.»

—Y estoy seguro de que tú les señalarás todas las consecuencias posibles —añadió él. Alzó la vista hacia su madre—. Si te prometo que volveré a casa en el momento en que lord Dannyl o yo concibamos la menor sospecha de peligro, ¿retirarás tu protesta?

Ella esbozó una sonrisa irónica.

—Por supuesto que no. —Vio que Lorkin fruncía el entrecejo—. Soy tu madre —le recordó—. Se supone que debo impedir que te hagas daño.

—Ya no soy un niño. Tengo veinte años.

—Pero sigues siendo mi hijo. —Le sostuvo la mirada, pese a la ira que destilaban sus ojos—. Sé que te enfadarás conmigo si consigo impedir que te vayas. Prefiero eso a que mueras. Preferiría que te unieras a la secta lonmariana, aunque no volviera a verte. Al menos sabría que estás vivo y eres feliz. —Hizo una pausa—. Dices que ya no eres un niño. Pregúntate entonces si estás haciendo esto, al menos en parte, por rebeldía hacia tu madre. ¿Hasta qué punto obedece tu deseo de marchar a las ganas de que te consideren un adulto? Si prescindiéramos de estos dos deseos, ¿seguirías igual de empeñado en irte?

Lorkin se quedó callado, pero con el rostro crispado de rabia. De pronto, se puso de pie.

—No lo entiendes. Ahora que por fin he encontrado algo que vale la pena, tú... tú intentas estropearlo. ¿Por qué no puedes desearme suerte y alegrarte de que quizá vaya a conseguir algo en la vida en vez de quedarme tumbado emborrachándome o consumiendo craña?

Con la cara enrojecida, se dirigió a la puerta dando grandes zancadas y salió de los aposentos de Sonea.

Ella se quedó paralizada, incapaz de hacer otra cosa que contemplar la puerta, con el corazón dividido entre el amor y el orgullo, la determinación de protegerlo y el miedo a fracasar.

6

La Vista

Al entrar en el Gran Salón, Dannyl advirtió que se había formado una multitud considerable a las puertas del Salón Gremial. Por fortuna, Osen había resuelto que los únicos magos que debían asistir a la Vista que se celebraría para decidir si enviarían o no a Lorkin a Sachaka eran los magos superiores, el propio Lorkin y los embajadores anteriores del Gremio en Sachaka. Dannyl se fijó en los rostros curiosos de la muchedumbre y se preguntó por qué aquellos otros magos se habían molestado en acercarse allí, si ni siquiera los dejarían entrar. ¿Qué esperaban ver? ¿Querían conocer la decisión lo antes posible después de que fuera tomada? ¿Les afectaba de alguna manera el resultado?

El hecho de que se permitiera o no que Lorkin fuera a Sachaka podía ser indicativo de las posibilidades que tenían los otros magos de visitar aquel país. «No, no puede tratarse de eso. Siempre se ofrecen muy pocos voluntarios para ocupar cargos allí. —Dannyl avistó una cara conocida en el gentío—. Regin. ¿En qué le beneficia que Lorkin se marche o se quede? —Frunció el ceño—. Tal vez le produzca cierta satisfacción personal que desestimen la protesta de Sonea. Pero Regin no ha mostrado indicios de animosidad o desaprobación hacia ella desde que eran aprendices. Si le guarda algún rencor, lo disimula bien.»

Tal vez el resto de la multitud quería simplemente ver cómo reaccionaba Sonea si no conseguía impedir que su hijo partiera hacia Sachaka. La noticia de que uno de los magos negros del Gremio estaba en conflicto con el hijo del Gran Lord anterior sin duda había dado pie a numerosos cotilleos. Dannyl casi lamentaba haber abandonado la costumbre de asistir a las veladas sociales del Gremio en el Salón de Noche. De no haberlo hecho, habría estado al corriente de qué había impulsado a todas aquellas personas a aglomerarse allí y qué ansiaban o temían ver.

Cuando Dannyl se aproximó a las puertas del Salón Gremial, otro mago apareció por una entrada lateral.

«El Mago Negro Kallen. Me pregunto si... ¿Le preocupa a la gente que Sonea pierda los estribos y utilice la magia negra si no logra evitar que Lorkin viaje a Sachaka?»

Si de verdad la creían capaz de ello, más les habría valido poner tierra por medio. Dannyl sabía que por nada del mundo querría estar cerca de un mago negro que perdiera los estribos. Pero seguramente suponían que Kallen le pararía los pies y que el enfrentamiento sería más entretenido que peligroso.

Al adentrarse en el Salón Gremial, Dannyl vio que la mayoría de los magos superiores había ocupado ya su lugar. Lorkin estaba esperando, a un lado. Dannyl se acercó al joven, que lo saludó con una sonrisa prudente.

—¿Nervioso?

—Un poco —respondió Lorkin, torciendo los labios.

—¿Qué tal fue la cena de anoche con tu madre?

—No muy bien. —La sonrisa de Lorkin se desvaneció, y él suspiró—. Detesto pelearme con ella, pero también tener que pelearme siempre para hacer lo que quiero.

—¿Siempre? —repitió Danyl.

Lorkin hizo una mueca y desvió la mirada.

—Bueno, supongo que no siempre. En realidad, no muy a menudo. Solo ahora, cuando más me importa. Cuando por fin puedo formar parte de algo trascendental.

—¿De verdad significa tanto para ti ir a Sachaka? —preguntó Danyl sin ocultar su sorpresa.

—Desde luego. —Lorkin alzó la vista y escudriñó el rostro de Danyl—. ¿Por qué crees que quiero ir? ¿Piensas que es solo para desobedecer a mi madre?

—No. —Danyl se encogió de hombros—. Creía que querías vivir una aventura, alejarte del aburrimiento y las restricciones del Gremio. —Sonrió—. No tenía idea de que pensaras realmente que el trabajo fuera importante.

—Pues es lo que pienso —le aseguró Lorkin—. Me parece fundamental mantener las buenas relaciones con Sachaka y también investigar la historia de la magia. Aunque, respecto a esto último, lo que más me interesa es lo que podamos hacer con lo que descubramos.

Danyl contempló a Lorkin con aire meditabundo. Esperaba que el joven mago, como mínimo, le resultara útil y, en el mejor de los casos, que fuera un buen compañero. Ahora le complacía comprobar que quizá contaría con un ayudante entusiasta tanto para su investigación como para sus obligaciones como embajador, y a la vez le preocupaba un poco no poder delegar las tareas menores en Lorkin cuando quisiera disponer de tiempo para ocuparse de las cosas que le interesaran.

Cuando un murmullo bajo recorrió el salón, Danyl miró en torno a sí para ver qué lo había causado. Sonea había entrado, pero se había detenido para hablar nada menos que con lord Regin. Aunque parecía desconcertada, asintió y dio media vuelta. En vez de subir las escaleras situadas al fondo de la sala para acceder a su asiento habitual, se quedó de pie en el lado opuesto a donde se encontraban Danyl y Lorkin, mientras Regin se alejaba.

Parecía tranquila, incluso ligeramente divertida. Los magos superiores que faltaban ya habían llegado. «Seguramente ella se ha propuesto ser una de las últimas personas en llegar, para ahorrarle a su hijo la incomodidad de su presencia como adversaria.» Osen inició un lento andar por la parte delantera del salón en señal de que estaba listo para comenzar, y pronto los magos guardaron silencio.

—A menos que haya algún motivo para lo contrario, daré comienzo a la Vista en este momento —anunció Osen. Hizo una pausa y, como no se alzaron voces para pedirle que esperara, asintió—. Primero enumeraré las razones para reunirnos hoy —comenzó—. Lord Lorkin se ha ofrecido voluntario para ocupar el puesto de ayudante del embajador del Gremio en Sachaka, el recientemente designado lord Danyl. La Maga Negra Sonea ha presentado una protesta por la aceptación por nuestra parte de la solicitud de lord Lorkin. —Se volvió hacia Sonea—. ¿Cuál es el motivo de su protesta?

—Que Lorkin, por ser hijo mío y de Akkarin, el anterior Gran Lord, se expone a que la familia de

Dakova, a quien maté durante la Invasión ichani, y de Kariko, a quien Akkarin mató muchos años antes, intente vengar sus muertes. O a que lo hagan los familiares de los otros ichanis que murieron en batalla. Incluso aunque sus parientes no busquen venganza, podrían considerar un insulto que lo enviáramos allí. Sea como fuere, su presencia podría socavar los esfuerzos de ambos países por mantener la paz.

Osen se volvió hacia Lorkin y Dannyl.

—¿Qué responde usted a esto, lord Lorkin?

—Dejo en manos de los magos superiores el dictamen sobre si el riesgo es tan grande como mi ma... como la Maga Negra Sonea cree, y acataré la decisión que tomen —contestó Lorkin.

Una tenue sonrisa de aprobación se dibujó en los labios de Osen, que posó la mirada en lord Dannyl.

—¿Y cuál es su opinión, embajador Dannyl?

Este se encogió de hombros.

—Confío en las observaciones y las valoraciones realizadas por los anteriores embajadores del Gremio en Sachaka. Me han dicho que creen que la presencia de lord Lorkin en Sachaka no perjudicará en absoluto mi trabajo ni representará peligro alguno para su vida o su integridad física. Su ayuda será bien recibida.

—Entonces llamo al frente a lord Stanin y lord Maron para que nos expongan sus puntos de vista sobre la cuestión.

Cuando el administrador se volvió hacia los aludidos, Dannyl notó los ojos de Sonea clavados en él. «No le hace ninguna gracia que aliente a Lorkin, pero la conozco demasiado bien para sentirme intimidado por su mirada. —Alzó la vista y la fijó en ella. Un escalofrío traicionero le bajó por la espalda. No era porque la expresión de Sonea reflejara malos propósitos o una actitud acusadora. No delataba nada en absoluto, pero era tan intensa que él se sintió como si lo despojara de la piel para leer su mente. Apartó los ojos—. De acuerdo. Tal vez su mirada me intimide un poco.»

Incluso antes de que la aceptaran como aprendiz —mucho antes de que se convirtiera en maga negra—, lo ponía un poco nervioso. No era de extrañar, teniendo en cuenta que, cuando no era más que una golfilla de las barriadas, se las había arreglado para clavarle un cuchillo en la pierna. Si había sido capaz de eso entonces, no era sorprendente que él se sintiera intimidado por ella ahora.

No quería imaginar qué podía hacerle ella si de verdad le ocurría algo a Lorkin en Sachaka, así que centró su atención en los ex embajadores, que estaban hablando en ese momento. Los magos superiores les hacían preguntas, y las respuestas dejaron claro que, aunque admitían que ningún kyraliano estaría completamente a salvo en Sachaka, ninguno de ellos creía que Lorkin corriera más peligro que cualquier otro mago. Si a pesar de todo Lorkin estaba preocupado, debía evitar mencionar a sus padres. Sin embargo, puesto que desempeñaría unas funciones subalternas, normalmente asignadas a los esclavos, era poco probable que los sachakanos se fijaran siquiera en él.

A continuación, se cedió la palabra a un mercader que compartía la postura prudente de Sonea. Habló de las venganzas violentas que se producían entre las familias sachakanas desde hacía

décadas y que él había presenciado en sus visitas anuales. Los magos superiores lo interrogaron minuciosamente también.

Finalmente, Osen pidió que Sonea y todos los que no fueran magos superiores salieran de la sala para que aquellos pudieran deliberar y tomar una decisión. Dannyl oyó que Lorkin exhalaba un suspiro de alivio cuando su madre dio media vuelta y se marchó apresuradamente, con expresión repentinamente consternada. Cuando Dannyl salió al Gran Salón, la buscó entre la multitud, pero ella había desaparecido.

Las voces de los magos que se arremolinaban a las puertas del Salón Gremial se apagaron rápidamente cuando Sonea enfiló a paso veloz los pasillos de la universidad, y dieron paso a otras más agudas cuando ella se acercó al corredor principal que conducía a las aulas. Las clases de la mañana habían terminado, y los aprendices se dirigían hacia el refectorio para almorzar.

Cuando ella salió al pasillo y se disponía a abrirse paso entre los aprendices, las voces cesaron de golpe. Ella echó un vistazo en torno a sí y se percató de que todas las miradas estaban puestas en ella. Quienes se encontraban en medio del pasillo se apresuraron a apartarse de su camino y entonces, todos a una, los aprendices se acordaron de que debían cuidar sus modales e hicieron una reverencia.

Ella reprimió una sonrisa y confió en que su rostro no evidenciara la ligera vergüenza que la había invadido. «Sé exactamente lo que piensan y lo que sienten. —Le vino a la memoria la imagen de un hombre alto y ceñudo con una túnica negra que avanzaba a grandes zancadas por el pasillo de la universidad, en un ambiente similar de quietud cargada de tensión e incluso de temor entre los compañeros aprendices de Sonea—. En retrospectiva, me pregunto por qué nos asustaba tanto Akkarin, como si de algún modo supiéramos que era más poderoso de lo que debía.» Aunque este recuerdo le provocó una opresión en el pecho, ella se aferró a él. Lo retuvo con añoranza por un momento antes de dejar que se desvaneciera.

Sus pies la llevaron a la penúltima aula, que estaba vacía salvo por un mago de túnica roja que en otro tiempo había hecho que caminar por aquellos pasillos fuera un tormento para ella.

—Lord Regin —dijo Sonea—. No sé de cuánto tiempo dispongo. ¿Qué es eso tan urgente que tiene que contarme?

Él alzó la vista hacia ella e inclinó la cabeza cortésmente.

—Gracias por venir, Maga Negra Sonea —dijo—. Iré al grano. Una persona de confianza me ha comunicado que los partidarios de Pendel preparan una redada o una emboscada de algún tipo para poner en evidencia los contactos delictivos de los aprendices ricos.

Sonea suspiró.

—Necios. Eso no ayudará a su causa. Creía a Pendel más inteligente.

—No estoy seguro de que Pendel esté al corriente de ello. El problema es que, si no lo sabe, seguramente se resistirá a creerme si se lo digo, y si lo sabe, podría desvelar sin querer la identidad de mi informador.

—¿Quiere que hable yo con él? —aventuró Sonea.

—Sí, pero... —Regin frunció el entrecejo—. Mi informador no está seguro de cuándo planean

actuar. Temo que podría ser muy pronto. Hoy, quizá. Han dicho algo respecto a aprovechar que el Gremio está distraído con otros asuntos. No he visto en todo el día a quienes sospecho que están implicados.

Ella lo miró.

—Debo regresar a la Vista, lord Regin.

—Por supuesto. Pero... —Hizo una mueca—. Si habla usted con él en cuanto le sea posible..., creo que él la escuchará.

—Así lo haré —prometió ella—. Pero ahora más vale que vuelva al salón. No quiero hacer esperar al administrador Osen.

La comisura de los labios de Regin se torció hacia arriba, pero la ansiedad no desapareció de su mirada. Sonea giró sobre sus talones y salió a toda prisa del aula al pasillo, donde los aprendices que aún estaban allí se quedaron paralizados y cuando al fin se recuperaron lo suficiente para hacer una reverencia, ella ya había pasado de largo. En cuanto comprobó que nadie la veía, arrancó a correr. Solo aminoraba la velocidad cuando doblaba una esquina, para no chocar con nadie. Finalmente enfiló el pasillo que desembocaba en el Gran Salón. Para su alivio, Dannyl y Lorkin estaban de pie, fuera del Salón Gremial, aguardando aún a que los llamaran desde el interior.

Se produjo una espera tensa. Ella no quería aumentar la incomodidad de su hijo acercándose a él y a Dannyl. Tampoco habría resultado apropiado que hablara con los embajadores anteriores ni con el mercader, que charlaban entre sí. En la multitud nadie parecía deseoso de entablar conversación con ella, y no vio a ningún conocido que hubiera aceptado su compañía en aquel momento. Pendel no se encontraba entre ellos. Así que Sonea tuvo que quedarse sola, esperando de pie.

Después de unos minutos interminables, las puertas del Salón Gremial se abrieron por fin. Aliviada, Sonea observó que Osen hacía señas a Dannyl y a Lorkin de que entraran. Alzó la vista hacia ella y asintió con la cabeza. Por una vez, su expresión no era fría ni distante; casi parecía comprensiva.

«Oh, cielos. ¿Significa eso que han denegado mi protesta?»

Se le hizo un nudo en el estómago. Luego, se le aceleró el pulso. Se mantuvo lo más impávida posible mientras avanzaba entre la muchedumbre hacia el interior del salón. Una vez dentro, no resistió la tentación de escrutar las caras de los magos superiores. El rostro apergaminado de Vinara parecía expresar culpabilidad. Peakin tenía el ceño fruncido, tal vez por la incertidumbre, mientras que Garrel destilaba un aire de suficiencia. Ella sintió que el nudo de su estómago se apretaba.

Al elevar la vista aún más, se encontró con la mirada de Balkan. Su semblante no revelaba nada. En cambio, Kallen... Kallen parecía molesto. Esto le infundió esperanzas.

Entonces miró a Rothen, y su corazón dejó de latir. Él sabía que últimamente era transparente para Sonea, así que ni siquiera hizo un esfuerzo por ocultar sus emociones. Sacudía la cabeza, y sus ojos estaban llenos de pesadumbre.

—Maga Negra Sonea, los magos superiores han deliberado detenidamente sobre su protesta, y han concluido que no hay pruebas determinantes de que lord Lorkin correrá un grave peligro si

viaja a Sachaka, siempre que permanezca bajo la protección de lord Dannyl y de la Casa del Gremio, y no mencione el nombre de sus padres innecesariamente. ¿Acepta su decisión?

Sonea miró a Osen, respiró hondo, pugnó por impedir que su rostro reflejara su agitación interior y asintió.

—La acepto.

—Entonces declaro finalizada la Vista.

La incredulidad y el júbilo se apoderaron de Lorkin cuando el administrador Osen anunció la decisión de los magos superiores, y le vino un deseo repentino de soltar un grito de alegría. Pero no habría sido apropiado en un marco tan señorial como el del Salón Gremial, ni muy considerado hacia su madre.

Como de costumbre, ella no dejaba traslucir lo que pensaba o sentía. Lorkin no acertaba a imaginar cómo lo conseguía. ¿Largos años de práctica? Esperaba desarrollar algún día aquella habilidad. Aun así, percibía pequeños indicios que a los demás les pasaban inadvertidos: los hombros ligeramente caídos, el titubeo antes de responder a la última pregunta de Osen. Cuando ella se le acercó, Lorkin se fijó en lo dilatadas que tenía las pupilas. Pero ¿era por ira o por miedo?

—No te preocupes por Lorkin —le dijo Dannyl en voz baja—. Me aseguraré de que no le ocurra nada. Te lo prometo.

Ella lo miró y entornó los párpados.

—Te obligaré a cumplir esa promesa.

Dannyl no pudo evitar contraer el rostro.

—Lo sé.

—En cuanto a ti —añadió ella, clavando los ojos en Lorkin—, más vale que tengas cuidado. Si algún sachakano te asesina mientras duermes, te encontraré y te obligaré a reconocer que estabas equivocado. —Una sonrisa casi imperceptible asomó a sus labios.

—Lo recordaré —dijo él—. Prohibido dejarme asesinar.

La sonrisa se desvaneció, y Sonea lo contempló en silencio por un momento, antes de volverse bruscamente hacia Dannyl.

—¿Cuándo partiréis? —preguntó.

—Me temo que lo antes posible —respondió él, como disculpándose—. El Gremio habría preferido que alguien se hubiera trasladado a Sachaka para recibir formación de lord Maron antes de asumir sus funciones, pero este ha tenido que regresar a Kyralia de forma precipitada. Por lo visto, si dejamos la Casa del Gremio sin un embajador durante mucho tiempo, le buscarán otra utilidad, y tendremos que irnos a vivir al campo.

Ella arqueó las cejas.

—¿Cuánto tiempo es mucho tiempo?

—No lo sabemos. Nunca nos lo han dicho.

Sonea soltó un resoplido.

—Así que os tienen a la expectativa. Me alegro de que seáis vosotros y no yo quienes os vais. Aunque tampoco podría ir aunque quisiera. —Dirigió la vista hacia los magos superiores, que habían descendido casi todos de sus asientos en las gradas y caminaban hacia la salida. Osen les devolvió la mirada.

—Será mejor que nos vayamos —dijo Dannyl.

—Sí —convino Sonea. Arrugó el entrecejo, con expresión preocupada—. Hay un asunto urgente del que debo ocuparme. —Miró fugazmente a ambos y consiguió esbozar una sonrisa débil—. No os vayáis sin despediros, ¿de acuerdo?

Sin esperar respuesta, se alejó con paso decidido hacia la puerta. Dannyl y Lorkin la siguieron, aunque caminando más despacio. Lorkin vio a su madre desaparecer por la puerta del Salón Gremial.

—No tengo ninguna intención de morir en Sachaka —aseveró—. De hecho, intentaré pasar lo más desapercibido posible. Después de todo, en cuanto llegue a sus oídos la primera noticia de que he hecho alguna tontería, irá hasta allí a buscarme.

—En realidad, no puede —repuso Dannyl.

Lorkin se volvió hacia el mago alto con el ceño fruncido.

—No olvides que es una maga negra. Tiene prohibido salir de la ciudad. Si vulnerase esta prohibición, tendría que exiliarse de las Tierras Aliadas.

Lorkin sintió una ligera pero inequívoca punzada de miedo. «De modo que ella no podrá ir a salvarme si me encuentro en apuros. Pues más vale que no me meta en ninguno, entonces. O quizá será mejor que esté preparado para salir de ellos yo solo.» Fijó una sonrisa radiante en sus labios y se volvió hacia Dannyl.

—Pero no necesito a mi madre. Si ocurre algo, sé que me salvarás tú.

Dannyl enarcó las cejas.

—Me halaga que confíes tanto en mí.

—Oh, no se trata de eso en absoluto —replicó Lorkin, sonriendo de oreja a oreja—. Lo que pasa es que sé que ella te da más miedo que los sachakanos.

El mago alto sacudió la cabeza y suspiró.

—¿En qué estaría yo pensando? Entre tantos posibles ayudantes, ¿por qué tenía que elegir al de la madre aterradora y la tendencia familiar a meterse en líos? Estoy perdido.

El inicio de un viaje

Cuando el carruaje se detuvo frente a la universidad, Sonea y Lorkin salieron del edificio, seguidos por Rothen. Un grupo de magos varones jóvenes que aguardaban al abrigo del vestíbulo de entrada llamó con gritos y señas a Lorkin, que se volvió y agitó la mano. Su saludo se convirtió en un gesto para indicar a alguien que se acercara, y un criado salió a toda prisa, cargado con un baúl pequeño.

«Ah, muy bien. El joven viajará ligero de equipaje», pensó Dannyl.

La lluvia de principios de otoño repiqueteaba sobre un escudo invisible que cubría sus cabezas. Cuando madre e hijo llegaron al carruaje, Dannyl advirtió que el golpeteo de las gotas sobre el techo cesaba y supuso que el mago que mantenía activo el escudo lo había ampliado para abarcar el vehículo. Abrió la portezuela y se apeó para saludarlos.

—Embajador Dannyl —dijo Sonea, sonriéndole cortésmente—. Espero que a tus arcones no les entre el agua. No parece que la lluvia vaya a amainar durante un buen rato.

Dannyl alzó la vista hacia las dos cajas atadas a la parte posterior del vehículo, encima de las cuales el criado y el cochero estaban sujetando el baúl de Lorkin con correas.

—Son nuevos y no los he puesto a prueba, pero me recomendaron mucho al fabricante. —Se volvió hacia atrás para mirarla—. No llevo documentos originales allí. Solo copias, envueltas en hule.

Ella asintió.

—Muy prudente. —Se volvió hacia Lorkin, que estaba un poco pálido—. Si necesitas algo, ya sabes lo que tienes que hacer.

Él le respondió con una sonrisa fugaz.

—Estoy seguro de que podré comprar cualquier cosa que se me haya olvidado. Quizá los sachakanos tengan algunas costumbres bárbaras, pero no están faltos de lujos o sentido práctico.

Se miraron en silencio durante un rato largo e incómodo.

—Bien, pues no te entretengas más. —Sonea agitó la mano en dirección al carruaje como si quisiera ahuyentar a un niño, estropeando la impresión de que Lorkin era un joven independiente que se lanzaba a correr mundo. Dannyl suponía que a ella le habría gustado despedirse de su hijo con un abrazo, pero sabía que eso lo avergonzaría delante de sus amigos. Intercambió una divertida mirada de complicidad con Rothen. Observaron a Lorkin mientras subía al vehículo, sujetando una cartera de piel contra el pecho.

—Te obligaré a cumplir esa promesa, Dannyl —dijo Sonea en voz baja.

Las ganas de sonreír desaparecieron. Dannyl se volvió, dispuesto a tranquilizarla de nuevo, pero había un brillo irónico en los ojos de Sonea. Enderezó la espalda.

—Tengo toda la intención de cumplirla —aseguró—, aunque si sale a su madre, no podrás considerarme enteramente responsable si se le mete en la cabeza hacer una tontería.

Oyó que a Rothen se le escapaba una leve risotada. Sonea enarcó las cejas y él creyó que iba a protestar, pero en vez de eso se encogió de hombros.

—Bueno, a mí no me reclames si te causa problemas. Nadie te obligó a elegirlo como ayudante.

Dannyl fingió preocuparse.

—¿De verdad es tan malo? Todavía puedo cambiar de idea respecto a llevármelo, ¿no es así?

Ella arqueó la ceja y le escrutó el rostro.

—No me tientes, Dannyl. —Respiró hondo y exhaló un suspiro—. No, no es tan malo. Y te deseo suerte, Dannyl. Espero que encuentres lo que buscas.

Rothen soltó una risita.

—Adiós de nuevo, viejo amigo —dijo, del mismo modo en que Dannyl se había despedido de Rothen muchos años antes, en aquel mismo lugar, antes de partir hacia Elyne para ocupar por primera vez el cargo de embajador. «Allí fue donde conocí a Tayend...»

—Adiós, mi aún más viejo amigo —contestó Dannyl. Rothen se rió, y las arrugas de su rostro se hicieron más profundas. «Está tan envejecido... —pensó Dannyl—. Por otro lado, yo también. —Sintió una punzada de arrepentimiento por no haber visitado muy a menudo durante los últimos años a su anciano mentor y amigo—. Tendré que poner remedio a eso cuando vuelva.»

—Bien, no te entretengas más. —Rothen hizo el mismo gesto que Sonea para ahuyentarlo.

Riendo entre dientes, Dannyl obedeció y subió al carruaje para sentarse junto a Lorkin. Se volvió hacia el joven.

—¿Listo?

Lorkin asintió sin vacilar.

—Cochero, es la hora de partir —dijo Dannyl.

Se oyó una voz de mando y el vehículo se puso en marcha con una sacudida. Dannyl vio por la ventanilla que Sonea y Rothen contemplaban el carro. Aunque ambos tenían una expresión ceñuda, en cuanto repararon en él sonrieron y agitaron la mano, al igual que los jóvenes apiñados bajo la entrada. Él devolvió el saludo antes de perderlos de vista cuando el carruaje giró hacia las puertas.

«Ella no dejará de preocuparse por él mientras esté lejos. Forma parte del papel de un padre o una madre. —Reprimió un suspiro—. ¿A qué viene esta melancolía? Debería estar entusiasmado ante la aventura que emprendemos. —Al echar un vistazo a Lorkin, vio que el joven miraba con aire ausente por la otra ventanilla—. Así que no soy solo yo. Supongo que todo viaje implica abandonar un lugar, y eso siempre trae consigo un poco de tristeza. Bueno, al menos Lorkin tiene a alguien que ha venido a despedirse de él.»

Frunció el entrecejo al pensar en los últimos días. Desde su discusión, Tayend no le había dirigido la palabra, ni siquiera cuando Dannyl le había anunciado que partiría al día siguiente. No le había dicho ni adiós. No había estado presente cuando Dannyl había cargado sus arcones en el carruaje y se había marchado.

«¿Por qué tiene que comportarse de ese modo? Ni que quisiera seguir participando en la investigación.» Tayend había mostrado cada vez menos interés en su obra a lo largo de los años. Lo entusiasmaban más los cotilleos de la corte.

Dannyl le había dicho al académico silencioso que si Sachaka le parecía un sitio lo bastante seguro, le enviaría un mensaje y que si Tayend continuaba ansioso por unirse a él, podría solicitar la autorización del rey de Elyne. Sin embargo, el académico había fulminado a Dannyl con la mirada y se había levantado de la mesa sin terminarse la cena.

«Nunca lo había visto tan enfadado. Es irracional. No avanzaré en mi investigación a menos que vaya a Sachaka. Bueno, espero avanzar. Tal vez no encuentre nada cuando llegue allí.»

Pero nunca llegaría a saberlo si no lo intentaba.

El carruaje atravesó la Muralla Interior y salió a la Cuaderna Septentrional. Lorkin mantenía la vista fija en la ventanilla. Parecía abstraído y meditabundo, lo que acentuaba su parecido con su padre.

«Akkarin siempre estaba taciturno. Resultó que tenía motivos para estarlo. ¿Quién se habría imaginado que el hombre por quien tantos magos sentían un temor reverencial había sido un esclavo?» Nadie, desde luego, había sospechado que su Gran Lord conociera la magia negra, ni que realizara incursiones en la ciudad para matar espías sachakanos.

¿Quedaban todavía espías sachakanos en la ciudad? Dannyl sonrió. Claro que quedaban, pero no eran el tipo de espías que Akkarin cazaba —ex esclavos enviados por sus amos ichanis—, sino espías a la vieja usanza, comisionados o contratados por los soberanos de otros países para mantener vigilados a sus vecinos. Seguramente no se molestaban en moverse por los barrios más pobres, sino que buscaban cargos útiles que les dieran acceso a la corte y los círculos comerciales.

Dannyl miró por la ventanilla. Las casas de piedra de la Cuaderna Septentrional pronto quedaron atrás y el carruaje, tras cruzar pesadamente la Muralla Exterior, avanzó por lo que en otro tiempo eran las barriadas.

«Cómo ha cambiado esto», pensó Dannyl. Donde antes había un cúmulo caótico de barracas, ahora se alzaban impecables casas de ladrillo. Él sabía que aún quedaban zonas sucias y peligrosas en las barriadas, pero tras la abolición de la Purga, pronto se había hecho patente que el éxodo forzoso anual limitaba la expansión de la ciudad en la misma medida en que restringía el acceso de los pobres a su interior.

Ahora los pobres no solo tenían acceso a la ciudad, sino que podían ingresar en el Gremio, si poseían dotes mágicas lo bastante intensas. Aunque la riqueza que este privilegio traía consigo había sacado de la pobreza a bastantes familias, el ingreso masivo de alumnos pobres o de clase baja había causado algunos problemas al Gremio.

Estaba, por ejemplo, el escándalo provocado recientemente por magos y aprendices de clase alta que habían sido descubiertos en una casa de craña y juego dirigida por contrabandistas, y que habían declarado que los «plebis» les habían recomendado el local. Lo más inquietante era

que dicha casa se encontraba oculta en una callejuela del Círculo Interno, que siempre había estado considerado una zona libre de establecimientos de mala muerte. Y no estaba muy lejos de donde vivían Dannyl y Tayend.

Pero aquello ya no le concernía. Cuando el carruaje pasó junto a las últimas casas y enfiló el Camino del Norte, Dannyl asintió para sí. El futuro los aguardaba a Lorkin y a él al final del camino, en el antiguo país de Sachaka.

La Buena Compañía era una de las casas de bol más grandes del sur de la ciudad. Cuando Cery y Gol entraron, sintieron la bofetada del calor que despedían los cuerpos, el vocerío ensordecedor y el olor empalagoso del bol. Había más hombres que mujeres, y unos y otras estaban de pie frente a mesas clavadas al suelo. No había sillas. No duraban mucho. Las peleas que se desataban allí eran famosas en toda la ciudad, aunque cuando la noticia llegaba a Ladonorte, el boca a boca la había exagerado tanto que rebasaba todas las posibilidades físicas.

Mientras se abría paso entre la multitud, Cery estudiaba el ambiente y se fijaba en los clientes sin mirar a nadie durante el tiempo suficiente para llamar su atención. Al fondo de la enorme sala había unas puertas por las que se accedía a una escalera que descendía al sótano, donde podía contratarse otro tipo de compañía.

En un banco, cerca de una de las puertas, estaba sentada una mujer regordeta de mediana edad vestida con una ropa demasiado llamativa y de colores chillones.

—¿Cómo es que las madrinas tienen siempre la misma pinta? —murmuró Gol.

—Lalli la Ladina es alta y delgada —le recordó Cery—. La Rica Sis es menudita.

—Pero las demás se parecen bastante entre sí. Son corpulentas, pechugonas y...

—Calla. Viene hacia aquí.

La mujer, al percatarse de que la observaban, se había levantado con dificultad y se había encaminado hacia ellos.

—¿Buscáis a Tiíta? Está allí —señaló—. ¡Eh, Tiíta! —gritó.

Ambos se volvieron y posaron la vista en una mujer alta y elegante con una larga cabellera rojiza que giró sobre sus talones para mirarlos. A una señal de la mujer regordeta, sonrió y se acercó con paso decidido.

—Qué, buscando una compañía agradable, ¿no? —preguntó. Se volvió hacia Gol, que seguía con la mirada a la otra mujer mientras regresaba a su asiento—. La gente siempre da por sentado que Martia dirige el local —añadió—. Pero está aquí para vigilar a su hijo, que trabaja en la taberna. ¿Os apetece ir abajo?

—Sí. He venido a ver a una vieja amiga —le dijo Cery.

Ella esbozó una sonrisa maliciosa.

—Como todos. ¿De qué vieja amiga se trata?

—De Terrina.

La mujer arqueó las cejas.

—¿Ah, sí? Bueno, ningún hombre pregunta por ella sin saber lo que está pidiendo. Os llevaré hacia ella.

Los guió por la puerta y escaleras abajo hasta una habitación situada debajo de la casa de bol. Era tan grande como la sala de arriba, pero estaba llena de cubículos dispuestos en filas. Había biombos de papel sujetos a los lados, en su mayoría cerrados para ocultar el interior. A juzgar por los sonidos procedentes de todas direcciones, la mayor parte de los cubículos estaban siendo utilizados para aquello para lo que los habían construido.

Tiíta los condujo a un cubículo próximo al centro de la habitación. Los biombos estaban abiertos. En el interior no había más que un sillón, de tamaño generoso, con un asiento grande y acolchado y unos brazos robustos. Todos los compartimentos estaban amueblados de aquella guisa. Las mujeres del establecimiento no querían que sus clientes estuvieran tan cómodos que se quedaran dormidos, impidiéndoles atender a otros clientes. Cery hizo un gesto con la cabeza a Gol, que se apostó a pocos pasos de distancia, fuera de otro cubículo vacío.

Cuando Cery entró en el compartimento, Tiíta cerró los biombos. Él se sentó, escuchó los sonidos cercanos y dirigió su concentración más allá de los gemidos y las risas en busca de sonidos que estuvieran fuera de lugar. Una respiración, pasos, el roce de la ropa.

Su nariz percibió un olor que provocó un aluvión de recuerdos de muchos años atrás. Sonrió.

—Terrina —musitó, volviéndose hacia el fondo de la pequeña habitación.

Un panel de la pared se deslizó hacia un lado, revelando a una mujer de cabello corto y ropa oscura. «No ha cambiado nada. Quizá esa pequeña arruga entre las cejas se ha hecho un poco más profunda.» Aunque estaba demasiado enjuta y musculosa para considerarla hermosa, a Cery siempre le había atraído su complexión atlética. Cuando lo reconoció, ella enarcó las cejas y se relajó.

—Vaya, vaya. Hacía mucho que no te veía. ¿Cuánto? ¿Cinco años?

Cery se encogió de hombros.

—Te dije que iba a casarme.

—Cierto. —La asesina se apoyó en una pared del cubículo y ladeó la cabeza, con sus ojos negros tan inescrutables como siempre—. También me dijiste que eras leal. Supuse que te habías buscado otro segundo frente, por así decirlo.

—Tú nunca fuiste un segundo frente —repuso Cery—. La vida es demasiado complicada para tener más de una amante a la vez.

Ella sonrió.

—Qué detalle por tu parte. Yo no puedo decir lo mismo, pero eso ya lo sabes. —Se puso seria de golpe. Entró en el compartimento y cerró el panel—. Estás aquí por negocios, no por placer. —No era una pregunta, sino una afirmación.

—Siempre me adivinas el pensamiento —dijo él.

—No, solo finjo que lo hago. ¿A quién quieres que mate? —Sus ojos centellearon con ansia y expectación—. ¿Alguien te ha molestado últimamente?

—Información.

Ella se encorvó, desilusionada.

—¿Por qué, por qué, por qué? Todos quieren información siempre. —Levantó las manos en un gesto de impotencia—. O, si quieren un servicio completo, se echan atrás antes de que yo pueda afilar siquiera mis cuchillos—. ¿La información dará lugar a un servicio completo?

«Disfruta demasiado con su trabajo —pensó Cery—. Siempre ha sido así. En parte por eso resultaba tan excitante.»

—Tal vez, pero en ese caso prefiero encargarme personalmente del trabajo.

Terrina frunció los labios en un mohín.

—Qué típico. —A continuación, sonrió y agitó una mano—. Pero no te lo reprocho si se trata de un asunto personal. En fin, ¿qué quieres saber?

Cery respiró hondo, preparándose para el dolor que le provocaría lo que se disponía a decir.

—Quién allanó mi guarida y mató a mi esposa y a mis hijos —respondió en voz baja para que ninguno de los clientes lo oyera—. Si no lo sabes con certeza, cualquier rumor que hayas oído me servirá.

Ella posó la vista en él, parpadeando.

—Ah —fue lo único que dijo. Lo contempló con aire pensativo. Los rumores sobre asesinos rara vez se propagaban más allá de sus filas. Todos reconocían que podían comprarse a un precio elevado, pero si un asesino dejaba de ganar dinero o moría como consecuencia del soplo, el responsable recibía un castigo severo—. ¿Tienes idea de cuánto costará eso?

—Por supuesto..., siempre y cuando poseas la información que necesito.

Ella asintió, se acuclilló para que sus ojos estuvieran a la misma altura que los de Cery y fijó los ojos en él con gravedad.

—Solo para ti, Cery. ¿Cuándo sucedió?

—Hace nueve días.

Ella arrugó el entrecejo y miró al vacío.

—No he oído nada sobre eso. La mayoría de los asesinos ya habría corrido la voz a estas alturas. Colarse en la guarida de un ladrón es toda una proeza. El tipo debió de intentar matarte para demostrar lo listo que es. Cuéntame cómo lo hizo.

Cery le habló de las cerraduras intactas y los guardias emboscados, pero omitió lo que el cerrajero le había dicho sobre la magia.

—Supongo que si no se van de la lengua es porque les pagaron lo suficiente. Lo que significa que el cliente es rico, o que ha ahorrado durante mucho tiempo. O bien, que lo hizo el propio interesado, o alguien cercano a ti que conocía la forma de entrar, aunque supongo que eso ya lo habrás investigado. O tal vez... —Clavó la vista en él—. Tal vez ha sido el Cazaladrones.

Cery frunció el ceño.

—Pero ¿por qué esperó a que yo saliera para matar a mi familia?

—Quizá no sabía que habías salido. Quizá no sabía que tenías esposa e hijos. Yo no le dije a nadie que ibas a casarte, aunque eso fue porque no te creí. Y si los tenías bien escondidos...

—Se encogió de hombros—. El tipo entró, ellos lo vieron y tuvo que matarlos para que no lo identificaran.

—Si al menos existiera alguna manera de asegurarme... —suspiró Cery.

—Todo asesino tiene su firma: huellas, métodos, habilidades. Es posible identificarlos a partir de eso, si han cometido suficientes asesinatos que sirvan de referencia. —Suspiró y se puso en pie—. Te contaría los detalles sobre el Cazaladrones si no fuera porque por el momento nos los guardamos, por si uno de nosotros es el asesino.

Cery asintió. Cuando Terrina afirmaba que no iba a facilitar más información, era imposible sonsacársela.

Ella lo miró y sacudió la cabeza.

—Siento no haberte sido de mucha ayuda. No puedo hacer nada más que meterte miedo respecto a alguien de quien ya has oído hablar y sobre el que no puedo revelarte nada útil.

—Apartó la mirada y juntó las cejas—. En realidad no puedo cobrarte mucho por eso.

Cery abrió la boca para negociar la cantidad que le pagaría por haberse tomado la molestia de reunirse con él, pero ella alzó la vista de repente.

—Ah, hay algo que sí puedo decirte, porque nadie se lo toma en serio.

—¿De veras?

—Hay quien opina que el Cazaladrones utiliza la magia.

Un escalofrío recorrió a Cery, que la miró fijamente.

—¿Por qué lo dicen?

—Yo creía que porque el tipo era tan bueno que la gente pensaba que no había otra explicación posible. Pero una vez mantuve una charla en una casa de bol con un guardia que trabajaba para uno de los ladrones, y me dijo que había visto un haz de luz y cosas que volaban por el aire. Claro que todo el mundo dice que es el golpe que recibió en la cabeza lo que provoca esas visiones, pero... lo decía muy convencido, y parecía totalmente en sus cabales.

—Qué interesante —comentó Cery. «Tal vez no sea más que una fantasía o un rumor. Si no hubiera visto las pruebas del cerrajero con mis propios ojos, no me lo creería.» Sin embargo, como había oído rumores sobre otras manifestaciones mágicas en sitios insospechados, no pudo evitar preguntarse cuánto de cierto habría en ello.

Si era verdad, significaba que un mago del Gremio estaba implicado en algún asunto turbio, o bien que había un mago renegado en la ciudad. En cualquier caso, era posible que ese mago hubiese tenido algo que ver con el asesinato de su familia.

De pronto pensó en el evidente deseo de Skellin de contratar los servicios de un mago renegado. «Si el tal Cazaladrones es un renegado, no tendrá la menor dificultad en localizar a Skellin. Hummm, ¿debo prevenirlo? Aunque seguramente ya le habrán llegado los rumores

sobre la magia... ¡Ah! Tal vez por eso me preguntó si poseía conocimientos mágicos. Sabía que yo había tenido contactos en el Gremio y me estaba poniendo a prueba para comprobar si aún los tenía. Lo que quizá significa que sospecha que fui yo quien contrató al Cazaladrones. —Entonces se le ocurrió otra posibilidad—. ¿Y si uno de los ladrones llegó a esta conclusión y envió a un sicario a matarme, sin caer en la cuenta de que estaba contratando al mismo asesino con poderes mágicos al que tanto temen? —Arrugó el entrecejo—. Al menos sé que no puede haber sido Skellin, pues no habría concertado un encuentro conmigo a la misma hora a la que pensaba enviar a un asesino a mi casa a matarme.»

Sacudió la cabeza. Las posibilidades parecían infinitas. Pero la magia había vuelto a salir a colación. Alguien la había empleado para abrir la cerradura de su guarida, y se creía que el Cazaladrones la utilizaba. ¿Casualidad? Tal vez. Pero era la única pista con que contaba, y no perdería nada por seguirla.

Cada vez que Sonea entraba en el despacho del administrador, los recuerdos se colaban en su mente. Aunque Osen había cambiado los muebles de sitio y mantenía la habitación bien iluminada con globos de luz, ella conservaba en la memoria la imagen de cómo era cuando Lorlen aún vivía. Además, siempre se había preguntado si él era consciente de que detrás de los paneles de la pared había una entrada a los pasadizos secretos de la universidad.

«Lorlen no lo sabía, así que dudo que Osen lo sepa.»

—Cuéntenme cómo fueron a parar al Sin Nombre —ordenó Osen a los dos magos jóvenes que se encontraban de pie a la izquierda de su escritorio.

Todos los ojos se posaron en Reater y Sherran. A Sonea la había consternado enterarse de que los dos magos sorprendidos en aquel establecimiento eran amigos de Lorkin. Se miraron entre sí antes de bajar la vista al suelo.

—Nos dieron un papel —dijo Reater—. Conteníá indicaciones para llegar a la mejor casa de ocio nueva de la ciudad. Los primeros cincuenta clientes recibirían cosas gratis.

—Y, como estaba en el Círculo Interno, supusimos que no era peligroso —agregó Sherran.

—¿Dónde está ese papel ahora? —preguntó Osen.

Lord Vonel, uno de los dos magos mayores que estaban a su derecha, dio un paso hacia él y le entregó una tira blanca pequeña. Osen la leyó, ceñudo, palpó el grosor del papel y le dio la vuelta para inspeccionar el dorso.

—Es de buena calidad. Pediré a los alquimistas encargados de las imprentas que lo examinen e intenten determinar su procedencia.

—Sujételo contra la luz —sugirió Vonel.

Osen así lo hizo y entornó los ojos.

—¿Eso es una parte de la marca del Gremio?

—Creo que sí.

—Hummm. —Osen bajó el papel y alzó de nuevo la mirada hacia Vonel—. ¿Cómo se enteró usted de la existencia del Sin Nombre?

—Un aprendiz me llevó eso —respondió Vonel, señalando el papel con un movimiento de la cabeza.

—¿Y?

—Le pedí a Carrin que me acompañara allí, para averiguar qué clase de establecimiento era esa «casa de ocio», y si algún miembro del Gremio había aprovechado la oferta.

—¿Y qué encontraron cuando llegaron?

—Juego, bebida, braseros de craña y mujeres de vida alegre —contestó Carrin—. Lord Reater, aquí presente, había perdido mucho dinero en algún juego nuevo, y lord Sherran estaba casi en coma por inhalar humo de craña. En pocas palabras, estos dos, junto con doce aprendices, estaban enfrascados en probar la gama de productos que ofrecía el establecimiento.

Osen cogió un fajo de papeles.

—Los que figuran aquí.

—Sí.

El administrador estudió la lista, la dejó a un lado y levantó la mirada hacia Regin y Sonea.

—Un aprendiz preocupado me comunicó que había oído por casualidad que se estaba cometiendo algún desmán, aunque no conocía los detalles —explicó Regin—. Como sabía que la Maga Negra Sonea ha mostrado interés en el debate sobre la norma que prohíbe a los magos relacionarse con delincuentes, le transmití lo que había oído con la esperanza de que ella estuviera mejor informada sobre el asunto. No lo estaba.

—Pero fui en busca de información cuando me desocupé —añadió Sonea—. Me facilitaron una dirección. Pedí permiso para salir del Gremio a investigar, pero para cuando me lo concedieron, varios aprendices y magos habían acudido a la casa de ocio, atraídos por la oferta.

—¿Por qué no pidió a otra persona que fuera? —preguntó Osen.

A Sonea la invadió una irritación repentina. ¿Por qué no podía salir del recinto del Gremio si lo único que pretendía era evitar que un puñado de aprendices y magos cayeran en una trampa? Por desgracia, muchos magos, entre ellos Osen, seguían opinando que ella merecía que se restringieran sus movimientos como castigo por haber aprendido magia negra y desobedecido al Gremio hacía muchos años.

—Pensamos que lo más conveniente era que solo unas pocas personas supieran de la existencia de ese lugar —respondió Regin—. Solo usted, lord Vonel y lord Carrin.

Ella sintió una oleada de gratitud y se percató, divertida, de lo irónico que resultaba que fuera precisamente hacia Regin.

Osen repasó la lista de los aprendices.

—Es demasiado tarde para eso. La Guardia ha clausurado la casa de ocio, así que ya no es una tentación para nadie. Solo nos queda decidir el castigo. —Se volvió hacia Reater y Sherran, que se estremecieron y rehuyeron las miradas de los otros magos—. Se supone que ustedes, como los demás magos, deben ser un ejemplo de moderación y de conducta para quienes aún están en sus años formativos. Tienen también la obligación de presentar el Gremio como una

institución honorable y digna de confianza. Pero no ha pasado mucho tiempo desde su graduación, y todos conservamos algunas de las tendencias imprudentes de nuestra época de aprendices durante los primeros años en que ejercemos como magos. Les daré a los dos otra oportunidad de enmendarse.

Los dos jóvenes relajaron su postura, visiblemente aliviados. «Si hubieran tenido la desgracia de proceder de las clases bajas, el resultado habría sido muy distinto», pensó Sonea, desmoralizada.

—En cuanto a los aprendices... —Osen dio unos golpecitos en la lista con el dedo— deben ser castigados tal como dictan las normas de la universidad. Dejaré el asunto en manos del administrador del centro.

«Magnífico —pensó Sonea con amargura—. Con la suerte que tengo, acabarán trabajando en los hospitales, que están a pocas calles de distancia de donde proliferan los vicios que los metieron en aprietos. Se escabullirán a la primera oportunidad, y yo cargaré con las culpas.»

—Ustedes obraron como correspondía a sus obligaciones —prosiguió Osen, asintiendo en dirección a Vonel y Carrin—. He enviado una carta a la Guardia para agradecerles su rápida intervención. —Miró a Regin—. En el futuro, debemos trabajar todos juntos para evitar que se repitan incidentes como este. Pueden retirarse.

Sonea dio media vuelta, se acercó a la puerta, la abrió con un poco de magia y salió al pasillo. Regin la siguió, y ambos se detuvieron frente a la puerta a esperar a que aparecieran los dos magos jóvenes. Sonea dio unos pasos al frente para interponerse en su camino. Reater y Sherran la miraron con inquietud.

Ella les dedicó una sonrisa comprensiva.

—O sea que solo fuisteis allí por la craña. ¿Qué tiene de especial? ¿Qué la hace tan atractiva como para que os pongáis a merced de delincuentes declarados a fin de conseguirla?

Reater se encogió de hombros.

—Te hace sentir bien. Disipa tus preocupaciones.

Sonea movió la cabeza afirmativamente, aunque había advertido que la expresión de Sherran se había tornado anhelosa, mientras que Reater solo parecía resignado. Se inclinó hacia ellos.

—¿Lorkin alguna vez...? —preguntó en voz muy baja.

Sherran posó la vista en ella antes de bajarla rápidamente al suelo.

—Una vez. No le gustó.

Sonea se enderezó. El joven podía estar mintiendo, por miedo a que ella le echara la culpa si le contaba la verdad. «Pero entonces me habría dicho que Lorkin nunca la ha probado. Creo que ha sido sincero.»

—Los dos tenéis suerte de que el administrador Osen haya optado por mostrarse indulgente. Yo en vuestro lugar no volvería a poner a prueba su benevolencia.

Ambos asintieron de inmediato. Ella les indicó con un gesto que podían marcharse, y se alejaron a toda prisa.

—Lorkin es demasiado listo para aficionarse a la craña —murmuró Regin—. Y esa misma sensatez impedirá que se meta en líos en Sachaka. —Suspiró—. Ojalá mis hijas tuvieran la mitad de su madurez.

Sonea se volvió hacia él, extrañada y divertida. Lorkin no era más maduro que otros magos de su edad. Por otro lado, a juzgar por los pocos chismes que había oído sobre las hijas de Regin, eran unas jóvenes muy infantiles.

—¿Siguen causándote problemas?

Él torció el gesto.

—Han salido a su madre, aunque mantienen una rivalidad tan cruel que me recuerdan a mí cuando tenía su edad. —Sacudió la cabeza—. Como si no fuera lo bastante doloroso lamentar mi arrogancia juvenil, ahora tengo que lamentar también la de mis hijas.

Sonea soltó una risita antes de echar a andar por el pasillo.

—Espero no tener que vivir esa experiencia en carne propia. Pero, teniendo en cuenta todos mis deslices de juventud, yo diría que a Lorkin le queda mucho camino por recorrer antes de cubrirse de ignominia como hice yo.

8

Señales

Después de viajar dos días en el carruaje por caminos cada vez más accidentados, Lorkin se sentía como si las sacudidas le hubieran colocado los huesos en una disposición nueva y poco práctica. Tenía que emplear constantemente magia sanadora para aliviar los dolores de su cuerpo y las jaquecas, pero por encima de todo se aburría. Estaba demasiado cansado y malhumorado para conversar a causa de las horas de incomodidad, y había descubierto que si intentaba leer se mareaba con el traqueteo del vehículo.

Era evidente que la emoción de viajar no radicaba en el viaje en sí, sino, probablemente, en la llegada al destino final. Aun así, sospechaba que para cuando llegaran a Arvice se sentiría más aliviado que emocionado.

Lord Dannyl —o el embajador Dannyl, como debía acordarse de llamarlo en adelante— sobrellevaba el periplo con una especie de extraña resignación que infundía a Lorkin la esperanza de que todas aquellas molestias valieran la pena. O tal vez significaba que no eran nada en comparación con las penalidades del viaje por mar o las rozaduras causadas por las sillas de montar, tormentos a los que Dannyl había sobrevivido durante los trayectos que había realizado hacía más de veinte años.

Lorkin sabía que, en aquella época, el administrador anterior había ordenado a Dannyl que emprendiera la misma ruta que había seguido Akkarin en busca de conocimientos de magia. Las historias que relataba Dannyl eran fascinantes y despertaban en Lorkin el deseo de visitar la Tumba de las Lágrimas Blancas y las ruinas de Armje.

«Pero me dirijo a un lugar en el que ni mi padre ni Dannyl han estado nunca: la capital de Sachaka.»

Sería una Sachaka totalmente distinta de aquella en la que su padre se había adentrado. No habría ichanis aguardando para esclavizarlo. Por el contrario, según lo que había contado Perler, los hombres y mujeres poderosos de la capital, sobre todo los patriarcas ashakis, apenas se dignarían fijarse en el ayudante de un embajador.

A pesar de todo, el leve peso del anillo que llevaba bien guardado en el bolsillo de su túnica lo tranquilizaba. Lo había encontrado en su arcón aquella mañana, en una cajita sepultada bajo sus pertenencias. Aunque no iba acompañado de una nota o explicación, él reconoció el sencillo aro de oro y la gema roja y lisa engastada en él. ¿Había metido su madre la gema de sangre en su arcón a escondidas porque no tenía permiso para dársela, o porque no quería arriesgarse a que él se negara a llevársela?

Dannyl y él comenzaban cada etapa diaria del viaje recitando varias veces la lista de miembros de las familias sachakanas más importantes, recordando las características clave y las alianzas, corrigiéndose el uno al otro y ayudándose a memorizarlas. Habían repasado lo que sabían de la sociedad sachakana y hecho conjeturas respecto a aquello que ignoraban. Lorkin percibía signos de nerviosismo e incertidumbre en su compañero. Aunque el mago mayor

prácticamente lo trataba como a un igual, Lorkin estaba convencido de que esto cambiaría cuando llegaran y tuvieran que asumir sus papeles respectivos.

Alzó la vista al notar que el vaivén del carruaje cambiaba. Aunque al otro lado de las ventanillas no había más que oscuridad, el golpeteo apagado de los cascos sobre el suelo se había vuelto más lento. Dannyl irguió la espalda y sonrió.

—O hay algún obstáculo en el camino o estamos a punto de salir de nuestra jaula para pasar la noche —murmuró.

Cuando el vehículo se detuvo, se balanceó suavemente sobre sus muelles antes de quedarse inmóvil. Lorkin avistó por la ventanilla izquierda un edificio iluminado con lámparas. El cochero emitió un sonido incomprensible que Dannyl interpretó por algún motivo como una señal para que se apearan. El mago abrió la portezuela y bajó del carruaje.

Lorkin lo siguió, aspiró el aire fresco de la noche y sintió que la cabeza se le empezaba a despejar. Miró en torno a sí. Habían llegado a una aldea diminuta que constaba de unas pocas casas diseminadas a ambos lados del camino. Seguramente sus habitantes vivían exclusivamente de los servicios que prestaban a los viajeros. El edificio más grande, junto al que habían dejado el carruaje, era una casa de queda. Un hombre bajo y robusto estaba de pie junto a la puerta, haciendo reverencias y gestos para que se acercaran.

—Bienvenidos, milores, al Reposo de Fergun —dijo—. Me llamo Fondin. Mis mozos de cuadra se ocuparán de sus caballos si los llevan a la parte de atrás. Tenemos camas limpias y buena comida, servidas siempre con una sonrisa.

Aunque una expresión sorprendida y socarrona asomó al rostro de Dannyl, este no dijo nada y se dirigió a la entrada. Lorkin se preguntó si le había hecho gracia que el hombre parecía haber dado a entender que servían las camas con una sonrisa. «Tal vez esa era su intención. Las casas de queda de carretera tienen esa fama.»

Dannyl se presentó y pidió que les sirvieran una cena, a ellos y al cochero. El propietario los guió hasta un par de asientos en el interior de una gran sala de huéspedes. Aparte de ellos, los únicos comensales eran un grupo de mercaderes, a juzgar por su aspecto. Conversaban en voz baja y solo dirigieron unas breves miradas de curiosidad a Lorkin y Dannyl.

La comida no tardó en llegar. Una joven se acercó con una fuente repleta de carnes, panecillos salados, verduras salteadas y frutos pequeños, probablemente de la zona. Les sonrió cortésmente a ambos, pero su semblante se iluminó cuando posó la mirada en Lorkin. Al poco rato regresó con dos tazas de bol por cuenta de la casa y lo miró con timidez al entregarle la suya. Se marchó, contoneando las caderas seductoramente. Dirigió la mirada hacia atrás y sonrió al ver que él la observaba.

—Me pregunto si Sonea espera que yo proteja tu virtud mientras estemos lejos del Gremio —dijo Dannyl.

Lorkin rió entre dientes y se volvió hacia el otro mago. Dannyl, que estaba sirviéndose comida de la fuente, no alzó la vista.

—¿Mi virtud?

—Sí, bueno. Supongo que lo de proteger tu virtud es cosa tuya. Pero como tu acompañante más viejo y más sabio, siento en este momento el extraño impulso de apartarte de la tentación

por el bien de tu salud y de tu bolsillo.

—Tomo nota de tu preocupación —dijo Lorkin, sonriendo—. ¿Debo corresponder ofreciéndote el mismo tipo de protección?

Dannyl miró a Lorkin, con expresión suspicaz y seria por un momento. Entonces esbozó una sonrisa.

—Por supuesto. Cuidaremos el uno del otro. —Soltó una carcajada corta y leve—. Aunque algo me dice que a ti te resultará mucho más fácil que a mí.

El suelo vibró de una manera que hizo que los recuerdos se agolparan en la mente de Cery. En otro tiempo, él habría pasado al otro lado de aquel tramo de la Muralla Exterior por las cloacas de la ciudad, que discurrían por debajo. Era una ruta desagradable y en ocasiones peligrosa. Cuando la guardia de la ciudad había descubierto que las cloacas se utilizaban como vía de entrada en la ciudad, habían empezado a inundarlas de vez en cuando. Los ladrones se habían puesto de acuerdo para apostar vigilantes que avisaran cuando comenzara una inundación, lo que solucionó el problema. Era un sistema fiable, y Cery se había valido de él para llevar a Sonea a ver el Gremio, hacía muchos años, antes de que se convirtiera en maga.

Pero ahora las cloacas estaban divididas entre los ladrones cuyo territorio atravesaban, y muchos de ellos eran rivales entre sí. Costaba una fortuna obtener acceso a ellas, y el sistema de vigilancia ya no era fiable. Se rumoreaba que esta era la causa por la que un ladrón había muerto ahogado. El Cazaladrones había asesinado a un vigilante corriente arriba, y no solo había perecido el ladrón, sino también todos los vigilantes que se encontraban más abajo.

«No tiene mucho sentido seguir desplazándose por las cloacas ahora que la Purga se ha suprimido —pensó Cery—. Solo resulta útil si uno tiene una necesidad imperiosa de ir a algún sitio sin ser visto.»

Como tampoco utilizaba ya el Camino de los Ladrones para recorrer distancias largas, Cery andaba por las calles de Imardin, en pleno día, como la mayoría de los ciudadanos. Era lo más seguro, a pesar del riesgo de toparse con atacadores o miembros de bandas callejeras. La corpulencia de Gol ahuyentaba a los primeros, mientras que la posición social de Cery seguía protegiéndolo de los segundos.

«Seguramente no debería confiar tanto en esto, o en la capacidad del pobre Gol para intimidar a posibles agresores. Llegará un día en que ni lo uno ni lo otro servirá como elemento disuasorio, y entonces tendremos un problema. Por otro lado, a menos que quiera ir a todas partes con una multitud de escoltas, es un riesgo que tengo que correr.»

Tras pasar bajo uno de los nuevos arcos abiertos en la vieja muralla, Cery se dirigió hacia su zona de las antiguas barriadas, con Gol caminando a su lado.

—¿Qué podemos sacar en limpio de la historia de Thim, Gol?

El hombretón frunció el entrecejo.

—No nos ha dicho nada que no supiéramos. Nadie tiene información, y en cambio circulan los mismos rumores de siempre.

—Sí, pero al menos son los mismos. Todo el mundo cree que se trata de la misma persona.

Todo el mundo cree lo mismo sobre las habilidades de esa persona.

—Pero todo el mundo tiene un motivo distinto para creerlo —señaló Gol.

—Sí. Cosas que vuelan por el aire sin razón aparente. Marcas de quemaduras extrañas. Figuras misteriosas a las que resulta imposible herir. Luces que se encienden y se apagan. Muros invisibles. ¿Tú qué opinas, Gol?

—Que siempre es mejor pasarse de prudente que estar muerto.

Estas palabras hicieron gracia a Cery, que detuvo sus pasos y se volvió hacia su guardaespaldas.

—Y por eso nos comportamos como si el Cazaladrones existiera de verdad, usara la magia y ya hubiera intentado acabar conmigo.

Gol frunció el ceño y miró alrededor para cerciorarse de que nadie hubiera oído a Cery.

—¿Has escuchado lo que he dicho sobre pasarse de prudente? —preguntó, con un deje de irritación.

—Sí —suspiró Cery—, pero ¿qué más da si alguien nos oye? Si mi enemigo es un mago, estoy perdido.

La arruga entre las cejas del hombretón se hizo más profunda.

—¿Qué hay del Gremio? Les convendría saber si... estar enterados de esto. Podrías contárselo a... tu vieja amiga.

—Podría, pero a menos que tenga algo consistente que contarle, no podrá hacer nada. Tenemos que estar seguros.

—Entonces habrá que tender una trampa.

Cery contempló a Gol, sorprendido, y sacudió la cabeza.

—¿Y cómo crees que conseguiremos evitar que una presa con poderes de esa clase se escape?

—No propongo que lo capturemos —Gol se encogió de hombros—, sino solo que confirmemos lo que es. Podríamos empujarlo de alguna manera a utilizar lo que sabe utilizar, delante de nosotros. Y lo mejor sería hacerlo sin que se diera cuenta de que es una trampa.

Cery reanudó la marcha mientras reflexionaba sobre la idea. No estaba nada mal.

—Sí. No querríamos que se enfadara..., y si no se da cuenta de que ha caído en una trampa, podríamos tendérsela de nuevo, con mi amiga como testigo.

—Veo que por fin empiezas a entenderlo —dijo Gol exhalando un suspiro exagerado—. A veces eres tan lento...

—Naturalmente, yo tendría que hacer de cebo —añadió Cery.

El tono bromista de Gol se esfumó de su voz.

—No, de eso nada. Es decir, sí, pero en realidad no hará falta que estés presente. El cebo será el rumor de que estarás allí.

—Tendrá que ser un rumor bastante convincente —observó Cery.

—Ya se nos ocurrirá algo.

Se quedaron callados mientras caminaban. Cery no pudo evitar ponerse a pensar en los detalles. «Entonces, ¿hacia dónde podemos atraer al Cazaladrones? Tiene que ser algún sitio en el que todo el mundo esperaría encontrarme. Terrina dice que él asaltó la guarida porque lo más astuto era matarme en el lugar en que me sintiera más seguro. Así que necesito instalarme en una guarida nueva y encargarme de que algunas personas hablen sobre ello y sobre lo segura que es incluso en comparación con mi guarida anterior. Deberá tener varias mirillas bien disimuladas, y dos o tres vías de escape. Y tendrá que obligar al Cazaladrones a usar sus poderes de un modo que salte a la vista.»

Por primera vez en semanas, Cery sintió un cosquilleo de entusiasmo y expectación por encima del desánimo y el dolor asfixiante que se habían adueñado de él. Aunque la trampa no culminara en la venganza por el asesinato de su familia, planearla y organizarla lo mantendría demasiado ocupado para pensar en ellos. Necesitaba actuar, no quedarse tumbado compadeciéndose de sí mismo, frustrado por la falta de pruebas sobre su asesino.

El serpenteante y abrupto camino de montaña que conducía al Paso recordaba a Dannyl los senderos que había recorrido con Tayend hasta la ciudad de Armje, muchos años atrás. No era de extrañar, pues los picos pertenecían a la misma cordillera que separaba Sachaka de las Tierras Aliadas. Allí también, el bosque que bordeaba las montañas se hacía menos espeso y daba paso a plantas raquíticas y pendientes rocosas.

El carruaje avanzaba despacio pero a un ritmo constante, tirado cuesta arriba por los caballos. Lorkin tenía una mirada de aburrimiento a la que Dannyl ya se había acostumbrado, y contemplaba la ventanilla con expresión sombría y resignada. Ya habían agotado los temas de conversación, pese a que aún no era mediodía, y el silencio solo hacía más insoportable aquella lentitud.

De pronto, sin previo aviso, el carruaje giró bruscamente y aceleró sobre un camino llano. Empezaron a avanzar entre dos paredes lisas de roca. Lorkin enderezó la espalda, recorrió el pestillo de la ventanilla que tenía al lado y se asomó al exterior.

—Hemos llegado —dijo.

Dannyl notó que se le erizaba la piel de emoción. Sonrió aliviado, y Lorkin le devolvió la sonrisa. Permanecieron sentados, en una espera tensa, totalmente concentrados en el movimiento del carruaje, los muros junto a los que pasaban y los sonidos de los cascos, hasta que el cochero gritó y el vehículo redujo la velocidad hasta detenerse.

Un rostro apareció al otro lado de la ventanilla, junto a Lorkin. El hombre, vestido con una túnica roja, pasó la vista de Lorkin a Dannyl e inclinó la cabeza educadamente.

—Bienvenidos al Fuerte, embajador Dannyl y lord Lorkin. Soy el vigía Orton. ¿Pasarán la noche aquí, o continuarán su camino por Sachaka?

—Lamentablemente no podemos entretenernos, pues el administrador Osen está ansioso por que nos instalemos en Sachaka lo antes posible —dijo Dannyl.

El hombre le dedicó una sonrisa de comprensión.

—Entonces les invito a que estiren las piernas y echen un vistazo por aquí mientras cambiamos sus caballos por unos frescos.

—Aceptamos de buen grado.

Lorkin abrió la portezuela y siguió el ejemplo de Dannyl, que se había apeado del carruaje. En cuanto el joven apoyó el pie en el suelo, alzó la vista y soltó un pequeño grito ahogado.

—Ah, sí. Es una estructura impresionante —comentó Orton, siguiendo la dirección de la mirada de Lorkin.

Dannyl miró hacia arriba, y un escalofrío le recorrió la espalda. La fachada del Fuerte se alzaba imponente ante él, a lo ancho del angosto desfiladero. Era una superficie regular e impecable, salvo por la sombra de unas grietas enormes rellenas con más piedras que revelaban las zonas restauradas.

—¿Son rastros de los daños ocasionados durante la Invasión ichani? —preguntó Lorkin.

—Sí, aunque fueron peores por dentro —respondió Orton.

Miró al frente y los guió hasta una abertura grande y oscura como la boca de una caverna. Los ojos de Dannyl tardaron un momento en acostumbrarse, y entonces vislumbró las paredes de un túnel que discurría ante ellos, iluminadas por lámparas. Unas ligeras variaciones de color evidenciaban las partes reparadas con piedra nueva. Había algunas brechas con una altura de varios pisos.

—¿Se reconstruyeron las fortificaciones originales? —inquirió Dannyl.

—Algunas. —Orton se encogió de hombros—. En su mayor parte no eran más que simples barreras, diseñadas para retrasar al atacante y agotar sus fuerzas. Hemos instalado sistemas más complejos de defensa en su lugar; trampas en las que podría caer un invasor si bajara la guardia, ilusiones que lo lleven a malgastar su energía. Pero nada de eso serviría para rechazar el ataque de un grupo de magos negros sachakanos poderosos indefinidamente, y por eso hemos invertido mucho tiempo y fuerzas en crear también vías para escapar del Fuerte. Durante la invasión murieron muchas personas innecesariamente, por la falta de rutas de huida. Ah, aquí tenemos un monumento dedicado a quienes sacrificaron su vida defendiendo el Paso con valentía.

Entre dos lámparas, había una lista de nombres grabada en la pared. A Dannyl le resultó inquietante y a la vez divertido reparar en un nombre que conocía. «Por lo que recuerdo, los sachakanos sacaron a Fergun a rastras de algún escondite. No es precisamente lo que yo llamaría defender el Paso con valentía. Pero los demás... murieron sin saber a qué se enfrentaban, porque el Gremio no había creído la advertencia de Akkarin. No eran capaces de comprender la amenaza que él describía, pues habían olvidado aquello de lo que era capaz un mago con conocimientos de magia negra.»

Permanecieron callados durante un rato, hasta que el golpeteo de unos cascos y el chirrido de ruedas y muelles resonó dentro del túnel. Al volverse, Dannyl vio que el cochero conducía hacia ellos a un tiro nuevo de caballos que tiraban del carruaje.

—Tienen que ver el Fuerte por el lado sachakano —les dijo Orton, avanzando por el túnel.

Dannyl y Lorkin lo siguieron. El sonido del carruaje retumbaba en aquel espacio reducido, por lo

que ninguno de ellos habló hasta que salieron del túnel. De nuevo, las altas paredes del desfiladero se elevaban a ambos lados. Se curvaban hacia un lado conforme se alejaban del Fuerte, por lo que no se alcanzaba a divisar el paisaje de Sachaka. Cuando Orton dio media vuelta y miró hacia arriba, Lorkin y Dannyl lo imitaron. Otro muro liso se extendía entre las paredes del desfiladero, interrumpido por numerosos ventanucos. Dos losas descomunales que claramente habían formado parte de un cuadrado estaban apoyadas contra la pared del barranco, a un lado.

—Eso era una especie de puerta en otra época —les explicó Orton—. La derribaron para obstruir el túnel. —Se encogió de hombros—. Me pregunto por qué los magos que construyeron el Fuerte, siendo ellos mismos magos negros, creyeron que ese tipo de cosas frenaría el avance de los invasores.

—Cada pizca de energía gastada por el enemigo puede salvar una vida —dijo Lorkin.

Orton miró al joven y asintió.

—Tal vez. —El carruaje emergió del túnel y el cochero tiró de las riendas hasta que los caballos se detuvieron junto a ellos. Orton se volvió hacia Dannyl—. Caballos frescos, y, en el carruaje, alimentos y agua para tres días. Esto les permitirá cruzar el páramo. En el interior hay provisiones para ustedes, y he pedido al cocinero que les prepare un surtido apetitoso para su próxima comida. No es nada espectacular, pero serán los últimos alimentos kyalianos que probarán durante un tiempo.

—Gracias, vigía Orton.

El hombre sonrió.

—Es un placer, embajador Dannyl. —Posó los ojos en Lorkin—. Espero que lord Lorkin y usted lleguen a su destino sin contratiempos y que se alojen aquí en su viaje de regreso a Kyralia.

Dannyl asintió.

—Haremos cuanto esté en nuestra mano para evitar que algún invasor ponga a prueba las nuevas defensas.

Con una risita, Orton se volvió hacia el carruaje.

—Sé que lo harán.

La portezuela se abrió, sin duda movida por la magia de Orton. Dannyl subió, se sentó y se agarró con fuerza, pues Lorkin provocó un balanceo en el vehículo al seguirlo con entusiasmo. Se despidieron agitando la mano y dando voces de agradecimiento mientras el coche se alejaba, hasta que perdieron de vista a Orton.

Dannyl miró a Lorkin, que desplegó una sonrisa.

—Me da la impresión de que el vigía Orton no recibe muchas visitas —murmuró Lorkin.

—No. Se te ve mucho más alegre que esta mañana —observó Dannyl.

La sonrisa de Lorkin se hizo más amplia.

—Ahora estamos en Sachaka.

Un escalofrío bajó por la espalda de Danyl. «Es cierto. Desde el momento en que hemos salido del túnel, ya no estábamos en nuestro país. Nos encontramos en la exótica Sachaka, corazón del antiguo imperio que en otro tiempo abarcó Kyralia y Elyne. El país de los magos negros, todos ellos mucho más poderosos que yo...»

Así debía de sentirse un mercader o diplomático que trataba con magos en las Tierras Aliadas, siempre consciente de lo indefenso que estaba ante la magia, pero confiando en que la diplomacia y la amenaza de represalias por parte de su país lo protegiera del peligro. Danyl pensó en el anillo de sangre que le había dado el administrador Osen, elaborado por el Mago Negro Kallen a partir de la sangre de Osen a fin de que Danyl pudiera ponerse en contacto con él. «Debo usarlo para presentarle informes mensuales, y aparte de eso, solo para urgencias. Como si él pudiera evitar desde tan lejos que un mago negro me mate...»

De pronto, la pared de roca que tenía al lado quedó atrás y dio paso a una llanura extensa y pálida. Lorkin soltó una exclamación inarticulada, se pasó al asiento situado frente a Danyl y se acercó a la ventanilla para mirar al exterior.

—Así que eso es el páramo —jadeó.

Una pendiente pronunciada y sin árboles descendía desde el borde del camino hasta unas colinas rocosas y erosionadas. Al pie de estas se extendía, como un mar helado, un desierto de superficie ondulada por las dunas. Danyl advirtió de repente que el aire estaba seco y sabía a polvo.

—Supongo que sí —respondió.

—Es... más grande de lo que imaginaba —dijo Lorkin.

—Se nos enseña que fue creado como barrera —explicó Danyl—, pero los documentos más antiguos solo mencionan que podría cumplir esa función, lo que parece indicar que el origen del páramo no fue del todo deliberado. O al menos, que no fue fruto de los planes del Gremio.

—¿O sea que nadie sabe con certeza para qué se creó, y menos aún cómo?

—Algunos documentos sostienen que los responsables pretendían debilitar Sachaka arruinando sus tierras más productivas. He encontrado cartas de magos que aplaudían la idea, y de otros a quienes les horrorizaba. Pero, por su tono, esta correspondencia parece ser una reacción a ciertos rumores y cotilleos, no a una decisión oficial.

Lorkin hizo una mueca.

—No sería la primera vez en la historia que alguien actuara al margen del Gremio.

—No. —Danyl se preguntó si Lorkin se refería a sus padres. Había percibido un deje irónico en su voz.

Permanecieron sentados durante varios minutos, contemplando el páramo sin hablar. Entonces Lorkin sacudió la cabeza y suspiró.

—Las tierras no se han recuperado aún, pese a que han transcurrido setecientos años. ¿Alguien ha intentado volverlas fértiles de nuevo?

Danyl se encogió de hombros.

—No lo sé.

—Tal vez sea una suerte que nadie sepa cómo se originó el páramo. Si algún día nos viéramos envueltos en una guerra de verdad, y no en un simple conflicto con un puñado de desterrados, tendríamos problemas serios.

Al pasear la vista por aquel paisaje yermo, Danyl no pudo por menos de estar de acuerdo.

—Según todos los testimonios, la devastación puso furiosos a los sachakanos. Si hubieran sabido cómo devolver el golpe, lo habrían hecho. No creo que sepan más al respecto que nosotros.

Lorkin asintió.

—Seguramente es mejor así. —Se volvió hacia Danyl con el ceño fruncido—. Pero si, a pesar de todo, descubrimos algo...

—Tendremos que guardarlo en secreto, al menos hasta que podamos transmitir la información al Gran Lord Balkan. Sería incluso más peligrosa que los conocimientos de magia negra.

La búsqueda de la verdad

Al igual que muchos aprendices de origen humilde procedentes de las zonas más pobres de la ciudad, Norrin era de baja estatura. Sin embargo, se le veía aún más bajo flanqueado por los dos guerreros que lo escoltaban al Salón Gremial. A Sonea se le encogió el corazón cuando el joven alzó la vista hacia los magos que lo observaban desde ambos lados de la sala, palideció y bajó la mirada al suelo.

«Es una crueldad traerlo a rastras a la presencia del Gremio entero —pensó ella—. Como si una Vista ante los magos superiores no fuera ya lo bastante intimidatoria y humillante. Pero alguien quería imponerle un castigo ejemplar.»

Según las normas del Gremio, todo aprendiz que faltara a clase o que residiera fuera del recinto gremial sin permiso debía considerarse un renegado en potencia y debía comparecer ante el Gremio en pleno para explicar su comportamiento, aunque solo los magos superiores debían juzgar sus faltas y fijar la pena.

«Si no lo hubieran descubierto justo antes de un día de reunión, tal vez le habrían ahorrado este mal trago. Pero es mucho más fácil celebrar una Vista al final de una reunión que organizar una por separado. Sospecho que si Osen hubiera tenido que reunir a todos los miembros del Gremio solo para esta Vista, se habría saltado las normas y la habría llevado a cabo solo con los magos superiores.»

Los escoltas se detuvieron al frente del salón, y Norrin, tras pararse junto a ellos, se inclinó ante los magos superiores. El administrador Osen se volvió hacia los magos superiores, concretamente hacia Sonea. Por un segundo, sus miradas se encontraron, hasta que él apartó la vista.

Otros se habían fijado en aquel gesto, y ella sintió que se clavaban en ella los ojos curiosos del Gran Lord Balkan, lady Vinara y el rector Jerrick. Sintió el impulso de encogerse de hombros para dar a entender que no tenía idea de por qué Osen había elegido ese momento para mirarla, pero en vez de eso hizo caso omiso de ellos y centró su atención en el aprendiz.

El administrador se acercó a Norrin, que estaba encorvado pero no levantó la mirada.

—Aprendiz Norrin —dijo Osen—. Llevas dos meses sin presentarte en el recinto del Gremio ni en la universidad. Has desoído nuestros requerimientos de que regreses, lo que nos ha obligado a ponerte bajo custodia. Conoces la ley que restringe los movimientos de los aprendices y que establece dónde pueden residir. ¿Por qué la has infringido?

Los hombros de Norrin se elevaron y descendieron al tiempo que él respiraba hondo y expulsaba el aire. Se irguió y alzó la vista hacia el administrador.

—No quiero ser mago —dijo—. Querría, si no fuera más importante para mí cuidar de mi familia. —Se interrumpió y bajó los ojos de nuevo. Aunque Sonea no alcanzaba a ver el rostro de Osen, su postura destilaba una paciente expectación.

—¿Tu familia? —repitió.

Norrin miró en torno a sí y se sonrojó.

—Mis hermanos pequeños. Mi madre no puede ocuparse de ellos. Está enferma.

—¿Y no hay nadie más que pueda asumir esta responsabilidad? —inquirió Osen.

—No. Mi hermana, la mayor después de mí, murió el año pasado. Los demás son demasiado jóvenes. No he usado la magia ni una vez —se apresuró a añadir—. Sé que se supone que no debo hacerlo si no voy a graduarme como mago.

—Si no deseas ser mago, o deseas abandonar el Gremio, tus poderes deben ser bloqueados —le informó Osen.

El aprendiz parpadeó por unos instantes y alzó hacia el administrador una mirada tan llena de esperanza que Sonea sintió un dolor en el pecho.

—¿Eso se puede hacer? —inquirió Norrin en una voz apenas audible—. Entonces, ¿podré marcharme para cuidar de mi familia sin que a nadie le parezca mal? —Frunció el ceño—. No será muy caro, ¿no?

Osen guardó silencio por un momento y sacudió la cabeza.

—No te costará nada, salvo tus oportunidades de futuro. ¿No puedes esperar unos años más? ¿No sería mejor para tu familia que llegaras a convertirte en mago?

Una sombra cruzó el semblante de Norrin.

—No. No puedo verlos, ni hacerles llegar dinero, ni hacer que desaparezca la... enfermedad de mi madre. Y los demás son demasiado pequeños para valerse por sí mismos.

Osen se dirigió a continuación a los magos superiores.

—Propongo que deliberemos sobre el caso.

Sonea y los demás asintieron en señal de conformidad. El administrador indicó a los escoltas que se llevaran al muchacho del salón. En cuanto las puertas se cerraron, lady Vinara exhaló un sonoro suspiro y se volvió hacia los presentes.

—La madre del chico es una prostituta. No está enferma; es adicta a la craña.

—Es cierto —corroboró el rector Jerrik—, pero él no ha adoptado los hábitos de su madre. Es un joven sensato, estudioso y educado, con grandes poderes. Sería una lástima perderle.

—Es demasiado joven para entender a qué está renunciando —agregó lord Garrel—. Lamentará haber sacrificado la magia por su familia.

—Pero lamentaría mucho más sacrificar a su familia por la magia —terció Sonea sin poder evitarlo.

Las miradas se posaron en ella. Durante los últimos veinte años había preferido participar lo menos posible en los debates de los magos superiores, en un principio porque se sentía demasiado joven e ignorante respecto a la política gremial para hacer aportaciones valiosas, y más tarde porque había comprendido que la posición que ocupaba entre ellos le había sido

otorgada no por respeto, sino de mala gana, por los poderes que poseía y en reconocimiento a su colaboración en la defensa del país.

«Sin embargo, parece que cada vez que abro la boca me prestan más atención de la que merezco.»

—Tiene usted mucho en común con Norrin, Maga Negra Sonea —comenzó Osen—. Por no querer ingresar en el Gremio, no por sus circunstancias familiares, claro está —agregó—. ¿Qué sugiere que hagamos para convencerlo de que se quede?

Sonea contuvo el impulso de poner los ojos en blanco.

—Desea poder visitar y ayudar a su familia. Concédanle este deseo, y estoy segura de que estará encantado de quedarse con nosotros.

Los magos superiores se miraron entre sí. Ella miró a Rothen, que hizo una mueca que expresaba lo improbable que le parecía que los magos superiores accedieran a ello.

—Pero eso ocasionaría que una prostituta recibiera dinero del Gremio y seguramente lo utilizaría para satisfacer su adicción —señaló Garrel.

—En una sola noche se gasta mucho más dinero del Gremio en contratar los servicios de prostitutas del que haría falta para costear la comida y el alojamiento de la familia de Norrin durante un año —replicó Sonea, y al momento se encogió al percibir la aspereza en su voz.

Los magos se quedaron callados de nuevo. «Esto es algo que también suele ocurrir cuando me atrevo a hablar», pensó. Advirtió que lady Vinara se había tapado la boca con la mano.

—El propio Norrin tendrá que asegurarse de que su madre no utilice el dinero que él le dé para comprar craña —prosiguió Sonea, en un tono que esperaba que fuera más conciliador—. Es evidente que no tiene intención de matar a su madre. —Entonces le vino un destello de inspiración—. Si accede a quedarse, envíenlo a trabajar a los hospitales, como castigo si es necesario. Yo me encargaré de que su familia lo visite allí. De ese modo, él podrá verlos y al mismo tiempo dar la impresión de que cumple una sanción por infringir la ley.

Muchos de quienes la rodeaban asintieron con la cabeza.

—Una solución excelente —dijo lord Osen—. Y, además, tal vez podría usted persuadir a su madre para que dejara la droga. —La miró, expectante. Por toda respuesta, ella le sostuvo la mirada con expresión impasible. «No soy tan tonta como para hacer promesas, sobre todo si están relacionadas con la craña.»

Osen desvió la vista y se volvió hacia los demás.

—¿Alguien tiene alguna objeción, o alguna cosa más que proponer?

Los magos superiores sacudieron la cabeza. Osen mandó llamar a los escoltas y a Norrin. Cuando le expusieron la propuesta de Sonea, él levantó la mirada hacia ella, visiblemente agradecido. «Su actitud refleja algo demasiado parecido a la adoración —pensó Sonea—. Más vale que lo ponga a trabajar duro para que no le dé por idolatrarme o, lo que es más importante, para que no crea que quebrantar las normas es la mejor manera de conseguir lo que quiere.»

Cuando Osen dio por finalizadas la Vista y la reunión, Sonea se puso en pie y empezó a bajar las

escaleras, pero lady Vinara le salió al paso.

—Ha sido una agradable sorpresa oírte decir por fin lo que piensas —comentó la anciana sanadora—. Deberías hacerlo más a menudo.

Sonea pestañeó, desconcertada, y se percató de que no se le ocurría nada que decir que no sonara trillado. La sonrisa de Vinara se tornó en una expresión más seria. Bajó la mirada hacia el lugar en que Norrin se encontraba unos momentos antes.

—Este caso deja patente la necesidad de decidir sin demora si debemos modificar o abolir la norma que prohíbe el relacionarse con delincuentes o con personajes desagradables. —Bajó la voz—. Estoy a favor de aclarar la norma, pues se presta a una interpretación que podría restringir el trabajo de mis sanadores.

Sonea asintió y consiguió esbozar una sonrisa.

—Y más aún el de los míos. ¿Cuándo crees que el administrador nos pedirá que tomemos una decisión?

Vinara arrugó el entrecejo.

—Todavía no ha determinado si la decisión nos corresponde a nosotros o al Gremio. En el primer caso, algunos podrían considerarla injusta, ya que para muchos tú eres la única maga superior que representa a los magos y aprendices de origen humilde. En cambio, si la dejamos en manos del Gremio entero...

—Tal vez no supondría una gran diferencia —la cortó Sonea—. Y seguramente algunos harían comentarios en público que podrían provocar un resentimiento duradero.

Vinara se encogió de hombros.

—Oh, no creo que podamos evitar eso. Pero acarrearía mucho más trabajo y alboroto, y Osen no está muy seguro de que el asunto lo merezca.

—Muy bien, pues. —Sonea dedicó una sonrisa sombría a la mujer y pasó por su lado—. Tal vez el caso de Norrin lo convenza de lo contrario.

Lorkin tendió la vista hacia los campos que bordeaban el camino, preguntándose cuánto tardaría en acostumbrarse a todo aquel verdor. Habían viajado a través del páramo durante tres días, y él se sentía como si el polvo seco del lugar hubiera llenado cada grieta de su piel y cada hueco de sus pulmones. Nunca en su vida había estado tan ansioso por darse un baño.

Por la noche se habían turnado para montar guardia por si se acercaba algún ichani mientras el otro dormía en el carruaje. El paso por el páramo estaba considerada la parte más peligrosa del trayecto —de ahí las precauciones—, si bien no se habían producido casos de ataques contra magos del Gremio por parte de magos sachakanos después de la invasión. Los embajadores anteriores habían divisado figuras que los observaban desde lejos, pero ninguna de ellas se les había acercado.

Lorkin dudaba que Dannyl y él hubieran podido resistir la acometida de bandoleros ichanis durante mucho tiempo, pero el embajador anterior les había dicho que siempre confiaban en que mostrar con su actitud que estaban preparados para combatir bastara para disuadirlos. Los ichanis que vagaban por el páramo y por las montañas sabían que el Gremio había conseguido

matar a Kariko y a su cuadrilla, aunque ignoraban cómo, así que se mantenían a una distancia prudente de todos los visitantes vestidos con túnica.

El segundo día, una tormenta de arena había obligado a Dannyl a sentarse junto al cochero para proteger con una barrera mágica a los caballos y el vehículo, así como para mantener visible el camino. El tercer día, las arenas dieron paso a matas y arbustos raquíticos. Cuando la vegetación se hizo más densa, empezaron a ver animales que pastaban. Luego, estos dieron paso a unos primeros sembradíos ralos, cuya salud y exuberancia aumentaron poco a poco hasta que el paisaje ofrecía un aspecto agradablemente rural y normal, siempre y cuando uno no se fijara demasiado en el horizonte sudoccidental.

De cuando en cuando aparecían conjuntos de edificios blancos rodeados de murallas del mismo color, a unos centenares de pasos del camino. Eran las fincas de los terratenientes poderosos de Sachaka, los ashakis. Solo después de ver las primeras Lorkin cayó en la cuenta de que las construcciones en ruinas junto a las que habían pasado en el páramo seguramente habían sido muy parecidas.

Aquella noche, Lorkin y Dannyl iban a visitar a un ashaki y a alojarse en su casa. Lorkin no estaba seguro de si el hormigueo de expectación nerviosa que sentía ante la perspectiva de conocer por fin a un sachakano era fruto de la emoción o del miedo. Dannyl se había entrevistado con el embajador sachakano en Imardin, pero como no estaba confirmado aún que Lorkin sería su ayudante, este no había sido invitado a la reunión.

«Estoy deseando llegar allí cuanto antes, pero ¿hasta qué punto se debe esto al hambre que tengo y a las ganas de dormir toda la noche de un tirón en una cama cómoda?»

El carruaje redujo la velocidad y salió de la carretera principal. A Lorkin se le aceleró el pulso. Se inclinó hacia la ventanilla y vio unos edificios blancos que se alzaban al final del camino angosto por el que avanzaban. Los muros eran lisos y curvos, sin bordes angulosos. Cuando se encontraban más cerca, avistó, al otro lado de un arco abierto en la pared, unas figuras delgadas que se movían en un espacio interior. Una de ellas se detuvo detrás del arco y se volvió para despedirse de los demás con la mano antes de desaparecer.

Cuando pasaron bajo el arco llegaron a un patio prácticamente desierto. Aquellas personas, fueran quienes fuesen, se habían esfumado. Una figura solitaria salió de una puerta estrecha mientras el coche se detenía, y se dejó caer suavemente boca abajo en el suelo.

Saltaba a la vista que era un esclavo. Lorkin miró a Dannyl, que esbozó una sonrisa lúgubre y se acercó a la portezuela del carruaje. El hombre que estaba en el suelo no se movió cuando el embajador se apeó, seguido por Lorkin. El joven alzó la mirada hacia el cochero, que tenía el ceño fruncido con desaprobación.

«Bueno, nos advirtieron que las cosas serían así. Mostrarse desconcertado sería absurdo, además de un poco grosero. No obstante, hay otras costumbres que son distintas aquí. El señor de la casa no sale a recibir a sus invitados. Les da la bienvenida una vez que están dentro.»

—Llévanos ante tu amo —ordenó Dannyl, en un tono que no era autoritario pero tampoco especialmente comedido.

Lorkin decidió que era un buen punto medio y que haría lo mismo cuando se dirigiera a un esclavo.

El hombre postrado se levantó y, sin alzar la vista y en silencio, cruzó de nuevo el arco para

acceder al edificio. Dannyl y Lorkin entraron tras él y enfilaron un pasillo. Las paredes del interior eran iguales que las exteriores, pero un poco más lisas. Al mirarlas más de cerca, Lorkin vio huellas de dedos en la superficie, que estaba recubierta de una especie de pasta. Se preguntó si los muros tenían un núcleo de piedra o ladrillo, o si estaban hechos en su totalidad de algún tipo de arcilla, aplicada en capas sucesivas.

Al llegar al final del pasillo, el esclavo se apartó a un lado y se arrojó al suelo. Dannyl y Lorkin entraron en una sala espaciosa cuyas paredes blancas estaban decoradas con tapices y esculturas. Había tres taburetes bajos, uno de ellos ocupado por un hombre que se puso de pie y les sonrió.

—Bienvenidos. Soy el ashaki Tariko. Ustedes deben de ser el embajador Dannyl y lord Lorkin.

—En efecto —respondió Dannyl—. Es un honor conocerle, y le estamos agradecidos por albergarnos en su hogar.

Aunque Dannyl le sacaba una cabeza al hombre, la constitución ancha de este daba la impresión de fuerza. Tenía la tez bronceada típica de los sachakanos, más clara que la de los lonmarianos pero más oscura que el color marrón miel de los elyneos. A juzgar por las arrugas en las comisuras de su boca y sus labios, Lorkin calculó que tenía entre cuarenta y cincuenta años. Llevaba una chaqueta corta con un bordado colorido encima de una prenda sencilla, y un pantalón confeccionado con la misma tela que la chaqueta, aunque menos adornado.

—Siéntense junto a mí —los invitó el ashaki Tariko, señalando los taburetes—. He apostado vigías en la carretera para que me avisaran cuando estuvieran ustedes cerca, a fin de tener la comida preparada cuando llegaran. —Se volvió hacia el esclavo arrodillado—. Ve a la cocina a informarles de que nuestros invitados ya están aquí.

El hombre se levantó de un salto y se marchó a toda prisa. Mientras seguía a Dannyl hacia los taburetes, Lorkin vislumbró el destello de algo metálico en la cintura de Tariko y se fijó en lo que era: un cuchillo con una vaina y una empuñadura primorosamente ornamentadas que llevaba al cinto. Era un objeto hermoso, con joyas engastadas e incrustaciones de oro.

De pronto, a Lorkin le bajó un escalofrío por la espalda.

«Es un cuchillo de mago negro. El ashaki Tariko es un mago negro.» Por un momento, lo asaltó una oleada de miedo que resultaba curiosamente estimulante, pero que se desvaneció con la misma rapidez, dejando tras sí una decepcionante estela de cinismo. «Ya, y también tu madre», pensó, y de repente comprendió que vivir en un país de magos negros no resultaría tan emocionante y novedoso como había imaginado.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por la afluencia súbita de hombres y mujeres que no llevaban otra prenda que una tela que les envolvía el torso, ceñida a la cintura por un cordón. Portaban bandejas con comida, o bien jarras y copas. Unos olores exóticos llegaron hasta la nariz de Lorkin, provocando que le gruñesen las tripas. Los esclavos, uno por uno, se acercaron al ashaki Tariko, mostrándole su carga con los brazos extendidos y la cabeza gacha, y se arrodillaron ante él. El primero llevaba los utensilios con que comerían el anfitrión y sus invitados: un plato y un cuchillo con la punta ahorquillada. A continuación, se repartieron las copas y se llenaron de vino. Por último, se sirvieron los platos sucesivos. El primero en elegir era Tariko, después Dannyl y finalmente Lorkin. El ashaki despedía a los esclavos con un discreto «vete».

«Primero el señor de la casa —recitó Lorkin para sus adentros—. Los magos antes que los no-magos. Los ashakis antes que los hombres libres sin tierras, los mayores antes que los jóvenes, los hombres antes que las mujeres. —Solo si una mujer era maga y además cabeza de familia se le servía antes que a los hombres—. De todos modos, las mujeres suelen comer separadas de los hombres. Me pregunto si el ashaki Tariko está casado.»

Los alimentos estaban muy condimentados, y algunos picaban tanto que Lorkin tenía que refrescarse la boca con un trago de vino cada pocos bocados. Aguantaba lo máximo posible, con la esperanza de acostumbrarse al calor y porque no quería acabar aturdido por la bebida, sobre todo en su primera noche como invitado de un mago negro sachakano.

Mientras Danyl y su anfitrión conversaban sobre el viaje a través del páramo, el tiempo, la comida y el vino, Lorkin observaba a los esclavos. Los últimos en ofrecerles los platos que llevaban eran los que habían esperado durante más tiempo, pero sus brazos cargados permanecían firmes. Resultaba extraño estar en la misma habitación que aquellas personas silenciosas mientras Tariko y Danyl charlaban prácticamente sin hacerles caso.

«Pertenece a Tariko —se recordó—. Los ponen a trabajar y los crían como ganado.» Se estremeció al intentar imaginar cómo debían de sentirse. Lorkin no fue capaz de prestar atención a la conversación hasta que los últimos platos fueron servidos y el último esclavo se retiró.

—¿En qué les afecta vivir tan cerca del páramo? —preguntó Danyl.

Tariko se encogió de hombros.

—Si el viento procede de esa dirección, se lleva toda la humedad. Puede estropear las cosechas si sopla durante mucho tiempo. Lo deja todo cubierto de una fina capa de polvo, tanto dentro como fuera. —Dirigió la mirada más allá de las murallas, hacia el erial—. El páramo crece un poco cada año. Algún día, dentro de mil años, tal vez, sus arenas se juntarán con las del norte, y toda Sachaka será un desierto.

—A menos que el proceso se invierta —dijo Danyl—. ¿Ha intentado alguien ganar terreno al páramo?

—Mucha gente. —«Claro que lo hemos intentado», parecía decir la expresión de Tariko—. Algunos lo han conseguido, pero nunca de forma permanente. Los que han estudiado el páramo dicen que el terreno fue despojado de su capa superior fértil, y que sin ella no retiene el agua y las plantas no pueden crecer.

Un brillo de interés asomó a la mirada de Danyl.

—Pero ¿no tienen idea de cómo hacerlo?

—No. —Tariko se encogió de hombros—. En el desierto del norte, llueve cada pocos años, y al cabo de unos días el paisaje se cubre de verde. El suelo es muy fértil gracias a las cenizas de los volcanes. Lo único que lo mantiene desértico es la falta de lluvia. Aquí llueve mucho, y aun así no crece nada.

—Debe de ser un espectáculo digno de verse —murmuró Lorkin—. Me refiero al desierto del norte en flor, claro.

Tariko le sonrió.

—Lo es. Las tribus dúneas se desplazan al sur para cosechar las plantas del desierto y vender las hojas secas, los frutos y las semillas en Arvice. Si tienen ustedes suerte de que este acontecimiento se produzca durante su estancia, tendrán la oportunidad de saborear algunas especias y manjares poco comunes.

—Eso espero —dijo Lorkin—, aunque me cuesta imaginar algo más exótico o delicioso que la cena de la que acabamos de disfrutar.

El sachakano soltó una risita, complacido por el elogio.

—Siempre he dicho que, de todos los esclavos, los buenos cocineros son los que más justifican su elevado precio, junto con los domadores de caballos.

Lorkin consiguió a duras penas contener una mueca de disgusto ante esta alusión despreocupada a la compra de personas, y se alegró de que Tariko no continuara hablando de ello. Tras una conversación sobre los alimentos típicos de Sachaka, en la que Tariko les recomendó que probaran unos platos y evitaran otros, el ashaki irguió la espalda.

—Deben de estar cansados, y ahora que les he dado de comer, no los entretendré más para que puedan darse un baño y acostarse.

Dannyl parecía desilusionado cuando su anfitrión se puso de pie, pero, para alivio de Lorkin, no protestó. Sonó un gong, y dos mujeres jóvenes entraron apresuradamente en la estancia y se postraron en el suelo.

—Acompañad a nuestros invitados a sus aposentos —ordenó Tariko, y sonrió a Dannyl y Lorkin—. Que descansen, embajador Dannyl y lord Lorkin. Les veré por la mañana.

Cery levantó la tapa, se inclinó hacia la mirilla y, entornando los ojos, echó un vistazo a la habitación que estaba al otro lado. Era estrecha, pero muy larga, por lo que el espacio total era considerable. Aunque la forma no le gustaba, permitía dividirla en una serie de cuartos más pequeños, con vías de escape distribuidas a lo largo.

Varios hombres trabajaban en el interior de la habitación, recubriendo de paneles las paredes de ladrillo, montando el armazón de los tabiques separadores y embaldosando el suelo. Dos estaban desobstruyendo la chimenea. En cuanto terminaran y recogieran los escombros, empezaría con la decoración, y la nueva guarida de Cery —y trampa para el Cazaladrones— sería un espacio lujoso y elegante.

—¿Seguro que quieres emplear al mismo cerrajero? —preguntó Gol.

Al volverse, Cery vio el ojo de su guardaespaldas iluminado por un pequeño círculo de luz procedente de otra mirilla.

—¿Por qué no habría de hacerlo?

—Dices que no crees que Dern te haya traicionado, y si nadie te traiciona, el Cazaladrones nunca caerá en nuestra trampa.

Cery posó la vista de nuevo en la mirilla y observó a los hombres mientras trabajaban.

—No quiero que la gente crea que lo culpo a él.

—Sigo sin tener claro lo de la cerradura. ¿Por qué iba Dern a introducir en ella un sistema para saber si alguien la ha abierto con magia, si era tan improbable que esto ocurriera?

—Quizá no creía que fuera improbable. Al fin y al cabo, soy un ladrón. Los asesinatos de ladrones han venido cometiéndose desde hace ya unos años.

—Entonces debe de tener una razón para sospechar que los mataron con la ayuda de la magia.

—Tal vez. Tal vez ha oído rumores sobre el Cazaladrones. Por otro lado, Dern siempre me ha parecido muy meticuloso, casi hasta un extremo ridículo, y creo que esta es la causa de que fabricara así las cerraduras, y no que supiera algo acerca del Cazaladrones y sus métodos.

Gol suspiró.

—Bueno..., sí, a veces se comporta de ese modo. Y aunque se mostró agradecido de que le dieras más trabajo, parecía... en fin, nervioso. Inquieto. No dejaba de repetir que si el Cazaladrones y el renegado resultaban ser reales y la misma persona, ve tú a saber qué otras leyendas podían ser verdaderas, como la del ravis gigante que se comía vivos a quienes bajaban a las cloacas, o que salía al Camino de los Ladrones y se llevaba a la gente a rastras.

—No me extraña que piense eso. —Cery sacudió la cabeza—. Yo siempre había creído que el renegado era un mito también. Desde hace veinte años corre el rumor de que hay un mago escondido en la ciudad, aunque Senfel se reincorporó al Gremio cuando lo indultaron y murió de viejo... ¿cuánto hace? ¿Nueve o diez años?

—Senfel le metió esta idea en la cabeza a la gente, al igual que Sonea. Ahora interpretan cualquier suceso extraño que podría ser mágico como una prueba de que hay otros renegados sueltos.

—Por lo visto no se equivocaban al respecto —comentó Cery y frunció el ceño—, razón de más para estar seguros antes de hablarle de ello a Sonea.

Gol soltó un gruñido de conformidad.

—¿Crees que deberíamos contarle a Skellin lo que estamos haciendo?

—¿A Skellin? —Por un momento, Cery se preguntó por qué, y entonces recordó el acuerdo al que había llegado con el otro ladrón—. No sabemos con certeza si la persona a quien estamos tendiendo una trampa es el Cazaladrones. Si encontramos pruebas de que lo es, se lo diremos a Skellin. De lo contrario... —Se encogió de hombros—. No me pidió que lo avisara si descubría a un renegado.

Los dos se quedaron contemplando las mirillas en silencio durante un rato, hasta que Cery dejó caer la tapa de la suya para cerrarla. Los albañiles estaban enterados de las rutas de escape que estaban construyendo, pero no de las que ya existían, ni de las mirillas por las que Cery y Gol los observaban.

—Vámonos.

El círculo de luz ante el ojo de Gol desapareció. Cery echó a andar, deslizando la mano por la pared.

«Me pregunto cuál de los trabajadores que he empleado filtrará la ubicación de mi nueva guarida.» Aunque Cery siempre trataba bien a los obreros, pagándoles una cantidad justa sin

retrasos, no podía estar totalmente seguro de su lealtad o su capacidad para guardar secretos. Averiguaba todo lo posible sobre ellos: si tenían familia, si se preocupaban de ella, si tenían deudas, para quién habían trabajado, quién había trabajado para ellos, y si había alguien, especialmente la Guardia, con quien preferían no toparse.

«Esta vez no. Aunque Gol ha empezado a recabar información, no hay tiempo para hacerlo a conciencia, pero eso no supone un problema. —A fin de que la trampa diera resultado, Cery necesitaba que alguien difundiera información sobre ella—. Por otro lado, si no tomo algunas precauciones, el Cazador podría pensar que eso es impropio de mí y empezaría a sospechar algo.»

Doblaron una esquina en el pasadizo, y luego otra.

—Ya puedes encender la lámpara —musitó Cery.

Al cabo de un momento, se oyó un chirrido leve, y de pronto el túnel quedó inundado de luz.

—¿Sabes que cualquiera de esos trabajadores podría ser el Cazador?

Cery se volvió hacia su amigo, que estaba detrás de él.

—Lo dudo.

Gol se encogió de hombros.

—Hasta el Cazador necesita comida que llevarse a la boca y un techo bajo el que vivir. De alguna manera tiene que ganarse la vida.

—A menos que sea rico —señaló Cery, volviéndose de nuevo.

—A menos que sea rico —convino Gol.

Antes, habría sido lógico suponer que el Cazador era rico. Solo los ricos aprendían magia. Pero en la actualidad, personas de toda condición podían ingresar en el Gremio. Y, si el Cazador carecía de dinero para sobornar a la gente, siempre podía chantajearla o amenazarla, valiéndose posiblemente de la magia para asustarla de forma más eficaz.

«Ojalá pudiera preguntarle a Sonea si ha desaparecido algún mago o aprendiz, pero no quiero correr el riesgo de reunirme con ella de nuevo mientras no tenga pruebas de que hay un renegado en la ciudad.»

Mientras tanto, más valía que procurase obtener esas pruebas sin morir en el intento.

Un nuevo desafío

El embajador anterior del Gremio en Sachaka le había dicho a Dannyl que Arvice no estaba rodeada por una muralla. Es decir, por una muralla defensiva. Había numerosos muros divisorios en Sachaka. Más altos que un hombre, o lo bastante bajos para pasar por encima fácilmente, siempre enlucidos y pintados de blanco, marcaban los límites de las propiedades. El único indicio de que Lorkin y él habían llegado a la ciudad era que ahora el camino estaba bordeado de muros altos, salvo en partes en que se habían derruido y no habían sido reparados.

«Hemos visto muchas ruinas —advirtió Dannyl—. Primero en el páramo, y luego, en las fincas, algún que otro cúmulo de paredes desmoronadas que parecían haber formado parte de mansiones. Y ahora, esto... —El carruaje pasó junto a otro muro derrumbado y, por el hueco que este había dejado, se alcanzaban a ver los restos chamuscados de un edificio—. Es como si la guerra Sachakana hubiera terminado hace solo unos años, y no hubieran tenido tiempo de reconstruirlo todo.»

Por otra parte, si la creación del páramo había reducido a la mitad la producción de alimentos en Sachaka, como aseguraba el ashaki Tariko, tal vez la población había disminuido proporcionalmente. No tenía sentido que reconstruyeran casas en las que no iba a vivir nadie.

«La guerra tuvo lugar hace setecientos años. Las casas abandonadas en aquel entonces sin duda desaparecieron hace tiempo. Estas ruinas deben de ser más recientes. Quizá la población continúa decreciendo poco a poco. O tal vez los propietarios son demasiado pobres para pagar reformas o reconstrucciones.»

El coche se acercaba a una joven que caminaba despacio por la calle con el manto sencillo de una esclava, ceñido con un cinturón. Alzó la vista hacia el vehículo que se aproximaba y se le desorbitaron los ojos. Se hizo a un lado, encorvó la espalda y fijó los ojos en el suelo mientras el carruaje pasaba junto a ella.

Dannyl frunció el ceño y se inclinó hacia la ventanilla para mirar hacia delante. Había varios esclavos más en la carretera, ante ellos. Ellos también reaccionaron con miedo cuando el coche se acercó. Algunos dieron media vuelta y arrancaron a correr en la dirección contraria. Los que estaban cerca de calles laterales se alejaron por ellas. Otros se quedaron paralizados, encogidos contra la pared más próxima.

«¿Se trata de un comportamiento habitual entre los esclavos? ¿Retroceden ante todos los carruajes, o solo ante los que son del Gremio, como este? En este último caso, ¿por qué nos temen? ¿Les han dado motivo para ello mis predecesores o los de Lorkin? ¿O es que tienen miedo de los kyralianos solo por los sucesos del pasado?»

El coche enfiló otra calle y atravesó una vía más ancha. Dannyl se percató de que allí los esclavos no se mostraban tan temerosos, aunque también se apartaban del carruaje. Después de doblar unas esquinas más, el vehículo giró bruscamente para entrar en un patio a través de

dos puertas y se detuvo. Un destello dorado captó la atención de Dannyl, que vio una placa en un costado de la casa en la que se leía: CASA DEL GREMIO EN ARVICE.

Dannyl se volvió hacia Lorkin. El joven estaba sentado con la espalda recta y los ojos centelleantes de emoción. Miró a Dannyl y agitó la mano en dirección a la puerta del carruaje.

—Primero los embajadores —dijo con una sonrisa de oreja a oreja.

Dannyl pasó al otro lado de la cabina, abrió la portezuela y se apeó. Había un hombre cerca, tumbado en el suelo. Por un momento a Dannyl le asaltó la preocupación de que el desconocido se hubiera desmayado. Entonces se acordó de lo que significaba aquello.

—Soy el embajador del Gremio Dannyl —dijo—, y este es lord Lorkin, mi ayudante. Puedes levantarte.

El hombre se puso de pie, sin despegar la vista del suelo.

—Bienvenidos, embajador Dannyl y lord Lorkin.

—Gracias —respondió Dannyl automáticamente, y acto seguido recordó, demasiado tarde, que los sachakanos se burlaban de esa clase de modales, que les parecían absurdos—. Llévanos adentro.

El hombre señaló una puerta cercana antes de girar sobre sus talones y franquearla. Echó un vistazo hacia atrás para asegurarse de que Dannyl y Lorkin lo seguían mientras avanzaba ante ellos por un pasillo. Como en la casa del ashaki Tariko, este conducía a una amplia estancia, la sala maestra. Sin embargo, en esta habitación se oía un murmullo incesante de voces. A Dannyl le sorprendió ver al menos a veinte hombres allí de pie, todos con las chaquetas cortas profusamente adornadas que los varones sachakanos llevaban como parte de su atuendo formal tradicional. Todas las miradas se posaron en él, y de inmediato se impuso el silencio.

—El embajador Dannyl y lord Lorkin —anunció el esclavo.

Uno de los hombres dio un paso al frente, sonriendo. Aunque tenía las espaldas anchas típicas de su raza, su cabello estaba entreverado de gris, y las arrugas que le rodeaban los ojos y la boca conferían a su rostro una expresión alegre. Llevaba una chaqueta de color azul marino bordada en oro, y un cuchillo ornamentado al cinto.

—Bienvenidos a Arvice, embajador Dannyl, lord Lorkin —dijo, echando a Lorkin una mirada breve antes de devolver su atención a Dannyl—. Soy el ashaki Achatí. Mis amigos y yo les esperábamos para saludarles y darles una primera muestra de la hospitalidad sachakana.

«El ashaki Achatí. —Una pequeña oleada de emoción recorrió a Dannyl al recordar este nombre—. Una figura clave en política y amigo del rey de Sachaka.»

—Gracias —respondió Dannyl—. Es para mí... —Miró a Lorkin y sonrió—. Es para nosotros un gran placer y un honor.

La sonrisa del ashaki Achatí se ensanchó.

—Permítanme que les presente a los demás.

Las voces inundaron la sala de nuevo mientras Achatí llamaba a los demás, de uno en uno o en parejas, para que conocieran a Dannyl. Le presentó a un hombre corpulento como el Maestro

del Comercio; uno bajito y encorvado resultó ser el Maestro de la Ley. El Maestro de la Guerra no tenía un aspecto acorde con sus funciones: era más delgado que el sachakano medio, y se comportaba de un modo demasiado frívolo para un cargo tan importante y serio. Aunque la simpatía del Maestro de Archivos parecía forzada, Dannyl no percibió en él el menor asomo de animadversión, solo un ligero aburrimiento.

—¿Y bien? ¿Tiene usted planes para divertirse cuando no esté enfrascado en sus tareas diplomáticas? —preguntó un ashaki llamado Vikato después de las presentaciones.

—Me fascina el pasado —contestó Dannyl—. Me gustaría aprender más sobre la historia de Sachaka.

—¡Ah! Entonces debería hablar con Kirota. —El hombre hizo un gesto hacia el Maestro de la Guerra—. Siempre está comentando algún episodio poco conocido del pasado o leyendo algún libro antiguo. Lo que constituye un pesado deber para la mayoría de los niños sachakanos es un pasatiempo agradable para él.

Dannyl dirigió la vista hacia el hombre delgado, que sonreía por algo que le estaban diciendo.

—¿Con el Maestro de Archivos no?

—No —dijo el ashaki Achatí sacudiendo la cabeza—, a menos que tenga usted dificultades para conciliar el sueño.

El ashaki Vikato rió entre dientes.

—Al viejo Richaki le interesa más documentar el presente que desenterrar el pasado. ¡Maestro Kirota!

El hombre delgado se volvió y sonrió cuando Vikato le hizo señas para que se acercara. Se abrió paso zigzagueando por la sala.

—¿Sí, ashaki Vikato?

—El embajador Dannyl ha manifestado interés por la historia. ¿Qué le propone usted que haga para satisfacer ese interés mientras esté en Arvice?

Kirota arqueó las cejas.

—¿De verdad le interesa? —Arrugó el entrecejo mientras reflexionaba—. No es fácil conseguir acceso a nuestros archivos o bibliotecas —le advirtió—. Todas nuestras bibliotecas son privadas, y se requiere una autorización del maestro Richaki para consultar los archivos de palacio.

Achatí asintió.

—Mantengo una buena relación con la mayoría de quienes poseen una biblioteca en Arvice. —Miró a Dannyl—. Si le parece bien, se los presentaré e intentaré obtener acceso a algunas de ellas.

—Le estaría sumamente agradecido si lo hiciera —respondió Dannyl.

Achatí sonrió.

—Será fácil. Todos querrán conocer al nuevo embajador del Gremio. En todo caso tendrá

dificultades para conseguir que ellos le dejen en paz durante el rato suficiente para leer algo. ¿Hay alguna etapa de la historia que le interese especialmente?

—La más antigua, que es la mejor. Y... —Dannyl hizo una pausa para pensar la mejor manera de expresar lo que quería decir—. Aunque me gustaría rellenar las lagunas en mis conocimientos de la historia sachakana, también me interesa todo lo que ayude a rellenar lagunas de la historia kyaliana.

—¿Tienen lagunas? —Kirota enarcó las cejas de nuevo—. Bueno, como todo el mundo. —Sonrió, y las arrugas de su rostro enjuto se hicieron más profundas, con lo que Dannyl cayó en la cuenta de que el hombre era mayor de lo que él había supuesto en un principio—. Tal vez pueda ayudarme a rellenar algunas de las lagunas en nuestra historia, embajador Dannyl.

Dannyl asintió.

—Haré lo que pueda.

Cuando Achatí paseó la vista por la habitación, tal vez para comprobar que no se hubiera olvidado de presentarle a alguien, Dannyl se percató de que, pese a que estaba rodeado de magos negros, se sentía muy a gusto. Aquellos hombres eran poderosos e influyentes, y él se había codeado con muchas personas así en el pasado. «Tal vez este cargo no resulte mucho más difícil de ejercer aquí que en Elyne, y no es que allí resultara fácil. Por otro lado, no parece que la magia negra sea incompatible con el interés académico. —Sintió un hormigueo de expectación al pensar en los documentos que podía encontrar en las bibliotecas privadas que Achatí había mencionado. Luego sintió una punzada de tristeza—. Habría estado bien compartir mis descubrimientos con Tayend, pero no estoy seguro de que ahora le hubieran interesado tanto. Y, a pesar de lo amables que parecen todos estos hombres, está más a salvo en Kyalia.»

La multitud aglomerada frente al hospital de Ladonorte no era tan grande como de costumbre. Caras pálidas se volvieron hacia el carruaje, con ojos brillantes de esperanza pero con expresión cautelosa. En cuanto el vehículo giró y pasó por entre las puertas, Sonea suspiró.

Cuando se inauguraron los hospitales, los enfermos habían acudido en muchedumbre a las puertas, junto con quienes esperaban ver a la legendaria maga de las barriadas, ex desterrada y defensora de Kyalia. Aquellos que no se sentían intimidados por su túnica negra la habían rodeado, suplicando o parlotando, obstaculizándole la entrada en el hospital para realizar el trabajo que tenía que hacer. Le habría parecido muy cruel ahuyentarlos por medio de la magia. Otros sanadores habían experimentado problemas similares con enfermos que aún no habían sido admitidos en el hospital, o con sus familiares, que imploraban su ayuda.

Por tanto, se habían construido junto a los hospitales caminos vallados para los carruajes, así como una entrada lateral. Permitían que los sanadores llegaran y caminaran desde el vehículo hasta el hospital sin que los acosaran.

Sonea esperó a que los guardias anunciaran que el campo estaba libre para apearse. Cuando les dedicó una sonrisa de agradecimiento, los dos guardias hicieron una reverencia. Oyó que la puerta lateral del hospital se abría.

—... y ya va siendo hora... ¡Oh!

Sonea se volvió para ver a la sanadora Ollia mirándola horrorizada.

—Lo siento, eh, Maga Negra Sonea. Estaba... estábamos...

—Soy yo quien debería disculparse. —Sonea sonrió—. Se me ha hecho tarde, o, mejor dicho, se le ha hecho tarde al sanador Draven. Su madre ha caído enferma de repente, así que he venido a sustituirlo. —Se hizo a un lado y movió la cabeza en dirección al carruaje—. Vete. Debes de estar cansada.

—Esto... gracias. —Sonrojada, Ollia se alejó a paso veloz y subió al vehículo.

Sonea volvió la vista al frente y entró en el hospital. Una sala grande repleta de material con una zona en el centro con asientos para sanadores y ayudantes agotados formaba un refugio de intimidad entre la entrada para carruajes y las salas para el público. Una joven con túnica verde estaba sentada en una de las sillas, con las comisuras de los labios curvadas hacia arriba en una sonrisa irónica.

—Buenas tardes, Maga Negra Sonea —dijo Nikea.

—Sanadora Nikea —respondió Sonea. Nikea le caía bien. La joven sanadora se había ofrecido voluntaria para trabajar en el hospital no mucho después de ingresar en el Gremio, y había descubierto su pasión por sanar y por ayudar a la gente. Sus padres eran criados de una familia que pertenecía a una de las Casas menos poderosas—. Todo parece tranquilo por aquí hoy.

—Más o menos. —Nikea se encogió de hombros—. ¿He oído bien? ¿Ha venido a sustituir al sanador Draven?

—Sí.

Nikea se levantó.

—Entonces más vale que avise a Adrea de que está aquí.

—Te acompaño.

Sonea la siguió hasta la zona principal del hospital a través de una puerta que cerró a su espalda con magia. Mientras avanzaba por el pasillo, escuchó los sonidos que se escapaban de las salas de tratamiento. Unos jadeos ásperos le indicaron que había un paciente con problemas respiratorios en una habitación, y los gemidos procedentes de otra puerta evidenciaban una enfermedad dolorosa. Todos los cuartos estaban ocupados, como siempre, algunos de ellos por un paciente y los dos familiares a los que las normas permitían quedarse allí para ayudar a atenderlo.

Había demasiado pocos sanadores dispuestos a tratar a la multitud de enfermos que acudían a los hospitales, y entre todos no daban abasto. Aunque hubieran obligado a todos los sanadores del Gremio a trabajar allí todos los días, no habrían sido suficientes. Sonea sabía desde el principio que tendría que mantener en funcionamiento los centros con una reserva limitada de energía sanadora.

Así pues, dosificaban la energía sanadora como si de un medicamento escaso y potente se tratara. Solo se curaba con magia a quienes no podían sobrevivir sin ella. A los demás se les trataba con medicinas y cirugía.

Esto había puesto de manifiesto que los sanadores del Gremio no sabían tanto sobre la sanación mágica como creían. Los que se habían unido a Sonea para atender a los pobres habían empezado a ampliar y desarrollar campos del conocimiento a los que hasta entonces se

había prestado poca atención. Algunos sanadores seguían considerando primitiva e innecesaria la sanación no mágica, pero lady Vinara, líder de sanadores, tendía a discrepar. Ahora enviaba con Sonea a los aprendices que preferían la disciplina de sanación para que aprendieran a aplicar remedios no mágicos y también la razón por la que seguían siendo necesarios.

Nikea enfiló el pasillo principal y guió a Sonea hasta la sala delantera del hospital. Una mujer baja y regordeta de cabello entrecano caminaba de un lado a otro, mirando con los brazos cruzados y una expresión severa a las personas que estaban sentadas en bancos a lo largo de las paredes. Sonea reprimió una sonrisa.

«Adrea. Una de nuestras primeras ayudantes no-magas.»

Cuando el primer hospital abrió sus puertas, los sanadores dedicaban el mismo tiempo a hablar con todos los que entraban para averiguar quién estaba enfermo y quién no que a tratar a la gente. Tenían que determinar la gravedad de la enfermedad o de la herida y asignar el paciente a un sanador que tuviera la experiencia y los conocimientos necesarios. Los sanadores no tardaron en quejarse de que estaban demasiado ocupados dirigiendo a la gente como para curarla. Intentaron delegar esta tarea en los aprendices, pero los más jóvenes eran demasiado jóvenes o inexpertos para lidiar con pacientes alterados y sus parientes, y los mayores necesitaban aprender algo más que a diagnosticar enfermedades y acarrear gente de un lado a otro.

La idea de hacer circular por las Casas una solicitud de voluntarios para echar una mano en los hospitales se le había ocurrido a lady Vinara. Sonea, que había supuesto que nadie respondería, había quedado sorprendida cuando, tres días más tarde, tres mujeres habían aparecido ante la puerta. De pronto había tenido que idear labores útiles que no fueran demasiado degradantes para las mujeres de clase alta, y que no causaran demasiados problemas si no se llevaban a cabo adecuadamente.

Solo una de aquellas mujeres había regresado al hospital después del primer día, pero al cabo de unas semanas, Adrea no solo había demostrado que era capaz de prestar un servicio útil, sino que había convencido a otras mujeres —amigas y familiares— de que probaran la experiencia de ser «ayudantes de hospital».

Unas semanas más tarde, empezaron a llegar más ayudantes. Los cotilleos sobre las primeras se habían extendido, y la opinión generalizada era que merecían admiración por sacrificar noblemente su tiempo y arriesgar su seguridad personal en beneficio de la ciudad. De pronto se había puesto de moda ser ayudante en un hospital, y hubo una avalancha de voluntarias.

La realidad del trabajo pronto empañó el entusiasmo de quienes solo seguían la moda, y el ritmo al que se apuntaban las voluntarias nuevas se estabilizó. Las ayudantes que quedaban no solo siguieron trabajando en los hospitales, sino que organizaron turnos y reuniones para idear maneras nuevas y mejores en que los no-magos pudieran ayudar a los pobres y a los sanadores.

—Adrea —la llamó Nikea.

La mujer se volvió y, cuando vio a Sonea, ejecutó una profunda reverencia.

—Maga Negra Sonea —dijo.

—Adrea —respondió Sonea—. Esta noche ocuparé el lugar del sanador Draven. Dame unos minutos, y luego envíame al primero.

La mujer asintió. Sonea se volvió de nuevo hacia el pasillo, dio un paso hacia la sala de reconocimiento, se detuvo y miró a Nikea.

—¿No hay nada por aquí que requiera una atención especial? —preguntó, haciendo un gesto en dirección a las habitaciones de los pacientes.

Nikea sacudió la cabeza.

—Nada de lo que no podamos ocuparnos nosotras. Somos tres las que estamos trabajando en las habitaciones. Hemos dado de comer a todos los pacientes, y la mitad de ellos debe de estar dormida ya. Si surge algo, ya la avisaré.

Sonea movió la cabeza afirmativamente. Se dirigió a la primera puerta de la izquierda y la abrió. La habitación que había al otro lado era apenas lo bastante grande para que cupieran dos sillas, un armario cerrado con llave y una cama estrecha pegada a la pared. Como estaba oscuro, ella creó un globo de luz y lo hizo flotar cerca del centro del techo.

Se sentó en una de las sillas, respiró hondo y se preparó para recibir al primer paciente. Adrea haría sonar un gong si llegaba alguien que necesitara atención urgente. Los demás acudían a la sala de reconocimiento, donde un sanador los examinaba e interrogaba antes de sanarlos con magia o tratarlos con medicina o cirugía menor.

Si el paciente requería cirugía mayor, pero no con urgencia, concertaban una cita con él para otro día.

Se oyeron golpes en la puerta. Sonea invocó un poco de magia y la proyectó hacia el pomo para hacerlo girar y tirar de él hacia dentro. Al hombre que estaba de pie al otro lado pareció sorprenderle que no hubiera nadie detrás de la puerta, pese a que había visitado varias veces el hospital.

—Cantero Berrin —dijo Sonea—. Pase.

Se mostró aliviado de verla. Hizo una reverencia, cerró la puerta, se acercó a la silla y se sentó.

—Tenía la esperanza de que estuviera usted aquí —comentó.

Ella asintió.

—¿Cómo se encuentra?

El hombre se frotó las manos y reflexionó antes de responder.

—Creo que no ha dado resultado —dijo al fin.

Sonea lo contempló, meditabunda. Él había ido al hospital por primera vez hacía un año y se había negado a especificar cuál era su problema. Ella había supuesto que se trataba de algo embarazoso y privado, pero lo que el cantero había confesado, poco a poco y de mala gana, era su adicción a la craña.

Sonea sabía que él había tenido que armarse de valor para reconocerlo. Era uno de aquellos hombres que trabajaban duro y se preciaban de ganarse la vida «honradamente». Sin embargo, cuando su esposa había muerto al dar a luz a su primer hijo, que no había sobrevivido, el dolor y el sentimiento de culpa lo habían embargado hasta tal punto que lo habían empujado a probar la mercancía de un vendedor de craña persuasivo. Cuando la pena remitió lo suficiente

para que él pudiera reincorporarse al trabajo, descubrió que no era capaz de dejar la droga.

Al principio, ella lo había animado a reducir las cantidades que consumía y a sobrellevar los dolores, el ansia y el mal humor que se apoderaban de él. Berrin había logrado seguir su consejo, pero había quedado agotado. No obstante, su deseo de experimentar la sensación adormecedora y liberadora de la craña no se había debilitado. Finalmente, al cabo de varios meses, Sonea se apiadó de él y decidió valerse de la magia para intentar acelerar el proceso.

Todos los sanadores coincidían en que la adicción a la craña no era una enfermedad, por lo que utilizar magia para curarla implicaba malgastar un recurso muy valioso. Sonea estaba de acuerdo, pero Berrin era un buen hombre del que se habían aprovechado en su momento de mayor vulnerabilidad. Lo había sanado en secreto.

—¿Por qué cree que no ha funcionado? —le preguntó.

Él bajó la vista, con los ojos desorbitados de angustia.

—Todavía la necesito. No tanto como antes. Creía que el ansia iría disminuyendo, pero no ha sido así. Es como... un grifo que gotea. Casi no hace ruido, pero está allí, atormentándome.

Sonea frunció el entrecejo y le indicó con un ademán que se acercara. El hombre arrastró la silla hacia ella. Ella extendió los brazos, colocó las manos a los lados de su cabeza y cerró los ojos.

Sanarlo había sido una experiencia extraña. No presentaba síntomas evidentes: ni desgarros, ni fracturas ni infecciones que su cuerpo ya estuviera intentando combatir. Por lo general, un sanador podía leer en el cuerpo cuál era el problema y dejar que el organismo condujera la magia aplicada a los lugares donde podía reparar los daños. En ocasiones, el problema era demasiado sutil, pero permitir que el cuerpo empleara la magia para recuperar la salud daba resultado casi siempre.

En Berrin había percibido un malestar procedente de varias direcciones. Residía en las vías de la sensación y en su cerebro, pero era tan tenue que ella no tenía idea de cómo curarla. Por tanto, había dejado que el organismo del cantero la guiara, y cuando el malestar se desvaneció, ella supo que su trabajo había terminado.

Los dolores habían desaparecido, y el humor de Berrin había mejorado. Sin embargo, no había dicho nada acerca de su ansia persistente de consumir craña. Por otro lado, tal vez esta era demasiado débil para que él la notara en un principio. «O quizá ha empezado a consumirla de nuevo.»

Proyectó su mente con el fin de buscar la sensación de malestar en el interior del cuerpo de Berrin. Para su sorpresa, no encontró nada. Cuando se concentró más, detectó indicios de sanación natural en torno a las ampollas de las manos y ciertos dolores musculares de la espalda. Sin embargo, el resto de su cuerpo estaba sano y en forma.

Ella abrió los ojos y retiró las manos.

—No le pasa nada malo —afirmó, sonriendo—. No he percibido ninguna de las señales que notaba antes.

El cantero puso cara larga y le escrutó el rostro.

—Pero... no estoy mintiendo. Sigue allí.

Sonea frunció el ceño.

—Eso es... raro. —Bajo su mirada fija, meditó sobre lo que sabía de él. «No es propio de él mentir. La mera idea de que la gente lo crea capaz de mentir lo angustia. De hecho, intuyo que su siguiente pregunta será...»

—¿Cree que me lo estoy inventando? —inquirió él en voz baja y temerosa.

Ella negó con la cabeza.

—Pero esto resulta desconcertante. Y frustrante. ¿Cómo voy a sanar lo que no soy capaz de detectar? —Extendió las manos a los lados—. Lo único que puedo decirle es que tenga paciencia. Quizá aún tenga reminiscencias del ansia, como cuando uno recuerda el tacto de alguien o el timbre de una voz. Con el tiempo, si no se recrea usted en ese recuerdo, quizá su organismo acabe por olvidarlo.

Él asintió con expresión pensativa.

—Eso puedo hacerlo. Tiene sentido. —Se enderezó y la miró con expectación.

Sonea se levantó, y él la imitó.

—Bien. Si la sensación empeora, vuelva a verme.

—Gracias. —Se inclinó torpemente ante ella, se dirigió hacia la puerta y lanzó una mirada hacia atrás, sonriendo con nerviosismo, cuando Sonea la abrió por medio de la magia.

Cuando la puerta se cerró tras él, ella reflexionó sobre lo que había encontrado —o no había podido encontrar— en su cuerpo. ¿Cabía la posibilidad de que la magia no pudiera curar la adicción? ¿La craña ocasionaba algún tipo de cambio físico permanente e indetectable?

«En caso afirmativo, ¿puede el cuerpo de un mago eliminar a través de la sanación los efectos de su propia adicción a la craña? —Como el cuerpo de los magos se sanaba a sí mismo de forma automática, ellos rara vez enfermaban, y vivían más años que los no-magos—. Si no puede, entonces es posible que un mago se vuelva adicto a la droga.»

Pero seguramente no de inmediato. Muchos magos y aprendices habían probado la craña sin hacerse adictos. Quizá solo algunas personas tenían predisposición a la adicción. O tal vez la droga tenía un efecto acumulativo: había que consumirla varias veces para que los daños fueran permanentes.

«Sea como fuere, las consecuencias podrían ser tan trágicas como peligrosas. Los magos adictos a la craña podrían ser objeto de sobornos y manipulaciones por parte de sus proveedores. Y con toda seguridad los proveedores son delincuentes o están relacionados con los bajos fondos.»

De pronto le vino a la memoria la aseveración de Regin de que en la actualidad los aprendices y magos de las clases superiores se relacionaban más a menudo con delincuentes. Ella había creído que la situación no era peor de lo que había sido siempre. Pero ¿y si él estaba en lo cierto? ¿Era la craña el motivo? Un escalofrío le bajó por la espalda.

Cuando se oyeron otros golpes en la puerta, ella respiró hondo y dejó a un lado estos pensamientos. Por el momento, su deber era centrarse en los enfermos de las clases bajas. El Gremio tendría que afrontar las consecuencias de los actos cometidos por los miembros más

insensatos de las Casas.

«Pero no perdería nada con averiguar si alguno de los otros sanadores, o incluso las ayudantes de los hospitales, saben de algún mago que se haya vuelto adicto a la craña, o que se haya visto arrastrado hacia el mundo de la delincuencia. Tal vez sería útil también pedirles que se lo pregunten a sus pacientes. No hay nada que guste más a los pacientes y familiares aburridos que pasar el rato cotilleando.»

Lorkin no tenía idea de qué hora era cuando las visitas se marcharon por fin, y Dannyl y él pudieron retirarse a descansar. En cuanto el último invitado se fue, los dos se miraron entre sí e hicieron una mueca de alivio.

—Son más sociables de lo que imaginaba —comentó Dannyl.

Lorkin asintió en señal de conformidad.

—Podría dormir durante una semana.

—Por lo que parece, tendremos suerte si nos conceden un día para recuperarnos del viaje. Será mejor que durmamos mientras podamos. —Dannyl se volvió hacia una esclava, una joven que se apresuró a arrojarse al suelo—. Lleva a lord Lorkin a sus aposentos.

Ella se puso en pie de un salto, echó una mirada a Lorkin y señaló una puerta.

Mientras Lorkin la seguía por un pasillo, su ánimo decayó ligeramente. «Cada vez que hacen eso, algo se me remueve por dentro. Pero ¿es solo porque sé que son esclavos? Cuando la gente me dedica reverencias por ser un mago, no me molesta. ¿Cuál es la diferencia?»

Quienes se inclinaban ante él no lo hacían porque estuvieran obligados, sino porque lo consideraban de buena educación. No pesaba sobre ellos la amenaza de que los azotaran, los ejecutaran o les hicieran lo que fuera que los sachakanos hacían a los esclavos desobedientes.

El pasillo se curvaba a la izquierda, siguiendo el extraño contorno circular de la sala maestra. Más adelante se bifurcaba, y la esclava enfiló el ramal derecho. «Me pregunto por qué no hacen sus paredes rectas. ¿Les resulta más fácil construirlas así, o más complicado? Apuesto a que hay recovecos pequeños y curiosos aquí y allá. —Extendió el brazo para tocar el liso enlucido de la pared—. Es curiosamente agradable. Sin bordes angulosos.» La esclava giró bruscamente para franquear una puerta. Lorkin la siguió y se detuvo en medio de otra habitación de forma extraña.

Era casi circular, pero no del todo. Estaba iluminada por pequeñas lámparas de pie distribuidas por toda la habitación. Las paredes estaban decoradas con tapices o esculturas colocadas en hornacinas. Su baúl se encontraba en el suelo, junto a una de las puertas. El cuarto con el que comunicaba también estaba iluminado con lámparas, y en él había una cama cuyo aspecto, para alivio de Lorkin, no era distinto del de una cama kyraliana común y corriente.

La esclava se había detenido junto a una pared, con la cabeza gacha y la mirada baja. «¿Piensa quedarse allí, o se irá? Tal vez se marche cuando le indique que estoy contento con la habitación.»

—Gracias —dijo—. Todo está bien.

Ella permaneció inmóvil, sin hablar. Su expresión, o lo poco que él alcanzaba a ver de ella, no

cambió.

«¿Qué hará si entro en el dormitorio? —Pasó junto a ella, cruzó la puerta y miró la cama—. Sí, definitivamente parece una cama normal. —Al volverse, vio que ahora ella estaba en el dormitorio, de pie contra la pared, en la misma postura de antes—. Ni siquiera la he oído entrar. —Seguramente tenía que ordenarle que se retirara, pero cuando abrió la boca para hablar, se detuvo—. Debería aprovechar la oportunidad para averiguar cómo funciona la relación entre amo y esclavo. ¿Ella es mi sirvienta personal, o hay una serie de criados con cometidos distintos?»

—En fin —dijo—. ¿Cómo te llamas?

—Tyvara —respondió ella, con una voz inesperadamente profunda y melódica.

—¿Y cuál es tu papel aquí, Tyvara?

Ella se quedó callada por un momento, alzó la vista y sonrió. «Eso está mejor», pensó él. Sin embargo, al mirarla a los ojos, vio que no armonizaban con la sonrisa. No revelaban nada. Eran tan negros que él apenas podía distinguir dónde empezaba la pupila y dónde acababa el iris. Esto le provocó un escalofrío que no era exactamente de inquietud, pero tampoco de emoción.

Ella se apartó de la pared y caminó hacia él. Bajó la vista hacia su pecho. Extendió los brazos hacia el fajín de su túnica y comenzó a desatarlo.

—¿Qué... qué haces? —dijo él, agarrándola por las manos para detenerla.

—Es una de mis obligaciones —respondió ella con el entrecejo fruncido, soltando el fajín.

A Lorkin el corazón le latía a toda prisa. Su cuerpo se había inclinado más por la emoción que por la intranquilidad. «No debo sacar conclusiones precipitadas —se dijo—. Además, si el hecho de que me atienda alguien que no puede negarse ya resulta bastante desagradable, acostarme con alguien que está obligada a ello debe de ser aún más desalentador.» En cuanto se imaginó que miraba fijamente aquellos ojos oscuros y vacíos, todo su interés se desvaneció.

—Los kyralianos preferimos desvestirnos nosotros mismos —le dijo, soltándole las manos.

Ella asintió y retrocedió un paso, mientras sus misteriosos ojos reflejaban desconcierto y obediencia. «Mejor eso que nada.» Se alejó hasta la pared, donde adoptó de nuevo su postura anterior. Él contuvo un suspiro.

—Puedes retirarte —le dijo.

Ella se quedó quieta por un instante, con las cejas enarcadas hacia arriba, antes de apartarse de la pared rápidamente y desaparecer por la puerta con pasos silenciosos.

Lorkin se acercó a la cama y se sentó.

«Vaya, eso ha sido incómodo y violento. —Y un poco raro. Ella no había respondido a su pregunta, aunque, por otro lado, preguntar a una esclava cuál era su papel cuando estaba de pie en un dormitorio quizá era una clara insinuación de que uno quería acostarse con ella—. Soy un idiota. Claro que lo es. —Suspiró—. Tengo que aprender —pensó, apesadumbrado—. Y como Dannyl es la única otra persona libre aquí, no me queda otro remedio que aprender de los esclavos. Si Tyvara es mi criada personal, la veré con mayor frecuencia que a los otros esclavos. Y si voy a interrogar a una esclava, más vale que lo haga en privado, donde ningún

sachakano pueda oírme y darse cuenta de lo ignorante que soy. —Decidió que, en cuanto se le presentara la ocasión, interrogaría a Tyvara sobre la etiqueta que debía observar el amo con los esclavos—. Y espero que podamos establecer una serie de normas para el trato entre nosotros dos, reducir los gestos de sumisión hasta un punto que no me incomode tanto, sin que llegue a incomodarla a ella.»

En pocas palabras, tendría que hacerse amigo suyo. Seguramente no le costaría mucho. Nunca tenía dificultades para entablar amistad con mujeres. Eran los enredos amorosos los que le causaban más problemas de los que merecía la pena. Encontrar la manera de hacerse amigo de una esclava sachakana tal vez constituiría un nuevo reto, pero sin duda estaba al alcance de sus posibilidades.

Información tentadora

A solas en su guarida nueva, Cery escuchaba el silencio.

Cuando todo estaba en calma como en aquel momento, y Gol había salido para ocuparse de los negocios, Cery podía cerrar los ojos y dejar que los recuerdos salieran a la superficie. Primero oía las voces y las risas de sus hijos. Akki, el mayor, le tomaba el pelo a Harrin. Luego, la suave reprimenda de Selia.

Cuando tenía suerte los veía sonrientes y alegres. Cuando no, le venía a la mente el recuerdo de sus cadáveres, y él se maldecía por haberlos mirado a pesar de que sabía que las imágenes lo torturarían para siempre. «Pero merecían que los mirase, que me despidiera de ellos. Y si no los hubiera visto, tal vez me aferraría a esa sensación que me asalta cuando me despierto, la sensación de que siguen allí, vivos, esperándome.»

Un ruido metálico y desapacible interrumpió sus pensamientos, pero mientras se despabilaba decidió que era mejor así. Si permitía que el dolor lo distrajera de su misión, tal vez no tendría la oportunidad de vengar su muerte.

El tañido era una señal que indicaba que alguien se aproximaba a la guarida. «¿Se trata, por fin, del Cazaladrones?» Cery se levantó de su sillón y echó a andar despacio por la habitación. El primer sonido se apagó y dio paso a uno distinto. Cada peldaño de la escalera que descendía desde la destilería de bol situada encima de la guarida se combaba ligeramente bajo el peso de una persona y activaba un mecanismo que ocasionaba que un golpeteo resonara en las habitaciones de abajo. Cery contó los golpes, notando que su corazón se aceleraba hasta acompañarse al ritmo.

Contempló los paneles que ocultaban la vía de escape secreta más cercana. «Ha transcurrido poco más de una semana. Eso no es mucho. Si yo quisiera matar a un ladrón, lo planearía con sumo cuidado. Dedicaría el máximo de tiempo posible a investigar a mi víctima. Dejaría que se acomodara en su nueva guarida y que los guardias se relajaran y se volvieran perezosos. —Frunció el ceño—. Pero no quiero pasarme semanas esperando aquí. Si el que se acerca no es el Cazaladrones..., tal vez haya una manera de hacerle creer que no dispone de mucho tiempo...»

Hubo una pausa, luego sonó una campanilla con una combinación de toques conocida, y Cery soltó el aire que había estado conteniendo sin darse cuenta. Era la señal de Gol.

Cery se dirigió a la otra pared, empujó a un lado uno de los biombos de papel fijados en las paredes de forma que parecieran ventanas, para aliviar la sensación opresiva de estar bajo tierra. Detrás había una rejilla de ventilación en un hueco poco profundo. La hizo girar hasta abrirla y bajó la palanca que había dentro. A continuación, echó un vistazo a través de un cristal ahumado para cerciorarse de que el recién llegado fuera en efecto Gol.

Cuando la figura enfiló el pasillo que estaba al otro lado del cristal, Cery lo reconoció tanto por su forma de moverse como por su estatura y su rostro. El hombre corpulento llegó al final del

corredor y esperó. Cery se acercó de nuevo a la rejilla y subió la palanca.

Un momento después, la puerta de la guarida se abrió, y Gol entró en la habitación. El hombretón arqueó las cejas.

—¿Alguna visita mientras yo no estaba?

Cery se encogió de hombros.

—Ni una. Se ve que no soy tan popular como antes.

—Siempre he pensado que es mejor tener unos pocos buenos amigos que muchos malos.

—La gente como yo no tiene mucho de donde escoger. —Cery se dirigió a uno de los armarios y lo abrió—. ¿Una copa de vino?

—¿Tan temprano?

—La única alternativa es que pierdas de nuevo a las fichas.

—Entonces, vino.

Cery sacó una botella y dos copas del armario y las llevó a la mesa pequeña situada entre los lujosos sillones del centro de la habitación. Gol se sentó frente a él, cogió la botella y comenzó a forcejear con el tapón.

—Hoy me han dado una buena noticia —anunció Gol.

—¿Ah, sí?

—Me han contado que tienes una guarida nueva, y que es más segura que la del resto de los ladrones de la ciudad. —El tapón cedió, y Gol sirvió un poco de vino en las copas.

—¿De veras?

—Sí, y que no eres tan listo como te crees. Hay una forma de entrar, si uno sabe cómo. —Gol le tendió una copa a Cery.

Este la cogió, fingiendo preocupación.

—Qué terrible. Tengo que acordarme de arreglar eso. Ya lo haré en algún momento. —Tomó un sorbo. El vino era fuerte y añejo. Sabía que era excelente, pero no lo entusiasmó. Nunca había conseguido que el vino le gustara de verdad; prefería entrar en calor con una jarra de bol. Pero, para relacionarse con ciertas personas, valía la pena saber distinguir un vino bueno de uno malo, y las añadas buenas podían ser una inversión provechosa.

Dejó la copa en la mesa y suspiró.

—Creo que sé cómo se sentía Sonea, hace muchos años, cuando estaba encerrada en el escondite de Farén. Aunque yo no prendo fuego a los muebles por intentar aprender a controlar la magia.

—No, pero esto también tiene que ver con la magia. —Gol bebió un poco de vino, meditabundo—. La otra noche me puse a pensar en el tal Cazaladrones. ¿Hasta qué punto crees que domina la magia?

Cery se encogió de hombros.

—Lo bastante para abrir cerraduras. —Arrugó el entrecejo—. Debe de controlarla, pues lleva años utilizándola, según los rumores. De lo contrario, ya se habría matado hace tiempo.

—Alguien tuvo que enseñarle a controlarla, ¿no?

—Así es.

—Entonces o hay otro renegado que se lo enseñó, o lo aprendió de un mago del Gremio. —Gol parpadeó cuando se le ocurrió algo—. Tal vez de Senfel, antes de que muriera.

—Dudo que Senfel fuera tan confiado.

Gol abrió mucho los ojos.

—¿Te has planteado la posibilidad de que el Cazaladrones sea un mago del Gremio que intenta acabar con todos los ladrones?

—Claro. —A Cery le bajó un escalofrío por el espinazo. El difunto Gran Lord había cazado magos negros espías en la ciudad durante años sin que el Gremio lo supiera. Comparada con eso, la idea de un mago justiciero que quisiera borrar del mapa a los líderes criminales de los bajos fondos no parecía tan descabellada.

«Bueno, cuando el Cazador caiga en mi trampa, lo averiguaremos.»

—Ojalá esto no lleve mucho tiempo —suspiró Cery. Reflexionó sobre lo que había pensado antes: que podía dar motivos al Cazaladrones para creer que disponía de poco tiempo. «Propagar el chisme de que estoy a punto de marcharme de Imardin, por ejemplo. —Sin embargo, un rumor así seguramente desalentaría al Cazaladrones. El hombre debía de estar mentalizado para tomarse su tiempo, pues llevaba años asesinando ladrones—. Tengo que ser un cebo paciente. Nadie atacará a un ladrón sin planearlo meticulosamente.»

¿Había algún otro tipo de cebo que permitiera al Cazaladrones obrar sin tanta cautela o paciencia, algo que pudiera guardarse en un sitio menos protegido sin dar lugar a sospechas?

¿Qué sentiría la tentación de cazar o robar un mago renegado y justiciero?

La respuesta le llegó a Cery con una oleada de emoción que lo hizo inspirar bruscamente.

«¡Conocimientos de magia! —Irguió la espalda en su asiento—. Si nuestro Cazador es un mago renegado, debe de haber aprendido magia fuera del Gremio. Incluso si perteneció al Gremio en otro tiempo, debe de codiciar la gran cantidad de conocimientos que posee la asociación. Y, si es un mago justiciero del Gremio, estará obligado a investigar y eliminar todo conocimiento de magia que caiga en malas manos.»

—¿Qué te pasa? —preguntó Gol, mirando alrededor—. ¿Se ha disparado una de las alarmas?

—No —lo tranquilizó Cery—, pero creo que eso ya no importa. Se me ha ocurrido una manera incluso mejor, y más rápida, de incitar a nuestra presa a delatarse. —Empezó a explicarlo y observó cómo la expresión de Gol pasaba de la sorpresa al entusiasmo y luego a la decepción.

—Pareces desilusionado —señaló Cery.

Gol se encogió de hombros y agitó una mano en dirección a la habitación.

—Supongo que ya no necesitaremos todo esto. Con todo el trabajo y el dinero que costó... Además, lo construimos con tantos defectos que no podrás instalarte aquí más adelante. Es una pena.

Cery paseó la vista en torno a sí con aire reflexivo.

—Me temo que tienes razón. Tal vez cuando todo esto termine y la gente se haya olvidado del asunto, podamos reparar esos defectos. Pero, por lo pronto, no podemos guardar aquí nuestro nuevo cebo. Necesitamos un sitio menos seguro, para que él ataque antes.

—Supongo que lo mejor será que vaya a comprar libros de magia para ti —dijo Gol, dejando su copa.

—No te resultarán tan fáciles de encontrar. De ser así, no tendría sentido utilizarlos como cebo.

Gol sonrió.

—Oh, no he dicho que vaya a conseguir libros auténticos. Mandaremos a hacer unos falsos.

—Eso llevaría tiempo. Quizá lo único que necesitamos sea difundir el rumor de que hay libros en alguna parte.

—¿Crees que el Cazaladrones se expondría a que su condición de mago saliera a la luz solo por un rumor sobre libros de magia? No investigará a menos que sepa que alguien los ha visto.

—De acuerdo, encarga unos falsos. —Cery torció el gesto—. Pero... asegúrate de que no tarden tanto como los copistas de libros de verdad, o valdrá más que me quede aquí esperando a que el Cazaladrones venga a por mí.

Dannyl le entregó su plato al esclavo y resistió el impulso de darse unas palmaditas de satisfacción en la barriga. Empezaba a gustarle la extraña manera en que se servían las comidas en Sachaka. Dejar que los invitados eligieran los alimentos de las fuentes que les ofrecían les permitía comer la cantidad que les apeteciera. Al principio, él se había sentido obligado a probar cada plato, pero advirtió que los otros comensales no hacían lo mismo, sino que adoptaban una actitud melindrosa que no parecía molestar al anfitrión.

También reparó en que nadie hacía comentarios sobre la comida, lo que supuso un alivio para él, pues algunos de los platos estaban condimentados con especias tan picantes, o tan inesperadamente amargas o saladas, que no había sido capaz de terminarse lo que se había servido. Aunque por lo visto los sachakanos no solían tomar postre, cuando recibían visitas durante el día procuraban disponer sobre las mesas platos con nueces, fruta o dulces.

Aquella noche, el anfitrión de Dannyl era un ashaki voluminoso llamado Itoki. El historiador sabía que este era uno de los hombres más poderosos de Sachaka y primo del rey. Al parecer, el ashaki Achatí, el hombre que había recibido a Dannyl y a Lorkin cuando habían llegado a la Casa del Gremio, estaba encargado de presentar a Dannyl a las personas adecuadas en el orden correcto. Aunque no se lo había dicho explícitamente, se lo había dado a entender.

—Y ahora, ¿qué hacemos? —preguntó Itoki, pasando la mirada de Dannyl a Achatí—. Mis baños son lo bastante espaciosos para las visitas, y mis esclavos están bien adiestrados en el arte del masaje.

—Quizá al embajador Dannyl le interese ver esos mapas antiguos que coleccionas —sugirió

Achati.

Dannyl sintió un destello de esperanza. Desde hacía años le fascinaban los mapas antiguos, que siempre podían contener información relevante para sus estudios.

—No quisiera aburrir a mi invitado —dijo Itoki, dubitativo.

—No olvides lo que te he dicho antes: el embajador Dannyl es historiador, y no me cabe la menor duda de que le parecerán muy interesantes.

Itoki miró a Dannyl, esperanzado. Este asintió.

—Así es.

El hombre desplegó una gran sonrisa y se frotó las manos.

—Oh, estoy seguro de que quedará impresionado. Son los mapas más avanzados jamás trazados. —Se puso de pie, y Achati y Dannyl siguieron su ejemplo—. Les llevaré a la biblioteca.

Recorrieron unos pasillos blancos y curvos hasta un conjunto de habitaciones similares a las que habían asignado a Dannyl en la Casa del Gremio, o a aquellas en que Lorkin y él se habían alojado cuando habían pernoctado en casas de ashakis durante el viaje a Arvice. ¿Eran todas iguales? ¿Cuánto tiempo llevaban los sachakanos construyendo así sus viviendas?

En la sala central había unos taburetes, un montón considerable de cojines en el medio y varias vitrinas a lo largo de las paredes. A través de las puertas que había alrededor, Dannyl alcanzó a ver varias más. Itoki se acercó a una vitrina, extrajo una llave de un bolsillo interior de su chaqueta y abrió las puertas.

Dentro había varios tubos de metal colocados verticalmente. Itoki deslizó los dedos por ellos con actitud reverente, eligió uno y lo sacó de la vitrina. Se dirigió hacia los cojines, echó varios a un lado para despejar una zona en el suelo y se acomodó en un taburete con un gruñido de esfuerzo.

—Si se sitúan ustedes allí y allí —señaló—, podremos sujetar una esquina cada uno y colocar un peso encima de la otra.

Achati acercó un taburete a una de las posiciones indicadas, y Dannyl arrimó otro a la segunda. Se sentaron y observaron cómo Itoki destapaba el tubo y extraía de él un rollo de papel amarillento.

—No es el original, claro está —dijo el hombre—. Se trata de una copia, pero aun así tiene más de cuatrocientos años y es un poco delicada. —Depositó el rollo en el suelo y comenzó a desplegarlo. Dannyl sujetó automáticamente el borde que tenía más cerca para evitar que volviera a enrollarse de golpe. Achati lo imitó. A una mirada de Itoki, un taburete se elevó y se desplazó flotando hasta posar una pata sobre la esquina que quedaba.

Ante sus ojos apareció una gran maraña de líneas concéntricas. Ríos azules las atravesaban, y a lo largo de varios de ellos, los caminos reproducían y reflejaban cada uno de los meandros. Dibujos diminutos de edificios, campos y los muros bajos que delimitaban las fincas recubrían el mapa. «¿Curvas de nivel en un mapa de hace cuatrocientos años? El Gremio no desarrolló la técnica de las curvas de nivel hasta hace doscientos. Pero... esto es una copia.»

—¿Qué antigüedad tiene el mapa original? —preguntó.

—Más de setecientos años —respondió Itoki, con un deje de orgullo—. Han pasado de generación en generación en mi familia desde la guerra Sachakana.

—¿Posee usted los originales?

—Sí. —Itoki sonrió de oreja a oreja—. Pero están partidos en trozos, y son demasiado delicados para manipularlos.

Dannyl bajó de nuevo la vista hacia el mapa.

—¿Qué zona representa este mapa?

—Una región occidental de Sachaka, próxima a las montañas. Deje que le enseñe los otros. —Itoki se levantó otra vez para ir a buscar dos tubos de metal a la vitrina. El mapa que desenrolló a continuación era de una costa, con barcos diminutos dibujados en el agua y advertencias escritas junto a escollos y arrecifes. Después desplegó uno de una zona rural—. Esto está... estaba... al sur —le dijo Itoki.

«Donde ahora se extiende el páramo —pensó Dannyl—. No lo especifica. No le hace falta.» Los sembradíos y las fincas parecían indicar que aquella tierra en la que ahora imperaban la arena y el polvo había sido fértil y verde.

Examinaron los mapas durante un rato hasta que, a una señal de Achatí, Itoki empezó a enrollarlos con cuidado y a guardarlos de nuevo en sus tubos.

—¿Qué períodos históricos le interesan? —le preguntó a Dannyl.

Este se encogió de hombros.

—Casi todos, aunque supongo que cuanto más antiguos, mejor, y, naturalmente, toda referencia a la magia despierta mi interés.

—Naturalmente. ¿Eso incluye la historia del Gremio, o está ya bien documentada?

—En parte. Hay algunas lagunas en la historia del Gremio que intento rellenar.

—Dudo que pueda ayudarle en eso, aunque tengo unos documentos de la breve época en que Kyrália dominó Sachaka. —Itoki se puso de pie y regresó a la vitrina para devolver a su lugar los tubos con los mapas, la cerró con llave y, tras hacerles señas de que lo siguieran, entró en una de las habitaciones laterales. Dannyl y Achatí entraron detrás de él. Las vitrinas altas y pesadas colocadas a lo largo de todo el perímetro se alzaban como centinelas que montaban guardia, inmóviles y silenciosas. Itoki se acercó a una de ellas y abrió las puertas. «No estaban cerradas con llave —advirtió Dannyl—. Evidentemente, lo que contienen no es tan valioso.»

Un olor conocido a papel y cubiertas antiguos emanó del mueble. En el interior había varios libros con las tapas destrozadas o perdidas, rollos de papel raído y fajos de hojas sujetas con envolturas de piel. Tras rebuscar entre ellos con delicadeza, Itoki extrajo un taco de papeles y un libro.

—Son cartas y documentos de un mago del Gremio que vivió en Sachaka durante los años de la ocupación. Los rescaté de una vieja finca situada al borde del páramo que acabó en manos del rey porque ningún heredero legítimo acudió a reclamarla.

Le entregó el libro a Dannyl, que lo abrió y pasó con cuidado las primeras páginas quebradizas.

Al igual que muchos de los documentos antiguos de los magos kyalianos, contenían tanto listas de cuentas como entradas de un diario. Consciente de que los dos hombres lo miraban, comenzó a leer por encima.

«... propuesto que le vendiera nuestra Casa. He rehusado, como es natural. El edificio pertenece a mi familia desde hace más de dos siglos. No obstante, la suma ofrecida era tentadora. Le he explicado que si no poseyéramos una Casa en Imardin, perderíamos el derecho a usar los títulos de lord y lady. Él ha alegado que aquí en Sachaka la posesión de tierras es igual de importante para gozar de poder e influencia.»

Dannyl frunció el ceño. «Esto se escribió después de la guerra, pero he aquí una referencia a un edificio de al menos doscientos años de antigüedad que continúa en pie. Esto demuestra que Imardin no fue arrasada durante la guerra, como afirman nuestros libros de historia.» El corazón le dio un vuelco. Alzó la vista hacia los dos sachakanos. Era evidente que no podría leer el libro entero y tomar notas mientras ellos esperaban.

—¿Les importa si copio este pasaje? —preguntó.

Itoki sacudió la cabeza.

—En absoluto. ¿Ha encontrado algo destacable?

—Sí. —Dannyl sacó su libreta y una barra de carboncillo que siempre llevaba envuelta en su túnica—. Confirma una sospecha que tenía.

—¿Qué sospecha? —inquirió Ahati.

Dannyl hizo una pausa para transcribir el fragmento y levantó la mirada.

—Que Imardin no fue destruida en la guerra Sachakana.

Itoki arqueó las cejas.

—Nunca había oído cosa parecida. Según nuestros historiadores, la batalla final se libró frente a las puertas, y nuestros ejércitos fueron derrotados.

Dannyl se quedó callado por un instante.

—¿Ejércitos? ¿Había más de uno?

—Sí. Marcharon juntos hacia el enfrentamiento final. Tendrá que pedirle al maestro Kirota que le relate la historia entera, pero puedo mostrarle unos mapas trazados después de la guerra que indican las tres rutas que siguieron los ejércitos. Sin embargo, no son muy antiguos ni están relacionados con la magia.

—No, pero por lo que dice, creo que deben de ser muy interesantes.

Cuando el hombre cogió el libro de manos de Dannyl y lo guardó en la vitrina junto con el fajo de cartas, Dannyl sintió una punzada de desilusión. Si durante el poco rato que había pasado en la biblioteca de aquel hombre había corroborado una idea que le rondaba la cabeza desde hacía años, ¿cuántas cosas más podía descubrir?

Pero era tarde, y no quería abusar de la hospitalidad de su anfitrión. Además, el ashaki Ahati sin duda quería volver a casa pronto. «Tal vez pueda regresar aquí más adelante. —Entonces el desánimo se apoderó de él—. Pero no durante un tiempo, ya que antes tengo que visitar a

todos los demás sachakanos poderosos que quieren conocer al nuevo embajador del Gremio en Sachaka, pues no quiero dar la impresión de que nuestro favoritismo hacia algunos. ¡Maldita sea la política de este lugar!»

Haría lo posible por concertar otra visita. Entretanto, debía aprovechar cualquier oportunidad que se le presentara. Cuando el ashaki Itoki salió de la habitación para enseñarle los mapas de batalla, Dannyl aguantó la impaciencia y lo siguió.

La sanadora Nikea se encontró con Sonea frente a la puerta del hospital.

—Nos he agenciado una habitación, Maga Negra Sonea —dijo, sonriendo y dando media vuelta para guiarla hacia allí—. Es pequeña, pero cabremos todos, un poco apretujados.

—¿Todos?

Nikea volvió la mirada hacia ella por encima del hombro.

—Sí. Algunos de los sanadores con que he hablado tienen anécdotas interesantes que creemos que usted debería oír de primera mano.

Sonea contempló la espalda de la joven sanadora con una sonrisa irónica. «Casi siempre es un alivio estar con una persona que no se siente intimidada o recelosa ante mí, pero también tiene sus inconvenientes. Preferiría que Nikea me lo hubiera consultado antes. No quiero que mucha gente sepa que estoy haciendo indagaciones sobre magos ricos que se relacionan con delincuentes.»

La habitación a la que la llevó la joven sanadora era un almacén estrecho, con unas reservas de material alarmantemente escasas. Había varias sillas colocadas a lo largo de las paredes. En vez de entrar, Nikea esperó a que otro sanador saliera al pasillo.

—Sanador Gejen, ¿puede usted reunir a los demás?

Él asintió y se alejó a toda prisa. Regresó al cabo de unos minutos con cinco mujeres. Sonea advirtió que dos de ellas eran ayudantes. Después de que todos entraran en fila en la habitación y se sentaran, Nikea le hizo señas a Sonea para que los siguiera y, una vez dentro, cerró la puerta.

Un globo de luz inundó el cuarto de una claridad intensa. Todos excepto Nikea miraban a Sonea con expectación.

—Muy bien —dijo Nikea—. ¿Quién quiere ser el primero?

Tras una breve pausa, una de las ayudantes carraspeó. Era Irala, una mujer callada de mediana edad, una ayudante eficiente, aunque a veces un poco fría con los pacientes.

—Empezaré yo —se ofreció. Posó la mirada de nuevo en Sonea—. Ya es hora de que el Gremio deje de hacer la vista gorda ante este problema.

—¿A qué problema se refiere? —preguntó Sonea.

—A la craña, y a los que la venden. Está por todas partes. En las Casas dicen que se ha extendido como la peste desde las barriadas, pero por aquí afirman que son las Casas las que la han propagado con el fin de controlar a los pobres y reducir su número. En realidad nadie sabe

de dónde procede. Sin embargo, he oído rumores e historias que parecen indicar que quienes la venden son ricos y poderosos como los miembros de las Casas, pero tienen sus orígenes en los bajos fondos.

—Yo he oído decir a muchos que los ladrones la están utilizando para adueñarse de la ciudad —añadió Gejen—. Una persona me dijo que la importan unos extranjeros para debilitarnos con el objetivo de invadir Kyralia. Esa persona sospechaba de los elyneos. —Los demás sonrieron al oír esto. Era evidente que a ninguno de ellos le parecía creíble.

—¿Alguno de ustedes sabe de algún aprendiz o mago que sea adicto a la craña, que no pueda dejar de consumirla?

La otra ayudante y una de las sanadoras asintieron.

—Un... un pariente mío —dijo la ayudante, encogiéndose de hombros como para disculparse—. Me hizo jurar que no se lo contaría a nadie, así que no mencionaré su nombre. Asegura que, por más que intenta aguantar, la necesidad no desaparece. Yo le digo que solo tiene que dejar la droga durante el tiempo suficiente para que su cuerpo sane del todo, pero no me hace caso.

A Sonea le cayó el alma a los pies.

—¿Sabes a quién le compra la craña?

—No, se niega a revelármelo por miedo a que interrumpa el suministro de alguna manera. —La mujer arrugó el entrecejo—. Y me ha comentado que el proveedor es un amigo suyo. Si tuviera que buscarse a otro, esa persona quizá le pediría algo más que dinero.

Sonea asintió y se volvió hacia los demás.

—¿Alguno de ustedes ha oído de algún aprendiz o mago que haya entrado en tratos con delincuentes, ya sean vendedores de craña o no? No me refiero a visitas a casas de placer, sino al comercio con ellos o a través de ellos, al uso de la magia a cambio de dinero o favores.

—Yo sí —dijo la otra sanadora. A sus treinta y tantos años, tenía hijos pequeños de los que se ocupaba su esposo no-mago mientras ella trabajaba en el hospital, un acuerdo práctico que por lo visto solo parecía normal a los sanadores—. Hace unos años, antes de casarme con Torken, un amigo al que conocía de mis tiempos de estudiante dejó de juntarse con nosotros, es decir, con mis amistades de la universidad. Prefería la compañía de unos amigos no-magos de la ciudad, que se reunían en una de esas casas de placer. Nos dijo que no le interesaban las cosas que la gente compraba allí, sino únicamente el arreglo que tenía con los propietarios, algún tipo de trato importante. Nunca nos explicó en qué consistía. Ahora ni siquiera vive en el Gremio. Se mudó a una casa en la ciudad y dedica todo su tiempo a ayudar a sus nuevos amigos.

—¿Cree que está metido en algún negocio ilegal?

Ella asintió.

—Pero no tengo pruebas.

—¿Es adicto a la craña?

La sanadora negó con la cabeza.

—Es demasiado inteligente para eso.

Sonea frunció el ceño. Era una mala noticia, y a Regin le interesaría oírla, pero no demostraba que la craña se estuviera utilizando para incitar a los magos a involucrarse en actividades delictivas.

—Bueno, se sabe desde siempre que algunos aprendices de las Casas se mezclan con ladrones —dijo una mujer delgada llamada Sylia, una sanadora poderosa y hábil.

—Pero ¿son rumores o hay pruebas de ello? —inquirió Sonea.

—Nunca hay pruebas. —Sylia se encogió de hombros—. Pero los aprendices jóvenes siempre se jactan de ello, a menudo para marcarse un farol a fin de ahorrarse problemas con sus compañeros, pero si uno indaga lo suficiente, descubre que siempre hay unos rumores más verosímiles que otros.

Los demás movieron la cabeza afirmativamente.

—Algo hay de cierto en algunos de esos rumores —convino Gejen—. El problema es que resulta complicado saber en cuáles.

—Entonces... ¿cree que la regla que prohíbe a aprendices y magos relacionarse con delincuentes o personajes desagradables tiene algún efecto sobre los aprendices de clase alta?

—Sí y no —respondió Gejen—. No cabe duda de que evita que algunos corran el riesgo, pero no disuade a los más insensatos, o a aquellos cuya familia ya está implicada en actos delictivos.

—Los demás asintieron en señal de conformidad, algunos con una sonrisa significativa.

—Y si se aboliera esta norma, ¿serían más los que caerían en la tentación?

Los cinco se miraron entre sí.

—Probablemente —dijo Sylia, encogiéndose de hombros—, puesto que los tentáculos de los ladrones llegan a todas las esferas, y son lo bastante ricos y poderosos para ofrecer un pago tentador.

—Pagar con craña, por ejemplo —agregó Irala.

—Cualquier norma que reduzca el número de aprendices y magos aficionados al juego, la bebida y la craña es buena, desde mi punto de vista —aseveró Gejen.

Los demás emitieron sonidos de aprobación.

—Pero esa norma, tal como está redactada, es injusta e ineficaz —objetó Sylia—. No debe ser abolida, solo modificada.

Mientras los cinco comenzaban a discutir cómo, algunos de ellos con vehemencia, un escalofrío recorrió a Sonea al caer en la cuenta de algo. «Todos han estado pensando en el tema. Y lo han debatido. ¿Los otros magos han reflexionado tanto sobre la norma? ¿Todos hablan de ella? —El corazón le dio un brinco—. ¿Sus opiniones son indicativas de lo que ocurriría si el Gremio entero votara sobre la cuestión?»

Escuchó con atención, y mientras los demás hablaban empezó a concebir una nueva serie de preguntas que formularles. Aquel ejercicio para recabar información iba a resultar más útil de lo que había planeado o imaginado.

Descubrimientos

Mientras seguía al esclavo por un pasillo de la casa del ashaki Itoki, Lorkin respiró hondo y exhaló despacio. A pesar de todo lo que le había explicado su amigo Perler, seguía sin estar totalmente seguro de cómo debía comportarse en presencia de los ashakis. Su condición de magos y terratenientes les confería la posición social más alta en la sociedad sachakana, aparte de la del rey. Un mago que no poseía tierras pero era heredero de un ashaki tenía un grado inmediatamente inferior al de los ashakis. Más abajo en la escala social estaban los magos que no eran herederos, y más abajo aún, los no-magos libres; unos y otros dependían de los ashakis tanto para ganarse la vida como para concertar tratos comerciales o matrimonios.

Si a los sachakanos de clase baja se les asignaban cargos importantes —como el puesto de Maestro de la Guerra que ejercía el maestro Kirota—, aumentaban lo bastante de categoría para codearse con hombres poderosos. Dannyl no poseía tierras, pero su cargo de embajador elevaba su posición social hasta tal punto que los ashakis podían relacionarse con él. Lorkin, en cambio, no era más que un ayudante, lo que lo situaba a un nivel ligeramente inferior al de un mago sachakano que no fuera heredero, pues carecía de conocimientos de magia negra. Perler le había advertido que algunos sachakanos consideraban que el papel de un ayudante no era mucho mejor que el de un criado, y de hecho lo habían tratado con menos respeto que a un no-mago libre.

«El ashaki Itoki es uno de los hombres más poderosos de Sachaka. No tengo idea de cómo comportarme delante de él. Por si fuera poco, sigo sin asumir el hecho de que estos hombres son magos negros que sin duda poseen un poder mágico inmenso y seguramente podrían reducirme a cenizas si los ofendiera de algún modo. —El esclavo llegó al final del pasillo, dio unos pasos hacia el interior de la habitación y se dejó caer en el suelo. Lorkin notó un nudo en el estómago y un hormigueo incómodo que le subía por la espalda—. Tampoco me acostumbro a ver a la gente hacer eso. Y es peor cuando me lo hacen a mí.»

Alzó la vista hacia un hombre corpulento con una ropa llamativa y recargada que ceñía su abultado vientre. Cuando el esclavo le informó de la identidad de Lorkin, el hombre esbozó una ligera sonrisa.

—Bienvenido, lord Lorkin. Tiene una larga tarea que realizar, así que no le entretendré. Mi esclavo le guiará a mi biblioteca y hará todo lo posible por proporcionarle cuanto necesite.

Lorkin inclinó la cabeza.

—Gracias, ashaki Itoki.

—Ukka, lleva a lord Lorkin a la biblioteca —ordenó el sachakano.

El hombre se levantó de un salto, indicó a Lorkin que lo siguiera con la vista baja y echó a andar hacia una puerta. Tras dedicar otra inclinación de cabeza a Itoki, Lorkin salió de la habitación en pos del esclavo.

Al verse libre de la presencia del ashaki, Lorkin suspiró aliviado. No se relajaría por completo hasta que se marchara de aquella residencia, o quizá hasta que se encontrara de vuelta en la Casa del Gremio. «Pero no he venido a Sachaka a relajarme o a sentirme seguro y cómodo. He venido a ayudar a Dannyl con su investigación.»

El esclavo entró en un conjunto de habitaciones similares a las que Lorkin ocupaba en la Casa del Gremio y se dirigió hacia uno de los cuartos laterales. Se detuvo frente a una vitrina.

—Mi amo dice que los documentos que usted quiere ver están aquí —dijo, extendiendo una mano hacia el mueble. Acto seguido, se colocó junto a la puerta, de pie y con la espalda contra la pared, como hacían los esclavos de la Casa del Gremio cuando no estaban ocupados en alguna tarea o en sus alojamientos.

«Listo para atenderme en lo que necesite. Y quizá vigilándome y cerciorándose de que no figonee donde no debo o robe algo.»

Lorkin abrió la puerta doble y examinó las pilas de papeles guardadas en carpetas de piel, los rollos de pergamino y los libros. Encontró el volumen que Dannyl le había descrito, lo cogió y extrajo la libreta de su túnica. Al mirar en torno a sí, advirtió que no había sillas ni una mesa sobre la que trabajar. Se volvió hacia el esclavo.

—¿Hay algo en lo que pueda sentarme?

Tras vacilar por un momento, el esclavo asintió.

«Maldición, lo he vuelto a hacer. Tengo que acordarme de formular las peticiones como órdenes y no como preguntas.»

—Tráemelo —dijo, reprimiendo el «por favor» que normalmente habría añadido, pues había descubierto que sonaba poco convincente, y que tanto a los sachakanos libres como a los esclavos les resultaba extraño y divertido.

El hombre entró en la sala principal y regresó con uno de aquellos taburetes sencillos que preferían los sachakanos. «Es curioso que unas personas tan poderosas y con toda la riqueza de su país a su disposición utilicen muebles tan primarios. Sería más lógico que se repantigaran en sillones tan voluminosos y abigarrados como ellos.»

Como no parecía haber nada parecido a una mesa en la sala principal, Lorkin sacó de la vitrina uno de los libros más robustos. Se sentó, se apoyó el volumen sobre las rodillas y colocó su libreta encima. Entonces comenzó a leer.

Tras echar un vistazo a unas cuantas páginas del libro de registros, Lorkin empezó a debatirse en la duda. Era evidente que no podía transcribir todo el contenido en el tiempo de que disponía. Dannyl no le había indicado que copiara un pasaje concreto, solo que tomara nota de todo lo que le pareciera significativo. Aunque lo halagaba que el mago confiara en su capacidad para determinar lo que era relevante —«o tal vez no tenía otro remedio que dejarlo en mis manos»—, eso no le facilitaba la labor.

Por otro lado, el libro no era una fuente de información tan valiosa como Lorkin esperaba. Era en parte un libro de contabilidad, y en parte un diario, como solía ocurrir con los registros de los magos terratenientes de la época. Lorkin no podía permitirse leerlo por encima o distraerse, a riesgo de pasar por alto algo importante. Sin embargo, las listas de compras domésticas y descripciones de acuerdos comerciales no constituían precisamente una lectura amena.

Apuntó todas las referencias a la magia y los nombres de quienes visitaban la casa del mago. Cuando terminó, guardó el libro y procedió a leer un fajo de cartas. Aunque eran antiguas, estaban en buen estado, escritas en pequeños papeles cuadrados que no estaban doblados y por tanto no se habían roto. Un amigo de Imardin se las había enviado al mago. Lorkin no tenía forma de determinar si el amigo era mago o no, pues sabía que en aquellos tiempos el título de «lord» era usado únicamente por los terratenientes y sus herederos. En casi todas las cartas, el amigo preguntaba por los avances hacia la abolición de la esclavitud en Sachaka, que él estaba ansioso por conseguir, al igual que otras personas de Imardin.

«Por lo visto, era un asunto candente —pensó Lorkin—, pero supongo que no hacía tanto tiempo que los kyalianos habían estado esclavizados.»

Cuando acabó de leer las cartas, examinó los rollos de pergamino, que resultaron ser tablas de contabilidad. Otras carpetas contenían más cartas, en este caso escritas por la hermana del mago. Parecía especialmente interesada en cómo les iban las cosas a los esclavos liberados, y Lorkin no pudo evitar simpatizar con ella por sus consejos compasivos pero prácticos.

«Ojalá pudiera leer las contestaciones del mago. Me gustaría conocer las respuestas a las preguntas que ella plantea sobre los planes del Gremio respecto a Sachaka. Tal vez eso nos proporcionaría pistas sobre por qué Kyalia renunció al dominio sobre el país que había conquistado.»

Un esclavo le llevó comida y bebida. Lorkin comió rápidamente antes de sumergirse de nuevo en su trabajo. Cuando por fin había leído todos los documentos de la vitrina, cayó en la cuenta de que habían transcurrido varias horas. Echó una ojeada a su libreta y sintió una vaga desilusión. «No estoy seguro de haber encontrado nada particularmente útil, pero tal vez Danyl repare en algo que a mí se me escapa.»

Cuando extendió el brazo para cerrar las puertas de la vitrina, se percató de que aún sujetaba el libro que había utilizado como apoyo de su libreta. Al abrirlo, vio que se trataba de otro registro. Aparentemente continuaba en el punto en que el último terminaba, pero solo un tercio de las páginas contenían texto. Lorkin comenzó a leer la última entrada. De inmediato notó un picor en la piel. Estaba escrita con letra apretada y apresurada:

Pésimas noticias. La piedra de almacenaje ha desaparecido. Lord Narvelan se ha esfumado también, y muchos creen que la ha robado él. El muy insensato sabe que es esencial para nuestro control sobre los sachakanos. Ahora debo marcharme y participar en su búsqueda.

De pronto, las páginas en blanco que seguían a la entrada estaban preñadas de preguntas y posibilidades. ¿Por qué no había reanudado el mago sus anotaciones en el registro? ¿Había muerto? ¿Se había enfrentado al tal lord Narvelan y había perecido como consecuencia de ello?

«¿Y qué era esa “piedra de almacenaje” tan esencial para el control del Gremio sobre Sachaka? ¿Consiguieron recuperarla? En caso contrario, ¿fue esa la razón por la que Kyalia devolvió la soberanía de Sachaka a su pueblo?»

Y si nunca la habían recuperado, ¿qué había ocurrido con ella? ¿Existía algún objeto mágico lo bastante poderoso para mantener subyugada a una nación, a un imperio temible de magos negros? Lorkin se sentó de nuevo en el taburete y se puso a transcribir la entrada.

«Yo tenía razón. Sí que existe algún tipo de magia antigua que podría servir para proteger a Kyralia. Lleva setecientos años perdida, y yo voy a encontrarla.»

Gol se había informado bien. El establecimiento era una de aquellas tiendas que compraban y vendían las pertenencias de morosos y personas desesperadas. Además, estaba situado en una zona de la ciudad donde era poco probable que alguien reconociera a Cery. En un rincón, había persianas de papel de todas las formas y tamaños apoyadas en la pared. Varios abrigos y capas colgaban de unos percheros, por encima de algunos pares de zapatos. Toda clase de objetos y vasijas de cerámica, vidrio, metal y piedra abarrotaban los estantes situados detrás de la silla y el banco del propietario. Y una jaula pesada y decorativa de hierro protegía unas bandejas repletas de joyas, que por su aspecto parecían mal hechas o falsas.

En otra estantería había libros de diversos tamaños. Algunos estaban encuadernados en papel, con la costura deshilachada expuesta. Otros tenían cubiertas de piel, en su mayoría gastadas y agrietadas, aunque unas pocas parecían nuevas, relucientes.

—Conque libros sobre magia, ¿eh? —dijo el dueño de la casa de empeños, en voz más alta pero más grave. Rió entre dientes—. Recibo alguno de vez en cuando. Oh, aquí no encontrará usted ninguno, joven.

Cery se volvió hacia él. La sonrisa del hombre flaqueó por un momento cuando él cayó en la cuenta de su error.

—¿El Gremio se los lleva? —preguntó Cery.

El hombre sacudió la cabeza.

—No, la Guardia viene de cuando en cuando para echar un vistazo, pero no soy tan tonto para dejar algo así a la vista. Y los libros duran muy poco. Entran y salen. Mis clientes habituales saben que tienen que venir deprisa cuando les aviso que me ha llegado algo, si no quieren que lo compre otro.

—¿Puedo preguntarle cómo los consigue, si no es indiscreción?

El hombre se encogió de hombros.

—En general se los compro a aprendices, los que proceden de esta zona. Por algún motivo no pueden enviar dinero directamente a sus familias, así que roban libros, me los venden y yo entrego el dinero.

—Y cobra una comisión por ello —apostilló Cery.

El hombre negó con la cabeza.

—Oh, gano lo suficiente vendiéndolos. Trato bien a mis aprendices, porque hay muchas otras personas a las que podrían acudir si no lo hiciera. —Frunció el ceño—. Bueno, no faltan los que intentan convencerme de que entregue el dinero a vendedores de carroña, pero no doy el brazo a torcer. Son mala gente. No quiero tener nada que ver con ellos.

—Yo tampoco —contestó Cery—. ¿Cómo sabe si un libro es auténtico o una falsificación?

El hombre irguió la espalda.

—Por mis muchos años de experiencia. Y por los dos que pasé trabajando en el Gremio.

—¿En serio? ¿Trabajó para el Gremio? —Cery se inclinó hacia él—. ¿Y por qué lo despidieron?

El hombre cruzó los brazos.

—¿Cuándo he dicho que me despidieran?

Cery miró al hombre con severidad.

—¿Me está diciendo que dejó voluntariamente un trabajo como ese?

El vendedor vaciló por un momento y se encogió de hombros.

—No me gustaba que me dieran órdenes todo el rato. Como decía mi difunta esposa, eso no es para todo el mundo. «Makkin el Comprador» es un nombre que me sienta mejor. Prefiero hacer mi propia fortuna que hacerles la cena o la cama a otros. —Soltó una risita.

—De acuerdo —dijo Cery—. Creo que yo tampoco lo soportaría. En fin..., ¿cuándo cree que conseguirá libros nuevos? ¿Y qué tipo de libros puedo comprar?

A Makkin le brillaron los ojos de satisfacción.

—Llegan cuando llegan. A veces hay que esperar días, a veces semanas. Puedo pedir a mis aprendices que intenten robar lo que usted quiera, pero eso no siempre es posible, y suele llevar más tiempo. El precio depende del grado de dificultad, y debo advertirle que a veces uno de mis clientes más... esto... influyentes se interesa por todo lo que tengo y lo compra, aunque lo haya encargado otra persona. —El hombre se frotó las manos—. ¿Qué busca usted concretamente?

—Algo... inusual. Poco común. Sobre un tema específico, no me importa cuál, siempre y cuando no sean libros para principiantes.

El hombre asintió.

—Veré qué puedo hacer. Vuelva dentro de unos días y le diré lo que mis chicos han conseguido o pueden conseguir. —Dedicó una sonrisa radiante a Cery—. Siempre es un placer contar con un nuevo cliente.

Cery asintió.

—Siempre. —Ladeó ligeramente la cabeza—. Me imagino que no puede revelar quiénes son sus otros clientes, ¿verdad? Solo para saber contra quién compito.

Makkin sacudió la cabeza.

—No duraría mucho en el negocio si hiciera esas cosas.

—No, supongo que no. —Cery se volvió hacia la puerta, luego adoptó una expresión pensativa y se giró de nuevo hacia el hombre—. Solo por curiosidad, ¿por cuánto dinero estaría usted dispuesto a correr ese riesgo?

—Me gusta demasiado estar vivo como para planteármelo siquiera.

Cery arqueó las cejas.

—Debe de tener usted clientes muy influyentes.

El hombre sonrió.

—Estoy deseando hacer negocios con usted.

Conteniendo una carcajada, Cery dio media vuelta. Gol se adelantó para abrirle la puerta, y ambos salieron a la calle.

Anocheecía, y las personas que aún no se habían recogido en sus casas caminaban encorvadas y dando grandes zancadas, sin duda ansiosas por llegar a su destino. A unos pasos de la tienda, Cery cruzó la calzada hacia la sombra de los edificios del otro lado. De pronto se detuvo y miró hacia atrás.

—¿Qué estás pensando? —preguntó Gol—. Conozco bien esa mirada.

—Estoy pensando que el establecimiento de Makkin podría ser un buen lugar donde tender nuestra trampa.

—Entonces, ¿nos encargamos de que algo especial caiga en sus manos para ver quién viene a buscarlo, o esperamos a que llegue algo auténtico?

—Si recibe libros de verdad, dudo que nos lo cuente a nosotros primero. Tenemos que controlar la transacción en la medida de lo posible, y si nos encargamos de que le lleguen las falsificaciones, podemos asegurarnos de que eso ocurra en el momento más oportuno para nuestros planes. Por otra parte..., necesitamos que nuestra presa se vea en la necesidad de utilizar la magia para conseguir esos libros. Me pregunto si... Makkin dice que los guarda en un sitio oculto. ¿Una caja de seguridad, tal vez?

—Lo averiguaré. Todo nos resultará más fácil si tenemos la certeza de que Makkin no venderá los libros a nadie más. Con un poco de suerte, eso obligaría al Cazador a entrar por la fuerza para cogerlos.

—Y a usar la magia. —Cery asintió—. Necesitaremos un lugar seguro desde donde observar. Y cerciérate de que podamos huir si las cosas salen mal o Makkin se da cuenta de lo que está pasando.

Gol hizo un gesto afirmativo.

—Estudiaré el asunto.

Era tarde cuando Dannyl cruzó por fin la puerta de sus aposentos en la Casa del Gremio. Había pasado la tarde de visita en la residencia de un viejo ashaki que había insistido en poner a Dannyl al corriente de las hazañas comerciales de todos sus antepasados, y se regocijaba de la astucia con que habían conseguido engañar a otros comerciantes hasta llevarlos a la ruina.

Echó una ojeada a la habitación lateral que sus predecesores y él usaban como despacho y, al ver que había algo nuevo sobre el escritorio, se detuvo para mirar mejor. Era una libreta. Entró en la habitación y la cogió. Al abrirla, reconoció en las páginas la letra de Lorkin, y de pronto el cansancio que sentía desde hacía horas se desvaneció.

En algún momento, un embajador anterior había comprado o encargado una silla normal con respaldo para el despacho. Dannyl se sentó con un suspiro de alivio y comenzó a leer. Los

primeros pasajes que había transcrito Lorkin eran del registro que Dannyl había ojeado por encima. Advirtió que no había muchas entradas, y sintió una punzada de preocupación al percatarse de que el joven no había copiado el texto sobre la casa en Imardin. Dannyl no se lo había mencionado, pues tenía curiosidad por ver si Lorkin lo descubría por sí solo.

«Pero no era una pista obvia. Lorkin se fijará sin duda en cosas diferentes. Aunque no le llame la atención exactamente lo mismo que a mí, es posible que encuentre cosas que yo pasaría por alto.»

Enviar a Lorkin en su lugar había sido una solución brillante al problema de no poder visitar a sachakanos importantes dos veces seguidas por miedo a que esto se interpretara como un favoritismo político excesivo. Aunque lo ideal para él habría sido realizar las tareas de investigación en persona, pedir a Lorkin que se encargara de ellas al menos le proporcionaba un material que podía examinar y estudiar hasta que estuviera libre para hacerlas él mismo.

Conforme avanzaba en la lectura, su entusiasmo por disponer de información nueva decayó poco a poco. Allí había pocas cosas aprovechables. De pronto, la letra de Lorkin se tornaba más gruesa y angular, y una palabra aparecía subrayada varias veces. Dannyl leyó y relejó la transcripción, y las conjeturas de Lorkin le levantaron el ánimo de nuevo.

«Lorkin tiene razón. Salta a la vista que la “piedra de almacenaje” que se menciona aquí es importante. Aunque él da por sentado que se trata de un instrumento mágico, podría ser un objeto de valor político, algo que evidenciara el poder de su poseedor, como el anillo de un rey o el tesoro de un líder religioso.»

El nombre de Narvelan le resultaba familiar, pero no conseguía recordar por qué. Se frotó la frente y cayó en la cuenta de que la cabeza le dolía cada vez más y tenía sed. La cena estaba excesivamente salada, y la única bebida que se servía era vino. Al mirar a través de la puerta hacia la sala principal, vio a un esclavo de pie contra la pared del fondo.

—Tráeme un poco de agua, ¿quieres? —le pidió en voz muy alta.

El joven se alejó a toda prisa. Dannyl devolvió la atención a las notas de Lorkin para releerlas e intentar recordar dónde había oído antes el nombre de Narvelan. El sonido de unos pasos que se acercaban lo impulsó a alzar la vista. En vez del joven que acababa de marcharse, tenía ante sí a un niño con una jarra y un vaso en las manos.

Dannyl vaciló antes de cogerlos, extrañado de que le atendiera un esclavo distinto. El muchacho bajó los ojos, rehuendo su mirada. El historiador se preguntó, no por primera vez, quién asignaba las tareas a los esclavos. Seguramente el jefe de esclavos, que el primer día se le había acercado para presentarse. Lord Maron le había explicado que los esclavos pertenecían en realidad al rey, que los «prestaba» a la Casa del Gremio. De este modo, el Gremio no infringía la ley que prohibía a los kyalianos tener esclavos durante su estancia en Sachaka, una norma concebida para evitar que la idea acabara seduciendo a los kyalianos y estos intentaran introducirla en su país.

El chico se mordió el labio y dio un paso hacia Dannyl.

—¿Desea el amo compañía en la cama esta noche? —preguntó.

Dannyl sintió que se le helaban las entrañas, y luego lo recorrió una oleada de horror.

—No —dijo de inmediato, con firmeza. Acto seguido añadió—: Puedes retirarte.

El muchacho se marchó, sin que sus andares o su postura revelaran alivio o decepción. Danyl se estremeció. «Justo cuando empezaba a acostumbrarme a ver esclavos por todas partes... —Por otro lado, tal vez era mejor no sentirse demasiado a gusto. Quizá era bueno que algo le recordara de vez en cuando lo salvaje que podía llegar a ser el pueblo sachakano—. Pero ¿por qué un niño? Ninguna de las esclavas ha sido tan atrevida. —Era probable que los espías del rey de Sachaka hubieran hurgado en su pasado y descubierto su escandalosa pero no muy secreta preferencia por los hombres en la cama—. Pero eso no significa que sea capaz de acostarme con un niño, o con un esclavo que no tiene libertad para decidir. —Aunque esta última posibilidad lo repelía, la primera le producía una repugnancia profunda—. ¿Habrá recibido Lorkin una oferta parecida? —La pregunta lo llenó de ansiedad por un momento, pero entonces le vino a la memoria la expresión que Lorkin adoptaba siempre que un esclavo se postraba ante él—. Si la ha recibido, dudo que la haya aceptado. Aun así, más vale que lo vigile.»

Pero no aquella noche. Era tarde, y seguramente Lorkin llevaba dormido largo rato. Y Danyl debía seguir su ejemplo. Tenía que visitar y escuchar a otro ashaki la noche siguiente, y la otra, y mientras tanto la lista de asuntos comerciales y diplomáticos de los que debía ocuparse durante el día también empezaba a crecer.

Sin embargo, cuando por fin se tendió en la cama, soñó que discutía con Tayend, que de algún modo se había convertido en un ashaki sachakano, sobre los esclavos increíblemente apuestos que poseía. «A donde fueres, haz lo que vieres —le decía Tayend—. Esperaríamos lo mismo de ellos si viajaran a Kyralia. Y no olvides que no soy el primer mago del Gremio que tiene esclavos. Recuérdalo por la mañana.»

La trampa

Cuando el carruaje se detuvo frente a la puerta de la casa de Regin, Sonea sintió que cierta renuencia se adueñaba de ella. Permaneció sentada mientras se agolpaban en su mente recuerdos de cuando se encontraba en las entrañas de la universidad, a altas horas de la noche, agotada e indefensa ante los malos tratos de un aprendiz joven y sus amigos.

Luego le vino a la memoria la imagen de ese mismo aprendiz retrocediendo ante un ichani sachakano, tras haberse ofrecido como cebo para una trampa que podría haber salido mal. Y sus palabras: «Si salgo vivo de todo esto, intentaré compensarte».

¿Lo había hecho? Ella negó con la cabeza.

Después de la guerra, muchas de las Casas poderosas de Imardin estaban ansiosas por reponer a los miembros de la familia que habían muerto en batalla, pues sabían que cuantos más magos tuviera una Casa, mayor era su prestigio. Regin se había casado poco después de graduarse, y, según los cotilleos sobre el Gremio, no le gustaba mucho la esposa que su familia había elegido para él.

No le había hecho nada malo a Sonea desde su primera época en la universidad. No había vuelto a gastarle bromas pesadas propias de un aprendiz, desde luego, pero tampoco le había jugado malas pasadas cuando ambos ya eran adultos. Habían transcurrido veinte años, así que ¿por qué tenía ella tan pocas ganas de reunirse con Regin en su casa? ¿Seguía recelando de él, o le preocupaba mostrarse brusca por la aversión y la desconfianza que Regin le inspiraba desde hacía mucho tiempo? Era infantil guardarle rencor por lo que le había hecho cuando era joven e irreflexivo. Rothen tenía razón cuando decía que Regin había madurado y se había convertido en un hombre sensato.

«Pero es tan difícil librarse de un viejo hábito como de una mancha vieja», pensó.

Se obligó a levantarse y a apearse del carruaje. Como de costumbre, se detuvo por un momento para echar un vistazo alrededor. No se le presentaba a menudo la ocasión de contemplar las calles de la ciudad.

Naturalmente, aquella calle formaba parte del Círculo Interno, pues la familia y la Casa de Regin eran antiguas y poderosas, y solo los más ricos e influyentes podían permitirse vivir tan cerca del Palacio. Su aspecto era muy similar al que habían ofrecido siempre las calles del Círculo Interno, con edificios de dos y tres plantas, muchos de ellos con rastros sutiles de reparaciones, o con fachadas totalmente nuevas, construidas poco después de la Invasión ichani.

Sonea dirigió su atención a las personas que caminaban por la calle: algunos hombres y mujeres que paseaban con paso tranquilo, con ropajes que evidenciaban su elevada posición, y un mago. Los demás eran criados. Entonces reparó en un grupo de cuatro hombres que salían de un edificio, al final de la calle, y subían a un coche. Aunque llevaban atuendos elegantes y caros, algo en su estatura y sus movimientos dejaba traslucir la fanfarronería y la brutalidad de las bandas callejeras.

«Quizá sean imaginaciones mías —se dijo—. Podría estar estableciendo asociaciones solo porque he oído a Regin hablar mucho últimamente de los contactos de las Casas con delincuentes.»

Se volvió hacia la casa de Regin, se acercó y llamó a la puerta. Un momento después, la puerta se abrió y un criado delgado con cara de pocos amigos le dedicó una acentuada reverencia.

—Maga Negra Sonea —dijo en una voz inesperadamente profunda—. Lord Regin la espera. La acompañaré hasta él.

—Gracias —respondió ella.

El sirviente la guió a través de un amplio vestíbulo y subió por una escalinata curva. Cruzaron una sala y entraron en una estancia espaciosa repleta de sillas acolchadas, bañada en la luz del sol que entraba a raudales por los altos ventanales de un costado. La tapicería de las sillas, la pintura de las paredes y las persianas de papel eran de colores vivos y discordantes.

Dos personas se levantaron de sus asientos: Regin y una mujer que Sonea supuso que era su esposa. Esta se le acercó con los brazos abiertos como si pretendiera estrechar a su visita entre ellos, pero en el último momento entrelazó las manos.

—¡Maga Negra Sonea! —exclamó—. Es un gran honor recibirla en nuestro hogar.

—Te presento a Wynina, mi esposa —dijo Regin.

—Es un placer conocerla —dijo Sonea.

La mujer desplegó una sonrisa radiante.

—He oído hablar tanto de usted... No nos visitan muchas figuras históricas.

Sonea intentó pensar una respuesta apropiada, pero no se le ocurrió ninguna. La mujer, ruborizada, se llevó la mano a la boca.

—Bueno —dijo, pasando la vista de Regin a Sonea—, tienen ustedes asuntos serios que discutir. Les dejaré en paz. —Se encaminó hacia la puerta y se volvió para sonreír a Sonea antes de alejarse por el pasillo que había al otro lado. Regin rió entre dientes.

—La intimida usted bastante —dijo en voz baja, señalando las sillas como invitándola a sentarse.

—¿En serio? —Sonea se acercó a una de ellas y tomó asiento—. No me lo ha parecido.

—Oh, por lo general es mucho más parlanchina. —Esbozó una leve sonrisa—. Pero imagino que ha venido a tratar una cuestión más importante.

—Así es. —Sonea hizo una pausa para respirar hondo—. He estado interrogando a los sanadores y ayudantes de los hospitales, lo que me ha llevado a coincidir con usted: sería peligroso derogar la norma que prohíbe relacionarse con delincuentes.

Había decidido no mencionar sus sospechas sobre los posibles efectos permanentes de la craña sobre el organismo de los magos. Cuando le había hablado de ello a lady Vinara, esta se había mostrado cortésmente incrédula. Haría falta mucho más que el testimonio de un cantero para convencer a los magos de que no podrían hacer desaparecer los daños ocasionados por la droga por medio de la sanación mágica. Sonea tendría que guardarse esta teoría hasta que

tuviera tiempo de ponerla a prueba. Y, aunque consiguiera demostrarla, algunos miembros del Gremio culparían a las clases bajas del problema, lo que no haría más que empeorar la situación en que la norma había puesto a los «plebis».

Regin enderezó la espalda, arqueando ligeramente las cejas.

—Entiendo.

—Pero sigo creyendo que la norma es injusta para los aprendices y magos de las clases bajas —prosiguió Sonea—, y que debemos hacer algo para solventar eso, o perderemos a aprendices aventajados y poderosos o, peor aún, sembraremos el terreno para la rebelión.

Regin asintió.

—He acabado por coincidir con usted en este punto, y, por razones opuestas a las suyas, creo que debemos asegurarnos de que los magos encargados de velar por el cumplimiento de la norma y de castigar a quienes la infrinjan lo hagan de manera justa y sin favoritismos.

—Hay que cambiar la norma, no abolirla —concluyó Sonea.

—Estoy de acuerdo.

Se miraron en un silencio cargado de expectación hasta que a Sonea se le escapó una sonrisa.

—Bueno, esto ha sido más fácil de lo que esperaba.

Él soltó una risita.

—Sí. Ahora viene lo más difícil. ¿Qué cambios hay que introducir en la norma, y cómo convenceremos a los magos superiores, o al resto del Gremio, de que voten lo que nosotros queremos?

—Hummm. —Sonea frunció el ceño—. Quizá sería más fácil planear nuestro enfoque si supiéramos quién va a votar.

Regin juntó las yemas de los dedos.

—Será más probable que Osen adopte la postura que nos interesa si ambos le proponemos lo mismo. Debemos acudir a él por separado y exponerle nuestra preferencia. O persuade usted a lord Pendel de que lo haga él, ya que es el líder de quienes propugnan la abolición de la norma.

Sonea asintió.

—Creo que me escuchará, pero tendré que darle una buena razón para que proponga la solución que se nos ocurra. ¿Y usted?

—Haré lo posible por suavizar la posición de quienes se oponen. Debemos estudiar a fondo las ventajas y los inconvenientes de ambas posibilidades, a fin de estar preparados para refutar los argumentos esgrimidos contra nosotros.

—Sí. Pero debemos adoptar un enfoque distinto en función del grupo al que tengamos que convencer: o bien a los magos superiores, o bien al Gremio entero. Me temo que si deben elegir entre derogar la norma, mantenerla o modificarla, la mayoría de los magos superiores votaría a favor de que las cosas sigan como están.

—Seguramente tiene razón. Someter el asunto a la votación de todo el Gremio quizá tendría un resultado más imprevisible, pero es posible que condujera a una solución intermedia, es decir, a la modificación de la norma. El debate se centrará en los cambios que conviene introducir.

—Sí —dijo Sonea con una sonrisa torcida—, lo que nos lleva de nuevo a la pregunta más difícil: ¿cómo queremos cambiar la norma?

Regin movió la cabeza afirmativamente.

—Tengo algunas ideas al respecto. ¿Empiezo yo?

Sonea asintió.

—Adelante.

Cuando él empezó a explicar las modificaciones que se le habían ocurrido, Sonea no pudo evitar sentir admiración por el detenimiento con que había pensado en el problema. Quedaba claro que llevaba reflexionando sobre ello mucho más que las pocas semanas que el Gremio había dedicado a debatir el tema. No obstante, a diferencia de algunos de los hombres y mujeres a los que ella había interrogado, él proponía soluciones prácticas e imparciales. «¿Dónde está el tipo estirado, arrogante y lleno de prejuicios que conocí cuando era una aprendiz? ¿Ha aprendido sencillamente a disimularlo mejor?»

¿O había cambiado? Aunque así fuera, para convencerla de que se fiara de él haría falta algo más que un puñado de propuestas ingeniosas destinadas a resolver el conflicto de clases del Gremio. Dijera lo que dijese Regin, Sonea siempre estaría en guardia por si afloraba la faceta cruel que conocía.

Por la tarde, después de que Dannyl se marchara y los esclavos sirvieran la cena, Lorkin regresó a sus aposentos. Todavía no tenía mucho trabajo como ayudante de Dannyl. No había salido de la Casa del Gremio, salvo para visitar la residencia del ashaki Itoki. Dannyl solo podía delegar en Lorkin una pequeña parte de las tareas que tenía que realizar durante el día.

Se pasaba las tardes leyendo o interrogando a los esclavos. Esto último estaba resultándole más difícil de lo que esperaba. Aunque los esclavos siempre respondían a sus preguntas, se limitaban a darle el mínimo de información posible. Cuando les preguntaba si había algo más que debiera saber, se mostraban confundidos y nerviosos.

«Por otro lado, probablemente es imposible que sepan qué necesito saber —pensó—. Y se resisten a intentar adivinarlo por temor a equivocarse y hacerme enfadar. Seguramente la iniciativa es una cualidad poco apreciada en los esclavos.»

Intuía que la joven de ojos negros que lo había acompañado a su habitación la primera noche —Tyvara— podía ser más receptiva, aunque no estaba seguro de por qué. Sin embargo, no había vuelto a servirlo desde entonces. Como aquella noche él no tenía nada urgente que hacer, le había pedido al esclavo que lo atendía que la hiciera venir.

«Seguro que todos creerán que quiero llevármela a la cama —se dijo al recordar el malentendido de la primera noche—. Y la propia Tyvara, también. Tendré que convencerla de que esa no es mi intención. ¿Habrà alguna manera de animarla a hablar sin tapujos?»

Miró en torno a sí, y sus ojos se posaron en el aparador que contenía vino y copas para su uso

privado o para agasajar a las visitas. Antes de que pudiera cruzar la habitación para cogerlos, vio que algo se movía en la puerta. Tyvara entró, se le acercó y se detuvo a unos pasos de distancia para postrarse.

—Levántate, Tyvara —le dijo Lorkin. Ella se puso de pie, con la vista clavada en el suelo. Tenía el rostro inexpresivo, y a él le pareció que estaba tensa, aunque tal vez fuera producto de su imaginación—. Tráeme vino y dos copas —ordenó.

Tyvara obedeció con movimientos rápidos pero elegantes. Él se sentó a esperarla en uno de los taburetes del centro de la habitación. La chica depositó las copas y una botella en el suelo y se arrodilló junto a ellas.

—Ábrela —le indicó él—. Y llena las dos copas. Una es para ti.

Ella había empezado a extender las manos hacia la botella, pero se detuvo por un momento, vacilante, antes de cumplir la orden que había recibido. Cuando ambas copas estaban llenas, levantó una y se la entregó a Lorkin, que la cogió y señaló la otra con un gesto.

—Bebe. Tengo unas preguntas para ti. Son solo preguntas —añadió—, y espero no ponerte en un compromiso con ninguna de ellas. Si te pregunto algo que puede acarrear problemas, avísame en lugar de responder.

Ella miró la copa y la recogió con una renuencia evidente. Lorkin tomó un sorbo. Ella lo imitó, y los músculos en torno a su boca se torcieron en una ligera mueca.

—¿No te gusta el vino? —inquirió él.

Ella sacudió la cabeza.

—Ah. —Paseó la mirada alrededor—. Pues no te lo bebas. Déjalo a un lado.

Con un ademán de repugnancia manifiesta, Tyvara estiró el brazo para dejar la copa lo más lejos posible de su cuerpo. Él tomó otro trago de la suya, pensando qué preguntar a continuación.

—¿Hay... hay algo en mi comportamiento hacia los esclavos de aquí que... que debería cambiar... o que esté haciendo mal?

Ella sacudió la cabeza con rapidez. Con demasiada rapidez. Lorkin reformuló la pregunta.

—¿Hay alguna manera en que podría mejorar mi interacción con los esclavos de aquí, hacerla más eficiente, más fácil?

Meneó la cabeza de nuevo, pero no tan deprisa como antes.

—¿Quedo como un completo idiota cuando interactúo con los esclavos?

Un amago de sonrisa casi imperceptible asomó a los labios de Tyvara, que negó con la cabeza otra vez.

—Has dudado —señaló Lorkin, inclinándose hacia ella—. De modo que hay algo, ¿verdad? No quedo como un idiota, pero hago algo innecesario o absurdo, ¿no es así?

Ella se quedó callada por un instante y se encogió de hombros.

—¿De qué se trata? —insistió Lorkin.

—No hace falta que nos dé las gracias —dijo.

Su voz melódica y áspera fue toda una revelación después de todos sus gestos en silencio. Un escalofrío le bajó a Lorkin por la espalda. «Si no fuera una esclava, la encontraría de lo más fascinante. Y si no fuera vestida con ese horrible manto, seguramente también me parecería bastante atractiva.»

Pero no la había mandado llamar para cortejarla.

—Ah —dijo—. Es una costumbre... algo que consideramos de buena educación en Kyralia. Pero si facilita las cosas, dejaré de hacerlo.

Ella asintió.

«¿Y ahora, qué?»

—Aparte de dar las gracias innecesariamente a los esclavos, ¿hay algo más que Dannyl o yo hagamos que nos haga parecer ridículos a ojos de los sachakanos libres?

La chica frunció el entrecejo y abrió la boca, pero entonces se quedó petrificada. Lorkin advirtió que ella arrastraba la mirada por el suelo hasta posarla en los pies de él, antes de apartarla. «Tiene miedo de cómo reaccionaré a su respuesta.»

—No me enfadaré por oír la verdad, Tyvara —le aseguró con suavidad—. Puede sernos muy útil.

Ella tragó saliva e inclinó aún más la cabeza.

—Perderán prestigio si no se acuestan con una esclava.

Él sintió un ramalazo de indignación y luego sonrió, divertido. Las preguntas se agolparon en su mente. ¿Les importaba a Dannyl y a él perder prestigio por esa razón? ¿Debía importarles? Por otra parte, ¿cuánto podía perjudicarlos su inacción? ¿Los embajadores anteriores del Gremio y sus ayudantes se habían ido a la cama con esclavos allí?

Y, lo que era más importante, ¿cómo se enterarían los sachakanos libres de si el nuevo embajador del Gremio y su ayudante se iban a la cama con esclavas o no?

«Es evidente que dicha información no se guarda en secreto. Los esclavos de esta casa pertenecen al rey sachakano, después de todo. Sería una tontería suponer que nuestra vida de alcoba no sería objeto de comentarios y críticas.»

Se le escapó una sonrisa al imaginar a todos aquellos sachakanos poderosos cotilleando como viejas.

Debía averiguar cuáles eran las consecuencias posibles mientras Tyvara estuviera dispuesta a hablar.

—¿Hasta qué punto perderíamos prestigio? —preguntó.

Ella sacudió la cabeza.

—No estoy segura. Solo sé que les respetarían menos.

«¿Significa eso que ninguno de los ocupantes anteriores de la Casa del Gremio se enteraron de esto, porque ninguno de ellos rechazó la oportunidad? —Fijó la vista en Tyvara—. Ojalá me mirara... sin titubeos, sin sumisión. Si la viera erguida, con la frente en alto, segura de sí misma, libre de temores, o percibiera un brillo de deseo auténtico y espontáneo en esos ojos negros, me acostaría con ella sin dudarle. Pero de esta manera... no puedo. Ni siquiera para ayudar a Dannyl a ganarse el respeto de los ashakis.»

Y tampoco era probable que Dannyl se fuera a la cama con alguna de las esclavas.

—Me da igual el prestigio —le dijo a Tyvara—. Un hombre debería ser juzgado por su integridad, no por el número de mujeres con que se acueste, independientemente de si son esclavas o mujeres libres, si lo hacen obligadas o por voluntad propia.

Ella alzó la vista hacia él por un instante fugaz con una expresión intensa, pero agachó la cabeza enseguida. Lorkin vio destellar sus dientes mientras se mordía el labio inferior antes de hacer una mueca.

—¿Qué ocurre? —preguntó él. «Tiene miedo. ¿En qué le afecta esto? ¡Claro! La castigarán si creen que no ha sabido complacerme»—. ¿Qué te harán?

—Enviarán... enviarán a otra. Y luego a otra. —«Y todas serán castigadas», parecían insinuar sus palabras.

Él reprimió una maldición.

—Si lo hacen, pediré que te envíen a ti. Si te parece bien, claro —agregó—. Charlaremos. Hablaremos sobre nosotros y nuestros países respectivos, o lo que sea. De lo contrario, no sé cómo voy a conocer Sachaka, aquí encerrado en la Casa del Gremio. Me gustaría saber más sobre tu pueblo, de verdad. Y sobre ti. ¿Qué opinas? ¿Crees que dará resultado?

Ella reflexionó por un instante y luego asintió. Aliviado, él respiró hondo y soltó el aire.

—Entonces cuéntame algo sobre ti. ¿Dónde naciste?

Cuando ella comenzó a hablarle de la casa de cría en que había crecido, él sintió que algo inexplicable mitigaba el horror del relato. Ella estaba hablándole. Por fin una persona sachakana estaba comunicándose con él sin necesidad de órdenes o preguntas. Nunca se le había ocurrido la posibilidad de que se sintiera solo en Sachaka. Mientras la oía, de pronto le pareció mucho más humana, algo que quizá lamentaría más adelante. Pero, por el momento, se relajó y escuchó la voz hermosa e hipnótica de aquella esclava, saboreando cada palabra.

El tejado de la casa de empeños estaba sorprendentemente bien construido. Cery y Gol habían trepado a él hacía unas horas, cuando el negro manto de la noche lo había envuelto todo. Habían separado las tejas que un golfillo de la calle había aflojado previamente siguiendo sus indicaciones, y ahora observaban a través de las grietas que había entre ellas la habitación en que Makkin el Comprador guardaba su caja de seguridad.

Dentro de esa caja estaban los libros más valiosos de Makkin, entre ellos un libro nuevo sobre magia sanadora. Tras visitar la tienda para fingir que examinaba el libro por primera vez y asegurarse de que Makkin no lo vendiera antes de que Cery volviera con el dinero para comprarlo, el ladrón había visitado algunos de los establecimientos de bebida que frecuentaba para jactarse del volumen especial que compraría en cuanto una persona le pagara lo que le

debía, cosa que probablemente ocurriría al día siguiente.

«Puede ser una noche larga —pensó Cery, estirando con cuidado una pierna que se le había dormido—. Pero si todo sale como hemos planeado, no tendremos que pasar más de una noche esperando aquí al fresco. No nos queda más que confiar en que el Cazaladrones sea un mago... y tenga la sed de conocimientos que suponemos que tiene... y haya oído mis fanfarronadas de hoy... y no tenga nada más importante que hacer esta noche.»

Cery tenía que reconocer que estaba actuando basándose únicamente en rumores y conjeturas. Era muy posible que estuviera equivocado sobre muchas cosas. El mago que había abierto las cerraduras de la guarida de Cery podía no ser el Cazaladrones. Podría estar a sueldo del Cazaladrones o de otra persona. Podía no ser un cliente de Makkin.

«A pesar de todo, la idea no es tan descabellada como para no ponerla a prueba. Y es la única pista que tenemos.»

Cambió de posición y estiró la otra pierna. En momentos como aquel era más consciente de que se hacía mayor. No podía escalar edificios valiéndose solo de asideros o de una cuerda, o saltar de uno a otro con la audacia con que lo hacía antes. Los músculos se le entumecían rápidamente cuando hacía frío, y tardaban más tiempo en recuperarse del esfuerzo.

«Y no tengo cerca a una sachakana hermosa que frene mi caída con su magia si el tejado se viene abajo.»

Recuerdos antiguos y agradables acudieron a su mente. Savara. Misteriosa, seductora, peligrosa. Diestra en la lucha. Los combates de entrenamiento que libraba con ella eran emocionantes, todo un reto para él, y gracias a ellos había aprendido algunos trucos nuevos. Ella sabía demasiado sobre el acuerdo que Cery tenía con el Gran Lord Akkarin para matar a los esclavos sachakanos liberados que los ichanis enviaban a Imardin como espías y para que pusieran en evidencia los puntos débiles del Gremio. Sin embargo, él también intuía que no se libraría de ella fácilmente, que más valía mantenerla ocupada haciéndole creer que estaba ayudándolo, sin dejar que se acercara demasiado a la verdad. «Eso se lo olió enseguida.» Y luego estaba la noche en que habían visto a Sonea y Akkarin enfrentarse y matar a una mujer ichani. La batalla había ocasionado que el tejado se derrumbara bajo sus pies, pero Savara había usado la magia para evitar que él cayera. A partir de ese momento, habían intimado cada vez más...

Tras la Invasión ichani, ella se había marchado y había regresado junto a la gente por la que luchaba. Nunca había vuelto a verla, pero a menudo se preguntaba dónde andaría y si estaba sana y salva. Seguramente se había embarcado en aventuras peligrosas una y otra vez por el bien de su pueblo, por lo que era muy posible que alguna de ellas hubiera conducido a su muerte.

«Nunca estuve enamorado de ella —se recordó a sí mismo—, ni ella de mí. La admiraba, tanto por su cuerpo como por su mente. Yo era para ella un aliado útil y divertido, además de una distracción. Si se hubiera quedado, no nos habríamos...»

Un sonido procedente de abajo devolvió su atención al presente. Cuando miró de nuevo por la rendija que había entre las tejas, Cery vio que dos personas subían las escaleras hacia la habitación pequeña que tenía debajo. Reconoció a una de ellas de inmediato: era Makkin, con una lámpara. La otra era una mujer de piel oscura.

—¿Es esa? —preguntó. Hablaba con un acento raro y una voz enronquecida por la edad, aunque se movía con la vitalidad de una persona más joven. «¿El Cazaladrones es una mujer? —pensó Cery—. Qué... interesante. Por lo visto estoy condenado a ser el objetivo de mujeres muy fuertes y peligrosas.»

—Sí —respondió Makkin—. Esa es. Están ahí dentro. Pero...

—¡Ábrela! —ordenó la mujer.

—¡No puedo! Se han llevado la llave. Han dicho que era para que no se lo vendiera a nadie más antes de que ellos regresaran con el dinero.

—¿Qué? ¡Estás mintiendo!

—¡No! ¡Nonononono! —El propietario de la casa de empeños levantó los brazos bruscamente y se encogió, apartándose de ella. Era un comportamiento un poco exagerado para alguien que le sacaba una cabeza a la mujer que caminaba amenazadora hacia él. «Es como si supiera que es más peligrosa de lo que parece.»

La mujer agitó las manos.

—Lárgate —lo conminó—. Deja la lámpara, vete de la tienda y no vuelvas hasta mañana.

—¡Sí! ¡Gracias! Siento no poder...

—¡FUERA!

El hombre bajó las escaleras a toda velocidad, como si lo persiguiera una bestia salvaje. La mujer esperó, escuchando los pasos de Makkin. El sonido de la puerta de la tienda al cerrarse de golpe retumbó por todo el edificio y llegó hasta los oídos de Cery.

La mujer se volvió hacia la caja de seguridad e irguió la espalda. Se acercó despacio, se puso en cuclillas ante ella y se quedó inmóvil. Aunque Cery no alcanzaba a verle la cara, advirtió que sus hombros subían y bajaban al compás de su respiración profunda.

Al cabo de un momento, la cerradura se abrió con un chasquido.

Gol soltó un grito ahogado. Cery sonrió con aire sombrío. «Las cerraduras no se abren solas. Tiene que haber utilizado magia. Es la prueba que necesitaba de que hay una renegada en la ciudad.» Por otra parte, eso no demostraba que ella fuera el Cazaladrones, pero ¿y si lo era? Un escalofrío recorrió la espalda de Cery al pensarlo. ¿La mujer que estaba ahí abajo era realmente la asesina de tantos ladrones?

Ahora estaba examinando los libros que contenía la caja de seguridad. Reconoció el que versaba sobre magia. La mujer lo abrió, lo hojeó y, refunfuñando, lo tiró a un lado. C cogió otro volumen y lo inspeccionó también. Cuando los hubo visto todos, se irguió lentamente. Apretó los puños y pronunció una palabra extraña.

«¿Qué ha dicho? —Cery frunció el ceño—. Un momento. Habla un idioma diferente. Es extranjera. —Pero no había hablado lo suficiente para que él reconociera el idioma o incluso el acento—. Si al menos dijera algo más... Una frase entera, no solo una palabrota.»

Pero la mujer permaneció callada. Se levantó y volvió la espalda a la caja de seguridad y a su contenido, que había quedado desperdigado por la habitación. Echó a andar, llegó a la escalera

y desapareció en la oscuridad de la tienda en la planta baja. Sonó otro portazo, seguido de unos pasos débiles que se alejaron por la calle.

Cery se quedó quieto y en silencio para asegurarse de que si alguien había oído gritar a la mujer, perdiera el interés y dejara de observar la tienda. Reflexionó sobre su plan. «Tenemos la información que necesitábamos. La única sorpresa es que el mago es una mujer extranjera. Eso no la hace menos peligrosa, sea o no el Cazaladrones. Y si hay magos extranjeros estableciéndose en Imardin, no me cabe duda de que Sonea debe saberlo. —¿Y Skellin? ¿Debía contárselo también al otro ladrón?—. No tengo pruebas de que ella sea el Cazaladrones, solo de que es la maga renegada. Prefiero que Skellin no sepa que sigo teniendo trato con Sonea. Si el Gremio captura a esta mujer, le leerán la mente y averiguarán de una vez por todas si es la asesina. Si no lo es, no hay nada que contarle a Skellin.»

Y si lo era..., bueno, en cuanto el Gremio descubriera a la renegada y se encargara de ella, ya no habría un Cazaladrones del que preocuparse.

Aliados inesperados

—Bien, ¿a quién voy a conocer esta noche? —preguntó Dannyl al ashaki Achatí mientras el carruaje se alejaba de la Casa del Gremio.

El mago sachakano sonrió.

—Su estratagema de no insistir en ver al rey ha funcionado. Le ha invitado a usted al palacio.

Dannyl pestañeó, sorprendido, y luego repasó en su mente todo lo que lord Maron le había explicado sobre el rey sachakano y el protocolo. Según el embajador anterior, el monarca denegaba audiencias con la misma frecuencia con que las concedía, y no valía la pena que Dannyl intentara conseguir una a menos que tuviera un asunto que tratar.

—No sabía que tenía que insistir. ¿Debo pedir disculpas por no haberlo hecho?

Achatí rió entre dientes.

—Solo si siente que es necesario. En mi calidad de enlace entre la Casa del Gremio y el rey, me corresponde a mí aconsejarle cuándo debe solicitarle audiencia. Le habría dicho que aguardara a que él le invitara. Puesto que no estaba cometiendo usted ningún error, no había motivo para tocar el tema.

—O sea que no ha sido un error no insistir en verlo.

—No, aunque una absoluta falta de interés podría haber resultado ofensiva a la larga.

Dannyl asintió.

—Cuando era el segundo embajador del Gremio en Elyne, tuve que comparecer ante el rey una vez, en un encuentro concertado por el primer embajador. Después, solo debía pedirle audiencia cuando surgieran cuestiones importantes, y el primer embajador se ocupaba de casi todas.

—Qué interesante. ¿Así que tienen ustedes dos embajadores en Elyne?

—Sí. Hay demasiado trabajo para una sola persona. Por algún motivo acabamos dedicando tanto tiempo a asuntos relacionados con el Gremio y la magia como a otros que no tenían nada que ver.

—Su trabajo aquí está aún menos relacionado con la magia y los magos —señaló Achatí—. No evalúa a aspirantes a ingresar en el Gremio ni mantiene el contacto con magos graduados. Se ocupa sobre todo de cuestiones comerciales.

Dannyl hizo un gesto afirmativo.

—Es totalmente distinto, pero por el momento ha resultado muy agradable. Supongo que cuando haya conocido a todas las personas importantes, dejarán de invitarme a cenas y

tertulias.

Achati arqueó las cejas.

—Oh, posiblemente estará usted aún más solicitado cuando yo ya no tenga la obligación de acompañarlo. Recibir la visita de otro sachakano puede ser un ejercicio agotador y políticamente arriesgado. Usted, en cambio, es exótico y no se ofende con facilidad, lo que le convierte en un invitado fácil de complacer. —Hizo un gesto en dirección a la ventanilla del carruaje—. Mire hacia fuera cuando doblemos la esquina.

El vehículo redujo la velocidad, y el muro junto al que avanzaban quedó atrás. Apareció ante sus ojos una ancha avenida, con largos arriates de flores que crecían a la sombra de árboles gigantescos. Al final de estos jardines se alzaba un gran edificio. Sus murallas blancas se curvaban hacia fuera a partir de un arco central como cortinas cuidadosamente drapeadas. Unas cúpulas achatadas que relucían al sol se elevaban sobre ellas. A Dannyl se le levantó el ánimo al contemplar aquello.

—¿Ese es el palacio? Es precioso —comentó, inclinándose hacia delante para no perder de vista el edificio cuando el carruaje enfiló la avenida, pero poco después no veía más que las paredes blancas de las mansiones situadas a un lado. Al volverse hacia el ashaki Achati, vio que sonreía en señal de aprobación.

—Tiene más de mil años de antigüedad —dijo el sachakano con orgullo—. Ha habido que reconstruir algunas partes a lo largo de los años, por supuesto. Las murallas son dobles para que los defensores puedan esconderse dentro y atacar a los invasores a través de troneras y trampillas. —Se encogió de hombros—. Aunque en realidad nunca se han utilizado con ese propósito. Cuando el ejército kyraliano llegó aquí, ya había derrotado al nuestro, y el último emperador se rindió sin oponer resistencia.

Dannyl asintió. Eso lo había aprendido en sus clases de historia elemental cuando estudiaba en la universidad, y su investigación lo había confirmado.

—El tercer rey mandó que las cúpulas se recubrieran de oro —prosiguió Achati y sacudió la cabeza—. Fue un capricho frívolo en una época de hambruna, pero son tan hermosas que nadie las ha desmontado, y de vez en cuando un rey se ocupa de que las limpien y las reparen.

El carruaje empezó a frenar y a girar, y Dannyl observó el palacio con avidez cuando apareció de nuevo. Una vez que Achati y él se apearon, se detuvieron por un momento para contemplar maravillados el edificio antes de encaminarse hacia el arco central.

Los guardias que flanqueaban la entrada permanecían inmóviles, con la mirada fija en la distancia. Dannyl recordó que, aunque no eran esclavos, los reclutaban entre los estratos más bajos de las familias sachakanas. «Supongo que no sería muy eficaz que unos esclavos custodiaran el palacio. Unos guardias que se arrojan al suelo cada vez que se acerca alguien importante difícilmente reaccionarán con la rapidez suficiente para defender algo o alguien.»

Franquearon dos puertas abiertas y avanzaron por un pasillo ancho sin entradas laterales. Al final había una sala espaciosa repleta de columnas. El suelo y las paredes eran de piedra pulida. Sus pasos resonaban mientras la cruzaban. Hacia el fondo de la sala había un asiento grande de piedra en el que se encontraba un anciano vestido con los ropajes más elaboradamente ornamentados que Dannyl había visto hasta entonces en Sachaka.

«No parece sentirse muy a gusto —advirtió—. Y da la impresión de que está deseoso por

levantarse de ese trono en cuanto se le presente una oportunidad.»

Había varios hombres de pie dispersos por la sala, solos, en parejas o en grupos de tres. Observaron en silencio a Danyl y al ashaki Achatí mientras se acercaban. A unos veinte pasos del rey, Achatí se detuvo y miró a Danyl.

Era una señal. Achatí hizo una profunda reverencia. Danyl hincó una rodilla en tierra.

Lord Maron le había explicado que, para los sachakanos, lo menos que cabía esperar de un individuo que compareciera ante el rey —sobre todo si era extranjero— era el gesto que se consideraba más respetuoso. Por tanto, la tradicional reverencia kyaliana y elynea era lo más apropiado, pese a que los sachakanos no se arrodillaban ante su propio rey.

—En pie, embajador Danyl —dijo una voz cascada—. Les doy la bienvenida, a usted y a mi buen amigo, el ashaki Achatí.

Fue un alivio para Danyl que el contacto con el suelo hubiera resultado breve. La piedra estaba fría. Alzó la vista hacia el rey y le sorprendió descubrir que el hombre había dejado el trono y caminaba hacia ellos.

—Es un honor conoceros, rey Amarika —dijo.

—Y un placer para mí conocer por fin al embajador del Gremio. —Los ojos del anciano eran negros e inescrutables, pero las arrugas que los rodeaban se hicieron más profundas en una sonrisa auténtica—. ¿Le gustaría ver otras partes del palacio?

—Sí, majestad —respondió Danyl.

—Si me acompaña, yo se las mostraré.

El ashaki Achatí agitó la mano para indicar a Danyl que caminara junto al rey y los siguió mientras el soberano salía de la sala por una puerta lateral. Un pasillo amplio discurría a lo largo de la sala antes de curvarse en otra dirección. El rey repitió lo que Achatí le había dicho a Danyl acerca de la antigüedad del palacio mientras los guiaba a través de corredores sinuosos y habitaciones de formas extrañas. Danyl no tardó en desorientarse por completo. «Me pregunto si ese es el objetivo de que haya tantas paredes curvas, y si el pasillo de entrada y la sala de recepción son los únicos espacios cuadrangulares de todo el edificio.»

—Me han dicho que le interesa la historia —comentó el rey, mirando a Danyl con una ceja enarcada.

—Así es. Estoy escribiendo una historia de la magia, majestad.

—¡Un libro! Me gustaría escribir un libro algún día. ¿Cuánto le falta para terminarlo?

Danyl se encogió de hombros.

—No lo sé. Hay algunas lagunas en la historia de Kyalia que quisiera rellenar antes de imprimir el libro.

—¿De qué lagunas se trata?

—Según la historia que se enseña en la universidad del Gremio, Imardin quedó arrasada tras la guerra Sachakana, pero no he encontrado pruebas de ello. De hecho, he hallado indicios de lo contrario en la biblioteca del ashaki Itoki.

—¡Por supuesto que no quedó arrasada! —exclamó el rey, sonriendo—. ¡Perdimos la batalla final!

Dannyl extendió las manos a los lados.

—Aun así, pudo haber sido destruida durante la batalla.

—No hay menciones al respecto en nuestros documentos. Sin embargo..., pocos sachakanos sobrevivieron a la última batalla, y muy pocos volvieron a casa, por lo que casi toda la información procede de los kyalianos que nos conquistaron. Supongo que es posible que pintaran la situación mejor de lo que era en realidad. —El rey se encogió de hombros—. En fin, ¿de dónde cree que sale esta idea de que la ciudad fue arrasada?

—De los mapas y los edificios —respondió Dannyl—. No existen edificios de hace más de cuatrocientos años, y los pocos mapas que conservamos de antes de la guerra Sachakana muestran un trazado urbano completamente distinto.

—Entonces debería investigar los acontecimientos de hace cuatrocientos años —concluyó el rey—. ¿Se libró alguna batalla en la ciudad por aquel entonces, o sobrevino un desastre, como una inundación o un incendio?

Dannyl asintió.

—Hubo uno, pero pocos magos creen que fuera lo bastante devastador para arrasar la ciudad. Muchos documentos de la época fueron destruidos. —Hizo una pausa, esperando que el rey no le preguntara por qué. El suceso al que se refería era la historia de Tagin, el Aprendiz Loco, que era también la historia de por qué el Gremio había prohibido la magia negra. No podía evitar sentir cierto malestar ante la idea de recordarle al rey sachakano que la mayoría de los magos del Gremio no aprendían magia negra.

—Si dicho acontecimiento fue lo bastante catastrófico para reducir la ciudad a escombros, es normal que destruyera también los documentos que hubiera en la ciudad.

Dannyl asintió.

—Pero el Gremio no quedó destruido. He encontrado muchas referencias a la biblioteca que contenía. Según todos los testimonios, tenía un fondo considerable.

—Tal vez habían trasladado esos libros a otro sitio.

Dannyl frunció el entrecejo.

«Supongo que es posible que Tagin ordenara que llevaran el contenido de la librería del Gremio al palacio. No era más que un aprendiz, así que debía de estar ansioso por remediar su falta de conocimientos. Yo había dado por sentado que los libros habían sido destruidos a propósito, pero si fueron destruidos cuando Tagin murió, seguramente ya se había llevado a cabo gran parte del trabajo.»

—Me sorprende que la historia de Kyalia sea tan confusa. Pero nosotros también tenemos lagunas en la nuestra. Vengan.

El rey hizo pasar a Dannyl y a Achatí a una habitación pequeña, de planta redonda. Las paredes y el suelo eran de piedra pulida, al igual que el techo. Solo había una entrada. En el centro se alzaba una columna que llegaba a la altura de la cintura.

—En otro tiempo, aquí descansaba un objeto importante —dijo el rey, deslizando la palma de la mano sobre el remate plano de la columna—. No sabemos qué era, pero sabemos dos cosas: era un objeto de poder, político o mágico, y el Gremio lo robó.

Dannyl dirigió la vista al monarca y luego a la columna. «¿Sería la piedra de almacenaje a la que aludía el texto que encontró Lorkin?» El rey escrutó el rostro de Dannyl con expresión seria.

—He encontrado una referencia a un artefacto sustraído de este palacio —le dijo Dannyl—, pero no había oído hablar de él antes de venir a Sachaka. Según la misma referencia, el objeto había sido robado a los magos del Gremio que estaban aquí.

El rey se encogió de hombros.

—Bueno, es lo que dice la tradición oral del palacio. Nuestros documentos solo mencionan que algo llamado «piedra de almacenaje» fue robado por un mago del Gremio. —Tamborileó sobre la superficie de la columna con ambas manos—. Poco después de que se la llevaran, apareció el páramo. Algunos creen que el robo del talismán anuló algún tipo de protección mágica que mantenía las tierras del país fértiles y productivas.

—Esa sí que es una idea novedosa e interesante —dijo Dannyl. «Esto despertará la curiosidad de Lorkin cuando lo oiga.»—. Me cuentan que ha habido intentos de devolver el páramo a su estado anterior, pero que no han tenido éxito.

Las cejas del rey se elevaron.

—Oh, sí. Muchos lo han intentado; todos han fracasado. Incluso aunque supiéramos cómo recuperar la protección que nos fue arrebatada, supongo que sería una tarea titánica para un puñado de magos. Harían falta miles. —Sonrió con amargura—. Y en Sachaka ya no hay miles de magos a los que apelar. Aunque los hubiera, intentar unir a los magos es como intentar evitar que salga el sol o que la marea baje.

Dannyl movió la cabeza afirmativamente.

—Pero solo había un talismán, ¿verdad? A veces basta con un hombre y un poco de información para conseguir grandes cosas.

El rey le dirigió una sonrisa torcida.

—Sí. Y a veces basta con un hombre y un poco de información para causar grandes daños. —Se apartó de la columna y señaló la puerta—. Usted no parece ser esa clase de hombre, embajador Dannyl.

—Me alegra que penséis eso —contestó Dannyl.

El rey soltó una risita.

—Yo también. Venga, es hora de que le enseñe la biblioteca.

Desde su asiento elevado en la parte delantera del Salón Gremial, Sonea veía cómo la sala se llenaba de magos. Se habían formado zonas moradas, rojas y verdes, un fenómeno bastante común últimamente. Los magos de las Casas preferían sentarse con familiares y aliados a estar con sus compañeros de disciplina, lo que ocasionaba que los colores de las túnicas se mezclaran. En cambio, los magos que no pertenecían a las Casas tendían a trabar amistad con

quienes estudiaban la misma disciplina que ellos, lo que tenía como efecto conjunto que el público estuviera dividido en zonas integradas por túnicas del mismo color.

Cuando los últimos rezagados ocuparon sus asientos, ella respiró hondo y exhaló despacio. «¿Cuál será hoy el sentido de su voto? ¿Se dejarán llevar por el miedo a que los “plebis” se rebelen contra el Gremio si las normas son demasiado restrictivas, o querrán abolir la regla solo para poder acudir a casas de placer y entregarse sin cortapisas a otras diversiones controladas por ladrones, o para seguir beneficiándose de sus negocios ilegales con menos riesgo de que los descubran?»

Sonó un gong, y al bajar la mirada, Sonea vio que Osen se dirigía con grandes zancadas al frente del salón. El murmullo de la multitud se apagó de inmediato, y cuando se impuso el silencio, la voz del administrador retumbó en la sala.

—Nos hemos reunido hoy para decidir si aceptamos o no la solicitud, presentada por lord Pendel y otros, de abolir la norma que reza: «Se prohíbe a magos y aprendices relacionarse con delinquentes y personajes desagradables». He llegado a la conclusión de que esta decisión debe someterse a la votación de todos los magos. Pido ahora que los partidarios de la abolición de la norma resuman sus argumentos, empezando por lord Pendel.

Este, que se encontraba de pie en un lado del salón, salió al frente. Se volvió de cara a la mayoría de los magos y comenzó a hablar.

Sonea escuchó con atención. No había sido fácil convencerlo de que ofreciera una solución de compromiso al Gremio, e incluso ahora tenía ciertas dudas de que fuera a hacerlo. De entrada, señaló los casos en que la norma no había cumplido su objetivo, o se había aplicado de manera injusta. A continuación, rebatió los razonamientos de quienes se oponían a la derogación de la norma. Por último, como conclusión, empezó a trazar un cuadro de un Gremio más unido. Sonea frunció el ceño. «Va a terminar su discurso sin haber insinuado siquiera que es posible un acuerdo aceptable para ambas partes.»

—Si tiene que haber una norma que impida que los magos y aprendices se impliquen en actividades delictivas, y yo creo que es conveniente que la haya, debería estar concebida precisamente para ese fin. Lo que evidencian los casos que he descrito es que esta norma no es adecuada para este propósito. Es ineficaz y debería ser derogada.

«Supongo que el mensaje está implícito, pero de forma muy sutil —pensó Sonea—. Veamos ahora si Regin cumple con su parte del acuerdo.»

Mientras lord Pendel se inclinaba ante el público y se apartaba a un lado, el administrador Osen regresó al frente del salón.

—Llamo ahora a lord Regin a hablar en nombre de quienes se oponen a la abolición de la norma.

Regin se acercó con paso decidido. Si el intento de Pendel de proponer una solución intermedia lo había decepcionado, no se le notaba. Se volvió hacia el público e inició su alegato.

Dado lo que sabía sobre la corrupción entre los aprendices de las clases altas, Sonea no pudo evitar maravillarse ante la habilidad con que Regin eludía revelar directamente quiénes eran las víctimas y los culpables. En cambio, no tuvo el menor reparo en asegurar que dicha corrupción existía, y Sonea no oyó más que unas pocas protestas entre la multitud de magos que presenciaban el acto.

«Ojalá hubiera podido presentarle pruebas de los efectos permanentes que tiene la craña sobre los magos. Eso quizá nos habría ayudado a convencer a todos de la necesidad de modificar la norma en vez de abolirla.»

Cuando Regin se acercaba al final de su discurso, Sonea sintió que el corazón le daba un vuelco. No había propuesto una solución de compromiso. Sin embargo, mientras recapitulaba, ella cayó en la cuenta de que sus palabras encerraban el reconocimiento tácito de que la norma, tal como estaba redactada, era ineficaz. Era un cambio de postura suave, ni más radical ni más tímido que el de Pendel.

«¿Lo tenía previsto, o ha cambiado de táctica al escuchar a su adversario? ¿Había planeado un enfoque distinto para cada eventualidad? —Sacudió la cabeza—. Me alegro de no ser yo quien está allí abajo, hablando.»

—Procederemos a debatir la cuestión durante diez minutos —anunció Osen.

El gong sonó por segunda vez, y de inmediato la sala se llenó de voces. Sonea se volvió para observar y escuchar a los magos superiores.

Al principio, ninguno de ellos habló. Todos parecían dubitativos e indecisos. Entonces el Gran Lord Balkan suspiró.

—Ambos bandos tienen parte de razón —aseveró—. ¿Alguno de ustedes se inclina más por una postura que por la otra?

—Yo estoy a favor de conservar la norma —dijo lady Vinara—. No es un buen momento para relajar el control sobre los magos. La corrupción está más extendida que nunca en la ciudad, y mantenernos inmunes a ella es más complicado ahora que no todos compartimos los mismos puntos fuertes y débiles.

Sonea reprimió una sonrisa.

«“Puntos fuertes y débiles.” Qué manera tan diplomática de decir que tenemos orígenes distintos sin que unos parezcan mejores que otros.»

—Pero salta a la vista que la norma es injusta, y corremos el peligro de que estalle una rebelión, en el peor de los casos, o de que personas muy valiosas y necesarias para nosotros abandonen el Gremio, en el mejor —arguyó lord Peakin.

—Lo único malo de la norma es el modo en que se aplica —repuso Vinara.

—Dudo que los plebis acepten la promesa de que seremos más justos —señaló lord Erayk—. Necesitan algo más contundente. Un cambio de verdad.

—Yo creo que la solución está en el cambio —dijo lord Peakin—, o en una aclaración. Después de todo, ¿qué es un «personaje desagradable»? —Arqueó las cejas y miró en torno a sí—. A mí me resultaría desagradable una persona que oliera mal, pero no me parecería un motivo para castigar a un mago.

Se oyeron algunas risitas.

—Maga Negra Sonea.

A Sonea le cayó el alma a los pies al reconocer la voz de Kallen. Dirigió la vista hacia el hombre,

que se encontraba detrás del Gran Lord Balkan.

—¿Sí, Mago Negro Kallen? —respondió.

—Usted se ha reunido con los representantes de ambas partes. ¿Cuál es su conclusión?

Los demás posaron la mirada en ella con expectación. Sonea hizo una pausa para meditar su respuesta.

—Soy partidaria de modificar la norma. Eliminaría la referencia a «personajes desagradables», lo que no solo suavizaría las restricciones y reduciría los prejuicios contra los aprendices y magos de origen más humilde, sino que desplazaría el énfasis hacia la palabra «delincuentes», que describe mejor a las personas con las que no queremos que se relacionen los miembros del Gremio.

Para su consternación, ninguno de los magos superiores se mostró sorprendido, ni siquiera Rothen. «Es evidente que suponían que yo adoptaría esta postura. Espero que sea porque la consideran más justa, no porque saben que me crié en las antiguas barriadas.»

—Incluso con esta modificación, el punto flaco de la norma es la ambigüedad respecto a lo que es un delincuente, o a lo que constituye una actividad delictiva —observó lord Erayk.

—Tal vez al rey no le haga mucha gracia que califiques sus leyes de «ambiguas» —comentó lord Peakin, riendo entre dientes—. Sus códigos establecen con claridad lo que constituye un delito.

—Estoy de acuerdo en que hace falta definir ciertas actividades —dijo lady Vinara—. Las leyes, tal como están redactadas, no nos facilitan la tarea de evitar que los delincuentes se aprovechen de los magos que acuden a sus casas de placer, ya sea incitándolos a contraer deudas de juego, obnubilándolos con la bebida, recompensándolos con los servicios gratuitos de prostitutas o envenenándolos con craña. Si de mí dependiera, la venta de craña sería un delito.

—¿Por qué la craña? —preguntó lord Telano—. No es muy distinta de la bebida, y estoy seguro de que a ninguno de nosotros le gustaría que el vino se declarara ilegal. —Paseó la vista alrededor, sonriente, y vio que muchos asentían en señal de conformidad.

—La craña es mucho más perjudicial —afirmó Vinara.

—¿Por qué?

Ella abrió la boca y sacudió la cabeza cuando sonó el gong.

—Visite el alojamiento de los sanadores o los hospitales de la Maga Negra Sonea, y entenderá el porqué.

A Sonea el corazón le dio un brinco. ¿Había investigado Vinara los efectos de la craña desde que Sonea le había hablado de ellos? Miró a la mujer, pero esta tenía la atención puesta en Telano, que había apartado la vista con expresión ceñuda. «Me pregunto por qué le molesta tanto la posición de Vinara. Como sanador, sin duda ha visto los efectos que la craña tiene sobre sus víctimas, aunque aún no haya descubierto que pueden ser permanentes. Tengo que hacer algunas averiguaciones sobre nuestro director de estudios de sanación y hablar de nuevo con lady Vinara.»

El administrador Osen anunció el final del tiempo de debate, y todos volvieron a sus asientos.

—¿Alguien desea tocar algún tema relacionado con este asunto que no se haya abordado aún?
—preguntó.

Unos pocos magos levantaron la mano. Osen los hizo bajar de las gradas. El primero sugirió que los magos estuvieran sujetos a las mismas leyes que los kyalianos de a pie, y que se derogaran todas las normas del Gremio. Su propuesta suscitó protestas por toda la sala. El segundo mago declaró que la norma debía modificarse, pero de tal manera que prohibiera que los magos se involucraran en actividades delictivas o se beneficiaran de ellas. Esto levantó un murmullo reflexivo entre los asistentes. El último de los magos se limitó a decir que era el rey quien debía tomar la decisión.

—Él sabe y ha reconocido que las normas del Gremio, a diferencia de las leyes, las debe establecer el propio Gremio —aseguró Osen. Se volvió hacia la parte delantera del salón—. ¿Alguno de los magos superiores tiene algo que añadir?

Nadie había planteado todavía la sencilla propuesta de suprimir la expresión «personajes desagradables». Sonea inspiró profundamente y apoyó los pies en el suelo con firmeza, lista para levantarse.

—Sí, yo —dijo el Gran Lord Balkan. Sonea le echó una mirada y se tranquilizó. Él se puso de pie—. Una modificación pequeña puede marcar una gran diferencia. Propongo que cambiemos la redacción de la norma y omitamos la referencia a los personajes desagradables, pues es ambigua y da pie a interpretaciones injustas.

Osen asintió.

—Gracias. —Se volvió de nuevo hacia la sala—. A menos que la mayoría esté en desacuerdo, tenemos cuatro opciones viables: derogar la norma en su totalidad, dejarla como está, modificarla para suprimir la referencia a los personajes desagradables o cambiar la frase «relacionarse con delincuentes y personajes desagradables» por «implicarse en actividades delictivas y beneficiarse de ellas». Si la mayoría se decanta por el cambio, votaremos todos de nuevo para decidir entre las dos opciones. Generen sus globos de luz y colóquenlos en posición.

Sonea concentró un poco de energía, creó un globo de luz y lo impulsó hacia arriba, donde se incorporó a la pequeña nube de globos luminosos de los magos superiores que flotaban cerca del techo del Salón Gremial. El efecto conjunto era deslumbrante.

—Quienes estén a favor de la derogación, cambien el color de su luz a azul —indicó Osen—. Quienes estén a favor de modificar la norma, hagan que su luz se torne verde. Quienes estén en contra de cualquier modificación, cámbienla a rojo.

La blancura cegadora se transformó en una mezcla brillante de colores. Sonea miró los globos de luz, con los párpados entornados. «No hay muchos rojos. Los azules son un poco más numerosos. Pero claramente hay más globos verdes que de cualquier otro color.» Su corazón se llenó de esperanza.

—Ahora, quienes estén a favor de eliminar la expresión «personajes desagradables» de la norma, trasladen su luz hacia la parte delantera de la sala, y quienes estén a favor de modificarla para prohibir a los magos que se impliquen en actividades delictivas o se beneficien de ellas, trasládenla hacia atrás.

Las esferas radiantes se desplazaron en direcciones distintas. Hubo un largo momento de silencio mientras Osen contaba, con la vista hacia arriba, moviendo los labios. A continuación,

dirigió la mirada hacia los magos superiores.

—¿Cuántos han contado en cada extremo?

—Setenta y cinco detrás, sesenta y nueve delante —respondió lord Telano.

A Sonea se le cortó la respiración. «Pero eso significa...»

Osen asintió.

—Mi recuento coincide con el de lord Telano. —Se volvió hacia la sala—. El voto ha sido emitido. Modificaremos la norma de manera que prohíba a los magos «implicarse en actividades delictivas o beneficiarse de ellas».

Sonea contempló los globos de luz, que parpadearon y se apagaron hasta que solo quedaba uno, el suyo. Lo extinguió y bajó los ojos hacia Regin. Su expresión reflejaba lo que ella sentía. Sorpresa. Perplejidad. «Han elegido una opción presentada en el último momento, que modifica la norma por completo, debilitándola y restringiendo a la vez su aplicación. Los magos y aprendices ya no podrán ser castigados por frecuentar las casas de placer, porque ya no estará prohibido que se relacionen con delincuentes. Pero la norma impedirá al menos que se involucren en actividades delictivas, que es lo que se pretendía evitar desde un principio.»

Regin alzó la vista hacia ella y arqueó ligeramente las cejas. Ella levantó un poco los hombros y los dejó caer. Los ojos de él se volvieron hacia otro lado, y Sonea siguió la dirección de su mirada hasta Pendel. El joven sonreía y saludaba a sus partidarios con la mano.

«A él le da igual —pensó Sonea—. Ha obtenido un resultado mejor del que esperaba. Pero ahora Regin parece preocupado. Oh, cielos. No puedo creer que esté deseando reunirme de nuevo con él para saber qué piensa de esto. —Pero tampoco se había imaginado nunca que lo consultaría y conspiraría con él—. Supongo que es el precio que hay que pagar por participar en la política del Gremio. De pronto uno tiene que tratar con cortesía a sus viejos enemigos. Bueno, por suerte ya todo está decidido. No tengo que volver a hablar con Regin si no quiero. —Bajó la vista hacia él por segunda vez. Definitivamente parecía preocupado. Ella suspiró—. Supongo que una charla más no me hará daño.»

Visitas a media noche

Las paredes de la habitación eran cóncavas, como el interior de una esfera. «Como la cúpula del Gremio —pensó Lorkin—. ¿Hemos llegado ya a casa?»

Había una piedra grande en el suelo, en el punto más bajo de la superficie curva. Era más o menos del tamaño de un niño pequeño acurrucado, pero cuando él extendió el brazo para cogerla, descubrió que le cabía en la palma. Mientras lo sostenía en la mano ahuecada, el objeto se encogió rápidamente hasta desaparecer.

«¡Oh, no! He encontrado la piedra de almacenaje, pero he vuelto a perderla. La he destruido. ¡Cuando los sachakanos se enteren, se pondrán furiosos! Nos matarán a Dannyl y a mí...»

Sin embargo, el miedo se aplacó enseguida, cediendo el paso a una sensación placentera. No: muy placentera. Como si las sábanas se deslizaran sobre su piel e intimaran de forma agradable con las partes de él que...

De pronto, estaba totalmente despierto.

Y otra persona estaba allí, muy, muy cerca, en cuclillas encima de él, rozándolo con su piel tersa. Un olor embriagador inundaba sus fosas nasales. El sonido de una respiración le acariciaba el oído. Él no veía nada; en la habitación reinaba una oscuridad absoluta. No obstante, de algún modo supo que aquel sonido de respiración procedía de la garganta de una mujer.

«¡Tyvara!»

Notó que estaba desnuda, y de pronto ella apoyó su peso sobre su cuerpo. Habría debido sentirse consternado y apartarla de sí, pero pudo más su interés. Ella eligió ese momento para aprovecharse de su excitación, y él soltó un grito ahogado ante el placer inesperado que lo invadió cuando sus cuerpos se entrelazaron. «Traidor —le reprochó a su cuerpo—. Debería detenerla. —Pero no lo hizo—. No es que ella esté haciéndolo en contra de su voluntad», pensó a continuación.

Recordó por un momento los ratos que habían pasado hablando, lo mucho que había llegado a apreciar a la mujer inteligente y fuerte que se vislumbraba tras su actitud de sumisión forzada. «Te gusta —se aseguró a sí mismo—. O sea que esto no tiene nada de malo, ¿verdad?» Pero cada vez le costaba más pensar. Sus pensamientos se disolvían ante las oleadas de puro placer físico.

La respiración y los movimientos de ella se aceleraron, y las sensaciones se intensificaron. Lorkin dejó de esforzarse por pensar y se rindió. Entonces el cuerpo de la mujer se puso rígido y dejó de moverse. Su pecho se despegó del de Lorkin, y su espalda se arqueó hacia atrás. Él sonrió. «Vaya, eso demuestra que también está disfrutando.» Ella profirió un grito amortiguado.

¿Amortiguado?

De pronto, una luz fuerte lo deslumbró. Él entornó los párpados mientras se le acostumbraba la vista, y entonces se percató de dos cosas.

La primera fue que una mano estaba tapándole la boca a Tyvara.

La segunda fue que no se trataba de Tyvara.

Otra mujer se alzaba sobre él y la desconocida, y él la reconoció con un sobresalto. Ella era Tyvara.

Pero tenía el rostro crispado en una expresión feroz. Estaba batallando por sujetar a la desconocida, que no dejaba de emitir chillidos apagados ni de forcejear. Unas gotas de algo tibio cayeron sobre el pecho de Lorkin. Bajó la vista. Era un líquido rojo, y un hilillo de él se deslizaba por el costado de la desconocida.

«¡Sangre!»

Una sensación de frío se apoderó de todo su cuerpo, y el espanto le infundió fuerzas. Con un empujón, se quitó de encima a Tyvara y la desconocida y pugnó por alejarse. La esclava, a punto de caerse de la cama, soltó la boca de la desconocida, que rodó hasta yacer de lado y clavó la mirada en los ojos de Tyvara.

—¡Tú! Pero... él debe morir. Eres... —Escupió sangre, tosiendo y apretándose el costado con las manos. Su semblante se llenó de odio, a pesar de que estaba debilitándose a ojos vistas—. Eres una traidora a tu pueblo —espetó.

—Te dije que no dejaría que lo mataras. Deberías haber hecho caso de mi advertencia y haberte marchado.

La mujer abrió la boca para replicar, pero se tensó, presa de un espasmo que le contrajo los músculos. Tyvara la agarró del brazo.

«Se muere —comprendió Lorkin—. No sé qué está pasando, pero no puedo dejar que muera sin más.» Proyectó magia para envolver a Tyvara con ella, la empujó a un lado, subió a la cama de un salto y estiró el brazo hacia la moribunda.

Notó que su fuerza y su magia se veían contrarrestadas con facilidad por otra energía, que hizo añicos la sujeción mágica y lo envió rodando hasta que llegó al borde del lecho y cayó sobre el duro suelo. Se quedó tendido sin moverse, aturdido. «Tiene poderes. Tyvara tiene poderes mágicos. No es lo que finge ser. Y... ¡Ay!»

—Lo siento, lord Lorkin.

Cuando alzó la vista, vio a Tyvara de pie ante él. Se volvió hacia la otra esclava, que yacía inmóvil con la espalda hacia él. Miró de nuevo a Tyvara. «¿Cuán fuerte debe de ser? —La observó, dubitativo—. ¿Es una maga negra sachakana? Pero aquí no se enseña magia a las mujeres. Bueno, tal vez lo harían si necesitaran una espía...»

—Esa mujer estaba a punto de matarte —le informó ella.

Lorkin le clavó la mirada.

—No es la impresión que me ha dado.

Ella sonrió, pero sin el menor rastro de humor.

—Pues es cierto. La han enviado para eso. Tienes suerte de que yo haya llegado a tiempo para pararle los pies.

«Está loca», pensó Lorkin. Por otro lado, también era una maga de poder indeterminado. Sería más seguro razonar con ella que intentar pedir ayuda. Y tal vez sus razones resultarían más convincentes si él no hubiera estado en el suelo, medio tumbado, sin ropa.

Se puso en pie lentamente. Ella no movió un dedo para impedirsele. Lorkin vio que la mujer apuñalada tenía la vista fija en el cielo. O en algún punto más lejano. «Pero no está viendo nada. Ni volverá a ver jamás.» Se estremeció.

Retrocedió hasta la túnica y otras prendas que los esclavos habían lavado y colgado en la pared, listas para usarse, y cogió los pantalones. Tenía una mancha de sangre en el pecho. Se limpió con un paño que los esclavos dejaban cada noche, junto con agua y una jofaina, para que se lavara por la mañana.

—Por tu actitud escéptica deduzco que no has oído hablar de la Muerte del Amante —dijo Tyvara—. Es una técnica de magia superior. Cuando un hombre o una mujer alcanza el clímax del placer mientras hace el amor, su protección natural contra la magia invasiva se debilita, y la persona queda expuesta a que la despojen de toda su energía... y de su vida. Los hombres sachakanos saben de la existencia de la Muerte del Amante y son muy cautelosos al respecto, pero no saben cómo se hace. Por lo visto antes lo sabían, pero perdieron dicho conocimiento cuando dejaron de enseñar magia a las mujeres.

—Tú eres mujer —señaló Lorkin mientras se enfundaba los pantalones—. ¿Cómo es que sabes magia?

Ella sonrió.

—Los hombres dejaron de enseñar magia a las mujeres. Pero las mujeres no.

—¿Tú también sabes cómo se hace eso de la Muerte del Amante? —Su libreta y el anillo de sangre de su madre estaban sobre la mesa. Él cogió la sortija mientras estiraba la mano hacia la sobretúnica, esperando que ella solo viera este último movimiento, y la sujetó en el puño cerrado al tiempo que se vestía. Acto seguido, recogió su libreta y se la guardó en el bolsillo interior, dejando que el anillo cayese dentro al mismo tiempo.

—Sí, aunque no es mi método de asesinato preferido. —Posó la vista en la desconocida. Lorkin siguió la dirección de su mirada y contempló el cadáver. «Si Tyvara conoce un método de magia superior, hay muchas posibilidades de que conozca otros. Y de que sea mucho, mucho más poderosa que yo.»

—¿Quién eres en realidad? Obviamente no eres una esclava auténtica.

—Soy una espía. Me han enviado para que te proteja.

—¿Quién te ha enviado?

—No puedo decírtelo.

—Pero, sea quien sea, ¿me quiere con vida?

—Sí.

Miró a la mujer muerta.

—La... la has, esto... matado para salvarme.

—Sí. Si no la hubiera encontrado aquí contigo, el cadáver sería tuyo, no de ella. —Suspiró—. Te pido disculpas. Cometí un error. Creía que estabas fuera de peligro. Al fin y al cabo, me dijiste que no tenías la intención de acostarte con esclavas. No debí creerte.

Él notó que le ardían las mejillas.

—No tenía la intención de hacerlo.

—No estabas intentando detenerla precisamente.

—Estaba oscuro. Creía que... —Se contuvo. Tyvara no era quien él imaginaba. Era una maga negra, una espía, y acababa de reconocer que tenía métodos de asesinato preferidos. Quizá no sería una buena idea revelarle que se sentía atraído por ella. «Además, no estoy seguro de que la persona que es en realidad me atraiga, después de todo.»

Tyvara tenía los ojos más oscuros que nunca. Los entornó.

—¿Qué es lo que creías?

Él desvió la vista pero luego se obligó a sostenerle la mirada.

—Que ella era otra persona. Estaba medio dormido. Creía que estaba soñando.

—Tus sueños deben de ser de lo más interesantes y placenteros —observó ella—. Ahora, recoge tus cosas.

—¿Mis cosas?

—Todo lo que no quieras dejar aquí.

—¿Me voy?

—Sí. —Echó otro vistazo a la muerta—. Cuando las personas que la han enviado se enteren de que no ha conseguido matarte, enviarán a alguien más para que termine el trabajo. Y también a alguien para que acabe conmigo. Aquí no estaremos a salvo ni tú ni yo, y te necesito con vida.

—¿Y Da... el embajador Dannyl?

—No es un objetivo —contestó ella con una sonrisa.

—¿Por qué estás tan segura?

—Porque no es el hijo del hombre que los contrarió.

Lorkin se quedó de una pieza. «¿Tenía razón mi madre? Estaba convencida de que alguien me guardaría rencor por lo que mi padre y ella habían hecho.»

Tyvara se acercó a la puerta.

—Date prisa. No tenemos mucho tiempo.

Él no se movió. «¿Debo creer lo que me dice? ¿Tengo otra alternativa? Sabe magia negra. Seguramente puede obligarme a irme con ella. Y si me quiere muerto, ¿por qué me ha salvado la vida? A menos que eso sea mentira, y haya matado a una esclava inocente para convencerme de... algo.»

Entonces recordó la expresión de la desconocida cuando vio a Tyvara. «Pero... él debe morir», había dicho. Eso confirmaba que tenía intención de matarlo. «Eres una traidora a tu pueblo», le había dicho también a Tyvara. ¿Con «su pueblo» se refería al pueblo sachakano? De pronto, los temores de su madre le parecieron demasiado reales. «Al menos parece que Tyvara quiere mantenerme con vida. Si me quedo aquí, ¿quién sabe qué puede pasar? Bueno, Tyvara cree que otra persona intentará matarme.»

Estaba en un aprieto. Pero recordó lo que había decidido en la Vista. Si se metía en un lío, fuera el que fuese, tenía que salir de él por sí solo. Sopesó las opciones que tenía y se decantó por la que esperaba que fuera la mejor.

Paseó la mirada por la habitación. ¿Necesitaba algo más? No. Ya tenía el anillo de su madre. Se acercó a Tyvara.

—Ya llevo encima todo lo que necesito. —Vio que ella asentía, se volvía hacia la puerta y se asomaba al pasillo—. Bueno, ¿a quién dices que contrarió mi padre exactamente?

Tyvara puso los ojos en blanco.

—Ahora no hay tiempo para explicaciones.

—Sabía que dirías eso.

—Pero te lo explicaré más tarde.

—Interpretaré eso como una promesa —dijo él.

Ella frunció el ceño, se llevó un dedo a los labios para que callara y, tras hacerle señas para que la siguiera, salió silenciosamente a los corredores oscuros de la Casa del Gremio.

En otros tiempos, Cery podía recorrer tramos conocidos del Camino de los Ladrones sin luz. Era poco probable que se topara con un cuchillo en la oscuridad, pues solo quienes contaban con el permiso de los ladrones utilizaban la red de pasadizos que discurrían bajo la ciudad, y, debido a la tregua entre los ladrones, en el camino no se cometían asesinatos sin autorización previa.

Los días de la tregua habían pasado, y ahora cualquiera que se atreviera podía desplazarse por el camino. Este se había vuelto tan peligroso que muy pocos se atrevían, lo que, irónicamente, hacía que las zonas desiertas fueran más seguras. Por otro lado, las historias sobre roedores descomunales y monstruos disuadían de explorar el camino a todos menos a los más audaces.

«Aun así, no lo recorrería sin una luz», pensó Cery mientras se acercaba a una esquina. El corazón le latía a un ritmo incómodamente rápido desde que habían entrado en el camino. No se tranquilizaría hasta que lo abandonaran. Asomó la cabeza por detrás de la esquina, levantó la lámpara y un gran alivio lo inundó al ver que no había nadie en el túnel que tenía delante. Entonces cayó en la cuenta de que lo que había tomado por el recodo siguiente era en realidad un montón de escombros que obstruía el túnel. Cery suspiró y volvió la vista atrás, hacia Gol.

—Otro bloqueo —dijo.

Gol arqueó las cejas.

—La última vez no estaba.

—No. —Cery alzó la mirada hacia el techo. Torció el gesto al ver una grieta entre los ladrillos—. Ya nadie se ocupa del mantenimiento de este sitio. Tendremos que dar un rodeo.

Retrocedieron por donde habían venido, y Cery torció a la derecha por un pasadizo. Gol vaciló antes de seguirlo.

—¿No estamos...? —preguntó.

—¿Acercándonos mucho a Ciudad Slig? —lo interrumpió Cery—. Sí. Más vale que no hagamos mucho ruido.

Los Slig habían sido una pandilla de golfillos callejeros que se habían refugiado en los pasajes subterráneos cuando su sector de las barriadas había sido derruido para construir calles y edificios nuevos. Se habían instalado bajo tierra y solo salían a la superficie para robar comida. De algún modo habían conseguido sobrevivir, crecer y reproducirse en la oscuridad, y ahora defendían su territorio con singular ferocidad.

El ladrón que operaba en la zona situada encima de Ciudad Slig había intentado tomar el control sobre ellos. Su cadáver y los de sus hombres habían aparecido en un desagüe de las cloacas unos días después.

Después de eso, las personas que vivían encima habían empezado a dejar comida junto a las entradas conocidas de los pasadizos con la esperanza de ganarse a los Slig.

En cada boca de túnel, Cery sostenía la lámpara en alto y examinaba los ladrillos de las paredes. Los Slig siempre pintaban símbolos en las inmediaciones de su territorio. Cery no dejó de buscar señales de ellos hasta que Gol y él se hubieron alejado de los dominios de los ciudadanos de los bajos fondos. Por desgracia, volvió a encontrar restos de derrumbes y signos de deterioro. Sin embargo, pronto llegaron a la antigua entrada a los pasadizos de debajo del Gremio.

Aunque la entrada había quedado destruida tras la Invasión ichani, Cery se había encargado de que se excavara un túnel nuevo. Como precaución, había incorporado accesos falsos y trampas ingeniosas para ahuyentar a los exploradores. Tras pararse a escuchar y a mirar para asegurarse de que nadie los observaba, franqueó sigilosamente la entrada correcta, seguido por Gol.

—Buena suerte —dijo Gol cuando se detuvo junto al hueco en la pared en el que solía esperar mientras Cery visitaba a Sonea.

—Lo mismo digo —respondió Cery—. No hables con extraños.

El hombretón soltó un resoplido y levantó la lámpara para examinar el hueco. Tras apartar unas telas de farén, se sentó en la repisa y bostezó. Cery dio media vuelta y se alejó por los pasadizos que discurrían bajo el recinto del Gremio.

Al igual que buena parte del Camino de los Ladrones, aquellos túneles estaban muy deteriorados. En realidad, su estado nunca había sido bueno, salvo en las partes en que el Gran Lord Akkarin había realizado reparaciones. Sin embargo, el hermético mago no había podido agenciarse mucho material de construcción, pues habría despertado sospechas, por lo que había reutilizado ladrillos de otras partes del laberinto para restaurar las paredes.

La raíz del problema, que residía en la humedad y la poca firmeza del suelo, nunca había sido resuelta.

«Estoy seguro de que el Gremio preferiría cegar los túneles. Los arreglaría yo mismo, pero creo que al Gremio no le haría mucha gracia sorprender a un ladrón reparando sus pasadizos subterráneos. Dudo que les convenciera la excusa de que lo único que quiero es poder reunirme con Sonea de vez en cuando.»

El corazón seguía latiéndole a toda prisa, pero ahora era más por la emoción que por el miedo. Colarse en el Gremio siempre le provocaba una agitación infantil. Aunque rodear las zonas peligrosas o hundidas dificultaba el trayecto de Cery más de lo necesario, cuando se encontraba bajo los cimientos de la universidad, las cosas mejoraban. El pasadizo que iba desde la universidad hasta el alojamiento de los magos era el más preocupante, pues era la única ruta subterránea entre ambos edificios. Su función principal era la de una alcantarilla, con una plataforma de mantenimiento que discurría a lo largo del canal. No obstante, Cery sospechaba que nadie se había encargado de su mantenimiento desde hacía años. El agua manaba de las grietas de las paredes y se filtraba desde el techo abovedado.

«Un día se producirá un derrumbe, y tendrán que lidiar con las aromáticas consecuencias de no haberse ocupado de la alcantarilla.»

Una vez bajo los cimientos del alojamiento, el túnel se ensanchaba ligeramente. Había números grabados debajo de unos agujeros rectangulares en el techo. Cery encontró el que buscaba, dejó la lámpara en una zona seca del suelo y escaló la pared hasta la abertura.

Aquella era la parte más dura del recorrido. Las aberturas se encontraban en la base de una especie de vertedor que no se utilizaba y que comunicaba con el tejado del edificio que se alzaba encima. A través de los agujeros entraba aire fresco. Cery tenía dos teorías al respecto: o se trataba de un sistema de ventilación que impedía que el aire de las alcantarillas se viciara demasiado, o de un sistema diseñado para deshacerse de los residuos y evitar los olores procedentes de la cloaca.

El interior era muy reducido, pero seco, por fortuna. Él ascendió despacio, tomándose su tiempo y deteniéndose a descansar durante un buen rato. «Un día seré demasiado viejo para hacer esto. Entonces tendré que entrar por las puertas del Gremio. O Sonea tendrá que venir a verme a mí.»

Por fin llegó frente al muro situado en la parte posterior de los aposentos de Sonea. Él había retirado hacía tiempo los ladrillos de una parte de la pared, dejando al descubierto los paneles que había detrás. Acercó el ojo al pequeño agujero que había practicado en la madera.

La habitación del otro lado estaba desierta y a oscuras. Era lo habitual a aquellas horas de la noche. Cery agarró con cuidado y sigilosamente las asas que había fijado a la parte de atrás de un panel, lo levantó y lo hizo girar a un lado.

El panel chirrió levemente al soltarse. «La próxima vez tendría que traer un poco de cera para arreglar eso», pensó. Atravesó la abertura y colocó el panel en su sitio.

Lo enorgullecía y complacía que Sonea nunca lo hubiera visto entrar así. Ella se negaba a saber cómo entraba o salía de sus aposentos. Cuanto menos supiera, mejor para los dos. Ir allí no suponía un riesgo mortal para Cery, pero sabía que las consecuencias no serían buenas para ella si alguien descubría aquellas visitas, lo que aguaba la satisfacción que él sentía, como un

niño travieso, por haber llegado hasta sus aposentos sin ser visto.

Hizo algunos ruidos deliberados, topando con muebles y pisando una tabla del suelo que sabía que crujía, y se puso a esperar. Pero ella no salió del dormitorio. Cery se acercó a la puerta y la entreabrió. La cama estaba hecha. No había nadie en la habitación.

La decepción extinguió la emoción que le quedaba tras el trayecto. Se sentó. Era la primera vez que no la encontraba en sus aposentos. «Nunca se me había pasado por la cabeza que ella podría haber salido. ¿Y ahora qué hago? ¿La espero?»

Pero si regresaba acompañada la situación sería un poco violenta. Él no tendría tiempo de escapar por el vertedor. Y el conducto era un lugar demasiado incómodo para aguardar a que ella volviera.

Soltó una maldición entre dientes, se puso de pie de nuevo y registró silenciosamente sus muebles. En un cajón encontró lo que buscaba: papel y una pluma. Arrancó una esquina de una hoja de papel y, tras dibujar en ella un diminuto ceryni, el roedor al que debía su nombre, la deslizó bajo la puerta del dormitorio.

Acto seguido, se dirigió hacia los paneles y emprendió el largo camino de vuelta a casa.

El esclavo que recibió a Dannyl en la puerta de la Casa del Gremio se humilló ante él con más presteza de lo habitual. Sin embargo, el historiador estaba demasiado embebido en los numerosos descubrimientos emocionantes que había hecho para fijarse en lo que le decía el hombre. Durante el trayecto de regreso desde el palacio, había anotado en su libreta todo lo que recordaba sobre lo que el rey le había contado de la historia sachakana, pero cuando caminaba por el pasillo le vinieron a la memoria detalles que había olvidado.

«Tengo que sentarme a ponerlo todo por escrito. Creo que va a ser una noche larga. Me pregunto si Achatí podría concederme una tarde tranquila mañana... ¿Qué ocurre aquí?»

En la sala maestra, una multitud de esclavos recubría el suelo, con los cuerpos tendidos formando un abanico con la puerta como centro. El esclavo que lo había recibido se había unido a ellos. Era un espectáculo tan surrealista que Dannyl se quedó sin habla por un momento.

—Levantaos —ordenó.

El grupo se puso en pie despacio, como un solo hombre. Dannyl vio a varios esclavos de ambos sexos a quienes no conocía. Algunos llevaban ropa resistente para trabajar al aire libre, y otros tenían manchas que parecían de comida en sus delantales de cuero.

—¿Qué hacéis todos aquí? —preguntó.

Los esclavos se miraron entre sí y clavaron la vista en el esclavo portero, que se encorvó como si las miradas le pesaran.

—Lord... lord Lorkin ha... ha... ha...

Dannyl sintió que el corazón le daba un vuelco y empezaba a latirle a toda velocidad. Solo algo terrible justificaba un miedo tan extremado.

—¿Qué le ha pasado? ¿Ha muerto?

El hombre negó con la cabeza y el alivio se apoderó de Dannyl.

—Entonces, ¿qué?

—Se... se ha ido.

El esclavo se arrojó al suelo de nuevo, y los demás siguieron su ejemplo. Irritado, Dannyl respiró hondo y se obligó a mantener la serenidad mientras hablaba.

—¿Adónde se ha ido?

—No lo sabemos —dijo el esclavo portero, con voz ahogada—, pero... ha dejado... en su habitación...

«Ha dejado algo en su habitación. Seguramente una carta en la que explica el motivo de su marcha. Y, por alguna razón, los esclavos creen que me enfadaré. ¿Habrá decidido regresar a Kyralia en un arrebato?»

—Levantaos —ordenó de nuevo—. Todos. Volved a vuestras ocupaciones. No, esperad. —Los esclavos habían empezado a ponerse de pie apresuradamente. «Quizá tenga que interrogarlos»—. Quedaos aquí. Tú —señaló al esclavo portero—, ven conmigo.

El hombre palideció y siguió a Dannyl en silencio a través de la Casa del Gremio hasta los aposentos de Lorkin. Había varias lámparas encendidas en la sala principal, y una que aún ardía en el dormitorio.

—¿Lord Lorkin? —dijo Dannyl, suponiendo que no obtendría respuesta. Si Lorkin había anunciado que se iba, no era probable que estuviera allí. Aun así, Dannyl se acercó a la puerta del dormitorio y echó un vistazo al interior.

Lo que vio le heló la sangre.

Una sachakana desnuda yacía allí, con el cuerpo torcido, de manera que tenía la cara orientada hacia arriba pero la espalda vuelta hacia él. Sus ojos contemplaban el techo con una mirada vacía. Las sábanas que la rodeaban estaban cubiertas de manchas rojas, algunas de ellas relucientes por la humedad. Dannyl vislumbró una herida en su espalda.

Se volvió rápidamente y miró al esclavo portero con severidad.

—¿Qué ha pasado aquí?

El hombre se encogió.

—No lo sé. Nadie lo sabe.

«Pero si dice que no sabe qué ha sucedido, tampoco sabrá si Lorkin es el responsable.»

—¿Quién es ella? —preguntó Dannyl en cambio.

—Riva.

—¿Es una de las esclavas de esta casa?

—S-sí.

—¿Ha desaparecido alguien más?

El hombre frunció el entrecejo y acto seguido abrió mucho los ojos.

—Tyvara.

—¿Otra esclava?

—Sí, como Riva. Una esclava doméstica.

Dannyl miró de nuevo a la muerta, pensativo. ¿Había tenido algo que ver la tal Tyvara con el asesinato, o había corrido la misma suerte?

—Riva y Tyvara... ¿se llevaban bien? —inquirió Dannyl—. ¿Alguien las ha visto hablar entre ellas?

—No... no lo sé. —El hombre bajó la vista al suelo—. Se lo preguntaré a los demás.

—No —dijo Dannyl—. Tráeme a los esclavos. Pídeles que se coloquen en fila en el pasillo, aquí delante, sin hablar. —El hombre se alejó a toda prisa. «Supongo que ya habrán tenido tiempo de confabularse para discurrir alguna coartada o excusa, pero no podrán modificar su versión de lo ocurrido.»

Tendría que enviarle un mensaje al ashaki Achatí sin demora. Los esclavos pertenecían al rey. Dannyl ignoraba si el asesinato de una de ellas sería o no causa de consternación, pero la marcha de Lorkin lo era, sobre todo si se lo habían llevado contra su voluntad. O si había matado a la esclava.

«Sin duda Achatí interrogará en persona a los esclavos. Seguramente les leerá la mente. Es posible que decida ocultarme información, así que tengo que averiguar todo lo que pueda antes de que él llegue. —Se puso derecho cuando un escalofrío le recorrió la espalda—. ¿Es casualidad que me hayan invitado al palacio por fin la misma noche en que alguien ha asesinado aquí a una de sus esclavas?»

¿La había matado Lorkin? Lo dudaba, aunque desde luego era lo que parecía. ¿Lo había hecho en defensa propia? «Sea como fuere, debería buscar pruebas antes de que aparezcan los hombres del rey. —Entró en la habitación y contempló el cuerpo. Aparte de la herida, había una sarta de gotas rojas a lo largo de un corte poco profundo que tenía en el brazo—. Interesante. Parece un indicio del uso de magia negra. —Se obligó a tocar la piel del muslo de la mujer para explorarla con los sentidos. En efecto, el cadáver había sido despojado de su energía. No cabía duda de que alguien había utilizado la magia negra. Lo invadió un profundo alivio—. No puede haber sido Lorkin.»

Entonces, ¿por qué se había esfumado? ¿Lo había hecho prisionero un mago negro sachakano? De pronto, Dannyl sintió náuseas.

«Cuando Sonea se entere...» Pero ¿podía evitarse? Si él conseguía localizar a Lorkin a tiempo, no habría malas noticias que transmitir, solo una historia con final feliz. O eso esperaba.

Tenía que encontrar a Lorkin cuanto antes. Unos sonidos en el pasillo le indicaron que los esclavos habían llegado para que los interrogara. Dannyl suspiró. Tal como había imaginado, aquella iba a ser una noche larga, pero no por los motivos que él habría preferido.

SEGUNDA PARTE

Sonea sostuvo las vendas sucias en el aire con magia y lanzó un destello de calor hacia ellas. Estallaron en llamas y pronto quedaron reducidas a cenizas. El olor a tela quemada mezclado con un tufo empalagoso a carne cocinada impregnó el aire. Ella dejó que la ceniza cayera en un cubo que tenía en la habitación con esta finalidad, y calentó con magia un poco de aceite aromático en un plato hasta que su perfume penetrante prevaleció sobre los olores más desagradables. Una vez terminada la limpieza de la sala de reconocimiento tras la visita del último paciente, ella esforzó su voluntad para abrir la puerta.

El hombre que entró, de mediana edad y baja estatura, le resultaba familiar. El corazón le dio un brinco cuando lo reconoció.

—¡Cery! —musitó. Echó un vistazo rápido a la sala, aunque sabía que allí no había nadie más—. ¿Qué haces aquí?

Él se encogió de hombros y se sentó en una de las sillas para los pacientes y sus familiares.

—He ido a tus aposentos en el Gremio y no estabas.

—Podrías haber vuelto mañana por la noche —dijo ella. Si alguien lo reconocía y denunciaba su visita al Gremio, todos sabrían que ella había mantenido contacto con un ladrón. «Aunque eso ya no contraviene las normas.» Aun así, les parecería sospechoso, pues ella había insistido en cambiar la norma hacía muy poco. Si la gente llegaba a creer que ella utilizaba el hospital como un lugar donde reunirse con ladrones, todo lo que había conseguido allí podía irse al garete.

Irónicamente, Cery corría más peligro de que lo reconocieran en el hospital que en el Gremio. Sonea dudaba que algún mago aparte de Rothen se acordara de Cery después de tantos años, y en cambio era posible que algunos de los pacientes del hospital tuvieran tratos con él y le explicaran a alguno de los sanadores o ayudantes quién era el hombre con el que estaba hablando Sonea.

—Es un asunto que no puede esperar —le aseguró Cery.

La miró impasible. Su expresión seria le confería un aspecto muy distinto al del golfillo de la calle con el que ella se juntaba cuando era niña. Parecía demacrado y triste, y Sonea sintió una punzada de compasión. Seguía afligido por la muerte de su familia. Ella respiró hondo y exhaló lenta y silenciosamente.

—¿Cómo lo llevas?

Él subió los hombros de nuevo.

—Bastante bien. Me mantengo ocupado rastreando por la ciudad a una maga renegada.

Ella parpadeó por un momento y luego no pudo evitar sonreír.

—Así que una renegada, ¿eh?

—Sí.

«En efecto, es un asunto que no puede esperar.» Se reclinó en su asiento.

—Adelante. Cuéntamelo desde el principio.

Él asintió.

—Bueno, todo comenzó cuando mi cerrajero afirmó que alguien había abierto las cerraduras de mi guarida con magia.

Mientras continuaba con su relato, ella lo observó con atención. Cada vez que mencionaba a su familia hacía un gesto de dolor, y la mirada se le llenaba de angustia. En cambio, cuando hablaba del Cazaladrones le brillaban los ojos y se le tensaba la mandíbula. «Esta búsqueda no solo le permite distraerse del dolor de la pérdida, sino también satisfacer su afán de venganza.»

Por último, le refirió con aire triunfal cómo había visto a la extranjera abrir la caja de seguridad con magia.

—Una mujer —repitió—. De piel oscura, como los lonmarianos, y cabello negro lacio. Tenía voz de persona mayor, pero no se movía como una anciana. Y hablaba con un acento extranjero que yo no había oído antes. Apostaría a que no procede de ninguna de las Tierras Aliadas.

—¿Sachakana?

—No. Habría identificado su acento.

Sonea reflexionó sobre las palabras de Cery. No había nadie en el Gremio que encajara con esa descripción. Quizá él estaba equivocado y la mujer era de Lonmar. Los lonmarianos tenían la tez oscura y mantenían ocultas a sus mujeres, por lo que era posible que Cery estuviera tan poco acostumbrado a ver lonmarianas que ella le hubiera parecido de una raza distinta. Por otro lado, los hombres de Lonmar no permitían que sus mujeres aprendieran magia. Si ella tenía poderes innatos que se habían desarrollado espontáneamente, los lonmarianos se habrían visto obligados a enseñarla a controlarlos. «Pero después de eso..., no sabemos con certeza qué les hacen los lonmarianos a las magas. Suponemos que simplemente les prohíben practicar la magia, pero es posible que bloqueen sus poderes. Tal vez esta maga haya huido de su país para evitarlo.»

De ser así, resultaba extraño que hubiera decidido ir a Imardin. Sin duda sabía que las condiciones de la alianza obligaban al Gremio a respetar las leyes de Lonmar respecto a las magas. Si la encontraban, tenían que repatriarla.

Pero tal vez Cery había adivinado sus motivos: los libros. Si había escapado para gozar de la libertad de aprender y usar la magia, Imardin sería el lugar al que acudiría con toda seguridad para obtener información sobre el tema. «Pero los libros de magia no salen baratos. ¿Roba dinero a los ladrones que mata, o es una asesina a sueldo?»

Por otro lado, aunque según Cery alguien había abierto la cerradura de su guarida por medio de la magia, no había dicho que hubiesen matado a su familia valiéndose de alguna técnica mágica. Quizá ella solo ofrecía sus servicios como maga y no como asesina. Sonea arrugó el entrecejo.

—¿Por qué estás tan seguro de que esa mujer y el Cazaladrones son la misma persona?

—Si no lo son, ella trabaja para el Cazaladrones, o bien hay dos renegados ahí fuera. Cuando la atrapéis, podréis leerle la mente y averiguarlo.

—¿Interrogaste al librero después?

Él sacudió la cabeza.

—Lo necesitamos, a él y su tienda, para tender otra trampa. —Le relampaguearon los ojos—. Pero la próxima vez estarás conmigo y juntos le echaremos el guante a la renegada.

Sonea frunció el ceño.

—Ojalá fuera posible, pero en la actualidad no soy libre de corretear por la ciudad a mi antojo, Cery. Tengo que pedir permiso para ello, si no es para ir a los hospitales.

Él dejó caer los hombros con una desilusión casi infantil. Se quedó meditabundo.

—Tal vez si la atrajera aquí de alguna manera...

—Dudo que quiera acercarse a los magos del Gremio, y los hospitales están repletos de ellos.

—A menos que te encargues de que todos se marchen una noche, y corramos la voz de que hay libros sobre sanación mágica guardados aquí.

—Tendría que explicarles por qué, y para eso mejor le cuento al Gremio lo de la renegada y dejo que sean ellos quienes la encuentren.

—¿No puedes inventarte otra razón?

Sonea suspiró. Dudaba que a Cery le importara que le atribuyeran o no el mérito de desenmascarar a una renegada y ayudar al Gremio a capturarla. Solo quería vengarse. Además de evitar ser la siguiente víctima del Cazaladrones.

«Me gustaría ayudarlo, pero si el Gremio descubre que estoy al tanto de la existencia de una renegada y no los he informado al respecto, la gente tendrá otro motivo para desconfiar de mí.» La honestidad absoluta que había demostrado desde la Invasión ichani se vería eclipsada por la mentira, y muchos ya recelaban de ella por su pasado y sus conocimientos de magia negra. Limitarían su libertad para dirigir los hospitales. La confinarían en los terrenos del Gremio.

«Más vale que transmita la información a los magos superiores y deje que ellos se ocupen del asunto. No importa si soy yo u otra persona quien encuentra a la renegada; lo importante es que alguien la encuentre. De cualquier modo, Cery conseguirá su venganza y su seguridad.»

—¿Sabes dónde está ahora la mujer? —preguntó.

Cery negó con la cabeza.

—Pero sé qué aspecto tiene, y es tan extraña que puedo pedir a otros que la busquen también.

—No dejes que nadie más se le acerque —le advirtió Sonea—. Es evidente que ella controla sus poderes y que tiene edad suficiente para utilizarlos con cierta destreza.

—Oh, no es muy distinta de como eras tú —convino Cery, torciendo los labios en una sonrisa

forzada—. Puede que hace muchos años quisieras matar a algún ladrón que otro, pero nunca llegaste al extremo de darles caza y... o... —Desvió la mirada, y de pronto su expresión se tornó sombría.

«... o matar a sus familias», terminó ella la frase en su fuero interno, llena de empatía hacia su amigo.

—Tengo que pensarlo, pero seguramente acabaré diciéndoselo al Gremio y dejando la caza en sus manos.

—¡No! —protestó él—. Lo estropearán todo, como hicieron contigo.

—O pondrán en práctica lo que aprendieron de aquella experiencia y abordarán este caso de otra manera.

Él puso mala cara.

—De una manera muy diferente, espero.

—¿Estás dispuesto a colaborar con ellos? —inquirió ella, dirigiéndole y sosteniéndole la mirada.

Él hizo una mueca y suspiró.

—Tal vez. Sí. Supongo que tengo que hacerlo. No me queda otro remedio, ¿verdad?

—En realidad, no. Dime cómo pueden ponerse en contacto contigo.

Cery exhaló otro suspiro.

—¿Podrías... consultarlo con la almohada antes de contárselo a nadie?

—De acuerdo —respondió ella con una sonrisa—. Lo decidiré antes del turno de esta noche. Si no recibes noticias mías, el Gremio llamará a tu puerta.

Los ojos del esclavo de la cocina se habían desorbitado en cuanto él había entrado en la habitación y había visto el cadáver, y habían permanecido así durante todo el interrogatorio de Dannyl. No obstante, el hombre había respondido con tranquilidad y sin vacilar.

—¿Cuándo viste a Tyvara por última vez? —preguntó Dannyl.

—Anoche. La adelanté en el pasillo. Se dirigía hacia estos aposentos.

—¿Te dijo algo?

—No.

—¿Viste algo fuera de lo habitual en ella? ¿Estaba nerviosa, tal vez?

—No. —El esclavo hizo una pausa—. Parecía enfadada, creo. Estaba oscuro.

Dannyl asintió y tomó nota de este pequeño detalle. Ya había elaborado una lista entera de detalles, lo que no era de extrañar, pues llevaba varias horas interpellando a los esclavos.

—Dices que ella conocía a Riva. ¿Alguna vez las viste reñir o comportarse de un modo extraño?

—Reñían, sí. Tyvara le decía constantemente a Riva lo que tenía que hacer. A Riva eso no le

gustaba. Tyvara no tenía derecho. Pero, en fin... —El esclavo se encogió de hombros—. Son cosas que pasan.

—¿Que algunos esclavos den órdenes a otros?

El hombre asintió.

—Sí.

—¿Las viste o las oíste discutir ayer en algún momento?

El hombre abrió la boca para responder, pero se detuvo al oír un sonido suave procedente de la puerta. Danyl alzó la vista hacia el esclavo portero, que estaba de pie en el umbral, visiblemente nervioso. El hombre se arrojó al suelo.

—Puedes levantarte. ¿Qué has venido a decirme? —quiso saber Danyl.

—El ashaki Achatí ha llegado. —El esclavo se retorció las manos, como en todos los momentos en que Danyl lo había visto desde que había regresado a casa.

Danyl se volvió hacia el esclavo de la cocina al que estaba interrogando.

—Podéis retiraros.

Los dos esclavos se marcharon a toda prisa, mientras Danyl se ponía de pie y se guardaba la libreta en la túnica. Paseó la mirada por los aposentos de Lorkin y salió de ellos a grandes zancadas en dirección a la sala maestra. Llegó justo a tiempo para recibir a Achatí.

—Bienvenido, ashaki Achatí —dijo.

—Embajador Danyl —contestó Achatí—. Lo siento, pero su esclavo ha tardado un rato en localizarme. ¿Qué ha ocurrido? Se ha negado a decirme nada excepto que se trataba de algo urgente.

Danyl le hizo señas para que lo acompañara.

—Venga conmigo y se lo mostraré.

El sachakano lo siguió a través de la Casa del Gremio en silencio, para alivio de Danyl. Era muy tarde, y empezaba a acusar los efectos del cansancio tras el interminable interrogatorio de los esclavos. «Pero aún queda mucho por hacer. No me iré a dormir hasta dentro de un buen rato. —Invocó un poco de magia y la empleó para mitigar el agotamiento—. Algo me dice que volveré a hacerlo varias veces durante los próximos días.»

Llegaron a los aposentos de Lorkin. Danyl guió a Achatí hacia la puerta del dormitorio. Aunque las lámparas prácticamente se habían consumido, el cuerpo seguía visible, ofreciendo un espectáculo estremecedor.

—Una esclava muerta —dijo Achatí, pasando al interior para examinarla—. Entiendo que esté preocupado.

—Por decirlo suavemente.

—¿Lo ha hecho su...? —Achatí hizo un gesto con el que abarcaba los aposentos.

—No. El cadáver está vacío de energía. Quien la haya matado ha utilizado magia ne... magia

superior, y Lorkin no está adiestrado en ella.

Achati le echó una mirada fugaz, frunció el entrecejo y tocó el brazo laxo de la mujer. Aunque el Gremio no quería que los sachakanos supieran que muy pocos magos kyralianos conocían los secretos de la magia negra, Dannyl no tenía por qué hacerles creer que todos la dominaban. No les parecería inverosímil que Lorkin, por ser un mago de baja categoría, aún no la hubiera aprendido. «Les extrañaría más saber que yo tampoco sé utilizarla.»

—En efecto —dijo Achati, retirando la mano con una mueca de desagrado—, pero eso significa que quien la haya matado tiene conocimientos de magia negra.

—También ha desaparecido una esclava llamada Tyvara. He interrogado a la mayoría de los esclavos de aquí, y creo que ella es la principal sospechosa.

En vez de expresar sorpresa, como Dannyl había supuesto que haría, Achati adoptó un aire de preocupación.

—¿Les ha leído la mente?

—No. Los magos del Gremio no tenemos permitido leer la mente de nadie sin la autorización de los magos superiores.

Achati enarcó las cejas.

—Entonces, ¿cómo sabe que dicen la verdad?

—Los esclavos creían que iba a leerles la mente, así que dudo que hayan inventado una historia falsa o preparado sus respuestas antes de que yo empezara a interrogarlos. Les he pedido que esperaran en el pasillo en silencio, para que no pudieran hacerlo cuando cayeran en la cuenta de que no iba a leerles la mente. Sus testimonios coinciden, por lo que no creo que hayan mentido.

El sachakano se mostró intrigado.

—Pero ¿qué podía averiguar usted interrogándolos que no pudiera averiguar yo leyéndoles la mente?

—Tal vez nada. —Dannyl sacó su libreta y sonrió—. Pero interrogarlos puede tener algunas ventajas. No lo sabremos hasta que comparemos los métodos.

Esto pareció divertir a Achati.

—¿Les leo la mente ahora para comprobar cuál es mejor, o prefiere contarme lo que ha averiguado?

Dannyl miró el cadáver.

—Sería mejor que se lo contara, para ahorrar tiempo. ¿Está de acuerdo conmigo en que esto parece un asesinato no premeditado?

Achati asintió.

—Me he enterado de que Tyvara y Riva, la muerta, discutían a menudo. Al parecer, Riva estaba bajo las órdenes de Tyvara y quería ser la esclava personal de Lorkin el día que llegamos, pero Tyvara ocupó su lugar. Ambas habían trabajado para el ashaki Tikako, y algunas esclavas de su

casa solían enviarles mensajes, aunque cada una tenía contactos distintos. Como no recibían mensajes de esclavas de otras casas, creo que lo más probable es que Tyvara haya llevado a Lorkin allí.

Achati frunció el ceño.

—Antes de ir a buscarlo allí tenemos que estar seguros. ¿Es posible que se lo haya llevado otra persona?

—Lorkin no ha recibido otras visitas. Si se lo han llevado contra su voluntad, el raptor tiene que ser un mago poderoso. Si no... —Dannyl se encogió de hombros—. Debe de tratarse de alguien muy persuasivo.

Achati suspiró y movió afirmativamente la cabeza.

—Si la tal Tyvara tiene conocimientos de magia superior, probablemente no es una esclava de verdad. Debe de ser una espía.

—¿Una espía de quién? —preguntó Dannyl.

—No lo sé. —Achati torció el gesto—. Del rey no, pues me habría advertido al respecto. Pero si el que la envió hubiera querido matar a Lorkin, él estaría muerto, sin lugar a dudas. Si se lo han llevado de aquí con vida, deben de tener algún propósito para él.

—¿Qué propósito?

—¿El chantaje, tal vez? —Achati se quedó pensativo—. La pregunta es si el objetivo es el rey Amakira, el Gremio... o ambos.

Dannyl esbozó una sonrisa irónica.

—Debe de ser el Gremio. Si quisieran humillar al rey, me habrían secuestrado a mí. El secuestro de un embajador resulta mucho más humillante que el de un mero ayudante.

—Pero no es un mero ayudante —repuso Achati, arqueando las cejas—. No habrá creído usted que desconocíamos la identidad de sus padres, ¿verdad?

Dannyl suspiró.

—Supongo que era mucho pedir que no se hubieran dado cuenta.

—Por si le tranquiliza, no creíamos que él corriera peligro alguno por ello. De hecho, suponíamos que la amenaza de una justa venganza por parte de su madre si él sufría algún daño bastaría para evitar actos desatinados como este. Por otro lado... —Se interrumpió, se volvió de nuevo hacia la muerta y juntó las cejas como si se le hubiera ocurrido algo.

—¿Sí? —lo animó a continuar Dannyl.

El sachakano sacudió la cabeza.

—Se sabe de otro grupo que secuestra personas, pero no ganarían nada con llevarse a Lorkin, pues no es el tipo de víctima que suelen elegir. No. Iremos a la casa del ashaki Tikako. Con un poco de suerte, encontraremos allí a su ayudante y lo traeremos de vuelta a la Casa del Gremio antes de que acabe el día. —Hizo una pausa—. Aunque quizá prefiera deshacerse usted del cuerpo de la esclava antes.

Dannyl asintió en señal de conformidad.

—No sería precisamente un bonito regalo de bienvenida. Si ha terminado usted de examinarla, llamaré a los esclavos para que hagan con ella lo que sea que hacen con sus muertos.

Como ya no necesitaban la guarida nueva para tenderle una trampa al Cazaladrones, Cery había ordenado que precintaran el lugar y se había instalado con Gol en el piso situado encima del almacén, junto a la antigua muralla de la ciudad.

Cery no le había comentado nada a Gol sobre su conversación con Sonea hasta aquella mañana. La reacción de la maga negra a la noticia que le había comunicado era tan diferente de la que él esperaba que necesitaba tiempo para pensar, replantearse sus planes y preguntarse si se arrepentía del acuerdo al que había llegado con ella.

—¿Por qué no va ella misma en busca de la renegada? —preguntó Gol de nuevo.

Cery suspiró y se encogió de hombros.

—Dice que en la actualidad no es libre de corretear por la ciudad. El único lugar al que puede ir sin pedir permiso son los hospitales.

Gol arrugó el entrecejo.

—Zoquetes ingratos. Después de todo lo que ella hizo por salvar la ciudad...

«Sí, pero la mayoría de los kyalianos la teme —pensó Cery—. La tienen lo más recluida posible sin llegar al extremo de encerrarla en una prisión. No quieren correr ningún riesgo innecesario. Lo comprendo, pero me pone las cosas un poco difíciles.»

—¿O sea que vamos a colaborar con el Gremio?

—Tenemos que hacerlo. —Cery hizo una mueca—. Somos los únicos capaces de reconocer a la renegada. Y tal vez podamos ayudar a evitar que la situación se les vaya de las manos.

La expresión de Gol dejó claro su escepticismo.

—¿Y qué hay de Skellin? ¿Piensas decírselo?

—Seguimos sin tener pruebas de que la mujer es el Cazaladrones, excepto que utiliza la magia.

—Y por eso te refieres a ella ahora como «la renegada» —observó Gol.

—Sí, hasta que estemos seguros de que es el Cazaladrones.

Gol cruzó los brazos.

—Tienes miedo de hacer el ridículo.

Cery le lanzó a su amigo una mirada de reproche.

—No quiero hacerle perder el tiempo a Skellin. Ni quedar en deuda con él sin necesidad.

—Pero has dicho que no era como habías imaginado.

—No. —Cery torció el gesto—. Pero no deja de ser un ladrón ni un importador de carroña.

Hombres mejores que tú y que yo han hecho cosas malas por lo que ellos creían que eran buenos motivos.

—Esos son los peligrosos —convino Gol—, los que utilizan la familia, el orgullo de una Casa o la defensa del país como excusa para cualquier cosa.

Cery asintió.

—Prefiero ser sincero conmigo mismo en lo que respecta a los negocios. Quería vivir mejor que la mayoría de los habitantes de las barriadas. No quería morir siendo un mendigo. Mentiría si dijera que tenía objetivos más elevados.

—Así que necesitas dinero. Y para obtenerlo, tienes que ser poderoso. Y, a menos que uno sea un miembro de las Casas, no hay manera de volverse poderoso por medios honestos.

—Lo esencial es sobrevivir, que es lo que creo que está haciendo Skellin. Según él, el intento de importar carroña era una manera de consolidarse como ladrón.

—Ha dado resultado.

Cery exhaló un suspiro.

—Así es. Y no le remuerde tanto la conciencia como para dejar el negocio.

—Pero aseguró que lo haría.

—Eso me lo creeré cuando lo vea. La carroña lo ha convertido en uno de los hombres más poderosos de la ciudad. Casi todos los ladrones trabajan para él o le deben favores. Dudo que renuncie a eso en un futuro próximo. —Sacudió la cabeza—. No voy a arriesgarme a verme envuelto en todo eso si no es imprescindible.

Gol soltó un resoplido.

—Eres demasiado inteligente para dejarte manipular por él, Cery.

El ladrón miró a su amigo y guardaespaldas.

—¿Crees que debería decírselo?

El hombretón frunció los labios.

—Si tu intuición te dice que no lo hagas, no. Pero si tenemos dificultades para encontrar a la renegada, supongo que sería interesante ver qué es capaz de hacer Skellin. —Se encogió de hombros—. Tal vez no gran cosa. O tal vez revelaría lo poderoso que es en realidad.

Cazada

Aunque llevaba varias horas en la habitación, a Lorkin todavía le escocían los ojos. El aire estaba impregnado del olor que despedía la orina contenida en las cubas destapadas que había a un lado. Tyvara le había aconsejado que respirara de forma superficial para no quemarse los pulmones y que mantuviera los ojos cerrados. También le había dicho, antes de escabullirse de nuevo, que en la habitación solo entrarían esclavas, y que guardara silencio.

El tiempo transcurre con lentitud cuando unos gases ácidos hacen arder la garganta con cada inspiración. La huida a medianoche ya no parecía una aventura tan emocionante como al principio.

«Tampoco es que lo haya hecho por diversión. Creo de verdad que no tenía alternativa, que estaba en peligro. Puede que todavía lo esté.»

¿Era un insensato por fiarse de Tyvara? La única prueba que tenía de que ella decía la verdad era la reacción de la esclava a la que había matado.

«¡Tú! Pero... él debe morir. Eres... —Escupió sangre, tosiendo y apretándose el costado con las manos. Su semblante se llenó de odio, a pesar de que estaba debilitándose a ojos vistas—. Eres una traidora a tu pueblo.»

De esto se desprendían tres cosas: la esclava había reconocido a Tyvara, creía que él debía ser asesinado y consideraba una traidora a Tyvara. ¿Cuál había sido la respuesta de esta?

«Te dije que no dejaría que lo mataras. Deberías haber hecho caso de mi advertencia y haberte marchado.»

De esto podía deducir que Tyvara estaba al tanto de las intenciones de la esclava y le había dado la oportunidad de abandonar su misión. «O quizá lo dijo con el fin de que yo llegara a esa conclusión. —Pero ¿qué motivos podía tener para engañarlo?—. Tal vez pretendía convencerme de que le había dado a la mujer la ocasión de marcharse, de que no es una asesina tan despiadada como parece.»

Una cosa quedaba clara: si Tyvara hubiera querido matarlo, lo habría hecho. Después de todo, sabía magia negra. Era muy posible que tuviera una fuerza mágica varias veces superior a la de él.

Pero de lo que no estaba seguro era de si realmente hacía falta que huyera con ella. Con toda seguridad, en cuanto Danyl se hubiera enterado de lo ocurrido, se habría encargado de reforzar la protección de ambos. «Pero ¿cómo? Un grupo de magos del Gremio tardaría varios días en llegar, y ninguno de ellos es tan poderoso como la mayoría de los magos sachakanos. Si enviaran a mi madre o a Kallen, tendrían que fortalecerse con magia negra antes de partir, lo que los demoraría aún más. En cuanto a los magos sachakanos... ¿se rebajaría alguno de ellos a asumir el papel de guardaespaldas del ayudante de un embajador del Gremio? ¿Cómo podemos saber que no han sido ellos quienes han enviado a Riva a matarme?»

En lo relativo a quién quería verlo muerto, suponía que eran las familias de los sachakanos a los que sus padres habían matado durante la Invasión ichani. Seguramente su madre tenía razón. Algunos aún debían de sentirse obligados a vengar la muerte de sus parientes, pese a que estos habían sido desterrados.

«Los magos superiores estaban convencidos de que no había peligro de eso, al igual que lord Maron y los otros embajadores del Gremio que habían vivido aquí. ¿Ocultaban esas familias sus intenciones con la esperanza de que mi madre o yo viajáramos algún día a Sachaka?»

Pensó en el anillo que llevaba en el bolsillo. «¿Debería intentar de nuevo ponerme en contacto con mi madre?» En la habitación había un trajín continuo de esclavas que entraban y salían. No parecían sorprendidas de verlo allí. La primera vez, él estaba a punto de utilizar el anillo de su madre y lo había escondido en el lomo de su libreta justo a tiempo. Si ellas lo veían, ¿sospecharían que intentaba traicionarlas e intentarían quitárselo?

«¿Qué me aconsejaría ella? Seguramente que regrese a la Casa del Gremio y deje que Dannyl se ocupe de todo. Ahora no le costará mucho convencer al Gremio de que me obligue a volver a Kyralia. —Lo acometió un acceso de rebeldía, pero se le pasó enseguida—. Ella estaba en lo cierto —se obligó a reconocer—. Era demasiado peligroso para mí venir aquí. Por otro lado, algo me dice que regresar a la Casa del Gremio no es lo más prudente que puedo hacer en este momento. Si Tyvara me ha salvado es porque me quiere con vida, y no cabe duda de que no es allí donde cree que yo debería...»

Lorkin se sobresaltó cuando la puerta de la habitación se abrió de golpe. Pero era Tyvara quien estaba al otro lado. Él no pudo evitar pensar, como siempre que la veía, que la joven poseía un atractivo misterioso y exótico. Ahora, sin embargo, ella no estaba de pie con la cabeza gacha y la vista baja. Tampoco se postró en el suelo. En cambio, lo miraba con aire divertido y una postura relajada que destilaba seguridad en sí misma.

«Lo que la favorece mucho», decidió él.

—¿Cómo lo llevas? —preguntó ella, haciendo una mueca por el olor.

—Sigo respirando —respondió él—, aunque casi desearía que no fuera así. ¿Me lo explicarás todo ahora?

—Sí —dijo ella con una tenue sonrisa—. Vamos fuera.

Lorkin la siguió al espacioso taller contiguo. Cuatro esclavas sentadas en torno a una mesa grande lo observaban con curiosidad indisimulada pero sin el menor asomo de simpatía. Dos de ellas tenían más o menos la misma edad que Tyvara, y las otras eran mayores, aunque costaba distinguir si sus arrugas eran producto del trabajo duro y el sol o del transcurso de los años. Cuando él las miró, desviaron la vista, después irguieron la espalda y centraron de nuevo su atención en él. «Es como si la costumbre las hubiera impulsado a rehuirme la mirada en un primer momento. En cambio, Tyvara tiene que fingir que es una esclava. Creo... creo que estas mujeres se criaron como esclavas, mientras que Tyvara nació libre.»

—Siéntate —lo invitó Tyvara, señalando un taburete situado junto a la mesa. Él obedeció, y ella se sentó en el borde de otro—. Te las presentaría, pero siempre es más seguro no dar nombres. Puedo asegurarte que estamos a salvo con estas mujeres.

Lorkin las saludó cortésmente con una inclinación de la cabeza.

—Entonces os doy las gracias por vuestra ayuda.

Las cuatro guardaron silencio, pero arquearon las cejas e intercambiaron miradas breves.

—Somos un pueblo conocido como los Traidores —le informó Tyvara—. Hace cientos de años, varias mujeres libres se unieron a un grupo de esclavas y juntas huyeron a un lugar lejano y recóndito, donde construyeron una sociedad en la que no hay esclavas y todas son iguales.

Lorkin frunció el ceño.

—¿Una sociedad integrada exclusivamente por mujeres? Pero ¿cómo os las arregláis para...?

—Exclusivamente por mujeres, no. —Tyvara sonrió—. También hay hombres, pero no son los que mandan en todo, como en el resto del mundo.

«Fascinante. —Lorkin escrutó el rostro de Tyvara—. Claro, no solo nació libre: está acostumbrada a ejercer autoridad sobre otros. —Entonces se percató de otra cosa. Ella siempre le había recordado a alguien, y ahora sabía a quién—. ¡Mi madre! —Se le hizo un nudo en el estómago—. Tal vez no sea un pensamiento muy oportuno si alguna vez ella y yo... No, mejor no pensar en ello.»

—¿Alguna pregunta? —inquirió ella.

—¿Por qué os hacéis llamar Traidores?

—Por lo visto debemos nuestro nombre a una princesa sachakana que murió a manos de su padre porque uno de sus aliados la había violado. La tachó de traidora, y las mujeres de la época adoptaron el calificativo en señal de solidaridad.

Lorkin reflexionó sobre las palabras de la esclava moribunda. «“Eres una traidora a tu pueblo.” ¿Había querido decir “Traidora”? No, eso no tenía pies ni cabeza. Pero si Riva sabía que Tyvara era una espía...»

—¿Estaba enterada Riva de que eres una Traidora?

—Sí.

—¿Por qué te dijo que eras una traidora a tu pueblo?

Los labios de Tyvara se torcieron en una sonrisa irónica.

—Me temo que nuestro desacato del emperador y de las leyes, sumado a nuestra costumbre de interferir en la política sachakana, hace que la mayoría de los sachakanos nos consideren unas traidoras.

—¿Cómo impedís que los magos sachakanos os encuentren a todas? ¿No les bastaría con leerlos la mente?

—Tenemos un sistema para ocultarles nuestros pensamientos. Solo ven lo que queremos que vean. Esto nos permite infiltrarnos en las casas de ashakis poderosos de todo el país.

A Lorkin el corazón le dio un vuelco.

«¡Una forma de magia de la que nunca había oído hablar!»

—¿Puedes explicarme cómo lo hacéis?

Ella sacudió la cabeza.

—Las Traidoras no revelamos nuestros secretos fácilmente.

Él asintió.

«Un sistema que protege la mente frente a quien intenta leerla, del mismo modo que las gemas de sangre impiden que la comunicación mental entre dos magos sea escuchada por un tercero.»

—¿Se trata de algo parecido a un anillo de sangre? —preguntó.

A una de las mujeres se le escapó una carcajada. Lo miró a los ojos por un instante antes de volverse hacia Tyvara.

—Este es listo. Más vale que tengas mucho cuidado con lo que dices.

Tyvara soltó una risita.

—Lo sé. —Su sonrisa se desvaneció. Con un suspiro, se volvió de nuevo hacia Lorkin—. Debemos marcharnos de aquí. Este lugar está demasiado cerca de la Casa del Gremio, y algunos de los esclavos de allí saben que tengo contactos aquí. Tendrás que deshacerte de esa ropa tan bonita y disfrazarte de esclavo. ¿Te ves capaz?

Lorkin bajó la vista hacia su túnica y contuvo un suspiro.

—Si no queda otro remedio...

—Tiene la cara demasiado pálida —dijo una de las esclavas más jóvenes—. Tendremos que teñírsela. Y habrá que cortarle el pelo.

Una de las mayores lo miró de arriba abajo.

—Es demasiado delgado para pasar por sachakano, pero eso es preferible a que esté gordo. No hay muchos esclavos gordos. —Se puso de pie—. Iré a buscarle ropa.

—Necesitarás también un nombre de esclavo —dijo Tyvara—. ¿Qué te parece Ork? Se parece lo bastante a tu nombre de verdad, así que si te llamo Lorkin por error puede que nadie se dé cuenta.

—Ork —repitió Lorkin, encogiéndose de hombros. «Suenan como el nombre de un monstruo. A mis amigos de Imardin les haría mucha gracia. —De pronto sintió una punzada de tristeza—. Se preocuparán por mí cuando se enteren de que he desaparecido. Ojalá hubiera una manera, aparte de comunicarme con mi madre a través del anillo de sangre, de hacerles saber que estoy bien. —Hizo una mueca—. Bueno, que estoy vivo, por lo menos.»

La esclava mayor había descolgado una tela rectangular de un perchero en el que había varias piezas idénticas. Se la llevó a Lorkin junto con un cordel. Las mujeres intercambiaron sonrisitas cuando él se quitó la sobretúnica. Se envolvió el cuerpo con la tela y se la ciñó con el cordel, tal como le indicaron, y a continuación se quitó los pantalones. Se alegraba de haber escondido el anillo de sangre de su madre en el lomo de su libreta. Le habría costado sacarlo de su túnica sin que las mujeres se dieran cuenta.

—No puedes llevar eso contigo —dijo Tyvara al ver la libreta.

Lorkin bajó los ojos hacia el cuaderno.

—¿Puedo enviarlo a la Casa del Gremio?

Las esclavas negaron con la cabeza.

—Sería difícil hacer eso sin que nadie supiera que procede de aquí —le explicó una de ellas.

—Tenemos que destruirlo —decidió Tyvara, extendiendo la mano para cogerlo.

—¡No! —Lorkin lo apartó de golpe—. Son todas mis notas sobre mi investigación.

—Algo que ningún esclavo llevaría encima.

—Lo mantendré oculto —le aseguró él y se lo guardó bajo la parte delantera del manto.

—Y si un ashaki te lee la mente sabrá que lo llevas allí escondido.

—Si un ashaki le lee la mente, sabrá que no es un esclavo —señaló una de las mujeres mayores con una sonrisa socarrona—. Deja que se quede con su libreta.

Tyvara arrugó el entrecejo y suspiró.

—De acuerdo. ¿Tenemos calzado para él?

Una de las mujeres cogió un par de zapatos sencillos que eran poco más que unas bolsas de piel cosidas en forma de pie y que se sujetaban al tobillo con un cordel más delgado. Tyvara asintió en señal de aprobación.

—Ya falta menos. Mientras nuestras amigas aquí presentes preparan el tinte para tu piel y te cortan el pelo, yo te explicaré cómo se supone que debe comportarse un esclavo —dijo Tyvara—. Sospecho que será lo más difícil para ti. Una actuación convincente puede marcar la diferencia entre la supervivencia y el asesinato.

—Lo tendré presente —afirmó él—. No es algo que vaya a olvidar fácilmente.

Ella le dedicó una sonrisa sombría.

—Es algo muy fácil de olvidar cuando te están azotando solo porque alguien ha tenido un mal día. Créeme. Lo sé.

Mientras recorría el pasillo del alojamiento de los magos, Sonea bostezó. Cuando había vuelto al Gremio, el sol se elevaba perezosamente sobre la colina que se alzaba detrás del recinto, inundando el cielo de una claridad tenue. Ahora se había ocultado tras la ciudad, abandonándolo todo a la oscuridad, el brillo de las lámparas o, para los más afortunados, la luz mágica.

Los turnos de noche en el hospital eran los más impopulares, así que ella se hacía cargo de ellos siempre que le era posible. Había muchas personas que atender, pese a lo avanzado de la noche. Algunos sanadores comentaban en broma que los pacientes nocturnos eran los más interesantes. Lo cierto era que ella había tenido que curar heridas de lo más curiosas durante aquellos turnos. Sospechaba que muchos más visitantes nocturnos de los que se veían obligados a confesar su profesión debido a la naturaleza de su enfermedad o lesión estaban mezclados en actividades que habrían escandalizado a la mayoría de los magos del Gremio y a

sus familias.

La noticia de Cery se había colado en su mente muchas veces. Se sentía injustificadamente culpable por no haber accedido a ayudarlo en su búsqueda de la maga renegada. Pero no se le ocurría cómo hacerlo en secreto, y en cuanto encontrara a la renegada y la entregara al Gremio, la verdad saldría a la luz. Su engaño suscitaría más desconfianza y desaprobación, tal vez hasta el punto de impulsar al Gremio a prohibirle trabajar en los hospitales.

Aun así, cuando había llegado al Gremio no había ido directamente a hablar con el administrador Osen. En cambio, había decidido consultarlo con la almohada, como le había pedido Cery. Y ahora que estaba despierta, y en vista de que el sueño no había aclarado sus ideas al respecto, había decidido consultar el asunto con Rothen. Después de todo, él había sido quien la había buscado y encontrado hacía tiempo, cuando ella era una renegada que se escondía del Gremio.

Llegó ante su puerta y llamó. Oyó una voz conocida procedente del interior. La puerta se entreabrió y Rothen sonrió al verla.

—Sonea. Pasa. —Abrió la puerta del todo para que ella pudiera entrar—. Siéntate. ¿Te apetece un poco de raka?

Ella paseó la vista por la sala de invitados antes de posarla de nuevo en él.

—Cery vino a verme anoche. Ha descubierto a una nueva maga renegada en la ciudad, una mujer con un control absoluto sobre sus poderes. No puedo ocuparme de ella personalmente, por supuesto, pero... ¿crees que el Gremio meterá la pata esta vez?

Rothen la contempló, sorprendido, y luego dirigió la mirada hacia un punto situado detrás de ella.

—Apostaría la fortuna de mi familia a que meterán la pata como la última vez —dijo una voz que le resultaba familiar.

A Sonea se le cayó el alma a los pies. Adoptó un semblante inexpresivo y se volvió para ver a un hombre que salía de la habitación que había sido su dormitorio en otro tiempo, con uno de los numerosos libros que Rothen guardaba allí ahora.

—Regin y yo hablábamos de un problema entre los aprendices —dijo Rothen, con un ligero tono de disculpa en la voz.

Sonea clavó los ojos en Regin. «Maldito sea. Esto significa que tendré que informar a los magos superiores de inmediato. Espero que me perdonen por haber pedido consejo a Rothen antes.»

—¿Otro problema? —preguntó.

—Oh, siempre hay algún tipo de problema —dijo Rothen, encogiéndose de hombros.

—En cuanto a la renegada..., estoy de acuerdo con Regin —añadió Rothen—, aunque no soy tan pesimista. El Gran Lord Balkan y el administrador Osen emplearían métodos de búsqueda más sutiles, pero carecen de la perspicacia, la experiencia y los recursos de que disponemos tú y yo.

Sonea se volvió de nuevo hacia él.

—¿Cómo voy a dar caza a una renegada si no puedo moverme por la ciudad sin permiso?

Rothen sonrió.

—No pidas permiso.

—Pero si se enteran de que he estado merodeando por ahí a hurtadillas, que no he denunciado la situación a los magos superiores, o incluso que he hablado con un ladrón, darán la razón a todas esas personas que sostienen que no soy de fiar.

—Y si usted captura y trae a una renegada, las personas que importan pasarán todo eso por alto —dijo Regin.

Ella cruzó los brazos.

—No pienso poner en peligro los hospitales solo para encargarme de algo que pueden hacer otros.

—Lady Vinara y los sanadores jamás les permitirían cerrar los hospitales —le aseguró Regin.

—Pero podrían impedirme que siga trabajando en ellos —replicó Sonea.

—Lo dudo. Hasta sus detractores tendrían que reconocer que eso sería desperdiciar su talento.

Ella miró fijamente a Regin por un momento, antes de desviar la vista. El hombre estaba elogiándola demasiado, y esto le parecía sospechoso. ¿Estaba animándola a perseguir a la renegada en secreto para delatarla más adelante? «No ganaría nada con ello, excepto algún tipo de satisfacción mezquina por mi desgracia.»

—Cuando llegue el momento de explicar nuestras acciones, les diré a todos que yo te asesoré y te ayudé —aseveró Rothen. Se dirigió a Regin—. Estoy seguro de que lord Regin no tendrá inconveniente en hacer lo mismo.

—Desde luego. Lo pondré por escrito y lo firmaré, si lo desean. —Había un deje de sarcasmo en sus palabras. «Sabe que sigo sin confiar en él», pensó ella, con un sentimiento de culpabilidad inesperado. No había mostrado el menor atisbo de deshonestidad o manipulación en las ocasiones en que Sonea había trabajado con él.

—La gente seguirá imponiéndote restricciones mientras tú se lo permitas —dijo Rothen—. No les has dado ningún motivo para que desconfíen de ti en los últimos veinte años. Es... es...

—Ridículo —lo ayudó Regin—. No veo que Kallen tenga que pedir permiso para deambular por la ciudad, ni que usted mande a sus lacayos a vigilar todos sus movimientos.

—Eso es porque no tengo lacayos —repuso Sonea—, ni tiempo para hacerlo yo misma.

—Pero, si tuviera una de las dos cosas, ¿lo haría? —preguntó Regin.

Ella lo miró con los ojos entornados.

—Seguramente.

Él enarcó las cejas.

—¿Lo considera peligroso?

—No. —Se volvió hacia la ventana, con expresión ceñuda—. Peligroso, no. Pero algún día su... su exceso de celo podría resultar contraproducente.

—Como en estos momentos —dijo Rothen—. Te tiene demasiado cohibida e intimidada para hacer lo que sabes que harías mejor que nadie: encontrar a la renegada y entregarla al Gremio.

Ella dirigió la mirada hacia la ventana. La universidad se encontraba justo al otro lado, y más allá estaba la ciudad, donde había una mujer que se valía de la magia, posiblemente para matar.

—No será como antes. Cery dice que ella es mayor, así que tal vez practique la magia desde hace muchos años. Y él sospecha que es la Cazaladrones.

—Razón de más para darnos prisa en encontrarla —alegó Regin—, antes de que pase de matar delincuentes a eliminar a todo aquel que se interponga en su camino.

Sonea pensó en la familia de Cery y se estremeció. «Quizá ya lo haya hecho.» Apartó la vista de la ventana y la posó primero en Regin y luego en Rothen.

—Pero si me salto abiertamente las normas que restringen mis movimientos, seré objeto de atención y de censura antes de que la encontremos.

Rothen sonrió.

—Entonces no se nos podrá reprochar que decidamos actuar en secreto. Por otro lado, no tiene sentido correr riesgos innecesarios. En cuanto averigües algo, envíanos un mensaje a ambos. Uno de nosotros podrá investigar si te resulta imposible escaparte un momento para hacerlo tú misma.

Sonea miró a Regin, que asintió. Una oleada de alivio la recorrió. Habían llegado a un acuerdo. Aunque no era un acuerdo perfecto. Todavía podría ganarse una amonestación por no llevar el asunto ante los magos superiores, pero al menos no habría peligro de que ellos sembraran el caos al intentar encontrar a la mujer por sí mismos. Sin embargo, el Gremio expresaría su desaprobación a Rothen y Regin cuando llegara a su conocimiento que ellos tampoco le habían comunicado la información.

«Esperemos que Regin tenga razón y que hagan la vista gorda cuando vean que tienen a una renegada capturada de la que ocuparse.»

—Será mejor que me vaya —dijo Regin. Miró a Sonea e inclinó la cabeza—. Estaré a su disposición para brindarle mi ayuda cuando la necesite. —Tras asentir en dirección a Rothen, que le devolvió el gesto, se acercó a la puerta y salió de la habitación.

Cuando se hubo marchado, Sonea se sentó y exhaló un suspiro. «Al menos sé que la caza está en buenas manos —pensó con sarcasmo—. Bastantes preocupaciones tengo, con Lorkin en Sachaka y los hospitales llenos de consumidores de craña.»

—Pareces cansada —comentó Rothen, dirigiéndose hacia una mesa auxiliar con el fin de preparar sumi y raka para ambos.

—He trabajado en el turno de noche.

—Últimamente pasas mucho tiempo en los hospitales.

Ella se encogió de hombros.

—Me mantiene ocupada. —Soltó una risita—. Y lo estaré aún más ahora que tengo que transmitir información sobre la renegada a Regin y a ti.

—Los hospitales pueden velar por sí mismos —afirmó él. Se acercó a las sillas y le entregó una taza de raka humeante—. Y nosotros velaremos por ti.

Ella lo miró con una ceja levantada.

—¿Regin y tú?

Él asintió.

—Ya te lo he dicho: ha madurado y se ha convertido en un joven sensato.

—¿Joven? —se mofó Sonea—. Solo en comparación contigo, viejo amigo. No le llevo más que un par de años, y tiene dos hijas mayores.

—Aun así —repuso Rothen riendo entre dientes—, ha mejorado mucho desde que era ese aprendiz al que diste una paliza en la Arena.

Sonea desvió la vista.

—Claro que ha mejorado. Era imposible que empeorara. —Le dirigió una mirada inquisitiva—. ¿Crees que podemos fiarnos de él?

Él posó los ojos en ella con expresión seria.

—Sí, lo creo. Siempre ha dado mucha importancia a la integridad de su Casa, su familia y el Gremio. Era la fuente de su arrogancia cuando era joven, y ahora es su motivación como adulto. Le molesta que la corrupción haya penetrado en todos esos ámbitos. Para él, esta es otra manera de ayudar a enderezar la situación. Es lo bastante sensato para comprender que lo mejor es que lo hagamos juntos, en secreto. Quizá el Gremio no complicaría las cosas en su intento de encontrar a la renegada, pero las posibilidades de que lo hiciera serían muy altas. No podemos correr ese riesgo.

—Seguramente tienes razón. —Sonea hizo un mohín—. Y más vale que también tengas razón respecto a Regin, pues si quiere hacerme la vida imposible, ahora dispone de medios para conseguirlo.

Los baños públicos La Bañera Negra no eran tan limpios como Cery habría deseado. Apestaban a moho y el perfume barato que usaban para disimular el hedor, y las batas que les habían dado a Gol y a él tenían remiendos y manchas interesantes. Pero el lugar era el único establecimiento cercano a la casa de empeños en el que podían permanecer largo rato sin despertar sospechas, por lo que tenían que investigarlo.

Los habían conducido hasta un vestuario y los habían dejado ahí. Estaba en la planta baja, y tenía en las ventanas unas persianas baratas y sin adornos que impedían que los clientes fueran vistos desde la calle. Después de desnudarse y ponerse la bata, Gol se había escabullido del vestuario para echar un vistazo a las habitaciones contiguas, y Cery se había acomodado en una silla colocada junto a una de las ventanas. Descorrió la persiana y sonrió con satisfacción al comprobar que la casa de empeños se divisaba desde allí.

La puerta se abrió de nuevo, pero solo era Gol, que volvía.

—¿Y bien?

—No hay nadie en los cuartos que nos rodean, pero no te garantizo nada sobre la planta de arriba. Podemos hablar, pero en voz baja. —Torció el gesto—. Está en un estado un poco lamentable.

—Y el servicio es lento —añadió Cery—, seguramente por falta de personal. —Señaló la ventana—. Pero la vista es buena.

Gol se acercó y echó un vistazo al exterior.

—Ya lo creo.

—Deberíamos turnarnos para vigilar mientras el otro se da un baño.

El hombretón hizo una mueca.

—Espero que el agua no sea tan repugnante como el olor de este sitio. —Se dirigió hacia otra silla y se sentó—. ¿Ha dicho algo nuestra amiga sobre cómo pretende ocuparse del tema?

Cery negó con la cabeza. Sonea había enviado un mensaje críptico, en el que solo decía que se encargaría del asunto sobre el que él había llamado su atención, le daba las gracias por la información y le pedía que remitiera toda noticia posterior al hospital. «Es obvio que ha empleado un tono ambiguo por si alguien interceptaba la carta. Si está encargándose del asunto de la renegada, es poco probable que haya hablado de ello con el Gremio. Ellos no le confiarían la tarea de encontrar a la mujer.»

Se oyeron unos golpes en la puerta. Cery corrió la persiana para que ocultara de nuevo la ventana.

—Adelante —dijo.

La misma joven delgada que los había guiado hasta el vestuario abrió la puerta y entró, sin mirarlos a los ojos.

—El baño casi está listo. ¿Desean tomarlo tibio o caliente?

—Caliente —respondió Cery.

—¿Desea que sea aromático? Tenemos...

—No —la interrumpió Gol con firmeza.

—¿Tenéis sales? —preguntó Cery. Había oído que los baños con sales eran buenos para aliviar los músculos doloridos, y él aún tenía el cuerpo entumecido por el combate de entrenamiento con cuchillos de aquella mañana. Además, la sal servía también para purificar el agua sucia.

—Sí. —Le especificó el precio, y Gol arqueó las cejas.

—Nos interesa —le dijo Cery.

Tras asentir cortésmente, la chica salió de la habitación. Cery se volvió hacia la ventana, abrió la persiana de nuevo y miró hacia fuera. Ahora había más actividad en la calle.

—¿Deberíamos convencer a Makkin el Comprador de que nos ayude? —preguntó Gol—. Como él ya le tiene miedo, a ella no le parecerá sospechoso que esté un poco nervioso.

—Es la clase de persona que se presta a colaborar con aquellos a quienes más teme —contestó Cery—. Si se entera de que ella posee poderes mágicos, le tendrá más miedo que a nosotros.

—Ella lo obligó a salir de la habitación antes de abrir la caja de seguridad, así que supongo que él no sabe lo de la magia.

—Ya, pero...

Gol siseó para hacerlo callar. Cery dirigió la mirada hacia él y vio que tenía la vista fija en la ventana.

—¿Qué pasa?

—¿Es esa de allí, la que está delante de la tienda de Makkin?

Cery se volvió rápidamente hacia la ventana. Una mujer encorvada se había detenido delante de la tienda. Tenía el cabello entrecano. Por un momento, Cery estuvo convencido de que Gol se había equivocado, hasta tal punto que estuvo a punto de burlarse de él, pero entonces la mujer volvió la cabeza para inspeccionar la calle. Sintió un escalofrío al reconocerla.

Miró a Gol, que clavó los ojos en él. A continuación, ambos bajaron la vista hacia las batas que llevaban.

—Iré yo —se ofreció Gol—. Tú vigila. —Se plantó de un salto junto al montón de ropa que se había quitado y comenzó a vestirse a toda prisa. Cery se fijó de nuevo en la ventana y advirtió que la mujer entraba en la tienda.

El corazón le golpeaba el pecho con fuerza. Notó que todos los músculos de su cuerpo se tensaban lentamente, y contó cada respiración.

—¿Sigue allí?

—Sí —respondió Cery—. Hagas lo que hagas, procura que no se dé cuenta de que la sigues. Si hace falta, págale a alguien para que...

—Lo sé, lo sé —lo cortó Gol con impaciencia.

Cery oyó que abría la puerta y vio al mismo tiempo que la mujer salía de la tienda.

—Se va —dijo.

Gol no respondió. Cery se dio la vuelta y se encontró con que el hombretón se había marchado y la puerta oscilaba sobre sus goznes. Dirigió la mirada de nuevo hacia la calle y vislumbró a la mujer por un momento antes de que se perdiera de vista. Al cabo de un instante, apareció Gol. Cery respiró aliviado al comprobar que su amigo y guardaespaldas se encaminaba en la misma dirección que ella, con pasos decididos.

«Cuídate, viejo amigo», pensó Cery.

—Esto..., siento haberles hecho esperar.

Se volvió y vio a la chica de los baños de pie en la puerta. Sus ojos se posaron en él, luego en la

persiana y finalmente en el suelo. Cery cerró la persiana y se levantó.

—¿El baño está listo?

—Sí.

—Bien. Mi amigo ha tenido que marcharse. Llévame al baño.

Ella dejó caer los hombros por haber perdido a un cliente, le hizo señas a Cery de que la siguiera y salió de la habitación.

La Traidora

Cuando el esclavo se puso a gimotear, con la cabeza apretada entre las grandes manos del ashaki Tikako, Dannyl no pudo evitar estremecerse. Aunque nunca le había leído la mente un mago negro, no debía de ser una experiencia agradable, a juzgar por la reacción de los esclavos de aquel hombre.

Con un gruñido de rabia y frustración, Tikako apartó al esclavo de un empujón. El hombre se golpeó el hombro contra el suelo al caer y, como su amo le ordenó a gritos que se largara, se alejó lo más deprisa posible, a cuatro patas. Los esclavos que estaban arrodillados cerca, aguardando su turno para ser interrogados, se encogieron cuando el ashaki dirigió su atención hacia ellos.

No faltaban muchos. Dannyl había contado ochenta hasta el momento. Ninguno de ellos había revelado información útil sobre Lorkin y Tyvara. Ni siquiera habían sido capaces de confirmar si Tyvara había hablado alguna vez con alguien de la finca.

El amo apuntó con el dedo a una joven que se le acercó de mala gana, arrastrando las rodillas enrojecidas a causa del contacto prolongado con el áspero empedrado. Tikako la agarró de la cabeza antes incluso de que ella se hubiera detenido ante él. La mujer juntó las cejas, y Dannyl no pudo evitar contener el aliento, deseando que conociera el paradero secreto de Lorkin, aunque eso seguramente le acarrearía la muerte por no haber facilitado esta información cuando su amo la había pedido.

Tras una larga pausa, Tikako la miró fijamente y luego, con un rugido inarticulado de rabia la levantó ligeramente y la arrojó hacia atrás. Ella abrió los ojos de golpe mientras salía despedida a través de la habitación. Se estrelló contra uno de los grandes jarrones de cerámica colocados a intervalos regulares a lo largo de las paredes, de los que desbordaban bellas plantas en flor. Se incorporó y parpadeó despacio, con la mirada vidriosa.

Dannyl contuvo otra maldición. «Qué brutalidad, la de esta gente. Les gusta creerse muy dignos, con sus ritos y su jerarquía, pero en el fondo siguen siendo tan crueles como los describen todos los tratados de historia.» Dannyl sabía que, después de aquel día, no olvidaría fácilmente por qué los sachakanos eran tan temidos, a pesar de que sus anfitriones lo trataban con un respeto y una cortesía impecables. Su crueldad no derivaba del poder que poseían, sino de su voluntad de emplearlo para dominar a quienes eran más débiles que ellos.

La joven no se había puesto de pie, y ninguno de los otros esclavos había hecho el menor esfuerzo por ayudarla. Mientras el ashaki Tikako llamaba a otro esclavo, Dannyl se apartó disimuladamente del lado del ashaki Achaty y se acercó a la chica. Esta lo miró, pestañeando sorprendida, y bajó la vista rápidamente cuando él se acuclilló junto a ella.

—Déjame echar un vistazo —le dijo.

Ella agachó la cabeza pasivamente mientras él le examinaba la nuca. Estaba sangrando y empezaba a hincharse. Él posó la mano sobre la herida, se concentró y proyectó magia para

sanarla. Ella abrió mucho los ojos y se le aclaró la vista.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó Dannyl cuando terminó.

Ella asintió y se inclinó hacia él.

—Las personas que busca se han marchado —le susurró—. Él va vestido como un esclavo y lleva la piel teñida para parecerse a nosotros. Se dirigen en una carreta hacia la finca de campo del amo, al oeste.

—¿Te refieres a...? —empezó a preguntar Dannyl, pero ella meneó la cabeza despacio, como para intentar despejársela, y se echó hacia atrás.

—No malgaste sus poderes, embajador. —Al alzar la vista, Dannyl vio al ashaki Tikako, que lo miraba con una sonrisita—. No costará mucho sustituirla por otra.

Dannyl se levantó.

—Ahorrarle un poco de dinero es lo menos que puedo hacer después de que usted haya dedicado tanto tiempo y esfuerzo a interrogar a sus esclavos.

—Sin mucho éxito, he de reconocer. —Tikako suspiró y contempló a los cinco esclavos que quedaban. Con aire cansado, pues la ira había dado paso a la resignación, les hizo señas para que se acercaran.

Mientras el amo procedía a leerles la mente, Dannyl se colocó de nuevo junto al ashaki Achatí. El hombre le dirigió una mirada inquisitiva. El embajador sacudió la cabeza levemente. No podía transmitirle a Achatí lo que acababa de oír delante de Tikako. Si este se enteraba de que la esclava había conseguido ocultarle algo cuando él le había leído la mente, se sentiría humillado. Interrogaría de nuevo a la esclava y posiblemente la mataría. No sería una buena forma de agradecerle la información.

«Por otro lado, es posible que se trate de una trampa. —Dannyl frunció el ceño—. ¿Por qué no se lo contó a su amo cuando preguntó si alguien sabía algo sobre lo ocurrido? Si no quería que él se enterara, ¿por qué me lo ha revelado a mí? ¿Estará confabulado su amo con la mujer que secuestró a Lorkin?»

Fuera cual fuese la razón, saltaba a la vista que el método sachakano de lectura de mentes no era tan infalible como ellos creían. El ashaki Tikako despidió al último esclavo y se volvió hacia Dannyl y Achatí. Se disculpó por no haber logrado localizar a Lorkin. No obstante, se percibía cierto tono defensivo en sus palabras. Había demostrado estar libre de culpa. Ninguno de sus esclavos había estado ocultando fugitivos ni había mentido.

«O tal vez sí que lo sabían, y él ha simulado no encontrar nada para proteger su orgullo y su honor..., o para encubrir su implicación en el secuestro.»

Sin embargo, Achatí parecía satisfecho. Dio las gracias a Tikako y le aseguró que su ayuda sería recompensada. A continuación, Dannyl y él caminaron de vuelta hacia el carruaje, se despidieron de su anfitrión y subieron al vehículo. Los dos esclavos de Achatí, ambos hombres jóvenes, parecieron sentirse aliviados por marcharse.

Cuando cruzaron las puertas de la mansión de Tikako, Achatí se volvió hacia Dannyl, con la frente arrugada por la preocupación.

—Tengo que confesarle que no sé adónde ir ahora. Yo...

—Hacia el oeste —le dijo Dannyl—. Lorkin se ha disfrazado de esclavo, y está con Tyvara en una carreta camino de la finca de campo del ashaki Tikako.

Achati se quedó mirándolo por unos instantes, y después sonrió.

—La chica esclava. ¿Se lo ha dicho ella?

—Sí.

—Sus métodos de investigación, aunque poco convencionales, parecen estar dando resultado.

—La sonrisa se desvaneció de sus labios—. Hummm. Eso significa... Eso parece indicar que una de las peores posibilidades que he estado contemplando puede ser la correcta.

—¿Que el ashaki Tikako ha leído esto en la mente de la esclava pero no nos lo ha dicho porque está involucrado en el secuestro de Lorkin, o que los métodos sachakanos para leer la mente no son tan eficaces como deberían?

Achati se encogió de hombros.

—La primera es improbable. Tikako es pariente del rey, y uno de sus mayores adeptos. La segunda siempre ha sido cierta. Hace falta tiempo y concentración para examinar una mente a fondo. —Hizo una mueca—. Pero la mente funciona de tal manera que lo que más desea mantener en secreto tiende a ocupar sus pensamientos en el momento en que alguien la lee. Tikako tendría que haber visto esta información. El hecho de que la chica haya conseguido ocultarla sugiere que tal vez posea ciertas habilidades que no debería tener, habilidades que solo posee un grupo de rebeldes en particular.

—¿Rebeldes?

—Se hacen llamar Traidoras. Utilizan a esclavas para que espíen y cometan asesinatos y secuestros en su nombre. Hay algunas personas, sobre todo del sexo femenino, que creen que se trata de una sociedad integrada solo por mujeres, pues suelen llevarse a mujeres que atraviesan una situación difícil o han sufrido alguna desgracia. Sospecho que es un rumor para animar a sus víctimas a colaborar con ellas, pero que el motivo real por el que las raptan es para venderlas como esclavas, aquí o en otro país.

Un escalofrío le bajó a Dannyl por la espalda.

—Entonces, ¿qué quieren de Lorkin?

—No estoy seguro. A veces se inmiscuyen en política, por lo general con sobornos o chantajes, pero a veces también con asesinatos. Lo único que se me ocurre que pueden conseguir con el secuestro de Lorkin es humillar al rey. —Arrugó el entrecejo con aire reflexivo—. A menos que pretendan desencadenar una guerra entre nuestros países.

—Seguramente habrían matado a Lorkin si esta fuera su intención.

Achati miró a Dannyl a los ojos con expresión sombría.

—Quizá todavía tengan la intención de hacerlo.

—Entonces debemos encontrarlas cuanto antes. ¿Hay muchos caminos de los que van al oeste que conduzcan a la finca de campo de Tikako?

El sachakano no respondió. Su rostro reflejaba un desconcierto cargado de ansiedad.

—¿Por qué nos lo ha dicho a nosotros? —preguntó.

—¿Quién? —inquirió Dannyl.

—La esclava. ¿Por qué le ha indicado a usted cómo encontrar a Lorkin si es una Traidora? ¿Intenta despistarnos?

—Tal vez los Traidores no tienen que ver con el secuestro de Lorkin y quieren evitar que los culpen de ello.

La arruga en el entrecejo de Achatí se hizo más profunda.

—Bueno, es la única pista de que disponemos. Sea o no una trampa, no nos queda otro remedio que seguirla.

En el camino a la finca de campo de Tikako había un flujo constante de personas y vehículos que obligó a Lorkin a seguir el consejo de Tyvara de permanecer callado para que su acento kyraliano no llamara la atención. No podía preguntarle adónde se dirigían, o pedirle más explicaciones sobre su pueblo o sobre las personas que habían intentado matarlo. Le picaba la piel a causa del tinte que la recubría. Ella le dedicaba una expresión ceñuda de desaprobación cuando se rascaba, y le propinaba patadas suaves en el tobillo si se descuidaba y miraba a los ojos a la gente que pasaba, aunque fueran esclavos. Esto resultaba tremendamente frustrante y hacía que la lentitud con que avanzaba la carreta, de la que tiraba un caballo de aspecto vetusto, le pareciera casi inaguantable.

De vez en cuando le lanzaba una mirada furtiva a Tyvara y reparaba en la tensión de su cuerpo y el modo en que se mordía el labio. Tampoco fue capaz de contener el impulso de admirar su tez morena prácticamente impecable. Era la primera vez que la veía al aire libre, al sol, y no a la luz de las lámparas o de un globo de luz mágico. Su piel tenía un brillo saludable, y él no podía evitar preguntarse si sería tan cálida al tacto como la de Riva. Entonces le venía a la memoria el recuerdo inevitable de Riva muerta, con los ojos abiertos y estáticos, y apartaba la vista.

«Tyvara es una mujer demasiado peligrosa como para sentirse atraído por ella —reflexionó—, pero por alguna razón el halo de misterio que la rodea y el no conocer el alcance de su poder le confieren aún más encanto. Por otro lado, no es buen momento para perder la cabeza por una mujer. Existe el peligro real de que pierda algo más que la cabeza.»

Fue el tercer día de viaje cuando ella por fin murmuró que estaban a punto de llegar a su destino. El sol estaba ya muy bajo sobre el horizonte. Lorkin se sintió aliviado, pues esto significaba que no volverían a dormir en la carreta, pero el alivio se desvaneció en cuanto ella le dijo lo que debía hacer a continuación. Se alojarían en otra finca, donde él tendría que fingir ser un esclavo. Comerían y dormirían allí, pero ella no sabía qué harían después hasta que se pusiera en contacto con su gente.

Sería una prueba más arriesgada de la eficacia de su disfraz. Ella le había indicado que no hablara más de lo imprescindible, que mantuviera los ojos fijos en el suelo, que obedeciera sin vacilar ni protestar y que permaneciera entre las sombras siempre que le resultara posible.

Tras señalarle una abertura en el muro que tenían delante, le pidió que guiara el caballo de tiro hacia allí. Era un poco extraño que una esclava doméstica acompañara a un esclavo repartidor,

así que habían inventado la excusa de que ella estaba mostrándole la ruta y enseñándole a conducir la carreta porque los demás esclavos estaban muy ocupados. A Lorkin le habían divertido las clases de conducción, pese a que no podía hacer muchas preguntas por temor a que alguna otra persona lo oyera.

Pasaron por la abertura sin otro percance que el roce de una esquina de la carreta contra un lado de la pared. Lorkin dirigió la vista hacia los edificios que se alzaban ante ellos, entre los cuales varias figuras iban y venían, todos esclavos, a juzgar por su atuendo y su forma de moverse. Cuando la carreta se acercó, los esclavos se detuvieron a mirar por unos instantes, antes de continuar con sus tareas.

—Por allí —dijo Tyvara, apuntando con el dedo a una entrada arqueada.

Él condujo el vehículo hasta el interior de un patio pequeño. Un esclavo corpulento con la cinta en el pelo que denotaba su condición de jefe de esclavos salió por una puerta y agitó el brazo para que Lorkin frenara.

La carreta se detuvo. Consciente de la mirada del jefe de esclavos, Lorkin mantuvo la vista baja. Otros dos esclavos salieron del edificio y se acercaron a la cabeza del caballo.

—No os había visto antes a vosotros dos —observó el hombre.

Tyvara asintió.

—Soy Vara, y este es Ork. Es nuevo.

—Está algo flaco para ser un esclavo repartidor.

—Ya fortalecerá los músculos con un poco de trabajo.

El hombre movió la cabeza afirmativamente.

—¿Y qué haces tú aquí?

—Tenía que enseñarle el camino —respondió con cierta insolencia—. No había nadie más disponible.

—Pfff. —El jefe de esclavos les hizo una seña para que lo siguieran y dio media vuelta—. El amo quiere que carguemos la carreta ahora, para que podáis marcharos de madrugada. No nos darán de comer hasta que terminemos.

Tyvara echó una mirada a Lorkin y se encogió de hombros.

—Entonces vamos, Ork.

Los dos se apearon de la carreta. Uno de los esclavos de la finca tomó las riendas mientras otro desenganchaba el caballo. Lorkin siguió a Tyvara al interior de una gran habitación con paredes de madera. Un olor intenso y dulzón a la lana de reber impregnaba el aire.

—Esta es la carga. —El jefe de esclavos señaló una pila de pacas de lana envueltas en hule que parecía pesar el doble de lo que la carreta podía soportar. Miró a Lorkin y luego a Tyvara—. ¿Sabéis cómo cargar un carro?

—Lo he visto hacer muchas veces —aseveró Tyvara, y comenzó a describir el orden y la distribución de los pesos. El hombre asintió y emitió un gruñido de aprobación.

—Veo que sabéis lo básico. Cuando regrese, echaré un vistazo a lo que hayáis hecho. Si está mal —advirtió, lanzando una mirada significativa a Lorkin—, tendréis que descargarlo todo y volverlo a cargar, lo que significa que no probaréis bocado hasta mañana.

—Entendido —dijo Tyvara. Se volvió hacia Lorkin—. Es hora de aprender algo nuevo.

Lorkin se alegró de que el jefe de esclavos no se quedara por ahí observando, pero había muchos otros esclavos caminando de un lado para otro, y algunos se paraban a mirarlos a Tyvara y a él. Por fortuna, ella, que en efecto parecía saber cómo cargar una carreta, le indicó cómo disponer los fardos de manera que se sostuvieran unos contra otros. Sin embargo, había muchos, y él había dormido poco las últimas noches. Si bien había empleado la sanación mágica para ahuyentar el cansancio cuando empezaba a entorpecer sus movimientos, este tardaba cada vez menos en volver.

Aunque las pacas eran todas iguales, conforme trabajaba tenía la sensación de que se volvían más pesadas. Tuvo que lanzarle las últimas a Tyvara, que hacía equilibrios en lo alto de la pila, en la carreta. Entonces se sobresaltó al oír unos pasos justo detrás de él y arrojó una de ellas de mala manera. El fardo le resbaló a Tyvara de las manos, cayó y rebotó en el costado de la carreta. Lorkin retrocedió unos pasos para atraparlo, pero falló y pisó algo que tenía detrás.

—¡Idiota! —bramó una voz conocida. Una mano surgió de la nada y golpeó a Lorkin en la cabeza, haciendo que le zumbaran los oídos. Se llevó una mano a la sien y se apartó a gatas. Suponiendo que sería más propio de un esclavo permanecer acucillado en el suelo que ponerse de pie, se encorvó y esperó—. No te quedes ahí sentado enfurruñado. Recoge eso y termina el trabajo —ordenó el jefe de esclavos.

Lorkin se levantó y, doblado en dos y rehuyendo la mirada del hombre, corrió hacia la última paca y la recogió. Alzó la vista hacia Tyvara. Tenía el ceño fruncido de preocupación, pero extendió los brazos para demostrar que estaba lista. Él la lanzó y suspiró aliviado cuando ella la cogió y la encajó eficientemente en su sitio.

El jefe de esclavos, que aparentemente había perdonado a Lorkin por pisotearlo, le colocó unas cuerdas en las manos y los ayudó a atar con firmeza las pacas de lana a la carreta. Cuando finalizaron, él asintió en señal de aprobación.

—Pediré al chico de la cocina que os traiga comida y mantas. Podéis dormir en el almacén. Preparaos para salir temprano.

Dicho esto, giró sobre los talones y se alejó con paso resuelto. Mientras observaba cómo se alejaba el hombre, Lorkin vio con el rabillo del ojo que algo se movía. Resistió la tentación de volverse para averiguar de qué se trataba. La claridad del atardecer ya no iluminaba el patio, y las sombras bajo las verandas eran de una negrura casi impenetrable. Simulando que se examinaba las manos en la penumbra, Lorkin dirigió la mirada más allá y distinguió una silueta femenina en el vano de una puerta. Los observaba a Tyvara y a él con los ojos entornados.

—Ork —lo llamó Tyvara. Se volvió hacia ella. Estaba de pie junto a la carreta—. Ven, ayúdame a enderezar esto. —Lorkin se le acercó. Ella estaba tirando de uno de los fardos, aunque parecía estar colocado en una posición perfecta—. Mi contacto habitual no ha aparecido —murmuró—. No he visto otra puerta por la que se pueda entrar al almacén. Quedémonos aquí fuera por el momento.

—Hay una mujer mirándonos —le informó él—. ¿La has visto?

Ella arrugó el entrecejo y negó con la cabeza. El crujido de unas pisadas la hizo asomarse por encima de la carreta. Sonrió.

—¡Comida!

Lorkin la siguió mientras salía al encuentro del muchacho que se aproximaba. Este abrió mucho los ojos, bajó rápidamente la vista y les tendió dos panecillos del tamaño de un puño, aún humeantes tras salir del horno, y dos tazas. El líquido que contenían se agitaba por el temblor de su mano.

Tyvara cogió los alimentos y entregó a Lorkin su parte. En cuanto se vio libre de su carga, el muchacho dio media vuelta, corrió hacia una puerta y la atravesó como una exhalación.

—Estaba aterrorizado —musitó Lorkin.

—Sí —convino Tyvara—. Y no tenía por qué. —Regresó hacia la carreta—. Además, no ha traído mantas. Sígueme. —Pasó junto a la carreta y se encaminó hacia el almacén.

Lorkin echó a andar tras ella, con cuidado de no derramar el contenido de su taza. En la habitación no había más luz que la de una lámpara solitaria que proyectaba sombras intrincadas sobre las paredes. Una vez dentro, ella le quitó la taza y el panecillo y los dejó a un lado, junto con los suyos, cerca de un cubo que despedía un fuerte olor a orina.

—No podemos comérmolos —le dijo mientras inspeccionaba la habitación—. Pueden haberles puesto alguna droga.

—¿Alguna droga? —Lorkin contempló la comida—. ¿Saben quiénes somos?

—Posiblemente. ¡Ah! Bien. Ven aquí.

—Pero ¿cómo puede haberles llegado tan rápidamente la noticia? —preguntó él, siguiéndola hacia la pared del fondo.

La mirada que ella le dedicó mostraba de forma inequívoca que lo consideraba un idiota por hacer semejante pregunta.

—¿Los kyalianos no utilizáis anillos de sangre?

—Sí, pero...

—Por otro lado, sin duda sabes que es más rápido viajar a caballo que en una carreta.

—Bueno, sí...

Ella puso los ojos en blanco, se dio la vuelta y se deslizó detrás de unas cajas repletas de tarros de cerámica con tapones de cera. Cuando Lorkin se acercó, vio una puerta pequeña cerrada permanentemente con tablas. Ella echó un vistazo a la lámpara y luego a las cajas de tarros. Dio un paso hacia atrás y clavó la mirada en las cajas. Estas empezaron a moverse y, bamboleándose de forma precaria, se deslizaron hacia delante hasta tapar la vista desde la puerta.

A continuación, fijó la vista en las tablas que sujetaban la puerta. Estas comenzaron a combarse, despegándose del marco.

—Apaga la lámpara —ordenó ella sin apartar los ojos de su trabajo.

Lorkin miró la lámpara, invocó su magia y la proyectó, dándole la forma de una pequeña barrera que privó a la llama de aire. Cuando la lámpara se apagó y la oscuridad invadió la habitación, él notó una brisa fresca y, al volverse, vio que allí, donde antes estaba la puerta, había un rectángulo azul marino surcado de nubes color naranja. Avanzó hacia él, pero el cielo desapareció cuando Tyvara cerró la puerta de nuevo y él sintió que su mano le apretaba el pecho para detenerlo.

—Espera —murmuró ella—. Escóndete.

Llegaban sonidos procedentes de la puerta principal del almacén. Un rayo de luz penetró en la habitación, moviéndose y haciéndose más ancho conforme la fuente se acercaba. A continuación entraron el jefe de esclavos y el muchacho, seguidos por una mujer. Ambos se quedaron mirando las tazas y los panecillos intactos, y luego recorrieron el interior del almacén con la vista.

—Se han ido —dijo el muchacho.

—No pueden haber ido muy lejos —afirmó la mujer—. ¿Vamos en su busca?

—No —dijo el jefe de esclavos—. Es demasiado peligroso. Si son quienes tú dices que son, solo el amo podría ocuparse de ellos, y está en la ciudad.

La mujer hizo ademán de replicar, pero se contuvo, asintió rígidamente y salió del almacén. El jefe de esclavos paseó la mirada de nuevo por la habitación. Por un momento, dio la impresión de que iba a registrarla, pero sacudió la cabeza y se dirigió hacia la puerta.

En cuanto se marchó, Lorkin sintió la brisa otra vez. Tyvara lo asió del brazo, tiró de él y ambos cruzaron la puerta. Lo aferró con fuerza de los dos brazos. Él notó que se le revolvía el estómago cuando de pronto empezaron a elevarse en el aire.

«Levitación —pensó, bajando la vista hacia la fuerza invisible que actuaba bajo sus pies—. Hacía años que no se me presentaba una ocasión para hacer esto.»

Se posaron sobre el tejado del almacén. Tyvara se agachó y comenzó a avanzar a gatas, despacio y sin hacer ruido, manteniéndose por debajo de la arista del tejado para que la gente que estaba en el patio no los viera. Lorkin la siguió, estremeciéndose ante cada crujido de las tejas de madera. Los zapatos de esclavo eran mucho más silenciosos que las botas de mago, y se agarraban sorprendentemente bien a las tejas.

Cuando llegaron al otro extremo del tejado del almacén, levitaron hasta el edificio más próximo, luego al siguiente, y por último llegaron a uno donde podían ocultarse a la sombra de una chimenea grande. Un chirrido fuerte y constante procedente de abajo ahogaría todos los sonidos que hicieran.

«Tal vez sea un buen momento para hacerle algunas preguntas.»

—Cuando oscurezca del todo volveremos al camino —le dijo Tyvara.

—¿Y si nos topamos con alguien?

—Nadie se fijará en nosotros. No es extraño que haya esclavos en el camino, ni siquiera de noche, mientras que si atajamos por los sembrados, estaremos entrando en propiedad ajena. Los esclavos de campo no se nos acercarán, pero nos denunciarán ante su amo. Incluso si lográramos alejarnos antes de que él saliera a investigar, alguien que prestara atención a los

testimonios de los esclavos sabría en qué dirección viajamos. —Suspiró—. Quería estar más lejos de la ciudad cuando esto ocurriera.

—¿Contabas con que ocurriría?

—Sí.

—¿Tus contactos de aquí están a salvo?

—Sí.

—Así que... ¿ellos están aquí, pero también las personas que intentaron matarme?

—Sí. —Sacudió la cabeza—. Pero... el asunto es más complicado.

Él miró a Tyvara con expectación, pero ella se quedó callada, contemplando los campos. «Es evidente que no quiere hablar de ello, pero no puede insinuar que hay algo más de lo que me ha explicado y esperar que yo no quiera averiguarlo.»

—¿Por qué es más complicado? —inquirió y frunció el ceño, sorprendido al percibir la aspereza de su tono.

Ella fijó en él sus ojos, apenas visibles en la oscuridad creciente.

—No debería..., pero supongo que es inútil seguir manteniéndolo en secreto. —Inspiró profundamente y soltó el aire—. Ya no podemos fiarnos de los esclavos, ni siquiera de los Traidores. Los Traidores... no siempre estamos de acuerdo entre nosotros. Estamos divididos en grupos, en función de nuestras opiniones y nuestra filosofía.

—¿Facciones? —aventuró él.

—Sí, supongo que podríamos llamarlas así. La facción a la que pertenezco considera que eres un aliado en potencia y que debes seguir con vida. La otra... no.

Lorkin contuvo el aliento. «¡Su pueblo me quiere muerto! —Sintió que el desaliento se apoderaba de él, pero lo apartó de sí—. No, solo algunos de ellos.»

—Mi facción ejerce mayor influencia sobre nuestro pueblo —aseguró ella—. Creemos que tu muerte podría desencadenar una guerra entre Sachaka y Kyralia; que solo debemos matar cuando es inevitable; que culpar a los hijos de los actos de los padres es algo propio de los sachakanos, no de nosotros. Pero... —Hizo una pausa y prosiguió, en voz más baja—. Pero he hecho algo que podría alterar ese equilibrio. —Respiró de nuevo, esta vez temblando ligeramente—. La mujer que maté para salvarte, Riva, no era una asesina enviada por una familia sachakana. Era una Traidora. Pertenecía a la otra facción.

—Me mentiste —declaró Lorkin.

—Sí. Aunque hubiera tenido tiempo de explicártelo en la Casa del Gremio, no habrías querido acompañarme, y ahora seguramente estarías muerto.

Lorkin arrugó el entrecejo. «¿Sobre qué más me habrá mentido? —Pero si todo lo demás que le había dicho era cierto, especialmente lo relativo a los Traidores, entendía que lo hubiera engañado—. No me habría ido con ella. Habría estado demasiado confundido.»

—Cuando mi pueblo se entere de que la maté, el apoyo hacia la otra facción aumentará

—continuó Tyvara—. Y, a juzgar por lo que ha pasado aquí, diría que no hay duda de que la noticia se nos ha adelantado. Los miembros de la otra facción no nos ayudarán e intentarán evitar que otros nos ayuden. Es posible que traten de matarte. Que intenten matarnos a los dos.

—¿Y los Traidores de tu facción?

—No intentarán matarnos, pero puede que no nos ayuden si esto los convierte en culpables de ayudar a un asesino. Al final la noticia llegará a Refugio, y nuestras líderes invalidarán cualquier orden que hayan dado las líderes de espías en las fincas. Se dictarán órdenes oficiales.

Toda esta información nueva aturdió a Lorkin. A lo largo y ancho de Sachaka había personas, una sociedad entera, deliberando sobre si él debía morir o no. Sacudió la cabeza. «¿Y a qué se refiere ella con eso de “culpar a los hijos de los actos de sus padres”? ¿Qué hicieron mis padres para enfurecerlos tanto?» Las preguntas se agolpaban en su mente, pero Tyvara y él podían ser descubiertos en cualquier momento. Lo mejor sería que se centrara en los problemas más inmediatos, como cuánto peligro representaban para él estos Traidores.

—Si tu facción estaba al mando, ¿por qué intentó matarme Riva?

Tyvara soltó una risotada breve y amarga.

—Desobedeció las órdenes que tenía. Me desobedeció a mí.

—¿Y como nadie lo sabe, creen que la asesinaste?

Ella meditó por unos instantes.

—Sí, pero incluso cuando descubran por qué la maté... Los Traidores no se matan entre sí. Es un crimen mucho más grave que el de desobedecer órdenes. Hasta mi propia facción querrá castigarme por ello.

—¿Te matarán?

—No... no lo sé. —Parecía tan dubitativa, asustada incluso, que de pronto él tuvo que reprimir el impulso de abrazarla y asegurarle que todo saldría bien. Pero habría sido una mentira. No tenía idea de qué iba a ocurrir, no sabía adónde iría ni siquiera dónde estaba. Ella lo había arrancado de todo aquello que él entendía y lo había sumergido en su mundo. La persona de recursos era ella. Quisiera o no quisiera, necesitaba que Tyvara estuviera al mando.

—Si hay alguien que puede sacarnos de esto, eres tú —le dijo—. Bien, ¿qué hacemos ahora? ¿Regresamos a Arvice? ¿Vamos a Kyralia?

—No podemos hacer ni lo uno ni lo otro. Hay Traidores en casi todas las casas de Sachaka. Ahora que mi pueblo sabe lo que he hecho, habrá Traidores vigilando el Paso. —Lorkin oyó el tamborileo de unos dedos sobre algo—. No podemos huir. Lo que tenemos que hacer es reunirnos con mi gente, con mi facción. Nos darán la oportunidad de explicar lo sucedido, y estarás a salvo. Con independencia de lo que me pase a mí, te protegerán. —Rió por lo bajo—. Ahora lo único que tengo que hacer es cruzar casi todo Sachaka contigo hasta las montañas sin que nos encuentre la otra facción, o los kyralianos y sachakanos que sin duda saldrán en tu busca.

—Así que a las montañas, ¿eh?

—Sí. Y ahora que está oscuro, creo que es hora de que emprendamos la marcha. Bajaremos junto a esa pared y la seguiremos hasta esa otra, que se junta con el muro que bordea el camino. ¿Listo?

Él asintió y sonrió avergonzado al darse cuenta de que ella no podía verlo en la oscuridad.

—Sí —respondió—. Estoy listo.

La joven que estaba en la sala de reconocimiento tenía unas sombras oscuras bajo los ojos. Sobre su regazo se retorcía un bebé, con el rostro crispado, berreando a un volumen casi inhumano.

—No sé qué hacer con él —confesó la mujer—. Lo he intentado todo.

—Deje que eche un vistazo —se ofreció Sonea.

La mujer le tendió a su hijo. Sonea lo colocó sobre sus rodillas y lo examinó minuciosamente, tanto por medio del tacto y la vista como de la magia. Para su alivio, no había indicios de lesiones o enfermedades. Sin embargo, percibía un padecimiento más común.

—Está bien —le aseguró a la chica—. Solo tiene hambre.

—¿Tan pronto? —La joven se llevó la mano al pecho—. Al parecer no produzco suficiente...

La puerta se abrió de repente, y la sanadora Nikea entró discretamente en la habitación.

—Lamento interrumpir —dijo, dirigiéndole a la joven una mirada de disculpa antes de posar la vista en Sonea—. Ha venido un mensajero que pregunta por usted. Dice que es urgente.

A Sonea el corazón le dio un vuelco. ¿Se trataba de Cery? Se levantó y devolvió el bebé a su madre.

—Lo mejor será que lo hagas pasar. ¿Podrías llevar a esta chica con Adrea? —Se volvió hacia la madre y sonrió—. Adrea es experta en problemas de producción de leche y en alimentos alternativos. Ojalá la hubiera conocido cuando nació mi hijo. Ella te ayudará.

La joven asintió y salió de la habitación detrás de Nikea. La puerta se cerró tras ellas. Sonea se quedó mirándola mientras esperaba a Cery. No obstante, cuando por fin se abrió, fue un hombre corpulento quien entró en la sala. Le resultaba familiar, y al cabo de un momento ella recordó quién era.

—Gol, ¿verdad? —preguntó.

—Sí, milady —respondió él.

Ella sonrió. Hacía mucho tiempo que nadie la llamaba «milady» en vez de «Maga Negra».

—¿Qué noticias me traes?

—La hemos encontrado —dijo el hombretón, abriendo mucho los ojos por la emoción—. La he seguido hasta donde vive, y Cery está vigilándola hasta que puedas ir a apresarla.

A Sonea el corazón le dio otro vuelco, pero luego sintió un nudo en el estómago. «No iré a apresarla. Tengo que mandar a buscar a Rothen. Y a Regin. —¿Podía omitir llamar a Regin?—.

No, si la renegada es una maga poderosa, podría vencer a Rothen, quizá incluso matarlo. Es mejor que se enfrenten a ella dos magos en vez de uno. ¡Oh, ojalá pudiera acompañarlo! Pero si tengo que confiarle a Regin el secreto de que me he guardado información sobre una renegada, más vale que él también se ensucie las manos.»

—¿De cuánto tiempo disponemos? —preguntó.

Gol se encogió de hombros.

—No lo sé, pero con un poco de suerte, se habrá ido ya a dormir.

—Necesito mandar a buscar ayuda. Para esta situación, dos magos serán mejores que uno. —Cogió un papel y garabateó en él las palabras «Ladonorte» y «¿Ahora?», lo dobló y escribió el nombre y el título de Regin al dorso. A continuación, escribió el mismo mensaje para Rothen—. Entrégaselos a la sanadora Nikea, la que te ha hecho pasar.

Gol cogió las notas y salió de la habitación.

Cuando la puerta se abrió de nuevo, Sonea supuso que era Gol, que había vuelto. Sin embargo, se trataba de la sanadora Nikea. Mientras se acercaba, la joven miró a Sonea a los ojos, apartó la vista y de inmediato Sonea sintió un picor en la piel. «Va a preguntarme qué está pasando aquí. Tal vez ha reconocido a Gol, o se ha enterado de que trabaja para un ladrón. Dudo que vaya a reprenderme, pero Nikea no es de aquellas personas que hacen la vista gorda ante algo que no les parece bien.»

—Esto... quería decirle... —empezó la mujer, frotándose las manos con un nerviosismo impropio de ella.

—¿Sí? —la animó a continuar Sonea.

—No sé qué está haciendo, pero estoy convencida de que sus intenciones son buenas. —Nikea se puso derecha—. Si necesita a alguien que... «le cubra las espaldas», como suele decirse, puede contar conmigo. Y también con algunos de los demás sanadores. Si tiene que salir, declararemos que estaba aquí.

Al percatarse de que tenía la boca abierta de par en par, Sonea se apresuró a cerrarla.

—¿Cuántos personas estáis de acuerdo en esto? —consiguió preguntar.

—Cuatro. Sylia, Gejen, Colea y yo.

Divertida, Sonea contuvo el impulso de sonreír.

—¿Lo habéis discutido ya entre vosotros?

Nikea mantuvo la mirada fija.

—Sí. No sabíamos lo que estaba pasando, ni siquiera estábamos seguros de si estaba pasando algo, pero hemos supuesto que se trata de algo importante, y estamos dispuestos a ayudar.

Sonea notó que le ardían las mejillas.

—Gracias, Nikea.

La chica se encogió de hombros antes de retroceder hacia la puerta.

—Naturalmente, nos encantaría que, si pudiera, nos explicara qué está pasando. —Llevó la mano al pomo y miró hacia atrás, esperanzada.

A Sonea se le escapó una risita.

—Lo haré cuando pueda.

Nikea le dedicó una sonrisa de oreja a oreja.

—Le enviaré al siguiente paciente.

—Gracias. De nuevo.

Cuando la puerta se cerró detrás de la sanadora, Sonea no pudo evitar sonreír. «Por lo visto, no todo el Gremio cree que me convertiré en una asesina practicante de magia negra en cuanto me pierdan de vista.» Que los sanadores confiaran en ella la conmovía. Tal vez podría arriesgarse a salir del hospital, después de todo. Sería más seguro para Rothen y Regin. Aunque no había indicios de que la renegada fuera una maga negra, las cosas podían ponerse muy feas si resultaba serlo.

Y Sonea tenía que reconocer que la idea de volver a recorrer clandestinamente la ciudad con Cery la llenaba tanto de nostalgia como de emoción. No sería justo que Rothen y Regin se divirtieran solos mientras ella se quedaba sentada esperando noticias.

Escondidos

Tal como Gol le había advertido, la zona de la ciudad en que vivía la renegada era sorprendentemente respetable, y no un lugar por donde uno pudiera merodear y pasar inadvertido. Tenía alquilado el sótano del taller y la casa de un zapatero. Todos los edificios de aquel lugar tenían un local a pie de calle y una vivienda para su encargado en la planta superior.

Cery había enviado a algunos de sus hombres a inspeccionar los establecimientos cercanos para que encontraran alguno desde el que pudiera espiar a la mujer. Uno de ellos le comunicó que había oído comentar a un tendero que su vecino estaba de visita en la casa de la familia de su esposa en Elyne. Tras forzar algunas cerraduras, Cery estaba en la sala de invitados del tendero ausente, en el primer piso, arrellanado en un sillón confortable junto a la ventana que daba a la calle, contemplando el atardecer y a los faroleros que encendían las luces a lo largo de la calle.

También había enviado a algunas personas a vigilar la puerta trasera de la casa del zapatero. No solo se podía acceder al sótano desde la tienda que tenía encima, sino también a través de una trampilla situada en la parte de atrás. Sus hombres le confirmaron que ella no había salido.

Sin embargo, Gol estaba tardando más de lo que debía. «¿He malinterpretado el mensaje de Sonea? Dijo que se encargaría del “asunto” y que debía enviarle la información al hospital. Pues es lo que he hecho.»

Una puerta se abrió en la planta baja, y Cery se puso tenso. Se oyeron los sonoros pasos de dos o tres personas que subían la escalera. ¿Eran sus hombres, o el tendero y su familia, que habían vuelto? Se escondió rápidamente detrás de la puerta abierta, desde donde esperaba poder escabullirse de la habitación sin ser visto, en caso necesario. Por si lo descubrían, deslizó la mano hacia el interior de su abrigo, donde guardaba su cuchillo de aspecto más aterrador.

—¿Cery? —lo llamó una voz conocida.

Gol. Con un suspiro de alivio, Cery salió de detrás de la puerta y vio a su guardaespaldas y a dos personas envueltas en capas largas que se acercaban al rellano de la escalera. Reconoció a Sonea, y miró al otro hombre con los ojos entornados. Había algo en él que le resultaba familiar. Cuando los tres llegaron a donde les daba la luz, a Cery le vino un nombre a la memoria.

—Regin —dijo—. ¿O ahora te llamas «lord Regin»?

—Así es —respondió el hombre.

—Siempre se ha llamado así, Cery —le recordó Sonea—, pero tratar de «lord» o «lady» a los aprendices es un poco prematuro. Lord Regin y lord Rothen me han ofrecido su ayuda para capturar a la renegada, una ayuda que podría ser fundamental si en algún momento me resulta imposible escaparme del hospital.

—Si la suerte nos acompaña, no tendrás que volver a escaparte —le dijo Cery—. Entonces,

¿lord Rothen va a venir?

Ella sacudió la cabeza.

—No le parecía necesario, si venía yo.

Cery observó a Regin mientras seguía a Sonea al interior de la habitación. «Si la memoria no me falla, a Sonea no le caía muy bien este hombre cuando era una aprendiz. Le hacía la vida imposible.» No obstante, cuando Cery había conocido a Regin durante la Invasión ichani, el joven se había prestado a servir de cebo para atraer a un mago sachakano hacia la trampa que le habían tendido Sonea y Akkarin. Había sido un acto valiente. Si el plan se hubiera torcido —cosa que había estado a punto de ocurrir, por lo que recordaba Cery—, Regin habría perdido toda su magia y también la vida.

De no ser porque sabía que era cierto, Cery jamás habría creído que el hombre que estaba examinando hubiera sido el aprendiz cruel y alborotador del que se quejaba Sonea. Una expresión de seriedad permanente parecía haberse asentado en el rostro de lord Regin. Aunque su constitución gruesa y sana era la de alguien que había llevado una vida privilegiada, las arrugas entre sus cejas y en torno a su boca denotaban inquietud y resignación. «Pero hay un brillo de inteligencia en sus ojos —advirtió—. Apuesto a que no es menos peligroso ahora que en su época de aprendiz. Aun así, Sonea se fía de él lo suficiente para embarcarlo en este asunto. —Se volvió hacia ella y percibió cierto recelo en el modo en que miraba al mago que la acompañaba—. O tal vez no tenga alternativa. Será mejor que le pregunte qué opina de él en cuanto esté a solas con ella.»

—Bien, ¿dónde está nuestra renegada? —preguntó Sonea.

Cery se acercó a la ventana.

—En el sótano de la zapatería de enfrente.

Ella echó un vistazo al exterior.

—¿Cuántas entradas?

—Dos. Ambas vigiladas.

—Entonces debemos dividirnos en dos grupos, con un mago en cada uno.

Cery asintió.

—Yo entraré contigo por la puerta principal. Gol puede llevar a Regin a la parte de atrás. Nos encontraremos en el sótano, donde haréis lo que tengáis que hacer. —Dirigió la vista a los otros, que movieron la cabeza afirmativamente—. ¿Alguna pregunta? —Se intercambiaron miradas e hicieron un gesto de negación—. Entonces, vamos.

Bajaron la escalera en fila. Cery les mostró y explicó las señales que Gol y él utilizarían como advertencia o para ordenar la retirada, y todos salieron de la casa. Era noche cerrada. Las farolas proyectaban círculos de luz en el suelo. Gol guió a Regin hacia la entrada trasera. Cery y Sonea les dieron tiempo para colocarse en posición y después cruzaron la calle hacia el taller del zapatero.

Subieron las escaleras de la puerta principal. Cery sacó un aceitero y engrasó rápidamente los goznes. Acto seguido, extrajo unas ganzúas de su abrigo. Sonea permaneció callada, con el

rostro en la sombra, mientras él forzaba la cerradura. «Supongo que ella podría hacer esto con magia; tal vez tardaría menos que yo. ¿Por qué no se lo propongo, entonces? ¿Estoy intentando lucirme?»

La cerradura emitió un chasquido suave. Cery hizo girar el pomo despacio, preparándose para cuando se soltara el pestillo. Tiró de la puerta y respiró aliviado cuando esta se abrió con solo un leve crujido. Sonea entró y aguardó a que él cerrara la puerta tras ellos.

El taller estaba a oscuras, y cuando sus ojos se acostumbraron, Cery distinguió varias hileras de zapatos dispuestos sobre baldas, así como una mesa de trabajo. Frente a la puerta había una escalera estrecha que descendía, y otra que subía. Según sus espías, el zapatero dormía en la planta superior. «Y está a punto de experimentar un despertar brusco.»

Sonea se dirigió hacia las escaleras y miró los peldaños que conducían abajo. Sacudió la cabeza e hizo señas a Cery. Cuando este se acercó, lo agarró del brazo y lo atrajo hacia sí. Al mirarla, sorprendido, el ladrón se percató de que en la penumbra era casi idéntica a la joven a quien él había ayudado a ocultarse del Gremio hacía muchos años. Tenía la misma expresión resuelta y preocupada.

De pronto, notó que se elevaba en el aire, y los recuerdos del pasado se esfumaron de su mente. Bajó la vista. Aunque sentía algo bajo los pies, no veía nada. Fuera lo que fuese, estaba transportándolos a Sonea y a él escaleras abajo.

«Supongo que es para que no nos delate el chirrido de algún escalón.»

Cuando se aproximaron al suelo del sótano, vislumbraron ante ellos una habitación con pocos muebles. Un resplandor deslumbrante inundó el espacio cuando una bola luminosa apareció encima de la cabeza de Sonea. Cery recorrió la habitación con la mirada y, cuando encontró la cama, lo invadió una gran desilusión. Estaba vacía.

Se abrió una puerta; ambos giraron rápidamente sobre sus talones y suspiraron al ver que Regin y Gol entraban en la habitación. Los dos fruncieron el ceño cuando vieron que no había el menor rastro de la renegada.

—Buscadla —dijo Sonea—, pero con cuidado.

Cada uno eligió una pared, y comenzaron a examinar los muebles, mirar debajo de la cama, abrir armarios.

—Nadie está usando esta habitación —observó Regin—. La ropa de este armario está cubierta de polvo.

Cery asintió y empujó con suavidad una jofaina repleta de tazas, cuencos y cubiertos sucios.

—Y hace tanto tiempo que nadie lava estos cacharros que han criado moho.

—¡Ajá! —exclamó Gol en voz baja. Todos se volvieron para verlo gesticular en dirección a la pared. Una sección de ladrillos formaba un ángulo con respecto a los demás y giró hacia un lado cuando él apretó un extremo. Detrás había un hueco oscuro. Cery se acercó y olfateó el aire del interior.

—El Camino de los Ladrones —dijo—. O un pasadizo que conduce hasta él.

Sonea rió entre dientes.

—Así que no había solo dos entradas, después de todo. Me sorprende que no hayáis buscado accesos subterráneos.

Cery se encogió de hombros.

—Es una calle nueva. Cuando el rey derruye las viejas, se asegura de obstruir el camino también.

—No fue lo bastante concienzudo esta vez —comentó ella. Se aproximó y deslizó la mano por los ladrillos de la pared—. O tal vez sí. Esto es nuevo; apenas tiene polvo o telarañas. ¿Averiguamos adónde conduce?

—Si quieres explorar, adelante —le dijo Cery—, pero este no es mi territorio. No puedo entrar en él sin permiso. Si me cuelo ahí —se encogió de hombros—, el Cazaladrones tendrá un ladrón menos que eliminar.

—¿Este pasadizo es un indicio de que nuestra renegada colabora con el ladrón local? —inquirió Regin.

Sonea miró a Cery.

—Si ella es el Cazaladrones, lo dudo. Pero, si no lo es, sin duda posee habilidades que le resultarían muy útiles a un ladrón.

«En otras palabras, ella cree que esto demuestra que la renegada no es el Cazaladrones», pensó Cery.

Regin echó una ojeada al túnel con expresión decidida. Hizo ademán de entrar, pero entonces retrocedió un paso y enderezó la espalda.

—Me temo que se ha ido hace mucho rato. ¿Qué propones que hagamos ahora, Cery? —preguntó.

El ladrón posó la vista en el mago, extrañado. No era frecuente que un mago le pidiera su opinión.

—Estoy de acuerdo en que es poco probable que la encontréis en los túneles. —Extendió los brazos y colocó los ladrillos en su sitio—. Si ella no se percata de que hemos allanado su habitación, tal vez continúe usándola para acceder a los túneles. Deberíamos asegurarnos de dejarlo todo tal y como lo hemos encontrado. Pondré a alguien a vigilar este lugar y os avisaré si ella vuelve.

—¿Y si ella se da cuenta? —quiso saber Regin.

—Entonces solo nos queda confiar en que otro golpe de suerte nos lleve de nuevo hasta ella.

Regin asintió y miró a Sonea, que se encogió de hombros.

—No podemos hacer mucho más por el momento. Si hay alguien capaz de encontrarla de nuevo, ese es Cery.

Cery sintió una oleada de satisfacción, seguida de una fastidiosa desazón ante la posibilidad de que estuviera equivocada. Quizá había localizado a la renegada por casualidad. Tal vez no le resultaría tan sencillo encontrarla de nuevo. Los cuatro recorrieron la habitación apresuradamente, cerciorándose de que todo estuviera en orden, y se marcharon por donde

habían venido. Después de que Sonea cerrara la puerta principal con magia, se escabulleron por la salida trasera. Una vez en la calle, se miraron entre sí pero guardaron silencio. Los dos magos alzaron la mano para despedirse antes de echar a andar. Cery y Gol regresaron a la casa vacía del tendero.

—Vaya, menudo chasco —dijo Gol.

—Ya —convino Cery.

—¿Crees que la renegada volverá?

—No. Seguro que tiene montado algún sistema que le avisa si alguien le ha hecho una visita.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Vigilar y esperar que esté equivocado —paseó la vista por la habitación—, y averiguar cuándo tiene previsto regresar el dueño de este sitio. No queremos que su familia y él se lleven un susto de muerte al encontrarse a un ladrón en su casa.

El jefe de esclavos se mostró sorprendido de ver a Dannyl y al ashaki Achatí antes de postrarse en el suelo, a sus pies. El motivo de su sorpresa no era la visita de un sachakano poderoso y un mago kyaliano. En la finca contaban con su llegada, o la de alguna otra persona.

—Han llegado antes de lo que esperábamos —dijo el hombre corpulento cuando Achatí le explicó que buscaban a una esclava fugitiva y a un kyaliano disfrazado de esclavo.

—¿Has visto a las dos personas que te he descrito? —preguntó Achatí.

—Sí. Hace dos noches. Una de las esclavas creyó que eran los sujetos sobre los que nos habían prevenido, pero cuando hemos ido a interrogarlos, habían huido.

—¿Los habéis buscado?

—No. —El hombre agachó la cabeza—. Nos advirtieron que eran magos, y que solo otros magos podían capturarlos.

—¿Quién os hizo esta advertencia?

—El amo, en un mensaje.

—¿Cuándo recibisteis el mensaje?

—Un día antes de que llegaran esos dos.

Achatí se volvió hacia Dannyl, arqueando las cejas con incredulidad. «Si el ashaki Tikako no envió el mensaje, ¿quién lo envió? —A Dannyl el corazón le dio un vuelco—. Los Traidores. Deben de estar muy bien organizados para hacer llegar mensajes como este a las fincas de campo en tan poco tiempo.»

—¿Cuándo enviasteis el mensaje para avisar a vuestro amo de su presencia?

—Hace dos noches, justo después de que desaparecieran.

Achatí miró a Dannyl.

—Si se dirige hacia aquí, tardará un día más en llegar, aunque vaya a caballo y no en un carruaje. Me temo que tendremos que esperar. Carezco de autoridad para leerles la mente a los esclavos de otro.

—¿Y tiene autoridad para interrogarlos? —preguntó Dannyl.

El mago arrugó el entrecejo.

—Ninguna tradición o ley me lo prohíben. Tampoco a usted.

—Entonces interroguémoslos.

Achati sonrió.

—¿Hacerlo a su manera? ¿Por qué no? —Soltó una risita—. Si no le importa, me gustaría observarle para aprender de usted. No sé qué preguntas hay que hacer para sonsacar a un esclavo más información de la que está dispuesto a revelar.

—En realidad no se trata de emplear artimañas —le aseguró Dannyl.

—¿A cuál quiere interrogar primero?

—A este hombre, y a todos los que hayan visto a Lorkin y Tyvara. Y, sobre todo, a la esclava que, cuando los vio, pensó que podían ser las personas sobre las que los habían prevenido.

—Dannyl sacó su libreta y se volvió hacia el jefe de esclavos—. Y necesito una habitación (con una sencilla me basta) para interrogarlos a solas sin que nadie más nos oiga.

El hombre miró a Dannyl y luego a Achati, con aire vacilante.

—Organízalo todo —ordenó Achati. Mientras el hombre se alejaba a toda prisa, el mago sachakano le dedicó una sonrisa torcida a Dannyl—. Le recomiendo de verdad que aprenda a expresar sus peticiones como órdenes, embajador Dannyl.

—Usted es quien ejerce la máxima autoridad aquí —repuso Dannyl—, y yo soy extranjero. Sería una descortesía dar por sentado que puedo asumir el control.

Achati lo contempló, pensativo, y se encogió de hombros.

—Supongo que tiene razón.

El jefe de esclavos regresó y los guió al interior del edificio, hasta un cuarto pequeño que olía a cereales. El suelo estaba cubierto de una capa de polvo atravesada por surcos amplios trazados con una escoba. Había partículas flotando en los rayos de sol que entraban por una ventana alta. Alguien había colocado dos sillas bajo la ventana.

—Bueno, no hay duda de que es sencillo —comentó Achati con sorna.

—¿Dónde propone usted que los interroguemos? —preguntó Dannyl.

Achati suspiró.

—Creo que interrogarlos en la sala maestra sería una falta de consideración, y si lo hiciéramos en las habitaciones de invitados, quedaría claro que no estamos al mando aquí. No, supongo que este es un lugar apropiado. —Se acercó a una de las sillas y se sentó.

Dannyl ocupó la otra y ordenó al jefe de esclavos que entrara. Él le contó que habían llegado

dos esclavos con una carreta vacía, que el hombre aparentemente era nuevo pero demasiado poco musculoso para ser un esclavo de reparto y que la mujer estaba allí para enseñarle el camino. Mientras cargaban el carro, una de las esclavas de la cocina le había dicho que tal vez aquellos dos fueran las personas respecto a las que les habían advertido que estuvieran atentos. Había sugerido que pusieran droga en su comida, pues dormidos resultarían menos peligrosos.

Al oír la alusión a la droga en los alimentos, Danyl tuvo que disimular su consternación. Por fortuna, ni Lorkin ni Tyvara habían caído en la trampa y se habían escabullido.

A continuación interrogó a la mujer que había sospechado que la pareja no era quien afirmaba ser. En cuanto entró en la habitación, Danyl observó que tenía una mirada penetrante, aunque ella solo posó los ojos en él por un instante antes de agachar la cabeza y postrarse ante él. Cuando el historiador le pidió que se levantara, ella mantuvo la vista baja.

Su explicación coincidía con la del jefe de esclavos, también en lo relativo al contenido del mensaje que advertía de dos magos peligrosos que se hacían pasar por esclavos.

—¿Qué te hizo pensar que eran las personas sobre las que os habían avisado? —le preguntó Danyl.

—Encajaban con la descripción: un hombre alto y pálido, y una sachakana más baja.

«¿Pálido? —Danyl frunció el ceño—. El jefe de esclavos no ha mencionado el color de piel de Lorkin, pese a que sin duda era lo bastante inusual para llamar su atención. Un momento... ¿No dijo la mujer a quien sané en casa de Tikako que Lorkin llevaba la piel teñida?»

¿Se había aclarado el tinte, o aquella mujer estaba diciéndole lo que creía que esperaba oír?

—Alto, baja, hombre, mujer... Ninguno de estos rasgos los haría destacar entre los otros esclavos. ¿En qué notaste que eran diferentes?

La mirada de la mujer, fija en el suelo, vaciló por un momento.

—En el modo en que se movían y hablaban, como si no estuvieran acostumbrados a recibir órdenes.

De modo que no había sido la piel clara. Danyl hizo una pausa para anotar la respuesta mientras pensaba qué pregunta hacer a continuación. Tal vez había llegado el momento de ser más directo.

—Una esclava con la que hablé hace unos días creía que la mujer era una Traidora y que pretendían matar al hombre que ella secuestró. ¿Crees que es probable que lo maten?

—No —respondió la mujer, totalmente inmóvil.

—¿Has oído hablar de los Traidores?

—Sí. Como todos los esclavos.

—¿Por qué crees que es improbable que los Traidores intenten matar al hombre?

—Porque si lo quisieran muerto lo habrían matado en vez de secuestrarlo.

—¿Qué crees que piensan hacer con él entonces?

Ella sacudió la cabeza.

—Solo soy una esclava. No lo sé.

—¿Qué creen los otros esclavos que le harán los Traidores?

Se quedó callada por un momento e irguió ligeramente la cabeza antes de inclinarla de nuevo, como conteniendo el impulso de mirarlo.

—He oído a algunos decir —murmuró despacio— que la mujer es una asesina. Que los Traidores quieren que usted los encuentre.

Un escalofrío recorrió a Dannyl. Tyvara había matado a una esclava. ¿Y si la Traidora era esta, y no Tyvara?

—¿Quién lo ha dicho? —preguntó.

—No... no lo recuerdo.

—¿Hay algunos esclavos más dados a decir cosas así que otros?

Ella reflexionó por un instante y negó con la cabeza.

—Todos los esclavos chismorrear.

Después de hacerle algunas preguntas más, Dannyl supo que ella no le proporcionaría más información, y que si se callaba algo, no conseguiría que se lo revelara voluntariamente. Le dio permiso para retirarse.

«Apuesto a que sabe más de lo que dice. Y luego está la descripción de la piel pálida de Lorkin. Quería que yo supiera sin asomo de duda que Lorkin ha estado aquí, lo que tiene sentido si es cierto el rumor de que los Traidores quieren que yo encuentre a Tyvara y Lorkin.»

Pero podía tratarse de una trampa. Por otro lado, la esclava a quien él había ayudado en casa de Tikako había dicho la verdad. Tyvara y Lorkin se habían desplazado hasta aquella finca de campo.

¿Y si los Traidores querían de verdad que encontrara a la pareja? «Entonces se asegurarán de que los encontremos, aunque me cuesta creer que Tyvara nos deje capturarla sin luchar. Y tendremos que estar preparados para cualquier tipo de reacción por parte de Lorkin. Es posible que ella lo haya convencido de que la acompañe, que lo haya seducido incluso, y que él se resista a que lo rescatemos.»

Quería creer que Lorkin era demasiado sensato para eso, pero en el Gremio había oído el cotilleo de que el joven sentía debilidad por las mujeres bonitas e inteligentes. Que fuera hijo de la Maga Negra Sonea y del difunto Gran Lord Akkarin tampoco significaba que el joven hubiera heredado el buen juicio de sus padres. Esta cualidad era fruto de la experiencia. Solo se alcanzaba tras cometer errores, tomar decisiones y aprender de las consecuencias.

«Solo espero que no se trate de un error grave, y que al final él pueda aprender de las consecuencias, pues de lo contrario tendré que pasar el resto de mis días en Sachaka por miedo a lo que me hará Sonea si regreso al Gremio.»

Lorkin habría imaginado que encontrarse con dos esclavos, hombre y mujer, caminando por un

camino rural en plena noche despertaría sospechas, pero los pocos esclavos con que se habían cruzado apenas los habían mirado. Un carruaje había pasado de largo, y Tyvara había susurrado que seguramente viajaba en él un mago o un ashaki, pero solo le había advertido que se apartara del camino y mantuviera la vista baja.

—Si alguien nos pregunta algo, le diremos que nos han enviado a trabajar a la finca del ashaki Catika —le indicó—. Los dos somos esclavos domésticos. Caminamos a estas horas porque quieren que lleguemos allí mañana por la mañana y eso nos obliga a andar noche y día.

—¿El ashaki Catika tiene fama de ser tan cruel?

—Todos los magos sachakanos.

—Algún mago bondadoso habrá.

—Algunos tratan a sus esclavos mejor que otros, pero esclavizar a otra persona es en sí un acto cruel, así que yo no calificaría a ninguno de ellos de bondadoso. Si lo fueran, liberarían a sus esclavos y pagarían un sueldo a quienes decidieran quedarse a trabajar para ellos. —Se volvió hacia él—. Como hacéis los kyalianos.

—No todos los kyalianos son amables con sus criados —le dijo Lorkin.

—Al menos esos criados pueden marcharse y buscarse un patrón nuevo.

—Sí, pero no es tan fácil como parece. Hay mucha gente que quiere trabajar como sirviente, por lo que si un criado deja su empleo, puede costarle bastante conseguir otro. Las familias prefieren emplear como criados a sus propios parientes que a desconocidos. Los sirvientes pueden intentar buscar un trabajo distinto, o aprender un oficio, por supuesto, pero entonces tienen que competir con familias que ejercen dicho oficio desde hace generaciones.

—Entonces, ¿crees que la esclavitud es mejor?

—No, en absoluto. Solo digo que la alternativa no es más fácil. ¿Cómo tratan los Traidores a sus criados?

—Todos somos criados, del mismo modo que todos somos Traidores —explicó Tyvara—. No es un término como «ashaki» o «lord», sino una palabra que designa a todo un pueblo.

—¿Pero no a una raza?

—No. Somos sachakanos, aunque no solemos denominarnos así.

—¿O sea que incluso los magos realizan las tareas de los criados? ¿Limpian y cocinan?

—Sí y no. —Tyvara hizo una mueca—. Así es como se suponía que debía ser. Todos debíamos ocuparnos de las mismas labores. Un Traidor podía lavar platos en un momento determinado y al momento siguiente votar sobre asuntos importantes, como qué cultivos plantar. Pero no funcionó. Se tomaron algunas decisiones erróneas porque personas que no tenían la inteligencia o los conocimientos suficientes para entender las consecuencias eligieron mal.

»Ideamos una serie de pruebas para averiguar qué talentos tenía cada persona y desarrollarlos, a fin de que se ocupara de cada tarea quien estuviera mejor dotado para ella. Aunque eso implicaba que ya no hacíamos todas las mismas cosas, seguía siendo mejor que la esclavitud. Una vez cubiertas las necesidades de vivienda y alimento de nuestro pueblo, nadie estaba

obligado a encargarse de un trabajo determinado, ni se le impedía que hiciera algo para lo que tuviera talento, fuera cual fuese la posición o la clase social de su familia.

—Suenan estupendo —comentó Lorkin.

Ella se encogió de hombros.

—Funciona casi siempre, pero como todos los sistemas, tiene sus inconvenientes. Algunos magos preferirían pasar el rato quejándose y manipulando a otros que desperdiciar su magia labrando la tierra o calentando hornos.

—La mayoría de los magos del Gremio opinaría lo mismo, pero trabajamos para la comunidad de otras maneras. Nos ocupamos del mantenimiento del puerto, construimos puentes y otras estructuras, defendemos el país, sanamos a los enfermos y a los in...

Ella clavó los ojos en él de una manera que hizo que se le atragantaran las palabras. Su mirada feroz dio paso a una expresión ceñuda de preocupación. Luego apartó la vista.

—¿Qué ocurre? —preguntó él.

—Se acerca alguien —dijo ella, mirando al frente, hacia el camino en sombras—. Cualquiera persona con la que nos crucemos podría ser una Traidora. No deberíamos estar hablando; alguien podría escucharnos y descubrir quiénes somos.

La figura que se aproximaba resultó ser otro esclavo. Desde ese momento, Tyvara guardó silencio y lo hacía callar si él intentaba iniciar otra conversación. Cuando el cielo empezó a clarear, ella había escudriñado la zona circundante como había hecho la mañana anterior y finalmente había salido del camino para dirigirse hacia un muro apenas oculto tras unos árboles escuálidos.

El día anterior se habían escondido entre unos arbustos densos y espinosos. Sin embargo, aquellos árboles no les proporcionarían el mismo resguardo. Tyvara tenía la mirada fija en el suelo. Lorkin notó una vibración y oyó un sonido extraño de resquebrajadura seguido de algo que estaba a medio camino entre un golpe sordo y un estallido leve. Una nube de polvo se elevó tras el muro y el aire se llenó de un olor a tierra.

Un agujero se abrió delante de sus pies.

—Vamos, entra —dijo Tyvara, señalando la abertura.

—¿Ahí? —Lorkin se agachó y escrutó la oscuridad—. ¿Es que quieres enterrarme vivo?

—No, necio kyraliano —espetó ella—. Lo que quiero es que nos escondamos. Entra antes de que alguien nos vea.

Lorkin apoyó una mano a cada lado del agujero e introdujo las piernas, que quedaron colgando. No llegaba a tocar el suelo. Como la perspectiva de precipitarse en la oscuridad no lo atraía demasiado, creó una chispa de luz que iluminó un espacio hueco bajo el suelo, y el suelo curvo, no muy lejos de sus pies. Se dejó caer y se puso en cuclillas para no topar con la cabeza contra el techo mientras avanzaba hacia el fondo de la cavidad.

Esta tenía una forma esférica y estaba situada en su mayor parte debajo del muro. Había dos agujeros circulares a través de los que se divisaba el cielo cada vez más claro sobre el sembrado. Lorkin había entrado por uno de ellos y suponía que el otro era por donde había

salido la tierra. Sin duda la magia de Tyvara impedía que el techo de la cavidad se hundiera y lo sepultara.

Ella se dejó caer a su lado y se sentó de inmediato frente a él. El espacio era demasiado reducido para dos personas, y sus piernas se rozaban. Él esperó que el interés súbito que esto despertó en él no resultara demasiado evidente. Ella lo miró a los ojos, suspiró y desvió la vista.

—Perdona que te haya hablado con brusquedad. No debe de ser fácil para ti fiarte de mí.

Él sonrió, avergonzado. «El problema es que quisiera fiarme de ella. Debería preguntarle el porqué de cada una de sus decisiones, sobre todo después de lo que me dijo la otra noche. De hecho, se lo preguntaría, pero cada vez que consigo que hable ocurre algo y vuelve a quedarse callada. —Ella estaba observándolo con expresión de disculpa—. Tal vez debería volver a intentarlo.»

—Tranquila. Pero no es la primera vez que te enfadas conmigo esta noche. Cuando hablábamos sobre criados y Traidores al atardecer, ¿qué te ha molestado de lo que he dicho? —preguntó.

Tyvara abrió mucho los ojos y apretó los labios en un gesto de renuencia. Lorkin creyó que no iba a responderle, pero ella sacudió la cabeza.

—Antes o después tenía que explicártelo. —Hizo un mohín y bajó la vista a sus rodillas—. Hace muchos años, mi pueblo advirtió que uno de los ichanis que vagaban por el páramo tenía un esclavo extraño. Era un hombre pálido, tal vez kyraliano. —Alzó la mirada fugazmente hacia él antes de apartarla—. Tu padre.

Lorkin sintió que se le erizaba el vello. Aunque había oído antes la historia, su madre siempre se había mostrado reacia a hablar de aquella etapa de la vida de Akkarin.

—Lo vigilaron durante mucho tiempo y al final se percataron de que el esclavo era un mago del Gremio —prosiguió Tyvara—. Esto era poco habitual, como sin duda ya sabes, pues los sachakanos no toleran que los esclavos sepan magia. Si un esclavo desarrolla poderes de forma natural, lo matan. Esclavizar a un mago extranjero, sobre todo a uno del Gremio, era algo infrecuente y peligroso. Pero él no era un ichani común y corriente. Era astuto y ambicioso.

»Sus observaciones los llevaron a suponer que tu padre no tenía conocimientos de magia superior. Pero un día, la hija de la líder de mi pueblo cayó muy enferma y pronto quedó patente que se moría. Nuestra líder había oído hablar de la sanación por medio de la magia que se practicaba en el Gremio. Hemos intentado descubrir el secreto por nosotros mismos durante muchos años, pero sin éxito, así que nuestra líder envió a una de las nuestras a encontrarse con tu padre para hacerle una propuesta. —El rostro de Tyvara se ensombreció—. Ella le enseñaría magia superior a cambio de que él le enseñara magia sanadora.

Alzó los ojos hacia él. Lorkin le sostuvo la mirada. Ni su madre ni nadie más en el Gremio le había comentado que su padre había hecho un trato para aprender magia negra.

—¿Y? —la animó a continuar.

—Él accedió.

—¡No es posible que haga... que haya hecho algo así! —barbotó Lorkin.

Tyvara frunció el entrecejo.

—¿Por qué no?

—Es... Es una decisión que solo los magos superiores pueden tomar, y seguramente solo si cuentan con la autorización del rey. Revelar unos conocimientos tan valiosos a otra raza..., a un pueblo que no pertenece a las Tierras Aliadas... es demasiado arriesgado. Y habría que pedir algo a cambio.

—Magia superior —le recordó ella.

—Cosa que ellos jamás aceptarían. Está... —Se contuvo a tiempo. Desvelar que la magia negra estaba prohibida habría equivalido a desvelar el punto más débil del Gremio—. No era una decisión que le correspondiera tomar a él.

Tyvara curvó la boca con desaprobación.

—Y no obstante aceptó la propuesta —declaró—. Accedió a ir a nuestro pueblo a enseñarnos la sanación mágica, que, según él, no podía enseñarse en un momento, a diferencia de la magia superior. Así que aprendió magia superior y la utilizó para matar a su amo. Luego desapareció y regresó a Imardin, rompiendo su promesa. La hija de nuestra líder murió.

Lorkin cayó en la cuenta de que no podía resistir la mirada de aquellos ojos acusadores. Miró al suelo, cogió un puñado de tierra y dejó que se escurriera entre sus dedos.

—Comprendo que tu pueblo le guarde rencor —dijo en un tono poco convincente.

Ella respiró hondo y desvió la vista.

—No todo mi pueblo. Una de ellas viajó a Imardin más tarde, cuando era evidente que el hermano del que fue amo de tu padre se preparaba para invadir Kyralia. Descubrió que este ichani llevaba un tiempo enviando espías a Imardin y que tu padre los eliminaba en secreto. Es posible que tu padre volviera a casa porque había averiguado los planes del hermano de su amo.

—O tal vez suponía que entenderíais que tenía que convencer al Gremio de que le permitiera enseñaros la sanación mágica antes de regresar.

Ella lo miró.

—¿De verdad crees eso?

Lorkin sacudió la cabeza.

—No. No podía hablarles de vosotras sin confesar que había... —«había aprendido magia negra»-... había estado esclavizado aquí.

—¿Rompió su promesa por orgullo? —dijo ella con indignación, aunque menos de la que él esperaba. Tal vez comprendía por qué su padre se había resistido a referir su historia.

—Dudo que fuera la única razón —dijo—. Reveló la verdad cuando llegó el momento en que fue necesario. O casi toda la verdad, según descubro ahora.

—Bueno —dijo ella, encogiéndose de hombros—. Fuera cual fuese la razón, él no cumplió su promesa. Una parte de mi pueblo, la facción que mencioné la otra noche, quiere castigarte por ello. —Esbozó una sonrisa torcida cuando él la miró horrorizado—. Por eso enviaron a Riva a matarte, contraviniendo las órdenes de nuestra líder. Pero la mayoría de nosotros mantenemos

el principio de que somos mejores que nuestros salvajes primos sachakanos. No castigamos a los hijos por los crímenes de sus padres.

Lorkin suspiró aliviado.

—Me alegra oír eso.

Tyvara sonrió.

—En vez de eso, les damos la oportunidad de reparar el daño.

—Pero ¿qué puedo hacer? No soy más que el ayudante del embajador. Ni siquiera sé hacer magia superior.

Ella adoptó una expresión seria.

—Podrías enseñarnos el arte de la sanación mágica. —Se quedaron mirándose en silencio. Luego ella bajó la vista—. Pero acabas de dejar claro que no estás autorizado para transmitirnos ese saber.

Él sacudió la cabeza.

—¿Hay alguna otra cosa que pueda hacer? —preguntó, como disculpándose.

Ella fijó los ojos en la pared de tierra con expresión ceñuda mientras reflexionaba.

—No. —Su boca se curvó en una mueca—. Esto no es bueno. Hemos impedido que la popularidad de la facción contraria aumente incidiendo en la idea de que tú podrías darnos lo que tu padre nos prometió. Cuando mi pueblo se entere de que no piensas enseñarles sanación mágica, se quedarán desilusionados. Y enfadados. —Inclinó la cabeza—. Tal vez sea mejor que no te lleve allí. Debería enviarte de vuelta a tu país.

—¿No me necesitas ahí para corroborar que Riva intentó matarme, en contra de las órdenes de tu líder?

—Me ayudaría a defenderme.

—¿Ir a Refugio para hablar en tu favor mejoraría la imagen que los tuyos tienen de mí?

Ella frunció el ceño y lo miró.

—Sí..., pero...

Lorkin meditó sobre ello con sentimientos encontrados. «Estaba deseando acompañarla a su tierra, aprender más sobre su pueblo... y averiguar qué saben acerca de piedras con propiedades mágicas. ¿Qué será de Tyvara si no voy con ella? Mató a una de las Traidoras para librarme del peligro. Aunque Riva estaba desobedeciendo órdenes, es posible que castiguen a Tyvara de todos modos, o incluso que la ejecuten. No me parece bien huir y volver a casa cuando ella puede morir por haberme salvado la vida. Además, dudo que tenga muchas posibilidades de llegar a Kyralia, solo o con la ayuda de Dannyl, mientras haya por todo Sachaka Traidores iniciados en la magia negra empeñados en matarme.»

—Entonces viajaré contigo a Refugio.

Ella abrió mucho los ojos y los posó en él.

—¿Estás seguro?

Él se encogió de hombros.

—Soy el ayudante de un embajador. Aunque no soy un embajador propiamente dicho, sigo teniendo la obligación de entablar y mantener relaciones amistosas entre Kyralia y Sachaka. Si resulta que hay una región de Sachaka con la que no hemos conseguido entablar relaciones amistosas, es mi deber asegurarme de que esa región no sea ignorada o desatendida.

Ella había clavado la vista en él, boquiabierta, aunque Lorkin no estaba seguro de si era por la sorpresa, la incredulidad o porque lo que estaba diciendo le parecía una auténtica idiotez.

—Y como mi predecesor causó tan mala impresión a tu pueblo, es aún más importante que haga lo posible por mejorar su opinión sobre el Gremio y los kyralianos —prosiguió. De pronto le vino una embriagadora ráfaga de inspiración—. Y plantear la posibilidad de negociar un intercambio de conocimientos de magia, recurriendo esta vez a las partes competentes y siguiendo los procedimientos de rigor.

Tyvara cerró la boca de golpe y, por un momento, fijó en Lorkin una mirada tan penetrante que él solo pudo sostenerla con una sonrisa esperanzada y bobalicona. Acto seguido, echó la cabeza hacia atrás y se rió. Las carcajadas resonaron en la cavidad mientras ella se llevaba la mano a la boca.

—Estás loco —dijo cuando sus hombros dejaron de agitarse—. Por fortuna para ti, es una locura que me gusta. Si de verdad quieres arriesgar el pellejo acompañándome a Refugio, para defenderme o para intentar persuadir a mi gente para que te dé algo a cambio de lo que consideran que ya les debes..., creo que, por motivos egoístas, no intentaré disuadirte.

Él se encogió de hombros.

—Es lo menos que puedo hacer. Me salvaste la vida. Y tu pueblo salvó la de mi padre. ¿Aceptas mi compañía?

—Sí. —Le dedicó una sonrisa lúgubre—. Y si me ayudas, haré todo lo posible por ayudarte a sobrevivir cuando lleguemos.

—Sería todo un detalle también.

Ella hizo ademán de añadir algo, pero entonces miró hacia otro lado.

—Bueno, pero para eso tenemos que llegar. Es una larga caminata. Más vale que durmamos un poco.

Él observó cómo se acurrucaba y apoyaba la cabeza en un brazo, y entonces se tumbó también. Era imposible encontrar una postura cómoda sobre el suelo curvo. Acabó por seguir el ejemplo de Tyvara y hacerse un ovillo, con la espalda contra la suya. Notó el calor que emanaba de su cuerpo. «No, no pienses en eso, o no conseguirás pegar ojo.»

—¿Podrías apagar la luz? —murmuró ella.

—¿Y si mejor bajo la intensidad? —La perspectiva de estar bajo tierra en una oscuridad total no lo seducía en absoluto.

—Tú mismo.

Lorkin redujo la intensidad de la chispa hasta que apenas los iluminaba a ambos. Entonces se puso a escuchar la respiración de Tyvara, esperando que se adaptara al ritmo lento y profundo del sueño. Sabía que él estaba demasiado consciente de la cercanía de su cuerpo para dormirse también, pero se sentía tan cansado...

Al poco rato, se había sumido en sueños extraños en los que caminaba por un sendero de tierra tan blanda que se hundía en ella como si fuera agua, mientras Tyvara, más ligera y ágil, apenas dejaba huellas en el suelo, y se alejaba más y más...

Aliados y enemigos

Abajo, al otro lado de la calle, un hombre se detuvo y alzó la vista hacia la ventana. Cery resistió el impulso de echarse hacia atrás para ocultarse. Era demasiado tarde para evitar que el hombre lo viera, y el movimiento habría confirmado que no debía estar allí.

—Oh, no —dijo Gol—. Es el tendero de al lado.

—Por lo visto se ha oído que su vecino tiene visitas indeseadas.

El hombre apartó la mirada y la bajó al suelo. Después de un momento, enderezó la espalda y echó a andar hacia la tienda con aire decidido. Se oyeron unos golpes fuertes a continuación.

Gol se levantó.

—Ya me deshago yo de él.

—No. —Cery se puso de pie y se desperezó—. Deja que me ocupe yo. Quédate aquí y vigila. ¿Cómo dices que se llama?

—Tevan.

Gol se sentó de nuevo, mascullando algo acerca de que era una pérdida de tiempo. «Seguramente tiene razón —pensó Cery—. La renegada no volverá. Pero más vale que montemos guardia, pues quedaremos como unos necios si resulta que estamos equivocados y ella acaba volviendo. Además, no tenemos otras pistas que seguir.»

Salió de la habitación y descendió por la escalera hasta la planta baja. Abrió la puerta que comunicaba con el establecimiento del tendero y miró en torno a sí con interés. Como entraban y salían por la puerta trasera, nunca había estado allí. La habitación estaba repleta de cuencos de cerámica fina. Cery los miró con detenimiento, parpadeando, y soltó una risita. Todos eran tazas de baño, tan primorosamente pintadas y esculpidas como si fueran jarrones o vajilla.

A través de la puerta de cristal esmerilado, entreveía la silueta encorvada del tendero vecino. El hombre seguramente había prometido echar un vistazo de vez en cuando a la tienda y la casa de su vecino, y se sentía obligado a enfrentarse a los intrusos. Sin duda también le preocupaba no salir bien parado del enfrentamiento.

La puerta principal estaba cerrada, y no había una llave en la cerradura ni en ningún escondrijo cercano. A Cery le divirtió descubrir que tenía que forzar la cerradura. Cuando terminó, abrió la puerta y sonrió al tendero.

—Lo siento, la tienda está cerrada —dijo Cery, adoptando el acento refinado que los mercaderes solían emplear para impresionar a los clientes ricos. Fingió reconocer al hombre—. Pero ya lo sabe, ¿verdad? Usted es... ¿Tevan? Lleva la tienda de al lado, ¿verdad?

Era un hombre de estatura media, con el sobrepeso típico de un señor maduro que no se había

saltado una comida desde hacía mucho tiempo, o tal vez nunca.

—¿Quién es usted y qué hace en casa de Wendel? —preguntó en tono imperativo.

—Soy Delin, el primo de Wendel. Me ha dejado su casa para el fin de semana.

—Wendel no tiene primos. No tiene familia. Me lo ha dicho.

—Primo segundo, político —explicó Cery—. ¿No le avisó de que me alojaría aquí? —Frunció el entrecejo, simulando extrañeza—. Supongo que lo decidió en el último momento.

—No lo creo. Y no es propio de él olvidarse de contarme algo así. —Tevan entornó los ojos y retrocedió un paso—. Voy a llamar a la Guardia. Si está usted mintiendo, más vale que se vaya mientras esté a tiempo. —Dio media vuelta y empezó a alejarse.

—Seguro que la Guardia os dará más rascadas a Wendel y a ti que yo —aseveró Cery, abandonando el acento y dejando que un ligero deje de las barriadas tiñera sus palabras—. Registrarán este sitio de arriba abajo, rompiendo cosas, buscando pruebas de que hemos estado aquí, y luego dirán que te lo has inventado todo. Arreglemos el tema entre nosotros.

Tevan se había detenido, y ahora miraba a Cery con una expresión ceñuda de preocupación.

—Solo necesito pasar aquí una semana, tal vez menos —continuó Cery—. Wendel ni se enterará de que he estado en su casa. Le pagaría un alquiler si él estuviera por aquí, pero como está fuera... —Se llevó la mano al interior del abrigo, dejando entrever la empuñadura de un cuchillo por un instante, y extrajo un gorro de monedas de oro que guardaba para momentos como aquel.

Al hombre se le desorbitaron los ojos.

—¿Una semana? —repitió, claramente embelesado con el oro.

—O menos.

Tevan alzó la mirada hacia Cery.

—Los alquileres son bastante caros por aquí.

—Tu casa nos saldría más barata —replicó Cery.

Tevan tragó en seco. Miró las monedas de nuevo y asintió.

—¿Cuánto pagas?

—Media moneda de oro por día —respondió Cery, guardándose el gorro en el abrigo—. Las encontrarás en el suelo frente a tu puerta trasera cuando me haya ido.

El hombre asintió, pero tenía los labios apretados en una mueca de escepticismo. Aun así, no expresó sus dudas en voz alta. En cambio, dirigió la vista al otro lado de la calle.

—Estás vigilando algo —observó—, o buscando a alguien. ¿Puedo ayudar en algo?

—¿Tienes prisa por deshacerte de mí? —preguntó Cery. Una expresión de desconcierto asomó a los ojos del hombre. «No, tal vez cree que ha encontrado otra manera de sacar provecho de la situación»—. Bueno, si has visto algo allí que te parezca sospechoso...

Tevan arrugó el entrecejo.

—Hay una extranjera que tiene unos horarios muy raros. El zapatero dice que le alquila el sótano. No tenemos ni idea de cómo se gana la vida. Yo diría que es demasiado vieja y fea para hacer la calle. Mi esposa la ha visto en el mercado los dialibres por la mañana, con los vendedores de especias y hierbas. Creemos que tal vez... —se inclinó hacia él y bajó la voz— libra a mujeres jóvenes de situaciones no deseadas.

A Cery le dio un vuelco el corazón, pero se mantuvo impassible. Tevan lo miró con expectación.

—No es un tema que me interese especialmente —dijo Cery, encogiéndose de hombros—. ¿Alguna otra cosa?

El hombre negó con un gesto.

—Se supone que esta es una zona limpia y honrada. Si ocurren cosas, no salen a la luz. —Hizo una pausa—. ¿Está ocurriendo algo?

Cery sacudió la cabeza.

—Nada que quieras saber.

—Ya. —Tevan dio de nuevo un paso hacia atrás—. Pues buena suerte.

—Buenas noches.

El hombre asintió antes de dar media vuelta y encaminarse hacia la tienda contigua. Cery cerró la puerta con llave y subió los peldaños de dos en dos. Cuando llegó a lo alto de la escalera, se detuvo para recuperar el aliento. El corazón le latía con fuerza en el pecho.

—¿Qué pasa? —preguntó Gol.

—Nada. Ya no... soy... un jovencito —jadeó Cery. Regresó a su sillón—. Debería salir más a menudo. ¿Ha dado señales de vida nuestra renegada?

—No.

—¿Alguien ha prestado atención a la conversación entre vecinos que ha tenido lugar abajo?

—No mucha.

—Bien. Uno de nosotros tiene que acercarse mañana al mercado de los dialibres. A los puestos de los vendedores de especias.

—¿Sí?

—Por lo visto, nuestra renegada los visita con regularidad.

—Eso es territorio de Skellin.

Cery profirió una maldición. Gol tenía razón. Aunque a algunos ladrones no les importaba que otros husmearan un poco en su territorio sin permiso —siempre y cuando no metieran las narices en sus operaciones—, a otros sí les molestaba, y mucho. Cery estaba convencido de que Skellin se contaba entre estos últimos.

—Dudo que te deniegue el permiso —dijo Gol.

—Sí, pero para obtenerlo tendré que explicar lo que estoy haciendo. Entonces sabrá que no le pedí ayuda para encontrar a una persona que creo que podría ser el Cazaladrones, pese a que le aseguré que lo haría.

—Tú dile la verdad: no estás seguro de que ella sea el Cazaladrones, y no querías molestarlo hasta que tuvieras pruebas.

—Si piensa que hay alguna posibilidad de que mi intuición sea acertada, querrá participar en la búsqueda —señaló Cery.

—No nos vendría mal su ayuda —repuso Gol.

Cery suspiró.

—Cierto. Pero ¿qué pensará Sonea de nosotros si implicamos a otro ladrón en esto?

Gol le echó una mirada severa.

—No le importará, mientras capturemos a la renegada.

—¿Qué opinará Skellin respecto a tener que colaborar con el Gremio?

—No nos queda otro remedio. —Gol sonrió—. Y si está tan interesado en los magos como tú dices, tal vez le entusiasme la idea.

Cery contempló a su amigo, pensativo.

—Quieres que le pida ayuda a Skellin, ¿no?

Gol se encogió de hombros.

—Si esa mujer es el Cazaladrones, quiero que le echen el guante lo más pronto posible. Cuanto antes quede fuera de circulación, más a salvo estarás tú.

—Y tú.

El hombretón extendió las manos a los lados.

—¿Qué tiene de malo desear eso?

—Pfff. —Cery miró hacia fuera y vio que se acercaba el primer farolero de la noche. Ya estaba anocheciendo—. Nada en absoluto. En cuanto Skellin se entere de que el Cazaladrones podría ser una maga, comprenderá que no tiene otra alternativa que colaborar con el Gremio. No podría atraparla o matarla él solo.

—Entonces, ¿irás a verlo?

Cery suspiró.

—Supongo que tengo que hacerlo.

Como Achatí no había avisado al ashaki Tikako de su intención de visitar su finca de campo, pues eso habría implicado poner de relieve el detalle humillante de que no había leído bien la mente de su esclava, no quería abusar de su hospitalidad pasando allí la noche. Por tanto, Dannyl y él continuaron por el camino hasta otra finca, propiedad de un ashaki de edad

avanzada, y solicitaron comida y alojamiento en nombre del rey.

Resultaba evidente que el anciano y su esposa no estaban acostumbrados a recibir visitas, y desempeñaron su papel de anfitriones de mala gana. Sin embargo, la tradición los obligaba a acoger al representante del rey. Achatí se apiadó de ellos y comió frugalmente y deprisa. El matrimonio se mostró encantado cuando el ashaki manifestó que Dannyl y él estaban cansados y querían irse a dormir temprano.

Una vez instalados en las habitaciones de invitados, no se acostaron de inmediato, sino que se sentaron a hablar sobre lo que habían averiguado.

—Si los Traidores quieren que encontremos a Lorkin, lo encontraremos —dijo Achatí.

—¿Tanto poder e influencia cree que tienen?

El sachakano hizo una mueca y asintió.

—Por desgracia, sí. Nos han eludido durante siglos. Muchos reyes anteriores intentaron obligarlos a salir de su escondite o encontrar su base, pero los Traidores solo han mejorado sus tácticas para evitarnos. El rey Amakira me ha dicho que lo mejor que podemos hacer es dejarlos en paz, ya que si no tienen nada contra qué luchar se debilitarán.

Dannyl rió entre dientes.

—Tal vez tenga razón, pero lo dudo.

—¿Por qué?

—Sin un conflicto que mate a varios de ellos y ocupe su tiempo, formarán familias. Tal vez sus habilidades de combate se debiliten, pero su número aumentará.

Achatí frunció el ceño, meditabundo.

—Al final, tendrán demasiadas bocas que alimentar y morirán de hambre. —Sonrió—. O sea que el rey tiene razón, después de todo.

—Solo si los Traidores permanecen ocultos.

—¿Cree que se verán obligados a salir a la luz para suplicar comida?

—O tal vez opten por revelarse de otras maneras. ¿Cuán poderoso es el ejército sachakano?

Achatí soltó un resoplido desdeñoso.

—Seguramente es cien veces más cuantioso y fuerte que el de ellos. Sabemos que su base está en las montañas, donde la tierra es áspera y poco fértil. No podrían alimentar a una población lo bastante numerosa para enfrentarse al resto del país, así que dudo que su ejército sea igual de grande que el nuestro o más.

Dannyl asintió.

—Por eso se valen de métodos ingeniosos y secretos. Me pregunto si... ¿Cree que podrían hacerse con el control del país simplemente asesinando y manipulando a las personas adecuadas?

La expresión de Achatí se tornó seria.

—Es posible, pero si hubieran podido hacerlo antes, seguramente lo habrían hecho.

—Quizá no se haya presentado aún la oportunidad ideal. Quizá necesiten que se produzca un factor nuevo y extraordinario.

Achati arqueó las cejas.

—¿Como la oportunidad de secuestrar al hijo de una maga poderosa del Gremio, por ejemplo?

—¿Cree que eso sería lo bastante extraordinario?

—No. —Sacudió la cabeza y sonrió—. Manipular a Kyralia y Sachaka para que entren en guerra sería demasiado arriesgado. ¿Qué pasaría si ganara Kyralia? ¿Y si, en vez de dejarnos manipular, aunáramos nuestras fuerzas y atacáramos juntos a los Traidores? Tal vez el Gremio esté mejor preparado que nosotros para darles caza. —Hizo una pausa—. Por cierto, ¿ha respondido ya el Gremio a la noticia del secuestro de Lorkin?

—No. —Dannyl apartó la vista. «No puedo seguir posponiendo esto. Achati empezará a preguntarse por qué tardan tanto»—. Lo que me recuerda que debo informarme sobre sus progresos.

—Pues le dejo para que lo haga. —Achati se levantó—. Es tarde y debería descansar un poco. Cuénteme por la mañana lo que le digan.

—Así lo haré.

Cuando se cerró la habitación del cuarto del sachakano, Dannyl llevó la mano al interior de su túnica y extrajo el anillo de sangre del administrador Osen. Se quedó mirándolo mientras repasaba en su mente todas las formas de comunicar la mala noticia que se le habían ocurrido y elegía la que esperaba que fuera la mejor.

Entonces se puso el anillo.

Cuando Sonea abrió la puerta de sus aposentos, le sorprendió ver al otro lado al administrador Osen, que estaba de pie con la mano levantada, a punto de llamar. Cuando se recuperó del sobresalto, el hombre enderezó la espalda.

—Maga Negra Sonea —dijo—. Debo hablar con usted.

—Es una suerte que te hayamos encontrado antes de que salieras hacia los hospitales —añadió otra voz.

Al volverse, ella vio a Rothen detrás y hacia un lado del administrador. De inmediato se le hizo un nudo en el estómago y se le aceleró el corazón. «Ahí está otra vez esa mirada. Algo le ha ocurrido a Lorkin...»

—Adelante —dijo, retrocediendo un paso e invitándolos a pasar con un ademán impaciente.

Osen entró dando grandes zancadas, seguido por Rothen. Ella cerró la puerta y clavó la vista en el administrador, llena de expectación. Él la miró con seriedad.

—Tenemos que informarle de que su hijo ha... —Osen hizo una pausa y frunció el ceño—. No estoy seguro de cuál es la palabra más adecuada. Al parecer, Lorkin ha sido secuestrado.

A Sonea le flaquearon las piernas, y notó que perdía un poco el equilibrio. Rothen se le acercó, pero ella le indicó con un gesto que se detuviera. Respiró hondo, se obligó a permanecer erguida y se volvió hacia Osen.

—¿Secuestrado? —repitió.

—Sí. Por una joven maga que se hacía pasar por esclava. El embajador Dannyl cree que existe la posibilidad de que su hijo se fuera con ella por su propia voluntad, pero no está seguro.

—Ah. —Un alivio traicionero y seductor se apoderó lentamente de Sonea. «Mujeres. ¿Por qué los problemas de Lorkin tienen que ver siempre con mujeres?» Sintió que el pulso se le ralentizaba un poco—. ¿Así que estamos hablando de una falta de decoro social, más que de una muerte inminente y segura?

—Al menos eso esperamos. Pero el asunto es más complicado. Por lo visto los sachakanos, al igual que nosotros, tienen en su seno una sociedad clandestina, secreta y no del todo legal, y es posible que esté implicada.

—¿Delincuentes?

Osen meneó la cabeza.

—El embajador Dannyl los ha descrito como rebeldes. Se hacen llamar Traidores. Se rumorea que todas son mujeres. —Osen enarcó las cejas, dando a entender que esto le parecía improbable—. También son magos, magos negros. La mujer que secuestró a Lorkin es una de ellas. Esa misma noche mató a otra esclava y absorbió toda su energía. Dannyl no sabe con certeza si la secuestradora es la Traidora y la esclava solo se interpuso en sus planes, o si la muerta era una Traidora y la secuestradora no. Sea como fuere, los Traidores han insinuado que quieren que Lorkin y ella sean encontrados, y por lo visto son tan influyentes que es muy probable que esto ocurra.

Sonea tardó un momento en asimilar esta información.

—Entonces, ¿cuándo desapareció Lorkin?

—Hace tres noches.

Su corazón dejó de latir por unos instantes.

—¡Tres noches! ¿Por qué no se me notificó de inmediato?

—La estamos notificando de inmediato —afirmó Osen con una sonrisa sarcástica—. Le recalqué al nuevo embajador que solo debía ponerse en contacto conmigo en caso de urgencia grave, y él se ha tomado esta orden demasiado al pie de la letra. Confiaba en encontrar a Lorkin enseguida, por lo que no me ha informado de la situación hasta esta noche.

—Lo mataré —masculló ella, y comenzó a caminar de un lado a otro de la habitación—. Si esa mujer es una maga negra (¿las hay de otro tipo allí?), ¿cómo va a obligarla Dannyl a entregarle a Lorkin?

—Cuenta con la ayuda del representante del rey de Sachaka.

—¿Y si ella no quiere que la encuentren? ¿Quién sabe qué es capaz de hacer para sobrevivir? ¿Podría amenazar con matar a Lorkin? —Sonea se interrumpió, pues de pronto se había

quedado sin aliento. Sentía que sus pulmones expulsaban menos aire del que absorbían. Empezaba a marearse. Se apoyó en el respaldo de una silla y se esforzó por respirar despacio. Cuando se le despejó la cabeza, se volvió hacia Osen—. Tengo que ir allí. Tengo que estar allí cuando lo encuentren.

La expresión de Osen, franca y comprensiva hasta ese instante, se tornó circunspecta y adusta.

—Sabe que no puede hacer eso —dijo.

Ella lo miró entornando los ojos, con una furia creciente en su interior.

—¿Quién se atrevería a impedírmelo?

—Tiene que haber dos magos negros presentes en el Gremio en todo momento —le recordó él—. El rey nunca le permitiría salir de Imardin, y mucho menos de Kyralia.

—¡Se trata de mi hijo! —exclamó ella.

—Y al rey de Sachaka seguramente no le haría gracia que la enviáramos a Sachaka o le permitiéramos viajar allí —continuó Osen—, lo que empeoraría la situación política, ya de por sí peligrosa, pues estaría dando a entender que su pueblo no puede ocuparse por sí solo de un asunto como este.

—¿Y si ellos no...?

—Lorkin no es tonto, Sonea —la interrumpió Rothen en voz baja—. Tampoco Dannyl.

Sonea clavó la vista en él, luchando por contener el dolor y la ira que sentía al ver que él no la apoyaba. «Pero si Rothen cree que no debería partir...»

—Dudo que Lorkin se hubiera ido con aquella mujer sin una buena razón.

—¿Y si la razón es que no tenía elección? —arguyó ella.

—Entonces debemos confiar en Dannyl. Sabes que si la situación fuera crítica, él nos habría avisado de inmediato. Si Lorkin es un rehén, no podrás hacer más por él que Dannyl, que tiene experiencia en la negociación y cuenta con la ayuda de los sachakanos. —Su tono se volvió más duro—. Si vas allí sin más puedes complicar mucho las cosas, no solo para Lorkin, sino para Kyralia y Sachaka.

De pronto, se sintió débil y agotada. Indefensa. «¿De qué me sirve todo este poder si no puedo utilizarlo para salvar a mi propio hijo?

»Pero tal vez no necesite que lo salven», dijo una vocecilla en algún rincón de su mente.

Osen suspiró.

—Me temo que debo prohibirle que se marche, Maga Negra Sonea, o que hable de esta cuestión con nadie aparte de mí, el rey, el Gran Lord Balkan y lord Rothen.

—¿Ni siquiera puedo hablar de ello con la familia de Akkarin?

Él negó con la cabeza.

—Ni siquiera con ellos. Por ser la madre de Lorkin, tiene derecho a saber lo que ocurre, por lo que la mantendré informada sobre la situación. Esta noche discutiré con el Gran Lord Balkan las

posibles maneras de ayudar a lord Danyyl, incluida la de enviar a alguien a asistirlo. Si hacemos esto, le referiré a usted todos los detalles que pueda revelarle sin correr riesgos.

«Más le vale», pensó ella.

—Estaré deseando recibir sus informes periódicos —dijo con frialdad.

Él la miró largamente, con aire reflexivo.

—Buenas noches, Maga Negra Sonea.

Ella lo siguió hasta la puerta y la abrió con magia. Antes de salir, Osen se despidió con un gesto cortés de la cabeza. Cuando se marchó, ella cerró la puerta mientras se oían los pasos del administrador que se alejaban a toda prisa por el pasillo.

Se volvió hacia Rothen.

—Voy a irme de todos modos —anunció, y se dirigió hacia su dormitorio. Había un baúl pequeño sobre el armario ropero. Ella lo levantó valiéndose de la magia y lo depositó en el suelo.

—No te dejarán regresar por segunda vez —le advirtió Rothen desde la puerta.

Ella se acercó al armario y lo abrió. Estaba lleno de túnicas negras.

—Me da igual. Encontraré a Lorkin y nos iremos de viaje. La pérdida será más grande para ellos que para mí.

—No me refería al Gremio, sino al país. A las Tierras Aliadas.

—Lo sé. No olvides que hay otros países aparte de las Tierras Aliadas.

—Sí, pero aunque el Gremio puede adiestrar a otro mago negro para que ocupe tu lugar, tú no encontrarás otro Gremio que ocupe el lugar de este. Quizá a ti no te importe, pero ¿y Lorkin?

Ella contempló las túnicas. No era la ropa más apropiada para una maga que iba a librarse de las cadenas del Gremio. No estaba segura de qué debía ponerse una maga que se rebelaba y salía precipitadamente del país, pero no le cabía duda de que aquellas túnicas no resultaban adecuadas. Sin embargo, era lo único que tenía.

«¡No puedo creer que esté preocupándome por el vestuario ahora mismo!»

—Tienes que encontrar a la renegada, Sonea.

—Ya la encontrará Regin.

—Cery no se fía de él.

—No lo culpo —masculló ella—. Cery tendrá que apañárselas como pueda.

Rothen suspiró.

—Sonea. —Su voz adquirió un tono paternal y severo.

Ella cruzó los brazos, puso su mejor cara de «no te metas conmigo, que las he pasado mucho más moradas que tú y he salido airosa», que hacía que los aprendices se estremecieran y los

magos se tragaran sus palabras, y se volvió hacia él.

—¿Qué?

Como de costumbre, él permaneció imperturbable.

—Sabes que no puedes irte —le dijo—. Sabes que con toda probabilidad empeorarías la situación de Lorkin, y que cuando todo esto acabe él necesitará regresar a un Gremio seguro, protegido... y en el que esté su madre.

Ella fijó la mirada en él y soltó una maldición.

—¿Por qué siempre tienes razón, Rothen?

Él se encogió de hombros.

—Soy mayor y más listo que tú. Ahora, tú y yo tenemos que hablar seriamente, trazar planes menos obvios y destructivos. Para empezar, creo que debemos enviar a Sachaka a alguien que actúe en nuestro nombre.

—¿A quién?

Rothen sonrió.

—Se me ocurren algunas personas. Ven, siéntate y te lo diré.

Una ayuda

El agua del arroyo no tenía un aspecto muy saludable, ni siquiera a la luz mortecina del alba. No era más que un hilillo que serpenteaba lentamente por un lecho poco profundo, bordeado por un limo verde, y olía a moho y vegetación podrida. Tyvara, impasible, se puso en cuclillas, recogió agua en la mano ahuecada y se la llevó a los labios.

Lorkin observó cómo la examinaba por un momento antes de bebérsela de un trago.

—Te sentará mal —le dijo.

Tyvara alzó la vista hacia él.

—No te preocupes. La he despojado primero.

—¿Despojado?

—He extraído todas las formas de vida que contenía. Sigue teniendo tierra y sedimentos, pero esto solo resulta desagradable, no peligroso. Este sistema es mucho más rápido y eficiente que el tuyo, pues me permite absorber energía en vez de gastarla. ¿Vas a beber o no? No hay garantía de que volvamos a encontrar agua.

Lorkin contempló las manos de ella, que seguían sucias a causa del agua.

—Creía que la sangre era la única sustancia a través de la que se podía absorber magia.

Ella sonrió y recogió más agua en la palma.

—¿Sabes que los humanos y la mayoría de los animales poseemos una capa de protección mágica que se ajusta de manera natural a la piel?

—Sí.

—Para traspasarla hay que romperla, y la forma más fácil es cortar la piel. Esto provoca una hemorragia, claro está, y por eso la gente cree que la sangre es esencial. Pero no lo es. —La voz se le enronqueció mientras hablaba. Hasta ese momento llevaban mucho rato sin encontrar agua. Ella hizo una pausa para mirar el líquido que sostenía en la mano y bebió antes de posar de nuevo los ojos en él—. En el agua hay seres vivos diminutos; es posible percibirlos aunque no los veas, y son los que causan enfermedades. Pero al parecer no tienen una capa protectora, así que resulta sencillo absorber su energía. Son una fuente demasiado pobre para depender de ellos, eso sí. —Bajó la vista—. Por lo visto, la protección de las plantas es más débil que la de los animales. Se puede absorber su energía sin cortarlas, aunque es un proceso lento y se obtiene tan poca magia que nadie se molesta en hacerlo. —Sumergió la mano para beber otro trago.

Lorkin se sentó, con un suspiro. Invocó su magia y sacó del arroyo el equivalente a una taza de agua, contenida en un globo de fuerza invisible. El líquido era turbio y en absoluto apetecible. Proyectó más magia para calentar el agua hasta hervirla.

En la clase de sanación en que le habían enseñado a purificar el agua, le habían dicho que lo mejor era hervir el agua durante varios minutos, pero Tyvara terminó de beber al poco rato y se quedó mirándolo, expectante, visiblemente ansiosa por proseguir el camino. Lorkin dejó de calentar el agua y esperó a que se enfriara lo suficiente para que le resultara soportable al tacto y al gusto. Por fortuna, la tierra se había asentado en el fondo, por lo que él pudo tomar el agua más limpia de la superficie. Unos tragos después, su sed estaba saciada, y ambos se pusieron de pie. Los rayos de sol se colaban entre las copas de los árboles que los rodeaban. Él no había cobrado conciencia de que el amanecer estuviera tan próximo.

—Y ahora, ¿adónde vamos? —preguntó.

—Al bosque. He pensado que te haría ilusión dormir por encima del suelo.

Él hizo una mueca. Aunque llevaban varias noches durmiendo en una cavidad bajo la tierra, él no se sentía más a gusto sabiendo que lo único que impedía que quedara enterrado vivo era una barrera mágica.

—Pues has pensado bien.

—Entonces, en marcha.

Después de desviarse de la carretera, ella se internó entre los árboles y Lorkin la siguió. Al principio tropezaba con los obstáculos, esquivaba las ramas que Tyvara apartaba de su camino y luego retornaban rápidamente hacia él, sus zapatos se atascaban con piedras y el suelo irregular amenazaba con hacerle perder el equilibrio. Necesitaba toda su concentración para no darse de bruces. Tyvara iba distanciándose gradualmente de él, hasta que se percató de que se había rezagado y se detuvo para que la alcanzara.

—¿Habías estado antes en un bosque? —preguntó.

—Sí. Hay uno en los terrenos del Gremio, pero tiene senderos.

—¿Habías salido alguna vez de Imardin?

—No.

—¿Por qué?

«Porque mi madre tiene prohibido salir de la ciudad.» Sin embargo, no podía decírselo sin explicarle la razón, y se suponía que no debía revelar que solo dos kyralianos conocían la magia negra ni la mala fama que esta tenía.

—No tenía motivos para salir.

Ella sacudió la cabeza con incredulidad antes de volverse y reanudar la marcha a través del bosque. Ahora parecía elegir con más cuidado dónde pisaba, lo que facilitaba mucho el avance de ambos. Entonces él cayó en la cuenta de que en realidad iban por un sendero. Aunque era muy angosto, no había duda de que alguien o algo había pasado por allí lo bastante a menudo para formar un sendero en la maleza.

—¿Ya habías estado aquí? —inquirió.

—No.

—O sea que no sabes adónde conduce este sendero.

—Es un camino de animales.

—Ah. —Cuando bajó la mirada, el corazón le dio un vuelco—. Entonces, ¿por qué hay huellas de zapatos?

Tyvara se detuvo y dirigió la vista hacia donde él señalaba.

—El bosque pertenece al ashaki que posee estas tierras. Debe de haber esclavos que recogen leña o que cazan los animales que viven aquí. —Miró en torno a sí con el ceño fruncido—. Supongo que no conviene arriesgarnos a ir más lejos. Deberíamos separarnos, pero mantenernos lo bastante cerca para que puedas verme y oírme. Busca algún rincón frondoso, o un hoyo que podamos tapar. Si encuentras algo, dame un silbido.

Lorkin echó a andar hacia la derecha del sendero. Tras vagar durante un rato, llegó a un lugar en el que un árbol enorme había caído hacía mucho tiempo. Lo único que quedaba de él era un tocón descomunal. Las raíces se extendían como brazos protectores, y unos arbustos bajos y espesos habían crecido en torno a la tierra levantada. Suponiendo que habría un hueco donde antes estaban las raíces, Lorkin se abrió paso entre las matas. En efecto, quedaba un agujero con una profundidad igual a la mitad de su estatura.

«Un rincón frondoso y un hoyo —pensó con satisfacción—. Es perfecto.»

Se volvió para buscar a Tyvara y la avistó, caminando a unos veinte pasos largos de distancia. Silbó, y cuando ella alzó la mirada, Lorkin le hizo señas de que se acercara. Se encaminó hacia él y se abrió paso entre los arbustos. Se detuvo al borde del hoyo y lo examinó con interés. Olfateó el aire.

—Huele a humedad. Tú primero.

Lorkin invocó un poco de magia, creó una barrera en forma de disco y se envolvió en ella. Bajó al agujero. El suelo bajo la barrera era blando y se allanó cuando él llegó al fondo. En cuanto desactivó la barrera, notó que empezaba a hundirse. El suelo no solo era blando, sino que estaba empapado. Un agua lodosa brotó y le entró en los zapatos. Uno de sus pies pisaba tierra firme, pero el otro continuaba hundiéndose, por lo que él extendió bruscamente los brazos a los lados e intentó dar un paso hacia un lado para recuperar el equilibrio.

Sin embargo, el barro lo sujetaba con fuerza. Se tambaleó hacia atrás y cayó ruidosamente en un fango pegajoso y hediondo.

Las carcajadas de Tyvara resonaron en el bosque.

Lorkin levantó la vista hacia ella y sonrió avergonzado. «Tiene una risa estupenda —pensó—. Da la impresión de que no ríe muy a menudo, pero cuando lo hace se recrea en ello.» Aguardó a que terminara y dio unas palmaditas en el barro, a su lado.

—Ven, baja. Está húmedo, pero mucho más mullido que el suelo de las cavidades donde hemos dormido —le aseguró.

Tras reír por lo bajo un rato más, ella sacudió la cabeza y abrió la boca para hablar, pero algo llamó su atención. Alzó la vista y murmuró una maldición.

—¡Eh, tú! —llamó una voz—. Ven aquí.

Sin mirar a Lorkin, Tyvara susurró unas palabras entre dientes.

—El ashaki. Me ha visto. Mantente oculto. Quédate ahí.

Acto seguido, se alejó y desapareció entre los arbustos. Lorkin se incorporó hasta ponerse en cuclillas. Aguzó el oído y percibió el tintineo de los arneses de un caballo que estaba a su espalda, detrás del árbol caído.

Se acercó a la maraña de raíces, se enderezó y echó un vistazo a través de ellas. Un sachakano, de pie junto a un caballo, miraba fijamente algo que estaba a sus pies. En vez de la vestimenta adornada típica de los ashakis, llevaba una ropa de buena calidad pero más práctica para montar.

Entonces Lorkin vio el cuchillo que el hombre llevaba al cinto. Se le secó la boca.

—Levántate —ordenó el ashaki.

Tyvara se puso de pie delante de él. Lorkin resistió el impulso de arrancar a correr hacia ella. «Es una maga. Una maga negra. Puede cuidar de sí misma, y seguramente le será más fácil si no tiene que protegerme a mí al mismo tiempo.»

—¿Qué haces aquí? —inquirió el hombre en tono imperioso.

Ella respondió algo, en voz baja y sumisa.

—¿Dónde están tu cantimplora y tus provisiones?

—Las he dejado en el suelo, y ahora no las encuentro.

El hombre la contempló, pensativo.

—Acércate —le dijo al fin.

Ella dio un paso hacia él, encorvada. A Lorkin se le heló la sangre al ver que el hombre le colocaba las manos a los lados de la cabeza. «Debería impedir esto. Averiguará quiénes somos. Pero ¿por qué deja ella que le lea la mente? ¿Por qué no le ha plantado cara, en cuanto se ha percatado de lo que pretendía?»

Al cabo de un momento, el hombre la soltó.

—Parece ser que eres tan estúpida como dices. Sígueme. Te guiaré de vuelta al camino.

Cuando el hombre le dio la espalda para montar sobre su caballo, Tyvara se volvió brevemente hacia Lorkin y sonrió. Su expresión triunfal disipó por completo su preocupación. Él la observó mientras se alejaba por el bosque, siguiendo dócilmente al hombre. Cuando los perdió de vista, Lorkin se dio la vuelta y se sentó en una de las raíces más gruesas del árbol.

«“Mantente oculto. Quédate ahí”, me ha dicho. Supongo que eso significa que regresará en cuanto el mago la lleve al camino y se marche.» Se fijó en la posición del sol que se filtraba entre los árboles y decidió que, cuando calculara que hubiera pasado una hora, si ella no había vuelto, saldría en su busca.

Fue una hora muy larga. El tiempo transcurría muy despacio. Los rayos de luz se desplazaban por la maleza con una lentitud exasperante. Cuando el barro se secó, se lo quitó de la piel y la ropa rascando y sacudiéndose. Intentaba no imaginar qué le ocurriría a ella si el mago descubría quién era. Luchaba contra el temor de que el mago averiguara que él estaba allí, regresara a buscarlo y...

—Me alegra ver que sabes obedecer órdenes —dijo una voz detrás de él.

Giró rápidamente y la vio de pie, en lo alto del tocón, sonriéndole. Con el corazón latiéndole a toda prisa, observó cómo ella daba un paso hacia el vacío y descendía lentamente hasta quedarse flotando en el aire delante de él.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó.

Ella frunció el ceño y bajó la vista hacia el disco de magia brillante y apenas visible que tenía bajo los pies.

—Del mismo modo que tú.

—No me refiero a la levitación, sino a impedir que él te leyera la mente.

—Ah, eso. —Puso los ojos en blanco—. ¿No recuerdas que te dije que tenemos un secreto para conseguir que quienes nos leen la mente vean lo que queremos que vean?

Él pensó en el primer lugar donde se habían escondido y en las otras esclavas que se encontraban allí.

—Ah, sí que lo recuerdo. Algún tipo de gema de sangre, ¿no?

Ella sonrió.

—Tal vez sí, tal vez no.

«Gema de sangre. —A Lorkin el corazón le dio un vuelco—. ¡Podría haber utilizado el anillo de mi madre mientras Tyvara no estaba, pero me he olvidado por completo!» Había estado demasiado preocupado por ella. Masculló una maldición.

—¿Qué te pasa? —preguntó ella.

Él sacudió la cabeza.

—¿Y si él me hubiera visto a mí y me hubiera leído la mente en vez de a ti?

—Yo se lo habría impedido. —Se encogió de hombros—. Aunque es mejor evitar los enfrentamientos, no siempre es posible.

—¿Habrías luchado contra él? ¿Eso no habría atraído la atención de otros?

—Quizá. —Señaló su entorno con un gesto amplio—. Pero estamos en un lugar apartado. Habría intentado acabar con él rápidamente.

—¿Lo habrías matado?

—Por supuesto. Si no, nos perseguiría.

—Y cuando descubrieran su cadáver, nos perseguirían otros. ¿No sería más conveniente en definitiva que yo supiera ocultar mis pensamientos?

Ella soltó una risita.

—Aunque yo estuviera dispuesta a dar a los Traidores otro motivo para enfadarse conmigo, y aunque no pudiéramos llegar a Refugio sin que yo te revelara el secreto, no dispongo del

material ni del tiempo para ello.

A Lorkin se le aceleró el pulso.

—Es algo como una gema de sangre, ¿verdad?

Ella puso los ojos en blanco de nuevo.

—Acuéstate y duerme, Lorkin.

Él bajó la mirada hacia el barro y luego la posó en ella con incredulidad.

—Estaba bromeando cuando he dicho que era mullido.

Ella suspiró y agitó la mano hacia él.

—Apártate.

Lorkin obedeció, se sentó de nuevo en la misma raíz de antes y, al imaginar lo que ella se proponía, levantó los pies del barro, con sus zapatos empapados. Una neblina empezó a formarse enseguida por encima del fango. Durante un rato, un vapor caliente los envolvió, y cuando el aire se despejó, él vio que solo quedaba la tierra agrietada y seca. Tyvara se bajó del disco de magia que la sostenía y dio unos golpecitos con el pie en el suelo endurecido.

—Duerme un poco mientras puedas —le recomendó—. Te despertaré dentro de unas horas para que montes guardia. No creo que nuestro anfitrión vuelva pronto, pero al parecer le gusta dar paseos a caballo por su finca. Más vale que permanezcamos atentos por si aparece otra vez.

Con un suspiro, Lorkin se tumbó en el duro suelo e intentó seguir su consejo.

Una lluvia suave de otoño empezó a caer sobre el jardín de la Casa Soleada, pero el pequeño cobertizo de piedra en el que Cery y Skellin estaban sentados impedía que se mojaran. Gol se encontraba cerca, parpadeando para quitarse las gotas que le caían en los ojos mientras observaba al guardaespaldas de Skellin, de pie al otro lado del cobertizo. No había nadie más, pues los vecinos permanecían bajo techo para resguardarse del mal tiempo, y el dueño de la propiedad estaba en otro rincón del jardín, farfullando solo.

Cuando Cery finalizó su breve descripción de lo que Gol y él habían visto desde el tejado de la casa de empeños, Skellin se quedó pensativo.

—Conque una mujer, ¿eh? ¿La visteis bien?

Cery se encogió de hombros.

—Estaba oscuro y la mirábamos desde arriba, pero creo que la reconocería. Tiene la piel y el pelo oscuros. Es más o menos así de alta... —Levantó la mano para indicárselo.

—Ahora que sabes que es maga, ¿cómo piensas atraparla?

—Oh, solo tengo que encontrarla. —Cery hizo un gesto vago—. Capturar magos renegados es cosa del Gremio. Y es mejor así, porque si ella es el Cazaladrones, ni tú ni yo tenemos ninguna posibilidad de pararle los pies.

Los ojos de Skellin centellearon con interés.

—¡Estás trabajando para el Gremio!

—Estoy ayudando al Gremio. Si trabajara para ellos cobraría algo.

—¿No te pagan por ello? —Skellin sacudió la cabeza y su expresión se tornó seria—. Supongo que habrá otras ventajas. Cuando me enteré de lo de tu familia, supuse que querías vengarte. Tu búsqueda del asesino se convirtió en la búsqueda del Cazaladrones, que ahora se ha convertido en la búsqueda de una maga renegada.

—Han sido unas semanas muy movidas —comentó Cery.

—Espero que no te importe que te lo señale, pero te has desviado un poco de tu propósito inicial.

Cery asintió.

—Todavía es posible que los tres resulten ser la misma persona. Supongo que lo averiguaremos cuando la atrapemos.

—Si conseguimos sacarle la verdad.

Cery se disponía a recordarle a Skellin que los magos negros podían leer la mente de las personas aun contra su voluntad, pero cambió de idea. No tenía sentido desvelar este dato mientras no fuera imprescindible.

—¿Te interesa ayudarnos a encontrarla?

El otro ladrón frunció los labios mientras reflexionaba y luego asintió.

—Claro que me interesa. Si ella resulta ser una maga renegada, al menos tendré la oportunidad de hacer amigos en el Gremio. Si resulta ser el Cazaladrones, todos saldremos beneficiados.

—Se frotó las manos—. Bien, cuéntame: ¿cuándo la viste por última vez?

—Vimos a una mujer muy parecida salir de la casa de empeños, así que envié a Gol tras ella.

—Cuando Cery describió el sótano que utilizaba la mujer y el túnel subterráneo con el que comunicaba, Skellin arrugó el entrecejo.

—No sabía que hubiera pasadizos allí —dijo—. En teoría, iban a eliminarse todos durante la reconstrucción. Pero supongo que si sabes magia, no te resulta difícil excavar uno nuevo con rapidez.

—No estoy muy al día respecto a las fronteras. ¿A quién pertenece ahora ese territorio?

Skellin hizo una mueca.

—A mí, de hecho. —Sostuvo la mirada sorprendida de Cery y luego esbozó una sonrisa torcida—. ¿Tú sabes lo que ocurre en todos los rincones de tu territorio en todo momento?

Cery meneó la cabeza.

—Seguramente no. Además, el mío no abarca muchas zonas en reconstrucción. Uno de los tenderos me dijo que ella había estado en un mercado cercano, comprando hierbas.

—Echaré un vistazo —dijo Skellin— y averiguaré si alguno de mis contactos sabe si una mujer como la que describes ha estado merodeando por ahí. Da la impresión de que es una de esas

personas que van solas a todas partes, lo que, naturalmente, nunca pasa inadvertido. Si me entero de algo, te avisaré. Podemos tenderle una trampa y mandar a buscar a tus amigos del Gremio.

Cery movió la cabeza afirmativamente.

—Y yo te avisaré si la localizo.

—Te tomo la palabra —dijo Skellin, sonriendo—. No quiero desaprovechar la ocasión de conocer a algunos magos del Gremio. —Arqueó las cejas—. ¿No será por casualidad uno de ellos tu famosa amiga de la infancia?

—Puede que sí, pero si quieres conocer a Sonea, basta con que visites uno de los hospitales.

—Entonces tendría que fingir estar enfermo. —Skellin se encogió de hombros—. Y dudo que a ella le haga gracia que ocupe el lugar de alguien que necesita su ayuda.

—No, seguramente no. ¿Así que nunca te pones enfermo?

—Nunca.

—Qué suerte.

Skellin sonrió de oreja a oreja.

—Ha sido agradable charlar contigo otra vez, Ceryni de Ladonorte. Espero que volvamos a vernos pronto, y que tenga buenas noticias que darte.

Cery asintió.

—Lo estoy deseando. Cuídate.

—Lo mismo digo.

El otro ladrón se volvió hacia su guardaespaldas y echó a andar con paso decidido. Cery salió del cobertizo y, subiéndose el cuello del abrigo para protegerse de la lluvia, se acercó a Gol. El hombretón permaneció callado al principio y se mantuvo a cierta distancia de Cery mientras se encaminaban de regreso a casa. Luego, cuando dejaron atrás la Casa Soleada, le preguntó cómo había ido la reunión. Cery empezó a contarle los pormenores.

—No sabía que el terreno de Skellin fuera tan extenso —lo interrumpió Gol.

—Yo tampoco —respondió Cery—. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que averiguamos dónde estaban los límites.

—Puedo averiguarlo de nuevo, si quieres.

—Estaba deseando que dijeras eso.

Gol rió entre dientes.

—Ya lo creo.

«¿Por qué no ha utilizado el anillo?»

Sonea se levantó de su silla y se dirigió hacia la ventana. Corrió la persiana de papel a un lado, tendió la vista hacia el Gremio y suspiró. Quizá Lorkin no había encontrado el anillo de sangre entre sus pertenencias. Tal vez este se había quedado en la Casa del Gremio, en Arvice, en el fondo del baúl de viaje.

Esta posibilidad la inquietaba. Ahora que tanto Dannyl como Lorkin habían abandonado la Casa del Gremio, ¿era posible que un esclavo fisgón encontrara el anillo? Si caía en malas manos... Se estremeció. Uno de los ichanis sachakanos que habían invadido Kyrulia hacía veinte años había capturado a Rothen y había fabricado con su sangre una gema que después había utilizado para enviarle imágenes mentales de todas sus víctimas. Si el secuestrador de Lorkin encontrara el anillo y lo usara para transmitirle a ella imágenes de su hijo bajo tortura...

Se le heló el corazón. «No creo que pudiera soportarlo. Me plegaría a sus exigencias, fueran las que fuesen. Rothen tiene razón. Si me desplazara hasta allí, empeoraría la situación. Espero al menos que si encuentran el anillo, descubran que su creadora está demasiado lejos para resultar eficaz como instrumento de persuasión.»

Se apartó de la ventana y comenzó a caminar en círculo por la habitación. Faltaban unas horas para que comenzara su turno en el hospital. Los sanadores de allí se habían vuelto más osados desde que se habían ofrecido a encubrir su ausencia si ella tenía que adentrarse en la ciudad. Habían adoptado una actitud tan protectora hacia ella que resultaba casi irritante y, cuando llegaba antes de su hora o se quedaba más tiempo del que le correspondía, la asediaban a preguntas sobre si dormía lo suficiente.

«Pero si Cery encuentra a la renegada, le resultará más fácil y rápido contactar conmigo en el hospital. Ojalá contactara conmigo. Ir a la caza de aquella mujer al menos me mantendría lo bastante ocupada para dejar de preocuparme inútilmente por Lorkin durante un rato.»

Notó de inmediato que la ansiedad le revolvía el estómago, y los pensamientos sobre lo que podía ocurrirle a su hijo amenazaban con adueñarse de su mente. Se obligó a concentrarse en otra cosa. «La renegada —se dijo—. Piensa en la renegada.»

Aunque solo habían transcurrido unos días desde el intento fallido de atrapar a la mujer, tenía la sensación de que habían pasado muchos más. Meditó sobre la entrada al pasadizo que habían encontrado. ¿El hecho de que la mujer pudiera acceder al Camino de los Ladrones significaba que tenía tratos con un ladrón? En otra época la respuesta habría sido inequívocamente afirmativa, pero las normas y restricciones antiguas ya no estaban vigentes en los bajos fondos de Imardin.

Otra posibilidad la intranquilizaba. Si la mujer podía acceder al Camino de los Ladrones, ¿sabía de la existencia de los túneles que discurrían debajo del Gremio?

Unos golpes en la puerta principal interrumpieron los pensamientos de Sonea. Se levantó y se acercó a ella a toda prisa. Tal vez era Rothen. Tal vez le traía noticias de Lorkin. Aunque se tratara de otra persona, la distraería de sus preocupaciones. Por medio de un giro y un empujoncito mágicos, recorrió el pestillo y tiró de la puerta hacia dentro.

Regin estaba al otro lado. Inclino la cabeza cortésmente.

—Maga Negra Sonea —dijo.

—Lord Regin. —Esperaba que su desilusión no se reflejara en su rostro.

—¿Ha sabido algo? —preguntó él, bajando la voz.

—No.

Regin asintió y apartó la mirada. De pronto Sonea cayó en la cuenta de que era una muestra de consideración inesperada que la visitara para interesarse por Lorkin, y se sintió culpable por la hostilidad que sentía hacia él. Abrió la boca para agradecerse, pero él siguió hablando sin percatarse de que ella estaba a punto de decir algo.

—He hecho algunas indagaciones de las que he extraído un par de ideas de poca importancia —declaró, antes de encogerse de hombros y mirarla—. Seguramente no valían la pena y tal vez entren en conflicto con los planes de su amigo, pero de todos modos quiero compartirlas con usted.

«¿Los planes de mi amigo? —De pronto, Sonea lo comprendió. Regin no estaba hablándole de Lorkin, sino de Cery y la caza de la renegada. Sacudió la cabeza—. Claro, ni siquiera sabe lo de Lorkin. Qué tonta soy...»

—¿No? —Regin retrocedió un paso al ver que meneaba la cabeza—. Puedo volver en otro momento si le resulta más conveniente.

—No, adelante. Quiero oír sus ideas —dijo, haciéndole señas para que pasara y apartándose para franquearle la entrada. Él le dirigió una mirada inquisitiva, esbozó una sonrisa tenue y entró en la sala principal. Sonea le señaló las sillas, invitándolo a sentarse, y cerró la puerta con magia.

—¿Un poco de sumi?

Él asintió.

—Gracias. —La observó acercarse a un aparador en el que guardaba una bandeja con los utensilios para preparar sumi—. Creía que el sumi no le gustaba.

—No me gusta, pero empiezo a acostumbrarme a tomarlo. La raka me pone un poco nerviosa últimamente. Hábleme de sus ideas.

Mientras él comenzaba su explicación, ella llevó la bandeja hacia las sillas y comenzó a preparar la bebida caliente. Hizo un esfuerzo por prestar atención. Él se había reunido con algunos de los magos que sospechaba que tenían vínculos con traficantes de los bajos fondos y con quienes había entablado amistad unos meses antes a fin de obtener información para la Vista.

Regin torció el gesto.

—Estaban bastante satisfechos con el resultado de la Vista. Que ya no esté prohibido relacionarse con delincuentes, sino solo trabajar para ellos, les da carta blanca para ayudar a sus amigos malhechores, siempre y cuando estos no les paguen de un modo evidente. —Suspiró—. Están muy contentos con nosotros, lo que al menos tiene la ventaja de que siguen hablando conmigo abiertamente. Y quejándose de que cierta persona extranjera cobra por utilizar la magia.

—Conque extranjera, ¿eh? —Sonea le alargó una taza—. Cery dice que la renegada es extranjera.

—Así es. —Regin la miró con expresión reflexiva y la cabeza ligeramente ladeada—. La ley que

prohíbe a personas ajenas al Gremio aprender y practicar la magia no siempre resulta útil. Ha funcionado solo porque todas las Tierras Aliadas están de acuerdo al respecto. Pero ¿qué ocurre con los magos de otros países? Si uno de ellos pusiera un pie en territorio aliado y usara la magia por alguna razón, estaría infringiendo una ley automáticamente. No me parece justo.

—Ni práctico —convino Sonea—. El rey y los magos superiores llevan años discutiendo esta cuestión. Naturalmente, tenemos la esperanza de que Sachaka se incorpore algún día a las Tierras Aliadas y sus magos se conviertan en miembros del Gremio sujetos a nuestras leyes. Conseguir lo primero puede resultar difícil, puesto que tendrían que renunciar a la esclavitud. En comparación, lo segundo parece imposible.

—La alternativa sería modificar la ley.

—Dudo que el Gremio esté dispuesto a renunciar a su control sobre los magos, sobre todo los extranjeros.

—Hasta ahora solo les ha interesado controlar a los que viven en las Tierras Aliadas —repuso Regin—, pero podría permitirse a los magos de otros países visitar las Tierras Aliadas sin obligarlos a ingresar en el Gremio.

—Limitando el tiempo de su estancia, espero.

—Desde luego. Y sin dejar que ejerzan su magia por dinero.

Sonea sonrió.

—No podemos permitir que el Gremio se empobrezca.

Regin soltó una risita.

—Si las reacciones de mis amigos magos con contactos sospechosos son indicativas de algo, no se concederá a ningún extranjero un permiso de larga duración para vender sus servicios como mago.

—¿Saben dónde está dicha persona extranjera con conocimientos de magia?

Él negó con la cabeza.

—Podría incitarlos a buscar información, si cree que esto no interferirá con los planes de Cery.

Ella tomó un sorbo de sumi, meditando, y asintió.

—Se lo preguntaré. Mientras tanto, no nos hará daño que ellos estén atentos y le comuniquen cualquier cosa que llegue hasta sus oídos.

Regin torció el gesto y dejó su taza vacía sobre la mesa.

—Solo dañará mi sensibilidad. No son precisamente el tipo de compañías que me gusta frecuentar. Su concepto de la diversión es... —arrugó la nariz— ordinario.

Sonea mantuvo una expresión neutra. Regin siempre había sido un estirado. Por otro lado, había muchos magos de las Casas, y no solo de las clases inferiores, cuya afición a la embriaguez, las prostitutas y el juego era bien conocida y criticada. «Como algunos de los amigos de Lorkin, por lo visto —pensó, acordándose de los jóvenes que habían sido sorprendidos en una casa de ocio—. Tal vez sea mejor que Lorkin esté lejos de Imardin.»

Entonces la dolorosa realidad sobre las aventuras de su hijo en Sachaka le vino de nuevo a la memoria, y ella hizo un gesto de dolor. Se levantó y trasladó los utensilios para el sumi y las tazas a la mesa auxiliar.

—Espero que Cery la encuentre pronto, y que usted no tenga que seguir soportándolos —dijo. Se volvió hacia Regin y comprobó aliviada que él había captado la indirecta y se había puesto en pie—. Gracias por pasarse.

Él le dedicó una inclinación de la cabeza.

—Gracias por escucharme. Le avisaré en cuanto tenga más información. —Se dirigió hacia la puerta y, cuando ella la abrió con magia, salió al pasillo.

Sonea cerró la puerta, se apoyó en el respaldo de una silla y suspiró. «Por lo menos he estado distraída durante unos minutos. ¿Es demasiado temprano para ir al hospital? —Echó un vistazo al reloj que Rothen le había regalado el año anterior—. Sí.»

Tras suspirar de nuevo, reanudó sus idas y venidas por la habitación, preocupada por su hijo.

Un reencuentro

Después de pasar una noche en la casa del anciano ashaki, Achaty y Dannyl habían viajado hacia el noroeste durante medio día y habían hecho una parada en la finca del ashaki Tanucha, primo de Achaty. Aunque no era mucho más joven que su anfitrión anterior, Tanucha era claramente un hombre más rico y sociable. Su mujer, muchos años menor que él, pero ya en la madurez, solo había aparecido a la hora de la cena, pues el resto del tiempo se dedicaba a cuidar de sus siete hijos, cinco de ellos varones.

—¡Siete! Sé que hablo desde el punto de vista de un hombre de ciudad, pero me parece un poco irresponsable —le comentó Achaty a Dannyl en voz baja cuando se retiraron a las habitaciones de invitados después de la cena—. Solo uno de ellos puede ser el heredero. Tanucha tendrá que encontrarles una ocupación a los demás. A las hijas las casarán con el mejor partido posible, claro está. Pero los hijos... —suspiró— vivirán sin tierras y dependerán de su hermano, al igual que sus hijos respectivos, y eso si encuentran mujeres que quieran casarse con ellos. —Sacudió la cabeza—. Así es como surgen los ichanis.

—¿Se rebelan contra sus hermanos?

—Contra el país entero. Lo mejor es no enseñar magia a los más jóvenes, pero pocos padres que quieran a sus hijos les niegan este conocimiento, pues eso significaría condenarlos a una posición social muy baja.

—En Kyralia los hijos menores son los que tienen más probabilidades de llegar a ser magos —le dijo Dannyl—. Se supone que los magos no deben implicarse en política, y se considera más conveniente que el hijo destinado a convertirse en cabeza de familia sea quien tenga influencia política.

Achaty asintió, meditabundo.

—Creo que me gusta más el sistema kyraliano. Otorga poder tanto a los primogénitos como a los hijos menores.

Se pasaron el día siguiente cabalgando por la finca de Tanucha, y la tarde dentro de la casa, comiendo y conversando. Más tarde, Achaty y Dannyl se quedaron charlando hasta altas horas de la noche. Al día siguiente durmieron hasta tarde y luego exploraron la biblioteca de Tanucha, decepcionantemente pequeña y mal cuidada. Aunque agradecía el descanso, Dannyl no podía relajarse. Cuando se retiraron a los aposentos de los invitados por segunda vez, le preguntó a Achaty cuándo se pondrían en marcha de nuevo.

—Eso depende de los Traidores, ¿no? —contestó Achaty, recostándose en los cojines de la sala central.

—No vamos a esperar a que nos entreguen a Lorkin y a Tyvara, ¿verdad? —dijo Dannyl, sentándose en uno de los taburetes. No acababa de habituarse a la costumbre sachakana de tumbarse en el suelo.

—¿Por qué no? Si no paramos de movernos, quizá no sepan dónde encontrarnos. O podríamos acabar desplazándonos en la dirección errónea, alejándonos de quienes quieren entregarnos.

Dannyl frunció el entrecejo.

—No estoy seguro de por qué, pero me cuesta imaginarme a los Traidores presentándose frente a la puerta de la finca de Tanucha con Lorkin y Tyvara encadenados. No se dejarían ver de ese modo.

—Entonces, ¿cómo cree que lo harían?

Dannyl reflexionó.

—Yo en su lugar... nos conduciría hasta Lorkin y Tyvara. Dejaría pistas o instrucciones, como han hecho ya, para que al final nuestro camino se cruce con el de ellos dos.

—¿Nos han dejado pistas o instrucciones últimamente?

—No —reconoció Dannyl—, pero tampoco nos han indicado que nos quedemos donde estamos.

Achati se rió.

—Le estoy cobrando un gran afecto, embajador Dannyl. Tiene una forma de pensar única. —Se volvió hacia uno de sus esclavos, un joven apuesto que atendía a casi todas sus necesidades, mientras que al parecer la función del otro esclavo era realizar tareas pesadas y conducir el carruaje—. Tráenos más agua, Varn.

El esclavo cogió una jarra y se alejó a toda prisa.

—Por supuesto, su afirmación de que quieren que encontremos a Lorkin podría ser una trampa —señaló Dannyl.

—Si lo fuera, ¿adónde deberíamos ir, entonces?

Dannyl sacudió la cabeza y suspiró.

—No lo sé. Si los Traidores quisieran que la chica y Lorkin nos eludieran, ¿adónde los llevarían?

—A su refugio de las montañas.

—¿Y hacia dónde han estado avanzando ellos dos?

—Hacia las montañas.

—Es de suponer que van por delante de nosotros. —Dannyl alzó la vista hacia Achati—. Yo dirigiría mis pasos hacia allí.

Achati asintió y enarcó una ceja en señal de advertencia.

—No sabemos dónde está su refugio —le recordó a Dannyl—, solo que está en las montañas.

—No lo había olvidado. ¿Han utilizado rastreadores alguna vez?

—En un par de ocasiones. Cuando teníamos que seguir a una Traidora confirmada.

—¿Y por qué fracasaron?

—Porque el rastro siempre desaparece. —Achatí se encogió de hombros—. Los Traidores no son tontos. Saben cómo borrar sus huellas, lo que no les resulta difícil, dado que su territorio se compone sobre todo de roca desnuda y ellos saben levitar.

Dannyl arrugó el entrecejo y sacudió la cabeza.

—Si los Traidores quisieran que nos detuviéramos y nos quedáramos en un lugar, o que cambiáramos de dirección, ya nos lo habrían indicado.

—Todo este viaje y las pistas que hemos seguido podrían ser una treta —observó Achatí—, ideada para mantenernos ocupados y alejarnos de nuestro objetivo.

—Entonces no importa si seguimos adelante. Ya han conseguido que hagamos el ridículo. Pero si existe la posibilidad de que no sea así, y de que vayamos bien encaminados, estoy dispuesto a correr el riesgo de hacer aún más el ridículo prosiguiendo nuestro camino hacia las montañas. Vale la pena, por la posibilidad de encontrar a Lorkin.

Achatí contempló a Dannyl, pensativo, y asintió. El esclavo regresó y le entregó la jarra.

—Entonces partiremos. ¿Mañana por la mañana le parece lo bastante pronto? —Volvió a llenar su vaso, pero aguardó a que Dannyl respondiera.

El historiador lo miró y percibió cierta renuencia en su expresión. «No debería presionarlo demasiado», pensó. Movié la cabeza afirmativamente.

—Por supuesto. Pero mejor a primera hora.

Achatí suspiró, asintió y vació su vaso.

—Enviaré a un esclavo para que le comunique a Tanucha que nos marchamos y le pida algunas provisiones para el viaje. Cerca de las montañas las fincas son más escasas y no suelen ser tan prósperas. También necesitaremos apoyo mágico. Me pondré en contacto con el rey y le pediré que nos envíe a gente de la zona para que nos ayude. —Se puso de pie con un gruñido—. No me espere. Váyase a la cama. Esto podría llevar un rato.

«¿Apoyo mágico? ¿Ponerse en contacto con el rey? —Dannyl sintió una punzada de aprensión—. Considera a los Traidores peligrosos de verdad.»

—¿Ashaki Achatí? —dijo.

El hombre miró atrás, hacia él.

—¿Sí?

Dannyl sonrió.

—Gracias.

La expresión ceñuda de Achatí desapareció, y un brillo de buen humor confirió calidez a su mirada.

—Creo que los modales kyralianos acabarán por gustarme. —Se volvió y cruzó la puerta hacia su habitación.

Lorkin abrió los ojos. Unas nubes de color naranja surcaban el cielo. Arrugó el entrecejo. Había estado soñando, pero no recordaba ningún detalle del sueño. Algo lo había despertado. Tenía la sensación desagradable y desconcertante de que lo habían importunado, de que lo habían arrancado del sueño antes de tiempo.

Notó que algo se movía contra él, y el corazón empezó a latirle a toda velocidad.

Levantó la cabeza y vio que Tyvara se había dormido. Sentada contra una de las paredes de las ruinas antiguas, se había deslizado hacia un lado, contra una piedra que sobresalía, y había doblado la pierna derecha de forma instintiva para evitar caer de costado. Había acabado por apoyar la rodilla sobre el brazo de Lorkin.

Tenía la piel maravillosamente cálida, lo que contrastaba marcadamente con el frío suelo sobre el que estaba acostado y el aire cada vez más fresco de la noche que se avecinaba. Aunque en Sachaka hacía calor durante el día, los atardeceres podían ser sorprendentemente fríos.

«¿Qué hago? Si me muevo, se despertará. Pero se supone que debería estar montando guardia, y además ya casi es hora de que nos pongamos en marcha.» Por otro lado, ella necesitaba dormir. Sus turnos de vigilancia habían sido más largos que los de Lorkin, pese a que este le había insistido en que podía compartir esta responsabilidad. No se había atrevido a decirle que podía utilizar la sanación mágica para eliminar el agotamiento. Habría sido una falta de tacto, considerando la promesa que su padre había hecho a los Traidores y no había cumplido.

El aire frío también era una señal de que ella había dejado caer el escudo mágico que los protegía, así que él generó uno propio y calentó el aire del interior. Sin moverse, para no molestarla, la contempló mientras dormía. Sus ojeras y la pequeña arruga de su entrecejo le preocupaban. Pero tener la oportunidad de observarla con detenimiento sin incomodarla o avergonzarla... Podía apreciar la curvatura femenina de su mandíbula, la inclinación exótica de sus ojos, la sinuosidad de sus labios...

Estos se movieron, y Lorkin apartó la mirada rápidamente.

Notó que ella creaba a toda prisa otro escudo después de despertarse y darse cuenta de que había dejado caer el primero, por lo que Lorkin redujo el suyo de manera que solo lo rodeara a él. Mientras oía a Tyvara respirar hondo y bostezar, meditó sobre las ruinas en las que estaban escondidos. Aunque ella había estado allí antes, no sabía nada de su historia. Desde lo alto de una colina rocosa, dominaban la zona en que el camino que habían estado siguiendo se cruzaba con otro. Cuando había salido el sol, justo después de que ellos llegaran, él había alcanzado a ver detalles de las montañas, que hasta ese momento no eran más que una franja de color azul grisáceo, brumosa e irregular sobre el horizonte. Al pie de estas se extendían tierras de cultivo en su mayor parte llanas, interrumpidas aquí y allá por plantaciones de árboles y bosques de caza, y entrecruzadas por muros bajos.

—¿A qué distancia estamos? —había preguntado.

—Nos faltan tres o cuatro noches de camino para llegar a las estibaciones, y unas cuantas más para escalar las montañas.

Ahora escudriñó los alrededores de la colina en busca de señales de vida.

—¿Te importa si doy una vuelta? —preguntó mientras Tyvara se ponía de pie y se desperezaba.

Alzó la vista hacia el cielo, teñido ahora de un escarlata intenso, aunque la noche no era aún lo bastante cerrada para reanudar la marcha.

—Adelante. Pero mantente alejado del camino.

—Así lo haré.

Se habían resguardado en un espacio cuadrado delimitado por paredes. Lorkin se levantó y se dirigió hacia una de las aberturas, con la intención de estudiar con más detenimiento el exterior del edificio.

Una mujer entró por la abertura.

Él se paró en seco, con un ligero patinazo. La mujer vestía como una esclava, aunque su actitud no encajaba en absoluto con su atuendo. Le sonreía, pero no de un modo amigable. Dio un paso hacia él, entornando los ojos. Él fortaleció su escudo instintivamente.

Su instinto resultó certero. La mujer arrugó la nariz en un gesto de concentración, y el escudo de Lorkin vibró violentamente al recibir un impacto mágico. El aire entre ambos resplandecía. Él reculó.

La mujer mantenía una mirada fría y resuelta. A él no le cupo la menor duda de que pretendía matarlo. El miedo le aceleró el corazón. Sentía el impulso cada vez más fuerte de arrancar a correr. «Sería lo más sensato —pensó—. Sin duda ella es una Traidora, lo que significa que es una maga negra, o sea que es mucho más poderosa que yo.»

Pero antes de que terminara de pensar esto, Tyvara se interpuso entre él y la mujer, que clavó la vista en ella. Una sensación embriagadora de alivio lo invadió, y notó que el escudo de ella envolvía el suyo propio. Aunque los impactos habían cesado, él mantuvo el escudo reforzado dentro del de Tyvara, por si este fallaba.

—Basta, Rasha —dijo Tyvara.

—Pararé cuando pares tú —replicó la mujer.

—¿Juras que no nos atacarás, a Lorkin o a mí?

—Juro que no os atacaré. Pero él —posó los ojos de nuevo en Lorkin— debe morir.

Lorkin se estremeció, pero también advirtió que la mujer había dejado de lanzar azotes contra Tyvara.

—La reina ha ordenado que respetemos su vida.

—No tiene derecho a decirnos que no podemos vengarnos —dijo entre dientes Rasha.

—Ishira fue la primera en morir.

Los ojos de la mujer relampaguearon de rabia.

—¿Qué más da si fue la primera o la última?

—Era mi compañera. ¿Crees que no la echaba de menos, que no lloré su muerte?

—¡No sabes lo que es perder a un hijo! —gritó la mujer.

—No —contestó Tyvara, en un tono tenso—, pero creo que la reina nos ha enseñado que la mejor manera de sobrellevar la pérdida no es intentar asesinar al hijo de otra persona por los errores o crímenes de sus padres.

Rasha miró fijamente a Tyvara, con el rostro crispado en una máscara de odio.

—No todas tenemos la capacidad de perdonar algo así. Ni tampoco perdonamos que hayas matado a una de las nuestras. —Le centellearon los ojos—. Malgastas tu energía al protegerlo. Entrégamelo.

—Cuando lo hayas matado, ¿qué piensas hacer conmigo? —Lorkin advirtió que Tyvara hablaba con una serenidad notable, aunque permanecía en guardia, como si esperase que se produjera otro ataque en cualquier momento. «Intenta conseguir que la mujer no deje de hablar. Bueno, eso espero. También podría estar a punto de ofrecerle mi vida a cambio de la suya.»

—Vas a volver a Refugio conmigo. Todos los Traidores tienen que saber que la reina prefiere que muera una de las nuestras a que perezca el hijo del hombre que mató a su hija.

—En realidad, lo que la reina prefiere es que obedezcamos sus órdenes. Entonces nadie moriría —dijo una voz aguda—. Es una orden bastante razonable y beneficiosa para todos.

Rasha se hizo a un lado y giró en un solo movimiento. Otra mujer disfrazada de esclava estaba de pie en la abertura, reclinada contra la pared en una actitud deliberadamente despreocupada.

—Chari —dijo Tyvara, con alivio y afecto en la voz.

La recién llegada dedicó a todos una sonrisa alegre antes de entrar en el edificio, moviéndose como una joven kyraliana que estuviera haciendo una entrada triunfal en un baile o una fiesta.

—Traigo órdenes nuevas y relucientes de la reina —anunció—. Lord Lorkin no debe sufrir daño alguno. Tyvara debe ser llevada a Refugio para juzgarla por el asesinato de Riva. —Se volvió hacia Rasha—. Puesto que soy tu superior, esta pequeña misión me corresponde a mí. Más vale que te vayas, antes de que tu amo repare en tu ausencia y envíe a un grupo de esclavos a buscarte y azotarte.

Rasha fijó la vista en Chari por un momento y, con un siseo, salió por la abertura de la pared dando grandes zancadas. Se oyeron con claridad crujidos y chasquidos mientras la mujer se abría paso a través de las zarzas que recubrían la colina.

Chari se volvió hacia Tyvara.

—Te has metido en un buen lío.

Tyvara sonrió.

—Gracias por pasarte. ¿Cómo sabías que estábamos aquí?

La joven se encogió de hombros.

—No lo sabía. Estaba atenta por si aparecáis, claro, pero no creía que vendrías aquí. Es el escondite más obvio de toda la zona. ¿Cómo se os ha pasado por la cabeza?

Tyvara hizo un gesto de incertidumbre.

—No lo sé. —Se frotó la cara, y de pronto su cansancio se hizo patente—. Nos había ido tan bien... que pensé que la gente había supuesto que no nos dirigiríamos a Refugio.

Chari sacudió la cabeza.

—Menos mal que estaba vigilando a Rasha. Es la jefa de espías de la finca contigua a la mía, y ha sudado la gota gorda por echaros el guante. Cuando me enteré de que había reunido una cuadrilla para venir a por vosotros, me escabullí y la seguí.

—¿Una cuadrilla? —Tyvara arrugó el ceño—. ¿Dónde están los demás?

—Por suerte para vosotros, les ha pedido que esperaran mientras ella se adelantaba para cargarse a tu nuevo amigo, aquí presente. —Chari miró a Lorkin y sonrió—. Yo los he alcanzado primero y les he dicho que se fueran a casa.

«“Soy tu superior” —recordó Lorkin que ella le había dicho a Rasha—. Salta a la vista que es una Traidora bastante poderosa. Y si tienen jerarquías, su sociedad no es tan igualitaria como afirma Tyvara.»

—Pues... gracias. —Tyvara hizo una pausa—. En fin, ¿qué vas a hacer tú con nosotros?

En vez de responder, Chari bajó la vista, frunció los labios y se acercó a ellos. Se detuvo a unos pasos de distancia antes de dirigir a Tyvara una mirada escrutadora.

—¿Es cierto?

—Sí.

Chari asintió y suspiró.

—Riva era una alborotadora. Si alguien podía darte motivos para hacer lo que hiciste, era ella.

Tyvara sacudió la cabeza.

—Ojalá hubiera tenido alternativa...

—Bueno, que no intentes negarlo te honra. ¿Qué planes tienes?

—Volver a casa y resolver esto.

La mirada de Chari se posó en Lorkin y lo recorrió de arriba abajo.

—¿Y qué hay de él?

Lorkin decidió pasar por alto que Chari estaba hablando de él como si no se encontrara presente. Incluyó la cabeza con educación.

—Es un honor conocerte, Chari de los Traidores.

La mujer desplegó una gran sonrisa y se acercó hasta situarse frente a él.

—Me cae bien. Es un honor conocerte, Lorkin del Gremio.

—Se ha ofrecido a regresar conmigo para testificar en mi defensa en el juicio —dijo Tyvara en voz baja.

Chari arqueó las cejas.

—¿De verdad quieres acompañarla? —le preguntó a Lorkin.

—Sí.

Ella adoptó una expresión de aprobación y a la vez calculadora.

—Eres un hombre valiente. ¿Nos darás lo que tu padre no nos dio?

—Ya hablaremos de eso cuando lleguemos —repuso Tyvara antes de que él pudiera responder.

La joven soltó una risita.

—Estoy segura de que lo harás. Claro que eso no es lo que se supone que debe pasar —le dijo a Lorkin—. Se supone que hay que devolverte a Arvice. Desde luego, no se nos ha ordenado que te llevemos a nuestra población secreta. Tendría que obtener permiso para ello.

—¿Cuánto tardarías en conseguirlo? —preguntó él.

Chari reflexionó.

—Seis o siete días. Podemos aligerar el proceso si nos reunimos con la portavoz Savara en las cabañas de los curtidores. —Echó una mirada a Tyvara—. Savara fue la mentora de Tyvara, también mía, y es una de nuestras líderes. Si sigues empeñado en ir a Refugio, tendrás que convencerla de que te lleve.

—¿Cuál sería la mejor manera de convencerla?

Chari se encogió de hombros.

—Con tu encanto y entusiasmo habituales —le dijo Tyvara—. Pero no hagas promesas. Despertarían sospechas entre mi gente, en caso de que se las creyeran. Basta con que menciones que estás dispuesto a considerar la posibilidad de desagraciarnos por la traición de tu padre, sin especificar cómo.

Él asintió.

—Eso puedo hacerlo.

Tyvara sonrió.

—Estoy deseando ver cómo lo intentas.

—Y yo —convino Chari. Bajó la vista hacia los zapatos de Lorkin—. ¿Cómo tienes los pies?

—Bastante molidos.

—¿Os apetece un viaje en carreta? Mañana tenemos que llevar una carga de pienso para ganado a las fincas exteriores. Estoy segura de que habrá sitio para dos esclavos más.

Lorkin se volvió hacia Tyvara.

—¿Podemos fiarnos de ella?

La joven asintió.

—Chari es una vieja amiga. Nos adiestramos juntas.

Lorkin le sonrió a Chari e inclinó la cabeza.

—Entonces, acepto. De hecho, la oferta suena demasiado bien como para rechazarla.

—Pues no la rechaces. —Chari le dedicó una sonrisa radiante—. Puedo ofreceros camas en mi finca que os resultarán más cómodas que el suelo de tierra de unas viejas ruinas. Y también —se acercó a Lorkin y lo olisqueó— un baño.

Lorkin dirigió la vista hacia Tyvara. Tenía el ceño fruncido.

—¿Qué ocurre? —preguntó él.

Ella sacudió la cabeza.

—Nada. —Suspiró y miró a Chari—. ¿Seguro que Lorkin estará a salvo en tu finca?

La joven sonrió de oreja a oreja.

—El amo es un borrachuzo entrañable. Soy yo quien toma todas las decisiones allí, incluidas las de qué esclavos comprar. No hay un solo esclavo al que no le haya dado el visto bueno, y las pocas ocasiones en que la Portavoz Solapada ha intentado colar a una de sus chicas les he encontrado otros sitios donde quedarse.

Tyvara sacudió la cabeza despacio.

—Serás una mujer temible si alguna vez decides ocupar un lugar en la Mesa.

—No lo dudes —dijo Chari, sin dejar de sonreír—. Así que más vale que os llevéis bien conmigo. Os resultará más fácil si tomáis ese baño del que os hablaba. Venga, vamos a casa antes de que el amo me eche en falta.

—No querría hablar contigo si no tuviera una buena razón —dijo Gol mientras seguía a Cery a toda prisa.

—¿Se supone que tengo que sentirme más tranquilo por eso? —replicó Cery.

—Bueno..., solo digo que es una chica sensata.

—Preferiría que no fuera sensata ni tuviera una buena razón para verme. —Cery arrugó el entrecejo—. Si es sensata y tiene una buena razón, es más probable que haya sucedido algo malo.

Gol suspiró y se quedó callado. Cery avanzaba por el callejón, zigzagueando entre cajas y cubos de comida podrida. «Al menos sé que Anyi continúa con vida», pensó. Gol había intentado localizarla un par de veces, y Cery se había alegrado de que no lo consiguiera, tratando de convencerse de que era porque se había escondido bien y no porque su cadáver no hubiese sido encontrado o identificado.

Hacia el final del callejón, se detuvo y aporreó la puerta. Tras una breve pausa, la puerta se abrió hacia dentro y un hombre con el rostro cubierto de cicatrices los hizo pasar. Una mujer que le resultaba conocida salió por una puerta lateral para recibirlos.

—Donia —dijo Cery, esbozando una media sonrisa—. ¿Cómo va el negocio?

—Como siempre —respondió ella, torciendo la comisura de la boca en una sonrisa irónica—. Me alegro de volver a verte. He arreglado las habitaciones como a ti te gusta. Ella te espera ahí arriba.

—Gracias.

Subió la escalera, con Gol a la zaga. La preocupación lo tenía con los nervios a flor de piel, y no podía evitar asomarse a las puertas y por detrás de las esquinas buscando indicios de una emboscada. Aunque no creía a Donia capaz de traicionarlo voluntariamente, no descartaba la posibilidad de que alguien se hubiera acordado de que eran amigos de la juventud y le hubiese tendido una trampa en su casa de bol, o estuviera espiándolo. Siempre pedía a Donia que vaciara las habitaciones de la planta superior contiguas a aquella en la que celebraba sus reuniones, así como la que estaba situada debajo, para que nadie pudiera escuchar a escondidas.

Cuando llegó ante la puerta de la misma habitación en que se había entrevistado con Anyi la última vez, le divirtió verla sentada en una postura idéntica a la que había adoptado durante el encuentro anterior. Con semblante inexpresivo, siguió a Gol al interior. El hombretón miró en torno a sí antes de cerrar la puerta. Cery examinó a su hija con detenimiento.

Tenía unos círculos oscuros debajo de los ojos y parecía aún más delgada, pero su mirada era penetrante e inalterable.

—Anyi —dijo—. Me alegra ver que no te has metido en líos.

La comisura de los labios de su hija tembló ligeramente.

—Yo también me alegro de que sigas vivo. ¿Ha habido suerte con la captura del asesino de mis hermanos?

Lo invadió una aflicción con la que ya estaba familiarizado.

—Sí y no.

—¿Eso qué significa?

Cery reprimió un suspiro. A la madre de Anyi tampoco le gustaban las respuestas evasivas.

—He estado siguiéndole la pista a alguien, pero no estaré seguro de si es la persona que busco hasta que la atrape.

Ella frunció los labios y asintió.

—¿Por qué has permitido que abran casas de braseros en Ladonorte?

Él pestañeó, sorprendido.

—No lo he permitido.

—Entonces, ¿no sabías nada de ellas? —Enarcó las cejas y centró su atención en Gol—. ¿Él tampoco lo sabe?

—No. —Cery le echó una mirada fugaz a Gol—. Pero ahora lo sabemos.

—¿Las cerrarás?

—Por supuesto.

Ella arrugó el entrecejo.

—Pero no lo harás tú mismo, ¿verdad? En persona, me refiero.

Cery se encogió de hombros.

—Seguramente no. ¿Por qué lo preguntas?

—Abrieron una junto al lugar donde me hospedaba. Por eso ya no me alojo allí. Son gente muy, muy indeseable. Los oí hablar con el propietario anterior. Las paredes son tan delgadas que no tuve que esforzarme mucho. —Entornó los párpados—. Le dijeron al tipo que iban a quedarse con su casa y su tienda. Le advirtieron que si se iba de la lengua, le harían cosas a él y a su familia. Había una mujer que hablaba con un acento raro que yo nunca había oído antes. Dijo algo, y entonces el fabricante de botas gritó. Cuando su esposa llegó a casa, después de que ellos se fueran, lo oí contarle lo que había pasado. Dijo que le habían hecho daño con magia. —Anyi fijó los ojos en Cery—. ¿Crees que eso es posible, o lo engañaron?

Cery le devolvió la mirada. «Si se trata de la renegada..., del Cazaladrones..., ¿intenta ganarse la confianza de Skellin trabajando para sus vendedores de carroña?»

—Un acento raro —repitió.

—Eso.

—¿Pudiste verla?

—No, pero desde hace años corren rumores de que hay magos renegados en la ciudad. En cierto modo tiene sentido que sean extranjeros. Los magos de países que no pertenecen a las Tierras Aliadas no tienen que ingresar en el Gremio. —Hizo una pausa y se encogió de hombros—. Claro que el acento podría ser fingido.

Cery asintió en señal de aprobación.

—Hiciste bien en marcharte. Lo mejor que podías hacer era dar por sentado que ella sabía magia y alejarte de allí. ¿Tienes algún otro lugar donde esconderte?

Ella puso mala cara.

—No. Tenía unos cuantos, pero los he echado a perder todos, de una manera u otra. —Alzó la vista hacia él—. A ti no te va mal, por lo que veo.

—No estoy seguro de si es gracias a lo que he hecho, o por pura suerte —reconoció.

—Aun así, con el dinero y los contactos que tienes, tus posibilidades deben de ser mejores que las mías.

Cery se encogió de hombros.

—Algo ayudan.

—Así que ayudan, ¿no? Entonces, ¿qué te parece si me instalo contigo? Porque si estoy escondida no gano dinero, y ya he gastado todo el que tenía..., y he quemado a todos mis contactos.

Cuando Cery abrió la boca para protestar, ella se puso en pie de un salto.

—Ni se te ocurra decirme que estaré más segura lejos de ti. Solo Gol y tú sabéis que somos familia, y no tengo intención de dar que hablar a la gente. No voy a estar contigo a todas horas por ser tu hija. —Se irguió y puso los brazos en jarras—. Estaré ahí como tu guardaespaldas.

Gol se atragantó.

—Anyi... —empezó a objetar Cery.

—Acéptalo, necesitas uno. Gol es cada vez más viejo y lento. Necesitas a alguien joven, alguien tan fiable como él.

El atragantamiento de Gol dio paso a una tos violenta.

—La juventud y la fiabilidad no son las únicas cualidades que debe tener un guardaespaldas —señaló Cery.

Ella sonrió y cruzó los brazos.

—¿No me crees capaz de luchar? Sé luchar. Incluso he entrenado un poco. Te lo demostraré.

Cery iba a hacer uno de sus comentarios escépticos habituales, pero se mordió la lengua. «Es mi hija. Hacía años que no conversábamos durante tanto rato. No gano nada con infravalorarla. Por otro lado..., tal vez sí que haya heredado algunas de las dotes de su padre.»

—Muy bien —dijo—. Adelante, hazlo. Demuéstrame lo lento y viejo que se ha vuelto Gol.

Estuvo a punto de escapársele una carcajada al ver la cara de su guardaespaldas. Su expresión dolida y consternada dio paso a una de recelo cuando Anyi se volvió hacia él y se puso en cuclillas. Algo metálico destelló en su mano. Cery no la había visto desenfundar el puñal. Se fijó en el modo en que lo empuñaba y asintió complacido.

«Esto puede resultar interesante.»

—Pero no vayas a matarlo de verdad —le advirtió.

Gol, que se había recuperado de la sorpresa, empezó a acercarse a Anyi con los pasos cuidadosos y equilibrados que Cery conocía tan bien. Extrajo un cuchillo lentamente. Quizá el hombretón no tuviera los pies rápidos, pero era sólido como un muro y sabía utilizar el impulso y el peso del adversario contra él.

Anyi se acercaba también, pero a Cery le agradó comprobar que no se precipitaba. Sin embargo, estaba describiendo un círculo en torno a Gol, y eso no era una buena idea. Un guardaespaldas debía mantenerse entre el agresor y la persona a la que en teoría estaba protegiendo. «Tendré que enseñárselo.»

Cery tomó conciencia de lo que acababa de pensar y arrugó el entrecejo. «Pero ¿de verdad lo haré? ¿Debo tenerla cerca o, peor aún, ponerla en una situación en que es más probable que la ataquen? Lo mejor sería darle dinero y decirle que se vaya.»

De algún modo sabía que esto no la haría muy feliz. Con independencia de si la apartaba de su lado o la dejaba permanecer junto a él, ella no querría quedarse mano sobre mano. «Además, no tiene donde esconderse. ¿Cómo voy a decirle que se vaya?»

Pero Anyi era tenaz. Si él la enviaba a buscarse la vida por la ciudad —sobre todo si le daba dinero—, encontraría sitios nuevos donde ocultarse. «O decidirá que no soporta pasar más tiempo encerrada y tirará la prudencia por la borda.»

Un movimiento brusco y rápido devolvió su atención a la pelea. Advirtió que Anyi había atacado a Gol. Tampoco era una buena táctica para un guardaespaldas. Gol había esquivado su cuchillada fácilmente, la había agarrado del brazo y había aprovechado su acometida para empujarla y, con un movimiento de torsión, hacerla caer al suelo, tras él. Ella soltó un chillido de dolor mientras él le sujetaba el brazo contra la espalda, impidiendo que se incorporara.

Cery se aproximó, le arrancó el cuchillo de la mano y retrocedió.

—Deja que se levante.

Gol la soltó y reculó unos pasos. Miró a Cery a los ojos y asintió.

—Es rápida, pero tiene algunos malos hábitos. Habrá que volver a entrenarla.

Cery lo miró con expresión ceñuda. «¡Ya ha decidido que voy a quedarme con ella!»

Anyi se puso de pie y clavó los ojos entornados en Gol pero no dijo nada. Echó una mirada a Cery y luego la bajó al suelo.

—Aprenderé —aseguró.

—Tienes mucho que aprender —aseveró Cery.

—Entonces, ¿me aceptas como guardaespaldas?

Él meditó por un momento antes de responder.

—Me lo pensaré una vez que estés bien entrenada, si me pareces lo bastante buena. De cualquier modo, a partir de ahora trabajarás para mí, lo que significa que debes hacer lo que te diga. Sin rechistar. Obedecerás mis órdenes, aunque no sepas por qué.

Ella asintió.

—Me parece justo.

Cery se le acercó y le devolvió el cuchillo.

—Y Gol no es viejo. Tengo casi la misma edad que él.

Anyi arqueó las cejas.

—Si crees que eso significa que no es viejo, decididamente necesitas un guardaespaldas nuevo.

Nuevas alianzas

La sanadora Nikea entró en la sala de reconocimiento después de que se marchara la última paciente que había atendido, una mujer que luchaba en vano por dejar la craña. Sonea había empleado magia para sanarla, pero las ansias de consumirla no habían remitido un ápice.

—Tengo algo que enseñarle —anunció Nikea.

—¿Ah, sí? —Sonea alzó la vista de las notas que estaba tomando—. ¿De qué se trata?

—De algo —respondió Nikea. Sonrió y abrió mucho los ojos en un gesto significativo.

De algún modo, el corazón de Sonea se las arregló para dar un vuelco e inmediatamente después caer hasta su estómago. Si Cery simplemente le hubiera enviado un mensaje, Nikea se lo habría entregado, sin más. Su expresión elocuente daba a entender que había llegado algo más que una nota, y Sonea intuía que ese «algo» era el propio Cery.

Él sabía que a ella no le gustaba que fuera a verla allí. Por otra parte, debía de tener un buen motivo para hacerlo.

Sonea se levantó, salió de la habitación y siguió a Nikea por el pasillo. Llegaron a la zona del hospital que no estaba abierta al público. Había un par de sanadoras en el pasillo, hablando en susurros con las cabezas muy juntas. Aunque tenían la mirada puesta en la puerta de un almacén, la posaron en Sonea cuando apareció. Se pusieron derechas de inmediato e inclinaron la cabeza con cortesía.

—Maga Negra Sonea —murmuraron antes de alejarse apresuradamente.

Nikea condujo a Sonea hasta la puerta que tanto interés había despertado en ellas y la abrió. Dentro, una figura conocida estaba sentada en una escalera pequeña, entre estantes repletos de vendas y demás material de hospital. Se levantó. Con un suspiro, Sonea entró y cerró la puerta tras de sí.

—Cery —dijo—. ¿Se trata de una noticia buena o mala?

Él torció la boca en una sonrisa socarrona.

—Yo muy bien, gracias por preguntar. ¿Y tú?

Ella cruzó los brazos.

—Bien.

—Pareces un poco malhumorada.

—Es plena noche, pero por alguna razón tenemos tantos pacientes como durante el día, por más que lo intento no consigo curar la adicción, una maga renegada anda suelta por la ciudad y en vez de denunciarla al Gremio, estoy poniendo en peligro la poca libertad de la que disfruto al

colaborar con un ladrón que insiste en visitarme en un lugar público, y mi hijo sigue desaparecido en Sachaka. ¿Debería estar de buen humor?

Cery hizo una mueca.

—Supongo que no. En fin..., ¿alguna novedad sobre Lorkin?

—No. —Suspiró de nuevo—. Sé que no habrías venido si no tuvieras un buen motivo, Cery, pero no esperes que me muestre tranquila y relajada al respecto. ¿Cuál es la noticia?

Él se sentó de nuevo.

—¿Qué te parece que otro ladrón nos ayude a encontrar a la renegada?

Sonea se quedó mirándolo, sorprendida.

—¿Es alguien que yo conozco?

—Lo dudo. Es uno de los nuevos. El sucesor de Farén. Se llama Skellin.

—Debe de tener mucho que ofrecer para que te lo plantees siquiera.

Cery asintió.

—Así es. Es uno de los ladrones más poderosos de la ciudad. Muestra un interés especial por el Cazaladrones. Me pidió hace un tiempo que lo mantuviera informado si me enteraba de algo. Sabe que es posible que la renegada no sea el Cazaladrones, pero cree que vale la pena localizarla para averiguarlo.

—¿Qué gana él con eso?

Cery sonrió.

—Le gustaría conocerte. Al parecer, Farén le contó algunas historias, así que está ansioso por codearse con la leyenda.

Sonea soltó un resoplido.

—Siempre y cuando no tenga las mismas ideas que Farén respecto a lo útil que yo podría ser para sus fines.

—Seguro que las tiene, pero no esperará que tú las compartas.

—¿Tiene más posibilidades que tú de encontrar a la renegada?

Cery se puso serio.

—Ella le hizo un favor a un vendedor de carroña que se había establecido en mi territorio hasta que le paré los pies. Como Skellin controla buena parte del tráfico, confío en que pueda localizar a...

—¿El ladrón con el que vamos a colaborar es el proveedor principal de craña? —lo interrumpió Sonea.

Cery asintió, arrugando la nariz con repugnancia.

—Sí.

Ella desvió la vista.

—Oh, eso es fantástico.

—¿Aceptarás su ayuda?

Sonea lo miró. La expresión de Cery era severa y desafiante. Pero ¿qué había dicho? «... se había establecido en mi territorio hasta que le paré los pies.» Tal vez los efectos que la craña tenía en la gente le gustaban tan poco como a ella, pero no le quedaba más remedio que colaborar con personas como Skellin. «Es uno de los ladrones más poderosos de la ciudad.» Si la renegada trabajaba para un vendedor de craña, tenía sentido que Cery y ella le siguieran la pista a través de los contactos del ladrón que la importaba. Entonces se le ocurrió otra posibilidad. Quizá la renegada era adicta a la droga, y el vendedor se la suministraba a cambio de que contribuyera con su magia a sus actividades delictivas.

Sonea se frotó las sienes mientras cavilaba. «Ya me he saltado muchas normas y restricciones. Lo irónico es que esto no empeorará las cosas en lo que concierne al Gremio. Solo me hará sentirme más culpable.»

—De acuerdo, reclútalo. Mientras él tenga claro que codearse con la leyenda no implica nada más que reunirse conmigo una vez y mantener una charla agradable durante un rato razonable, y mientras tú consideres necesario involucrarlo en esto, no tengo objeciones al respecto.

Cery asintió.

—De verdad creo que lo necesitamos. Y me aseguraré de que entienda que no estás en venta.

Tras apearse del carruaje, Dannyl y Achatí miraron en torno a sí para inspeccionar los alrededores. El camino por el que habían viajado en dirección norte desembocaba en una vía que conducía de este a oeste. Un arroyo discurría a lo largo de la nueva carretera. Estaban rodeados de colinas y de una vegetación silvestre de la que sobresalían algunas rocas.

—Esperaremos aquí —dijo Achatí.

—¿Durante cuánto tiempo, más o menos? —preguntó Dannyl.

—Una hora, tal vez dos.

Achatí había quedado en reunirse en el cruce con el grupo de magos de la zona que les prestarían su apoyo. Ellos llevarían consigo a un rastreador. El ashaki le había explicado a Dannyl que si llegaban a las montañas y tenían que abandonar el camino, el riesgo de que los atacaran los Traidores aumentaría considerablemente.

El sachakano se volvió hacia los esclavos para indicarles que sacaran comida para Dannyl, él y ellos mismos. Mientras los dos jóvenes obedecían, Dannyl pensó, y no por primera vez, que Achatí trataba bien a sus esclavos. Casi parecía tenerles afecto.

Mientras comían las pastas pequeñas y planas que les habían dado en la última finca, Dannyl contempló de nuevo las colinas. Las formaciones rocosas llamaron su atención. Arrugó el entrecejo al percatarse de que algunas parecían más bien piedras amontonadas. En algunas partes, las rocas encajaban tan bien unas con otras que las peñas no parecían naturales.

—Eso de ahí arriba, ¿son ruinas? —le preguntó a Achatí.

El hombre miró hacia donde Dannyl señalaba y asintió.

—Seguramente. Hay unas cuantas en esta zona.

—¿Qué antigüedad tienen?

Achati se encogió de hombros.

—Son muy antiguas.

—¿Le importa si les echo una ojeada?

—Por supuesto que no. —Achati sonrió—. Le haré una señal si llegan los demás.

Dannyl se terminó la pasta, cruzó el camino y echó a andar cuesta arriba. La colina era más empinada de lo que parecía desde el carruaje, y para cuando Dannyl llegó al primer montón de piedras, estaba jadeando. Lo examinó y llegó a la conclusión de que formaba parte de una muralla. Avanzó durante un rato a través de la ladera y se detuvo a recobrar el aliento cuando encontraba otras secciones del muro. Una vez recuperado, decidió investigar qué circundaba aquella fortificación, y se encaminó colina arriba.

La maleza se hacía más densa y alta conforme se acercaba a la cima. Se le enganchó la manga en una zarza y se rasgó la tela. Desde aquel momento empezó a dar largos rodeos para evitar ese tipo de plantas. Era fácil secar la ropa por medio de magia, incluso quitar algunas manchas, pero zurcir rotos era algo que escapaba a sus poderes. Quizá era posible volver a unir los hilos finos de alguna manera, pero eso requeriría tiempo y concentración.

Dannyl advirtió con desánimo que, aunque divisaba restos de otros muros más adelante, asomaban por encima de una maraña de arbustos espinosos. Creó un escudo mágico para abrirse paso entre ellos. Había una sección plana en lo alto, entre los muros bajos que eran todo lo que quedaba de un edificio, pero por lo demás no había nada que ver excepto piedras desgastadas.

«No descubriré nada aquí —concluyó—. No sin organizar una excavación y levantar todo este sitio.» Tendió la vista sobre los sembrados de abajo hacia las montañas que se alzaban a lo lejos. Al oeste divisó unas nubes oscuras que parecían anunciar el fin del tiempo seco y soleado del que habían disfrutado desde su partida. No podía calcular cuánto tardaría en alcanzarlos la lluvia. Dejó atrás el edificio y se dirigió de vuelta hacia el camino.

Hacia la mitad de la pendiente la vegetación raleaba, lo que le permitió ver con claridad el carruaje y la carretera, más abajo. Achati estaba sentado en el estrecho vano de la portezuela. Ante la mirada de Dannyl, el esclavo apuesto llamado Varn se arrodilló frente al mago y le tendió las manos, con la palma hacia arriba. El sol se reflejó en un objeto que Achati tenía en la mano.

«Un cuchillo.»

Dannyl sintió que el corazón le daba un brinco y se detuvo. Achati levantó el cuchillo ricamente ornamentado que solía llevar en una funda, al costado, y dio un ligero toque con él a las muñecas del esclavo. Envainó el arma y sujetó las muñecas del joven con ambas manos. Dannyl miraba, con el pulso acelerado. Tras una breve pausa, Achati soltó al esclavo.

«Supongo que esto significa que Varn es el esclavo fuente de Achati —pensó Dannyl. Se percató de que ya no tenía el corazón desbocado de miedo—. Se trata más bien de emoción. Acabo de

presenciar un antiguo rito de magia negra.» La energía mágica había pasado del esclavo al amo. Y no había hecho falta que muriese nadie. Había sido una ceremonia notablemente serena y digna.

El joven, sin levantarse, se acercó a su amo. En vez de mantener la mirada baja como de costumbre, la alzó hacia Achatí. Dannyl lo observaba, fascinado por la expresión del hombre. «O me lo estoy imaginando por la distancia, o es una cara de adoración. —Se sonrió—. Supongo que no es difícil querer a un amo que te trata bien.»

Entonces el esclavo sonrió y se acercó aún más a Achatí. El mago posó la mano en la mejilla del joven y le sacudió la cabeza. Se inclinó hacia delante y besó a Varn en los labios. El esclavo se apartó de nuevo, sin dejar de sonreír.

Dannyl comprendió varias cosas a la vez. En primer lugar, que probablemente lo que ambos hombres harían a continuación sería mirar en torno a sí para asegurarse de que nadie los había visto. Desvió la vista para que no lo sorprendieran espiándolos y reanudó su descenso por la ladera. En segundo lugar, comprendió que el esclavo no solo quería a su amo; lo amaba. En tercer lugar, el modo en que Achatí había acariciado el rostro del joven daba a entender que para él Varn era algo más que un esclavo de placer.

«¿Es así como funcionan estas cosas aquí? —se preguntó Dannyl—. ¿Y qué pasa con los hombres de posición social similar?»

Pero no tenía tiempo de pensar en ello. Cuando se vio libre del matorral, se detuvo para mirar hacia el oeste, y divisó a cinco hombres y una carreta que se acercaban por el camino. No tardarían en llegar al cruce. Dannyl bajó la colina a toda prisa hasta la carretera y le hizo señas a Achatí cuando este lo vio. El sachakano se levantó y salió a su encuentro.

—Justo a tiempo, embajador Dannyl —comentó, contemplando las figuras lejanas con los párpados entornados—. ¿Ha encontrado algo allí arriba?

—Muchas zarzas —respondió Dannyl, avergonzado—. Me temo que sus amigos están a punto de conocer a un kyaliano andrajoso.

Achatí bajó la vista hacia la túnica desgarrada de Dannyl.

—Ah, sí. La vegetación sachakana puede ser tan espinosa como su gente. Le pediré a Varn que le arregle la ropa.

Dannyl asintió en señal de gratitud.

—Gracias. Bien, ¿hay algo en especial que deba decir o hacer cuando salude a nuestros nuevos acompañantes?

Achatí negó con la cabeza.

—En caso de duda, déjeme hablar a mí.

La carreta de granja era grande y avanzaba despacio. Iba cargada con fardos de pienso para el ganado, bien sujetos con muchas cuerdas. Cuatro bestias grandes tiraban de ella; eran los primeros gorines que Lorkin veía en Sachaka. El carretero era un esclavo de baja estatura y callado que ocupaba el único asiento del vehículo.

Los tres pasajeros iban en un hueco en el interior de la carga. Las aberturas entre los fardos que formaban el techo dejaban entrar un poco de aire en aquel espacio reducido, pero los de las paredes estaban muy apretados entre sí. Había tres paquetes pequeños en un extremo, que Lorkin supuso que contenían provisiones para el viaje a las montañas. Se encontraba entre Chari y Tyvara, que estaban sentadas en un banco compuesto por fardos colocados a lo largo del hueco, por lo que tenía que dar la espalda a Chari para mirar a Tyvara y viceversa.

Chari le dio un codazo suave en el brazo.

—¿A que esto es más cómodo que ir a pie?

—Mucho más. ¿Fue idea tuya?

Ella agitó la mano como para restar importancia al asunto.

—No, llevamos siglos haciendo esto. De alguna manera hay que mover esclavos de un lado a otro.

Él frunció el ceño.

—Entonces, si algún Traidor ve una carreta como esta, ¿no sospechará que alguien va escondido dentro?

Chari se encogió de hombros.

—Sí, pero, a menos que tengan una buena razón para ello, no nos abordarán, y menos aún de día. Los esclavos no inspeccionan las carretas de otras fincas. No son asunto suyo. Si un ashaki los viera haciendo eso, le parecería raro e investigaría por qué. —Arrugó el entrecejo—. Mantenerte oculto tiene la ventaja añadida de evitar enfrentamientos como el que tuvisteis con Rasha. Estoy autorizada para parar los pies a Traidores como ella (tranquilo, no todos queremos verte muerto), pero eso nos retrasaría. Si otros Traidores sospecharan que vas aquí dentro, darían por sentado, con razón, que otros Traidores lo saben. No es algo que uno pueda organizar solo.

—Y no olvidemos a las otras personas que buscan a Lorkin —añadió Tyvara—. El embajador Dannyl y el representante del rey, el ashaki Achatí.

—¿Esos dos? —Chari hizo un gesto despreocupado—. Nos hemos encargado de sembrar pistas falsas para la próxima vez que vayan a husmear a una finca. —Sonrió—. Podrían adelantarnos a caballo sin sospechar siquiera que estamos aquí. —Alzó la vista hacia los fardos que tenían encima—. Aunque la verdad es que cuando hace calor, esto resulta un poco sofocante. Menos mal que os disteis un baño anoche, ¿no?

Lorkin asintió y dirigió la mirada hacia sí mismo. El tinte se le había borrado por completo de la piel. Dio unas palmaditas al manto de esclavo que llevaba.

—Gracias también por la ropa nueva.

Ella lo miró e hizo una mueca.

—Pronto podrás quitarte eso y vestirte como es debido.

—Nunca creí que diría esto, pero echo de menos mis túnicas del Gremio —se lamentó.

—¿Por qué no te gustaban antes?

—Porque todos los magos las llevan. Al final uno acaba por aburrirse. Solo cambias de uniforme cuando te gradúas y pasas de ser aprendiz a convertirte en mago, a menos que llegues a ser uno de los magos superiores, que en su mayoría van vestidos iguales salvo por un fajín de un color distinto.

—Un aprendiz es un estudiante, ¿verdad? ¿Durante cuánto tiempo son aprendices?

—Todos los que ingresan en el Gremio son aprendices al principio. Pasan unos cinco años en la universidad antes de graduarse.

—¿Y qué tipo de magia aprendéis en la universidad?

—Al principio, materias variadas —dijo Lorkin—. Magia, por supuesto, pero también estudios no relacionados con la magia, como la historia y la estrategia. Casi todos descubrimos que tenemos aptitudes para algo en concreto y al final decidimos en cuál de las tres disciplinas nos especializaremos: sanación, estudios de guerra o alquimia.

—¿Cuál escogiste tú?

—La alquimia. A los alquimistas se nos distingue porque vestimos de morado. Los sanadores van de verde, y los guerreros de rojo.

Chari frunció el ceño.

—¿Qué hacen los alquimistas?

—Todo lo que no hacen sanadores y guerreros —explicó Lorkin—. Con frecuencia requiere el uso de la magia, pero no siempre. El embajador Danyyl, el mago con el que vine aquí y al que se supone que tendría que estar ayudando, se dedica a la historia, que no tiene nada que ver con la magia.

—¿Se pueden cursar dos disciplinas? ¿Ser alquimista y guerrero a la vez, o alquimista y sanador, o...?

—Todo eso ya lo sabemos, Chari —la interrumpió Tyvara. Cuando Lorkin le clavó la vista, la joven lo miró como disculpándose—. Durante nuestra formación, nos hablan del Gremio y de la cultura de muchos otros países —le aclaró.

—Sí, pero en ese entonces no presté mucha atención —repuso Chari—. Resulta mucho más interesante cuando te lo cuenta un mago kyraliano de verdad.

Lorkin se volvió hacia ella y vio que lo miraba con expectación.

—¿Qué me decías? —lo animó a continuar.

Él sacudió la cabeza.

—No, no podemos elegir más que una disciplina, pero a todos nos imparten nociones básicas de las tres.

—Entonces, ¿sabes sanar?

—Sí, pero sin la habilidad ni los conocimientos de alguien que ha recibido una formación completa como sanador.

Chari abrió la boca para hacer otra pregunta, pero Tyvara intervino antes de que pudiera hablar.

—Tú también puedes hacernos preguntas a nosotras —le dijo a Lorkin—. Tal vez Chari no sea capaz de responder a todas, pero si la dejas llevar las riendas de la conversación, te interrogará hasta que lleguemos a las montañas.

Lorkin fijó la vista en Tyvara, sorprendido. Durante todo el trayecto desde Arvice ella se había mostrado reacia a responder a sus preguntas. Al sentirse observada, ella apretó los labios hasta reducirlos a una línea fina y desvió la mirada hacia Chari. Él también la miró. Chari contemplaba a Tyvara con expresión burlona.

—Muy bien, pues —dijo, volviéndose hacia Lorkin—. ¿Qué te gustaría saber?

Aunque había cientos de cosas que quería saber sobre los Traidores y su refugio secreto, y Chari parecía estar mucho más abierta a las preguntas, intuía que la reserva habitual de Tyvara pronto la impulsaría a poner fin a la conversación entre Chari y él. ¿Había alguna pregunta no comprometedoras que pudiera hacer sobre los Traidores, teniendo en cuenta que mucha información sobre ellos era secreta?

«Está claro que no debo preguntarles cómo bloquean la lectura de la mente, aunque sigo sospechando que requiere un proceso similar al de la fabricación de una gema de sangre.» De pronto recordó las referencias a una piedra de almacenaje que había encontrado en los documentos que Dannyl le había pedido que leyera.

¿Era arriesgado mencionar la piedra de almacenaje? En realidad, él no sabía dónde encontrarla ni cómo crear una, así que no estaría poniéndoles un arma en las manos a las Traidoras solo por hablar de ello.

—¿Recuerdas que te he dicho que el embajador Dannyl es historiador? —preguntó.

Chari asintió.

—Está escribiendo una historia de la magia. Los dos hemos investigado un poco aquí en Sachaka. Dannyl está interesado sobre todo en rellenar las lagunas de nuestra historia: cómo se originó el páramo, o cuándo y cómo se destruyó y se reconstruyó Imardin. A mí me interesan más las antiguas técnicas mágicas. —Hizo una pausa para estudiar la reacción de las dos mujeres. Chari lo observaba atentamente, mientras que Tyvara lo miraba con una ceja arqueada, lo que él interpretó como una señal de interés y de ligera sorpresa—. Cuando estaba tomando notas para Dannyl, encontré una mención a un objeto llamado piedra de almacenaje —prosiguió—, que se guardaba en Arvice después de la guerra Sachakana. Claramente se trataba de algo que poseía un poder enorme. Se perdió pocos años después de la guerra; por lo visto la robó un mago kyaliano. ¿Sabéis algo al respecto?

Chari miró a Tyvara, que se encogió de hombros y sacudió la cabeza.

—No sé nada de esa piedra en particular, pero sí algo sobre las piedras de almacenaje —le dijo Chari—. Como su nombre indica, son piedras que almacenan energía, lo que podría resultar muy útil. Pero hay muy pocas. Tan pocas, que en otro tiempo les pusieron un nombre distinto a cada una y escribieron su historia como si fueran personas. Todas aquellas de las que hemos oído hablar fueron destruidas hace mucho tiempo. La última seguramente dejó de existir hace mil años, por lo menos. Si la piedra que mencionas se conservaba todavía después de la guerra Sachakana, es la más reciente de que se tiene noticia. ¿O sea que tú no sabías nada sobre ella

hasta hace poco?

Él negó con la cabeza.

Chari se quedó pensativa.

—Entonces el ladrón la escondió demasiado bien, o la piedra se rompió. ¿Dices que Imardin fue destruida y reconstruida?

—Sí.

—Se supone que romper una piedra de almacenaje es peligroso. La energía que contiene se libera de forma incontrolada. Tal vez por eso Imardin quedó arrasada.

Lorkin arrugó el entrecejo.

—Supongo que es posible, sí. —Reflexionó sobre la idea. «Siempre he dudado que el Aprendiz Loco pudiera ser lo bastante poderoso para causar semejante devastación, pero ¿y si tenía la piedra de almacenaje en su poder?»

—Podríamos consultar a los archiveros de Refugio —propuso Chari—. Sobre las piedras de almacenaje más antiguas, me refiero. Dudo que sepan nada de la historia de Imardin.

—La reina Zarala quizá sepa algo —dijo Tyvara.

Chari enarcó las cejas.

—Supongo que si lo deja entrar en la ciudad, querrá conocerlo.

—Desde luego que querrá. —Tyvara lo miró con una extraña mezcla de petulancia y socarronería—. Sin lugar a dudas.

Chari rió entre dientes y se volvió hacia Lorkin.

—¿Estás seguro de que quieres ir a Refugio?

—Por supuesto.

—Tyvara te habrá dicho que las que mandan son mujeres, ¿no? A los hombres no les está permitido ir dando órdenes a los demás. Ni siquiera a los magos como tú.

Él se encogió de hombros.

—No tengo ningunas ganas de dar órdenes a nadie.

Ella sonrió.

—Eres un hombre de lo más razonable. Siempre creí que los kyralianos eran arrogantes y deshonestos. Supongo que no todos sois iguales. Tyvara no te llevaría allí si fueras así. Y es todo un detalle de tu parte viajar tan lejos y jugarte la vida por Tyvara.

—Bueno, ella me salvó la vida, después de todo.

—Cierto. —Chari extendió la mano y le dio unas palmaditas en el brazo—. Honorable y guapo. Seguro que todo te irá bien. Mi pueblo cambiará el concepto que tienen de los kyralianos en cuanto te conozcan.

—Sí, pronto estaremos dándonos regalos e intercambiando recetas —murmuró Tyvara con sequedad.

Lorkin se volvió hacia ella. Tyvara le sostuvo la mirada por un instante antes de apartarla con expresión hosca. «Está disgustada por algo —pensó él. El corazón le dio un vuelco—. ¿Sospecha que Chari quiere traicionarnos?»

—Bueno, cuéntame más cosas del Gremio —dijo Chari, detrás de él.

Tyvara puso los ojos en blanco y suspiró. La aprensión dio paso al alivio y Lorkin sonrió, divertido. Ella simplemente estaba irritada por el parloteo de Chari. «Bueno, espero que sea solo eso. Ojalá pudiera hablar con ella.» No habían pasado un momento a solas desde que Chari los había encontrado.

Sintió una punzada de frustración. «Hay muchas personas con las que quisiera hablar. Con mi madre y Dannyl, para empezar.» Pensó en la gema de sangre que aún ocultaba en el lomo de su libreta, guardada entre los pliegues de su túnica. Le habría resultado casi imposible utilizarla sin que Tyvara la viera. Y ahora que Chari estaba con ellos, sus posibilidades de usarla se habían reducido aún más. Tal vez habría debido decirle a Tyvara que la tenía. «Pero es mi único vínculo con el Gremio. Más vale no correr el riesgo de perderlo a menos que sea inevitable. Y si voy a negociar algún tipo de acuerdo o alianza entre el Gremio y los Traidores, necesitareé comunicarlos entre sí de alguna manera.»

Mientras tanto, lo mejor que podía hacer era intentar establecer buenas relaciones entre su país y los Traidores. Se volvió hacia Chari con una sonrisa.

—¿Más cosas del Gremio? ¿Qué quieres saber?

Los aliados necesarios

La Casa Soleada hacía honor a su nombre. La cálida luz del sol bañaba el jardín y las ruinas, haciendo que las flores de colores vivos resaltaran en un mar de vegetación verde. Skellin esperaba a Cery en el mismo cobertizo en el que se habían reunido la última vez, con su guardaespaldas apostado a pocos pasos.

Gol se detuvo a la misma distancia del cobertizo a la que se encontraba el otro escolta. Cery siguió adelante, resistiendo el impulso de volver la vista atrás, pero no por su amigo y guardaespaldas. Como siempre, había dispuesto que algunos de sus hombres lo siguieran y vigilaran, listos para socorrerlo si los necesitaba, o para prevenirlo de cualquier peligro. Él los llamaba su «guardia en la sombra». La única diferencia residía en que esta vez había un rostro nuevo entre los demás.

Anyi. Estaba aprendiendo rápidamente. Era ágil y veloz, y en ocasiones un poco temeraria. Los riesgos que corría eran en general fruto de la ignorancia más que de la insensatez, y ella estaba asimilando la instrucción que le impartían Gol y su padre con un entusiasmo y una inteligencia alentadores. Ordenarle que lo siguiera y observara era la forma más segura de darle la sensación de que estaba realizando el trabajo que quería sin exponerse a revelar su identidad o ponerla en un peligro real.

Sin embargo, las calles que habían recorrido nunca eran del todo seguras, y a Cery le preocupaba que algún matón imbécil intentara propasarse con ella y ocasionara una pelea.

Cuando llegó al cobertizo, Skellin se levantó para saludarlo.

—¿Qué tenías que contarme, amigo? —preguntó el otro ladrón.

—Una noticia que oí el otro día.

La historia del vendedor de carroña y su ayudante extranjera hicieron que una expresión ceñuda asomara al exótico rostro del hombre. Cery mintió sobre la fuente de información, asegurando que era una lavandera quien había oído la conversación por casualidad. Más valía no mencionar el nombre de Anyi.

—Hummm —fue la única respuesta de Skellin. Parecía contrariado. Tal vez incluso enfadado.

—También le he dicho a mi amiga que quieres conocerla —añadió Cery—. Ha accedido.

A Skellin se le iluminó el rostro y enderezó la espalda.

—¿De verdad? —Se frotó las manos y sonrió—. Bien, estoy deseando que llegue ese momento. En cuanto a tu noticia, más bien mala, ya investigaré al respecto. —Suspiró—. La cosa no tiene buena pinta, ¿verdad? Ella primero se deja ver en mi territorio y ahora trabaja para mis vendedores de carroña.

—A menos que sean los vendedores de otro.

Los labios del otro ladrón se curvaron en una sonrisa torcida.

—Lo que sería una noticia aún peor. Te comunicaré lo que averigüe. —Su voz había adquirido un tono más áspero, casi amenazador. «Eso se parece más a lo que cabe esperar de un hombre de su oficio y su poder», pensó Cery.

Asintió. Se despidieron cortésmente y echaron a andar en direcciones opuestas. «Después de todo el esfuerzo que me cuesta llegar aquí, estas reuniones siempre me parecen muy cortas. Pero sentarme a charlar con Skellin tampoco es una perspectiva que me atraiga mucho. No estoy seguro de por qué. Seguramente porque siempre temo que intente convencerme de que venda carroña para él.»

Gol se reunió con él y emprendieron el regreso a la ciudad. Habían dejado la Casa Soleada varias calles más atrás cuando una figura salió de una puerta y se dirigió hacia ellos. Cery se puso tenso, se relajó en cuanto reconoció a Anyi y se tensó de nuevo al percatarse de que ella estaba desobedeciendo sus órdenes. No debía acercarse a él hasta que estuvieran de vuelta en la guarida.

«Tal vez tenga que advertirme de algo.»

Anyi inclinó la cabeza ante él educadamente, muy seria, y comenzó a caminar a su lado.

—En fin —dijo en voz baja—. ¿Tienes un buen motivo para colaborar con el Rey de la Carroña?

Cery la miró, divertido.

—¿Quién lo llama así?

—Media ciudad —respondió ella.

—¿Qué mitad?

—La de abajo.

—Yo soy de la mitad baja. ¿Por qué no lo había oído nunca?

Ella se encogió de hombros.

—Eres viejo y no estás al día. Bueno, ¿tienes un buen motivo o no?

—Sí.

Avanzaron varios pasos en silencio.

—Porque odio a ese tipo —agregó ella de pronto.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—No había carroña aquí hasta que apareció él.

Cery hizo una mueca sarcástica.

—Si no la hubiera introducido él, lo habría hecho otro.

Ella arrugó el entrecejo.

—¿Por qué no la vendes tú?

—Tengo principios. Son bastante ruines, pero no es de extrañar. Soy un ladrón.

—Hay una gran diferencia entre lo que hace él y lo que haces tú.

—No tienes idea de lo que hago.

—Eso es verdad —dijo ella con cara de pocos amigos—. Y tampoco tengo prisa por averiguarlo, pero... ¿por qué no traficas con carroña?

Él se encogió de hombros.

—La carroña vuelve poco fiables a las personas. Si pierden interés en ganarse la vida, no piden préstamos. Si no pueden trabajar, no pueden pagar sus deudas. Si están sin blanca, no pueden comprar cosas. Si se mueren, no resultan útiles a nadie. La carroña no es buena para los negocios, salvo cuando el negocio es la propia carroña. Y si no fuera peor que el bol, yo estaría haciendo cola por venderla.

Anyi asintió y exhaló un largo suspiro.

—Ya lo creo que vuelve poco fiables a las personas. Había... Yo tenía un amigo. Trabajaba conmigo, íbamos a... hacer cosas juntos. Me ayudó cuando me dijiste que tenía que esconderme.

»Pero empezamos a gastar el dinero mucho más rápidamente de lo que debíamos. Yo sabía que mi amigo consumía carroña, apenas lo suficiente para relajarse y dormir. Cuando se le acabó, mi amigo desapareció para ir a buscar más. Yo había ido a la casa de al lado a charlar con la esposa del vecino, así que cuando mi amigo regresó, con dos matones, no me encontré. Los oí hablar. Mi supuesto "amigo" iba a venderme.

Cery soltó una maldición.

—¿Él sabía por qué te ocultabas?

—Sí.

—Así que los matones lo saben, también.

—Supongo.

Cery echó una mirada a Gol.

—Seguramente querían vender a Anyi a alguien mejor situado para utilizarla contra ti —dijo el hombretón—. Su novio simplemente debía de querer conseguir dinero de un modo rápido.

—Así que hay dos matones por ahí que saben demasiado —concluyó Cery. Se volvió hacia Anyi—. ¿Te gustaría que quitáramos de en medio a tu ex amigo?

Ella lo miró con dureza.

—No.

Cery sonrió.

—¿Te importaría que mandara eliminar a los matones?

Los ojos de Anyi se abrieron mucho y luego recuperaron su tamaño normal.

—No.

—Mejor, porque los mandaré eliminar de todos modos, pero prefiero estar seguro de no equivocarnos de objetivo, y eso será más fácil si tú los pinchas para que sepamos quiénes son.

Ella asintió y lo miró de reojo.

—¿Sabes? Ya nadie usa esa vieja jerga de las barriadas. La palabra «pinchar» está ya muy pasada de moda.

—Soy un hombre chapado a la antigua. —Doblaron por una calle más ancha, transitada y ruidosa. Él bajó la voz—. Para tu información, la reunión de hoy era para hablar de cómo encontrar a la persona de la que estabas ocultándote.

Anyi dejó de escrutar la calle por un momento para posar la vista en él.

—Supongo que esa es una buena razón para hablar con el Rey de la Carroña. ¿Puedo ver cómo matas al asesino?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque no voy a matarla. Dudo que pudiera aunque quisiera.

—¿Es una mujer? ¿Por qué no puedes matarla? —Le dirigió otra mirada fugaz, esta vez llena de confusión. Él rió entre dientes.

—No te preocupes. Te lo explicaré cuando llegue el momento.

«Apuesto a que Regin desearía estar aquí», pensó Sonea mientras la joven sanadora era conducida al frente del Salón Gremial. Como no era una de las mujeres que trabajaban en los hospitales, Sonea no la conocía bien. Lady Vinara le había explicado que procedía de una de las Casas menos poderosas de la ciudad; era la hija menor de la familia, que la había enviado al Gremio para que les proporcionara prestigio y los sanara sin cobrarles.

Alguien había denunciado a la sanadora tras oírla contar que había usado la magia para ayudar a un contrabandista, y ahora debía comparecer ante los magos superiores en una Vista. Se rumoreaba que el contrabandista era su primo. Era la primera vez que se acusaba a alguien de infringir la nueva norma que prohibía que los magos trabajaran para delincuentes.

«Será interesante ver cómo abordan este asunto los magos superiores. Regin se morirá de ganas de conocer la resolución. Supongo que me visitará esta noche para que le informe de los detalles.»

Cayó en la cuenta de que esta perspectiva no le parecía tan desagradable. Aunque nunca estaba del todo tranquila en compañía de Regin, él parecía preocupado de verdad por la nueva norma y el modo en que podía afectar al bienestar de los magos. Además, tenía mucho interés en encontrar a la renegada, por supuesto. Pero no hablaba incesantemente sobre el tema, como habrían hecho otros magos, y nunca se quedaba más tiempo del necesario.

«Porque es un hombre que prefiere actuar a quejarse.»

Se quedó inmóvil por la sorpresa. ¿Acababa de encontrar un rasgo positivo en la personalidad

de Regin? No podía ser.

Respecto a la renegada, no había noticias. Sonea trabajaba durante casi todas las noches en el mismo hospital de Ladonorte, pues sabía que a un mensajero de Cery le resultaría más fácil encontrarla allí. Sin embargo, no había recibido mensajes desde que él la había visitado en persona para comunicarle que contarían con la ayuda de otro ladrón.

Más abajo, el administrador Osen se volvió hacia los magos superiores.

—Se acusa a lady Talie de quebrantar la nueva norma que prohíbe a los magos involucrarse en actividades delictivas o beneficiarse de ellas —les dijo—. Debemos determinar si esto es verdad y, en caso afirmativo, qué castigo aplicarle. —Posó la vista en un par de magos que estaban de pie, a un lado—. Llamo a lord Jawen a declarar como testigo.

Uno de los dos, un sanador de mediana edad, se dirigió hacia el frente de la sala. Tenía el ceño fruncido, y el modo en que rehuía la mirada de lady Talie evidenciaba que le incomodaba declarar en su contra.

—Por favor, cuéntenos lo que oyó —le pidió Osen.

El hombre asintió.

—Hace unas noches, fui a buscar remedios a un almacén cuando oí unas voces al fondo de la habitación. Una de ellas era la de lady Talie. La oí decir, con bastante claridad, que lo que había dentro de algunas cajas no era legal. Pues bien, eso captó mi atención, así que agucé el oído. Ella dijo entonces que no quería saber qué contenían, que las había cambiado de sitio, había sanado a un hombre y se había ido a casa. —La arruga de su entrecejo se hizo más profunda—. Y también que alguien era idiota por creer que un hombre podía mover algo tan grande y pesado por sí solo.

—¿Qué hizo usted entonces? —inquirió Osen.

Jawen torció el gesto.

—Salí del almacén y seguí trabajando. Necesitaba tiempo para pensar qué debía hacer. Unas horas después, decidí que tenía que contarle a lady Vinara lo que había oído.

—¿Eso es todo lo que oyó usted de la conversación?

—Sí.

—Entonces puede retirarse, por el momento. —Mientras el hombre regresaba al lugar que ocupaba antes, Osen se volvió hacia la joven sanadora—. Lady Talie, pase al frente, si es tan amable.

Ella obedeció. Tenía los labios apretados en una línea fina y una expresión ceñuda.

—Explíquenos el diálogo que lord Jawen oyó accidentalmente.

Talie respiró hondo y exhaló antes de responder.

—Ya lo ha explicado él a grandes rasgos —dijo—. Es cierto que moví una caja que seguramente estaba llena de mercancía ilegal, aunque no lo sé con certeza. En el momento en que lord Jawen me oyó, yo estaba preocupada por si había infringido una norma o una ley, y estaba pidiéndole su opinión a una amiga.

—¿Cómo acabó en una situación en la que dudaba de la legalidad de sus actos?

Ella bajó la vista al suelo.

—Me engañaron. Bueno, no exactamente..., pero me pareció que no podía negarme. —Hizo una pausa para sacudir la cabeza—. Lo que quiero decir es que una persona a quien preferiría no conocer me llevó al lugar donde estaban las cajas porque según él alguien estaba herido y necesitaba mi ayuda. En realidad, no mentía. Una de las cajas le había caído encima a un hombre y le había aplastado el fémur. Tuve que quitarle la caja de encima para sanarlo. Cuando terminé, me llevaron a casa.

Sonea sintió una punzada de compasión. Era evidente que la joven no podría haber abandonado al hombre a su suerte. Para empezar, no habría debido irse con el contrabandista, claro está, pero no le habían pedido que cometiera delito alguno. «Por otro lado, aunque la sanación no es una actividad delictiva, podría considerarse que cambiar de sitio una caja con mercancía ilegal lo es.»

—¿De modo que lo único que hizo usted fue mover una caja y sanar a un hombre? —preguntó Osen.

—Sí.

—¿Y no está segura de que los objetos que contenía fueran ilegales?

Ella hizo una mueca y sacudió la cabeza.

—No.

—¿Recibió algún pago por su ayuda?

—Él intentó darme algo, pero me negué a aceptarlo.

—¿Es todo lo que puede decirnos al respecto?

Ella se quedó pensativa y lanzó una mirada dubitativa a lady Vinara.

—Habría sanado a aquel hombre de todos modos. Y le habría quitado la caja de encima. No podía dejarlo así.

Osen asintió y se volvió hacia los magos superiores.

—¿Tienen alguna pregunta para lady Talie o lord Jawen?

—Yo tengo una para lady Talie. ¿Le había pedido favores o servicios antes el hombre en cuestión? —inquirió lord Garrel.

—No.

—¿Cuál es su relación con él, entonces?

Talie miró a Osen y se mordió el labio.

—Hizo algunos favores y trabajos para mi familia, aunque eso fue hace años, antes de que nadie supiera que estaba involucrado en asuntos ilegales.

—¿Podría usted guiar a alguien al lugar donde se almacenaba aquella mercancía?

—No. Él se aseguró de que las ventanillas del carruaje estuvieran tapadas. Cuando llegamos, habían introducido el vehículo en un cobertizo grande. Y aunque supiera dónde estaba, dudo que la mercancía continúe allí.

Sonea sonrió al oír esto. La joven sanadora seguramente estaba en lo cierto, pero al decirlo daba a entender que estaba más versada en el contrabando de lo que debía estarlo una maga de las Casas.

Como nadie formuló más preguntas, Osen pidió a lord Jawen y lady Talie que salieran de la sala. Cuando se marcharon, lord Telano suspiró.

—Esto es ridículo —dijo—. Ella solo hizo lo que cualquier sanador debía hacer en su lugar. No merece ser castigada por ello.

—No cobró por sus servicios —agregó Garrel—. No se benefició de ello. No veo que haya obrado mal.

—La norma prohíbe la participación en actividades delictivas, no solo beneficiarse de ellas —señaló Vinara—, pero estoy de acuerdo. Mover una caja difícilmente puede calificarse de participación en un delito.

—Aun así, debemos hacer lo posible por impedir que los magos se relacionen con esa clase de gente —dijo lord Peakin.

—Lo que, tal como quedó establecido hace poco, es demasiado difícil de controlar y aparentemente resulta injusto para algunos miembros del Gremio —le recordó Garrel.

—¿Es incuestionable que ella ha infringido una norma? —preguntó Osen. Ninguno de los magos contestó. Varios sacudieron la cabeza—. ¿Alguien cree que debe ser castigada? —Obtuvo la misma respuesta. Osen asintió—. Entonces, a menos que alguien se oponga, dictaminaré que no ha quebrantado norma alguna. También manifestaré que lord Jawen obró correctamente al informar de lo que había oído, y que tener presente la norma nueva es algo positivo que hay que fomentar. No queremos que nadie interprete la decisión de hoy como una señal de que hacer favores a personajes poco recomendables es algo que pasaremos por alto.

—¿Cree que lady Talie accedería a identificar al hombre en cuestión y a confirmar sus actividades ante la Guardia? —preguntó Rothen, mirando de nuevo a lady Vinara.

—Me imagino que se mostraría reacia —respondió Vinara—. Si él es lo bastante influyente como para haberla obligado a acudir a su almacén, es posible que pueda impedir que declare contra él. Se lo preguntaré, pero solo si la Guardia necesita su colaboración.

—Si ella accede y se dicta una condena contra él, esto disuadirá a los delincuentes de aprovecharse de los magos —dijo Osen. Pidió que hicieran entrar de nuevo a la joven sanadora y le comunicó su resolución. Ella pareció aliviada.

«Y tal vez un poco molesta por haber tenido que pasar por esto», observó Sonea. Osen dio por finalizada la Vista, y los magos superiores se dispusieron a marcharse. Cuando ella bajó al suelo del salón, vio que Rothen la esperaba.

—¿Qué opinas? —murmuró él.

—Que la nueva norma será ineficaz para evitar que los magos tengan tratos con los delincuentes —contestó ella.

—Pero antes una persona de la categoría de lady Talie nunca habría sido denunciada, aunque hubiera hecho algo claramente ilícito.

—No, pero nada impedirá que ese tipo de parcialidad vuelva cuando los magos descubran las deficiencias de la nueva norma. No estaré convencida de que supone una mejora a menos que el acoso a los magos de clase baja se reduzca.

—¿Crees que ella habría ayudado al herido si no hubiera tenido una motivación para complacer al hombre que se lo pidió?

Sonea reflexionó sobre la pregunta.

—Sí, aunque no sin cierto desprecio.

Él soltó una risita.

—Bueno, es una mejora respecto a la situación anterior, a pesar de todo. Gracias a tus hospitales, ya no se considera aceptable negar la sanación a un paciente que no puede pagarla.

Ella lo miró, sorprendida.

—¿Tanto han cambiado las cosas? No creo que Vinara haya dejado de cobrar a los pacientes que acuden al alojamiento de los sanadores.

—No. —Sonrió—. Se trata más bien de un cambio de actitud. No es propio de un sanador hacer caso omiso de alguien que necesita ayuda urgentemente. Me refiero a un herido o un moribundo, no a alguien que tenga resaca o tos invernal. Es como si el ideal al que debe aspirar un sanador hoy en día fuera alguien con la inteligencia de Vinara y tu compasión.

Ella clavó los ojos en él con incredulidad y consternación.

Él se rió.

—Me encantaría llegar al final de mis días sabiendo que he cambiado las cosas para bien, pero pese a todos mis esfuerzos, dudo que lo consiga. Sin embargo, al ver lo incómoda que te hace sentir tu éxito, me pregunto si debería alegrarme de mi fracaso.

—Claro que has cambiado las cosas para bien, Rothen —protestó ella—. Yo jamás habría llegado a ser maga de no ser por ti. ¿Y a qué viene hablar del fin de tus días? Faltan años, décadas, para que tengas que empezar a pensar en una lápida que eclipse todas las demás.

Él hizo una mueca.

—Me conformo con una sencilla.

—Menos mal, porque para entonces en las Tierras Aliadas no quedará más oro que el de las lápidas de los magos. Bueno, basta de hablar de la muerte. Seguro que Regin está caminando de un lado a otro delante de mi puerta, ansioso por saber qué hemos decidido, y me gustaría despachar esa pequeña entrevista cuanto antes para dormir un poco antes del turno de noche.

Ahora nueve jinetes escoltaban el carruaje de Achatí todos los días; cuatro magos sachakanos, sus esclavos fuente y un hombre de piel grisácea, miembro de la tribu dúnea del norte, al que habían empleado como rastreador.

Dannyl era plenamente consciente de que aquellos hombres poderosos habían abandonado sus confortables hogares para participar en una búsqueda basada únicamente en la suposición de que Lorkin y Tyvara viajaban hacia las montañas y los Traidores continuarían esforzándose por que fueran capturados. Si él resultaba estar equivocado... la situación sería como mínimo embarazosa.

Si los cuatro magos ponían en tela de juicio el razonamiento de Dannyl, lo disimulaban bien. Habían expuesto sus planes a Achatí de tal manera que quedaba patente que contaban con Dannyl, pero que él no estaba al cargo de la operación. Decidió que lo mejor era asumirlo, pedirles consejo respecto a todo y plegarse a sus planes, pero dejando muy claro que estaba resuelto a encontrar a su ayudante y que no se dejaría convencer fácilmente de lo contrario.

Uno de ellos le había preguntado a Unh, el dúneo, si creyó que Lorkin y Tyvara se dirigían hacia el refugio de los Traidores. El hombre había asentido y había señalado a las montañas.

El dúneo apenas hablaba, y cuando lo hacía utilizaba el menor número posible de palabras para transmitir su mensaje. No llevaba más que una falda ceñida con un cinturón del que colgaban bolsitas que se cerraban con un cordón, unas tallas extrañas y un cuchillo pequeño en una funda de madera. Por las noches dormía al aire libre y, aunque aceptaba la comida que le llevaban los esclavos, nunca hablaba con ellos ni les daba órdenes.

«Me pregunto si todos los miembros de su tribu son como él.»

—¿En qué piensa?

Dannyl parpadeó y miró a Achatí. El sachakano lo contemplaba con aire reflexivo desde el asiento del carruaje situado frente al suyo.

—En Unh. Sus pertenencias son escasas, y parece necesitar muy poco. Sin embargo, no se comporta como un hombre pobre o un mendigo. Se comporta... con dignidad.

—La tribu dúnea lleva miles de años viviendo así —le dijo Achatí—. Son nómadas, van siempre de un lugar a otro. Supongo que uno aprende a conservar solo lo imprescindible cuando tiene que llevarlo encima todo el rato.

—¿Por qué viajan tanto?

—Su territorio cambia constantemente. Se abren grietas en el suelo que despiden vapores venenosos, la tierra queda cubierta de rocanegra fundida de los volcanes cercanos o de cenizas ardientes. Cada pocos siglos, mi pueblo intentaba apoderarse de sus tierras, bien por la fuerza, bien colonizándola y estableciendo asentamientos allí. En el primer caso, los dúneos desaparecían y se refugiaban en las sombras peligrosas de los volcanes, y en el segundo, simplemente comerciaban con los colonos y esperaban. Pronto quedaba claro que allí los cultivos no crecían de forma uniforme y que los animales se morían. Por eso mis compatriotas siempre acababan por abandonar los asentamientos y volver a Sachaka. Los dúneos recuperaban sus antiguas costumbres y... —Achatí se interrumpió cuando el carruaje giró, y miró por la ventanilla—. Parece ser que hemos llegado.

Avanzaron junto a unos muros blancos bajos y un par de verjas abiertas. En cuanto el carruaje se detuvo, el esclavo de Achatí abrió la portezuela. Dannyl siguió a su acompañante y paseó la vista por el patio de la finca y los esclavos postrados boca abajo en el suelo polvoriento. Los otros magos, sus esclavos y el dúneo desmontaron, y Achatí se adelantó unos pasos para hablar con el jefe de esclavos.

«Me pregunto cuántos de estos esclavos son Traidores», pensó Dannyl. En todas las fincas en que se habían alojado, los sachakanos, con el permiso de los propietarios, habían leído la mente a los esclavos. Muchos creían que algunas de las fincas de campo dirigidas por esclavos, y unas pocas de las dirigidas por ashakis, estaban en realidad bajo el control de los Traidores y eran centros de entrenamiento secretos para espías.

El encargado de aquella era un ashaki. Los ayudantes de Dannyl habían decidido que era la más segura de la zona para investigar. Aun así, la posibilidad de que estuvieran en un lugar controlado en realidad por los Traidores le provocaba ligeros escalofríos de emoción y miedo. Si todos los esclavos fueran Traidores, ¿significaría eso que también eran magos? En ese caso, superarían en número a las visitas.

Pero aunque todos fueran espías y magos negros, necesitarían una razón muy poderosa para atacar a un grupo de ashakis visitantes. Las represalias inevitables los obligarían a abandonar el control de la finca.

El jefe de esclavos los condujo a todos a la sala maestra. El propietario ashaki, un anciano cojo, los recibió afectuosamente. Cuando le explicaron por qué estaban allí y le dijeron que necesitaban leer la mente de sus esclavos, él accedió a regañadientes.

—Es probable que haya Traidores entre mis esclavos —admitió—, teniendo en cuenta lo cerca que estamos de las montañas. Pero al parecer tienen una manera de ocultar su secreto en sus pensamientos. —Se encogió de hombros, dando a entender que había renunciado a identificarlos.

Al cabo de una hora, les habían leído la mente a todos los esclavos salvo a unos pocos trabajadores del campo. Los visitantes ashakis se retiraron a las habitaciones de invitados, donde se repantigaron en los cojines para comentar lo que habían averiguado, después de despedir a los esclavos que habían enviado a atenderlos.

—Una esclava de otra finca estuvo aquí anoche —dijo uno de los ashakis—. Quería comida para cuatro personas.

Otro de ellos asintió.

—Uno de los esclavos de campo vio a una mujer solitaria llegar y marcharse. Llevó comida a una carreta de pienso.

—Anoche oímos hablar de esa carreta —dijo Achatí—. ¿Será la misma? ¿Es poco habitual que las carretas pasen por aquí?

—Es habitual que las fincas más prósperas vendan pienso a las menos fértiles que se encuentran en la falda de las montañas.

—Ellos van en la carreta —sentenció una voz nueva.

Todos alzaron la mirada para ver a Unh de pie frente a la puerta. Dannyl advirtió que parecía extrañamente fuera de lugar bajo techo. «Como una planta que uno sabe que morirá por falta de sol.»

—Me lo ha dicho una esclava —añadió el hombre, antes de dar media vuelta y salir.

Los ashakis intercambiaron miradas pensativas. Dannyl reparó en que ninguno de ellos ponía en duda la afirmación de Unh. «¿Qué motivo tendría para mentir el dúneo? Le pagan para

encontrar a Lorkin y Tyvara.»

Achati se volvió hacia Danyl.

—Tenía razón, embajador. Los Traidores quieren, en efecto, que los encontremos, y por fin nos indican cómo.

La noticia del mensajero

Aunque no eran tan resistentes como las botas que el Gremio había proporcionado a Lorkin durante toda su vida, los sencillos zapatos de cuero que calzaban los esclavos hacían poco ruido. Aunque al principio la bolsa que llevaba le parecía demasiado pequeña y ligera para contener provisiones suficientes, daba la impresión de que su peso había aumentado desde la primera vez que se la había echado a la espalda. Tyvara encabezaba la marcha y caminaba con un paso constante y acompasado a medida que el camino se volvía más empinado y difícil. Chari avanzaba detrás de Lorkin, en un silencio impropio de ella.

Le habían indicado a Lorkin que evitara utilizar la magia de una manera notoria, ahora que estaba en un territorio patrullado por los Traidores. Si habían reparado en la barrera que él había generado tanto para protegerse como para mantener tibio el aire que lo rodeaba, habían decidido que no se trataba de un uso notorio de la magia, pues ninguna de las dos había hecho comentarios al respecto. Aunque le habían asegurado que los Traidores no lo atacarían mientras estuviera con dos de ellas, no tenía ganas de correr riesgos innecesarios que pudieran costarle la vida, sobre todo después de su encuentro con Rasha.

Habían dejado atrás la carreta y el camino hacía unas horas, para atravesar a pie colinas y valles cada vez más escarpados y rocosos. Ninguna de las mujeres hablaba. Lorkin cayó en la cuenta de que echaba de menos el parloteo y las preguntas incesantes de Chari. Cuanto más avanzaban, más se encerraba Tyvara en sí misma. Sus expresiones ceñudas despertaban en Lorkin un vago sentimiento de culpa, pero no sabía muy bien por qué.

«Se dirige hacia un lugar donde su gente la juzgará por haber matado a una de las tuyas, lo que no habría sucedido si no me hubiera salvado la vida.»

Tyvara aminoró la marcha de golpe, y él tuvo que pararse en seco para evitar tropezar con ella. Al mirar por encima del hombro de la joven, vio que más adelante, al otro lado de un promontorio, había un grupo de personas de pie frente a dos cabañas pequeñas. Estaban observando cómo Tyvara, Chari y él se acercaban.

Las cabañas, minúsculas y viejas, estaban cercadas por una valla baja. Había unas pieles colgadas de los aleros, y otras extendidas en bastidores apoyados en las paredes, pero ninguna de las personas allí reunidas parecían cazadores. Todos llevaban prendas sencillas de una tela fina. La mayoría eran mujeres. Lorkin advirtió que había dos hombres entre ellas, lo que lo sorprendió un poco. Después de todo lo que Tyvara y Chari le habían contado de su pueblo, casi había llegado a creer que no vería a un solo hombre.

A un centenar de pasos del grupo que los esperaba, Tyvara se detuvo. Se volvió hacia Lorkin con el entrecejo fruncido, pensando.

—Puedo hablar por ti, si quieres —se ofreció Chari.

Tyvara la fulminó con la mirada.

—Puedo hablar por mí misma —espetó—. Quedaos aquí. —Giró sobre los talones y echó a andar con decisión hacia su gente, dejando atrás a Chari y Lorkin que se miraron desconcertados.

—¿Habéis discutido por algo? —preguntó él.

Chari sacudió la cabeza y sonrió.

—No, ¿por qué lo preguntas?

—Por su forma de comportarse da la impresión de que no sois amigas.

—Oh, no te preocupes por eso. —Chari rió entre dientes y dirigió la vista hacia el grupo—. Lo único que pasa es que está celosa y no se ha dado cuenta.

—¿Celosa de qué?

Chari le lanzó una mirada altiva.

—¿De verdad no lo sabes? Siempre me he preguntado cómo es posible que en el resto del mundo manden los hombres, siendo todos tan zotes.

Él soltó un resoplido leve.

—Y a mí me gustaría saber cómo pueden seguir mandando las mujeres Traidoras, siendo todas tan proclives a comunicarse con indirectas e insinuaciones como las mujeres del resto del mundo.

Ella se rió.

—Ah, me caes bien, Lorkin. Si Tyvara no espabila y... —Una voz los llamó, y ella se puso seria de inmediato. Le dedicó una sonrisa torcida—. Por lo visto ha llegado la hora de presentarte.

Lorkin recorrió tras ella la distancia que los separaba de los otros Traidores. Tyvara los observaba con una arruga de preocupación entre las cejas. Chari, en vez de mirar a su amiga, centró su atención en una mujer de mediana edad con una cabellera larga y entrecana.

—Portavoz Savara —dijo con respeto. Señaló a Lorkin con un ademán elegante—. Lorkin, ayudante del embajador del Gremio Dannyl, de la tierra de Kyralia.

La mujer asintió.

—Lord Lorkin —recalcó—, si no me equivoco.

—No se equivoca —respondió él, inclinando la cabeza—. Es un honor conocerla, portavoz Savara.

Savara sonrió.

—Es muy amable al decir eso, especialmente después de todo por lo que ha pasado. —Respiró hondo—. Para empezar, deseo expresarle en nombre de la reina, pero también del mío propio, nuestras más sinceras disculpas por los trastornos, el miedo y la amenaza a su vida que ha tenido que sobrellevar debido a los Traidores. Sean o no justificables los actos de Tyvara, ha vivido usted una dura experiencia, y nos sentimos responsables por ello.

Como no parecía un buen momento para defender a Tyvara, él asintió.

—Gracias.

—Si desea volver con el embajador del Gremio, podemos llevarlo sano y salvo hasta él. También puedo pedir a los guías que lo acompañen a la frontera con Kyratia. ¿Qué prefiere?

—Le doy las gracias de nuevo —contestó Lorkin—. Tengo entendido que Tyvara será enjuiciada por sus actos, y me gustaría hablar en su defensa, si es posible.

—Eso implicaría llevarlo a Refugio —dijo alguien.

—La reina nunca lo permitiría.

—A menos que celebráramos el juicio fuera de Refugio.

—No, eso sería demasiado peligroso. Si nos tendieran una emboscada perderíamos a demasiadas personas valiosas.

—Nadie va a tendernos una emboscada —repuso Savara con firmeza.

Volvió la vista hacia los Traidores que tenía detrás, y estos callaron. Cuando posó de nuevo los ojos en Lorkin, lo contempló con aire reflexivo.

—Lo que desea hacer es admirable. Meditaré sobre ello. ¿Qué sabe el Gremio de nosotros?

Lorkin sacudió la cabeza.

—Nada. Bueno, al menos a través de mí. No me he comunicado con nadie de allí.

—¿Y qué hay del mago del Gremio que está aquí? Ha estado siguiéndoles desde que salieron ustedes de Arvice, con una precisión sorprendente.

—Tampoco me he comunicado con Dannyl —aseveró Lorkin—, pero no me extraña que su búsqueda le esté dando buenos resultados. Es inteligente y no se da por vencido fácilmente.

—Hizo una pausa al percatarse de lo ciertas que eran sus palabras. ¿Era Dannyl lo bastante inteligente y decidido para seguirlo hasta Refugio?

—Sin duda ha recibido mucha ayuda de los Traidores —murmuró Tyvara.

Savara la miró.

—¿Le has explicado el precio que probablemente tendrá que pagar por entrar en la ciudad?

Tyvara se quedó callada por un momento y bajó la vista.

—No. Esperaba que pudiéramos encontrar una manera de evitarlo.

Tras fruncir el ceño, la portavoz suspiró y asintió.

—Veré qué puedo hacer. Descansad y comed algo.

El grupo se dispersó; unos entraron en las cabañas, otros se sentaron en unos bancos estrechos de madera basta que Lorkin había tomado por una cerca rudimentaria. Chari, Tyvara y él se acomodaron en uno de los bancos y se quitaron las mochilas de la espalda. Una joven vestida como una esclava les llevó unos pastelitos adornados con bayas de tarta. Sonrió cuando él le dio las gracias.

—Lorkin —dijo Tyvara.

Él se volvió hacia ella.

—¿Sí?

—Deberías aceptar la oferta de Savara y volver a Kyralia.

—¿Y por qué no a Arvice?

Ella sacudió la cabeza.

—No me fío de... la otra facción. Podrían intentar matarte de nuevo.

—¿Y cómo demostrarás que lo intentaron antes?

Ella apretó los labios en una línea fina.

—Dejaré que me lean la mente.

Oyó que Chari inspiraba bruscamente.

—No puedes —siseó—. Has prometido que... —Miró a Lorkin y se mordió el labio.

Tyvara suspiró.

—Encontraremos una manera de evitarlo —le dijo a Chari. Se volvió hacia Lorkin—. El precio al que se refería Savara... Si entras en Refugio, hay muchas posibilidades de que no te dejen salir jamás. ¿Estás dispuesto a quedarte allí por el resto de tu vida?

Él clavó los ojos en ella sin dar crédito. «¿El resto de mi vida? ¿Y no volver a ver a mi madre, a Rothen, a mis amigos?»

—¿No se lo habías dicho? —preguntó Chari con asombro e incredulidad.

Tyvara se sonrojó y apartó la mirada.

—No. No podía dejar que regresara a Arvice. Alguien habría intentado matarlo. Yo sabía que cuando me encontrara con alguien de nuestra facción, él estaría a salvo.

—¿«Facción»?

—El término se le ocurrió a Lorkin. Me refiero a los que estamos de acuerdo con la reina y Savara respecto a... casi todo.

Chari asintió.

—Pues no es un término inapropiado. —Posó la vista en él—. Hemos evitado llamarnos de una forma determinada, porque eso equivaldría a reconocer que se ha producido una escisión entre los Traidores, y si designáramos a cada bando por un nombre distinto, eso impulsaría a la gente a..., bueno, a tomar partido. —Se volvió hacia Tyvara—. Quizá no quieran que Lorkin se quede, ya que es uno de los motivos de la escisión.

—Ninguna persona del otro bando, y muy pocas del nuestro, se fiarán de él lo suficiente para dejarlo marchar en cuanto conozca el emplazamiento de la ciudad.

—Entonces le vendaremos los ojos y nos aseguraremos de que no sea capaz de encontrarla de

nuevo.

Tyvara suspiró.

—Todos sabemos lo bien que funcionó eso la última vez.

—La última vez se trataba de un sachakano, que además era espía —señaló Chari—. Lorkin es diferente. ¿Y cómo va Refugio a establecer alianzas y relaciones comerciales con otros países si nunca dejamos que los visitantes entren y salgan de la ciudad?

Tyvara abrió la boca para replicar y la cerró de nuevo.

—Es demasiado pronto para eso —dijo—. Si ni siquiera nos fiamos unos de otros, menos aún vamos a fiarnos de un extranjero.

—Pues en algún momento deberíamos empezar. —Chari sorbió y apartó la vista—. Después de traerlo hasta aquí, quieres que se vaya. Creo que te asusta demasiado ser responsable de alguien.

Tyvara alzó el rostro bruscamente y fulminó a su amiga con la mirada.

—Eso es... —Pero se interrumpió. Entornó los ojos. Se puso de pie, se alejó a grandes zancadas y se sentó de nuevo a varios pasos de distancia. Chari suspiró.

—Tranquilo —le dijo a Lorkin—. No siempre es tan gruñona. —Le sonrió—. Lo digo en serio. Cuando no está atontada por sus preocupaciones, es lista, graciosa y bastante adorable. Por lo visto también es buena bajo la alfombra, como decimos por aquí. —Le guiñó un ojo y se puso seria—. Pero también es exigente. Nuestra Tyvara no se conforma con cualquier hombre. Pero no te preocupes por eso.

Él la contempló, sorprendido ante aquel flujo de información repentino e inesperado, y luego bajó la vista, esperando que su rostro no delatara su vergüenza y sus ganas de reír. «He aquí otra diferencia entre las Traidoras y las kyalianas. —Hizo memoria sobre algunas de las mujeres con que se había acostado a lo largo del último año—. Bueno, tal vez la diferencia no sea tan grande, pero las Traidoras son decididamente más abiertas al hablar del tema.»

Por otro lado, ¿por qué intentaba tranquilizarlo Chari...?

De pronto, comprendió lo que Chari había estado insinuando. Creía que había algo entre Tyvara y él. El corazón le dio un vuelco. «Bueno, ha habido algo, pero lamentablemente no ha sido mutuo.» Desde que había conocido a Tyvara, la había encontrado atractiva y fascinante. La noche en que había estado a punto de ser asesinado, había creído que era ella quien estaba en su cama, lo que lo había complacido en gran medida.

«Al parecer, Chari cree que el sentimiento es mutuo. ¿Tendrá razón?»

Lanzó una mirada furtiva a Tyvara. Estaba de pie otra vez, con la vista tendida hacia el camino por donde Chari, Lorkin y ella habían venido, con las cejas juntas por el desasosiego. Se volvió para ver qué estaba mirando. Dos mujeres subían corriendo por el camino. Lorkin las oyó jadear de agotamiento cuando pasaron a su lado.

Entraron en una cabaña y, tras un momento de calma tensa mientras todos observaban y aguardaban, Savara salió con aire resuelto, seguida por un puñado de Traidores y las dos mujeres. A una palabra suya, la intensidad de los globos de luz se atenuó hasta que solo

quedaba un brillo débil.

—Tenemos que marcharnos de inmediato —dijo ella. Deslizó la vista por los rostros allí reunidos y la posó en Lorkin—. Los magos que rastrean a lord Lorkin se dirigen hacia aquí, y ahora son seis, incluido el kyaliano. Nos dividiremos en tres grupos. Cada uno seguirá un rumbo distinto al salir de aquí. Tyvara, Lorkin y Chari, vosotros vendréis conmigo.

Lorkin se levantó y se le acercó a toda prisa.

—Si hablo con el embajador Dannyl, estoy seguro de que podré convencerlo de que suspenda la búsqueda.

Ella negó con la cabeza.

—Tal vez lo convenza a él, pero no convencerá a los demás, si creen que esta vez pueden atraparnos. Además, llevan consigo a un hombre, un rastreador, que podría tener éxito allí donde otros han fracasado. —Esbozó una sonrisa sombría—. Lo siento. Agradezco su oferta, pero el riesgo es demasiado grande.

Lorkin asintió. Las personas que lo rodeaban recogían y guardaban a toda prisa todas las señales de su presencia. Una de ellas empezó a barrer el suelo, pero Savara la detuvo.

—Es inútil borrar nuestras huellas. Queremos que se separen o que se equivoquen de rastro. —Miró a Lorkin de arriba abajo—. Buscad a alguien que tenga un tamaño de pies parecido al suyo, y que se intercambien los zapatos.

Al poco rato, los Traidores habían formado tres grupos casi iguales en número. Savara les ordenó que avanzaran sin ocultar sus huellas hasta el amanecer, y que luego se encaminaran hacia Refugio tomando las precauciones habituales. Se despidieron todos entre murmullos y partieron. Lorkin siguió al grupo de Savara, que empezó a ascender por la abrupta pared del valle, mientras en su mente se alternaban las dudas sobre si sus sospechas respecto a Tyvara eran ciertas, el ansia por saber qué decidiría Savara y el miedo a que Dannyl y los sachakanos les dieran alcance.

Si los alcanzaban, ¿qué harían los sachakanos? ¿Qué harían los Traidores? ¿Se enzarzarían en una pelea? No quería que nadie muriese por su causa. «Bueno, nadie más», se corrigió.

Si se desataba una lucha, ¿qué debía hacer? ¿Tendría que elegir entre unirse a Dannyl para evitar una batalla o aliarse con los Traidores para ayudar a salvar a Tyvara de la ejecución?

Cery giró con demasiada lentitud para apartarse lo suficiente del cuchillo que ahora se apretaba contra sus costillas. Oyó a Anyi proferir una exclamación triunfal.

—Bien —dijo, conteniendo una sonrisa mientras la soltaba y se alejaba unos pasos—. Veo que ya le has pillado el truco.

Ella sonrió de oreja a oreja y se pasó el cuchillo de entrenamiento de madera a la mano izquierda.

—Aunque has apuntado un poco alto —añadió él—. Supongo que estás acostumbrada a entrenar con Gol.

—Te he cortado de todos modos —señaló ella.

—Sí, pero tu cuchillo podría haberse atascado entre mis costillas. —Cery se dio unas palmaditas en la parte baja del pecho, donde ella lo había pinchado con el cuchillo—. No son uno de los cinco puntos débiles: ojos, garganta, vientre, entrepierna y rodillas.

—A veces es mejor golpear al agresor en las rodillas y echar a correr que tratar de apuñalarlo en el corazón —explicó Gol—. El corazón a veces resulta difícil de alcanzar. Las costillas podrían desviar tu impulso. Si fallas, él puede contraatacar, cosa que no sucede si le das en las rodillas, algo que, por otra parte, él no se espera.

—Una cuchillada en la tripa también mata lentamente —dijo Cery—. No es muy divertido para él, pero le da tiempo para intentar vengarse de ti.

—Además, no debes matar a menos que se te ordene —añadió Gol.

—Deberías entrenar con personas más bajas.

—Y más jóvenes —dijo Anyi. Gol soltó un resoplido, y ella lo miró—. Oh, vamos. Ninguno de los dos sois tan ágiles como antes, y si alguien manda a una persona a eliminaros, no sacaré a un viejo asesino de su retiro para daros la oportunidad de una pelea justa.

Gol rió por lo bajo.

—No le falta razón.

Se oyeron unos golpecitos en la puerta, y los tres se volvieron hacia ella. Estaban en la planta superior de una casa de bol que pertenecía a Cery, conocida como La Muela. Se reunía allí con los habitantes de su territorio que le solicitaban audiencia. Había que mantener los negocios en marcha, lo que significaba que tenía que estar disponible de vez en cuando. Como en todos los lugares que frecuentaba, allí había varias vías de escape.

Cery le hizo una señal con la cabeza a Gol, que se acercó a la puerta para abrirla. Tras una pausa, el hombretón se hizo a un lado. En el vano estaba un hombre bajo pero robusto que había trabajado para Cery durante años.

—Ha venido un mensajero que quiere hablar contigo —dijo—. Lo manda Skellin.

Cery asintió.

—Que pase.

Gol se apostó a la izquierda de Cery, con los brazos cruzados en su típica postura protectora. Anyi entornó los párpados y pasó por el lado de Cery para situarse a su derecha. Cuando él la miró, ella le devolvió la mirada con actitud desafiante, como retándolo a protestar. Él sofocó una carcajada.

—¿Acaso he dicho que la clase ha terminado? —preguntó, pasando la vista de ella a Gol. El guardaespaldas pestañeó y se volvió hacia Anyi—. A trabajar —les ordenó Cery.

Observó cómo regresaban a la zona en que habían estado entrenando. Gol dijo algo, y Anyi se encogió de hombros antes de agacharse en una postura de pelea. «Bien —pensó Cery—. Si el mensajero de Skellin le informa de que tengo una nueva guardaespaldas, más vale que le hable también de sus destrezas. No podré ocultarla siempre. Si alguien se da cuenta de que estoy escondiendo a una persona, supondrá que hay un motivo y comenzará a hacer preguntas.»

A pesar de todo, se le erizó el vello cuando una figura apareció en la puerta. Una cosa era saber que tus seres queridos corrían peligro por estar relacionados contigo, y otra muy distinta ponerlos conscientemente en una posición que entrañaba un riesgo considerable.

El mensajero de Skellin era alto y delgado, con el porte tenso de un corredor. Sus ojos se posaron en los de Cery, que inclinó la cabeza con cortesía. Entonces su mirada se desvió hacia Gol y Anyi, que acababa de lanzarse al ataque. Gol contraatacó hábilmente, pero ella esquivó el golpe con un movimiento rápido y elegante.

Tal como esperaba Cery, un brillo de interés asomó a los ojos del mensajero, pero su expresión destilaba algo más que curiosidad profesional. De pronto, Cery se arrepentía de haber obligado a Anyi y a Gol a seguir entrenando. Le costó un gran esfuerzo mantener el semblante sereno y una postura relajada.

—¿Tienes un mensaje para mí? —preguntó.

—¿Eres Cery de Ladonorte? —preguntó el hombre, aunque sin el menor deje de incertidumbre en la voz. Era una formalidad.

—Sí.

—Skellin me ha pedido que te diga que ha localizado a la presa y que va a tender una trampa. Si llevas a tus amigos al viejo matadero del Ladooeste Interior al anochecer, podrán hacerse con su nueva mascota.

Cery asintió.

—Gracias. Ahí estaremos. Puedes irte.

El hombre hizo una ligera reverencia antes de marcharse. Gol se acercó a la puerta y la cerró antes de volverse hacia Cery con expresión seria.

—Solo te quedan unas horas.

—Lo sé. —Cery arrugó el entrecejo—. Y mi amiga no ha llegado todavía a su lugar de trabajo.

—Enviarán un mensaje al Gremio.

—¿Al Gremio? —repitió Anyi. Dirigió una mirada severa a Cery—. ¿Qué está pasando? ¿Eso es lo que no podías contarme todavía?

Cery y Gol se miraron. El guardaespaldas asintió.

Después de la entrevista con Skellin habían discutido cuándo convenía referirle toda la historia a Anyi. Si le hablaban de la renegada y, sobre todo, de sus sospechas de que era la Cazaladrones y la asesina de su familia, ella querría acompañarlo y ver cómo capturaban a la mujer. Si él le ordenaba que se quedara, ella seguramente lo desobedecería, suponiendo que podría soportar el castigo que él le impusiera. Y eso si Cery descubría que ella lo había desobedecido.

No es que la joven estuviera acostumbrada a rebelarse contra él, pero tratándose de algo tan gordo sin duda haría una excepción. Es lo que habría hecho él en su lugar.

Él podía optar simplemente por no hablarle de la renegada, pero aun así era muy posible que ella se escabullera y lo siguiera solamente para averiguarlo. También era lo que él habría hecho.

Así pues, Gol y él habían decidido que su mejor opción era implicarla en la captura asignándole una tarea relativamente segura. Ella volvería a estar entre sus guardias en la sombra. Esta vez tendría que conocer la naturaleza de la presa tras la que iban. No podrían abalanzarse precipitadamente contra el enemigo si las cosas salían mal. Luchar con cuchillos contra magos era un acto tan inútil como suicida.

—Sí, el Gremio. Ya es hora de que sepas a qué nos enfrentamos —le dijo Cery—. Esta noche aprenderás tres cosas: que hasta el ladrón más poderoso tiene sus limitaciones, que vale la pena tener amigos en las altas esferas y que hay cosas que es mejor dejar en manos de los magos.

Hubo un largo silencio entre el momento en que Sonea llamó a la puerta del despacho del administrador Osen y el momento en que esta se abrió por fin. Osen parecía ligeramente distraído cuando los hizo pasar.

—Maga Negra Sonea, lord Rothen —titubeó—. Les he pedido que vengan porque el embajador Danyl y los sachakanos que se ofrecieron voluntarios para ayudarlo están a punto de atrapar a lord Lorkin y sus secuestradores.

A Sonea se le paró el corazón por un instante, antes de empezar a latir a toda prisa. Abrió la boca para preguntarle... ¿qué? ¿Qué debía preguntarle primero? ¿Dónde estaba Lorkin? ¿Tenían claro los sachakanos que no debían matarlo?

—¿Cuánto falta para que eso ocurra? —preguntó Rothen.

—Danyl no lo sabe con exactitud. Media hora, tal vez menos. Será mejor que se pongan cómodos.

Osen se sentó tras su escritorio, y, valiéndose de la magia, ella y Rothen desplazaron dos de los sillones hacia la parte frontal de la habitación. La mirada de Osen se perdió en la lejanía.

«Se comunica con Danyl por medio de un anillo de sangre —supuso Sonea—. ¿Qué es lo que ve?» Deseaba exigirle que describiera en detalle todo cuanto veía, pero en vez de eso respiró hondo y exhaló despacio.

—Ha dicho «secuestradores» —señaló—. ¿Hay más de uno?

Osen guardó silencio, con la vista puesta en algún punto situado mucho más allá de las paredes del despacho.

—Sí. Varios Traidores. Unh cree que son ocho.

—¿Unh?

Los ojos del administrador la enfocaron con dificultad.

—Un miembro de la tribu dúnea. Los está rastreando. Al parecer es bastante bueno. Un momento... —Su expresión cambió para reflejar expectación—. Han alcanzado a verlos, solo por un momento...

Se quedó callado, contemplando el escritorio sin verlo durante un rato desesperantemente largo. Sonea se percató de que estaba aferrándose con fuerza a los brazos de su sillón. Se obligó a soltarlos y en cambio colocó las manos sobre su regazo.

—Ah. —Osen dejó caer los hombros, desilusionado.

—¿Qué ocurre? —preguntó Rothen.

Sonea lo miró. Estaba inclinado hacia delante, con los ojos desorbitados.

Osen sacudió la cabeza.

—Él no está allí. No figura en ese grupo. Se han equivocado de rastro..., de personas. —Aspiró bruscamente, retuvo el aire y suspiró—. Al parecer había tres rastros. Ellos creían que Lorkin estaba en uno de los grupos, pero iban errados. Tendrán que regresar y seguir otras huellas.

Sonea exhaló un suspiro de frustración. Rothen soltó un gruñido y se reclinó sobre el respaldo de su sillón. El silencio se impuso en la habitación. Nadie dijo una palabra. La mirada de Osen había vuelto a perderse en la distancia. Rothen se frotaba la frente.

Los tres se sobresaltaron al oír unos golpes fuertes en la puerta.

Osen agitó una mano. La puerta se abrió y entró un sanador. El joven miró a Sonea, sonrió y se le acercó a toda prisa, tendiéndole un papel.

—Perdone la interrupción, administrador —dijo—. Tengo un mensaje urgente para la Maga Negra Sonea.

Ella cogió el papel y respondió con una inclinación de la cabeza a su reverencia poco profunda. El sanador salió apresuradamente de la habitación. Cuando la puerta se cerró, ella bajó la vista hacia la nota y la desdobló.

Tu amigo de la ciudad dice que su amigo ha encontrado aquello que buscas. Debes estar en el viejo matadero del Ladooeste Interior al anochecer. Lleva contigo a tu otro amigo.

Si ella hubiera estado de mejor humor, se habría reído de aquel lenguaje vago y más bien ridículo. Pero aquello era lo último que necesitaba. ¿Cómo iba a salir a toda prisa a la ciudad para capturar a la renegada cuando en cualquier momento podían encontrar a Lorkin?

Una mano pasó por delante de sus ojos y le quitó el mensaje de las manos. El corazón le dio un brinco, pero solo se trataba de Rothen. Él leyó rápidamente la nota y miró a Sonea, entornando los párpados con aire meditabundo.

—¿Cuánto tardarán en volver sobre sus pasos hasta el punto donde se separaban las huellas?

—Unas horas —dijo en voz monótona Osen, que seguía con la mirada fija en un punto lejano.

—Y les llevará unas cuantas llegar hasta el rastro siguiente. ¿Quiere que le dejemos solo mientras sigue su avance y volvamos más tarde?

—Por supuesto. —Osen salió bruscamente de su trance y pasó la vista del uno al otro—. Lo siento. Es increíble cómo absorben la atención estas piedras de sangre. Debería pedirle a Danyl que se quite el anillo hasta que esté más cerca de encontrar otra vez a Lorkin. —Agitó una mano—. Váyanse.

Rothen se levantó y se volvió hacia Sonea, que se puso de pie de mala gana. «¿Cómo voy a irme ahora? Pero tardarán horas en alcanzar a Lorkin. No puedo quedarme sentada esperando

mientras la renegada se escapa. Y si no aparecemos y Cery se enfrenta solo con la renegada, podría resultar herido.»

Obligándose a moverse, siguió a Rothen a la puerta y después al pasillo. Unas sombras largas surcaban los jardines del Gremio al otro lado de las puertas de la universidad. El sanador la esperaba y le sonrió con nerviosismo cuando ella reparó en él. Rothen hizo señas al hombre de que se acercara.

—¿Ha hablado alguien con lord Regin? —musitó.

El joven frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—Falta poco para la puesta de sol —le dijo Rothen a Sonea—. Más vale que te vayas ya. Yo encontraré a Regin y le diré que se reúna contigo en el hospital.

«El hospital, claro. No puedo ir directamente al Ladoeste Interior. Hay que mantener la tapadera, por si esto no funciona. Eso significa que decididamente no tenemos mucho tiempo...»

Cobró conciencia por fin del carácter urgente de su misión y apremió a Rothen para que se marchara.

—Dile que vaya directo hacia allí. —Se volvió hacia el sanador—. ¿Has venido en carruaje?

Él asintió.

—La está esperando fuera.

—Bien hecho. —Sonrió y se frotó las manos—. Vamos allá, entonces.

Una noche larga

Era Unh quien se había fijado en los tallos dispersos a un lado del camino, que, según dijo, podían ser pienso que había caído de una carreta cuando se había detenido allí. El ashaki local no había querido investigar, pues estaba ansioso por salir en persecución de la carreta, pero Achatí se había puesto de parte del dúneo y había recordado a los demás en un tono burlón que no habían empleado a Unh para tener a alguien a quien ignorar.

El dúneo encontró las huellas de tres personas con zapatos de esclavo —un hombre y dos mujeres— que se apartaban del camino.

—He visto esta pisada antes en otro sitio —les había dicho Unh, señalando una ligera marca en la tierra—. La forma es más larga y fina que la de un pie sachakano, y hay un agujero en el talón.

Todos se habían quedado muy impresionados con Unh. Unas horas más tarde, ya no estaban tan complacidos. Tras encontrar los rastros, habían enviado los carruajes y los caballos a la siguiente finca con el cochero de Achatí, y habían continuado adelante a pie. Al llegar a las cabañas de los curtidores, habían seguido uno de los tres rastros nítidos que partían de allí. Tenían prisa, porque el sol estaba a punto de ocultarse tras el horizonte, pero eso había dificultado la labor del rastreador. Debido a las sombras alargadas, y luego al crepúsculo, le costaba distinguir los detalles más sutiles de las huellas y otras pistas que estaba siguiendo. Los sachakanos se resistían a generar una luz para él, por temor a que resultara visible desde lejos en aquel terreno tan expuesto. Por otro lado, nadie estaba preocupado, pues las huellas se vislumbraban aún con la suficiente claridad para seguir las.

Dannyl había avistado a las figuras en la lejanía con un sentimiento de triunfo. Sin embargo, este no duró mucho y dio paso al desánimo cuando se percató de que Lorkin no estaba entre ellos.

Esto había levantado un coro de maldiciones. Los Traidores que habían seguido les llevaban excesiva ventaja para atraparlos e interrogarlos sin perder demasiado tiempo, por lo que Dannyl y sus ayudantes sachakanos habían regresado apresuradamente a las cabañas. Para entonces, había caído la noche, y crear una luz para el rastreador se había vuelto inevitable. A fin de enfocarla a donde él la necesitaba, tenían que seguir a Unh de cerca, y en varias ocasiones acababan pisoteando los indicios que él buscaba. A causa de esto, el proceso de seguir las huellas se había vuelto lento y complicado, de modo que cuando, unas horas más tarde, Unh había perdido el rastro por completo, Achatí decidió que debían acampar y continuar al amanecer.

Los esclavos dejaron caer su carga, visiblemente aliviados. Sin embargo, aunque era evidente que estaban agotados, sus amos necesitaban de sus servicios más que nunca. Los ashakis les pedían, entre gruñidos y lamentos, que les frotaran las piernas y los pies. Al principio, Dannyl se quedó descolocado, pero entonces recordó que los sachakanos no poseían conocimientos sobre la magia sanadora. Mientras que él había mitigado las ampollas y los dolores causados

por la caminata, ellos no tenían más remedio que sufrir.

«No era consciente de la ventaja que supone para nosotros. Podría ser importante si algún día nuestros países se enfrentan entre sí. Si ambos tenemos que recorrer una distancia larga para encontrarnos con nuestro enemigo, los sachakanos serán los únicos cansados y doloridos por el esfuerzo.»

El dúneo se puso en pie de repente y anunció que intentaría localizar el rastro de nuevo. Ahati, mirando a los demás, dijo que alguien debía acompañarlo para mantener un escudo en torno a los dos. Dannyl se levantó.

—Iré yo, a menos que me necesiten aquí.

El mago sacudió la cabeza.

—Adelante. Mantenga el escudo reforzado y no vaya demasiado lejos. Los Traidores podrían estar observándonos. Quizá no se atrevan a matar a nadie, pero si hirieran a alguien de nosotros, tendríamos que separarnos o aflojar el paso.

Dannyl salió del campamento en pos de Unh, creó un globo de luz y lo hizo flotar delante del hombre. Avanzaba varios pasos por detrás e intentaba poner los pies allí donde los había puesto el dúneo, para asegurarse de no pisotear ninguna huella que no fuera de Unh. La distancia que los separaba hacía que mantener el escudo en torno a ambos fuera todo un reto para él.

Los sachakanos habían acampado en una hondonada en forma de tazón entre dos cadenas de colinas. Unh rodeó el ramal más corto de una de ellas sin despegar la vista del suelo. Unos pasos más adelante, se puso en cuclillas y, tras estudiar el terreno, alzó la mirada hacia Dannyl y le hizo un gesto para que se acercara.

Dannyl salvó la distancia entre los dos y dirigió la mirada al punto que Unh le señalaba.

—Mira esto —dijo el hombre—. Alguien ha pisado esta piedra y luego la ha hundido de nuevo en la tierra. La dirección en la que caminaba el que la pisó se distingue por la hendidura que hay delante y el montículo que hay detrás.

Después de la explicación, a Dannyl le pareció bastante obvio.

—¿Cómo sabes que fue una persona y no un animal?

Unh se encogió de hombros.

—No lo sé. Pero tendría que ser un animal grande, y a casi todos los cazaron hace mucho.

Se irguió y fue en busca de otras señales de paso. Dannyl lo siguió, concentrándose en mantener el escudo, dirigir el globo de luz y caminar sobre las huellas del dúneo. Cada pocos pasos se detenían, Unh señalaba un hilo enganchado en alguno de los árboles escasos y raquíticos del lugar, pelos humanos y unas pisadas muy definidas en una zona arenosa. A continuación, se pasó largo rato examinando el suelo, y Dannyl aprovechó la ocasión para echar un vistazo alrededor, intentando no imaginar que unas figuras los espiaban ocultas en la oscuridad. Cuando miró hacia un lado, un escalofrío le bajó por la espalda.

—¿Eso es una cueva? —preguntó, apuntando con el dedo a una abertura oscura en la cuesta empinada que había a un lado.

Unh se enderezó y se acercó despacio a la grieta de negror en la roca. Continuó escudriñando el suelo, moviendo la cabeza hacia la abertura y luego en dirección contraria.

—Nadie ha pasado por aquí —dictaminó. Tocó un lado de la grieta—. Esto ha ocurrido hace poco.

Le hizo señas a Dannyl, que se acercó a toda prisa. Intentaron inspeccionar la brecha, pero solo vieron oscuridad. Dannyl invocó magia, creó otra luz y la envió al interior. El fondo de la grieta, que estaba cubierto de piedras, descendía un poco y luego se nivelaba. Los lados del agujero se prolongaban durante un trecho antes de desembocar en las tinieblas.

—Hay un espacio más grande dentro. ¿Quieres echar una ojeada? —preguntó Unh.

Dannyl volvió la mirada atrás, hacia el campamento, que no estaba muy lejos, y asintió. Unh desplegó una gran sonrisa, una expresión que desentonaba con su actitud habitual, distante y digna. Una oleada de emoción recorrió a Dannyl, no muy distinta del entusiasmo que había experimentado hacía mucho tiempo, cuando exploraba las Tierras Aliadas con Tayend.

Unh hizo un ademán hacia la abertura.

—Tú primero.

Dannyl soltó una risita. Tenía sentido. Él tenía muchas más posibilidades de sobrevivir si molestaban a un animal salvaje o sorprendían a unos Traidores.

El suelo pedregoso era de rocas sueltas, por lo que, más que caminar, Dannyl se deslizó hacia el hueco. Miró en torno a sí y no vio más que penumbra y las formas imprecisas de las paredes que lo rodeaban. Aguardó mientras Unh bajaba deslizándose para reunirse con él, luego aumentó la intensidad de la luz...

... y se encogió cuando las gemas centelleantes de las paredes reflejaron la luz. Un ruido resonó en la cavidad, y él cayó en la cuenta de que había proferido una exclamación inarticulada de miedo.

La lluvia de azotes que esperaba no llegó. Estaba respirando agitadamente, con el corazón golpeándole el pecho.

—Has visto algo así antes —aseveró Unh, observando a Dannyl con interés.

El historiador lo miró.

—Sí. —No tenía sentido negarlo. Su reacción lo había delatado.

—Esto no es peligroso. —El hombre hablaba con convicción y autoridad. Ahora fue Dannyl quien posó la vista en su acompañante con curiosidad.

—¿Sabes lo que es?

Unh asintió y miró en derredor, con la expresión sonriente de quien reconoce lo que ve.

—Sí. Estas piedras no tienen poderes. No las han criado para que tengan poderes. Son naturales. Seguras.

—O sea que... ¿las piedras que vi en el lugar en que estuve antes habían sido creadas para ser peligrosas?

—Sí. Las crearon unas personas. ¿Dónde estaba ese sitio?

—En Elyne, bajo las ruinas de una ciudad antigua.

Unh asintió de nuevo.

—Hace tiempo, un pueblo vivía aquí, en las montañas. Conocían el secreto de las piedras. Pero ya no están. Todo se acaba. —Sacudió la cabeza—. No todo —rectificó—. Los dúneos conservamos algunos de los secretos.

—¿Sabes cómo elaborar gemas mágicas?

—Yo no. Algunas personas de mi pueblo. Los elegidos. —Su semblante se ensombreció—. Y los Traidores. Hace mucho, vinieron y sellaron un pacto. Pero lo rompieron y robaron los secretos. Por eso ayudo a los sachakanos, a pesar de lo que le hacen a mi pueblo.

—¿Los Traidores saben cómo crear cuevas como la de Elyne? —inquirió Dannyl. De haberlo sabido, no habría entrado en aquella como un niño que exploraba para divertirse.

—No —respondió Unh—. Nadie lo sabe. Hasta los dúneos olvidamos cosas.

—Eso es algo que seguramente está mejor olvidado.

—Sí. —Unh sonrió—. Me caes bien, kyraliano.

Dannyl parpadeó, sorprendido.

—Gracias. Tú a mí también.

El hombre le dio la espalda.

—Volvemos al campamento ahora. He encontrado una pista.

Resultó mucho más difícil salir de la cueva que entrar en ella, con las piedras que resbalaban bajo sus pies, pero el dúneo apoyó los dedos de los pies en la superficie áspera, a un lado de la grieta, y consiguió escalar hasta el exterior. Dannyl creó un pequeño disco de magia debajo de su cuerpo y salió levitando. A Unh esto pareció hacerle mucha gracia.

El trayecto de vuelta al campamento fue mucho más rápido, pues Unh ya no tenía que detenerse a examinar el suelo. Fue un alivio para Dannyl descubrir que los magos habían dejado que sus esclavos se fueran a dormir. Estos yacían despatarrados en el suelo junto a sus amos, que bebían algún tipo de licor en unas copas ornamentadas que cada uno había traído consigo. Dannyl aceptó un poco de aquel líquido abrasador. Solo prestó atención a medias a su conversación sobre el hijo de un ashaki que no servía para el comercio y estaba a punto de arruinar a su familia.

No dejaba de pensar en el miedo que se había apoderado de él cuando había visto las paredes de gemas. «No se me pasó por la cabeza preguntarme cuánto valdrían como simples joyas, ni siquiera después de tranquilizarme. Por otro lado, estaba bastante distraído...»

De pronto, le vino a la mente el recuerdo del día en que despertó totalmente vacío de energía. El recuerdo de Tayend y del descubrimiento de lo que había estado ocultándose a sí mismo durante casi toda su vida: que era un «doncel». El recuerdo de que amaba a Tayend.

Lo invadió la tristeza. «Es una pena que hayamos cambiado tanto. En vez de crecer el uno en

torno al otro como árboles entrelazados, el ideal romántico de las parejas, nuestras ramas se han enredado de forma fastidiosa, compitiendo por el agua y el suelo.»

Soltó un resoplido leve. Toda aquella imaginería sentimental era más del gusto de los amigos poetas de Tayend. Miró a los sachakanos y a Unh. Todas estas ideas les parecerían absurdas, aunque por motivos distintos.

«¿Saben los Traidores de la existencia de la cueva? Unh ha dicho que la grieta era reciente. Dudo que los sachakanos lo sepan. Por lo que recuerdo, la principal actividad comercial de los dúneos es la venta de gemas. Me pregunto si Unh planea volver con algunos de los suyos para cosecharlas antes de que los Traidores las descubran.»

Entonces recordó lo que había dicho Unh. Los dúneos sabían cómo fabricar gemas con propiedades mágicas. Costaba imaginar que un pueblo con una vida sencilla y nómada tuviera acceso a un conocimiento tan especial.

«Tal vez su vida no sea tan sencilla, después de todo.»

¿Cómo era posible que los Traidores no hubieran abandonado su ciudad escondida, pese a poseer semejante poder? Claramente, las gemas tenían sus limitaciones. Quizá había que fijarlas en una superficie, en una cueva, para convertirlas en un arma eficaz.

«Los documentos que mencionaban la piedra de almacenaje no decían que estuviera pegada a nada. De lo contrario, al desprenderla habría perdido toda su utilidad, y nadie se habría molestado en perseguir al ladrón.»

A Lorkin le habría interesado mucho todo lo que él había averiguado aquella noche. Pero Lorkin estaba con los Traidores...

... y los Traidores tenían conocimientos sobre gemas mágicas.

Dannyl contuvo el aliento.

De repente, comprendió algo que lo pondría en una situación considerablemente incómoda respecto a los hombres con los que estaba, el rey de Sachaka, el Gremio y, sobre todo, la madre de Lorkin.

De repente, comprendió que había muchas posibilidades de que Lorkin no quisiera ser encontrado.

No mucho después del amanecer, Savara había decidido que hicieran un alto en una cresta elevada y al descubierto. El terreno se había vuelto más pendiente y accidentado en el transcurso de la noche, y todos los Traidores de su grupo habían utilizado unas luces diminutas y tenues que flotaban cerca del suelo para iluminar el camino. Después de apostar vigías y enviar una avanzada a explorar, ella ordenó al resto del grupo que acampara al otro lado de la cresta, donde no estarían tan a la vista, e intentarían dormir.

—Ahora les llevamos varias horas de ventaja a nuestros perseguidores —dijo—. También tendrán que pararse a descansar, y están menos acostumbrados que nosotros a moverse por territorios agrestes. Reanudaremos la marcha tras el anochecer.

Los demás Traidores llevaban mochilas pequeñas, como aquellas con las que cargaban Lorkin, Tyvara y Chari desde que habían dejado atrás la carreta. Entonces él descubrió para qué eran

las telas gruesas enrolladas. Estaban extendiéndolas para usarlas como colchón. Él había supuesto que se trataba de algún tipo de manta, pero tenía sentido que llevaran un colchón en vez de una manta: los magos podían calentar el aire, pero no ablandar el suelo.

«Y menos aún aquí», pensó mientras se tumbaba junto a Chari y Tyvara. En aquella zona no había más que rocas y piedras, con algún que otro árbol retorcido. Al oír unos pasos y volverse, vio que Savara se aproximaba y se levantó rápidamente.

—He reflexionado sobre su propuesta y he consultado a la reina —le informó ella. «Por medio de un anillo de sangre, sin duda», pensó él—. Le ha concedido permiso para acompañarnos a Refugio, si aún lo desea. Pero no será ella quien decida si se le permitirá marcharse. Esta decisión se tomará en una votación, lo que seguramente implica que tendrá que quedarse. Muchos Traidores tendrán miedo de que revele usted el emplazamiento de la ciudad si dejamos que se vaya.

Lorkin asintió.

—Lo comprendo.

—Tómese tiempo para pensarlo —dijo ella—, pero necesito que me comunique su decisión antes de que partamos esta noche.

Se alejó, ascendió a lo alto de la cresta y se sentó a la sombra de una peña grande. «Está vigilando», concluyó Lorkin. Se tumbó de nuevo, aunque sabía que no podría conciliar el sueño por la decisión que tenía que tomar.

—Nadie te lo reprochará si decides volver a casa —dijo una voz cercana.

Se colocó de costado y vio que Chari lo observaba, con un brazo debajo de la cabeza, a manera de almohada.

—La otra facción..., la que envió a alguien a matarme..., ¿lo intentará de nuevo si voy a Refugio? —preguntó él.

—No —respondió ella sin vacilar—. Una de nuestras reinas decretó hace mucho tiempo que no podían cometerse asesinatos en Refugio. Creo que algunos de los nuestros decidieron que si eran un arma política útil fuera de Refugio, también lo serían dentro. En Refugio, un asesinato es un asesinato, excepto cuando se trata de una ejecución, que es la pena que se impone a los asesinos.

Lorkin asintió. «Y es la pena a la que se enfrenta Tyvara.»

—¿Cabe la posibilidad de que un Traidor quiera leerme la mente?

—Todos querrán echar un vistazo al interior de esa cabeza tuya, pero lo tienen prohibido, a menos que les des tu consentimiento. Leerle la mente a alguien contra su voluntad también se considera un delito grave. No queremos ser como los ashakis.

—Entonces, si me niego..., seguramente querrán asegurarse de que mis intenciones son buenas antes de dejarme entrar en la ciudad.

—Les encantaría. Pero las leyes están para cumplirse. Algunas son un poco absurdas, como la que permite que la reina decida si un forastero puede entrar en la ciudad, pero no si puede irse.

—Si no puedo irme, ¿qué se me exigirá?

—Que respetes la ley, por supuesto. —Se encogió de hombros—. Eso incluye colaborar en las labores de la ciudad. No puedes esperar que te demos comida y una cama en la que dormir sin ayudarnos de alguna manera.

—Me parece justo.

Chari sonrió.

—¿Alguna otra pregunta?

—No. —Lorkin se colocó boca arriba—. Al menos por el momento.

Había reflexionado mucho desde que se habían unido a la portavoz Savara y sus acompañantes y él se había enterado de que quizá no podría marcharse de Refugio. Durante ese tiempo había elaborado una lista de motivos para ir allí y para no ir. La lista de motivos para no ir era breve:

«He venido a Sachaka a ayudar a Dannyl, no a correr aventuras por mi cuenta, aun si esas aventuras pueden resultar en una alianza beneficiosa para el Gremio.»

Aunque él carecía de la autoridad necesaria para negociar una alianza, solo tenía que conseguir que los Traidores estuvieran dispuestos a pactar, y luego encargarse de que un mago del Gremio con autoridad se reuniera con ellos. Dannyl, por ejemplo.

«A mi madre no le gustará.»

Pero la decisión no le correspondía a nadie más que a él. Aun así, al pensar en ella sentía tanto añoranza como culpabilidad. No le gustaba la idea de no volver a verla, o a hablar con ella. Aún no se le había presentado la ocasión de utilizar su anillo de sangre sin revelar su existencia. Si entraba en Refugio, ¿lo registrarían? ¿Le quitarían el anillo los Traidores si lo encontraban? Si sospechaban de él hasta el punto de no dejar que se marchara de Refugio, desde luego tampoco querrían que utilizara un artilugio mágico que le permitía transmitir todo lo que sabía al Gremio.

Empezaba a pensar que tendría que usarlo pronto, aunque solo fuera para tranquilizar a su madre, y encontrar luego un lugar donde esconderlo.

«Conservar el anillo es otro motivo para no ir a Refugio. Pero es un motivo menor, y puedo hacerlo desaparecer.»

En conjunto, los motivos para ir eran mucho más numerosos. En primer lugar, estaba Tyvara. No podía plantearse la posibilidad de abandonarla. Si no declaraba en su favor en el juicio, tal vez la ejecutarían. Ella le había salvado la vida y podía morir por ello, lo que lo convertiría a él en culpable absoluto de su muerte.

«Aunque supiera que ella no corre peligro, la perspectiva de no volver a verla... —Notó una opresión en el pecho, y se le aceleró el pulso. Frunció el ceño—. Esto va más allá de mi obligación de ayudarla. Me gusta. Mucho. No puedo abandonarla, aunque ella no corresponda a mis sentimientos.»

Pensó en lo que había insinuado Chari: «Nuestra Tyvara no se conforma con cualquier hombre. Pero no te preocupes por eso». La mujer creía que Tyvara lo encontraba atractivo. Pero el comportamiento de Tyvara parecía indicar lo contrario. Era como si ella estuviera empeñada en

ahuyentarlo; ponía mala cara cuando él le hablaba e intentaba convencerlo de que regresara a Kyralia. Cada vez que lo hacía, Chari le aseguraba a Lorkin que Tyvara se sentía culpable por no haberle explicado antes el precio que tendría que pagar por entrar en Refugio, y no quería que renunciara a su libertad por ella.

«Pero si dejo que me convenza de volver a Kyralia, no solo me habrá salvado, sino que tal vez habrá sacrificado su vida por mí. No puedo permitir que eso ocurra.»

Tyvara no era la única razón por la que debía ir a Refugio. Si después de llegar hasta allí, tan cerca de aquellos Traidores, no intentaba establecer negociaciones entre ellos y el Gremio, estaría desaprovechando una oportunidad magnífica. Dudaba que muchos extranjeros tuvieran la ocasión de entrar en Refugio y hacer propuestas de ese tipo. Aunque a los Traidores no les gustara la idea, al menos él la habría sembrado en su mente.

Pero ¿era realista esperar que un pueblo tan reservado decidiera comerciar con el Gremio?

«Bueno, si quieren adquirir conocimientos de sanación mágica, no les quedará otro remedio.»

Cabía la posibilidad de que los Traidores concluyeran que era más seguro renunciar a la sanación y permanecer ocultos a los ojos del mundo, manteniéndolo a él recluido en Refugio. Pero valía la pena correr el riesgo.

Tenía que reconocer que lo acosaba la idea de que estaba obligado a expiar la traición de su padre. Aunque él no podría proporcionarles conocimientos de sanación sin permiso del Gremio, podía encaminar sus esfuerzos a obtener ese permiso. Tenía la sensación de que era lo menos que podía hacer por los Traidores.

«Y si todo sale según el plan, conseguiremos algo a cambio. Tal vez solo la habilidad de bloquear la lectura mental, pero algo me dice que tienen algo más que ofrecer. Estoy seguro de que el bloqueo de la mente se consigue con alguna gema similar a las piedras de sangre. Sería todo un terreno nuevo de la magia por explorar.»

El Gremio se negaría a negociar con los Traidores mientras mantuvieran cautivo a Lorkin. A la larga, si los Traidores querían aprender sanación mágica, tendrían que liberarlo. Mientras tanto... Chari había mencionado unos documentos. Como llevaban varios siglos ocultos, los Traidores debían de poseer datos históricos totalmente desconocidos para Dannyl; documentos que podían conducir al redescubrimiento de la magia antigua; técnicas mágicas que el Gremio podría utilizar para defenderse. «Siempre y cuando esas técnicas existan, puedan emplearse de forma defensiva y yo consiga transmitir algún día esa información al Gremio.»

Lorkin suspiró. Tal vez era demasiado optimista al pensar que los Traidores podían llegar a pactar con el Gremio y las Tierras Aliadas, y que él recuperaría su libertad. Quizá estaba haciéndose demasiadas ilusiones.

Por otro lado, los Traidores eran mucho mejor personas que quienes gobernaban el resto de Sachaka. Detestaban la esclavitud, para empezar. Creían en la igualdad de todos: hombres, mujeres, magos y no-magos.

Además, ejercían una influencia increíble sobre todo el país a través de sus espías. Él tenía que reconocer que la posibilidad de que algún día dominaran Sachaka lo seducía. No le cabía duda de que lo primero que harían sería abolir la esclavitud. Sin embargo, dudaba que renunciaran a la magia negra. Aun así, sería un paso de gigante hacia la incorporación de Sachaka a las Tierras Aliadas.

«¿Cómo voy a rendirme y volver a Arvice, después de todo lo que he visto aquí? Los esclavos, la terrible jerarquía basada en la herencia y la magia negra. La sociedad de los Traidores no puede ser peor que eso.»

Tenía muchas razones para ir a Refugio, y muy pocas para regresar a Arvice.

No era consciente de que se había levantado hasta que vio que tenía los pies en el suelo. Aquella sensación de determinación y firmeza resultaba de lo más estimulante. Pasó junto a varias mujeres dormidas y se acercó a Savara, que estaba reclinada sobre la pared de roca, con los párpados cerrados.

—Iré a Refugio —le dijo, suponiendo que no dormía.

Ella abrió los ojos de golpe y los clavó en él. Su mirada destilaba una inteligencia desconcertante. Lorkin no pudo evitar pensar que ella debía de haber sido toda una belleza en su juventud.

—Bien —respondió Savara.

—Pero tendrán que dejar que yo me ocupe del embajador Dannyl —añadió él—. No se dará por vencido. Si conociera usted a mi madre, lo entendería. Acabará por encontrar Refugio, a menos que ustedes lo maten. Lo aprecio bastante, así que les agradecería que no lo mataran. Y, si lo hicieran, las consecuencias seguramente no serían buenas para los Traidores.

—¿Cómo lo convencerá de que deje de seguirlo?

Él le dedicó una sonrisa lúgubre.

—Sé qué es lo que tengo que decirle. Pero debo hablar con él a solas.

—Dudo que los ashakis permitan que usted se marche, si lo ven.

—Tendremos que conseguir de algún modo que él se aparte de ellos por un momento.

Ella reflexionó sobre ello con expresión ceñuda.

—Creo que podemos encargarnos de eso.

—Gracias.

—Váyase a dormir. Tendremos que dejar que nos alcancen de nuevo, así que, mientras tanto, lo mejor será que aprovechemos para descansar.

Lorkin regresó a su colchón y vio que Tyvara estaba incorporada, mirándolo con cara de pocos amigos.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—Más te vale no imaginar que entre tú y yo hay algo más de lo que hay, kyraliano —le advirtió con voz grave.

Él fijó la vista en ella, de pronto invadido por las dudas. Ella le sostuvo la mirada, antes de volverse bruscamente en otra dirección y tumbarse dándole la espalda. Él se acomodó en su colchón y notó que la preocupación empezaba a corroerlo.

«Tal vez sea algo no correspondido...»

—Tranquilo —susurró Chari—. Siempre hace lo mismo. Cuanto más le gusta alguien, más se empeña en alejarlo de su lado.

—Cállate, Chari —siseó Tyvara.

Tumbado en el duro suelo, Lorkin supo que no iba a pegar ojo. Le esperaba un día muy largo. Empezaba a preguntarse si tal vez vivir en una ciudad de mujeres como aquellas presentaría un inconveniente importante.

Mientras Regin relataba las últimas fases de la Invasión ichani, Sonea maldijo a Cery de nuevo e intentó no escuchar. Después de salir del Gremio, el sanador que le había llevado el mensaje y ella se habían dirigido rápidamente al hospital en carruaje.

«Han pasado tantas horas desde entonces, que tengo la sensación de que fue algo que ocurrió ayer.»

Recordó que se había producido un retraso. Un sanador que era nuevo en el hospital la había asediado a preguntas sobre el protocolo. Sonea le había dicho que podía hacer esas preguntas a cualquier otro sanador del lugar e incluso a algunos ayudantes, pero él no parecía fiarse de ellos. Para cuando Sonea logró zafarse de él, Regin estaba allí, esperándola.

Había llegado en un carromato que utilizaba para transportar provisiones a su casa familiar. Ella se había sentido algo fuera de lugar en la parte trasera de un carro viejo, sentada en una caja vacía, al igual que él. Pero había sido una decisión astuta. Habrían llamado demasiado la atención si se hubieran presentado en un carruaje del Gremio.

Además, Regin había comprado unos abrigos viejos y raídos para que se los pusieran por encima de las túnicas. Ella se sintió inmensamente agradecida por ello, y un poco avergonzada por no haber pensado cómo se disfrazarían.

«Bueno, tenía muchas cosas en la cabeza. Muchas más de las que Regin se imagina. Y aunque Cery está enterado del secuestro de Lorkin, no he tenido ocasión de decirle que Dannyl está a punto de dar con él.»

Cuando habían llegado a su destino, un hombre había salido a su encuentro y les había comunicado que su anfitrión los esperaba, y que solo tenían que enfilear el pasillo y llamar a la última puerta a la izquierda. Habían entrado en el viejo matadero, cuyo dueño se había visto obligado a trasladar su negocio cuando la zona se había vuelto más próspera y remilgada respecto a sus vecinos. Ahora se utilizaba como almacén.

«Estaba anocheciendo cuando llegamos. Me preocupaba que se nos hiciera tarde. Ya veo que no había tanta prisa.»

Los habían llevado a una sala sorprendentemente bien amueblada. Un hombre de aspecto poco corriente se había levantado de uno de los caros sillones para dedicarles una reverencia. Era moreno como un lonmariano, pero con un tono claramente rojizo en la piel y unos ojos extraños y alargados que le recordaron los dibujos de depredadores peligrosos que moraban en las montañas.

Sin embargo, hablaba sin acento. Se identificó como Skellin y les ofreció una copa. Ellos rehusaron. Sonea supuso que Regin era tan reacio como ella a embotar sus sentidos antes de un posible enfrentamiento mágico.

«Tal vez debería haber aceptado esa copa.»

Saltaba a la vista que estaba emocionado de verlos. Cuando por fin dejó de manifestar su entusiasmo por hallarse en presencia de magos de verdad —entre ellos la mismísima Maga Negra Sonea—, les contó su historia. Su madre y él habían abandonado su país de origen —que estaba muy lejos, al norte— cuando él era niño. Farén, el ladrón al que ella había accedido a prestar sus servicios como maga a cambio de que la ocultara del Gremio, lo había criado para que fuera su heredero. Apenas se acordaba de su tierra natal y se consideraba kyraliano.

Llegados a este punto, Sonea había empezado a sentir simpatía hacia él, aunque no había olvidado que era un importador de craña. Cery había sido el último en llegar, y Skellin se había puesto serio. Explicó su estratagema. Según había averiguado, la renegada trabajaba para un vendedor de craña que compraba la mercancía a un trabajador de aquel edificio. Estaba previsto que fueran a buscar más, pero no podían estar seguros del momento. A veces se pasaban por allí a primera hora de la tarde, a veces mucho después. Skellin tenía hombres preparados para avisarle cuando ella y el vendedor llegaran. No les quedaba más que esperar.

«Y a fe que hemos esperado —pensó ella—. Durante horas y horas. Lo único que quiero es regresar para preguntarle a Osen si Dannyl ha alcanzado ya a Lorkin.»

En vez de eso, Skellin había insistido en que Regin y ella contaran historias del Gremio. El ladrón sabía cómo había llegado ella a convertirse en maga, pero no cómo había ingresado Regin en el Gremio. Aunque el relato de Regin no era precisamente emocionante o extraordinario, Skellin se mostró visiblemente interesado por él. A continuación, quiso saber cómo se estructuraban los estudios en la universidad, qué normas debían seguir, qué disciplinas se impartían y qué englobaban.

El ambiente se tornó menos agradable cuando él los apremió para que describieran la Invasión ichani.

—Seguro que tienen anécdotas increíbles que contar —dijo el ladrón con una gran sonrisa—. Yo no estaba aquí en aquel entonces, claro. Mi madre y yo aún no habíamos llegado al país.

Regin le había evitado a Sonea la angustia de revivir el momento más doloroso de su pasado, tomando el relevo de la historia desde ese punto. Ella se preguntó si lo había hecho porque se había imaginado lo difícil que le habría resultado. Fuera como fuese, se sintió aún más agradecida hacia él.

«Ya van tres cosas por las que tengo que darle las gracias esta noche —pensó—. El carromato, los abrigos y haberme ahorrado el tener que evocar recuerdos desagradables. Debería...»

Unos golpes en la puerta interrumpieron sus pensamientos. Skellin respondió en voz muy alta, y un hombre delgado vestido de negro abrió la puerta.

—Están aquí —dijo antes de retroceder y salir de la habitación.

Sonea suspiró aliviada lo más silenciosamente que pudo. Todos se pusieron de pie. Skellin los miró alternadamente.

—Dejen aquí sus abrigos, si quieren. Nadie les verá excepto mi gente y la renegada. —Sonrió—. Estoy deseando verles utilizar sus famosos poderes. Síganme.

Cruzaron en fila otra puerta que daba a un largo pasillo. Unas ventanas brillaban débilmente al

fondo.

«Falta poco para el amanecer. ¡Llevamos toda la noche en vela! —Sintió una punzada de aprensión—. ¿Habrá encontrado ya Dannya a Lorkin? ¿Y si Osen ha enviado a alguien a buscarme y han descubierto que me he escapado? Aunque no lo haya hecho, a mis cómplices en el hospital les habrá costado impedir que el sanador nuevo me busque para hacerme más preguntas.

»Alguien debe de haber reparado en mi ausencia a estas alturas.»

Pero, aunque así fuera, daba igual. Cuando Regin y ella regresaran al Gremio con la renegada, no haría falta que siguiera encubriendo sus andanzas fuera de los hospitales. Si Rothen estaba en lo cierto, nadie les daría importancia. Todos centrarían su atención en el descubrimiento de que una maga que no solo no pertenecía al Gremio, sino que trabajaba activamente para delincuentes había estado viviendo en la ciudad.

Si Rothen se equivocaba, las cosas iban a ponerse muy feas para ambos.

Se tiende la trampa

Mientras salía de la habitación detrás de Skellin, Sonea y Regin, Cery tomó nota mentalmente de pedir perdón a Sonea cuando estuvieran a solas, por la larga noche que había tenido que soportar. Tal vez solo había percibido lo incómoda que se había sentido con las preguntas de Skellin sobre la Invasión ichani porque la conocía desde hacía muchos años.

«Aunque yo habría pensado que alguien lo bastante listo para convertirse en un ladrón tan poderoso como él en tan poco tiempo intuiría que ella no tendría muchas ganas de hablar de la batalla que había desembocado en la muerte del hombre al que amaba.»

Cery se había sentido inmensamente agradecido hacia Regin por haber tomado las riendas de la conversación en ese punto para evitar que Sonea tuviera que narrar lo sucedido o negarse. No se le escapó la ironía de la situación. Jamás se habría imaginado que algún día le agradecería a Regin su consideración.

Al final del largo pasillo, subieron unas escaleras hacia la planta superior del viejo edificio. Skellin los guió hacia una puerta cerrada. Se detuvo con la mano en el pomo y miró a Sonea y a Regin.

—¿Listos?

Los dos magos asintieron.

Skellin abrió la puerta, la cruzó y se echó a un lado rápidamente, como para no verse atrapado entre los magos y su presa. Cery siguió a Sonea y a Regin al interior de una habitación repleta de cajas, iluminada por lámparas colocadas a lo largo de las paredes. Cuatro personas se volvieron para ver quién había entrado. Eran tres hombres y una mujer que llevaba una capa con una capucha que le ensombrecía el rostro, de modo que solo se vislumbraba la tez morena de su barbilla y su mandíbula. Dos de los hombres no mostraron la menor preocupación o sorpresa ante la interrupción. El tercero miró a Skellin, luego a los magos y bajó la vista hacia sus túnicas. Parecía asombrado y asustado.

Sin embargo, la reacción de la mujer fue la más espectacular. Reculó y alzó los brazos como para repeler un golpe. El aire vibró ligeramente. Sonea y Regin se intercambiaron una mirada de complicidad. «Eso ha sido algún tipo de ataque mágico», supuso Cery. Los magos devolvieron su atención a la mujer, que soltó un chillido de sorpresa y apretó los brazos contra sus costados.

«¿O se trata de un movimiento involuntario? —se preguntó Cery—. Es como si estuviera envuelta en algo invisible.»

Los magos se detuvieron por unos instantes, como aguardando algo, pero nada ocurrió. Sonea miró a Regin de nuevo y luego se acercó a la mujer.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—F-Forlie —respondió la mujer con voz temblorosa.

—¿Sabías, Forlie, que todos los magos de las Tierras Aliadas deben ser miembros del Gremio de los Magos?

La mujer tragó saliva de forma audible y asintió.

—¿Por qué no eres miembro? —preguntó Sonea, no en un tono acusador sino simplemente con curiosidad.

La mujer parpadeó y volvió la cabeza hacia Skellin.

—No... no quería serlo.

Sonea sonrió, y aunque era una sonrisa tranquilizadora, destilaba cierta tristeza.

—Ahora tenemos que llevarte al Gremio. No te harán daño, pero has infringido la ley. Ellos deben decidir qué hacer contigo. Si colaboras, te irá mejor a la larga. ¿Nos acompañarás voluntariamente?

Forlie movió la cabeza afirmativamente. Sonea le tendió la mano. Ella o Regin dejaron de ejercer la fuerza que mantenía sus brazos pegados a su cuerpo, y la mujer relajó los hombros. Tímidamente, extendió la mano para estrechar la de Sonea. Las dos caminaron hacia Regin. Todos los presentes exhalaban un suspiro de alivio. Cery advirtió que Skellin parecía complacido. Sonea y Regin tenían una expresión sombría, pero también aliviada. En cuanto a Forlie...

Cery frunció el ceño, se acercó a la mujer y le quitó la capucha. Se sintió conmocionado al ver su rostro.

—No es ella. No es la renegada.

Hubo un silencio, y luego Skellin tosió.

—Claro que lo es. Ha utilizado la magia, ¿no? —Miró a Sonea y a Regin.

—Así es —convino Regin.

—Entonces debe de haber dos renegadas —dijo Cery—. Tal vez estaba oscuro cuando la vi, pero Forlie no se parece en absoluto a la mujer a la que espíe mientras hacía magia.

—Tiene la piel oscura, como la persona que describiste, y la misma edad. Solo la viste desde arriba. ¿Cómo puedes estar tan seguro?

—La forma de la cara es muy distinta. —Además, el color de la tez de Forlie era más claro. Por su físico, Cery supuso que tenía sangre lonmariana. Pero la mujer que había visto en la casa de empeños tenía una constitución totalmente distinta—. Es demasiado alta. —«Y demasiado dócil para ser la asesina de mi familia.»

—Eso no me lo habías dicho antes —señaló Skellin.

Cery le echó una mirada.

—Supongo que no me parecía necesario entrar en detalles, si solo había una mujer que usaba la magia en la ciudad.

—Habría sido útil saberlo. —Skellin arrugó el entrecejo por un momento, luego suspiró y se encogió de hombros—. Bueno, supongo que sigue siendo útil. Todavía puedes identificar a la otra.

Cery se fijó en Sonea y vio que sacudía la cabeza con desánimo. Recordó lo preocupada que estaba de que la sorprendieran deambulando por la ciudad sin autorización. Cuando llevara a la renegada al Gremio, ellos sabrían que se había saltado sus restricciones.

—¿Te acarrearán problemas esto? —preguntó él.

—Nos aseguraremos de que no —contestó Regin con firmeza—, pero tal vez te acarree problemas a ti. Cuando se corra la voz de que hemos atrapado a esta m... —miró a la mujer—, a Forlie —se corrigió—, la otra renegada podría volverse más cautelosa. No será tan fácil de encontrar.

—Tampoco es que lo fuera antes —añadió Skellin.

Regin se giró hacia el ladrón.

—¿Volverás a ayudarnos?

—Por supuesto. —Skellin sonrió.

Cuando el mago posó la vista en él, Cery hizo una reverencia.

—Como siempre.

—Entonces estaremos a la espera de tu siguiente mensaje —dijo Sonea—. Entretanto, tenemos que regresar al Gremio lo antes posible. —Apartó los ojos rápidamente. Al seguir la dirección de su mirada, Cery vio que la luz del alba empezaba a colarse por las ventanas que los rodeaban.

—Sí, márchense —dijo Skellin. Agitó la mano con aire displicente hacia los tres hombres que estaban de pie junto a las cajas, con expresión desconcertada—. Seguid trabajando —les ordenó—. Y ahora, dejen que les acompañe fuera —dijo a los magos—. Por aquí.

Forlie guardó silencio mientras caminaba con los magos y ladrones. Retrocediendo sobre sus pasos, bajaron la escalera, recorrieron el pasillo amplio y entraron en la habitación en que habían pasado casi toda la noche. Los magos cogieron sus abrigo y salieron al callejón. Skellin les deseó lo mejor a todos y aseguró que se comunicaría con ellos en cuanto tuviera algo que decirles. Al final del callejón, Cery se detuvo.

—Buena suerte y todas esas cosas —le dijo a Sonea—. Seguiremos en contacto.

Ella sonrió.

—Gracias por tu ayuda, Cery.

Él se encogió de hombros antes de dar media vuelta y dirigirse a grandes zancadas hacia donde Gol lo esperaba, oculto en las sombras de un portal situado enfrente del viejo matadero.

—¿Quién era esa? —preguntó el hombretón, yendo al encuentro de Cery.

—La Maga Negra Sonea.

—No me refiero a ella. —Gol puso los ojos en blanco—. La mujer.

—La renegada.

—No, no es ella.

—No es nuestra renegada. Es otra.

—¿Me tomas el pelo?

Cery sacudió la cabeza.

—Ojalá fuera así. Al parecer, seguimos a la caza de nuestra renegada. Te lo explicaré más tarde. Vayamos a casa. Ha sido una noche larga.

—Ya lo creo —farfulló Gol. Se volvió hacia atrás. Al imitarlo, Cery vio que Regin y Sonea seguían de pie junto a su carromato.

—Qué raro. Sonea tenía prisa por volver —comentó Cery.

—Todo este asunto ha sido raro desde el principio —se quejó Gol.

«Tiene razón —pensó Cery—. Y lo más raro de todo es la propia Forlie, el modo en que miró a Skellin cuando Sonea le hizo una pregunta..., como si le pidiera instrucciones.»

No había lugar a dudas. Algo no iba bien. Pero habían atrapado a una maga renegada. Tal vez no fuera la que él pensaba que estaba implicada en el asesinato de su familia, pero ahora al menos no podría prestar sus servicios a personajes poco escrupulosos como él mismo. La vida en los bajos fondos de la ciudad ya era lo bastante peligrosa sin magos que se ofrecieran al mejor postor.

«Aunque no vendría nada mal tener alguno al que poder recurrir de vez en cuando. Quizá me facilitaría mucho la tarea de encontrar al asesino de mi familia.»

De una cosa estaba seguro, no obstante. La otra renegada no les resultaría tan fácil de capturar.

Lorkin esperaba, sentado en un viejo tronco seco. En algún lugar, más adelante, había varios magos sachakanos con sus esclavos, un dúneo y un embajador kyraliano que se aproximaban. En algún lugar, más atrás, Tyvara y Chari aguardaban. Y por todas partes, a su alrededor, los Traidores estaban tomando posiciones para tender la trampa que habían planeado.

Él estaba solo.

A pesar de la seguridad en sí misma que rezumaba la portavoz Savara, Lorkin sabía que lo que se proponían era peligroso. Ella se negaba a explicarle cómo pensaban separar a Dannyl de sus acompañantes. No había dicho nada cuando él había preguntado si planeaban matar a alguien. Lorkin supuso que no, pues los Traidores parecían ansiosos por evitar darle al rey sachakano motivos para invadir su territorio, y la muerte de algunos ashakis sin duda lo obligaría a ello para tomar represalias.

Savara le había advertido que no dispondría de mucho tiempo. En cuanto los ashakis se percataran de que habían apartado a Dannyl de ellos deliberadamente, harían todo lo posible por encontrarlo. Y si Lorkin seguía con Dannyl, lo atraparían.

Lorkin suspiró y contempló el paisaje rocoso y yermo que lo rodeaba. Hacía semanas que no estaba solo. Le habría parecido un cambio agradable, de no ser por las circunstancias. Por otro lado, dudaba que no hubiera nadie observándolo.

«Si no fuera por eso, intentaría comunicarme con mi madre.»

El anillo de sangre se había convertido en un motivo de preocupación. A Lorkin no le sorprendería que los Traidores lo registraran antes de llegar a Refugio, o justo después. Aunque no lo trataban como a una amenaza, él no podía contar con que se fiaran de él por completo.

«Y, cuando lo hagan, encontrarán el anillo de mi madre. Es demasiado obvio que hay algo metido en el lomo de mi libreta. Lo investigarán. Lo encontrarán y me lo arrebatarán si le revelo a ella mi paradero. ¿Debo confiar en que lo pondrán a buen recaudo?»

No estaba preparado para correr ese riesgo. Hasta el momento solo se le habían ocurrido dos soluciones: esconderlo en algún sitio o dárselo a Dannyl. Optó por esto último.

«Un momento... Eso significa que puedo utilizarlo ahora. Da igual si alguien me ve y se da cuenta de lo que estoy haciendo. Me lo quitará y se lo llevará.»

Le sorprendió la sensación de alivio que lo invadió, pero no la duda repentina que lo asaltó después. Aunque deseaba explicarle a su madre qué estaba haciendo y asegurarle que se encontraba bien, le costaría bastante convencerla.

Aun así, tenía que intentarlo. Y no disponía de mucho tiempo.

Se llevó las manos al interior de la túnica y extrajo la libreta. Tras escarbar y empujar un poco, consiguió sacar el anillo. Respiró hondo antes de ponérselo en el dedo.

¿Madre?

¡Lorkin!

El consuelo y la inquietud calaron poco a poco en él como una música tenue.

¿Te encuentras bien?, preguntó ella.

Sí. No dispongo de mucho tiempo para explicártelo.

Bien..., entonces ve al grano.

Alguien intentó matarme, pero me salvó una mujer que pertenece a un pueblo conocido como los Traidores. Tuvimos que salir de Arvice porque era probable que alguien intentara matarme de nuevo. Ahora nos dirigimos hacia la ciudad secreta de la que ella procede. Voy con ella, pero hay muchas posibilidades de que no me dejen salir de la ciudad si informo a alguien de su localización.

¿Tienes que ir?

Sí. Se suponía que ella no debía matar a la persona que intentó asesinarme. Si no hablo en su defensa, tal vez la ejecuten por asesinato.

Te salvó la vida, y ahora quieres devolverle el favor. Sonea hizo una pausa. Me parece justo, pero ¿vale la pena que renuncies a tu libertad por ello?

Creo que puedo hacer que cambien de idea, pero quizá me lleve un tiempo. Mientras tanto..., el Gremio no sabe nada sobre ellos. Quiero aprender lo máximo posible. Practican una magia totalmente desconocida para nosotros.

La magia por la que viajaste a Sachaka en un principio.

Tal vez. No lo sabré hasta que llegue allí.

Ella se quedó callada durante un rato largo.

No puedo detenerte... Más vale que sea cierto que puedes convencerlos de que te dejen marchar. De lo contrario, iré a buscarte yo misma.

Dame unos años de margen. Y deja que les haga unas cuantas advertencias antes.

¿Años?

Por supuesto. No se puede cambiar una sociedad entera de la noche a la mañana. Pero intentaré no tardar tanto.

Bueno... Será mejor que te acuerdes de ponerte el anillo de vez en cuando.

Ah, eso supondrá un problema. Me temo que me registrarán. Si encuentran el anillo de sangre, me lo quitarán. Es muy importante para ellos mantener en secreto la ubicación de su ciudad, y teniendo en cuenta cómo es el resto de Sachaka, no los culpo. Se lo entregaré a Dannyl.

¿Aún no has hablado con Dannyl?

No, pero pronto lo haré. Si no evito que continúe siguiéndome, los Traidores tendrán que matarlo. Supongo que no puedes pedirle a Osen que intente disuadirlo, ¿verdad?

Ahora mismo, no. Estoy en la ciudad.

Un movimiento llamó la atención de Lorkin.

Tengo que dejarte.

Buena suerte, Lorkin. Ten cuidado. Te quiero.

Y yo a ti.

Se quitó el anillo y se levantó. Lo que había visto era una Traidora que avanzaba con sigilo por el borde de un barranco. Parecía estar observando atentamente algo que ocurría abajo. A Lorkin el corazón le dio un vuelco.

«Más vale que Dannyl lleve un escudo muy fuerte.»

Más adelante, Unh, mirando en torno a sí, caminó en varias direcciones y regresó al punto de partida. Sacudió la cabeza, se volvió y le hizo señas a Dannyl de que se acercara. Por algún motivo, ahora el dúneo prefería hablar con Dannyl cuando tenía que informar sobre algo.

—Las huellas se acaban aquí —dijo el hombre, señalando el suelo. Alzó la vista hacia la pared de roca que se erguía imponente sobre ellos—. ¿Probamos por allí?

Dannyl miró hacia arriba y calculó la distancia. La cima de la pared no estaba demasiado lejos.

Invocó magia y creó un disco de fuerza bajo sus pies y los de Unh. Lo sujetó por los brazos, y el hombre se aferró a él. Lo habían hecho muchas veces aquel día, bien para subir a lo alto de un precipicio, bien para ascender hacia un saliente o un valle.

De cerca, el dúneo olía a sudor y especias, una combinación no del todo placentera, pero tampoco demasiado desagradable. Dannyl se concentró y elevó el disco en el aire con ambos encima.

La pared de piedra pasó a toda velocidad frente a ellos y luego quedó abajo cuando sobrepasaron la cumbre. Había una cornisa estrecha a lo largo del borde. Dannyl flotó hacia el centro antes de posarse sobre ella. Al otro lado, las cúspides de las montañas se recortaban contra el cielo como dientes de una sierra irregular.

—Si los magos podéis hacer esto, ¿por qué no sobrevoláis las montañas para encontrar la ciudad de Traidores? —preguntó Unh.

Dannyl lo miró sorprendido. El hombre nunca antes había puesto en duda sus habilidades.

—La levitación requiere concentración —respondió—. Cuanto más lejos del suelo estás, más concentración necesitas. No estoy seguro de por qué. Por otro lado, a medida que subes, te desconcentras cada vez con mayor facilidad, y más grande es la caída.

El hombre frunció los labios y asintió.

—Entiendo. —Le dio la espalda y comenzó a inspeccionar el suelo.

Unos momentos después, soltó un bufido de satisfacción. Se inclinó sobre el borde del precipicio para ver a los sachakanos, que estaban abajo, mirando hacia arriba con perplejidad.

—Las huellas continúan aquí —les gritó, y echó a andar por la cornisa.

Dannyl esperó y observó a los sachakanos mientras se turnaban para ascender levitando con sus esclavos por la pared de roca.

—Nos estamos adentrando cada vez más en la región —dijo uno de los ashakis, paseando la vista en torno a sí—. ¿Alguien había llegado tan lejos alguna vez?

—¿Quién sabe? —contestó otro—. Llevamos siglos intentando encontrarlos. Seguro que alguien más ha llegado hasta aquí.

—Dudo que estemos muy cerca de ellos —señaló un tercero—. Ya habrían intentado detenernos.

Achati rió entre dientes y se quitó un poco de polvo de la ropa.

—No correrán el riesgo de hacer daño a nuestro amigo kyaliano. Aunque no tendrían el menor reparo en atacarnos a nosotros, no se atreverían a matar a un mago del Gremio, pues eso podría ocasionar que nuestros vecinos decidieran ayudar a Sachaka a librarse de su problema con los Traidores.

—Entonces será mejor que nos mantengamos cerca del embajador —dijo el primer ashaki y bajó la voz—, aunque no tan cerca como para tener que soportar el hedor de nuestro rastreador.

Los demás soltaron una risita. Dannyl dirigió la mirada detrás de ellos y vio que Unh estaba a

unos cien pasos de distancia, haciéndole gestos para que se acercara. Saltaba a la vista que el dúneo prefería su ayuda a la de los sachakanos. «No se lo reprocho, aunque he de reconocer que no huele demasiado bien. Seguramente yo tampoco, después de caminar durante días por las montañas sin darme un baño o cambiarme de ropa.»

Cuando alcanzó a Unh, los dos siguieron adelante. Pronto tuvieron que bajar levitando por el otro lado de la cresta, y subir otras dos paredes. Unh siempre volvía a encontrar el rastro. El tiempo transcurría, y pronto el sol estaba a punto de ocultarse tras el horizonte. Llegaron frente a un desfiladero angosto. Unh vaciló antes de entrar y le indicó a Dannyl que caminara a su lado.

—Mantén el escudo mágico activado —dijo—, y fuerte.

Dannyl siguió su consejo. Notó que se le erizaba el vello de la espalda mientras avanzaba con el dúneo por el centro del desfiladero. Echó una ojeada hacia atrás y vio que los sachakanos los seguían con expresión sombría. Lanzaban miradas recelosas a las paredes del desfiladero.

Tras varios centenares de pasos, las paredes empezaron a separarse, y el fondo del desfiladero se ensanchó. Más adelante, se convertía en un pequeño valle. Unh exhaló y murmuró algo.

Un chasquido y una detonación estremecieron el aire. El sonido procedía de detrás de ellos. Dannyl y Unh giraron rápidamente y levantaron las manos cuando unas piedras golpetearon la barrera que los protegía. Retrocedieron. Una nube de polvo inundó el desfiladero.

Cuando esta se disipó, dejó al descubierto un enorme montón de rocas.

«¿Dónde están los sachakanos? ¿Han quedado sepultados?» Dannyl dio un paso al frente, pero una mano lo agarró del brazo. Se volvió hacia Unh, que no tenía la vista puesta en él, sino en el valle. Al seguir la dirección de su mirada, Dannyl vio una figura solitaria que caminaba hacia ellos. El corazón le dio un vuelco.

«¡Lorkin!»

—Saldrán de esta sanos y salvos —aseguró el joven mago—. Sus barreras eran lo bastante fuertes. No tardarán mucho en salir de ahí debajo, y luego descubrirán cómo llegar hasta ti, así que no puedo quedarme mucho rato. —Sonrió y se detuvo a unos pasos de Dannyl—. Tenemos que hablar.

—Desde luego —convino Dannyl.

Lorkin tenía un aspecto saludable, incluso ligeramente bronceado. Aunque iba vestido como un esclavo, se le veía curiosamente cómodo con aquella ropa, quizá solo porque la llevaba puesta desde hacía varios días.

—Sentémonos —propuso Lorkin.

Se acercó a una roca baja y se sentó. Dannyl tomó asiento en otra. Unh permaneció de pie. El dúneo le dirigió a Lorkin una mirada cautelosa de complicidad.

De pronto, todos los sonidos del desfiladero cesaron. Dannyl supuso que Lorkin había creado una barrera para evitar que alguien más oyera su conversación. «¿Solo Unh, o también otras personas?»

—Debes de tener muchas preguntas —dijo Lorkin—. Haré lo posible por responderlas.

Dannyl asintió. ¿Por dónde comenzar? Tal vez por el momento en que todo había empezado a salir mal.

—¿Quién mató a la esclava en tu habitación?

Lorkin esbozó una sonrisa irónica.

—La mujer con la que he estado viajando. Me salvó la vida.

—¿Tyvara?

—Sí. La que encontrasteis muerta en mi habitación intentó matarme. Tyvara me dijo que otras intentarían terminar el trabajo y se ofreció a llevarme a un lugar seguro.

—¿Quién quiere matarte y por qué?

Lorkin hizo una mueca.

—Es complicado. No puedo decirte quién, pero puedo decirte por qué. Es por mi padre, pero no por los ichanis que mató, sino por otra cosa que hizo. O más bien por algo que no hizo. ¿Recuerdas que alguien le ayudó a huir de Sachaka enseñándole magia negra?

Dannyl asintió.

—Pues bien, esa persona pertenecía al pueblo de los Traidores. Mi padre se comprometió a darles algo a cambio, pero nunca cumplió su promesa. En realidad, era algo que no estaba autorizado para darles, pero supongo que estaba desesperado por volver a casa y habría accedido a cualquier cosa. —Lorkin se encogió de hombros—. Necesito aclarar eso con los Traidores. Y... eso no es todo. Tengo que explicarles lo que ocurrió con Riva, la esclava que mató Tyvara, o la acusarán de asesinato y la ejecutarán. Así que necesito que dejes de seguirme.

—No sé por qué, pero sabía que dirías eso —suspiró Dannyl.

—Si no, te matarán. —Lorkin estaba más serio de lo que Dannyl lo había visto nunca—. No quieren hacerlo. Tampoco creo que quieran matar a los sachakanos... Bueno, les encantaría matarlos, supongo, pero no aquí ni ahora. Saben que cuantas más personas tengan que matar para mantener en secreto la ubicación de su refugio, más personas intentarán encontrarlos.

Dannyl asintió.

—Así que quieres que Unh y yo finjamos haber perdido el rastro.

—Sí. O que digáis lo que haga falta para suspender la búsqueda.

«Por algún motivo, dudo que me resulte muy difícil convencer a los sachakanos después de esto —pensó Dannyl, mirando las rocas que bloqueaban el desfiladero—. ¿Y Unh? Supongo que seguirá mis órdenes. Pero tal vez baste con decir la verdad. Si decidimos que no necesitamos encontrar a Lorkin, ¿seguirán buscándolo los ashakis?»

De pronto, Dannyl se acordó de las gemas. Escrutó el rostro de Lorkin.

—Esto no es solo por tu padre y por la mujer, ¿verdad?

El joven mago parpadeó por unos instantes y luego sonrió.

—No. Quiero saber más sobre los Traidores. No tienen esclavos, y la estructura de su sociedad es muy distinta del resto de Sachaka. Creo que dominan técnicas mágicas que no conocemos ni hemos visto en práctica desde hace miles de años. Creo que podrían ser un buen pueblo con el que establecer relaciones amistosas. Creo... creo que nos conviene llevarnos bien con ellos, pues podría llegar el día en que tengamos que tratar con ellos en vez de con los gobernantes actuales de Arvice.

Dannyl soltó una maldición.

—Si estalla una guerra, no tomaremos partido —advirtió—. Si ellos pierden, no podrás escapar a las consecuencias.

—No escapar. —Lorkin se encogió de hombros—. Soy consciente de los problemas que esto acarrearía al Gremio. Por el momento, lo mejor será que todo el mundo actúe como si yo hubiera abandonado el Gremio. No sé a ciencia cierta cuánto tiempo tendré que quedarme aquí. —Frunció el ceño—. Existe la posibilidad de que no me dejen marchar si revelo su paradero a otros. Le he explicado todo esto a mi madre, por cierto.

—Ah, bien. —Dannyl exhaló un suspiro de alivio—. ¿Sabes el pavor que tenía a contarle lo de tu desaparición?

—Me lo imagino —dijo Lorkin con una risita—. Lo siento. —Su expresión divertida dio paso a un gesto pesaroso. Bajó la vista y abrió los dedos de una mano. En la palma sostenía un anillo de sangre. Se lo tendió a Dannyl con una renuencia evidente—. Cógelo. No me atrevo a seguir llevándolo. Si lo encontraran tendrían motivos para desconfiar de mí, y no quiero correr el riesgo de que caiga en otras manos.

Dannyl tomó el anillo.

—¿Es de Sonea?

—Sí. —Un movimiento llamó su atención. Una columna de polvo se levantó por detrás del montón de rocas que se alzaba tras ellos. Lorkin las miró y acto seguido se puso de pie—. Tengo que irme.

Al advertir que se movían, Unh volvió la vista hacia ellos. Una vez más, a Dannyl le vino a la memoria la cueva repleta de gemas.

—Mi amigo aquí presente, de las tribus dúneas, por cierto, me contó algo interesante el otro día. Dijo que su pueblo sabe elaborar gemas como las de la Cámara del Castigo Último.

A Lorkin le brillaron los ojos con interés.

—También dijo que los Traidores robaron este conocimiento a su pueblo —prosiguió Dannyl—. Tal vez deberías tener eso presente. Es posible que tus nuevos amigos no estén libres de defectos.

El mago joven sonrió.

—¿Y quién lo está? Pero lo tendré presente. Es un dato interesante. Muy interesante. —Entornó los párpados por un momento y acto seguido miró a Dannyl y lo aferró del brazo—. Adiós, embajador. Espero que tu nuevo ayudante te resulte más útil de lo que he sido yo.

Dannyl correspondió a su gesto de despedida y se sobresaltó cuando el ruido se oyó de nuevo.

Lorkin echó a andar y se detuvo a decirle algo al dúneo cuando pasaba por su lado. Dannyl se levantó, se acercó a Unh y ambos contemplaron al mago solitario mientras se alejaba con paso decidido.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Dannyl cuando por fin perdieron de vista a Lorkin.

—Ha dicho: «Tú eres el único que corre peligro» —respondió Unh—. Quiere decir que cree que los Traidores temen que yo pueda conducirlos hasta su ciudad.

—No sin la ayuda de un mago, supongo.

El dúneo lo miró y sonrió.

—No.

—Entonces será mejor que te saquemos de aquí lo antes posible. ¿Qué te parece si levitamos sobre ese montón de piedras para ver si alguno de nuestros acompañantes sachakanos ha conseguido salir a fuerza de escarbar?

—Es una buena idea —convino el dúneo.

Cuando por fin se había despedido de Skellin, Sonea tenía ganas de proferir un alarido de frustración y a la vez de prorrumper en exclamaciones de alivio.

«A estas alturas, no solo es posible que Dannyl haya encontrado a Lorkin —pensó—, sino que se haya librado una batalla y que se hayan celebrado funerales para los muertos y un festejo por la victoria. Osen puede haber pasado de preguntarse por mi paradero a descubrir que no he estado en el hospital en toda la noche y después a ordenar a Kallen que empiece a armarse de energía para darme caza.»

Y todo para nada. Bueno, para nada, no. Habían encontrado a una renegada. Lo malo es que no era la que buscaban.

Pero al menos se había alejado de Skellin, razonó, y por fin se dirigía hacia el Gremio. Entonces había ocurrido algo que había disipado sus deseos de volver a toda prisa para informarse de las novedades. Había oído la voz de Lorkin en su mente y había percibido débilmente lo que él sentía.

Había sido muy esclarecedor.

Había olvidado lo eficaz que podía ser un anillo de sangre para transmitir los pensamientos del portador. En muy poco tiempo había descubierto no solo que Lorkin seguía con vida, sino que no temía por su integridad y estaba lleno de esperanza. Aunque no estaba totalmente seguro de cómo lo tratarían las personas con las que se encontraba, en general las respetaba y creía en su benevolencia. Estaba embelesado por la mujer que lo había salvado, pero la obligación moral que sentía hacia ella no se basaba únicamente en la lujuria o el afecto.

«Ah, Lorkin. ¿Por qué siempre tiene que haber una mujer por medio?»

Lorkin estaba lo más a salvo que cabía esperar, teniendo en cuenta la situación. Ella habría preferido que estuviera en casa, y no le gustaba la posibilidad de que los Traidores no le permitieran salir de la ciudad, pero él había decidido correr ese riesgo y ella no podía hacer nada por impedirlo.

«Al menos está muy lejos de las personas que intentaron matarlo.»

Cuando subió al carromato, se sentía mucho mejor. Sin embargo, antes de que hubieran recorrido mucho trecho, Forlie había empezado a gemir, llevándose las manos a la cabeza y al vientre. Un examen rápido había revelado a Sonea que la mujer era especialmente propensa a marearse en los vehículos, por lo que habían tenido que pedir al cochero que redujera la velocidad.

Sonea se preguntó si Lorkin se había encontrado ya con Dannyl, y si Osen estaba buscándola para contarle la buena noticia.

El carromato aminoró aún más la marcha. En la calle, alguien estaba gritando, y el cochero le respondió, también a gritos. Sonea y Regin se miraron con el entrecejo fruncido cuando el carro se detuvo. Forlie comenzó a lloriquear de miedo.

Todos dieron un respingo cuando alguien empezó a aporrear un costado del carromato.

—Maga Negra Sonea —la llamó alguien. Por la voz, Sonea supuso que se trataba de una joven—. Tienes que salir. Te has equivocado de mujer.

Sonea se acercó a la portezuela trasera del toldo y la apartó a un lado. En la calle no vio a nadie más que a unas pocas personas a lo lejos. Se oyó de nuevo que alguien golpeaba el costado del vehículo.

—Trabajo para Cery —dijo la mujer—. Tengo...

—Sabemos que no es la renegada que buscábamos —contestó Sonea en voz muy alta—. Nos lo ha dicho Cery.

Una joven esbelta apareció tras rodear el carromato a toda prisa y miró a Sonea con el ceño arrugado.

—Entonces... no habéis... no sabéis... —La chica se interrumpió para respirar hondo—. ¿Dejaréis marchar a la otra renegada, entonces?

Sonea fijó la vista en ella.

—No si puedo evitarlo.

—Pues... yo sé dónde está la renegada auténtica. Estaba vigilándoos a Cery y a ti desde el tejado de otro de los edificios cuando la vi acercarse para observaros también. Creo que sigue allí.

Regin soltó un juramento. Sonea se volvió hacia él.

—Vete con ella —la animó él—. Yo llevaré a Forlie al hospital y volveré.

—Pero... —«Pero ¿y si la mujer se ha ido ya? Quizá Osen no haya reparado en mi ausencia del hospital. En ese caso, podré seguir buscando a la renegada. Pero si salgo del carromato y alguien me ve...»

—Deberías ir tú —le dijo a Regin—. Si voy yo y alguien me reconoce, el Gremio me impedirá ir a la caza de la...

—Eres tú quien debe capturarla. —Regin clavó en ella una mirada intensa, con una inesperada

expresión de enfado—. Es importante que la gente te vea hacerlo. Tienen que recordar que eres algo más que una sanadora, que imponerte restricciones es un desperdicio. —Señaló la portezuela del carromato—. ¡Vete, antes de que ella huya!

Sonea lo miró por un momento antes de abrir por completo la portezuela y bajar de un salto. Su abrigo se abrió, y los ojos de la joven se desorbitaron al ver la túnica negra que llevaba debajo. Sonea captó la indirecta y se abrochó el abrigo.

—¿Cómo te llamas?

—Anyi. —La chica se enderezó—. Sígueme. —Arrancó a trotar en dirección al viejo matadero.

—¿Se lo has dicho a Cery? —preguntó Sonea.

La joven negó con la cabeza.

—No lo he encontrado.

Recorrieron un laberinto de callejuelas, corriendo de una sombra a otra. Sonea advirtió que tenía el corazón desbocado por una emoción que hacía mucho que no experimentaba mezclada con un instinto más primario. «Soy como un cazador que está a punto de alcanzar a su presa —pensó. Entonces recordó lo asustada que estaba cuando la perseguían unos magos poderosos y su entusiasmo se enfrió—. Por otro lado, esta mujer no es una niña inexperta. ¿Por qué nos observaba? ¿Estaba informada sobre la trampa de Skellin? Sin duda. ¿Cómo lo averiguó? ¿Envió a Forlie en su lugar?» Cerca del viejo matadero, Anyi enfiló un callejón. Al fondo, Sonea vislumbró una vía importante y transitada.

—Estaba en el tejado de este edificio —dijo—. Por aquí hay un sitio oculto por donde se puede subir...

La chica había estado a punto de lanzarse hacia una callejuela lateral sin salida, pero se paró en seco y se apartó de la entrada.

—¡Ahí está! —susurró, señalando.

Su dedo apuntaba hacia arriba. Sonea alzó la vista, percibió un movimiento y notó que un escalofrío le bajaba por la espalda. Invocó magia y generó un escudo en torno a Anyi y ella. Una mujer descendía levitando despacio hacia el callejón lateral. Desapareció en las sombras.

—¿Puedes atraparla allí? —preguntó Anyi.

De pronto se oyeron unas pisadas que se acercaban rápidamente.

—Solo hay una forma de averiguarlo —respondió Sonea. Miró a Anyi—. Regresa por donde hemos venido. Cuando te encuentres con Regin, tráelo aquí. Puede que me haga falta ayuda.

Anyi asintió y se alejó a toda prisa. Sonea modificó su escudo para dejarla salir. Cuando se volvió, advirtió que la mujer estaba a punto de dejar el callejón.

Sonea avanzó y erigió una barrera para cerrarle el paso a la mujer.

Una expresión de sorpresa, conmoción y abatimiento asomó al rostro atezado de la mujer. Entonces entornó sus extraños ojos angulosos. Una fuerza impactó contra la barrera. No se trataba de un azote de prueba, sino de una descarga más potente de lo que Sonea esperaba. Al mismo tiempo, destelló otro azote dirigido a ella. La barrera se debilitó y cayó antes de que

Sonea tuviera tiempo de reforzarla.

La mujer salió disparada del callejón sin salida en dirección a la vía principal. Sonea corrió tras ella, generando una barrera más fuerte para encerrarla en ella, pero la mujer la derribó con una descarga violenta. Momentos después, la renegada se encontraba al otro lado, entre la gente que iba y venía por la calle.

Sonea llegó a la salida del callejón. Vio que la mujer se detenía para mirarla, en medio del flujo de personas y vehículos. Al fijarse en el peculiar tono marrón rojizo de su piel, Sonea entendió por qué Cery estaba tan seguro de que Forlie no era la mujer que había visto. Cuando le vino a la mente la imagen de la cara de Skellin, un escalofrío le recorrió la espalda. La misma tez morena rojiza. La misma forma extraña de los ojos. «¡Esta mujer pertenece a la misma raza!»

Una sonrisa tensó los labios de la mujer. Una sonrisa peligrosa y triunfal.

«Cree que no me atreveré a utilizar la magia en medio de tanta gente, y tiene razón. Tampoco quiero correr el riesgo de hacerle daño a ella, aunque desde luego al Gremio le simplificaría las cosas que la mujer me obligara a matarla.»

Para merecer semejante suerte, tendría que hacer algo mucho peor que ser una maga renegada que trabajaba para los vendedores de craña como chantajista. Algo como matar a la familia de Cery.

«La necesitamos viva para averiguar si es la asesina o sabe quién es el responsable. Y también para saber de dónde viene y si hay otros magos como ella. Y por qué nos espiaba mientras capturábamos a Forlie.»

Además, a Sonea le costaría mucho más que la perdonaran por desobedecer las normas si su desobediencia la llevaba a matar a alguien.

Invocó magia. Una gran cantidad de magia. No tenía idea de cuánto tiempo podría retener a la mujer. Aunque sabía cómo absorber energía de magos, otras personas e incluso animales y almacenarla hasta que la necesitara, hacía más de veinte años que no lo hacía. Era algo que tenía prohibido a menos que los magos superiores se lo ordenaran.

No era más poderosa que antes de aprender magia negra, ni que en su época de aprendiz.

Pero había sido una aprendiz excepcionalmente poderosa.

Sonea proyectó parte de la magia que había invocado por encima de las cabezas de las personas que circulaban entre ella y la renegada, y la envolvió en un globo de fuerza. De inmediato, la mujer comenzó a lanzar azotes en todas direcciones, pero aunque sus ataques eran potentes, Sonea contaba con que lo fueran, por lo que mantenía reforzada la barrera de contención. El resplandor y la vibración de la magia provocaron que la gente que rodeaba a la mujer se dispersara. Sonea se quitó el viejo abrigo y lo tiró a un lado. No quería que, cuando los transeúntes se recuperaran de la sorpresa lo suficiente para fijarse en ella, se preguntaran por qué lo llevaba puesto.

Una brisa hizo ondear la tela negra de su túnica cuando salió del callejón y caminó hacia la renegada. Oía exclamaciones procedentes de los lados, donde sin duda estaban formándose grupos de mirones, pero no apartaba la atención de la mujer. La renegada soltó un gruñido y redobló sus ataques contra la barrera. Sonea la fortaleció aún más, intentando no preocuparse por la velocidad con que estaba agotando sus reservas de magia.

«¿Durante cuánto tiempo podré resistir esto? ¿Cuánto tiempo resistirá ella?»

De pronto empezó a sonar un ruido a derecha e izquierda. Al principio, Sonea no supo qué era, pero cuando cayó en la cuenta, quedó tan asombrada que estuvo a punto de perder la concentración.

La multitud había estallado en gritos de entusiasmo.

Por encima del clamor le llegaron unos gritos distintos. Vio con el rabillo del ojo que alguien se acercaba. Alguien vestido de morado.

—¿Necesita ayuda? —preguntó una voz masculina.

Un alquimista. Pero ella no lo conocía.

—Sí —respondió—. Entra.

Tras dejarlo penetrar en la barrera, le tendió la mano.

—Transfiéreme tu magia.

—¿Al viejo estilo? —preguntó él, con extrañeza en la voz.

Ella se rió.

—Claro. Creo que entre los dos podemos vencer a una renegada.

Él la tomó de la mano, y Sonea notó que la magia fluía hacia su interior. La canalizó hacia la barrera de contención. El alquimista llamó a alguien, y ella advirtió que se aproximaba otra maga, una sanadora. Cuando la mujer tomó la otra mano de Sonea, esta casi esperó que la renegada se rindiera. Pero la extranjera siguió resistiendo.

Sin embargo, sus azotes eran cada vez más débiles. Sonea sintió una compasión inesperada cuando la mujer lanzó toda su energía contra la barrera hasta que su ataque se extinguió. La renegada se encorvó, desfallecida y resignada.

Sonea soltó las manos de sus compañeros magos y los miró.

—Gracias.

El alquimista se encogió de hombros, y la sanadora murmuró algo parecido a «no faltaba más». Sonea devolvió su atención a la renegada. Salvó la distancia que las separaba con pasos largos y acompasados. El alquimista y la sanadora caminaban a su lado, sin salir de su escudo. La renegada miró a Sonea con hosquedad cuando esta se detuvo frente a ella.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Sonea.

La mujer no respondió.

—¿Conoces la ley relativa a los magos en las Tierras Aliadas? ¿La que establece que todos los magos deben ser miembros del Gremio?

—La conozco —contestó la mujer.

—Y sin embargo, hete aquí, una maga que no pertenece al Gremio. ¿Por qué?

La mujer se rió.

—No necesito vuestro Gremio. Aprendí magia mucho antes de venir a este país. ¿Por qué habría de doblegarme ante vosotros?

Sonea sonrió.

—¿Por qué será?

La mujer la fulminó con la mirada.

—Bien —prosiguió Sonea—. ¿Cuánto tiempo llevas viviendo en las Tierras Aliadas?

—Demasiado. —La mujer escupió en el suelo.

—Si no te gusta, ¿por qué te quedas?

La mujer clavó la vista en Sonea con expresión torva.

—¿Cómo se llama tu patria?

La renegada apretó los labios con terquedad.

—Muy bien. —Sonea estrechó la barrera en torno a la mujer—. Te guste o no, la ley obliga al Gremio de los Magos a encargarse de ti. Te llevaremos al Gremio ahora.

El rostro de la mujer se crispó con rabia, y una nueva descarga de energía impactó en la barrera que la rodeaba, pero fue un ataque débil. Sonea se planteó la posibilidad de esperar a que la mujer se cansara, pero decidió no hacerlo. Ciñó la barrera aún más a la mujer y la utilizó para arrastrarla hacia el centro de la calzada. Comenzó a conducirla hacia delante con empujones firmes pero suaves. La sanadora y el alquimista acomodaron su paso al de ella.

Y, de este modo, por unas calles bordeadas de curiosos, escoltaron a la segunda renegada que habían encontrado ese día hacia el Gremio.

Preguntas

A Lorkin la venda que le tapaba los ojos le producía picor, pero tenía los brazos sujetos por dos Traidoras.

—Vamos a detenernos —dijo una de las mujeres, tirando de él con suavidad para hacerlo parar—. Y ahora, vamos a subir de nuevo.

La otra mujer le soltó el brazo y él aprovechó la oportunidad para rascarse. Se preparó y el estómago le dio un vuelco cuando comenzaron a elevarse. Unos instantes después, volvió a notar la irregularidad del suelo bajo los pies. La mujer le dio un tirón leve para que echara a andar de nuevo.

—Cuidado, aquí el suelo hace pendiente. Agacha la cabeza.

Él sintió un frío repentino y supuso que habían pasado del sol a la sombra. Eso no era todo. Se percibía humedad en el aire, así como un olor tenue a vegetación podrida o moho. Su guía se detuvo.

—Ahora vienen unos escalones que bajan. Cuatro.

Lorkin encontró el borde con la punta del pie y descendió con cautela. Los peldaños eran anchos y bajos, y a juzgar por el eco, había entrado en una cueva o cámara. A pocos pasos se oía el gorgoteo de agua.

—A partir de ahora, todo es llano.

Mientras andaba, él comprobó que esto no era del todo cierto. El suelo era liso, pero era evidente que presentaba una inclinación gradual. Escuchó los pasos del grupo y el correr del agua. Si había curvas, eran demasiado amplias y poco acusadas para que él las percibiera.

De más adelante le llegó el sonido del viento, el susurro de la vegetación y unas voces lejanas. Dio unos pasos más y, por el modo en que el ruido lo rodeaba, supo que ahora estaba al aire libre. Notó el calor del sol en la cara y el frescor de la brisa en la piel. Oyó a alguien pronunciar el nombre de Savara.

Sin previo aviso, le quitaron la venda y él se quedó parpadeando bajo el intenso sol de mediodía. Antes de que se le acostumbrara la vista, la Traidora que lo había guiado tiró de su brazo para indicarle que continuara caminando.

Savara encabezaba la marcha, caminando por un sendero junto a unos tallos altos y oscilantes. Lorkin se percató de que era la orilla de un sembrado, con grandes espigas que asomaban por detrás de las hojas más altas. El camino ascendió abruptamente, y poco después Lorkin estaba contemplando un ancho valle que se extendía a sus pies.

Barrancos de paredes verticales se alzaban a ambos lados y se juntaban al final del valle. Los campos cubrían la superficie, cada uno a una altura diferente, como baldosas disparejas, pero

todos llanos. Las baldosas verdes descendían hacia un lago largo y estrecho al fondo del valle. «No hay un solo rincón de tierra desperdiciado —pensó él—. ¿De qué otra manera iban a alimentar a una ciudad entera? Pero ¿dónde están los edificios?»

Un movimiento en lo alto del precipicio más cercano aclaró su duda. Alguien los miraba a través de un agujero en la pared de piedra. Un momento después, Lorkin cayó en la cuenta de que la pared entera estaba salpicada de agujeros, de un extremo del valle a otro.

«Una ciudad excavada en la roca.» Sacudió la cabeza, maravillado.

—Ya estaba aquí cuando encontramos el valle —dijo una voz conocida detrás de él.

Lorkin miró a Tyvara, sorprendido. Ella apenas le había dirigido la palabra desde que se habían unido al grupo de Savara.

—La hemos hecho más grande, por supuesto —continuó ella—. Buena parte de la ciudad antigua se derrumbó y hubo que reconstruirla sesenta años después de que las primeras Traidoras se establecieran aquí.

—¿Qué profundidad tiene?

—En general, solo una o dos habitaciones de profundidad. Imagínatela como una ciudad la mitad de grande que Arvice, pero alargada y tumbada de costado. Se producen temblores de tierra de vez en cuando y hay partes que se hunden. Aunque hemos desarrollado técnicas mucho mejores para determinar si la roca es segura antes de excavar habitaciones nuevas y reforzarla con magia, la gente se siente mucho más cómoda si vive cerca del exterior.

—Entiendo que hayan llegado a tener esa preferencia.

Ahora veía que una zona de la base de la pared estaba interrumpida por arcos robustos a través de los que la gente entraba y salía de la ciudad. En otros lados había aberturas más pequeñas y espaciadas. Los arcos parecían ser una entrada formal y pública, por lo que a Lorkin no le sorprendió ver que Savara se dirigía hacia ellos.

Sin embargo, no mucho después, ella se vio obligada a detenerse. Estaba formándose una multitud. Muchas personas lo observaban, unas con evidente curiosidad, otras con recelo. Había algunas con mirada furiosa, pero no solo la dirigían a Lorkin; también Tyvara era objeto de su atención.

—¡Asesina! —gritó alguien, lo que levantó voces de aprobación aquí y allá. Sin embargo, otros arrugaron el entrecejo al oír la acusación, y algunos incluso protestaron.

—Apartaos —ordenó Savara, en tono firme pero no enfadado.

La gente que obstruía el paso obedeció. Lorkin leyó respeto en sus rostros cuando miraron a Savara. «No cabe duda de que es una Traidora a la que me conviene ganarme», pensó, mientras el grupo seguía a su líder hacia los arcos y al interior de la ciudad.

Una sala ancha pero poco profunda con el techo sostenido por varias hileras de columnas se extendía ante ellos.

—Portavoz Savara —llamó una voz—. Me alegra ver que ha regresado sana y salva.

La voz pertenecía a una mujer baja y rolliza que se dirigía hacia ellos desde el fondo de la sala.

Había pronunciado estas palabras en un tono altanero. Savara aflojó el paso para encontrarse con ella.

—Portavoz Kalia —respondió Savara—. ¿Se ha reunido la Mesa?

—Sí. Solo faltábamos usted y yo.

Lorkin notó un codazo leve en el brazo. Bajó la vista hacia Tyvara, que movió los labios para decirle sin voz algo que él no logró descifrar, así que la joven se inclinó hacia él.

—Otra facción —susurró—. Líder.

Él asintió en señal de que había entendido y estudió a la mujer. «Así que fue ella quien ordenó que me mataran.» Era mayor que Savara, quizá también que su madre, si la redondez de su rostro suavizaba las arrugas que normalmente tendría una mujer de su edad. La severidad de su mirada y la expresión de su boca contrastaban con su actitud comedida. Le conferían un aspecto cruel, decidió Lorkin. Pero tal vez tenía la percepción deformada por la conciencia de que ella lo quería muerto. Quizá otros la encontraban encantadora y maternal.

Kalia paseó la mirada por los otros miembros del grupo de Savara y arrugó la nariz. Lorkin advirtió que el atuendo de esclavo que él y algunos de los demás llevaban ahora parecía fuera de lugar. «Como el disfraz que es.» Savara se volvió hacia dos de sus acompañantes.

—Llevad a Tyvara a su habitación y custodiad las puertas.

Ellas asintieron y, cuando miraron a Tyvara, ella se les acercó. Sin volverse hacia él ni decir una palabra, se marchó con paso decidido. Savara miró a otras de sus seguidoras.

—Buscad a Evana y a Nayshia y pedidles que releven a Ishiya y Ralana lo antes posible. —Posó los ojos en las últimas dos mujeres—. Retiraos. Comed algo decente y descansad un poco.

Cuando las mujeres se alejaron, Savara se volvió hacia Lorkin.

—Espero que estés preparado para responder a un montón de preguntas.

Él sonrió.

—Lo estoy.

Pero cuando ella y Kalia se situaron a su lado y salieron con él de la sala por un pasillo amplio, se dio cuenta de que no se sentía preparado. Sabía que allí había una reina, pero de pronto deseó que Tyvara y Chari le hubieran explicado cómo se distribuía el poder por debajo del nivel de la realeza. Sabía que las mujeres que lo flanqueaban eran portavoces, pero no tenía idea de cómo encajaban en la jerarquía, y se sentía como un necio por no preguntar.

«Savara ha preguntado si se había reunido una Mesa. Supongo que no se refieren a un mueble. Ambas forman parte de ella, así que me imagino que se trata de un tipo de grupo, como el de los magos superiores, con alguien que preside las formalidades y las ceremonias, como el administrador Osen en las reuniones del Gremio.»

La luz del pasillo era tenue, pero bastaba para iluminar el camino. Estaba teñida de color, un color que cambiaba sin cesar. Miró en torno a sí, buscando la fuente, y descubrió que procedía de unos objetos resplandecientes engastados en el techo.

«¡Gemas! ¡Gemas mágicas!» Intentó distinguir su forma al pasar, pero eran demasiado

brillantes para mirarlas directamente. Le hacían ver chispas delante de sus ojos, así que se obligó a apartar la mirada.

El pasillo no era largo, y Savara y Kalia lo escoltaron a través de una puerta ancha hacia una sala espaciosa. Una mesa de piedra curva estaba colocada en un lado. Había cuatro mujeres sentadas a lo largo de ella, y dos asientos desocupados. En el extremo más alejado de la mesa se encontraba una mujer de cabello cano con el mismo aspecto cansado que Osen siempre parecía tener.

«Apuesto a que es la versión Traidora del administrador.»

En el extremo más próximo había otra silla, más grande, incrustada de gemas y vacía. El resto de la sala tenía la forma de una cuña grande que se abría en abanico a partir de la mesa. En el suelo había unas gradas talladas y, sobre ellas, varios cojines situados a intervalos regulares. «Para el público, aunque hoy no hay nadie aquí.»

Savara, tras indicarle que se quedara de pie frente a la mesa, ocupó su asiento, al igual que Kalia.

—Bienvenido, Lorkin del Gremio de Magos de Kyralia —dijo la mujer cansada—. Soy Riaya, presidenta de la Mesa. Ellas son Yvali, Shaiya, Kalia, Lanna, Halana y Savara, portavoces de los Traidores.

—Gracias por permitirme entrar en su ciudad —respondió él, dedicando a todas una ligera reverencia.

—Tengo entendido que has venido a Refugio por tu propia voluntad —dijo Riaya.

—Así es.

—¿Por qué?

—En primer lugar, para hablar en defensa de Tyvara cuando la juzguen.

—¿Y en segundo lugar?

Lorkin se quedó callado por un momento, pensando cómo empezar.

—Según me han contado, mi padre hizo a su pueblo una promesa que no debería haber hecho. Si está en mi mano, me gustaría resolver ese asunto.

Las portavoces intercambiaron miradas, algunas de escepticismo, otras de esperanza.

—¿Es ese el único otro motivo?

Lorkin negó con la cabeza.

—Aunque yo solo era el ayudante del embajador del Gremio en Sachaka, sé que parte del trabajo, parte de la razón de ser de los embajadores, consiste en intentar entablar y mantener relaciones pacíficas con otros pueblos. Los Traidores pertenecen a Sachaka, así que si no intentamos entablar relaciones con ellos, estaremos descuidando a un sector importante del país. Lo poco que sé sobre los Traidores me dice que sus valores son más compatibles con los de las Tierras Aliadas. Ustedes rechazan la esclavitud, por ejemplo. —Respiró hondo—. Si existe una posibilidad de establecer un vínculo beneficioso entre nosotros, me siento obligado a explorarla.

—¿Qué beneficio podría tener para nosotros esa alianza? —preguntó Kalia en un tono lleno de incredulidad.

—El comercio —dijo Lorkin con una sonrisa.

Kalia soltó una risotada seca y sarcástica.

—Ya hemos intentado cerrar tratos con tu gente, y lo hemos lamentado.

—Se refiere usted a mi padre, por supuesto —dijo él—. He oído que los Traidores accedieron a enseñarle magia negra a cambio de que él los iniciara en la magia sanadora. ¿Es eso cierto?

Las siete mujeres fruncieron el ceño.

—¿Magia negra? —repitió Riaya.

—Magia superior —aclaró Lorkin.

—Entonces es cierto.

Lorkin sacudió la cabeza.

—Solo los magos superiores del Gremio, con la autorización de los líderes de las Tierras Aliadas, habrían podido tomar esa decisión. Mi padre no tenía derecho a ofrecerles dicho conocimiento.

Las mujeres comenzaron a hablar acaloradamente a la vez, y aunque Lorkin no entendía lo que decían, la opinión general le quedó clara. Estaban indignadas, pero también perplejas.

—Entonces, ¿por qué hizo esa promesa? ¿Tenía desde un principio la intención de faltar a su palabra?

—Es evidente por qué hizo lo que hizo —dijo Lorkin—. Estaba...

Pero Kalia y la mujer sentada a su lado seguían hablando y, a juzgar por las frases sueltas que él captó, estaban de acuerdo en que los kyralianos no eran de fiar.

—Déjenlo hablar —dijo Riaya, elevando la voz por encima de las de ellas. Las dos mujeres callaron. Kalia cruzó los brazos y lo miró con una mezcla de expectación y altivez.

—Mi padre estaba desesperado —les recordó Lorkin—. Había sido un esclavo desde hacía muchos años. Sabía que su país estaba en peligro. Seguramente pensó que su honor personal no tenía importancia en comparación con la seguridad de su patria. Y después de años de... esclavitud, ¿qué dignidad podía quedarle? —Se interrumpió al percatarse de que estaba dejando que la emoción impregnara sus palabras—. Tengo una pregunta para ustedes —añadió.

—No te corresponde a ti hacernos preguntas —repuso Kalia con desdén—. Tienes que esperar hasta que...

—Me gustaría oír su pregunta —la cortó Savara—. ¿Alguien más quiere oírla?

Las demás mujeres reflexionaron por un momento y luego asintieron.

—Adelante, Lorkin —lo apremió Riaya.

—Me contaron que cuando los Traidores le propusieron el trato a mi padre ya sabían desde

hacía un tiempo que era un esclavo. ¿Por qué esperaron a poder obtener un provecho para ofrecerle esa ayuda? ¿Por qué, si salvan a su propia gente de la tiranía continuamente, le exigieron a él que pagara un precio tan alto?

Sus últimas palabras quedaron ahogadas en un mar de protestas.

—¿Cómo te atreves a poner en duda nuestra generosidad? —gritó Kalia.

—¡Era hombre, y además extranjero! —exclamó otra.

—¡La única hija de la reina murió por culpa suya!

—Y cientos más se habrían salvado si él hubiera cumplido su palabra.

Él recorrió sus rostros airados con la mirada y de pronto se arrepintió de haber expresado su punto de vista. Necesitaba cautivar y conquistar a aquellas mujeres, no hacerlas enfadar. Pero entonces posó los ojos en los de Savara. Vio que asentía en señal de aprobación.

—¿Nos darás lo que tu padre nos prometió? —quiso saber Kalia.

Al instante, todas las mujeres guardaron silencio. Lo miraron atentamente. «Están ansiosas por aprender a sanar con magia —pensó él—. No me extraña. El deseo de protegerse de las heridas, las enfermedades y la muerte es muy fuerte. Pero no son conscientes de que dicho conocimiento es también un arma poderosa, de que supone una ventaja sobre el enemigo, de que puede usarse para hacer daño y no solo para curar.»

—No estoy autorizado para ello —contestó—, pero estoy dispuesto a ayudarles a obtenerlo, negociando un intercambio con el Gremio y las Tierras Aliadas.

—¿Un intercambio? —Riaya arrugó el entrecejo—. ¿Qué tendríamos que darles nosotros?

—Algo de un valor equivalente.

—¡Os dimos la magia superior! —saltó Kalia.

—Sí, le dieron a mi padre la magia negra —señaló Lorkin—. No era un conocimiento nuevo para el Gremio, que tampoco lo consideraría tan valioso como la sanación.

Lorkin había creído que esto suscitaría más protestas, pero las mujeres se habían sumido en un silencio reflexivo. Savara lo observaba con los ojos entornados. Lorkin se preguntó si era suspicacia lo que percibía en ellos.

—¿Qué tenemos nosotros que pueda considerarse de valor equivalente? —preguntó Riaya.

Él se encogió de hombros.

—Aún no lo sé. Acabo de llegar.

Kalia exhaló un sonoro suspiro.

—No tiene sentido desperdiciar tiempo y energía fantaseando sobre intercambios y alianzas. La ubicación de Refugio es secreta. No podemos permitir que los extranjeros entren y salgan a su antojo, ni con fines comerciales ni de ningún otro tipo.

Riaya asintió. Miró a las mujeres y luego a Lorkin.

—Todavía no estamos en posición de plantearnos cuestiones como el comercio con el Gremio. ¿Te advirtió Savara que no se te permitiría marcharte si venías a Refugio?

—Sí.

Riaya se volvió hacia las portavoces.

—¿Alguna de ustedes ve algún motivo para no aplicar esta ley a Lorkin?

Todas negaron con la cabeza, incluso Savara. Lorkin notó que se le hacía un nudo en el estómago.

—¿Lo aceptas? —le preguntó Riaya.

Él asintió.

—Sí.

—Entonces quedas sujeto a las leyes de Refugio. Te recomiendo que las aprendas y las respetes como merecen. Doy por finalizada la reunión. —Riaya se volvió hacia Savara—. Puesto que usted lo trajo, es su responsabilidad asegurarse de que sea obediente y útil.

Savara movió la cabeza afirmativamente, se puso de pie y agitó la mano para indicar a Lorkin que la siguiera. Cuando salieron de la sala, el joven sintió que el pesimismo se apoderaba de él. Sabía que acompañar a Tyvara a Refugio tendría un precio. Aunque estaba preparado para asumirlo, una parte de él seguía resistiéndose.

De pronto recordó lo que había dicho Riaya. «Todavía no estamos en posición de plantearnos esas cuestiones...» Todavía. Eso no significaba «nunca». Quizá tardarían años en reunir las fuerzas y el valor para aventurarse más allá de sus montañas, pero tendrían que hacerlo si querían lo que las Tierras Aliadas podían ofrecerles.

«Aunque, si de verdad robaron la magia de las gemas a las tribus dúneas —pensó sin poder evitarlo—, más vale que tenga cuidado para que no me hagan algo parecido a mí.»

Anyi extendió la mano para acariciar la fina piel del asiento del carruaje y luego el oro incrustado en el borde de la base de madera. Al bajar la vista, Cery se percató, divertido, de que el símbolo del Gremio —una Y inscrita en un rombo— estaba hecho con una taracea de maderas diferentes, todas ellas tan bien pulidas que presentaban un lustre cálido.

—Ya estamos aquí —dijo Gol, con la voz ronca de asombro.

Cery miró por la ventana. Las puertas del Gremio estaban abriéndose. El carruaje redujo la velocidad al pasar entre ellas y aceleró de nuevo en dirección a la fachada principal de la universidad. Se detuvo frente a los escalones, y el cochero bajó de un salto para abrirles la portezuela. Cuando Cery se apeó, una figura con una túnica negra salió del edificio.

—Cery de Ladonorte —dijo Sonea, dedicándole una gran sonrisa.

—Maga Negra Sonea —respondió él, doblándose en una reverencia exagerada. Ella entornó los ojos, risueña—. Esta es Anyi —dijo Cery—. Y a Gol ya lo conoces.

Sonea la saludó con un gesto de la cabeza.

—No me había dado cuenta de que eras esa Anyi —murmuró—. Claro que no te había visto desde que me llegabas a la rodilla.

Anyi se inclinó ante ella.

—Que eso no salga de aquí —dijo—. Soy la guardaespaldas de Cery y nada más.

—Y eso es lo único que sabrá el Gremio —les aseguró Sonea. Alzó la vista hacia Gol—. Me alegra ver que no has crecido desde el otro día.

El hombre hizo una reverencia rápida. Abrió la boca pero la cerró de nuevo, demasiado apabullado por el lugar en que se encontraba para pensar una respuesta ingeniosa.

—Entrad. —Sonea les hizo señas y comenzó a subir los escalones—. Todos están deseando escuchar vuestras historias.

Al percibir la sequedad de su tono, Cery le escrutó el rostro. Su petición de que acudiera al Gremio a identificar a la renegada lo había consternado tanto como lo había complacido, pero ella le había asegurado que solo se había referido a él como un viejo amigo. Existía la posibilidad de que algunos de los magos más veteranos lo recordaran de veinte años atrás y estuvieran al tanto de que se había convertido en un ladrón, pero era muy pequeña. Además, valía la pena correr el riesgo si con ello encontraba al asesino de su familia.

Cery suponía también que a Sonea le preocupaba que el Gremio limitara aún más su libertad ahora que sabía que se había movido por la ciudad sin permiso. El hecho de que hubiera estado relacionándose con un ladrón tampoco le facilitaría las cosas, pese a que las normas del Gremio ya no lo prohibían.

Aunque la búsqueda de la renegada había concluido, el asunto distaba mucho de estar zanjado por lo que concernía al Gremio.

—¿Cómo va la reunión hasta ahora? —preguntó él.

—Ha habido muchas discusiones —empezó a explicar ella.

—Como era previsible.

—Ha sido peor que de costumbre. Siempre sospeché que si un mago de fuera de las Tierras Aliadas decidía vivir en uno de nuestros países, nuestras leyes acabarían poniéndose en entredicho. Pero suponía que sería un mago sachakano.

—¿Os ha dicho la renegada algo respecto a su procedencia?

—No. Se niega a hablar. Forlie también, aunque creo que en su caso es más por miedo que por terquedad.

Cuando llegaron a lo alto de los escalones, ella los guió a través del vestíbulo repleto de escaleras de caracol de una delicadeza increíble que Cery recordaba haber visto en su última visita, hacía unos veinte años. Gol y Anyi miraban en torno a sí boquiabiertos, y Cery tuvo que reprimir una risita. Sonea, sin vacilar por un instante, los condujo a un pasillo ancho. Este desembocaba en el gigantesco Gran Salón en cuyo interior se alzaba el viejo edificio del Salón Gremial. Una construcción dentro de otra. A Cery le pareció que ni Gol ni Anyi habrían podido abrir más la boca.

—¿Le leeréis la mente? —le preguntó a Sonea.

—Supongo que al final, sí. Es una de las cuestiones sobre las que se ha discutido. Como no sabemos nada del lugar del que proviene, ignoramos si leerle la mente sin su permiso se consideraría un abuso intolerable.

—Pero no podéis averiguar de dónde proviene sin leerle la mente —argumentó Anyi.

—No.

—Así que por eso estamos aquí. Necesitas pruebas de que ella hizo algo ilegal.

Sonea había llegado a las puertas del Salón Gremial, que empezaban a abrirse lentamente. Miró a Anyi con una sonrisa torcida.

—Sí. Algo más que utilizar la magia en defensa propia.

Una vez que las puertas se abrieron de par en par, Cery contuvo la respiración. La sala estaba atestada de magos. Era un espectáculo que suponía que pocos no-magos podían presenciar sin sentirse sobrecogidos e intimidados, sobre todo teniendo en cuenta todo el poder mágico que poseían aquellos magos.

«Parece que están recuperándose con creces de las bajas que sufrieron durante la Invasión ichani —pensó. Los asientos escalonados de ambos lados estaban llenos, pero las filas de sillas en el centro del salón estaban vacías—. Son para los aprendices —recordó—. Menos mal. Es más probable que entre ellos haya personas de los barrios bajos de la ciudad que podrían reconocerme.»

Sonea se dirigió al frente con paso resuelto y la túnica ondeando. Cery, que iba detrás de ella, echó un vistazo a Gol y Anyi, que lo flanqueaban. Ambos rehuían la mirada vigilante de los magos y mantenían la vista fija ante sí.

Un mago vestido con una túnica azul aguardaba al final de la sala. «El administrador.» No era el mismo hombre que Cery había visto con esa túnica hacía mucho tiempo, antes de la Invasión ichani. Era mucho más viejo.

Detrás del administrador había más gradas. «Los magos superiores.» Cery examinó sus caras. Unas le resultaban familiares, otras no. Reconoció a Rothen, el mago que había orientado a Sonea durante sus primeros años en la universidad. El anciano le devolvió la mirada y asintió.

Había dos mujeres de pie ante los magos superiores. Cery reconoció a Forlie, que parecía muerta de miedo. La otra mujer se volvió para ver quién se acercaba, y Cery sintió que el corazón le daba un vuelco.

«Sí, es ella.»

Cuando ella lo miró con odio, a Cery se le heló la sangre. La penumbra que reinaba en el desván de la casa de empeños no le había permitido verla con demasiada claridad, pero sí con la suficiente para reconocerla más adelante. Y cuando la había avistado en la calle, frente a la tienda, se encontraba bastante lejos. Sin embargo allí, bajo el resplandor intenso de numerosos globos de luz, advirtió algo que no había tenido ocasión de ver antes.

Tenía unos ojos extraños muy similares a los de Skellin. Pertenecían a la misma raza.

«No es algo que el Gremio necesite saber —decidió—. A Skellin no le haría gracia que atrajera la atención del Gremio hacia él. Pero dudo que Sonea haya pasado por alto la similitud. Seguramente no se lo ha comentado a nadie porque eso implicaría confesar que contó con la ayuda de un ladrón...»

Cuando Sonea se detuvo ante los magos superiores, Cery, Anyi y Gol ejecutaron una reverencia. Tras presentarlos a él y a sus guardaespaldas, explicó que Cery era el amigo del que les había hablado, el que había visto a la renegada primero y la había informado al respecto. Cuando terminó, el administrador miró a Cery.

—En primer lugar, el Gremio le agradece su colaboración en la captura de estas dos magas renegadas —dijo—. En segundo, le damos las gracias por la ayuda que nos presta hoy. —Señaló a las dos mujeres—. ¿Reconoce a alguna de ellas?

Cery posó la vista en Forlie.

—A Forlie no la había visto hasta hace unos días, cuando la atraparon. —Hizo un gesto en dirección a la otra mujer—. A esa la vi hace unos meses. Gol y yo buscábamos a un asesino, y las pistas que teníamos nos llevaron a espiar al dueño de una tienda y su cliente, esta mujer. La vimos emplear la magia para abrir una caja de seguridad.

La renegada no le quitaba los ojos de encima, y cuando Cery dirigió la mirada hacia ella, entornó los párpados.

—¿Cree que esta mujer es la asesina que buscaba?

Cery se encogió de hombros.

—No lo sé. Se utilizó magia para el asesinato. Ella tiene poderes mágicos. Pero no poseo pruebas de que fuera ella.

El administrador centró su atención en Gol.

—Usted estaba presente la noche que su patrón espió a esta mujer.

Gol asintió.

—Así es.

—¿Las cosas ocurrieron como él las ha descrito? ¿Se fijó usted en algún detalle que se le haya escapado a él?

—Lo ha clavado todo —afirmó el hombretón.

El administrador miró entonces a Anyi.

—¿Estaba usted allí también?

—No —respondió ella.

—¿Ha visto a esta mujer hacer magia?

—Sí. La vi por primera vez cerca de una hora antes de que S... de que la Maga Negra Sonea la capturara. Estaba observando cómo apresaban a Forlie. Me pareció un poco extraño. Entonces la vi usar la magia para matar unos pájaros que estaban peleándose y armando tanto jaleo que

habrían podido ocasionar que la descubrieran. Supe que tenía que ser una renegada también, así que fui en busca de la Maga Negra Sonea.

El administrador se quedó pensativo y miró sucesivamente a Cery, Anyi y Gol.

—¿Hay algo más que puedan decirnos acerca de alguna de estas mujeres?

—No —contestó Cery. Se fijó en su hija y en su guardaespaldas. Estaban negando con la cabeza.

El administrador se volvió hacia los magos superiores.

—¿Alguna pregunta?

—Yo tengo una —dijo el mago de túnica blanca. Por lo que recordaba Cery, debía de ser el Gran Lord. Sonea le había dicho que habían cambiado el color de la túnica del Gran Lord a blanco después de que se llegara a la conclusión lógica de que eran los magos negros quienes debían vestir de negro—. ¿Han visto alguna vez a alguien con características físicas parecidas a las de esta mujer? —El hombre gesticuló hacia la renegada—. Y no me refiero a las particularidades de su sexo, por supuesto.

—Quizá una o dos veces —respondió Cery.

—¿Sabe de dónde provienen esas personas?

Cery sacudió la cabeza.

—No.

El mago asintió e hizo un gesto con la mano para indicar al administrador que no tenía más preguntas. Aliviado, Cery cayó en la cuenta de que estaba ansioso por marcharse de allí. Si bien era un hombre poderoso en los bajos fondos de la ciudad, no estaba acostumbrado a que lo observara tanta gente. «Los ladrones preferimos pasar inadvertidos. Es mejor que nos conozcan por nuestra reputación que por ser el centro de atención.»

—Gracias por su ayuda, Cery de Ladonorte, Anyi y Gol —dijo el administrador—. Pueden retirarse.

Sonea los acompañó al exterior. Cuando las puertas del Salón Gremial se cerraron, Cery exhaló un suspiro de alivio.

—¿Ha servido de algo esto? —preguntó Anyi.

Sonea asintió.

—Creo que servirá. Ahora tienen declaraciones de testigos que vieron a la mujer infringir la ley. Sin ellas, podía alegarse que la única ocasión en que se valió de la magia en presencia de otros magos fue en defensa propia, cuando la capturé y la traje al Gremio.

—Entonces, si ha infringido la ley, ¿es justificable leerle la mente?

—Ya era justificable. —Sonea esbozó una sonrisa triste—. Pero ahora no se sentirán tan culpables por ello.

—¿Lo harás tú?

La sonrisa se desvaneció.

—Lo haremos Kallen o yo. Me imagino que se decantarán por Kallen, que está mucho menos implicado que yo en la búsqueda y no ha desobedecido las normas.

Cery frunció el ceño.

—¿Tendrás que rendir cuentas por ello?

—Creo que no —dijo ella, arrugando la frente con preocupación—. Kallen no parece muy contento. No ha tenido tiempo de abordar el asunto todavía, pero acabará por hacerlo. Nadie más ha tocado el tema, pero estoy segura de que alguien lo hará. —Suspiró y dio un paso hacia el salón—. Será mejor que regrese. Ya te informaré de lo que ocurra. —Hizo una pausa y sonrió—. Ah, Lorkin se ha comunicado conmigo. Está vivo y coleando. Ya te lo contaré con más detalle en otro momento.

—¡Es una gran noticia! —exclamó Cery—. Nos vemos.

Ella agitó la mano y abrió una puerta apenas lo suficiente para escurrirse a través de ella. Cery pasó la vista de Anyi a Gol.

—Veamos si el carruaje nos espera.

Ellos desplegaron una sonrisa y lo siguieron en dirección a la puerta principal de la universidad.

Cuando Achatí, Danyl, los otros ashakis y Unh llegaron al camino, vieron que los esclavos que habían enviado delante habían preparado el carruaje y los caballos para ellos. Los ashakis se volvieron hacia Danyl y se despidieron de él.

—Cuenta con nuestra comprensión —dijo uno de ellos—. Debe de ser muy irritante que alguien haya seducido a su ayudante para llevárselo.

—Lo es —respondió Danyl—, pero al menos sé que se fue voluntariamente y que no pesa ninguna amenaza sobre su vida, o eso cree. Y... les pido disculpas de nuevo por su conducta. Les puso a todos en peligro innecesariamente.

Otro se encogió de hombros.

—Valió la pena, por la oportunidad de hacer algo respecto a ellos, de encontrar su base, aunque no nos haya llevado a nada.

—Pero... seguramente no habrían podido seguir a los Traidores durante mucho más tiempo sin que ellos se vieran obligados a matarles —replicó Danyl.

Los ashakis intercambiaron una mirada, y de pronto Danyl comprendió su aparente despreocupación. No querían reconocer que estaban en clara inferioridad numérica o que habían fracasado en su misión, así que fingían que no era así. En realidad, habían estado plenamente conscientes y temerosos del riesgo que habían corrido. Sin embargo, habría sido una desconsideración forzarlos a decirlo en voz alta.

—Pues el ashaki Achatí dice que nos hemos adentrado en su territorio más de lo que nadie se había adentrado nunca —comentó, imprimiendo un tono de orgullo y admiración en su voz.

Los ashakis sonrieron y asintieron.

—Si cambia de idea respecto a rescatar a su ayudante, háganoslo saber —le dijo el más

parlanchín—. Al rey no le costaría mucho reunir un pequeño ejército a tal efecto. Siempre buscamos alguna excusa para eliminarlos.

—Es bueno saberlo —les aseguró él—. Y se lo agradezco mucho. —Se volvió hacia Unh—. Sé que también conoce buenos rastreadores a los que recurrir.

El dúneo inclinó ligeramente la cabeza, pero se mantuvo inexpresivo. Los sachakanos guardaron silencio hasta que el más callado se aclaró la garganta.

—¿Qué cree que hará ahora el Gremio en relación con lord Lorkin?

Dannyl sacudió la cabeza.

—No lo sé —admitió—, pero tendrán que enviarme a un ayudante nuevo. Espero que tengan más criterio que yo a la hora de elegirlo.

Los sachakanos rieron entre dientes. El ashaki parlanchín se frotó las manos.

—Bien, será mejor que todos nos pongamos en marcha.

Así pues, se despidieron unos de otros y los sachakanos se alejaron a caballo. Unh le dirigió una inclinación de cabeza a Dannyl, lo que por algún motivo le pareció una despedida más sentida que las de los sachakanos. El grupo levantó una nube de polvo al partir. Dannyl y Achatí subieron al carruaje y los dos esclavos de Achatí ocuparon sus posiciones fuera. El vehículo se puso en movimiento con una sacudida y comenzó a bambolearse con suavidad mientras avanzaba por el otro camino.

—Esto está mejor —dijo Achatí—. Comodidad. Privacidad. La promesa de baños frecuentes.

—La verdad es que estoy deseando darme un baño.

—Sospecho que nuestros amigos están igual de ansiosos por volver a casa, a pesar de que no han tenido la ocasión de librar a Sachaka de unos cuantos Traidores.

Dannyl hizo un gesto de dolor.

—Le pido disculpas otra vez por causarle tantas molestias y exponerlo a tantos riesgos sin motivo.

—No ha sido sin motivo —lo corrigió Achatí—. Usted estaba obligado a emprender la búsqueda, y yo a prestarle ayuda. Un joven podía estar en peligro. El hecho de que no lo estuviera no resta importancia a nuestro viaje.

Dannyl asintió en señal de gratitud por la comprensión del sachakano.

—Supongo que estoy disculpándome en nombre de Lorkin. Estoy seguro de que si hubiera podido comunicarnos su decisión antes, lo habría hecho.

—Tal vez no decidió lo que iba a hacer hasta poco antes de hablar con usted. —Achatí se encogió de hombros—. No ha sido un viaje inútil. De hecho, ha resultado revelador, tanto de la mentalidad de los kyalianos como de lo que usted piensa. Yo había hecho presuposiciones sobre su determinación de encontrar a su ayudante, por ejemplo. Creía que tal vez... iba más allá de la lealtad hacia un colega mago y un compatriota kyaliano.

Dannyl levantó la vista hacia Achatí, sorprendido.

—¿Creía que éramos...?

—Amantes. —El hombre había adoptado una expresión seria. Apartó la mirada—. Mi esclavo es joven, guapo y talentoso. Me adora, pero se trata de la adoración que todo esclavo siente hacia un amo bondadoso. Le envidiaba por su ayudante.

Incapaz de dejar de mirar a Achatí con expresión sorprendida, Dannyl buscó una respuesta adecuada pero no la encontró. Achatí soltó una risita.

—No me diga que no sabía esto acerca de mí.

—Pues... sí, pero reconozco que tardé un poco en darme cuenta.

—Tenía otras cosas en la cabeza.

—Deduzco que su idea sobre mí no era solo una suposición aventurada.

Achatí negó con la cabeza.

—Procuramos saberlo todo acerca de los embajadores que nos manda el Gremio. Y las compañías que usted frecuenta no son precisamente un secreto en Imardin.

—No —convino Dannyl, pensando en Tayend y sus fiestas.

Achatí suspiró.

—Puedo comprarme un compañero; en realidad, lo he hecho muchas veces. Hombres bellos, bien entrenados para complacer a su amo. A veces encontraba a alguien lo bastante inteligente e ingenioso para conversar con él, o incluso tenía la suerte de que ese esclavo me amara. Pero siempre falta algo.

Dannyl escudriñó el rostro de Achatí.

—¿Qué es lo que falta?

El hombre torció la boca en una sonrisa irregular.

—Riesgo. Solo cuando sabes que el otro puede dejarte fácilmente aprecias el hecho de que se quede. Solo cuando quererte no es lo más fácil para ellos aprecias que te quieran.

—Un igual.

Achatí se encogió de hombros.

—O algo aproximado. Tener que elegir a un compañero que fuera realmente mi igual restringiría demasiado mis opciones. Después de todo, como enviado del rey, soy uno de los hombres más poderosos del país.

Dannyl movió la cabeza afirmativamente.

—Yo nunca he tenido que preocuparme por las diferencias de posición social. Aunque supongo que me habría preocupado si mi compañero fuera un criado.

—Pero un criado puede marcharse.

—Cierto.

—¿Son buenos conversadores los criados?

—Supongo que algunos sí.

Achati contrajo los hombros y luego los relajó.

—Yo disfruto con nuestras conversaciones.

Dannyl sonrió.

—Es una suerte. No tendrás a nadie más con quien hablar en todo el trayecto hasta Arvice.

—En efecto. —El otro hombre entornó los ojos—. Creo que me gustaría hacer algo más que conversar contigo.

Dannyl volvió a quedarse sin habla. La sorpresa cedió el paso a la vergüenza y luego a la curiosidad, junto con un envanecimiento considerable. «Este sachakano, que acaba de recalcar que es uno de los hombres más poderosos del país, ¡se me está insinuando! ¿Qué hago? ¿Cómo se rechaza a un hombre así sin ser descortés o provocar un incidente político? De hecho, ¿quiero rechazarlo? —Un escalofrío le bajó por la espalda—. Es más joven que yo, pero no muchos años. Es apuesto, al estilo sachakano. Su compañía me resulta agradable. Trata bien a sus esclavos. Pero, ¡oh, una aventura así podría entrañar un gran riesgo político!»

Achati se rió de nuevo.

—No te pido nada, embajador Dannyl. Solo expreso un punto de vista. Y una posibilidad. Algo que tener en cuenta. Por lo pronto, conformémonos con las conversaciones. Al fin y al cabo, detestaría estropear nuestra amistad sugiriendo algo que te haga sentir incómodo.

Dannyl asintió.

—Como ya te he dicho, soy un poco lento.

—En absoluto. —Achati sonrió de oreja a oreja—. De lo contrario, no me gustarías tanto. Has estado distraído, concentrado en una meta. Esa distracción ha desaparecido. Ahora puedes pensar en otras cosas, como cuánto tardará el Gremio en elegir y enviarte un nuevo ayudante.

—No estoy seguro de que alguien se ofrezca voluntario para el puesto, después de lo que le ha pasado a Lorkin.

Achati rió por lo bajo.

—Tal vez te sorprendas. Puede que alguno venga con la esperanza de que lo secuestren y se lo lleven a un lugar secreto gobernado por mujeres exóticas.

Dannyl soltó un gruñido.

—Oh, espero que no. De verdad, espero que no.

Respuestas y más preguntas

Sonea se retrepó en su asiento y esperó a que los magos superiores dejaran de remolonear.

Había intentado evitar que Cery tuviera que comparecer en el Gremio, pero en cuanto salió a la luz que Regin y ella habían recibido ayuda externa para encontrar a las renegadas, la costumbre del Gremio de investigar todos los aspectos de la situación lo había hecho inevitable. Ella les había dicho que Cery era un viejo amigo, pero no que era un ladrón. Algunos tal vez se acordarían de que un ladrón llamado Cery había colaborado con Akkarin y ella durante la Invasión ichani, pero la mayoría sin duda había olvidado este detalle de la historia. Quienes preferían minimizar el papel que Sonea había desempeñado en la derrota de los invasores no habrían prestado atención a los nombres de sus compañeros, y los demás comprenderían, o eso esperaba ella, por qué quería evitar atraer demasiada atención hacia su viejo amigo.

Kallen, que la vigilaba muy de cerca ya desde antes, era el único que podía atar cabos y hablar de ello. Pero ante todo era un hombre discreto. No anunciaría su descubrimiento al Gremio entero. Consultaría a los otros magos superiores.

Lo que irritaba a Sonea era que la comparecencia de Cery no había demostrado nada que no supieran ya. No cabía duda de que la mujer era una renegada. Había utilizado la magia delante de cientos de personas, entre ellas el alquimista y la sanadora que habían ayudado a Sonea a capturarla. También la había usado en vano para intentar resistir a los magos que la habían encerrado provisionalmente en la Cúpula.

Pero al Gremio, y seguramente también al rey, les preocupaba ofender a un país extranjero, sobre todo porque no estaban seguros de qué país extranjero podían estar ofendiendo.

En un momento anterior de la reunión, un consejero del rey había mostrado unos mapas y descrito algunas de las tierras lejanas que aparecían en ellos. La mujer había permanecido callada, negándose a responder cuando le preguntaban de dónde era. El consejero había hecho algunas conjeturas basándose en su aspecto. Si acertó, ella no dio señales de ello.

—No veo otra alternativa —dijo el Gran Lord Balkan en un tono tajante—. Tenemos que leerle la mente.

El administrador Osen asintió.

—Entonces llamo al Mago Negro Kallen y a la Maga Negra Sonea a descender de las gradas. El Mago Negro Kallen leerá la mente de la renegada no identificada, y la Maga Negra Sonea leerá la de Forlie.

Aunque era algo con lo que ya contaba, Sonea se sintió desilusionada por un momento. Había muchas respuestas que le habría gustado obtener de la extranjera pero que no podía pedir a Kallen que buscara en su mente. Por ejemplo, si había matado a la familia de Cery.

—Se lo diré todo —balbució Forlie—. No tienen que leerme la mente.

—Estúpida —dijo una voz de acento extraño—. ¿No sabes que no pueden leer la mente si tú no quieres?

Sonea volvió la mirada hacia la extranjera y se percató de que todos los magos habían hecho lo mismo. La mujer pasó la vista de un rostro a otro, y su semblante cambió al ver sus expresiones de burla y compasión. La duda y luego el miedo asomaron a sus ojos cuando Kallen se detuvo frente a ella.

Él extendió las manos hacia ella, pero esta apartó bruscamente sus brazos con magia.

Sonea no quería ver el forcejeo, así que devolvió su atención a Forlie, que se estremeció.

—No soy maga —dijo, mirando a Sonea y luego a los magos superiores—. Me obligaron a mentir. Amenazaron... amenazaron con matar a mi hija y mis nietos si se lo contaba a ustedes.
—Inspiró entrecortadamente y prorrumpió en llanto.

Sonea le posó una mano en el hombro.

—¿Sabes dónde están?

—Creo... creo que sí.

—Todavía no saben que no nos has dicho nada. Iremos a buscar a tu hija y tus nietos antes de que se enteren.

—G-gracias.

—Me temo que tengo que comprobar que estás diciendo la verdad. La lectura de la mente no duele, te lo aseguro. De hecho, no sentirás nada. Ni siquiera notarás que estoy allí. Y lo haré lo más rápidamente posible.

Forlie fijó la vista en Sonea y asintió.

Sonea tocó con delicadeza las sienes de la mujer y proyectó su mente. El miedo y la ansiedad la inundaron cuando entró en contacto con su mente. Se dejó llevar por el flujo de los pensamientos de Forlie, todos ellos relacionados con su hija y sus dos nietos, así como con los hombres que se los habían llevado. Sonea reconoció al que había chantajeado a Forlie; era el vendedor de craña que se encontraba con ella cuando la habían apresado.

Al recordar aquel momento, Sonea pensó en la fuerza mágica que había percibido y que parecía emanar de Forlie. Sin duda alguien más la había percibido, tal vez la auténtica renegada, que los espiaba por las ventanas.

¿Quién usó la magia cuando te encontramos?

No lo sé.

¿Dónde están ahora tu hija y tus nietos?

Un laberinto de callejuelas y barracas apareció en la mente de Sonea, que luego se centró en una casa en concreto. La familia de Forlie se hallaba en una de las zonas pobres que quedaban en la ciudad.

Los encontraremos, Forlie. Castigaremos a quienes han hecho esto.

Sonea abrió los ojos y retiró los dedos. Ahora Forlie tenía una expresión esperanzada y resuelta.

—Gracias —susurró.

Tras volverse hacia los magos superiores, Sonea les expuso lo que acababa de averiguar.

—Recomiendo que uno o varios de nosotros acompañe a Forlie para liberar a su familia lo antes posible.

Varios asintieron con la cabeza. Un sonido leve atrajo la atención de los presentes hacia la extranjera. Su rostro, sujeto entre las manos de Kallen, expresaba una mezcla de sorpresa y desaliento.

Todos observaron en silencio, y cuando Kallen la soltó al fin, Sonea oyó un suspiro de alivio colectivo. Kallen se apartó y se colocó de cara a los magos superiores.

—Se llama Lorandra —anunció—. Es de Igra, la tierra que está más allá del desierto del norte. Es un lugar extraño, donde todas las formas de magia son tabú y están penadas con la muerte. Sin embargo, quienes vigilan y castigan a quienes hacen magia son magos a su vez. Se apropian de los hijos de los ejecutados para incorporarlos a su grupo. —Sacudió la cabeza, asombrado ante semejante hipocresía y crueldad—. Lorandra aprendió magia de joven y tuvo que huir de su país con su hijo recién nacido. Consiguieron atravesar el desierto hasta Lonmar y luego cruzaron Elyne hasta Kyralia. Un ladrón los tomó bajo su cuidado y les ofreció su protección a cambio de favores mágicos. Con el tiempo, el ladrón adoptó al muchacho y lo nombró su heredero. Inició al chico en la delincuencia, mientras su madre lo iniciaba en la magia.

Kallen miró a Sonea con el entrecejo fruncido.

—El hijo se llama Skellin y es uno de los ladrones que supuestamente iban a ayudar a la Maga Negra Sonea y lord Regin a localizar a la renegada. Naturalmente, él no quería que encontraran a su madre, así que concibió un ardid para que capturaran a Forlie en su lugar. Incluso utilizó su propia magia de modo que pareciera que ella los había atacado. —Miró de nuevo a los magos superiores—. Skellin ha enviado a su madre a eliminar a los ladrones rivales desde que accedió al poder. Pretendía convertirse en el rey de los bajos fondos por medio de asesinatos y alianzas.

A Sonea el corazón le dio un vuelco.

«¿Esta mujer es el Cazaladrones?»

Kallen hizo una pausa, y la arruga entre sus cejas se hizo más profunda.

—Además, importaba craña para que la gente dependiera de él, no solo los pobres, también los ricos. Y los magos. Al parecer, pensaba que podría manipularnos fácilmente en cuanto todos hubiésemos probado la droga.

Se levantó un murmullo cuando los magos empezaron a discutir lo que acababan de oír. Sonea captó comentarios que restaban importancia a los delirios de grandeza de Skellin, pero un escalofrío le había bajado por la espalda cuando Kallen había mencionado la craña. Se acordó del cantero Berrin, cuya adicción había intentado curar en vano por medio de la sanación. Si la adicción a la craña no podía tratarse con magia, y Skellin lo sabía, tal vez su ambicioso plan habría triunfado.

—¿Qué clase de mago eres? —dijo la extranjera, con la vista clavada en Kallen. Sus ojos se deslizaron hacia Sonea—. ¿Y tú?

Sonea respondió a la pregunta con una ligera sonrisa. Skellin y su madre eran magos, pero claramente no eran magos negros. «Hay algo por lo que debemos estar agradecidos. Cabe suponer que Igra no es también una tierra de magos negros. Lo último que necesitamos es otra Sachaka de la que preocuparnos.»

El administrador Osen se volvió hacia el público y alzó los brazos. Las voces se apagaron hasta que se impuso un silencio casi absoluto.

—Ahora conocemos la verdad. Una de nuestras prisioneras es inocente; la otra es una asesina y una renegada. Hay otro renegado en la ciudad del que debemos encargarnos, cuando lo encontremos. Lorandra será encarcelada. Forlie puede marcharse. Hay que tomar ciertas medidas de inmediato, por lo que tengo que dar por finalizada esta reunión.

El salón retumbó con los sonidos de cientos de magos que se ponían de pie y rompían a hablar entre sí. Osen se acercó a Sonea con grandes zancadas.

—Llévese a Forlie y encuentre a su familia cuanto antes —le ordenó en voz baja—, antes de que Lorandra decida informar a Skellin de su traición.

Sonea lo miró con extrañeza y luego asintió. «Claro. A ella le bastaría con comunicarse mentalmente con él para contarle lo sucedido aquí.»

—Me llevaré a lord Regin como refuerzo, si le parece aceptable.

Él movió la cabeza afirmativamente.

—Enviaré a Kallen a buscar a Skellin en cuanto estén a salvo.

Sonea se sintió reconfortada y agradecida. Aunque Osen la trataba con frialdad, no carecía de compasión hacia los demás. Mientras él se alejaba, ella recorrió la sala con la mirada y vio a Regin de pie junto a una de las escaleras, observándola. Ella le hizo señas para que se acercara.

—¿Le parece apropiado?

Oyó la voz de Kallen por encima del parloteo y los pasos de los magos superiores. Se volvió hacia él y advirtió que miraba a Osen con el ceño fruncido.

—Si durante los próximos minutos consigue el apoyo de la mayoría de los magos superiores para impedir que ella se vaya, me plantearé la posibilidad de enviar a otra persona.

Kallen contempló a los magos que salían en fila del edificio y luego a Sonea, con los labios apretados.

—La decisión es suya —dijo—, no mía.

Cuando Regin llegó junto a ella, Sonea sonrió para sí, disfrutando aquel momento de triunfo. Si Osen confiaba en ella lo suficiente para mandarla a la ciudad, tal vez el resto del Gremio la perdonaría por haber infringido las normas tantas veces en las últimas semanas.

—¿Le gustaría ayudarme en mi siguiente misión? —le preguntó a Regin.

Él arqueó las cejas, a punto de sonreír.

—Siempre.

Ella tomó a Forlie del brazo.

—Y ahora, vamos a encontrar a tu familia.

Lorkin no estaba muy seguro de cuánto tiempo había transcurrido desde que lo habían encerrado en la habitación. Como no tenía ventanas, no podía calcular la hora a partir de la luz del sol. Había pasado de dormir de día cuando viajaba con Tyvara a dormir de noche cuando viajaba con Chari, así que no podía determinar lo tarde que era en función del sueño que tenía. Tampoco en función del hambre, ya que no había estado comiendo a horas regulares, sino cada vez que se presentaba la oportunidad.

Como las comidas que le llevaban parecían seguir una pauta, se basaba en ellas para contar los días. Unas horas después de un plato sencillo de gachas granulosas con fruta, venía un guiso más elaborado de carne y verduras. Después de otro intervalo, le servían una comida ligera compuesta por pan y una taza de leche tibia. Eran alimentos básicos, pero le sabían a gloria después de los restos con los que se había sustentado durante las semanas en las que había viajado con Tyvara.

Le habían dicho que tenía que permanecer allí hasta que juzgaran a Tyvara. Habían pasado dos días y medio, según sus cálculos. Se había entretenido leyendo su libreta y anotando observaciones sobre todo lo que había aprendido sobre los Traidores. También elaboró una lista de preguntas cuya respuesta intentaría averiguar cuando se lo permitieran. Cada vez que le llevaban comida, Lorkin alcanzaba a entrever a la Traidora que montaba guardia frente a su puerta. Siempre era una mujer, pero no siempre la misma. ¿No había magos hombres, o ninguno de ellos estaba dispuesto a custodiarlo? ¿O tal vez eran ellas quienes no se fiaban de que vigilaran a otro hombre?

Lorkin también había pasado mucho tiempo durmiendo. Aunque habría podido emplear la sanación mágica para aliviar el dolor y el cansancio, siempre era mejor dejar que el organismo recuperara la energía y la salud por medios naturales.

La luz procedía de una gema engastada en el techo. Él se subió a la cama para examinarla más de cerca. Despedía un brillo demasiado intenso para mirarla durante mucho rato. Cuando había alzado los brazos para tocarla, había descubierto que no irradiaba calor. Estaba facetada, como las piedras preciosas que se usaban en joyería.

¿Había adquirido esa forma de manera natural, o la había tallado alguien? ¿Su resplandor duraría para siempre, o acabaría por extinguirse?

Las preguntas sin respuesta empezaban a acumularse en su mente y en su libreta.

Se preguntó cómo se suponía que debía informarse sobre las leyes de Refugio, como Riaya le había sugerido. ¿Debía solicitarle a alguien que se las enseñara? ¿Qué ocurriría si golpeaba la puerta para llamar la atención de la celadora con el fin de pedirle que le llevara a un profesor?

Reflexionó sobre ello durante un rato. Antes de que pudiera armarse de valor para intentarlo, oyó unas voces fuera. Se incorporó y se volvió hacia la puerta, que se abrió en ese momento.

Una mujer a la que nunca había visto lo miró de arriba abajo.

—Lord Lorkin —dijo—. Debes venir conmigo.

Lorkin advirtió que el ambiente de la ciudad había cambiado. Había más personas en el exterior, muchas de ellas de pie, inmóviles, como si aguardasen algo. Cuando repararon en él lo miraron con curiosidad, aunque claramente no era el objeto de la expectación que se palpaba en el aire.

«¿Es por el juicio de Tyvara? —se preguntó Lorkin—. Bueno, ¿por qué si no han ido a sacarme de la celda?»

Confirmó su suposición cuando llegaron a la misma sala en que la que había comparecido ante la Mesa de Portavoces. Las mismas siete mujeres estaban sentadas frente a la mesa curva, pero esta vez la silla incrustada de gemas estaba ocupada. Sentada en ella, una anciana que lo observaba con aire meditabundo. Las gradas estaban repletas, y había también muchos hombres y mujeres de pie a lo largo de las paredes. Al fondo, Lorkin vio una puerta más pequeña en la que no se había fijado el otro día. En el vano estaban Tyvara y otras dos mujeres. La atmósfera que reinaba en la sala parecía indicar que la reunión había comenzado hacía ya un rato. Le habría gustado saber cómo iba hasta ese momento.

—No te inclines ante la reina Zarala —le murmuró su guía al oído—. Ponte la mano en el pecho y mírala hasta que asienta con la cabeza. Ahora, colócate frente a la Mesa y responde a las preguntas que te hagan.

Lorkin obedeció. La reina sonrió e inclinó la cabeza cuando él hizo el gesto de la mano sobre el corazón. Después, dirigió su atención a Riaya.

—Lord Lorkin, ex ayudante de Danyyl, embajador del Gremio en Sachaka —dijo la presidenta, inundando toda la sala con su voz—. Viniste a Refugio para testificar en defensa de Tyvara en este juicio. Ha llegado el momento. Dinos cómo la conociste.

—Era una esclava en la Casa del Gremio.

—Donde sin duda conociste también a Riva.

—No conocí a Riva hasta la noche de su muerte.

Riaya asintió.

—¿Cómo llegó Riva a introducirse en tu habitación esa noche?

Lorkin se mordió el labio.

—Entró sin hacer ruido mientras yo dormía.

—¿Y qué hizo?

—Me despertó. —Dejó a un lado sus reparos para describir cómo—. Metiéndose en mi cama y... esto... mostrándose más cariñosa conmigo de lo que era necesario.

Una tenue sonrisa se dibujó en los labios de Riaya.

—¿O sea que no tienes por costumbre acostarte con esclavas?

—No.

—Pero no le ordenaste que se marchara.

—No.

—¿Qué ocurrió entonces?

—La habitación se iluminó. Vi que Tyvara había apuñalado a Riva.

—¿Y luego?

—Tyvara me explicó que Riva pretendía matarme. —Notó que le ardía el rostro—. Con un tipo de magia del que nunca había oído hablar. Dijo que si me quedaba en la Casa del Gremio, otras personas intentarían asesinarme.

—¿La creíste?

—Sí.

—¿Por qué?

—La otra esclava, Riva, dijo algo. —Hizo memoria—. Dijo: «Él debe morir». Era evidente que se refería a mí.

Riaya arqueó las cejas. Miró a las seis mujeres y a la reina antes de volverse de nuevo hacia Lorkin.

—¿Qué pasó después?

—Huimos y nos alojamos en una finca, en las habitaciones de los esclavos. Ellos nos ayudaron, pero en la finca a la que fuimos después, nos tendieron una trampa. Intentaron drogarnos. Después de eso, no nos fiábamos de nadie... hasta que nos encontramos con Chari.

Riaya asintió y se dirigió a la Mesa.

—¿Alguna pregunta para lord Lorkin?

La primera mujer asintió. Lorkin recordó sus nombres de la reunión anterior. «Yvali, creo.» Ella miró a Lorkin fijamente.

—¿Te has acostado alguna vez con Tyvara?

—No.

Un murmullo recorrió al público. Lorkin se percató de que sonaba como una protesta. Yvali abrió la boca para hacerle otra pregunta, pero cambió de idea. Miró a las demás.

—¿Mató Tyvara a alguien más mientras viajabais juntos? —inquirió Lanna.

—Hasta donde yo sé, no.

—¿Por qué no os encaminasteis hacia Kyralia? —quiso saber Shaiya.

—Tyvara dijo que era la decisión más obvia que podíamos tomar, así que habría asesinas esperándonos.

—¿Qué le diste al embajador Dannyl después de convencerlo de que dejara de seguirnos?
—preguntó Savara.

Lorkin la miró, sorprendido, pero no por el repentino cambio de tema. Si ella lo había visto con

Dannyl, ¿por qué no lo había interrogado antes? Su expresión era inescrutable. Él decidió que lo mejor sería decir la verdad.

—El anillo de sangre de mi madre. Sabía que era probable que me lo quitaran cuando llegara aquí, y dudo que a ella le hubiera gustado que cayera en manos extrañas.

Un rumor bajo llenó la sala, pero se apagó enseguida.

—¿Lo usaste alguna vez después de que Tyvara matara a Riva?

—No. Tyvara no sabía que yo lo tenía..., o eso creo. —Se resistió a mirarla a los ojos.

—¿Tienes algún otro anillo de sangre?

—No.

Savara asintió en señal de que no tenía más preguntas.

—¿Te someterías voluntariamente a una lectura de mente para confirmar la veracidad de tus palabras? —preguntó Kalia.

Se hizo un silencio absoluto en la sala.

—No —contestó Lorkin.

Esto levantó un coro de refunfuños y exhalaciones. Él posó la vista en Kalia y le sostuvo la mirada. «¿Me toma por idiota? Si dejas que me lean la mente, buscarán en ella el secreto de la sanación mágica, y entonces tendré que decir adiós a mis posibilidades de marcharme de aquí.»

No le hicieron más preguntas. Riaya miró a todas las mujeres sentadas a la mesa, una tras otra, y luego a Lorkin.

—Gracias, lord Lorkin, por tu colaboración. Por favor, quédate de pie junto a la entrada.

Él inclinó la cabeza respetuosamente hacia ella, por costumbre, y luego hacia las seis mujeres y la reina para que no interpretaran su gesto como una muestra de favoritismo inapropiado hacia la presidenta. Cerca de la puerta, avistó a la guía que lo había conducido a la sala y caminó hacia ella para quedarse de pie a su lado.

Ella lo observó, pensativa, y luego asintió.

—Lo has hecho bien —murmuró.

—Gracias —respondió él. Miró a Tyvara, que estaba en el otro extremo de la sala. Tenía el entrecejo fruncido, pero cuando sus miradas se encontraron, le dedicó una sonrisa tensa.

—Procederemos a deliberar —anunció Riaya.

Mientras las ocho mujeres que rodeaban la mesa empezaron a hablar, el público se enfrascó en un parloteo ruidoso. Lorkin intentó seguir el hilo de las conversaciones, pero solo consiguió entender frases sueltas. Resultaba evidente que las líderes de la mesa se habían envuelto en una barrera para aislarse del ruido. Así pues, en vez de escuchar, Lorkin examinó a las personas de la sala con la esperanza de absorber el máximo de información posible antes de que lo encerraran de nuevo en la celda sin ventanas.

Advirtió que entre las personas sentadas en las gradas había muchas parejas, pero todas las

demás eran mujeres. En cambio, la mayoría de quienes se encontraban de pie junto a las paredes eran hombres. Todos iban vestidos de forma sencilla. Algunos de los Traidores lucían pantalones y jubones prácticos, mientras que otros llevaban túnicas largas de tela más fina ceñidas con un cinturón. Le sorprendió ver que tanto hombres como mujeres usaban esta prenda.

Había telas sin teñir y otras de colores intensos, pero no demasiado vivos ni chillones. Lorkin supuso que no les resultaba fácil conseguir tintes fuera de la ciudad y, como el espacio para los cultivos era limitado, daban prioridad a las plantas que les proporcionaban alimento.

Aunque intentaba mantener su atención centrada en el público, no podía evitar echar alguna mirada que otra a Tyvara. Cada vez que lo hacía, descubría que ella estaba observándolo. Sin embargo, la joven no sonrió de nuevo. Parecía absorta en sus pensamientos. Y preocupada.

Al fin, la voz de Riaya se elevó por encima del ruido de la sala.

—Hemos finalizado las deliberaciones.

Los concurrentes callaron. Riaya miró a la otra mujer que estaba ante la mesa y luego se volvió hacia Tyvara.

—Te has ofrecido a permitir que la portavoz Halana te lea la mente. Hemos explorado las otras posibilidades que establece la ley, pero no veo otra manera de confirmar tus afirmaciones. Por favor, pasa al frente y retira el bloqueo mental.

Se oyeron voces apagadas y susurros entre el público. Lorkin recordó un diálogo que habían mantenido Chari y Tyvara durante el viaje a las montañas. Tyvara había dicho que dejaría que los Traidores le leyeran la mente, lo que había conmocionado a Chari. «No puedes —había siseado—. Prometiste...»

«¿Qué prometió? ¿A quién?» Lorkin contempló a la mujer que le había salvado la vida mientras caminaba con la cabeza erguida en dirección a sus líderes. Notó que se le alegraba el corazón con una oleada repentina y embriagadora de afecto. «Es tan orgullosa, tan bella... —Entonces una duda y una irritación que le eran familiares estropearon el momento—. Ojalá supiera si Chari está o no en lo cierto respecto a lo que Tyvara siente por mí. Si se equivoca, no quiero hacer el ridículo intentando conquistarla. Pero si tiene razón..., si le gusto a Tyvara... y ella acostumbra a apartar de su lado a quienes la admiran..., ¿poseo la determinación necesaria para cortejarla?»

Todas las fibras de su ser estaban convencidas de que sí.

Tyvara se detuvo frente a la mesa y tendió la mano izquierda. Se quedó inmóvil por un instante y luego crispó el rostro. Lorkin parpadeó, sorprendido y horrorizado, cuando empezó a gotearle sangre de la palma. Ella se frotó la base del pulgar y sostuvo en alto algo demasiado pequeño para que él alcanzara a distinguirlo. Lo dejó caer sobre la mesa.

«No iba errado —pensó él—. El bloqueo mental es un objeto similar a una gema de sangre.»

Las líderes la miraban con expresiones de conmiseración sombría. Él vio que Halana se ponía de pie y extendía los brazos hacia Tyvara, que se inclinó ligeramente hacia delante. La mujer mayor sujetó la cabeza de Tyvara y cerró los ojos.

Siguió un largo silencio durante el cual todos las observaban con expectación. Cuando Halana

retiró al fin las manos, no dijo nada. Se sentó. Tyvara recogió el bloqueo mental y se alejó de la mesa.

—¿Qué ha averiguado? —preguntó Riaya.

—Todo lo que Tyvara nos ha contado es cierto —sentenció Halana.

Un suspiro colectivo recorrió la sala. Riaya posó las manos sobre la mesa.

—Entonces es hora de que votemos. —Volvió la vista hacia Tyvara y luego hacia el público—. Hemos llegado a la conclusión de que Tyvara no tenía necesidad de matar a Riva. Debería haberla apartado de Lorkin de un empujón, o haberlos separado de alguna otra manera. Pero también reconocemos que, al descubrir el crimen que estaba a punto de cometerse, ella no disponía de tiempo para deliberar. Tyvara intervino para asegurarse de que los deseos de la reina se respetaran, así como para evitar una situación que podría conllevar una amenaza para Refugio y un peligro creciente para nuestra gente en Sachaka. —Hizo una pausa y miró a las portavoces—. ¿Debe ser ejecutada Tyvara por el asesinato de Riva?

De las seis mujeres que estaban sentadas tras la mesa, dos levantaron la mano. Las demás extendieron los brazos con la palma hacia abajo. Lorkin supuso que, como Kalia tenía la mano alzada, aquella era la señal para votar afirmativamente.

—Cuatro en contra, dos a favor —dijo Riaya. Dirigió la mirada hacia el público. Para sorpresa de Lorkin, cada uno de sus integrantes estaba haciendo uno de los gestos—. La mayoría, en contra —declaró Riaya. Posó los ojos en la reina, que tendió la mano con la palma hacia abajo—. La respuesta es no.

Todos bajaron las manos. Lorkin reparó en que Riaya parecía satisfecha.

—El asesinato de una compañera Traidora es un asunto serio —prosiguió—. Y, sea cual sea la causa, debe ser castigado. Tyvara debe permanecer los siguientes tres años en Refugio, al término de los cuales podrá ocupar un puesto de exploradora o espía y trabajar para recuperar las responsabilidades que ejercía antes. Durante dichos tres años, debe dedicar un día de cada seis a ayudar a la familia de Riva. —Se volvió de nuevo hacia Tyvara—. ¿Aceptas esta sentencia?

—Sí.

—Entonces, queda decidido. Puedes marcharte. El juicio ha concluido, y se ha hecho respetar la ley de Refugio. Que las piedras sigan cantando.

—Que las piedras sigan cantando —coreó el público.

La sala se llenó de movimiento cuando todos se pusieron de pie. Lorkin observó a Tyvara. Tenía los ojos fijos en el suelo. Sacudió ligeramente la cabeza y alzó la mirada hacia Savara. La mujer mayor sonrió con aprobación. Acto seguido, enarcó una ceja con un gesto inquisitivo y miró a Lorkin. Este pestañeó, y vio que Tyvara ponía una cara de exasperación, daba media vuelta y se encaminaba hacia la puerta del fondo con paso decidido. Cayó en la cuenta de que Chari estaba allí, de pie, con una sonrisa de oreja a oreja. Dirigió la mirada a Lorkin y guiñó un ojo.

Alguien le tiró con suavidad de la manga. La guía sonrió.

—Ahora debo llevarte a tus aposentos. —Su sonrisa se ensanchó—. Tus aposentos nuevos.

Él notó que, dentro de su desánimo, esta noticia le levantaba un poco la moral.

—No tendrán por casualidad una ventana, ¿verdad?

Ella le indicó con una seña que la siguiera.

—No, pero tendrás compañía, y podrás entrar y salir a tu antojo, siempre y cuando no te vayas de Refugio, claro está. Por cierto, me llamo Vytra.

—Encantado de conocerte, Vytra.

Ella soltó una risita.

—Los kyralianos tenéis unos modales graciosos —comentó ella—. Sois tan corteses.

—Puedo ser grosero, si quieres.

Ella se rió de nuevo.

—Sería una lástima. Ahora, por el camino te daré algunos consejos para que te lleves bien con la gente de aquí.

Escuchando con atención, Lorkin salió del edificio siguiendo a la mujer y juntos se internaron en la ciudad.

Cery contempló a su hija con aire pensativo. Su habilidad estaba dejando mucho que desear en la clase de aquel día, pero Gol también había cometido algunos errores impropios de él. Ambos seguían demasiado nerviosos por la visita de aquella mañana al Gremio para concentrarse por completo en la sesión de entrenamiento.

«No deberían permitir que eso afectara a su concentración —pensó él—. Supongo que tendré que arreglármelas para protegerme solo si mis guardaespaldas vuelven a ser testigos durante un rato de cómo viven los ricos y poderosos.»

Unos golpes en la puerta atrajeron la atención de todos. Se encontraban de nuevo en la casa de bol La Muela, y Cery había enviado a sus hombres a avisar a quienes habían solicitado reunirse con él que los recibiría en ese momento.

A una seña de Cery, Gol se dirigió a grandes zancadas a la puerta y la entreabrió por un instante antes de abrirla del todo. El hombre que estaba al otro lado, en el pasillo, tenía la misma mirada de asombro que Anyi y Gol habían mantenido durante horas después de su visita al Gremio.

—La Maga Negra Sonea, lord Regin, dos mujeres y dos niños han venido a verte —anunció.

—Que suban.

El hombre asintió y se alejó a toda prisa. Anyi y Gol se quedaron de pie e intercambiaron una sonrisa.

—Bueno, venga. A vuestros puestos —ordenó Cery.

Se apresuraron a apostarse de pie detrás de su sillón. Gol adoptó una postura que resultaba más ridícula que amedrentadora. Anyi comenzó a flexionar los dedos como solía hacer cuando estaba nerviosa. Cery sacudió la cabeza, suspiró y esperó.

El sonido de unos pasos se hizo más fuerte, y luego la habitación pareció llenarse de túnicas de magos. Primero la negra de Sonea, luego la roja de Regin. Después, con un aspecto sencillo y dócil, aparecieron Forlie y una mujer más joven. Esta última sostenía a una niña pequeña en un brazo, y un niño un poco mayor se aferraba a su otra mano.

Anyi y Gol hicieron una reverencia torpe pero entusiasta.

—Cery —dijo Sonea, y acto seguido señaló con un movimiento de la cabeza a su hija y a su amigo—. Anyi y Gol. Gracias por ir al Gremio. Intenté evitarlo, pero cuando el Gremio investiga algo tan grave como la existencia de un mago renegado, tiende a ser demasiado meticuloso.

—No pasa nada —aseguró Cery y se volvió hacia Gol—. Tráeles unas sillas.

Habían colocado a un lado las sillas viejas y macizas que normalmente estaban en el centro de la habitación, a fin de hacer espacio para las sesiones de entrenamiento. Gol dio un paso hacia ellas, pero Sonea alzó una mano para detenerlo.

—Yo me encargo.

Anyi, Forlie y la otra mujer se quedaron boquiabiertas cuando las pesadas sillas se elevaron, flotaron hacia el centro de la sala y se dispusieron en un cuadrado que incluía el asiento de Cery. Gol se limitó a sonreír con la satisfacción de un conocedor. Había visto muchos actos de magia en la época en que Cery trabajaba para el Gran Lord anterior.

—Hemos venido a comunicarte los resultados de nuestra investigación —dijo Sonea mientras se sentaba—. Y también a pedirte un favor.

—¿Un favor? —Cery puso los ojos en blanco con exasperación fingida—. Ya estamos otra vez.

Ella sonrió.

—Sí. ¿Puedes buscarles a Forlie, su hija y sus nietos un lugar seguro donde esconderse?

Cery miró a las mujeres, que le dedicaron una sonrisa tímida. La más joven no había soltado a ninguno de sus hijos. Tenía a la niña en el regazo, y el niño estaba sentado en el brazo de la silla.

—¿Corren peligro?

—Sí. Le tendieron una trampa para que la tomáramos por Lorandra, la renegada auténtica.

—Pero habéis apresado a la renegada auténtica..., ¿no?

—Así es. Pero hay un problema. —Sonea hizo una pausa y lo miró por un momento—. Lorandra es la madre de Skellin.

Cery sintió que un escalofrío surgía de pronto de detrás de su sillón y recorría todo su cuerpo. El corazón comenzó a golpearle con fuerza en el pecho. «La madre de Skellin. Por eso él se disgustó cuando se enteró de que yo había visto a la renegada con bastante claridad y no se lo había dicho. Si se lo hubiera notificado, habría comprendido que su estratagema para incriminar a Forlie no daría resultado. Bueno, habría fracasado de todos modos porque él ignoraba que algunos de los magos del Gremio saben leer la mente.»

—Me imagino que no es el hombre más feliz del mundo en este momento —comentó Cery con ironía.

Regin rió entre dientes.

—No. Por desgracia para todos, ha burlado a los magos que han enviado para capturarlo, así que ahora ronda por ahí un renegado suelto que sabe que lo perseguimos.

Cery clavó los ojos en él.

—¿Skellin es mago?

Sonea asintió.

—Por eso necesitamos que ayudes a Forlie. Él secuestró a su hija y sus nietos, y la amenazó con matarlos si no cedía a su chantaje. Esperamos que esté demasiado ocupado escondiéndose de nosotros para pensar en vengarse de ella, pero preferimos no correr el riesgo.

Cery miró a Forlie y se encogió de hombros.

—Claro que la ayudaré.

—No estaría de más que tú también tomaras precauciones adicionales —añadió Regin.

Cery sonrió ante esta forma tan suave de expresarlo. «Es mucho más probable que Skellin intente tomar represalias por la captura de su madre conmigo que con Forlie. Tal vez debería pedir a otro ladrón que se ocupe de ella en mi lugar. Alguien a quien no le caiga bien Skellin...»

—Hay algo más —agregó Sonea—. Lorandra es... era... la Cazaladrones. Skellin la mandaba a matar a sus rivales. Tenía grandes planes para el futuro. Quería convertirse en rey de los bajos fondos. Iba a utilizar la craña para someter a todo el mundo, incluido el Gremio.

Cuando Cery pensó en el poder que Skellin había conseguido ya, este objetivo no le pareció del todo imposible. «¿A cuántas personas controla ya? A partir de ahora tendré que andarme con mucho cuidado a la hora de elegir con quién hacer negocios.»

—¿Sabéis si Lorandra mató a la familia de Cery? —preguntó Anyi.

A Cery se le encogió el corazón. Miró a su hija, agradecido con ella por haberle ahorrado el mal trago de tener que hacer esa pregunta, pero temeroso de la respuesta.

Sonea torció el gesto.

—No lo sé. No fui yo quien le leyó la mente, y tendría que haberle pedido a Kallen en público que lo averiguara.

«Y eso habría sacado a la luz más información sobre mí de la que me conviene.»

—Lo investigaré —prometió ella—. Aunque no los haya matado ella, aunque su papel se haya reducido a colarse en tu guarida valiéndose de la magia, tiene que saber quién lo hizo. O quién lo ordenó.

—Probablemente fue Skellin —dijo Regin—, a menos que ella trabajara ocasionalmente para otros clientes.

—Al menos sabemos que Skellin no puede ser el asesino material —señaló Gol—. Estaba hablando con Cery cuando ocurrió.

Anyi soltó un gruñido.

—No tiene sentido. ¿Por qué iba a enviar a alguien a matar a la familia de otro ladrón al que al mismo tiempo estaba invitando a convertirse en su aliado?

Todos se quedaron callados durante un rato largo, reflexionando con el ceño fruncido.

—Quizá Lorandra lo sepa —aventuró Gol.

Cery sacudió la cabeza, confundido.

—Bueno, de una cosa estoy seguro. Hay otro renegado al que tenemos que atrapar.

—Si todavía está en Kyralia —dijo Regin.

—Oh, sigue aquí —les aseguró Cery—. No ha invertido todo ese tiempo y esfuerzo en su pequeño imperio para salir corriendo a las primeras de cambio. No, aquí hay personas, ricas y pobres, que harán lo imposible por ayudarlo; algunas porque no tienen más remedio, y otras porque saldrán beneficiadas de ello. Skellin no cuenta con esa clase de ayuda en ningún otro sitio.

Sonea asintió.

—Su influencia sobre la ciudad ya es peligrosamente grande, pero sospecho que si él desaparece su imperio se desmoronará. Tenemos que encontrarlo. —Posó la vista en Cery—. ¿Nos ayudarás de nuevo?

Él movió la cabeza afirmativamente.

—No querría perderme la diversión.

Sonea sonrió y se puso de pie. Regin la imitó.

—Tenemos que regresar al Gremio. Gracias por cuidar de Forlie y su familia.

Cery fijó los ojos en la mujer, que lo observaba con expectación.

—Encontraré un lugar seguro para todos vosotros. ¿Dónde está el padre? —Las dos mujeres lo miraron con tal ferocidad que Cery no pudo evitar reírse—. De acuerdo, dejémoslo correr. —Se volvió de nuevo hacia Sonea y la acompañó a la puerta—. Apuesto a que habéis sido el centro de atención durante el trayecto hacia aquí.

Ella se rió, avergonzada.

—Sí. Y los clientes de abajo hablarán de ello durante meses.

—Tal vez eso no sea tan malo —dijo Regin, cruzando la puerta tras ellos—. Recordará a quienes estén pensando en ayudar a Skellin que tienes amigos poderosos.

—Bueno, tampoco vendría mal que creyeran que seguís aquí. Eso nos daría tiempo para hacer planes antes de marchar. La salida más discreta es por la cocina, a través de la puerta lateral.

—Entonces iremos por allí. Gracias por vuestra ayuda —dijo Sonea—. Y cuidaos.

—Siempre me cuido —respondió él en voz muy alta mientras ellos se alejaban rápidamente por el pasillo hacia las escaleras. Después de cerrar la puerta, se volvió hacia las personas que quedaban en la habitación. Contemplar a los niños le partía el corazón, por lo que apartó de su mente los recuerdos dolorosos—. Gol, llévate a la familia de Forlie abajo y consíguelos algo de

comer si tienen hambre.

—Entendido —contestó Gol.

Les hizo una señal y ellos salieron de la habitación tras él. Cery volvió a su silla y exhaló un suspiro.

Miró a Anyi. Tenía una expresión ceñuda, no de intranquilidad, sino de desconcierto.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

Ella posó los ojos en su padre y los apartó de nuevo.

—¿Te acuerdas de ese mago del Gremio que iba vestido igual que Sonea?

—Sí, el Mago Negro Kallen.

—Me resultaba familiar. Al principio no lo reconocí por la túnica.

—¿Acaso lo has visto sin túnica?

Ella alzó la vista hacia él y se rió.

—No es lo que te imaginas. Apenas tuve la oportunidad de fijarme en la ropa que llevaba la última vez que lo vi.

—¿Qué estaba haciendo? —inquirió Cery.

Una arruga apareció entre las cejas de Anyi. Luego, su frente se alisó y su boca se abrió formando un círculo de revelación.

—¡Ah! Eso es. Un día fui con mi amigo a comprar carroña. No era para mí, claro está. —Clavó en él la mirada, seria y preocupada—. Cuando estábamos negociando, se acercó un carruaje. El hombre que iba dentro quería carroña y se negaba a esperar. Alcancé a verle la cara.

—¿Era Kallen?

—Sí.

—¿Estás segura?

—Ya lo creo. —Le brillaron los ojos—. Siempre tomo nota mentalmente de las personas que tienen pinta de estar haciendo algo que no deberían.

Cery soltó un resoplido.

—Eso incluye prácticamente a toda la ciudad.

Ella desplegó una gran sonrisa.

—Sobre todo si me da la impresión de que lo que averigüe sobre ellos puede serme útil en algún momento —puntualizó—. ¿Crees que a Sonea le interesaría saberlo? Por lo que he oído, muchos magos consumen carroña.

—Oh, creo que le parecerá un dato interesante —le dijo Cery—. Muy interesante. Será una buena excusa para volver a colarme en su hospital. O tal vez espere a tener algo útil que contarle respecto a Skellin. —Miró a Anyi e hizo una mueca—. Tenemos que saber muy bien en

quién podemos confiar. Skellin tiene muchos amigos, y dudo que ahora me cuente entre ellos. Debemos ayudar a encontrarlos sin que nos pillen a nosotros. Las cosas van a ponerse movidas.

Anyi asintió, sonrió y puso los ojos en blanco.

—¿Cuántas veces tengo que decírtelo? Ya nadie usa palabras como «movidas».

Epílogo

Con un último impulso mágico, Lorkin barrió lo que quedaba de polvo, pelo, restos de comida y partículas sin identificar en un montón pequeño, y luego fue en busca de una cesta en la que echarlo.

Habían transcurrido unas semanas desde que se había instalado en el dormitorio masculino. Era una habitación grande con varias hileras de camas estrechas. La mayor parte estaban vacías en aquel momento, pero las pertenencias guardadas debajo evidenciaban que casi todas tenían ocupantes fijos. Aunque él sabía cómo se llamaba la mayoría de ellos, había tres o cuatro que no le habían presentado y que se alojaban allí durante tres o cuatro días para después desaparecer durante un período similar.

—Estas camas son para hombres que ya no quieren vivir con su familia y que no se han emparejado con una mujer —le había explicado Vytra—. No hay suficiente espacio para que todos tengan su propia habitación.

—¿Hay dormitorios femeninos? —había preguntado Lorkin.

—Algo por el estilo. —Ella se había encogido de hombros—. A veces las amigas o hermanas comparten habitación.

Al principio, los Traidores hombres lo habían recibido como una novedad y lo habían asediado a preguntas sobre Kyralia, sobre cómo había llegado a Refugio y qué pensaba hacer allí. No podía ofrecerles una respuesta satisfactoria a esto último, pues no le interesaba confesarles su interés en Tyvara, y ellos se mofaban de sus planes de negociar acuerdos entre su pueblo y las Tierras Aliadas.

—Eres un mago —había señalado uno de ellos—. Seguro que te asignan alguna tarea que requiera el uso de magia.

A pesar de que Savara había asegurado a las otras portavoces que le encontraría una ocupación, todavía no le habían encargado ningún trabajo o cometido. Por consiguiente, los hombres le habían encomendado que limpiara el dormitorio. Les había sorprendido enterarse de que él no sabía limpiar, porque en el Gremio tenía criados que se ocupaban de las tareas más humildes. Sin embargo, no consiguió que le adjudicaran otra labor. Le dieron unas instrucciones muy generales y lo dejaron para que se las arreglara solo.

Él les había hecho a su vez muchas preguntas sobre las normas y leyes de Refugio, incluidas las más sutiles, las que regían los modales y las relaciones justas, normas a las que todos se ceñían para minimizar los conflictos que surgen cuando se convive en un espacio reducido.

Tal como le había advertido Chari, Refugio estaba gobernado por mujeres. Pero, aunque los hombres no podían acceder a los puestos de poder, participaban en todas las demás actividades de la ciudad. Las fundadoras habían decidido que Refugio sería ante todo un lugar en el que mandarían las mujeres, pero donde por lo demás todas las personas serían iguales. A Lorkin le impresionó descubrir que los hombres gozaban de más libertad y respeto allí que las mujeres en Kyralia. Le había preocupado que la sociedad de los Traidores fuera igual, pero a la

inversa. Lo que había visto le había hecho plantearse las cosas desde una óptica distinta y cobrar conciencia de lo injusta que era la sociedad kyaliana con las mujeres, pese a que era mucho mejor que otras sociedades, como la lonmariana y la del resto de Sachaka.

Aun así, había ámbitos destacados en los que las mujeres tenían preferencia sobre los hombres. A los hombres se les permitía aprender magia, pero no magia negra. Solo las mujeres sabían cómo evitar los embarazos, y tenían la custodia de todos los niños.

En el pequeño almacén de la sala principal —Lorkin había notado que, incluso allí, la iluminación procedía de gemas embutidas en el techo—, encontró lo que buscaba. Cogió una cesta de tejido denso de una pila y comprobó que no tuviera agujeros.

—Pues yo creo que ocurrirá pronto.

Era una voz masculina que procedía de la sala principal. Lorkin titubeó.

—No —respondió otro hombre—. Es posible que falten años para que estemos preparados.

—Pero han duplicado las sesiones de entrenamiento de combate. Tenemos más exploradores ahí fuera que nunca.

—Y tenemos cientos de gemas que no se han desarrollado del todo. No estallará la guerra hasta que maduren, y eso llevará meses, incluso un año. —El hombre suspiró—. Tengo hambre.

«¿Guerra?» Lorkin miró la cesta, consciente de que si se quedaba allí y uno de los hombres entraba en el almacén en busca de algo que comer, sabrían que había estado escuchándolos. Haciendo un esfuerzo por sonreír, salió del cuarto y, cuando los vio, enderezó la espalda y sonrió. Ellos fijaron la vista en él, sorprendidos.

—Saludos —dijo él, aunque sabía que la expresión les parecía una cortesía extraña—. Habéis vuelto temprano. ¿Queréis que os traiga algo?

Los dos hombres se miraron, y el que había dicho que tenía hambre se dirigió hacia el almacén.

—No, pero gracias por preguntar.

Lorkin comenzó a barrer la basura hacia el interior de la cesta. No era fácil conseguir que las partículas de polvo del suelo plano entraran en el recipiente circular tejido. Estaba tan concentrado que dejó de prestar atención a los dos hombres.

—Lorkin —dijo una voz cortante de mujer a su espalda.

Se quedó paralizado. Era mejor que dar un brinco, decidió en cuanto reconoció la voz. Se irguió y se volvió para sonreír educadamente a la mujer.

—Portavoz Kalia —respondió.

Ella lo miró de arriba abajo. Lorkin iba vestido con los pantalones y el jubón sencillos que se ponían los otros hombres, salvo los que preferían la túnica que llevaban tanto hombres como mujeres.

—Sígueme —dijo Kalia.

Giró sobre sus talones y se encaminó hacia la puerta con grandes zancadas. Lorkin dejó la cesta en el suelo y la siguió a toda prisa. Echó una mirada a los dos hombres, que le dedicaron un

gesto de conmiseración.

Para tener las piernas tan cortas y un cuerpo tan rechoncho, Kalia andaba con rapidez. Lorkin se percató de que él daba un paso por cada dos de ella, y sin embargo la mujer no parecía cansarse. Se imaginó que alguien que los viera a los dos sabría al instante quién estaba al mando. «Decididamente no soy yo. Ah, qué bajo he caído desde que me marché de Imardin...»

Ni el ritmo al que caminaba Kalia ni su expresión invitaban a la conversación, pero aquella mujer había querido ejecutar a Tyvara. Lorkin no pensaba dejarse intimidar por ella. O, al menos, no dejaría que se notara que se sentía intimidado.

—¿Adónde vamos? —se atrevió a preguntar.

—A un lugar donde podrás realizar tareas más apropiadas para ti que limpiar tu dormitorio. —Clavó en él sus ojos penetrantes y calculadores—. Aquí en Refugio intentamos asignar a las personas trabajos acordes con su temperamento y sus aptitudes. No estoy segura de que la labor que he encontrado para ti esté acorde con tu temperamento, pero no me cabe duda de que es adecuada para tus aptitudes.

De algún modo consiguió apretar aún más el paso, dando a entender que no deseaba proseguir con la conversación. Cuando llegaron a una gran entrada arqueada, se detuvo, con la respiración un poco agitada. Inspiró profundamente, soltó el aire y señaló el contenido de la sala espaciosa que había al otro lado.

Como en el dormitorio masculino, allí había varias hileras de camas, pero en vez de estar vacías a aquella hora, muchas se encontraban ocupadas por hombres, mujeres y niños. Lorkin percibió unos olores que le resultaron familiares y otros que no acertó a reconocer.

El lugar olía a enfermedades y medicamentos.

Se le hizo un nudo en el estómago, pero no por la presencia de tantos enfermos, sino por la constatación de que los Traidores habían encontrado la mejor manera de hacerle pagar la traición de su padre, y de poner a prueba su determinación de enseñarles la sanación mágica a cambio de algo igual de importante.

—Esta es la sala de asistencia —le dijo Kalia—. A partir de ahora, trabajarás para mí.

Glosario

ANIMALES

Anyi – mamífero marino con púas cortas

Blinga – criatura parecida a la ardilla que roba comida

Ceryni – roedor pequeño

Cuáneo – molusco poco común

Enka – animal domesticado con cuernos; se cría por su carne

Eyoma – sanguijuela marina

Farén – término general para designar a los arácnidos

Gorín – animal domesticado de gran tamaño, criado por su carne y para tirar de barcas y carromatos

Harrel – animal domesticado pequeño; se cría por su carne

Inava – insecto del que se cree que da buena suerte

Limek – perro salvaje depredador

Mosca de la savia – insecto arbóreo

Muluk – ave nocturna salvaje

Pollillas aga – insectos que se alimentan de ropa

Rasuk – ave domesticada apreciada por su plumaje y su carne

Ravi – roedor, más grande que el ceryni

Reber – animal domesticado; se cría por su lana y su carne

Sevli – reptil venenoso

Yil – variedad de limek domesticado que se usa como animal rastreador

Zill – mamífero pequeño e inteligente que a veces se utiliza como animal de compañía

PLANTAS / COMIDA

Aguablanca – licor puro hecho a partir de tugores

Bol – licor fuerte hecho de tugores (también significa «escoria de río»)

Brasi – vegetal verde, de grandes hojas y capullos pequeños

Cabas – verdura hueca en forma de campana

Cascavea – especia que se cultiva en Sachaka

Cepa anívopa – planta sensible a la proyección mental

Costrafresca – corteza con propiedades descongestionantes

Crot – alubia grande y violeta

Curem – salsa suave de frutos secos

Curren – cereal comestible de sabor fuerte

Dall – fruto alargado de carne anaranjada, ácida y con semillas

Dunda – raíz masticable que se emplea como droga estimulante

Flor de crema – flor que se emplea como somnífero

Gan-gan – arbusto floral procedente de Lan

Gotas dulces – caramelos

Iker – droga estimulante, con fama de poseer efectos afrodisíacos

Jerra – judía larga y amarilla

Kreppa – hierba medicinal de olor nauseabundo

Madera de noche – madera noble

Marín – fruto cítrico rojo

Monyo – bulbo

Mostaza silvestre – planta que se cultiva en Sachaka

Myk – droga que nubla la mente

Nalar – raíz de sabor picante

Nemmin – droga que induce al sueño

Pachi – fruto dulce y crujiente con el que se elabora un vino

Pastaconos – Pasteles tamaño bocado

Pemeino – especia parecida a la pimienta

Piorre – fruta pequeña y de forma acampanada

Raíz de hus – hierba que se utiliza para limpiar heridas

Raka / suka – bebida estimulante hecha de grano tostado, originaria de Sachaka

Salsa chebol – salsa densa para la carne hecha de bol

Shem – tallo silvestre comestible

Sumi – bebida amarga

Telk – semilla de la que se extrae aceite

Tenn – cereal que puede cocinarse recién recolectado, partirse en trozos pequeños o molerse para hacer una harina

Tiro – fruto seco comestible

Tugor – raíz parecida a la chirivía

Ukkas – plantas carnívoras

Vare – bayas con las que se elabora la mayor parte de los vinos

VESTUARIO Y ARMAMENTO

Cuana – cuentas pequeñas en forma de disco hechas de concha

Incal – símbolo cuadrado, parecido a un escudo familiar, que se cose en la manga o el puño

Nagua – Prenda interior de las mujeres kyalianas

Viero – instrumento de cuerda de Elyne

PAÍSES Y PUEBLOS DE LA REGIÓN

Dúneos – tribus que habitan en el desierto volcánico del norte de Sachaka

Elyne – vecino de Kyalía y Sachaka que estuvo bajo dominio sachakano

Kyalía – vecino de Elyne y Sachaka que estuvo bajo dominio sachakano

Lan – tierra montañosa poblada de tribus guerreras

Lonmar – tierra desértica donde se practica la estricta religión Mahga

Sachaka – sede del otrora gran Imperio sachakano, la mayoría de cuyos habitantes son esclavos de los más poderosos

Vin – nación isleña famosa por sus hábiles marineros

TÍTULOS Y CARGOS

Amo – sachakano libre

Aprendiz – persona de Kyralia que recibe formación en magia y que aún no ha aprendido magia superior

Ashaki – hacendado sachakano

Burgomaestre – plebeyo que tiene a su cargo una comunidad rural (responde ante el lord del señorío)

Ichani – sachakano libre que ha sido desterrado

Lady – esposa de hacendado kyraliano

Lord – hacendado kyraliano, propietario de un señorío o de una finca urbana

Mago – kyraliano que domina la magia superior (o «lord», si el mago es hacendado)

OTROS TÉRMINOS

Acceso – pasillo principal que conduce a la sala maestra en las casas sachakanas

Alojamiento de los esclavos – zona de las casas sachakanas donde viven y trabajan los esclavos

Gema de sangre – piedra preciosa artificial que permite a su creador escuchar los pensamientos del portador

Kyrima – juego que practican los magos para enseñar y ejercitar sus conocimientos de estrategia militar

Mal del esclavo – enfermedad de transmisión sexual

Piedra de almacenaje – gema capaz de acumular magia en su interior

Sala maestra – estancia principal de las casas sachakanas en la que se recibe a las visitas

Sangre de la tierra – nombre que las tribus dúneas dan a la lava

Guía de lord Dannyl para el argot de las barriadas

Abuela – chulo, proxeneta

Apagar – convencer a alguien para que guarde silencio

Batea – contrabandista

Blinga – alguien que traiciona a los ladrones (el acto se llama «hacer la de blinga»)

Botar – rechazo / rechazar («no nos botes»)

Brillo – atracción («ella le tiene un brillo» significa «ella le atrae»)

Buen lado – digno de confianza / con el corazón en su sitio

Buen toque – intento razonable

Caraboñiga – tonto

Clicar – tener una idea, ocurrírsele algo

Ciente – persona que tiene una deuda o un acuerdo con un ladrón

Contra – fulana

Cuchillo – asesino de alquiler

Cuerda – libertad

Desagüe – vendedor de artículos robados

Desbandado – difícil

Dinero de sangre – pago por un asesinato

Enfuegado – furioso («se puso todo enfuegado por aquello»)

Enseñar – presentar

Espacio – concesión / permiso

Estilo – forma de llevar a cabo los negocios

Gorrero – hombre que frecuenta los burdeles

Hecho – asesinado

Ir por – estar buscando

Jarra – boca (de un recipiente de bol, por ejemplo)

Ladrón – líder de un grupo criminal

Losdes – habitantes de las barriadas

Manopla – guardia sobornable o bajo el control de un ladrón

Mensajero – matón que avisa o cumple una amenaza

Mina de oro – hombre que prefiere a los chicos jóvenes

Ojar – montar guardia

Parientes – personas de confianza de un ladrón

Pesados – gente importante

Pescar – proponer / pedir / buscar (además, un pesca es alguien que huye de la Guardia)

Pillado – capturado

Pinchar – reconocer / comprender

Preocupar – esconder («él preocupa su negocio» / «ya te preocupo yo eso»)

Rascada – problema («tuve alguna rascada por aquello»)

Sifón – espía, normalmente encubierto (sifonar también es reconocer a alguien)

Vigía – persona que no quita ojo a algo o a alguien

Visitante – persona que roba

Yep – llamada de atención o bien expresión de sorpresa o duda

Agradecimientos

>Como tuve la suerte de poder escribir este libro sin el estrés ni las distracciones por los que tanto me costó terminar el anterior, esta vez los agradecimientos son breves y cariñosos.

Gracias a Paul.

Quiero dedicar una calurosa ovación al equipo de Orbit, sobre todo a Darren Nash y Joanna Kramer, que siempre se han mostrado pacientes y con quienes es una delicia trabajar, incluso cuando surgen problemas técnicos frustrantes. Debo un agradecimiento particular al equipo local de Orbit y sobre todo a Adele, Amy, Linda y Todd, que me llevaron en una gira de firma de ejemplares por librerías de sus respectivas ciudades australianas y me agasajaron con su compañía.

Le estoy especialmente agradecida a Marianne de Pierres por llevar a cabo el lanzamiento de *La maga* con estilo y unas estadísticas que me asombraron.

Gracias, como siempre, a Fran y Liz, y a todos los agentes del mundo, que son quienes hacen el trabajo duro por mí.

Y a mis primeros lectores, Donna, Nicole, Jenny, mamá y papá, por sus consejos.

Finalmente, como siempre, doy las gracias a los lectores. Espero que nunca os quedéis sin buenos libros que leer.

Sobre la autora



Trudi Canavan vive en Melbourne, Australia. Hasta donde alcanza su memoria, lleva toda la vida inventando historias sobre gente y lugares que no existen. Su primer relato, «Whispers of the Mist Children», recibió el Premio Aurealis al Mejor Relato Fantástico en 1999. Cuando logró recuperarse de la sorpresa, se decidió a terminarlo en forma de novela. El resultado final son los tres tomos de las Crónicas del mago negro: *El Gremio de los Magos*, *La aprendiz* y *El Gran Lord*; todos ellos han cosechado un enorme éxito en el mundo entero, con traducción a dieciocho idiomas. A estas obras siguieron la trilogía *Age of the Five*, la novela *The Magician's Apprentice* (precuela de las Crónicas del mago negro y ganadora del Premio Aurealis 2009 a la Mejor Novela Fantástica) y la trilogía *The Traitor Spy*, que escribe actualmente y en la que retoma la historia de Sonea.

Título original: *The Ambassador's Mission*

Edición en formato digital: septiembre de 2012

© 2010, Trudi Canavan

© 2012, Random House Mondadori, S.A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2012, Carlos Abreu Fetter, por la traducción

Diseño de la cubierta: © LBBG / Peter Cotton, para Orbit (Little, Brown)

Ilustración de la cubierta: © Steve Stone

ISBN: 978-84-01-35385-7

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.megustaleer.com